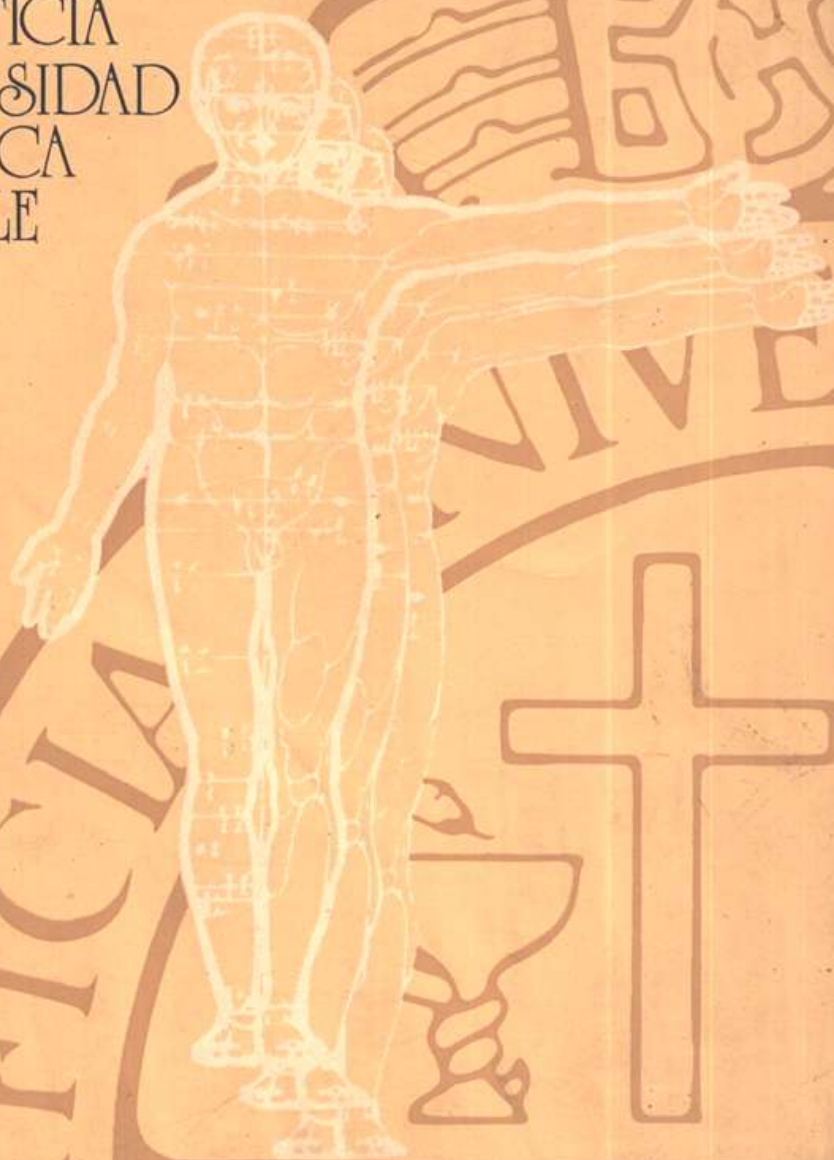


CINCUENTENARIO FACULTAD DE MEDICINA

PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATOLICA
DE CHILE
1980





CINCUNETENARIO
FACULTAD DE MEDICINA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

“Tú eres Pedro y sobre esta piedra
edificaré mi Iglesia”

*La Pontificia Universidad Católica de
Chile y su Facultad de Medicina y Cien-
cias de la Salud rinden un devoto home-
naje de gratitud a la venerada memoria de
Su Santidad el Papa*

Pío XI,

*quien, en un Breve de la Sagrada Congre-
gación de Seminarios y Universidades, del
11 de febrero de 1930, la erigió canónica-
mente; a Su Santidad el Papa*

Pío XII,

*quien, en 1955, con ocasión del vigésimo
quinto aniversario de la Facultad, envió a
todos sus miembros una cordial y pater-
nal bendición; a Su Santidad el Papa*

Paulo VI,

*insigne bienhechor de esta Casa de Estu-
dios Superiores, y a la de su sucesor, Su
Santidad el Papa*

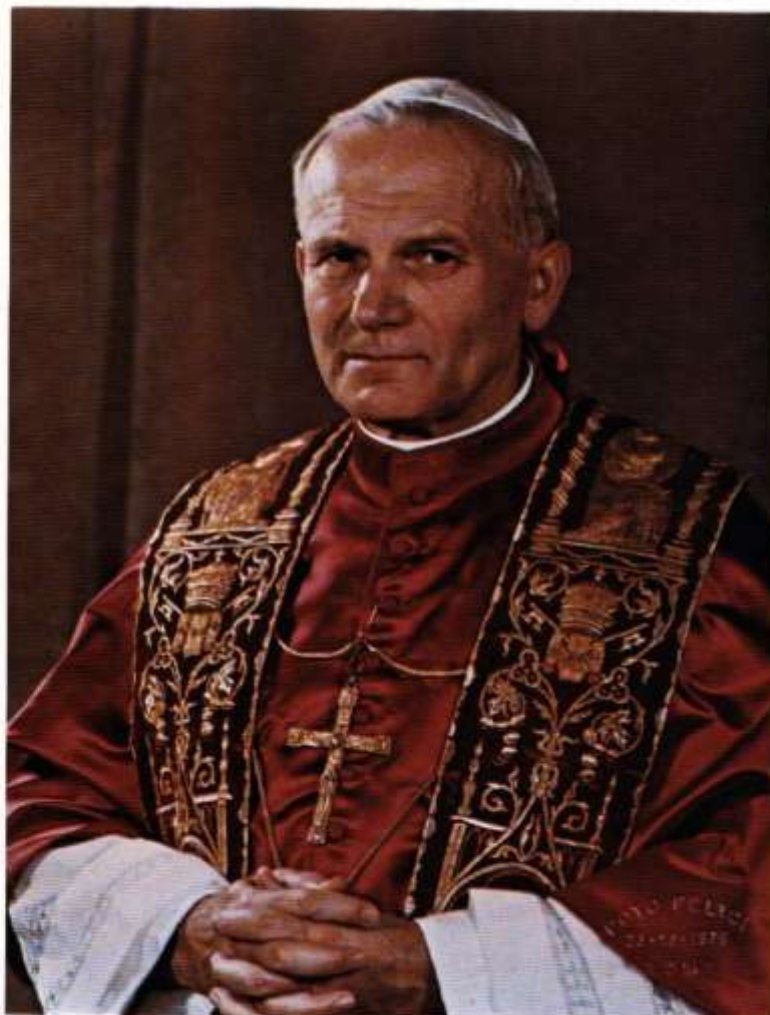
Juan Pablo I,

*ambos que fueron maestros de la Fe
Católica, y ofrecen a Su Santidad el Papa*

Juan Pablo II,

*Vicario de Cristo en la tierra y Cabeza
visible de la Iglesia Católica, la expresión
de su filial adhesión y obediencia, sus
votos y oraciones por un Pontificado
fecundo para la Santa Iglesia y para todos
los hombres de buena voluntad y su
agradecimiento filial por su saludo y
bendición, que inician estas páginas.*

Ad multos annos!



Con motivo del 50 aniversario de la fundación de la Facultad de Medicina y Ciencias de la salud de la Universidad Católica de Chile, me complazco en impartir a todos los miembros de la misma, en auspicio de la ayuda divina que los aliente a proseguir en la irradiación de los auténticos valores humanos y cristianos y en la fidelidad a la Iglesia, una especial Bendición Apostólica.

Vaticano, 18 Julio 1980.

Joannes Paulus PP. II

CINCUENTENARIO FACULTAD DE MEDICINA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA DE CHILE
1980



EDITORES:

**FERNANDO GARCIA-HUIDOBRO T.
ENRIQUE MONTERO O.
ALFREDO PEREZ SANCHEZ**

*Se terminó de imprimir esta edición conmemorativa
al Cincuentenario de la Facultad de Medicina
de la Pontificia Universidad Católica de Chile,
en el mes de octubre de 1980.*

*FOTOGRAFIA: SRTA. LIDIA GUILLAUMEL
DIBUJOS: SR. FELIPE DURAN H.*

*Impreso en los talleres de
ALFABETA IMPRESORES
Lira 140, Santiago, Chile*

COLABORADORES

DR. WALDEMAR BADIA C.	Profesor Titular de Anestesiología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. ROBERTO BARAHONA S.	Profesor Titular de Anatomía Patológica. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. CLAUDIO BARROS R.	Profesor Titular de Embriología. Instituto de Ciencias Biológicas. Pontificia Universidad Católica de Chile.
SR. JAIME BLUME S.	Director Departamento Editorial. Pontificia Universidad Católica de Chile.
SR. ARIEL BOUTOND	Bioquímico. Hospital Clínico. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. RAUL CROXATTO R.	Profesor Titular de Bioquímica. Instituto de Ciencias Biológicas. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. EDGARDO CRUZ M.	Profesor Titular de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. LORENZO CUBILLOS O.	Profesor Titular de Cirugía. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. RAUL DELL'ORO S.	Profesor Titular de Urología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. FERNAN DIAZ B.	Profesor Titular de Radiología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. JOSE ESPILDORA C.	Profesor Titular de Oftalmología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. JOSE ESPINOZA R.	Profesor de Obstetricia y Ginecología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. JUAN FORTUNE H.	Profesor Titular de Cirugía. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. LUIS GUERRERO G.	Profesor de Otorrinolaringología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
SRA. LYA GUILLON	Bibliotecaria Jefe de la Biblioteca de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. HUMBERTO GUIRALDES DEL C.	Profesor Titular de Anatomía Humana. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. HERNAN HEVIA P.	Profesor Titular de Dermatología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. FERNANDO GARCIA-HUIDOBRO T.	Profesor Titular de Farmacología. Instituto de Ciencias Biológicas. Pontificia Universidad Católica de Chile.

DR. SERGIO JACOBELLI G.	Profesor de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. ARTURO JARPA G.	Profesor Titular de Parasitología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. EDUARDO LARRAIN M.	Profesor de Cirugía. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
SR. SERGIO LEON	Tecnólogo Médico. Hospital Clínico. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. JORGE LEWIN C.	Profesor Titular de Farmacología. Instituto de Ciencias Biológicas. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. JOSE M. LOPEZ M.	Profesor de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. JOAQUIN LUCO V.	Profesor Titular de Neurofisiología. Instituto de Ciencias Biológicas. Pontificia Universidad Católica de Chile.
MONSEÑOR JORGE MEDINA E.	Pro-Gran Canciller. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. JUAN IGNACIO MONGE E.	Profesor Titular de Cirugía. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. ENRIQUE MONTERO O.	Profesor Titular de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. MAX MÜLLER V.	Profesor Titular de Anatomía y Profesor de Cirugía. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. JUAN R. OLIVARES A.	Profesor de Neurocirugía. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. RAMON ORTUZAR E.	Profesor Titular de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. MIGUEL OSSANDON G.	Profesor de Anatomía Patológica. Facultad de Medicina. Universidad de Chile.
SR. LUIS PEREZ	Bioquímico. Hospital Clínico. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. ALFREDO PEREZ S.	Profesor Titular de Obstetricia y Ginecología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
MONSEÑOR BERNARDINO PIÑERA	Obispo, Secretario General de la Conferencia Episcopal de Chile.
DR. JAIME PI-SUYER	Profesor Titular de Fisiología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. CARLOS QUINTANA V.	Profesor Titular de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. SANTIAGO RADDATZ E.	Profesor Titular de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. ARMANDO ROA R.	Profesor Titular de Psiquiatría. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. MANUEL RODRIGUEZ L.	Profesor Titular de Microbiología e Inmunología. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
SR. OMAR ROMO V.	Profesor Titular de Educación. Director Asociado de la Oficina de Educación Médica. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. HUGO SALVESTRINI R.	Profesor Titular de Cirugía. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. PATRICIO SANCHEZ R.	Profesor Titular de Biología. Instituto de Ciencias Biológicas. Pontificia Universidad Católica de Chile.

DR. JULIO SANTA MARIA S.C.	Profesor de Alimentación y Nutrición. Escuela de Medicina. Universidad de Chile y Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. SANTIAGO SOTO O.	Profesor de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
VICEALMIRANTE (R) JORGE SWETT M.	Rector. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. PABLO THOMSEN M.	Profesor Titular de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. HERNAN URZUA M.	Profesor Titular de Salud Pública. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. VICENTE VALDIVIESO D.	Profesor Titular de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
SRA. LUISA VAN DER BOSCH	Tecnólogo Médico. Hospital Clínico. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. LUIS VARGAS F.	Profesor Titular de Fisiopatología. Instituto de Ciencias Biológicas. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. JUAN DE DIOS VIAL C.	Profesor Titular de Histología. Instituto de Ciencias Biológicas. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. SALVADOR VIAL U.	Profesor Titular de Medicina. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.
SRA. LILIAN VIVEROS P.	Directora. Escuela de Enfermería. Pontificia Universidad Católica de Chile.
DR. AUGUSTO WINTER E.	Profesor Titular de Pediatría. Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.

PROLOGO

Las autoridades de la Pontificia Universidad Católica de Chile decidieron dar un especial relieve a la conmemoración del Cincuentenario de la Facultad de Medicina como signo de adulta alegría, de reconocimiento de una labor realizada por tantos, como un acto de fe y confianza en su futuro y, en forma especialísima, de la permanente asistencia del Espíritu Santo sobre ella.

Entre las múltiples actividades programadas para 1980 estaba la edición de un libro recordatorio que, sin presunción, mostrara someramente esa grande obra.

De este aniversario quedarán como recuerdos obras duraderas: los bustos forjados en bronce y asentados en piedra de don Carlos Casanueva y de don Rodolfo Rencoret, un complejo hospitalario que ofrecerá una atención médica al máximo nivel —el Centro de Diagnóstico en el Campus San Joaquín—, las visitas de académicos extranjeros que dictaron conferencias públicas o clases magistrales y los múltiples cursos de perfeccionamiento organizados por los Departamentos de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud y del Instituto de Ciencias Biológicas. Estas realizaciones quedarán como señeros materiales e intelectuales de este medio siglo de vida universitaria.

En una obra impresa se aúnan dos condiciones específicamente humanas: el espíritu y el "logos" —la palabra—, unidas y materializadas en la escritura.

Todas las actividades de una sociedad humana son parciales pero se complementan. En el curso del tiempo es difícil decidir qué es más representativo de una cultura en su significado postrero: si una pirámide corroída por los elementos o una crónica casi reducida a polvo, pero aún descifrable.

El Comité Organizador del Cincuentenario, nombrado por las autoridades de la Facultad y presidido por Ricardo Ferretti D., encargó oportunamente la edición de este opúsculo a Fernando García-Huidobro; su obra quedó mutilada por su imprevista y fatal enfermedad. En enero de 1980 fue encargada esta tarea a Enrique Montero O. y Alfredo Pérez S.

Entonces, lo que hemos podido hacer realidad en estas páginas en sólo ocho meses debe mirarse con benevolencia.

Hemos contado con la diligente colaboración de muchos miembros antiguos o recientes de la Facultad, que incluso han aceptado la modificación de sus escritos, y de relevantes personalidades nacionales y extranjeras relacionadas con la Escuela de Medicina, pero sabemos que no hemos podido cumplir con todos los objetivos inicialmente delineados.

Puede que sirvan como atenuantes: la premura del tiempo —inmisericorde en este tipo de tarea—, la complejidad del tema y la exigua calidad de los editores. Sabemos que hay omisiones importantes; que se han deslizado errores, aunque involuntarios y que probablemente se ha opacado algo la luminosa obra realizada por la Pontificia Universidad Católica de Chile para sí y, por ende, para el país y la Iglesia.

Estas páginas no son un panegírico ni una reprimenda; esperamos que no sean motivo de polémicas. Sólo pretenden ser una miscelánea de "crónicas", en el sentido que don Claudio Gay escribía: "siendo particularmente la historia una ciencia de hechos, vale mucho más, según mi opinión, contar concienzudamente esos hechos tal como han ocurrido y dejar al lector en completa libertad para sacar él mismo las conclusiones"

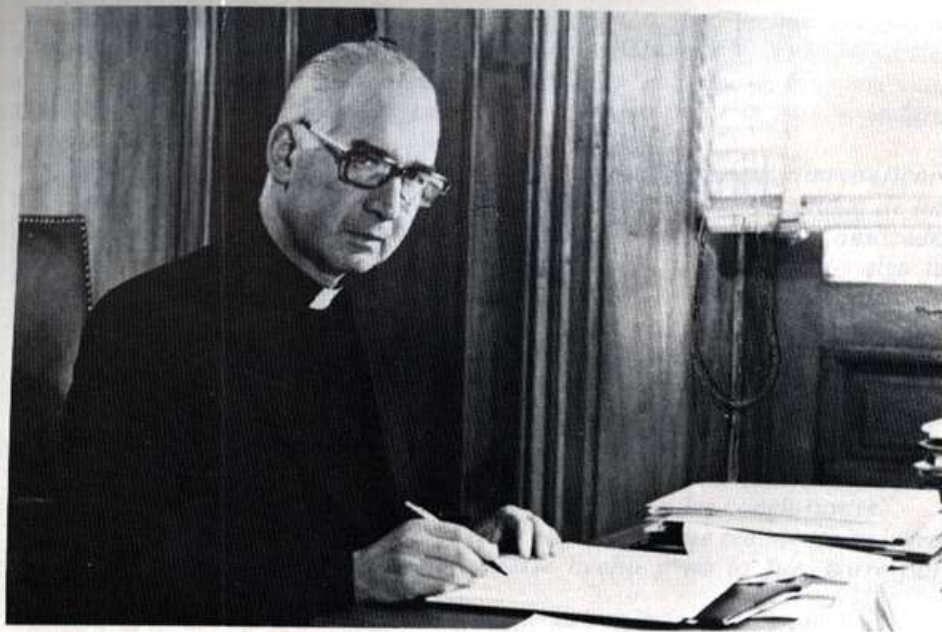
Todo lo que se pensó hacer con estas páginas, lo que realmente se logró o se dejó de mano, lo que debería haberse hecho y no lo fue, corre por nuestra cuenta.

La obra del Sagrado Corazón de Jesús en esta Pontificia Universidad y, en especial, en esta primordial Escuela de Medicina es imposible de analizar por nosotros.

Sólo nos cabe decir, una y otra vez: "por El y con El y en El, a Ti, Dios Padre omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, es todo el honor y la gloria, por los siglos de los siglos".

Los Editores.

Presencia de las autoridades
de la Pontificia
Universidad Católica de Chile





PRO-GRAN CANCELLER

Santiago, 23 de Mayo 1980

Señor Decano y estimado amigo,

Le envío mis sinceros saludos
y felicitaciones, y por su intermedio
a la Facultad de Ciencias de la
Salud y a la Escuela de Medi-
cina de nuestra Universidad,
al cumplir medio siglo de vida.

Mis deseos sinceros son los mis-
mos del Rector que las fundó,
Hons. Carlos Casanueva: que la
Escuela forme médicos de cien-
cia y de conciencia, consagrados
al servicio de los que sufren, sir-
viéndolos abnegada y personalmen-
te por amor a Dios.

Sejo, affmo. en el Corazón de
Jesús, Patrono de la Universidad,

Pro. Juan Canciller
Pro. Juan Canciller

L. Prof.
Dr. Carlos Quintana V.,
Decano de la Facultad
de Ciencias de la Salud.





PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Al cumplirse este año el centenario de nuestra Facultad de Medicina, quisiera haber llegado a todos quienes trabajan en ella y contribuyen diamante a su engrandecimiento y prestigio, mi saludo más afectuoso y sincero.

No me cabe duda que nuestra Facultad, ejemplo entre sus congéneres, ha seguido dando parte importante en el desarrollo de nuestra Universidad, proyectado a través de 92 años de ininterrupta entrega a la juventud chilena.

En particular, la Escuela de Medicina ha sido capaz de adaptarse a los nuevos adelantos, tanto de la técnica como de organización, lo que ha dado una sólida base en su crecimiento y a su bien merecido prestigio.

Al iniciar este saludo en tan importante aniversario, la Rectoría de la Universidad se une gustosa a ella, y se suma para contribuir a los adelantos y necesarios planes de expansión hospitalaria que la enseñanza y la práctica de la medicina de alta calidad requieren en urgencia. - Pone ello en cuenta desde luego, en el alto espíritu de servicio y amor al prójimo que ha distinguido a todos los académicos y personal de esta Escuela.

Junio / 1980. -

J. Durán
Rector.

CAPITULO I

La fundación de la Facultad
de Medicina y Farmacia
y los comienzos de la
Escuela de Medicina
de la Pontificia Universidad
Católica de Chile

LA FUNDACION DE LA FACULTAD DE MEDICINA Y SU EPOCA

Jaime Blume S.

CHILE EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

PESE a los inconvenientes de todo orden, fácilmente explicables en una nación joven que busca definir los límites de su territorio, consolidar su desarrollo económico, estabilizar su composición social, promover el desarrollo cultural y encontrar una fórmula política que conjugue las diversas tendencias en pugna, no cabe duda que el período en cuestión reviste, para Chile, una importancia extrema. En lo que a ampliación de fronteras se refiere, la expansión por el norte es el resultado de avanzadas que se desplazan desierto adentro y consolidan pertenencias mineras de gran valor, lo que determinará posteriormente la intervención del Estado y el consiguiente problema limítrofe con Bolivia.

En el extremo sur del país, el lento quiebre de la frontera natural del Bío-Bío, las acciones que se desenvuelven en torno al eje Valdivia-Osorno, el enclave de Melipulli y su prolongación natural en la hoya del Maullín, la difícil presencia en la colonia de Punta Arenas, la penetración en la Patagonia y la incorporación de la Isla de Pascua al territorio nacional, son hitos que marcan la voluntad de definir la geografía y dar al habitante enriquecido por corrientes inmigratorias europeas— un patrimonio estabilizado.

La Guerra del Pacífico y los problemas limítrofes con Argentina constituyen los puntos críticos visibles de esta expansión y sus efectos se dejarán sentir hasta nuestros días.

En el plano económico, Chile se ve arrastrado por los avances de la sociedad industrial europea y estadounidense. La incorporación a las zonas de influencia de dichos centros determina una situación de marcada dependencia externa, con todas las ventajas e inconvenientes que de ella se derivan. Las industrias extractivas, la explotación agrícola, favorecida por la posición geográfica de Chile con respecto al mercado europeo, las industrias fabriles, el comercio exterior, la proliferación de casas comerciales extranjeras, las operaciones bursátiles, la creación de bancos, el transporte y las comunicaciones son otros tantos índices de la respuesta del país al nervio desarrollista que sigue a la creciente industrialización mundial.

Semejante impulso provoca necesariamente alteraciones en las pautas de vida social que hasta este momento han caracterizado a Chile. La concentración poblacional en torno a las principales ciudades, los planes de obras públicas, el auge minero y las exigencias de la guerra provocan una corriente de migración interna que afecta principalmente al mundo campesino. La alteración de vínculos, valores, tradiciones y conductas derivadas de esta situación es particularmente notoria en el grupo humano que se moviliza, al tiempo que la consolidación del régimen de inquilinaje y la precaria condición de una fuerza laboral flotante, dentro de los que permanecen afectos a las tareas del agro, constituye motivo de preocupación incipiente en los sectores más críticos de la opinión pública, especialmente si se parangona dicha condición con el género de vida que asumen algunos terratenientes. No obstante ello, ciertas características culturales como la

transmisión oral de historias y refranes, expresiones literarias del tipo de los cantos “a lo divino y a lo humano”, el cultivo de la artesanía y las prácticas piadosas, conservan los rasgos tradicionales del modo de vida rural.

El auge minero, por su parte, atrae un fuerte contingente de mano de obra. Surgen las oficinas y campamentos, en los que las precarias condiciones sanitarias, la insuficiencia educacional, la escasez de servicios públicos y el sistema monopólico de las pulperías, echan las bases de una situación social difícil y explosiva, clima propicio para el desarrollo de movimientos políticos reivindicacionistas.

Otra era la situación en las ciudades. La expansión urbana, el auge de la construcción, la habilitación de parques, paseos y jardines, la introducción de tranvías como medio de transporte, el desarrollo de la instrucción primaria, tanto estatal como privada, y la fundación de importantes diarios, semanarios y publicaciones periódicas configuran un mundo netamente diferenciado del mundo rural. En el plano de la cultura, una generación de periodistas de alto vuelo afianza las corrientes ideológicas dominantes, al tiempo que estudiosos de la lengua y de la historia, así como algunos escritores destacados, dan respuesta a las inquietudes superiores de la sociedad.

Estos aires de gran mundo que circulan por las ciudades más importantes del país, especialmente Santiago, se ven apoyados por el influjo creciente del estilo de vida imperante en las capitales del viejo mundo. Cristalería, vajilla, muebles y carruajes importados enmarcan la suntuosidad que se filtra en los salones de las grandes familias. Los viajes a Francia, la marcada preferencia por la profesión de abogado, que abría las puertas a la carrera política, un cierto orgullo racial que creía descubrir en la composición de la raza evidentes analogías con los admirados pueblos anglosajones, una práctica religiosa teñida de sansulpicianismo, la creciente rigidez en la valoración de los estratos sociales, la elección de ciertos colegios de categoría para la educación de los hijos, la lectura de autores franceses y el recurso a modistos de igual nacionalidad, así como las tertulias, el club, las carreras de caballos, los cuadros, los veraneos en el balneario de moda, las sesiones musicales, las recepciones y bailes constituían los signos exteriores de pertenencia a la “buena sociedad”.

A la sombra del sector social más cotizado se va conformando un grupo medio constituido por descendientes empobrecidos de familias de linaje y por individuos provenientes de estratos inferiores —comerciantes, agricultores o mineros—, beneficiados por la valoración de las propiedades, el desarrollo de la educación y el impulso industrial que se percibe bajo el Gobierno de don José Joaquín Pérez.

Descartada la herencia como medio de adscripción a los estratos más altos de la sociedad, la educación superior, la incorporación a la actividad política, la carrera militar y el desempeño en la administración pública pasan a constituirse en la palanca que permite ascender en la escala social. La formación positivista que entregaba la Universidad de Chile y el laicismo que profesaba el Partido Radical, cuerpo político al cual se incorporan mayoritariamente los grupos medios, contribuyen, en no escasa medida, a conformar el perfil ideológico que los caracteriza.

Además de los sectores alto y medio de la sociedad, un tercer conglomerado —el mundo obrero— se estructura con rasgos cada vez más acusados. La demanda de mano de obra exigida por la expansión industrial provoca corrientes migratorias que tienen como meta los centros urbanos. Surgen barriadas obreras en las que la gente vive en condiciones más que precarias. La ausencia de agua potable y de desagües, el hacinamiento y la insalubridad de los conventillos favorecen las epidemias y la mortalidad infantil. Las remuneraciones deficientes explican el trabajo remunerado de las mujeres, y en menor escala, incluso el de los niños, situación que hiere la conciencia cristiana de algunos grupos católicos, particularmente sensibles a la doctrina social de la Iglesia, y que se expresa en la promoción de organismos destinados a mejorar un esquema de vida infrahumano.

Reclutado mayoritariamente en el campo, el contingente obrero sufre fuertemente el desarraigo que significa dejar tierras y tradiciones. La tuberculosis, las enfermedades venéreas y el alcoholismo son males que marcan este estrato social, lo que unido al

debilitamiento del sentido religioso, configura un cuadro deprimente, que los esfuerzos de varias asociaciones y cofradías no logran modificar significativamente.

Todo lo dicho deja como saldo la imagen de un país que, pese a ciertos elementos unificadores —homogeneidad racial, comunión en la misma fe, respeto a las normas del derecho—, presenta, hacia fines del siglo XIX, características contradictorias y conflictivas. Las diferencias sociales, las condiciones deprimidas del sector laboral, las oposiciones doctrinarias entre el laicismo y el catolicismo, el auge de la minería que se ve sometida a los vaivenes del mercado internacional, los conflictos fronterizos, el despertar intelectual de un grupo que se abre a las corrientes culturales foráneas, las luchas políticas y los movimientos que reclaman mejores condiciones para el obrero constituyen el telón de fondo sobre el cual se proyectan enfrentamientos ideológicos de distinto signo, que postulan para el país fórmulas de gobierno y acciones concretas divergentes.

POLÍTICA E IDEOLOGÍA EN CHILE HACIA FINES DEL SIGLO XIX

La concepción portaliana de gobierno se prolonga a través de los decenios de los presidentes Prieto, Bulnes, Montt y Pérez, en los que el celo por conservar las prerrogativas del Ejecutivo a través de un marcado autoritarismo tipifica dichos regímenes. Paralelamente, la idea del parlamentarismo, fórmula aplicada en Inglaterra y que a la distancia se vislumbra como expresión suprema del juego político, encuentra en nuestro país decididos defensores. La instalación del sistema reviste, en Chile, características bastante peculiares y no siempre ortodoxas. La obstrucción en el despacho de las leyes, las interpelaciones y los votos de confianza son los arbitrios que se utilizan para sustraer, en beneficio del Congreso, parcelas del poder que detentaba el Ejecutivo. Este hecho provoca frecuentes conflictos entre el Presidente y el Parlamento, al tiempo que crea las condiciones para inesperadas alianzas partidistas, no siempre basadas en afinidades ideológicas. Situación como la señalada explica el peso creciente de las corrientes políticas y la importancia, a veces desmedida, que revisten los debates parlamentarios.

Por otra parte, el romanticismo liberal se introduce en el aspecto político-ideológico del país, centrando su acción en reformas que permiten una mayor fluidez en el manejo de la cosa pública y limitan la hegemonía del Ejecutivo. La exaltación de la libertad como fórmula suprema del pensamiento y del accionar políticos tenía que chocar necesariamente con el catolicismo militante de los conservadores, defensores de la encíclica "*Quanta Cura*", de S.S. Pío IX y del *Syllabus*, documentos pontificios en los que se condenaba el modernismo y la posible conciliación entre la doctrina católica y las aspiraciones liberales.

Posturas tan encontradas enredan, en sus luchas, a personas e instituciones, haciendo prácticamente imposible discernir entre lo específicamente doctrinal y aquello que se refiere a la política contingente. Los debates sobre libertad de cultos y problemas como la inhumación de cadáveres al margen de lo prescrito por el derecho canónico, los exámenes de los alumnos de colegios privados y el proyecto de la Ley de Instrucción, fueron algunas de las expresiones de dicha situación, que ubica en fronteras políticas opuestas a los defensores de una u otra posición doctrinaria. Las cuestiones teológicas, la libertad de enseñanza, los cementerios laicos, el fuero eclesiástico y el matrimonio civil constituyen otras tantas ocasiones de enfrentamiento entre liberales y conservadores.

Conocido es de sobra el ardor que producen las luchas religiosas, especialmente cuando a ellas van unidas divergencias políticas. El Chile de la época no es sino una confirmación del aserto. El anticlericalismo del Partido Nacional, el laicismo de los radicales y el modernismo liberal se fusionan en un movimiento conocido bajo el nombre de Alianza Liberal, y en nombre del progreso combaten lo que se dio en llamar "el clericalismo político" de los conservadores. La situación no podía ser más explosiva, especialmente por el hecho de existir un régimen de unión entre la Iglesia y el Estado, ser la católica la religión oficial y estar el gobierno controlado por grupos librepensadores y anticlericales. La guerra de trincheras se agudiza con ocasión de la sucesión arzobispal

planteada a la muerte de Monseñor Rafael Valentín Valdivieso. En uso de las atribuciones que le concedía el patronato, el Gobierno postula al canónigo Francisco de Paula Taforó, vinculado a los círculos liberales, con fuertes resistencias de la jerarquía eclesiástica chilena y del Partido Conservador. El rechazo por parte de la Santa Sede del candidato del Gobierno determina el rompimiento de las relaciones diplomáticas, con lo que culmina la tensa situación ideológica interna.

En esta línea es particularmente ilustrativo lo que escribe Domingo Santa María a Pedro Pablo Figueroa:

El haber laicizado las instituciones de un país, algún día lo agradecerá mi patria. En esto no he procedido ni con el odio del fanático ni con el estrecho criterio de un anticlerical... He combatido a la Iglesia y más que a la Iglesia a la secta conservadora, porque ella representa en Chile, lo mismo que el partido de los beatos y pechoños, la rémora más considerable para el progreso moral del país. Ellos tienen la riqueza, la jerarquía social y son enemigos de la cultura. La reclaman, pero la dan orientando las conciencias en el sentido de la servidumbre espiritual y de las almas. Sin escrúpulos de ninguna clase, han lanzado a la Iglesia a la batalla para convertir una cuestión moral, una cuestión de orden administrativo, una cuestión de orden político, en una cuestión de orden religioso, en un combate religioso, de lesión a las creencias, de vulneración a la dignidad de la Iglesia¹.

En este clima de odiosidades políticas y de conflictos religiosos es en el que se concibe la idea de fundar una Universidad Católica, que surge como el resultado de una necesidad histórica, del empeño de hombres de visión y la coordinación de una comunidad diversa².

LA FUNDACION DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

La supresión del carácter obligatorio de las clases de religión contemplada en los planes de enseñanza secundaria³, medida que se conciliaba con la concepción liberal de la época, necesariamente tenía que herir la conciencia del sector católico de la sociedad. El entonces Arzobispo de Santiago, Mons. Rafael Valentín Valdivieso, hizo presente su oposición a la medida del Gobierno, invocando el derecho del hijo cristiano a la enseñanza religiosa y la obligación del padre de hacer efectivo ese derecho⁴.

La protesta no tenía mucho destino desde el momento que el control de la educación estaba encomendado al Consejo de Instrucción Pública, de franco tinte positivista. Esta circunstancia, unida al clima general de pugnas ideológicas ya reseñado, reactivó una antigua aspiración del Arzobispo Valdivieso: fundar una Universidad Católica, en la cual los alumnos egresados de los colegios católicos encontrarán un ambiente propicio para su formación doctrinal y para las prácticas religiosas. En el deseo de llevar a cumplimiento el proyecto, el Arzobispo alcanzó, antes de morir, a reunir algunos fondos para tales efectos. Al fallecer Mons. Valdivieso (1878) el conflicto entre el Gobierno y la Santa Sede por la sucesión reviste caracteres violentos, siendo el rompimiento de relaciones con el Vaticano, la dictación de leyes laicas y la expulsión del Delegado Apostólico sus expresiones más extremas.

Estas medidas revisten, a los ojos de un grupo de católicos militantes, todos los rasgos de una verdadera persecución, lo que lleva a don Abdón Cifuentes y a don

¹ Hernández Ponce, Roberto: "Historia de Chile 1800-1924". Ediciones Teleduc, p. 164, Santiago, 1978.

² Schmidt, S.J., Carlos: "La fundación de la Universidad Católica de Chile". Teología y Vida, 19: 111-128, Santiago, 1978.

³ Decreto Supremo del 29 de septiembre de 1873.

⁴ Vergara Antúnez, Rodolfo: "Vida y Obras del Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor Rafael Valentín Valdivieso, segundo Arzobispo de Santiago". Tomo II, p. 277, Imp. Nacional, Santiago, 1906.

Domingo Fernández Concha a echar las bases de una organización: la “Unión Católica de Chile”, que sirviera como defensa de los intereses católicos amagados. En la Primera Gran Asamblea de la Unión Católica, don Abdón Cifuentes plantea las preocupaciones que le embargan, siendo la principal de ellas el monopolio que la Universidad del Estado mantiene sobre la educación y el marcado tinte liberal que le imprime a su tutelaje.

La acción que desarrolla la Unión Católica se traduce en la creación de sociedades de piedad y de caridad, escuelas, academias, círculos, diarios y periódicos. Pero esto no basta.

Se deja sentir vivamente la necesidad de una gran institución que abarque a la vez la enseñanza secundaria y profesional bajo los auspicios de maestros cristianos⁵.

La Segunda Asamblea General de la Unión Católica

acuerda iniciar los trabajos conducentes a la fundación de una Universidad Católica y nombrar, para que de acuerdo con las autoridades diocesanas los promueva, una comisión compuesta de los señores don Bonifacio Correa Albano, don Florencio Lecaros y don Agustín Barriga, y de los señores presbíteros don Ramón Angel Jara y don Alberto Vial Guzmán⁶.

Colocada la obra bajo el alto patrocinio de los obispos diocesanos de Chile, la comisión encargada de llevar adelante el proyecto de fundación se aboca al estudio de reglamentos internos, plan de estudios de las diversas facultades, adquisición de propiedades y construcción de edificios.

A estas alturas, la Unión Católica constituía un escollo en el esfuerzo que se desplegaba por mejorar las relaciones entre la Iglesia y el Estado, lo que mueve al recién nominado Arzobispo de Santiago, Mons. Mariano Casanova Casanova, a no renovar la directiva de la Unión Católica, inspirándose para ello en razones de prudencia pastoral y en instrucciones recibidas de la Santa Sede de cultivar relaciones amistosas con el Gobierno. Esta medida significa la muerte de la institución. A iniciativa de don Abdón Cifuentes, se le ofrece al Arzobispado las dependencias de la Unión Católica para que allí funcionara la Universidad, ofrecimiento que, luego de consulta a prominentes miembros del clero, fue aceptado.

Reticente en un comienzo, Mons. Casanova vacilaba en dar su aprobación definitiva a la fundación de la Universidad. Sin embargo, el celo desplegado por los laicos, lo avanzado de los estudios pertinentes y el apoyo decidido que importantes personalidades eclesiásticas prestaron al proyecto constituían una presión que la autoridad diocesana no podía ignorar por más tiempo. Es así como el 21 de junio de 1888 el Arzobispo Casanova firma el Decreto de Fundación y nombra la comisión promotora, la que, bajo la presidencia de Mons. Joaquín Larraín Gandarillas, debía preparar la fundación legal y canónica de la Universidad Católica de Chile.

El 1º de abril de 1889 comienzan las clases de una Universidad que, de acuerdo al pensamiento de sus fundadores, se definía como católica, libre del tutelaje oficial y de la ideología liberal imperante, armonizadora de los aportes de la fe y de la razón, preocupada por las exigencias de la vida social y atenta a apoyar el desarrollo de los más necesitados.

LOS PRIMEROS AÑOS DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

En 1889 S.S. León XIII aprueba oficialmente la fundación de la Universidad Católica, que inicia sus actividades con el curso de Leyes —que durante algunos años sería incompleto, debiendo los alumnos terminar la carrera en la Universidad de Chile— y un curso de Bachillerato en Matemáticas. A estas unidades se agregarán el Pensionado San Juan Evangelista, el Externado Literario Comercial de San Rafael y la Escuela Industrial

⁵ Cifuentes, Abdón. “Memorias” T.II., Ed. Nascimento, Santiago, 1936.

⁶ Ibid.

de Nuestra Señora del Carmen. Posteriormente surgirán los cursos de Ingeniería Civil, Arquitectura y Construcción y los de Electricidad y Química Industrial.

Las prácticas religiosas —oraciones al comenzar las clases, la misa de los primeros viernes, retiros y conferencias— constituyen el apoyo que la Universidad ofrece a la formación espiritual de los alumnos.

Afianzar lo realizado y buscar la autonomía académica de la Universidad constituyen la preocupación central de los rectores don Jorge Montes, don Rodolfo Vergara Antúnez y don Martín Rücker. Problemas tales como la prohibición de funcionar en los locales del Círculo Católico y el incendio del Pensionado (1891), donde la Universidad se acoge temporalmente, ponen a prueba el temple de los fundadores y refuerzan su voluntad de superación.

Es así como al término de la primera década de este siglo nuevas reparticiones se agregan a las ya existentes, entre las cuales cabe señalar la fundación del Instituto de Humanidades “Luis Campino”, la Biblioteca Central y la Facultad de Agronomía, a las que se suman, en años posteriores, las facultades de Arquitectura y Bellas Artes, Ciencias Económicas y Filosofía, y de Letras y Ciencias de la Educación.

UN AÑO CRUCIAL: 1920

La Primera Guerra Mundial marca el fin de las ilusiones de la “belle époque” en el mundo. La democracia liberal es suplantada por el mesianismo de los movimientos totalitarios de Europa, nueva situación que introduce una cuña ideológica dentro del espectro de los movimientos políticos en pugna. Por otra parte, la emergencia arrolladora de los Estados Unidos como primera potencia da origen a una zona de influencia incontrarrestable, en la que Chile cae sin remedio. El parlamentarismo caótico había agotado, al interior del país, toda posibilidad de conducción sólida y constructiva, lo que se ve agravado por la crisis económica del salitre, la situación deprimida de la agricultura, una industrialización que no logra afianzarse y las tensiones sociales que se gestan en el seno de los estratos populares, afectados por condiciones económicas particularmente difíciles.

En los grupos católicos, la encíclica “*Rerum Novarum*”, de S.S. León XIII, produce un fuerte impacto. Combatida por algunos y defendida por otros, la unidad doctrinal se resiente. Monseñor Rücker se compromete en forma clara con los postulados sociales de la encíclica, postura que contribuye a acentuar, dentro de la Universidad, la división que ya se insinuaba en el plano nacional. Semejante situación, unida a los problemas económicos cada vez más angustiosos, llevaron a la autoridad eclesiástica a pensar en el cierre de la institución. La medida constituía un rudo golpe para el sector público comprometido con la Universidad, que veía en dicha decisión un retroceso en la lucha en la que estaban empeñados, especialmente si se tenía en cuenta que por ese entonces (1919), la Universidad de Concepción —heredera del espíritu liberal— iniciaba oficialmente sus actividades. Estas circunstancias movieron al grupo católico partidario de la mantención de la Universidad Católica, a poner todas sus energías al servicio de ese ideal, empeño que coincidió con el nombramiento de Monseñor Carlos Casanueva Opazo como Rector (1920), cargo vacante por la renuncia de Monseñor Rücker.

Se cumplía así una etapa difícil, que tuvo en don Abdón Cifuentes su principal motor y su defensor más decidido.

DON CARLOS CASANUEVA OPAZO

No es este el lugar para entregar una visión detallada de la personalidad y obra de “Don Carlos”. Bástenos recordar, por el momento, su profundo sentido sacerdotal, su dedicación a la obra educacional y su labor periodística de claro compromiso ideológico. A ello hay que agregar su voluntad de servicio y una profunda preocupación social, virtudes que quedan de manifiesto en su primera intervención como Rector, con ocasión del Claustro Pleno del 19 de abril de 1920. Este evento tipifica el nuevo espíritu que

inunda a la Universidad. Nuevas autoridades; la creación de la Facultad de Arquitectura, independiente esta vez de la de Ingeniería, y de los cursos de Sociología; el proyecto de creación de una Academia de Medicina y de los cursos de ingenieros industriales, electricistas y de minas, son, entre otros, los propósitos que el nuevo Rector propone a la comunidad universitaria. Los profesores, por su parte, subrayan la necesidad de crear un curso de Filosofía y las facultades de Teología y Pedagogía. Se establece así un programa de trabajo cuyo objetivo es hacer de la Universidad la expresión adecuada de lo que la Iglesia postula como propio de su presencia en la sociedad a la cual anhela servir.

Los cambios políticos derivados del golpe militar de 1924, la nueva Constitución “del veinticinco”, que separa a la Iglesia del Estado y los problemas económicos mundiales que culminan con la “Depresión”, no son obstáculos para que la Universidad siga creciendo a un ritmo acelerado. Nuevos cursos —Filosofía, Bellas Artes, Antropología, Literatura, Apologética, Historia Universal—, la dictación del Reglamento Universitario, la reforma de los Planes y Programas, la implementación de laboratorios y bibliotecas, la contratación de profesores, la creación de las Facultades de Filosofía y Humanidades y la de Comercio, la habilitación de un Campo de Experimentación Agrícola y de un Observatorio Astronómico son, en apretada síntesis, los logros que jalonan los diez primeros años del rectorado de don Carlos Casanueva.

A estas alturas, la Universidad Católica había alcanzado un merecido prestigio como centro cultural y de formación de profesionales distinguidos. La destacada actividad que los alumnos egresados del plantel desempeñaban en el campo de la economía, la jurisprudencia, la política, la ciencia y la tecnología, prolongaba la acción de la Universidad en el ámbito nacional. Estaba, sin embargo, pendiente el reconocimiento oficial, que tanto el Estado como la Iglesia debían prestarle a la institución. La subvención presupuestaria de \$ 200.000 que el Parlamento acuerda asignarle en 1923, los decretos 4807 y 280 de 1929 y 1931, respectivamente, que legislan la vida universitaria y otorgan personalidad jurídica a la Universidad y el Estatuto Administrativo de 1953, que le concede plena autonomía en la concesión de títulos y grados, son los capítulos que ilustran esta larga lucha por obtener el reconocimiento del Estado.

Por otra parte, la Conferencia Episcopal declara, en diciembre de 1926, que, la Universidad es el Instituto de Enseñanza Superior de la Iglesia en Chile⁷, disposición que es seguida por el Decreto del 11 de febrero de 1930, de S.S. Pío XI, que erige canónicamente la Universidad,

con todos los privilegios de que gozan estos institutos dependientes de la Sede Apostólica.

Ese mismo año nace la Facultad de Medicina y en 1934 la de Teología, viejas aspiraciones que sólo se materializan en las fechas indicadas.

El incendio de la Universidad en 1931, las convulsiones políticas que acompañaron la caída del régimen de don Carlos Ibáñez, los debates que se suscitan con ocasión de la encíclica “*Quadragesimo Anno*”, las perturbaciones que provoca la Segunda Guerra Mundial y la efervescencia derivada del ascenso al poder del Frente Popular, son contingencias que repercuten hondamente en la Universidad, pero que no logran frenar su vitalidad. La situación social del país, la conciencia en el estudiantado de que no podía quedar al margen de decisiones que los afectaban directamente y los nuevos requerimientos del desarrollo científico y tecnológico constituyen desafíos que exigían respuestas adecuadas. La creación de la FEUC (1939), del Departamento de Bienestar Estudiantil y del Personal (1946), así como la fundación del Instituto de Ciencias Biológicas y de la Facultad de Tecnología, representan, en parte, los esfuerzos que la Universidad despliega en su intento de adecuarse a las nuevas exigencias.

La creación del Instituto de Educación Familiar, de la Escuela de Educación, de la Escuela Normal Santa María, de la Fundación de Educación Rural, del Teatro de Ensayo

⁷ Celis, Luis; Krebs, Ricardo; Scherz, Luis: “Historia de los 90 años de la Pontificia Universidad Católica de Chile”, Revista Universitaria N° 1, p. 21, Santiago, 1978.

y de la Facultad de Bellas Artes coronan la asombrosa actividad que don Carlos Casanueva despliega como Rector de la Universidad. Ya enfermo, renuncia al cargo (1953) dejando tras sí una Universidad sólidamente establecida, legitimada por el reconocimiento oficial y por el aporte dado al desarrollo del país, plenamente consciente de la misión que le cabe como institución de Iglesia y abierta al servicio de todos, especialmente de los más necesitados. Dura herencia que compromete la fidelidad futura a los que la Iglesia y la sociedad les exijan.

LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

En 1908, bajo el rectorado de don Rodolfo Vergara Antúnez, se pensó en la creación de una Academia de Medicina, algo así como un centro de estudios superiores integrado por médicos católicos, pero la fundación de una Facultad de Medicina se concretará sólo a mediados de 1929 (ver Anexos). Mil inconvenientes ideológicos, políticos y económicos impidieron hacer efectivo antes de ese año tan antiguo proyecto.

La instalación de una facultad como la de Medicina demandaba recursos cuantiosos. Las exigencias de material, laboratorios, bibliotecas y policlínicas constituían exigencias demasiado onerosas para el restringido presupuesto de la Universidad. No obstante ello, al asumir don Carlos Casanueva la Rectoría y al informar al Claustro Pleno acerca de lo que sería su programa de trabajo, comunica:

que estaba en estudio la creación de una Academia de Medicina dependiente de esta Universidad, con una policlínica, un pequeño hospital para casos notables de estudio, cursos clínicos, laboratorio de estudios y biblioteca.⁸

El proyecto correspondía a una visión muy clara del Rector. Si la Universidad Católica no quería ser una "insignificancia universitaria", necesariamente tenía que completar dentro de sus planes de desarrollo la creación de una Facultad de Medicina. La idea, sin embargo, encontró fuerte oposición en algunos medios católicos conservadores, que estimaban que una fundación de esta naturaleza significaba sacrificar a la misma Universidad.

La reducción importante de la subvención que el Estado otorgaba a esta Casa de Estudios Superiores creaba una situación presupuestaria comprometida, que hacía difícil mantener lo ya creado y desaconsejaba emprender nuevas fundaciones. Otro era el pensamiento de don Carlos. Estaba en juego el prestigio de la Universidad y no era posible renunciar a una idea valiosa por consideraciones de tipo exclusivamente económico. Por lo demás, las características mismas del proyecto permitían presumir que un número crecido de donaciones podría canalizarse en su beneficio, lo que sumado a los ingresos que se obtendrían de un Pensionado Universitario que don Carlos pensaba fundar en los terrenos que la Universidad tenía en la calle Fermín Vivaceta, constituían una base sólida para materializar la creación de la Facultad. En el plano de lo anecdótico, el Rector había bautizado al mencionado Pensionado con el nombre de "la vaca lechera".

Pero existían razones más profundas para insistir en la idea. El ejercicio de la medicina supone una jerarquía moral que no siempre se compadece con la realidad de sus cultores. Monseñor Casanueva se resistía a que la formación de los futuros médicos se perpetuara en manos de profesionales "incrédulos". La creación de una Facultad de Medicina en la Universidad Católica aseguraba, a sus ojos, una práctica docente en la que las exigencias de la ciencia podían aliarse a un profundo sentido cristiano. Un juicio ponderado de estos criterios debe considerar necesariamente las luchas ideológicas en las que don Carlos participó activamente, la rivalidad entonces existente entre la Universidad de Chile y la Universidad Católica y el sectarismo que aún era dable encontrar en la época.

Otra razón que pesaba en el ánimo del Rector para no descansar hasta ver materializada su idea era el deseo de atender a los pobres. La práctica de la caridad encontraba en la futura policlínica un cauce adecuado de expresión, lo que agregaba a la obra

⁸ Celis, Luis; Krebs, Ricardo; Scherz, Luis, Op. cit., p. 18.

de la Universidad una dimensión importante de la cual no se podía prescindir. En este sentido, crear una Facultad de Medicina destinada a formar un cuerpo médico con criterios morales cristianos y dotarla de una policlínica para la atención gratuita de los menesterosos era la respuesta que la Universidad, como institución de Iglesia, debía dar a su vocación de servicio.

Superada la etapa de análisis de razones y tomada ya una decisión, el Rector Casanueva citó a un grupo de amigos para estudiar los problemas concretos de la fundación. Entre otros asistieron a esas reuniones los doctores Eduardo Cruz-Coke, Carlos Charlín, Eugenio Díaz Lira, José Estévez, Teodoro Gebauer, Carlos Monckeberg, Roberto Barahona y Arturo Atria, aunque estos últimos eran sólo alumnos del tercer año de medicina en la Universidad de Chile, pero que don Carlos consideraba en su plan. Corría el año 1928.

En agosto del año siguiente, el Rector Casanueva vuelve a reunirse con los asesores mencionados, a los que se agregan Alvaro Covarrubias, el Padre Teodoro Drathen O.V.D., Cristóbal Espíldora y el Padre Gilberto Rahm, O.S.B.⁹ En esta ocasión don Carlos anuncia que el decreto de fundación ya había sido cursado y que se contaba con la aprobación del Gobierno.

Universidad Católica | Santiago, a 17 de Junio de 1929.
Visto la nota que fuere del Rector de la Universidad Católica de Chile Monseñor don Carlos Casanueva, y por los considerandos en elle expresados:
1º Declaramos definitivamente constituir la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad Católica de Chile en los médicos nombrados por decreto de Mayo de 1929 y los que después se agreguen en conformidad a dicho decreto.

Encabezamiento del Decreto de Fundación de la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad Católica de Chile. (El texto completo se incluye en los Anexos.).

Interesa destacar la participación que le cupo a un grupo de médicos católicos en la discusión del proyecto y en la puesta en marcha del mismo. En carta del 17 de octubre de 1979, el Arzobispo Dimisionario de La Serena, Mons. Alfredo Cifuentes, le escribe al Dr. Fernando García-Huidobro Toro lo siguiente:

Ud. bien comprende cuán unido he estado siempre a todo lo de esa Universidad: soy el último y el único hijo del que fue su cofundador. Debido a esto, entonces, por las muchas veces que hablé con don Carlos, vi la preocupación e interés que lo movía por la fundación de la Facultad de Medicina. Esto se consideraba difícilísimo y muy necesario hacerlo pronto porque la misma Facultad en la Universidad de Chile desgraciadamente no era la que formaría médicos católicos. ¡Bien conocí yo también esos desgraciados tiempos! Esta preocupación, tan propia del espíritu apostólico de don Carlos, pude apreciarla mejor cuando en cierta ocasión se encontraba en mi casa el doctor don Genaro Benavides, antiguo y queridísimo amigo muestro, grande y prestigioso médico y fervoroso católico, y entonces los oí hablar del empeño de don Carlos Casanueva para la fundación de la Facultad de Medicina. Mi padre le pidió entonces al doctor Benavides que hablara con otros médicos católicos, amigos suyos, para cooperar a la realización de este tan vivo

⁹ Es posible que la lista no sea completa. La nómina ha sido tomada de una entrevista realizada al Dr. Roberto Barahona por el Dr. Patricio Sánchez.

¹⁰ Celis, Luis; Krebs, Ricardo; Scherz, Luis.: Op. cit., pág. 18.

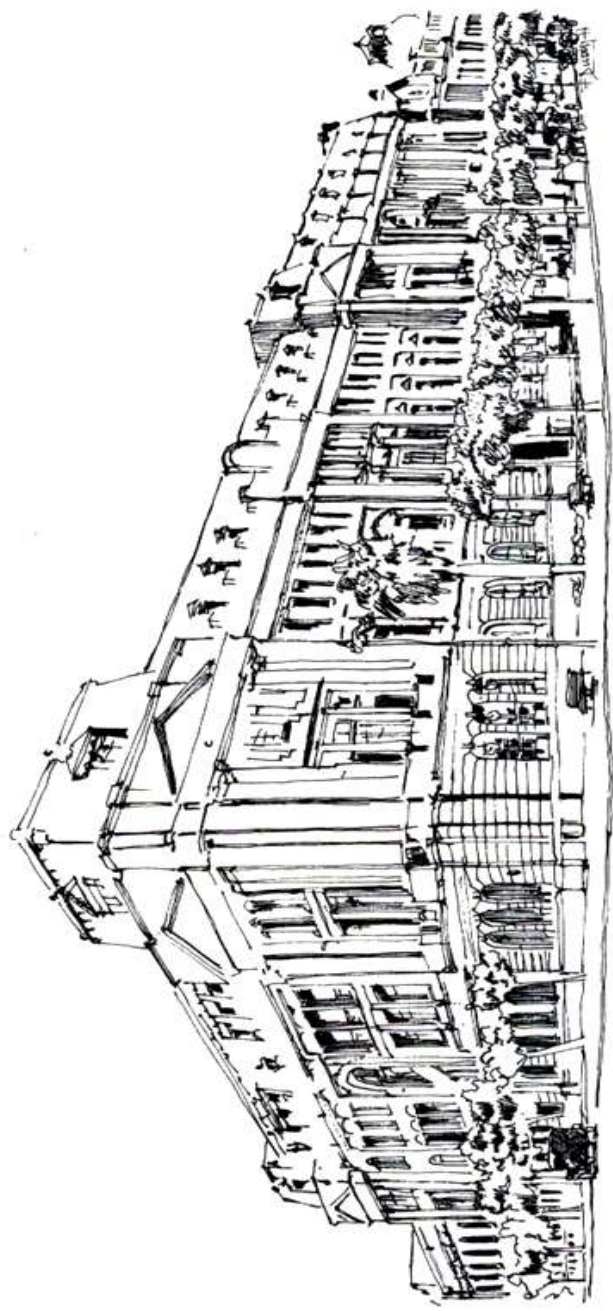
deseo y tan gran necesidad. El doctor Benavides lo hizo. Tal es el primer dato que yo puedo dar sobre la materia.

A la luz de esta carta inédita podemos entender mejor la idea de fondo de don Carlos Casanueva y la política que siguió para materializar el proyecto.

La aprobación oficial de la fundación de la Facultad de Medicina era sólo el primer paso. Quedaba aún muchísimo por hacer. Compró los terrenos donde se levantarían los edificios y pabellones y consiguió los dineros suficientes para iniciar las obras de construcción. En cuanto a la contratación de los futuros docentes, el trámite no era fácil, por cuanto existían muchos médicos católicos que desaprobaban la fundación de una Facultad de Medicina paralela a la oficial. Superadas las naturales reticencias que se oponían al proyecto pudo, por fin, don Carlos obtener la colaboración de un grupo selecto de profesores, entre los que se contaban los doctores Carlos Monckeberg Bravo, Luis Calvo Mackenna, Eugenio Díaz Lira, Roberto Aguirre Luco, Carlos Charlín, Alvaro Covarrubias, Francisco Navarro, Eduardo Cruz-Coke y Cristóbal Espíldora.¹⁰ Las generosas donaciones de la familia Irarrázaval Fernández y de la Fundación Gildemeister, entre otras, permitieron continuar con la construcción del edificio donde se albergaría la Facultad, así como adquirir los primeros equipos que compraría en Alemania el Padre Rahm.

En abril de 1930 comienzan oficialmente las clases, con lo que se cumple la primera fase de una tarea ímproba y se inicia una segunda, consistente en la construcción del Hospital Clínico. Aún quedaban muchas otras.

El autor agradece sinceramente la colaboración de don José Barros Casanueva y de don Ricardo Krebs por la ayuda prestada en la elaboración de este artículo.



Vista parcial de la fachada de la Universidad Católica de Chile desde la esquina de la calle Maestranza (hoy Av. Portugal). Dibujo de F. Durán, según fotografía de la época incluida en el "Prospecto de la Universidad Católica de Chile correspondiente a 1930".

LOS PRIMEROS AÑOS (1930 – 1942)

Enrique Montero O.

CINCUENTA años de vida, casi medio siglo, es algo interesante, no insólito pero vital. Podría ser el caso de esta Escuela de Medicina. No nació del caos sino de una gestación meditada, una incubación sostenida y un parto previsto.

Después vino una crianza que, como muchas, tuvo sobresaltos y gozos. Hubo mucha ayuda: el amoroso desvelo de los progenitores, la ardua labor de los parteros, los primeros cuidados, la protección y auxilio frente a noxas externas, el sacrificado apoyo de los “custores”, la labor tesonera y las esperanzas e inquietudes de docentes y alumnos. Sobre ella ha estado siempre presente “el don inestimable que el Sagrado Corazón ha otorgado a su esposa la Iglesia en estos últimos tiempos, en los que ella ha tenido que soportar tantos trabajos”¹.

A los doce años, cuando las niñas romanas dejaban de ser tales, llegó serena, sana y sabia, apta para tomar iniciativas útiles para ella y para Chile; fue capaz de percibir, discernir y solucionar situaciones conflictivas o ambiguas.

En las páginas siguientes se anotarán someramente las etapas de esta Escuela desde su niñez a su pubertad; para ello se utilizará primordialmente el testimonio de los autores-actores de esta gesta.

La anhelada intención de don Carlos Casanueva —de una Escuela de Medicina en la Universidad—, incubada quizá por cuánto tiempo, consultada con muchas personas que creía pertinentes entre 1928 o aun antes, logró al fin apoyos firmes: económicamente, la ayuda de instituciones y amigos que confiaban en su idea y en su capacidad para realizarla; la Fundación Gildemeister ha sido citada al respecto y consta que don Fernando Yrarrázaval y su esposa donaron para ello un millón de pesos (suma cuantiosa si se considera que entonces un dólar equivalía a seis pesos); en el campo político-educacional logró la aceptación del Gobierno para crear una tercera Escuela de Medicina en el país. En este punto tal vez tuvieron capital influencia don Julio Philippi Bhil, Ministro de Hacienda del Presidente Carlos Ibáñez del Campo, y doña Sara Izquierdo Phillips, la esposa del Ministro.

El hecho fue que por este apoyo visible y por algo que nadie puede probarlo ni negarlo —la oración de mucha gente— el anhelo de don Carlos Casanueva se concretó en el Decreto del Arzobispo de Santiago, Monseñor Crescente Errázuriz, que autorizaba la

¹ Encíclica *Haurietis aquas* AAS 48 p. 309-310, 1956.

creación de una Facultad de Medicina y Farmacia en la Universidad Católica de Chile. Conviene recordar que esta Universidad podía ostentar, sólo desde unos pocos meses antes, el honorífico título de "Pontificia".

El Decreto del 17 de junio de 1929 (ver Anexos) estaba en marcha, aunque con algún retraso; el Rector había anunciado que:

el primer curso se iniciará en el mes de abril del presente año , pero sólo el curso de pero sólo el curso de Biología General comenzó a dictarse en ese mes, en una sala facilitada por el Instituto Bacteriológico de Chile; en la Casa Central los restantes cursos de la nueva Escuela se iniciaron en mayo de 1930.

Tampoco pudo cumplirse en forma íntegra el plan de estudios que se había anunciado:

El programa completo del primer año que se inicia comprenderá pues las asignaturas siguientes: Biología General, Anatomía Humana, Química Médica, Física Médica, Físico-Química, Botánica Médica y Moral³.

o sea, agregaba dos ramos al programa de la Escuela de Ciencias Médicas de la Universidad de Chile, con razones que parecían valederas:

la nueva Facultad de Medicina de la Universidad Católica habrá de limitar por ahora, sus actividades al cultivo y enseñanza de los ramos que constituyen el fundamento científico del arte médico, y procurará, pues tal es su más decidido propósito, formar entre la juventud que a ella acude, el ideal por la investigación científica pura. Con tal objeto y ciñéndose a las disposiciones del Estatuto Universitario, de reciente aprobación, adoptará los programas y planes de estudio aprobados por el Consejo Universitario para la Escuela de Ciencias Médicas de la Universidad del Estado, ampliándolo con los ramos de Botánica y Físico-Química y Moral⁴.

La inclusión del curso de Moral, desglosado después en un curso de Cultura Católica, en los primeros años, y otro de Moral Médica en los siguientes, era obvia:

La Universidad Católica ha creído necesario agregar desde el primer año la enseñanza de la Moral cristiana, en sus relaciones con la profesión de médico, que tan de cerca toca los problemas más graves de la conciencia⁵.

sobre este curso se informó que:

La clase de Moral de este año (1930) se dictará por el Pbro. don Manuel Larraín Errázuriz, que hizo sus estudios en la Universidad Gregoriana de Roma, después de haber seguido los cursos de Derecho de nuestra Universidad, y profesor del Seminario⁶.

sin embargo, el profesor del primer año fue el Rvdo. P. Jorge Fernández Pradel y don Manuel Larraín lo continuó en el segundo año desde 1931 hasta 1937, con la aparente excepción de 1932.

² Prospecto de la Universidad Católica de Chile correspondiente a 1930, Imprenta "Electra", Sofía Concha 23, 1930, Santiago, p. 174. En adelante se citará esta publicación por la sigla PUC.

³ PUC, op. cit. p. 172.

⁴ PUC, op. cit., p. 170.

⁵ PUC, op. cit., p. 170.

⁶ PUC, op. cit., p. 172.

El propósito de agregar al programa oficial un curso de Físico-Química fue el siguiente:

Con el establecimiento de la Cátedra de Físico-Química se pretende, tan sólo, dar al alumno un concepto claro y preciso de los fenómenos físico-químicos, de sus fundamentos, de las leyes que los rigen, de la trascendencia capitalísima que hoy presentan en la ciencia médica. En realidad, muchos de estos puntos son en parte objeto de las cátedras de Física y Química, pero en ellas el alumno sólo adquiere un concepto unilateral y fragmentario, siéndole muy necesario y útil la visión panorámica, sintética, de temas tan importantes⁷.

y es posible que fuera el reflejo de la presencia del Dr. Eduardo Cruz-Coke, entonces profesor de Química Biológica en la Universidad de Chile, entre los miembros de la Facultad de Medicina recién creada⁸ (ver Anexos).

Aunque se hizo mención que este curso

estará a cargo del señor Carlos Hurtado Salas, graduado en la Universidad de Columbia (Nueva York), jefe del Departamento de Bioquímica del Instituto Bacteriológico y profesor de asignatura hace más de cinco años en nuestra Universidad⁹.

parece que nunca se hizo realidad.

Otros de los cursos o cátedras, como entonces se llamaron, que tuvo una vida efímera fue el de Botánica Médica; se incluyó en el programa inicial porque:

La Botánica Médica es rama que capacita al alumno para comprender mejor y con creciente interés el estudio de la Terapéutica, ciencia en la cual el Reino Vegetal desempeña tan importante papel¹⁰.

y se anunció que:

La Botánica Médica será profesada por el señor don Marcial Espinoza, de la Academia Chilena de Ciencias Naturales, profesor de Estado, en este ramo, cuya cátedra la desempeña con gran éxito¹¹.

pero de hecho,

En el primer año [1930] se hizo cargo de la [cátedra] de Botánica el Rector del Liceo Alemán, P. Theodoro Drathen, S.V.D.¹². Esta cátedra se mantuvo en 1931 y 1932 (aunque ya no existiera en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile desde 1928) con el mismo profesor, quien tuvo como ayudantes a Federico Philippi y Daniel Camus.

⁷ PUC, op. cit., p. 170.

⁸ PUC, op. cit., p. 173.

⁹ PUC, op. cit., p. 172.

¹⁰ PUC, op. cit., p. 170.

¹¹ PUC, op. cit., p. 174.

¹² MEM I, Memoria de la Universidad Católica de Chile correspondiente a los años 1930, 1931 y 1932, p. 56, Imprenta Walter Gnadt, Avenida Portugal 6-8, 1933, Santiago de Chile. En adelante se citará esta publicación por la sigla MEM I.

La única de esas cátedras iniciales que tuvo una estabilidad casi "colosal" fue la de Química Médica.

En 1930 se comunicó que:

La Química Médica será dictada por el señor Emilio Macuer Pérez, de cuya competencia en la materia tiene la Universidad Católica reiteradas pruebas en los quince años que ha profesado esta asignatura en las facultades de Agronomía y de Ciencias Físicas y Matemáticas, y como jefe de su Laboratorio. El programa del curso, tanto en su parte general como especial, irá estrechamente ligado al interés médico y en los trabajos prácticos de Laboratorio, consecuentes con el mismo objetivo, se hará un estudio especial de alcalimetría y acidimetría cuya importancia en los análisis médicos es bien conocida¹³.

Figuran como sus primeros ayudantes Angel Luis Macuer C. y Silvio Silva. Esta situación académica se mantuvo invariable hasta 1936, cuando cambian sólo los ayudantes por Pedro Annunziata, Alfredo Cifuentes, Eugenio Díaz y Alfonso Vargas hasta 1939 en que, aparentemente, fueron sustituidos por un único ayudante: Joaquín Luco, acompañado desde el año siguiente por algunos de los antes nombrados y por Juan Fierro, René Lagos y Gustavo Zúñiga, estos dos últimos con el carácter de "ad honores".

Otro de los cursos iniciales, el de Física Médica, fue menos estable. En 1930 se señaló que:

El gran desarrollo alcanzado por la Física en sus aplicaciones médicas exige actualmente al médico conocimientos profundos en esta materia. Ello ha movido a la Universidad Católica a solicitar los servicios docentes del profesor señor Augusto Gremaud, de la Universidad de Friburgo, doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas y en Filosofía, con la más alta nota de dicha Universidad, profesor ayudante del profesor Joye, de Física Médica y jefe de Laboratorios de Física de aquella Universidad. Su reconocida competencia contribuirá al perfecto desarrollo del programa. El curso del señor Gremaud cuidará siempre el aspecto de la formación del médico, y dentro de su inevitable carácter de un curso de Física General se harán notar las aplicaciones médicas de las materias tratadas. El carácter eminentemente cuantitativo de la Física impondrá al profesor un cuidado especial en todo lo relacionado con la investigación, unidades de medida y, sobre todo, con la precisión de los mismos. La labor del señor Gremaud se verá facilitada con la posesión de un completo laboratorio, que permitirá al alumno la realización de experiencias sencillas pero vigorosamente controladas¹⁴.

Hay el testimonio de un alumno de ese primer año que añade un sabroso detalle:

Curiosamente, las clases de Física del Dr. Gremaud se dictaban en francés, hecho muy reclamado por algunos, si bien redundó en una práctica de esta lengua que muchos aprovechamos¹⁵.

Y esto es corroborado por Joaquín Luco¹⁶.

La experiencia de un profesor de física que dictaba sus clases en francés fue desastrosa, los estudiantes iban a clases para comprobar si entendían francés, pero

¹³ PUC, op. cit., p. 171.

¹⁴ PUC, op. cit., p. 171.

¹⁵ Dell'Oro, Raúl: "Algo de lo que he visto y vivido al cumplir 50 años en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica" (mecanografiado), Santiago, 1979.

¹⁶ Luco, Joaquín V.: "El albor de la fisiología en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de Chile" (mecanografiado), Santiago, 1979.

no pretendían entender física y estudiaban por los apuntes de un profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

La Cátedra de Anatomía Humana en su primer año (1930) fue dictada por don Roberto Aguirre Luco, quien contó como profesores ayudantes a don Cristóbal Espíldora Luque y a don Rodolfo Rencoret, y como jefe de museo al Dr. Ricardo Benavente Garcés; las autoridades universitarias explicaban esta elección en los siguientes términos:

La Cátedra de Anatomía será dictada por el Dr. Roberto Aguirre Luco, profesor que fue del mismo ramo durante varios lustros en la Universidad del Estado, donde dejó el recuerdo inolvidable de su rectitud, caballerosidad y excepcional preparación científica¹⁷.

Asesoran al doctor Aguirre en su Cátedra de Anatomía los doctores don Rodolfo Rencoret y don Ricardo Benavente Garcés.

El doctor Rencoret ha sido ayudante, prosector y jefe de trabajos prácticos de la clase de Anatomía Descriptiva del profesor Aguirre Luco en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile (1921-1928); Premio Clin de 1925 y médico ayudante de la Sección de Cirugía del Hospital San Francisco de Borja. El doctor Benavente Garcés es médico-cirujano, médico-veterinario, ingeniero agrónomo, profesor de Anatomía Descriptiva y Comparada de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Chile, secretario de la Facultad de Agronomía y Veterinaria. Ex ayudante y ex profesor de Anatomía del profesor Dr. Aguirre Luco en la Universidad de Chile, médico agregado al Servicio de Cirugía de Hombres en el Hospital del Salvador¹⁸.

Esta elección parecía muy adecuada en varios aspectos, aunque no propiamente académica, porque pronto los doctores Benavente y Rencoret fueron concuñados.

Sobre este período, el Rector informó, probablemente por su amanuense, que:

Las clases de Anatomía, dictadas sabiamente y profundamente por los profesores Aguirre Luco y Espíldora, han sido ilustradas por numerosos cuadros y diapositivas para proyección. Las preparaciones anatómicas hechas por los alumnos, a pesar de la escasez de cadáveres, han revelado su laboriosidad, siendo el primer curso presentado con un promedio de 85 preparaciones, o sea, 15 más de las exigidas reglamentariamente y el segundo con un promedio de 72, habiendo numerosos alumnos que en ambos cursos pasaron de las 100 preparaciones.

El Museo de Anatomía, iniciado con el encargo hecho a la Casa Tramond, de París, ha sido continuado por su infatigable director, Dr. Ricardo Benavente, que ha aumentado considerablemente sus colecciones¹⁹.

Entre 1934 y 1942, el plantel académico-anatómico sigue igual en líneas generales, con la consabida inestabilidad de las ayudantías; algunos se van y otros ocupan sus lugares; entre los ingresados hasta 1942 figuran Marcial García-Huidobro, Marcos Donoso, Alfonso Tejada, Gastón Fuenzalida, Arturo Lavín, Gervasio Coronata, Camilo Larraín, Alfredo Pugh, Eliseo Concha, Oscar Peralta, Hernán Cereceda, Guillermo Stegen, Arturo O'Brien, Emilio Amenábar, Antonio Morey, Aurelio Matus, Víctor Maturana y Juan

¹⁷ PUC, op. cit., p. 171.

¹⁸ PUC, op. cit., p. 173.

¹⁹ MEM I, p. 57.

Fortune. En 1937 aparece como ayudante "ad honores" Max Müller y en 1942 figura como jefe de Trabajos Prácticos; en los párrafos siguientes hay recuerdos de esos tiempos:

El profesor iniciaba sus clases sistemáticas o regionales por el plan óseo, este se articulaba y era movilizado, nutrido y hecho sensible; se pasaba así de la osteología a la miología, la angiología arterial y venosa y la neurología. Estas clases se realizaban tres veces a la semana; el profesor Espíldora las hacía los días lunes, miércoles y viernes a las 6.30 de la tarde. El ayudante "de clase" acompañaba al profesor al auditorio. Los alumnos esperaban afuera hasta que el portero Pedro Cordero abría las puertas; al ingresar el profesor se ponían de pie y él, después de saludarnos con un "buenas tardes, jóvenes, o señores", se persignaba, rezaba la invocación al Espíritu Santo y terminaba invocando a San Lucas, patrono de la Facultad, a lo que los alumnos respondían "ruega por nosotros". Terminada la clase, el profesor pasaba personalmente lista y hacía acto de presencia mientras el ayudante prosector mostraba la preparación que habían traído los mozos Cordero y Erasmo Venegas, cubierta con un paño blanco. El profesor de Anatomía debía preparar su clase; es así como Espíldora me decía que nunca había hecho una clase sin prepararla, ya que la Anatomía se aprendía cien veces para olvidarla cien veces. El Dr. Rencoret tenía mejor memoria; por eso muchas veces debí preparar apresuradamente la clase porque me avisaba que tenía una operación u otra obligación (yo sabía que estaba "pololeando"). El jefe de Trabajos Prácticos era la persona encargada de organizar la cátedra; designaba los ayudantes de pabellón y de clases, establecía los horarios, repartía las "presas", es decir, el trozo o el total del cadáver, vigilaba la asistencia de los ayudantes y, lo que era más temido, solía tomar preparaciones. Los ayudantes se escogían entre los alumnos que se habían destacado por sus notas y sus cualidades para diseccionar. Había ayudantes de "pabellón" encargados de interrogar al alumno sobre la preparación anatómica presentada de acuerdo al programa elaborado por el jefe de Trabajos. Las preparaciones recibían una doble nota, es decir, una buena disección debía seguir a un conocimiento teórico adecuado. La nota de 1 al 7 y la boleta que se entregaba al alumno especificaba la preparación rendida y la nota. Había preparaciones fáciles y difíciles y algunas valían el doble de puntos, según la región y la extensión. Terminada la interrogación había que "cortar la preparación", o sea, destruirla para que otro alumno no se aprovechara de ella para volver a rendirla; a veces el ayudante se olvidaba de este requisito, oportunidad que era muy deseada para presentarla a otro ayudante o repararla²⁰.

Un alumno del curso de 1933 recuerda curiosos detalles:

La evaluación del curso de Anatomía Normal se hacía considerando los resultados de las pruebas del curso teórico, dictado por el profesor Dr. Cristóbal Espíldora, y la calificación de las preparaciones de disección, en la que el número alcanzado era de gran importancia. El tiempo de que disponíamos para trabajar en la sala de disección, en el tercer piso de la Escuela, era escaso y escasos también los cadáveres disponibles. El manejo de éstos, su traslado desde los frigoríficos en el piso bajo, su colocación en los mesones de disección, etc., eran hechos por el mozo de Anatomía, Venegas, un personaje salido de un folletín de Alejandro Dumas, y que de tanto vivir entre cadáveres "fiambres", había adquirido el aspecto de uno de ellos, de los que difería sólo por su rubicundez, consecuencia de la afición al vino, la que tal vez lo ayudaba a soportar su vida que transcurría entre el frigorífico, la sala de disección y el ruidoso ascensor o montacarga que los unía. Venegas se quedaba hasta entrada la noche en sus dominios y ayudaba así a los alumnos que en horas extraordinarias concurrían a adelantar alguna preparación. Una de esas noches, con escaleras y salas mal iluminadas, algunos alumnos llegaron a la sala de disección a trabajar y en uno de los mesones observaron un "cadáver" cubierto con una sábana, e imaginaron felices que era un aporte reciente que permitiría nuevas preparaciones. En la penumbra se acercaron y con espanto observaron que la sábana se movía y

²⁰ Müller Vega, Max: "Historia de la Cátedra de Anatomía Humana, Descriptiva y Topográfica" (mecanografiado), Santiago, 1979. En adelante este documento se citará con la sigla MUL I.

que bajo ella se oía un ruido gutural. Como eran estudiantes de medicina, por tanto, hombres de ciencia que no podían creer en fantasmas, decidieron levantar la sábana y, ¡oh! sorpresa, descubrieron al buen Venegas, durmiendo “post ingesta” en uno de los desocupados mesones de mármol²¹.

Para que iniciara el curso de Biología General se contrató al Rev. P. Gilberto Rahm, O.S.B. y se nombraron como sus ayudantes a Arturo Atria R. y a Roberto Barahona S., a los que se añadieron, en 1931, Miguel Ossandón, César Velasco y Jaime Fernández.

y había además un individuo que se llamaba “el preparador”, personaje creado por el Dr. Noé; era don Carlos Cabello, un muchacho que no había terminado sus humanidades, pero bien habilitado y al cual hubo que enseñar un poco²².

Las razones del contrato del Profesor Rahm fueron señaladas así:

La cátedra de Biología está a cargo del Rev. P. Rahm, profesor de las Universidades de Friburgo y Salzburgo, personalidad científica de renombre mundial y que ha sido contratado especialmente para profesor de esta asignatura, de cuya importancia no necesitamos ocuparnos, ya que ella constituye el pedestal de la Medicina²³.

Sobre esto hay un testimonio de primera mano, aún inédito, que pertenece a Roberto Barahona (entonces alumno del 5º año de Medicina de la Universidad de Chile, y ayudante “por concurso” del profesor Juan Noé Crevani, profesor de Biología, Histología, Embriología, y Anatomía Comparada, además de Parasitología, en la Universidad de Chile), que renunció a dicha ayudantía y pasó a ser ayudante del P. Rahm:

El Padre Rahm era biólogo, había hecho la Primera Guerra y cuando se le dio el título de “Doctor Honoris Causa” llegó con la “Cruz de Hierro”; pertenecía a la Abadía de María Laach, donde había benedictinos que habían hecho la Guerra y eran hombres de 40 años o cerca de los 40, verdaderos energúmenos que pidieron autorización al abad para abandonar el claustro y dedicar su actividad, siendo sacerdotes, en otras partes; no sé qué pasó con los otros, pero sé que dentro de ellos estaba el Padre Rahm, que siguió cursos, primero en Austria, en la Universidad de Salzburgo, y después en la Universidad de Friburgo, en Suiza, no la de Brisbonia, e incluso en ambas obtuvo lo que se llamaba “la habilitación”, o sea, poder ingresar a la carrera docente y después pasar a ser parte del cuerpo docente... Cuando el Padre Rahm hizo su tesis en la Universidad de Friburgo, estaba trabajando en los fenómenos de “vida mínima” con los tardígrados, y aprovechando que a H. Hamerling Onnes le habían dado el Premio Nobel (1913), por obtener helio líquido, hizo experiencias y mantuvo algunos de ellos en helio líquido por siete u ocho meses; de ahí pasó a Salzburgo y no sé lo que ocurrió allá. Pero a comienzos de 1929 apareció en Concepción, como gran amigo de Lipschütz; apareció después en Santiago y dio una conferencia sobre “Los estados anabióticos”. El Dr. Noé lo alababa mucho. Esto me lo contó don Carlos, porque después el Padre Rahm resultó “un cacho”, pero don Carlos me dijo: “Si un judío y un masón me recomiendan un cura a mí, qué quiere que piense: ¡que es una maravilla! ”. En esa reunión [1929] se acordó que el P. Rahm fuera a Alemania con cincuenta mil dólares, que era bastante dinero en esa época, para comprar equipo. Yo no vi al P. Rahm hasta diciembre de ese año o enero del año 30²⁴.

²¹ Ortúzar, Ramón: “Reminiscencias del pasado: El año 1933” (mecanografiado), Santiago, 1979.

²² Comunicación personal de Roberto Barahona a Patricio Sánchez, 1980.

²³ PUC, op. cit., p. 171.

²⁴ Comunicación personal de Roberto Barahona a Patricio Sánchez, 1980.

Dos años después el señor Rector informaba que:

El Laboratorio de Biología General y Anatomía Comparada fue fundado por el profesor Dr. P. Gilberto Rahm O.S.B., en 1930. A pesar de lo incompleto de sus instalaciones, ese año se llevaron a cabo experiencias sobre el metabolismo de los animales anabióticos, que fueron presentadas al Congreso de Biología de Montevideo y publicadas en los Archivos de la Sociedad de Biología de ese país²⁵.

Pero ese benedictino aparte de ser peripatético, ya que para aliviar sus jaquecas se paseaba descalzo durante horas en los prados húmedos y gélidos por la escarcha matinal, era además giróvago, o sea, tenía un defecto que San Benito reprochaba a sus monjes: el de no poder permanecer en un mismo lugar; el mismo Rector que lo había contratado, señaló que:

En el período de enero a marzo de 1931, el profesor Rahm realizó investigaciones sobre los grupos sanguíneos de los indios de la Tierra del Fuego, trabajo que se publicó en la "Revista del Instituto Bacteriológico de Chile". En la "Revista de Historia Natural" publicó el Dr. Rahm un estudio sistemático sobre los tardígrados y nematodos encontrados por él en sus viajes a través del país, y en colaboración con los ayudantes, señores Atria y Barahona, publicó en la "Revista Universitaria", parte de su curso de Herencia Biológica.

Cualquiera puede leer entre líneas y Luco²⁶ recuerda al respecto:

De todos los profesores de la Escuela de Medicina había uno, el P. Rahm, que habría podido entenderse muy bien con Jaime Pi-Suñer, y de hecho fue así. Pero era un hombrecito de personalidad indescifrable, de reacciones contradictorias, de carácter oscilante. Quizá con razón sus superiores benedictinos le dieron todas las facilidades para nómada, en lugar de la vida monástica que caracteriza a la orden. Era un investigador y publicó algunos trabajos en Chile, pero no tenía interés especial en la Universidad como un todo ni en la labor docente. El padre Rahm tuvo, en más de una oportunidad, malentendidos con el Rector. En uno de éstos intervino Jaime Pi-Suñer. "Pues hombre —decía Jaime— no puede ser". "Pues ca hombre —decía Jaime— no puede ser, esto tiene que arreglarse, los dos son valores". Y se citó a una reunión en la Rectoría con don Carlos, el Padre Rahm y Jaime. Rahm llegó antes a la reunión y Pi-Suñer un poquito atrasado. Entró Jaime y encontró que el Rector y el Padre estaban tocando el suelo en una humilde y respetuosa venia. Entraban en otro buen ciclo de amistad y cada uno se decía más culpable que el otro. Pi-Suñer al llegar al laboratorio, me dijo: "Pues, hombre, no sabía qué hacer, dos santos varones llegando al suelo y yo de pie..."

A continuación se intercala el recuerdo de un alumno de ese primer curso:

El Padre Rahm tenía una vigorosa personalidad y a pesar de su estado religioso se hacía respetar a lo gran profesor europeo. Tengo muy presente cuando luego de una interrogación leyó con toda seriedad las notas en latín al tenor de "cum laude", "summa cum laude", "magna laude", etc., lo que provocó gran hilaridad entre nosotros. El se molestó muchísimo y nos dijo que ya no nos llamaría "señores académicos", sino "simplemente señores", porque nuestro ancestro araucano no merecía mejor trato²⁷.

En 1932, el P. Rahm se alejó de Chile y de la Escuela; según confidencias de Barahona, llamado por su abad a instancias de don Carlos Casanueva. Algún tiempo después se comentaba en Santiago que había sido devorado por una tribu de caníbales africanos, lo que se demostró falso cuando un chileno que lo conocía lo encontró saboreando un pastelillo en una confitería de Friburgo, en Suiza.

²⁵ MEM I, op. cit., p. 58.

²⁶ Luco, J. V., op. cit.

²⁷ Dell'Oro, R., op. cit.

En 1932 fue nominado don Carlos E. Porter —Director Vitalicio de la Academia de Ciencias Naturales— como profesor de Biología General; la planta de ayudantes se incrementó con Osvaldo Montes, José Miguel Fuenzalida, Hernán Hevia y Fernán Díaz.

Su cátedra fue efímera, como las larvas de sus amados coleópteros: duró una temporada, aunque el Rector señale que:

Desde 1932, el laboratorio está bajo la dirección del profesor Dr. Carlos Porter. Durante ese año se confeccionaron más de mil preparaciones microscópicas de Citología y Embriología General, con el objeto de atender los cursos prácticos. Se hicieron los estudios histológicos de la tesis doctoral del profesor Atria. El profesor Barahona publicó en la "Revista Universitaria" un trabajo sobre "La Juventud y el Problema Sexual"²⁸.

Un alumno de ese curso ha aportado detalles que, aunque anecdóticos, son significativos respecto a la persona del profesor Porter; es Ramón Ortúzar²⁹ el que relata que:

Estamos en junio de ese año en clase de Biología dictada por don Carlos Porter, entomólogo de fama mundial y, como verdadero "sabio", absolutamente distraído. La clase tiene lugar en el auditorio de Biología, en el segundo piso de la Escuela, y el horario es de 11 a 12. Son sólo las 11.30, cuando la exposición de don Carlos se ve interrumpida por un súbito e intenso ruido, producido por el golpe de los pies sobre el piso de madera, acordadamente sincronizado, de un buen número de alumnos; don Carlos se saca los anteojos y mirando al grupo pregunta: ¿Las doce ya? Sí, don Carlos, es la respuesta en coro; ¡bueno, hasta luego! y tomando su sombrero de la esquina del mesón da por terminada la clase. Al martes siguiente y por algunas semanas más la escena se repite exactamente igual. Sólo entonces alguien informa a don Carlos de la "naturaleza" del cañonazo de las 12; desde entonces decide controlar la hora con su reloj de bolsillo dejado junto al sombrero...

Vayan otras anécdotas de este "sabio":

En uno de sus últimos viajes de recolección entomológica había obtenido en el sur una rara especie de coleóptero, no reconocida hasta entonces en el país, y que había guardado con sumo cuidado en un frasco de vidrio en el escritorio de su casa en San Bernardo. Una tarde, al regresar no encuentra el preciado insecto y justamente alarmado pregunta por él a su esposa. Esta, muy compungida, le informa que el "junior", en un momento de descuido, se apoderó del objeto y que en sus juegos quebró el frasco y destruyó el insecto. Don Carlos, furioso, coge a su hijo y empieza a vapulearlo a más y mejor sin detenerse ante los ruegos de la madre. Esta, angustiada, clama: "Carlos, por Dios, ¡deja al niño que lo vas a matar!". A lo que él responde: "¡Y que tanto sería! Un chiquillo se hace cualquier día, pero un coleóptero *Rubinis* se encuentra una sola vez en la vida". A diferencia de la anterior, no fui testigo presencial de esta escena de la vida de nuestro profesor, pero se asegura su autenticidad³⁰.

Los cursos dictados por el P. Rahm en 1930 y 1931 no se tradujeron en desastres académicos mayores, en buena parte por el apoyo clandestino de Roberto Barahona, que a pedido de los alumnos y apoyado por el Rector hacía clases en su domicilio, en los patios del Hospital del Salvador, e incluso en una sala anexa a la Iglesia de las Agustinas; tal vez colaboraba la buena estimación que el profesor Noé tenía del P. Rahm.

Pero en 1932, con el nuevo profesor, el examen final de los alumnos de Biología se transformó en una catastrófica masacre condimentada con violentos incidentes verbales entre los profesores Noé y Porter; los alumnos debieron, en su gran mayoría, repetir el

²⁸ MEM I, op. cit., p. 58.

²⁹ Ortúzar, Ramón: op. cit.

³⁰ Müller Vega, Max: "Recuerdos de mayo de 1935" (tipografiado), 1979, en adelante se citará por la sigla MUL II.

examen en la temporada siguiente en marzo de 1933, apoyados por Atria, dado que el señor Porter fue recusado por el profesor Noé y que Barahona estaba becado en Italia. En 1933 el curso fue iniciado por Atria y sólo a mediados de ese año se hizo cargo en propiedad Barahona; Arturo Atria continuó como profesor ayudante. Esta situación académica se mantuvo hasta 1937, en que Atria pasó a ser profesor de la Cátedra de Embriología y Anatomía Comparada recién creada; su jefe de trabajos prácticos fue Hernán Hevia y tuvo como primeros ayudantes a Ramón Ortúzar, Roberto Galecio y poco después a Pedro Quesney. Esta cátedra aparentemente fue suprimida en 1942.

En cambio en Biología, entre 1933 y 1942, la planta de ayudantes se incrementó notablemente y casi todos permanecieron en ella; en esta nueva oleada estuvieron Sergio Donoso, Manuel González, Eugenio Valenzuela, Ramón Ortúzar, Salvador Candiani, Oscar Fuenzalida, Roberto Murillo, Alberto Lucchini, Julio Piwonka, Armando León, Ernesto Mundt, Pablo Atria y Fernando Orrego. En diversos períodos de esa década fueron jefes de Trabajos Prácticos algunos de los ayudantes más antiguos como César Velasco, Fernán Díaz y Sergio Donoso. Desde 1945 el profesor titular fue este último, por la dedicación exclusiva de Barahona a la Anatomía Patológica.

Mientras en el primer año los cursos marchaban bien o mal, pero lo hacían, la autoridad universitaria seguía actuando:

Este mismo año (1930) se organizaba el segundo año, tomando las cátedras de Fisiología el distinguido profesor de la Universidad de Barcelona, Dr. Jaime Pi-Suñer, la de Histología, el profesor don Arturo Albertz; la de Parasitología, el profesor don Carlos Porter; y pasando al segundo año, la de Anatomía el profesor don Roberto Aguirre Luco³¹.

Sobre el inicio de la fisiología en la Universidad Católica de Chile, señala Joaquín V. Luco³²:

Por aquel tiempo [1931] eran pocos los fisiólogos que había en Chile. El Dr. Lipschütz hacía excepción como profesor de Fisiología de la Universidad de Concepción, donde llegó en 1926. El Dr. Francisco Hoffmann se encontraba en Europa y proyectaba su futuro en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Todas las otras cátedras de Fisiología eran atendidas por un profesor, pero no propiamente por un fisiólogo.

Felizmente, el Rector de la Universidad Católica tuvo otra visión. Si hubiese copiado el sistema habría bastado la cátedra, es decir "la silla", para que alguien se sentase a hablar frente a alumnos que oscilaban entre la vigilia y el sueño. Entonces, la Universidad acordó contratar a un profesor extraordinario. De cigüeña sirvió el secretario de la Facultad de Medicina, Eduardo Cruz-Coke. Lo hizo con tal tino que la Facultad todavía se lo agradece. Invitó a un profesor que a pesar de ser catalán sabía castellano. Se dirá que exagero. Cedo la palabra a don Lucas Sierra y copio de "Cien años de enseñanza de la medicina en Chile": "En cien años de enseñanza de la medicina en Chile, la fisiología tuvo una mala estrella y un largo vía crucis. En la Universidad Católica, en cambio, la fisiología tuvo una buena estrella. Desde su inicio fue más que una cátedra; además de la enseñanza, se realizaba investigación", aquí termina la cita de don Lucas y sigo yo: Jaime Pi-Suñer había recibido adiestramiento de postgrado en algunos centros de alta calidad de Europa y Estados Unidos. Había trabajado con fisiólogos y bioquímicos. Nunca supe por qué decidió venir a Chile. Quizá la vehemencia y el gran interés que demostró Eduardo Cruz-Coke entusiasmaron a Jaime para venir a esta tierra tan alejada y tan angosta.

³¹ MEM I, op. cit., p. 58.

³² Luco, Joaquín V., op. cit.

Mi primera tarea de ayudante de la Cátedra de Fisiología fue esperar sentado en un banco de la Estación Mapocho la llegada de Europa de Jaime Pi-Suñer, en marzo de 1931. Por ahí entraban entonces a Santiago los que venían del extranjero. Ahí estaba todo el grupo de ayudantes: a la cabeza Ignacio Matte, luego Julio Santa María, Arturo Larraín, Sergio Rodríguez, Fernando Huidobro, Arturo Rodríguez, y Salvador Palma. Entre anuncio y anuncio que el tren estaba cada vez más cerca de Santiago, los ocho soñadores de un futuro fisiológico nos hacíamos toda clase de preguntas: ¿Será alto, será bajo, será hombre fácil, será dominante? Se oyeron crujidos, bajaron pasajeros y, repentinamente, volando como un murciélago, desciende don Pancho Vives, luego Mercedesitas, la esposa de Jaime, Jaime y atrás —con su simpática seriedad— el Dr. Cristóbal Espíldora, que por su enorme interés por la Universidad y su amor a España lo había ido a esperar a Valparaíso.

Las condiciones en que la Universidad había contratado a Jaime eran bastante buenas para la época; le costeó sus gastos de viaje y le envió dinero para adquirir un mínimo de equipo.

No sé cuál sería la primera impresión de Jaime al entrar a la Universidad, pero me imagino que debe haber sido algo semejante a la que tuve yo.

Luco contará, en otro acápite, cómo fue esa primera impresión ³³.

Retrocediendo en el tiempo y el espacio, Luco señala que:

además del Padre Rahm, Jaime entró rápidamente en amistad con dos valores intelectuales dentro de la Escuela de Medicina: Roberto Barahona y Arturo Atria. Al poco tiempo de la llegada de Jaime, las dudas que tuvimos los ocho ayudantes aposentados en la Estación Mapocho se fueron esfumando. Rápidamente constituimos un grupo armonioso dirigido por un hombre de saber científico y de saber humano.

Nunca olvidaré los gestos amistosos y sinceros de Jaime Pi-Suñer para con sus ayudantes. Estaba abonado a un palco los domingos en la mañana, cuando se repetía el concierto que la Orquesta Sinfónica de Chile había ejecutado el viernes anterior. El palco lo ocupaban no sólo él y Mercedesitas, sino rotativamente sus ayudantes. De este modo les ofrecía una formación mucho más completa, saliendo de los márgenes de la especialidad y contribuyendo a unir más estrechamente al grupo. Recuerdo que uno de los ayudantes disponía de poco tiempo para la fisiología por tener otras obligaciones. Quería presentar su renuncia pero, cada vez que llegaba al laboratorio, Jaime lo salía a recibir y le decía: “Sergio, que a tiempo llegaste, justo en este momento te necesitábamos...” Nunca pudo renunciar.

No puedo dejar de mencionar la primera reunión del personal del laboratorio. Ocurrió al día siguiente de la llegada de Jaime. Sin entrar en preámbulos, abre una carpeta y dice: “Aquí traigo varios temas de investigación que pueden ser iniciados de inmediato. Les ruego que mediten sobre ellos y elijan cuál es el de su preferencia”. Algunos de estos temas llegaron a madurar y posteriormente fueron publicados. El se interesaba en especial por uno de ellos: titular algo que no existía: el oxígeno ausente en la orina. Varios ayudantes colaboraron en su realización. Técnicamente se utilizaba un aparato, para nosotros muy complicado: era de un vidrio tan frágil que un estornudo bastaba para trizarlo y continuamente había que transportarlo a la Casa Paul, el técnico francés de la calle Castro. Recuerdo que en una ocasión tocó a Huidobro llevar el aparato. De vuelta, tomó un tranvía, se sentó con el mayor cuidado llevando el equipo en su falda. En una abrupta frenada del tranvía una señora cae sobre Huidobro, mejor dicho separada de la falda de Huidobro sólo por el aparato hecho astillas dentro del envoltorio. “El Bachas” llega al laboratorio y Jaime le dice: “Pues, ca, hombre, que no se le siente otra mujer en la falda cuando lleve el aparato...”

Como profesor, Jaime no perdía ocasión de dar a los alumnos algo más que la mera fisiología. En una de las lecciones dice: “Hoy no habrá una clase formal, porque acabo de enterarme que Sir Charles Sherrington ha recibido el Premio Nobel de

³³ Luco, Joaquín V., op. cit.,



Una fotografía para recordar los primeros años. (De izquierda a derecha: Fernando Valenzuela, Fernando García-Huidobro, Mario Altamirano, don Joaquín Luco Arriagada y Joaquín Luco (Jr.) (Cerca 1936).

Medicina. Hablaremos de Sherrington, de su escuela, de sus progresos y del significado que tiene el "Premio Nobel", algo que era novel para los estudiantes. Me viene a la memoria una clase en la cual Jaime no estuvo muy feliz y la explicación resultaba algo engorrosa. Detiene la clase y dice: "No estoy en este momento de buen ánimo. En la próxima lección, analizaré nuevamente el problema porque es importante y no lo podemos dejar pasar". Los alumnos tampoco estaban acostumbrados a actitudes que demostraban la honradez intelectual de un profesor y de su respeto por los alumnos.

Un alumno de ese primer curso ha señalado:

En el segundo año fuimos impactados por el distinguido y simpático fisiólogo Dr. Jaime Pi-Suñer, que supo darle gran vuelo a su enseñanza tan fundamental en nuestra formación. Contaba con un excelente laboratorio y con el mejor auditorio de la Escuela. El Dr. Pi-Suñer supo crear la investigación científica y formó escuela destacada de la cual varios de sus discípulos resultaron expertos investigadores y notables maestros³⁴.

Ahora debe continuarse con los recuerdos de Joaquín V. Luco:

En este relato falta un personaje que no debo ni quiero olvidar: don Ramón Zelada, padre de Ramoncito, conocido por las generaciones más jóvenes. Don Ramón fue el primer auxiliar del laboratorio y al igual que el grupo de ayudantes había sido nombrado por don Carlos, antes de la llegada de Jaime. En esos tiempos de Maricastaña, las altas funciones del Rector abarcaban desde el luchar por obtener positivas acciones del Gobierno hasta elegir al personal auxiliar. Don Ramón era cantinero de la Asociación de Estudiantes Católicos y don Carlos pensó que su vivencia entre botellas, preparando "vainas", le había dado experiencia para ser

³⁴ Dell'Oro, Raúl: op. cit.

auxiliar de un laboratorio científico. Por motivos económicos, don Ramón, su señora y su leña de hijos se trasladaron a vivir en destartados cuartos; ahí donde ahora "Don Francisco" practica gimnasia televisiva. Ello significó que continuamente el laboratorio estaba poblado de chiquillos a "poto pelado", que había que esconder ante la llegada de algún visitante. Al olvidarse que ya no era cantinero y, a pesar de su buena voluntad, don Ramón se confundía frente a las órdenes del profesor. Recuerdo que en una demostración experimental su ayuda no era de la efectividad esperada y Jaime, olvidando los controles académicos y recordando su ancestro catalán, le dice: "Pues, ca, Ramón..., si todos los mozos de fisiología hubieran sido como usted, la fisiología no habría progresado nada, nada..."

En las reuniones de los sábados en la casa de Cruz-Coke, Jaime recordaba ambientes universitarios más desarrollados. Era, en verdad, un salón científico con algo de nuestros salones literarios coloniales y con mucho de ciencia.

La otra persona con quien Jaime tuvo mucho que ver fue el profesor Lipchütz. Juntos escribieron un manual, el "Curso Práctico de Fisiología", que no sólo se usó en Chile, sino en países latinoamericanos y en España. Jaime fue un asiduo colaborador de la Sociedad de Biología de Santiago que, por aquellos tiempos, tenía esporádica actividad. Mucho más no había. Sin embargo, no puedo dejar de recordar un episodio de Jaime en Santiago. Fue invitado por doña Delia Matte, a dictar una conferencia en el Club de Señoras [allá en la calle Compañía, casi frente a "El Mercurio"], sobre un tema científico. Las señoras de aquella época también querían saber ciencia, y Pi-Suñer era uno de los pocos científicos que había en Santiago. Al día siguiente de comprometerse, Jaime me dice: "Pues, hombre, en la que estoy... será la conferencia más difícil de mi vida. Si hablo en la Physiological Society de Londres, podré hacerlo mal, pero será una conferencia... mas ¿qué les digo a estas buenas señoras? Sin embargo, resultó bastante apropiada y las señoras quedaron felices... no estoy seguro si entendieron todo".

Invitado por la Universidad de Concepción dio una conferencia sobre alimentación y terminó haciendo referencia a un párrafo del "Manifiesto Comunista", sin provocar escándalo. Jaime Pi-Suñer, por apellido y convicción, era republicano. No dudo que supo de "saudade" el 14 de abril de 1931, cuando el Rey Alfonso XIII se embarcó rumbo a Francia. Quizá le compensó el asistir en Chile a la caída de un dictador. Recuerdo haberle visto caminar por la Alameda de las Delicias, observando la alegre algarabía que nuestro pueblo mostraba en esos días. El no era propiamente un político, pero le preocupaba profundamente lo que acontecía al hombre de España y Chile, y en general de todo el mundo. Su simpatía por una evolución política a nivel mundial se manifestó en Chile, por ser uno de los pocos profesores de la Universidad Católica que comprendieron a los jóvenes que dejaban el Partido Conservador y creaban la Falange —a pesar que este vocablo le disgustaba profundamente—. Ellos fueron amigos de Jaime, y con ellos los temas de conversación eran diferentes de los que se trataban en el laboratorio.

Durante la crisis mundial del año 30-32 el panorama chileno también se vio oscurecido. Las pocas revistas científicas que llegaban dejaron de recibirse. Jaime tomó sus bártulos, camas y petacas y se fue. En 1933 Ignacio Matte le sucedió en la Cátedra de Fisiología: era Jefe de Trabajos Prácticos desde 1932. El antiguo grupo de ayudantes se había ampliado con algunos alumnos de los cursos de Pi-Suñer; entre ellos recuerdo a Raúl Dell'Oro y a Pedro Blanc.

La era de Matte fue distinta de la anterior. Hombre de gran talento, creó una atmósfera de inquietud intelectual. La investigación iniciada por Pi-Suñer continuaba su curso normal. Matte se dedicó especialmente a estudiar algunos problemas de fisiología, tanto para discutirlos con todo el personal como para utilizarlos en sus clases. Le atraía el pensamiento especulativo antes que la investigación experimental. Su meta era la psiquis del hombre. Obviamente su futuro estaba en la psiquiatría.

Un buen día, ve anunciado un libro sobre "Fisiología de la... (aquí había un vocablo que él no recordaba)... religiosa". Inmediatamente lo encarga "por avión", lo cual produjo cierto escándalo (¿Cuánto costará? Y ¿si se cae el avión?...). Llegó el libro, era un opúsculo sobre la fisiología de la *Mantis Religiosa*. A pesar que este insecto pasa todo el día en actitud de oración, el problema de Ignacio siguió sin

resolverse. En otra ocasión, la víspera de su clase, llega a sus manos un libro de Mayerholz, recién publicado, sobre bioquímica de la contracción muscular. Se queda la noche entera en vela estudiando el texto. A la mañana siguiente hace la peor clase de su vida: no había dormido y tampoco había digerido el libro de Mayerholz como para transmitirlo a sus alumnos. A los pocos meses de permanencia en el Laboratorio del Profesor Newton, donde había partido a perfeccionarse con ayuda de la Universidad Católica, Matte desapareció para emprender su verdadero camino; dio prueba de su honradez intelectual.

Años después volvió a Chile y ejerció la Cátedra de Psiquiatría en la Universidad de Chile.

Matte hizo un enorme favor a la Universidad cuando pidió a don Carlos que nombrara en su reemplazo a un médico que hacía clases en el Instituto de Educación Física y que había sido ayudante de Cruz-Coke. Es así como Héctor Croxatto se incorpora a la Universidad Católica en marzo de 1934.

Aquí termina el albor de la Fisiología en la Facultad de Medicina. Sin embargo, no puedo terminar sin referirme a una anécdota llena de significado ocurrida al inicio del nunca bien ponderado período de Héctor Croxatto, que empezó en 1934 y felizmente ha llegado hasta la celebración del cincuentenario de nuestra Facultad de Medicina, y toda ella espera que se prolongue por muchos años más. Fue en 1936. Don Carlos me llama a su oficina, allí donde parecía pasar más tiempo dormitando que despierto. Había que tener cuidado, su visión parecía no estar activa, pero su audición nunca dejó de estar alerta. De partida supe que el problema era grave. Don Carlos me dice: "he oído que Matte vuelve y que Croxatto es mejor fisiólogo que Ignacio. Ambos son de gran valer, pero uno tiene más textura de científico que el otro. Pero no te apures. . . tengo la solución: Matte recuperará su Cátedra, hay un contrato que se debe respetar, pero el Dr. Croxatto se quedará en esta Universidad. Hasta que inauguramos el 3º y 4º años de Medicina —siguió diciéndome con una maliciosa expresión— que Croxatto continúe jugando con sus ratitas. Con este objeto, arreglarás la parte del subterráneo que no se ocupa". Del fondo del largo bolsillo de su descolorida sotana, sacó \$ 4.000 y luego agregó: "Además, hay una inesperada casualidad, la Universidad acaba de adquirir un palacio para la Facultad de Teología que tiene unos baños increíbles con todo importado. Anda con el gáster y trae todos los artefactos que puedan servir para el laboratorio de Croxatto, tiene que haber varios. . . Anda luego, antes que lleguen los teólogos"³⁵.

Esta anécdota se entiende mejor al contar que a mediados de 1934, a raíz del viaje de Ignacio Matte a Europa, quedó don Héctor Croxatto Rezzio como profesor sustituto, pero que en 1935 aparece en las crónicas oficiales como "titular", Joaquín Luco como Jefe de Trabajos Prácticos y como ayudantes algunos de los antiguos: Fernando Huidobro, Salvador Palma, Miguel Ossandón y otros nuevos: Ismael Canessa y Enrique Egaña. Esta situación académica se mantuvo sensiblemente igual hasta 1937-1939, período en que por el interés despertado por esta disciplina, la planta de ayudantes se incrementa considerablemente; entre ellos aparecen nombres que después figurarán, y aún lo están, en los cabezales de sociedades científicas, cátedras, grupos de trabajo e incluso en la jerarquía eclesiástica a lo largo de Chile: Bernardino Piñera, Mario Badilla (Q.E.P.D.), José Sepúlveda, Hugo Salvestrini, Julio Meyerholz, Mario Plaza de los Reyes, Oscar Alonso, Enrique Gondeau, Juan Zañartu, Jaime Gómez, Juan Vega, Roberto Pichard, Gustavo Illanes, Pablo Thomsen, Norberto Sainz y Arnaldo Marsano. Entre 1941 y 1942 son Jefes de Trabajos Prácticos Raúl Croxatto y Hugo Salvestrini.

El proseguir de la Fisiología en la Escuela de Medicina desde 1942 en adelante pertenece a una crónica sobre la actividad científica en Chile y en el extranjero que excede los límites de estas líneas. Esto vale para el desarrollo de disciplinas conexas: la neurofisiología, la fisiología celular, etc., que como brotes de una raíz fecunda se han transformado en frondosos árboles que han anidado en sus ramas, cobijado en su follaje y temperado en su sombra a tantos investigadores chilenos y extranjeros.

³⁵ Luco, Joaquín V., op. cit.

En cuanto a los primeros años de la Cátedra de Histología basta el testimonio, aunque tuvo que ser reducido por razones técnicas*, de algúen que los vivió muy de dentro: Miguel Ossandón³⁶.

En 1931 se realizó el primer curso de Histología a cargo del Profesor Arturo Albertz y dos ayudantes: Osvaldo Sotomayor y Máximo Silva.

El profesor impresionó a todos muy favorablemente desde el primer día de clases: era alto, enhiesto, joven, correctamente vestido, de aspecto germánico, serio, cumplidor, puntual, respetuoso y respetable; ágil en sus movimientos, en su mirar y en su mente; tenía una voz bien timbrada y nítida, su discurso era fácil, sin titubeos, exuberancias ni monotonías, sus descripciones y explicaciones fluían de frases ensambladas con dibujos a tiza: dibujos limpios, sencillos, convincentes. Todo estaba en orden y equilibrio, de principio a fin. Sus enseñanzas coincidían con la de los textos europeos de mayor renombre y con la de los profesores de la Universidad de Chile, el célebre biólogo italiano, Dr. Juan Noé y su fiel y talentoso sucesor Dr. Walter Fernández.

Los alumnos colaborábamos con esfuerzo y disciplina. El profesor Albertz nos había prevenido: "la Histología es un ramo extenso y difícil, uno de los que sirven para filtrar alumnos". Tomábamos apuntes de clase que fueron nuestra fuente individual de estudio para las interrogaciones y el examen.

Los alumnos sabíamos poco o nada del currículo del profesor ni de las circunstancias que lo llevaron a la cátedra. Conviene intercalar un preámbulo biográfico, anterior a 1931.

Arturo Albertz Müller, chileno, casado, de 35 años, médico con doce años de profesión, especializado en Obstetricia desde hacía cinco años. Muy ligado a Alemania por lazos familiares, sociales y profesionales. Su padre era alemán, su madre y su esposa eran chilenas de ascendencia alemana. Era miembro activo de "Araucanía", una institución filantrópica y cultural —y a veces orgiástica*— para alumnos de ascendencia alemana. Su primera actividad profesional fue la de médico-residente de la Clínica Alemana de Santiago. Recién casado, viajó con su esposa a Europa en 1924. Allí se encontró con otra pareja chilena, el profesor de Obstetricia Dr. Carlos Monckeberg y su esposa. Aunque Monckeberg era años mayor, intimidaron, e impresionado por el talento de Albertz le aconsejó que se especializara, cuanto antes, en Obstetricia. Albertz aceptó la sugerencia e inició estudios de postgrado de Obstetricia en Hamburgo; después en Berlín, se incorporó al laboratorio de Robert Meyer. Tuvo así la oportunidad de revisar, estudiar y dibujar las magníficas colecciones de preparaciones microscópicas del más célebre histopatólogo de la ginecología de su tiempo.

Cuando se trató de elegir un profesor de Histología, el Decano Monckeberg propuso a Albertz, su ayudante. Monckeberg conocía bien su talento, su capacidad de trabajo y su entusiasmo por la morfología microscópica. El hecho que Albertz profesara la religión luterana no fue obstáculo para su nombramiento. El recién nombrado profesor contó a Luis Vargas que en una visita protocolar a Monseñor Casanueva "Don Carlos tomó mis manos entre las suyas por largo rato y así me transmitió un mensaje de aceptación y de amistad más elocuente que cualquier discurso".

El curso práctico de Histología, como en general todos los de aquellos años con la excepción de Anatomía, no alcanzaba el mismo nivel que el teórico. Los microscopios para los alumnos, de fabricación alemana marca Kemp, eran los más baratos en el comercio. La sala de trabajos prácticos, en el segundo piso, amplia, con grandes ventanales orientados al sur permitía iluminar los microscopios con luz natural. Las preparaciones histológicas, de calidad desigual, comprendían órganos y tejidos de animales de laboratorio. Los ayudantes Osvaldo Sotomayor y Máximo Silva eran alumnos de tercer año de Medicina en la Universidad de Chile; su labor fue entusiasta y tesonera y como tecnólogos improvisados, guiados por el manual de Romeis y por datos que conseguían en una y otra parte confeccionaron

³⁶ Ossandón, Miguel: "Histología: Sus primeros pasos" (mecanografiado), 1979.

* Nota del recopilador.

numerosas preparaciones histológicas; en los trabajos prácticos resolvían nuestras dudas en un ambiente de comprensión y amistad exento de toda prepotencia. Los alumnos no éramos exigentes; cualquier imagen nos producía la emoción de adentrarnos a un mundo mágico de estructuras invisibles que el microscopio las hacía realidad, auténtica y tangible, diferente a las fotografías y dibujos de los textos.

A comienzos de 1932 varios exalumnos de la Universidad Católica nos interesamos por renovar el contacto con ella; con tal fin Luis Vargas, Fernando Figueroa y yo nos dirigimos al Profesor Albertz y fuimos aceptados como ayudantes.

Esta iniciativa tuvo para nosotros una trascendencia que no pudimos imaginar. Si en 1935 Figueroa y Silva se dedicaron a la Obstetricia en estrecha colaboración y amistad con el Dr. Albertz, Vargas y yo seguimos en Histología e hicimos nuestras tesis en el laboratorio de la cátedra; ambas incluían un prólogo del Profesor Albertz. La realización de estas tesis en 1936 y 1937 tuvo la importancia de incorporar la investigación a la cátedra de Histología, con los beneficios consiguientes y entre ellos el mejoramiento y ampliación de las técnicas histológicas.

El profesor Albertz hizo clases de Histología durante diez años, siempre con igual maestría. En este lapso, su labor en la Clínica Obstétrica de la Universidad de Chile fue en ascenso y llegó a ser segundo Ayudante Jefe y a los 45 años debería dedicarse por entero a la Obstetricia.

Oswaldo Sotomayor y yo fuimos advertidos de que debíamos prepararnos para sucederlo en un futuro próximo; discutimos con la amistad de siempre: "tú eres anterior", dije yo; "tu especialidad (anatomía patológica) tiene estrecha relación con la histología", respondió Oswaldo y su argumento prevaleció.

Mi primera acción como Profesor Titular de Histología (1944) fue organizar una asamblea para despedir al profesor Albertz; al término del acto académico, Monseñor Casanueva abrazó al profesor Albertz y puso en sus manos un testimonio de homenaje y gratitud.

Muy útil fue la colaboración de Oswaldo Sotomayor que durante algún tiempo se encargó de buen número de clases. Me sentía un principiante con sólo tres años de profesión, sin estudios en el extranjero ni otros títulos; como no sabía nada de pedagogía me ceñí a una fórmula personal: "enseñar como hubiera querido que me enseñaran cuando fui alumno de medicina"; así fui descubriendo islotes y archipiélagos o tal vez meras perogrulladas: "cuanto mejor se conoce un tema, más sencilla y comprensible resulta la exposición" o que "la falta de aprehensión del receptor, más que de éste, depende de una falla del emisor o del canal de transmisión", o que "la nomenclatura, para ser aprendida, debe ser comprendida". Tres temas de histología eran escollos en que solían naufragar los alumnos: la osificación, la hematopoyesis y la sistematización del sistema nervioso. Si era fácil ser comprendido cuando se afirmaba de partida que la osificación era un solo proceso, la hematopoyesis producía angustia por las divergencias de teorías y nomenclatura; el capítulo del Tratado de Histología de Levi me resultó incomprensible y me lo confirmó años después el propio Levi cuando vino a Chile y dio magníficas conferencias sobre las estructuras nerviosas, pero que en cuanto a hematopoyesis advirtió expresamente que no le formularan preguntas.

La sistematización del sistema nervioso era la principal causa de fracasos; se enseñaba según la versión de Testut, pero tras larga meditación decidí renunciar a los esquemas de Testut y utilizar en todas las clases un mismo esquema, basado en las vías sensitivas y motoras. A este esquema general se le agregaban las estructuras propias de cada segmento. En el examen final me complacía ver cómo mis alumnos se paseaban por el sistema nervioso "como Pedro por su casa".

Los alumnos tomaban apuntes en todos los cursos, excepto Anatomía. Algunas cátedras proporcionaban guías-tipo-telegráficas y/o listas de textos de consulta. En la Universidad de Chile circulaban apuntes de histología con tantos errores y repeticiones que fueron desautorizados por el profesor. Mi pragmatismo me llevó hacia una complicidad total y pasé de la etapa de corrector de apuntes a la de autor de apuntes oficiales. Se formó un equipo en el que participaron el profesor, los ayudantes, el empleado de servicio y algunos alumnos y como en los tiempos anteriores a Gutenberg, se imprimió sobre cera con excelentes dibujos a dos o tres colores hechos por Luis Silva. Así se pudo aumentar las proyecciones epidiascópicas y

enfaticar lo importante, sin temor a que lo omitido en la clase resultara inexistente para el alumno. Fue una liberación para mí de dictar clases perfectas y para los alumnos de ser perfectos copistas.

En esos diez años tuve excelentes ayudantes-alumnos; sólo mencionaré a aquellos que como yo empezamos en Histología de la Universidad Católica para dedicarnos después a la Anatomía Patológica: Alejandro Reid, Italo Caorsi y Luis Silva.

En 1951 decidí renunciar. Mi dedicación a la Anatomía Patológica absorbía la mayor parte de mi tiempo, y la cátedra de Histología debía ponerse a tono con otras de la Universidad, con personal docente de dedicación exclusiva. Lo conversé con algunos amigos y a mediados de año se presentó la solución providencial: Juan de Dios Vial Correa, talentoso alumno de mi curso en 1944, animado de espíritu moderno, aceptó la cátedra de la que yo me alejaba. Me pareció tan milagroso como el paso de un día a otro, sin anochecer”.

El curso que siguió esta Escuela de Medicina fue el cauce que había elegido:

ciñéndose a las disposiciones del Estatuto Universitario, de reciente aprobación, adoptará los programas y planes de estudio aprobados por el Consejo Universitario para la Escuela de Ciencias Médicas de la Universidad del Estado³⁷.

Como la vertiente que cuando nace escurre gota a gota entre peñas y arbustos, suave pero con fuerza inmanente, silenciosa aunque burbujeante, tranquila y alegre, ya que sabe que lleva la fecundidad de las nieves eternas y las fructíferas esporas y llega a ser canal o río que utilizarán los ribereños, así creció la Escuela.

Y así fue como pasaban los años, los alumnos, los docentes, los planes y los afanes del Rector Casanueva.

Nadie mejor que Roberto Barahona Silva,³⁸ testigo, alquimista y artífice de lo que pasó en esos tiempos puede reseñarlo con más propiedad.

En 1940, cumplidos diez años de funcionamiento de los dos primeros cursos de la Escuela de Medicina, el rector estimó que había llegado el momento de proseguir su desarrollo. Los profesores contratados, doctores Gremaud, Rahm y Pi-Suñer, habían dictado sus cursos y se fueron; pero habían formado un personal docente nacional que, después de viajes de estudio al extranjero, había logrado organizar satisfactoriamente los respectivos cursos y trabajos prácticos y había demostrado ante las comisiones examinadoras de la Universidad de Chile una enseñanza de buena calidad.

No era esta la única razón que movía al rector a prolongar los estudios médicos en la Universidad Católica. Por una parte, estaba ya terminada la “obra gruesa” del Hospital Clínico. Su construcción había representado una laboriosísima actividad de Monseñor Casanueva, tanto en ambientes privados como en medios gubernativos, a los que recurrió usando sus tan peculiares cualidades de manejo de hombres y de circunstancias. El edificio aparecía como una masa inerte de cemento, mientras otros hospitales no eran suficientes para atender la demanda asistencial; ello constituía una crítica para nuestra Universidad; hubo quienes lo llamaron “el gran policlínico”.

Había además otra razón, tal vez más importante, en el ánimo del rector. Dos años de estudios de Medicina en la Universidad Católica le parecían insuficientes para formar adecuadamente a los estudiantes en aquello que por encima de todo le preocupaba: la formación de una conciencia profesional cristiana. Por otra parte, el

³⁷ PUC, op. cit., p. 170.

³⁸ Barahona Silva, Roberto: “Origen y desarrollo de la Anatomía Patológica en la Escuela de Medicina” (mecanografiada), Santiago, 1979. (Este testimonio rebasa los límites cronológicos de este capítulo (1942); el trozo restante está incluido en el capítulo pertinente. (N. de A. Pérez, editor)).

Decreto Gubernamental que autorizó la creación de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica establecía que anualmente el Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile determinaría el número de alumnos que podía ingresar al primer año de aquella nueva Escuela. En la época de la fundación se admitía hasta cincuenta alumnos; más adelante este número fue rebajado a cuarenta, luego a treinta y cinco y finalmente a treinta. El Decano de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, don Armando Larraguibel anunció en 1940 su intención de disminuir la capacidad de enseñanza para nuestra Universidad a veinticinco alumnos. Don Carlos Casanueva me expresó reiteradamente que veinticinco alumnos no sólo era una cifra demasiado pequeña, que no justificaba el gasto de una Escuela de Medicina, sino que la natural pérdida de estudiantes por fracaso o enfermedades hacía que esa cuota impedía lograr la meta: entregar al país un número influyente de médicos con una formación que no sólo fuera la oficial de la Universidad del Estado, sino superior. Moviendo algunas influencias logró mantener momentáneamente el número de treinta alumnos; pero vio que era indispensable para justificar la existencia de la Escuela de Medicina prolongar los estudios y crear por lo menos el 3º y 4º años. Don Carlos pensaba que con cuatro años de estudios la Universidad Católica podría asegurar la formación que aspiraba para los futuros médicos. No deseaba, se lo escuché reiteradamente, tener una Escuela con la totalidad de los cursos. Ello obligaría a crear cátedras y servicios que le parecían muy lejanos a las capacidades financieras de la Universidad; como ejemplos citaba la necesidad de un hospital psiquiátrico, de un hospital pediátrico y de múltiples especialidades. Por ello su proyecto, de acuerdo a los moldes curriculares de esa época, podría prolongarse hasta el primer semestre del quinto año de medicina. La tarea que se planteaba en ese momento era equipar al Hospital con Servicios de Medicina y Cirugía y los servicios de apoyo diagnóstico: Radiología, Laboratorio Clínico, Anatomía Patológica. En el aspecto académico se pensaba crear primero el tercer año e inmediatamente después el cuarto. La Universidad de Chile, cuyos planes y programas debía cumplir rigurosa y exactamente la Universidad Católica, contemplaba el siguiente currículum: en tercer año existían las cátedras de Patología General, de Bacteriología, de Parasitología, de Química Fisiológica y Patológica, de Patología y Semiología Médica (primer año), Patología y Semiología Quirúrgica (primer año) y Medicina Operatoria o Técnica Quirúrgica. Todos estos cursos duraban dos semestres completos. Sólo se daba examen de aquellos ramos que no tenían un segundo año (Patología Médica y Patología Quirúrgica).

Entonces fue cuando, aunque Barahona no lo diga ahora, quizá porque él fue un protagonista principal, la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de Chile rompió las cadenas reglamentarias que había aceptado e innovó el currículo oficial; los resultados los han palpado y vivido los alumnos de todas las Escuelas de Medicina del país en los últimos treinta y tantos años.

El devenir de la Anatomía Patológica en el Hospital Clínico de la Universidad, su asistencia en el desarrollo de las especialidades y en la enseñanza de graduados merecen ser analizados con mayor detalle en los capítulos pertinentes.

Emparentado con el párrafo anterior debe reseñarse otro testimonio de una de las personas que vivieron, si no los prístinos tiempos, aquellos que siguieron³⁹:

Allá por el año 1941, la Dirección de la Escuela de Medicina discute la iniciativa de crear una nueva cátedra en el campo de la patología. El desarrollo logrado por la fisiología hace pensar que el fenómeno patológico debería estar enriquecido por la respuesta funcional que ocurre en el ser vivo. La idea prende y nace la fisiología

³⁹ Vargas Fernández, Luis: "Fisiopatología en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica" (mecanografiado), Santiago, 1979.

patológica (Fisiopatología) con el espíritu de introducir el componente dinámico de los cambios fisiológicos relacionados con trastornos morfológicos.

Como no existe nada semejante en el país y, como el componente anátomo-patológico predomina en la enseñanza, la iniciativa reviste caracteres académicos audaces, exige la inclusión de la Patología Experimental, presagia nuevas inversiones, nuevo personal docente y nuevo laboratorio. Pero es época de innovación, con espíritu de esfuerzo, riesgo y entusiasmo. La Universidad está conducida por un Rector excepcional, seguido de autoridades representativas que saben interpretar a Don Carlos Casanueva. Y así un día me llama Joaquín Luco, entonces Director de la Escuela y me propone que estudie tomar esa responsabilidad y que la Escuela desea que yo sea su primer profesor. La tentación es grande porque el panorama es atrayente, pero las dudas también son fuertes, ya que sé que soy inexperto y que las capacidades para ese tipo de empresas aún no han sido probadas.

Acepto el ofrecimiento sin preguntar detalles ni poner condiciones; en el camino veremos como avanzaremos.

Por esos días recibo el anuncio de haber obtenido una beca de la Fundación Guggenheim. La Universidad lo considera una buena oportunidad para que me prepare, pero el curso debe empezar en 1942, y como yo estaré ausente hasta marzo de 1943, se nombra interinamente a Ramón Ortúzar para que realice las clases teóricas a los alumnos del tercer año.

A mi regreso enfrente tal multiplicidad de problemas que varias veces peligró la obra iniciada. Debo elaborar y ejecutar el programa de la docencia, equipar salas desmanteladas y atraer ayudantes "ad honores", pues la Escuela sólo me asigna un ayudante y un auxiliar. Junto con Jorge Lewin movemos poco a poco los obstáculos hasta conseguir aproximarnos a los objetivos principales al tercer año de duro laborar. La ausencia de secretaria nos exige muchas horas extraordinarias de trabajo. Sábados y domingos se van con el trabajo frente a la máquina portátil que unos amigos me regalaron. Los hijos crecen, sin casi darme cuenta. En medio de esta vorágine un día llama el Director de la Escuela para decirme que estaba preocupado porque mi producción científica estaba atrasada. ¡Maravillosa época que exigía aun en condiciones precarias! Tan precarias que al recordar aquella etapa no tengo pleno conocimiento del cómo pude seguir adelante.

Ya más "desarrollados", después de dar la batalla para que existiera el primer vivero de animales, tengo una invitación a Estados Unidos por algunos meses. Le solicito al querido amigo Fernando Huidobro que se haga cargo de la marcha del vivero. A mi regreso me rinde cuentas y me agrega: "nunca más un reemplazo semejante, porque cada mes tuve que poner plata de mi bolsillo". Al partir olvidé advertirle que ese era el régimen de aquella época, cuando el investigador ayudaba a los gastos de la investigación.

Para juntar fondos recurro a varias gestiones. En una oportunidad consigo que un pariente y amigo, don Stuardo Rahausen, me regale un equipo nuevo y valioso para hacer ejercicios de boga, aunque "en seco". Incluso nos guía en la parte operacional: se hará una rifa con un talonario numerado; el boleto cuyas últimas cifras coincidan con el premio mayor de la Lotería de Concepción ganará el equipo. Sucede que el número premiado queda entre los no vendidos. El señor Rahausen decide que el equipo pertenece al Laboratorio y que, en una segunda vuelta, se venda; un aviso económico en un periódico, con dirección Marcoleta 347 nos permite vender a los pocos días ese regalo y así adquirimos los primeros equipos.

En la docencia innovamos sobre la base de los trabajos originales relacionados con la Fisiopatología. No lo hicimos por textos, que sólo aparecerán años más tarde; así en Chile, por ejemplo, la "Patología Funcional" editada por Günther y Talesnik en 1963, representa un esfuerzo docente al cual contribuimos con tres capítulos generales. Además introdujimos la cinematografía científica, proyectando las películas originales del Dr. Lewis de Estados Unidos, como complemento ilustrativo valioso de las exposiciones orales.

Así fluían la vida de la Escuela de Medicina y las de aquellos que trabajaban en o por ella entre 1930 y 1932. Las palabras del rector o quizá tan sólo sus ideas transcritas

por su amanuense, tal vez don Víctor Vial, entonces pro-secretario de la rectoría, están en el siguiente texto:

Tal ha sido, a grandes líneas, la marcha de esta Escuela de Medicina, en sus tres primeros años. Al lado de esta vasta e intensa labor científica desarrollada en medio de grandes dificultades de todo género, se ha realizado la más importante de todas, la formación moral de nuestros alumnos. Las clases de Moral Médica y más que todo el ambiente que reina en nuestra Escuela hace que los jóvenes se formen en un espíritu de serio estudio profesional y sólida piedad cristiana⁴⁰.

pero no podía faltar la nota personal, afectuosa, casi paternal, de don Carlos Casanueva:

Cúmplenos antes de terminar estas líneas, dejar constancia de la gratitud de nuestra Universidad al Director Dr. Carlos Monckeberg, a quien como Decano correspondió la parte más delicada en la fundación de nuestra Escuela y su dirección durante sus tres primeros años tan difíciles, y en los cuales no desmayó su entusiasmo y celo inteligente en su servicio.

Al terminar su cargo, pasó éste al Dr. don Luis Calvo Mackenna, cuya admirable actividad es notoria en nuestras instituciones de beneficencia, así como su sólido prestigio científico y profesional dentro y fuera del país, y su elevado espíritu y la noble bondad de su carácter. A su lado presta su abnegada labor el Director de nuestra Escuela, el Dr. Eugenio Díaz Lira, dotado de tanto espíritu práctico y laboriosidad infatigable, consagrando sin medida a la Escuela su tiempo y actividad.⁴¹

Pero a la chita callando o como habría dicho Federico García: "Así que pasen cinco años" —de hecho pasaron siete— la Escuela siguió en su curso.

En la Memoria del Rector que comprende los años 1934 a 1937⁴² en el capítulo que se refiere a la Facultad de Medicina hay un párrafo que dice:

Fundada en 1930, llega ya este año 1937 al término de sus estudios, que duran siete años completos, el grupo que inició las clases en nuestra Escuela. Era un grupo muy escogido de 40 alumnos* seleccionados sobre más de 300 candidatos que se presentaron para nuestro primer año. Ellos llevaban sobre sí la responsabilidad del éxito de nuestra Escuela que nacía entre las desconfianzas de unos y la hostilidad sorda de otros, y también de las esperanzas y anhelos cuya realización alentaban tantos desde la fundación de nuestra Universidad.

Durante el curso de sus estudios han respondido plenamente al grave deber que sobre ellos pesaba. Han dejado en ambas Universidades luminosa huella de su paso por sus aulas y hospitales. Ellos serán los exponentes de lo que puede esperarse de nuestra Escuela. Ella no se ha contentado con darles la enseñanza en los cursos que funciona, sino que, colocándolos al pasar a la Escuela del Estado, como ayudantes de nuestras cátedras, y poniéndoles incondicionalmente nuestros laboratorios a su disposición para sus trabajos de investigación, ha continuado así ejerciendo con ellos su función educadora e intensificando su amor a la ciencia y a su estudio más profundo, con los resultados brillantísimos obtenidos.

La generosidad insigne de nuestra gran benefactora doña Mercedes Valenzuela de Villela, que en vida donó su Hacienda de Ranquilhue a la Escuela, y que en su testamento legaba a ésta, además, la cuarta parte de sus bienes, estamos ciertos que no se verá defraudada por pleitos sin base alguna, ni la más mínima, ni de justicia ni de razón, ni de la más elemental moralidad. Señora de gran carácter y de gran inteligencia, refractaria a toda influencia ajena, dispuso de sus bienes por

⁴⁰ MEM I, op. cit., p. 60.

⁴¹ MEM I, op. cit., p. 60.

⁴² Memoria de la Universidad Católica de Chile correspondiente a los años 1938, 1939, 1940 y 1941. Imprenta "Galaz", Sanitaria Poniente N° 1651, Santiago, 1942.

* Probablemente se refiere a la "cuota" que se le había fijado a la nueva escuela, o tal vez al total de egresados de ese primer año, porque la nómina de los primeros ingresados suma 53 (ver Anexos). (N. del recopilador).

testamento otorgado por su libre y espontánea voluntad y en plena salud y como libre dispensadora de sus bienes, declarado así solemnemente por los Tribunales de Justicia, como una garantía más, de sus disposiciones. Permitirá este legado a nuestra Universidad crear los cursos de 3º y 4º años de Medicina. Los entorpecimiento puestos a la ejecución de su voluntad, por inconfesables intereses, podrán demorarla pero no frustrarla, estamos ciertos. En el año último se creó la clase de Anatomía Comparada y Embriología con sus respectivos laboratorios, siendo nombrado su profesor don Arturo Atria Ramírez.

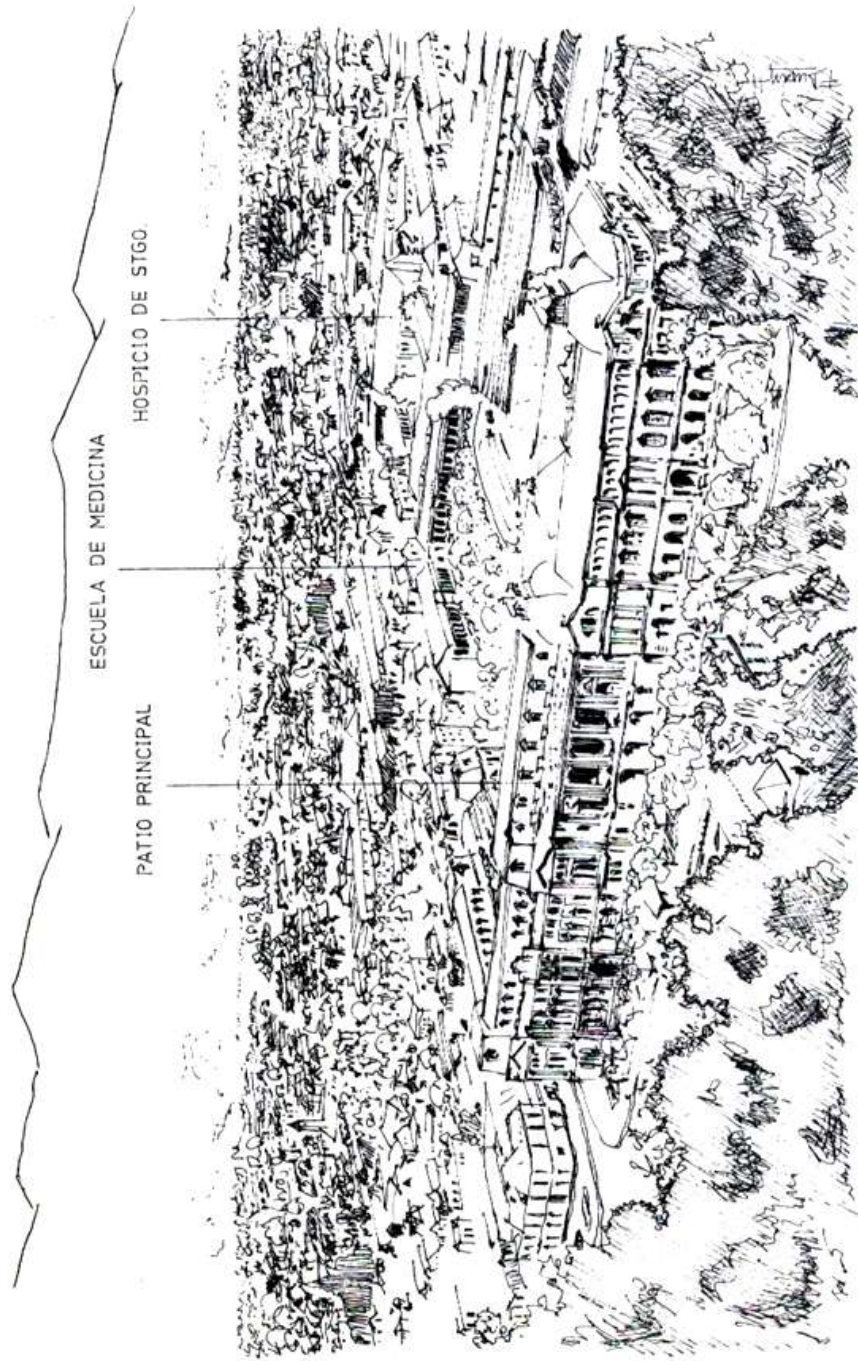
Complemento de los cursos de 3º y 4º años serán el Hospital Clínico de la Facultad y los Policlínicos básicos de este Hospital. El Congreso Nacional acordó contribuir con \$ 3.000.000 para financiar la fundación de nuestra Policlínica y Hospital. Y el Gobierno promulgó el 19 de febrero último como Ley de la República el proyecto votado por la gran mayoría de ambas ramas del Poder Legislativo. Congresales de las más diversas ideologías y partidos dieron su voto espontáneo y consciente de que cooperaban a una gran obra. S.E. el Presidente de la República promulgó la Ley respectiva y don Francisco Garcés Gana, su Ministro de Hacienda, entregó a la Universidad los \$ 3.000.000 en bonos correspondientes, comprometiendo la gratitud de nuestra Universidad que lo ha declarado Bienhechor Insigne. Ha sido un reconocimiento solemne del mérito y valor de nuestra Escuela otorgado por los más altos Poderes del Estado, y un gran estímulo para nuestra labor de estos siete años. Están estudiados el programa, el edificio y los planos de esta fundación por el mejor arquitecto hospitalario de nuestro país, nuestro ex alumno don Fernando Devilat, y por la Comisión nombrada por nuestra Facultad⁴³.

Como se ha expresado en varios de los textos precedentes, el último anhelo de don Carlos Casanueva se estaba haciendo realidad; la "primera piedra" del Hospital Clínico fue cimentada el 18 de octubre de 1937, en la festividad del evangelista San Lucas, patrono de la Facultad según el Decreto del 17 de junio de 1929; los trabajos de su construcción se iniciaron en 1938 y su bendición estuvo presidida por el Arzobispo de Santiago, don José María Caro Rodríguez, en un acto solemne el 17 de noviembre de 1939⁴⁴.

Cuando a mediados de octubre de 1940 se abrieron sus puertas, aunque sólo para enfermos ambulatorios, contaba con los siguientes servicios: Medicina Interna con don José Manuel Balmaceda Ossa, como jefe o director e Ignacio Ovalle y Gabriel Letelier, como médicos consultores, a los que se agregó, en 1942, Ramón Ortúzar; había algunas especialidades incipientes; Cardiología, con Oscar Fuenzalida Comas, Tisiología, con Camilo Vigil y Gastroenterología, con Enrique Montero; el Servicio de Cirugía, que atendía además de los "accidentados del trabajo" por un convenio con una compañía aseguradora ("La Chilena Consolidada"), estaba constituido por don Rodolfo Rencoret Donoso, como jefe y don Ricardo Benavente Garcés y don José Estévez Vives como ayudantes; alrededor de 1942 se incorporó Hugo Salvestrini. Este personal atendía diariamente sólo entre las 14.00 y 18.00 horas. Algunos días en la semana concurrían Raúl Velasco, como otorrinolaringólogo y Evaristo Santos, como oftalmólogo. Como servicios auxiliares de diagnóstico funcionaban, en el segundo piso, el Departamento (aunque entonces no se llamara así) de Radiología, con Roberto Celis Meyer como jefe y Fernán Díaz y Mario Meyerholz, como ayudantes; en el último piso estaba el Laboratorio con una sección de bacteriología dirigida por don Enrique Dávila Humeres y con Horacio del Valle y Manuel Dávila como ayudantes; en 1942 aparece, según las crónicas, Raúl Croxatto a cargo de la sección química-biológica; en el subterráneo, Roberto Barahona

⁴³ Memoria de la Universidad Católica de Chile correspondiente a los años 1934, 1935, 1936 y 1937. Imprenta Chile, Morandé 767, Santiago, pp. 51-52.

⁴⁴ Memoria de la Universidad Católica de Chile correspondiente a los años 1938, 1939, 1940 y 1941. Imprenta "Galaz", Sanitaria Poniente N° 1651, Santiago, 1942.



Vista "a vuelo de pájaro" de la Universidad (1930). Dibujo de Felipe Durán H., según fotografía de la época, publicada en el "Prospecto de la Universidad Católica de Chile correspondiente a 1930", Imp. "Electra", Santiago, 1930.

luchaba por la organización de la Anatomía Patológica. Las religiosas de la Congregación de María Inmaculada estaban en todas partes y hacían de todo: desde recepcionistas, estadísticas o telefonistas, hasta auxiliares de enfermería, de radiología o de laboratorio. Para mayores detalles pueden consultarse los artículos que se incluyen en los capítulos siguientes.

A modo de apéndice se señalarán algunos datos entresacados de los testimonios ya citados para tener una idea de lo que era la Escuela de Medicina en su aspecto físico entre 1930 y los años inmediatos.

Cuenta Barahona⁴⁵ que:

En una reunión de agosto de 1929 don Carlos Casanueva anunció que la Escuela de Medicina se construiría en un sitio en que sólo habían unas casas viejas donde habitaban algunas señoras. . .

La construcción anduvo rápido, tal vez gracias a la donación ya mencionada de don Fernando Yrarrázaval y su esposa; el hecho es que, en 1930:

El edificio tenía los tres pisos actuales pero, en vez de techo, había una gran terraza, muy bonita, donde se suponía que los alumnos podrían pasear y estudiar y que terminó transformándose en una "gotera" que llegaba hasta el subterráneo⁴⁶.

Sobre esta terraza concurre el testimonio de un alumno que ingresaba en 1935:

En mi exploración subí al tercer piso. Ahí había una placa que decía "Auditorio de Anatomía" y cerca otra en la que leí "Sala de Disección"; me empecé como pude hasta una ventana y gracias a la luz que recibía esta sala por unos amplios ventanales que daban a la calle Marcoleta conté más o menos, veinticuatro mesas de albo mármol sobre negros pedestales de fierro posadas en un pavimento de baldosas blancas y negras. Casi al final oeste de un amplio pasillo había otra plancheta que decía "Profesor" y una escalera que invitaba a subir a una amplia terraza impermeabilizada con alquitrán. Desde ella el espectáculo que se ofrecía era imponente: al frente el Cerro Santa Lucía que se continuaba con el Manquehue hasta la cordillera; a mis espaldas, el Hospicio con su pequeña capilla y los techos de muchos pabellones y algunos patios donde deambulaban los "viejitos" y los "tontitos", casi todos vestidos con casacas grises en desuso del ejército; era el amplio espacio que se extendía entre la calle Rancagua y la Diagonal Paraguay de hoy, pero sin las torres de la Remodelación San Borja ni la Posta Central de la Asistencia Pública. Este paseo en la terraza se prohibió después que don Manuel Larraín sorprendió a algunos temerarios acróbatas caminando sobre el angosto pretil que daba al patio de "las moreras" o a la calle Marcoleta; sabía medida ya que un paso en falso significaba la muerte irremisible del improvisado equilibrista⁴⁶.

Otro testigo ocular de esos tiempos, Joaquín Luco, relata que:

Contra viento y marea al inicio de 1930 se abrieron ficticiamente las puertas de Marcoleta esquina de Portugal; habría sido una entrada monumental, pero esa puerta nunca se abrió, por lo menos físicamente. El pequeño atrio rodeado de columnas de dudosa belleza sirvió por años como refugio a muchos vagos de la ciudad de Santiago y tal vez a más de alguno que se fugó de la casa de enfrente, el antiguo Hospicio de Santiago. Entre los "tontitos" del Hospicio y los "inteligentitos" de la Escuela de Medicina sólo había unos pocos metros de distancia, probablemente una mera casualidad⁴⁷.

⁴⁵ Comunicación personal de Roberto Barahona a Patricio Sánchez, 1980.

⁴⁶ Müller Vega, Max, op. cit., 1979.

⁴⁷ Luco, Joaquín V., op. cit., 1979.

Teniendo a Luco como cicerone puede seguirse con la impresión vivencial del edificio:

Mi primera visita a la Universidad Católica fue a fines de 1930, luego de ser aceptado como ayudante de Fisiología. Recorrí el recinto pero a pocos encontré en mi camino. El patio principal, rodeado de un hermoso claustro, recordaba a un colegio de monjas en época de vacaciones. Las puertas que daban al claustro estaban casi todas entornadas; algunas tenían placas: "Laboratorio de Física", "Taller Mecánico", etc. En el segundo piso del patio adyacente se leía "Laboratorio de Química". Frente a él estaba el Laboratorio del Alma (sic) donde la investigación era personal y secreta. Me quedé preocupado con el "Laboratorio de Investigación", que ocupaba un lugar principal y parecía más extenso que los otros. Todo ello me hizo pensar que el sino me había guiado hasta el lugar adecuado para mi futuro, la desilusión vino cuando supe que allí se probaba, a golpes, la resistencia de bloques de concreto; si resistían la nota era "tres coloradas", si se destruían era "tres negras"; un mozo realizaba la prueba, firmaba el informe y recibía \$ 10 por cada prueba, fuera negativa o positiva.

Seguí avanzando hacia el interior. Más allá del primer patio había un inmenso potrero ocupado en parte por un jardín enrejado; a través del alambrado se veían hermosas flores y frondosos árboles y, además, un hombre corpulento de grandes manos toscas que aparentaba poner gran esmero en su cuidado; después supe la razón de todo ello: las flores eran enviadas diariamente a la Capilla de la Universidad y, una vez al año, el 8 de julio, en la festividad de Santa Isabel, a la madre del Rector; el hombre de las grandes manos era "don Cucho". Llegando a la esquina vecina a Marcoleta un inmenso tilo se adueñaba del potrero; él era cuidado sólo por la naturaleza⁴⁸.

Parece que este bucólico ambiente persistía en 1935 porque uno de los alumnos que recién ingresaba recuerda que:

Caminé entre los grandes árboles que, mucho después, supe eran moreras; de ellos pendían unos pequeños racimos blancos, muy sabrosos; además estos frutos servían para que el profesor de Biología nos explicara la mórula, una etapa de la segmentación del óvulo fecundado⁴⁹.

Pero este rincón de la Universidad no era propiamente una Arcadia: Müller sigue contando que:

En este sector había siempre un olor acre por la mezcla de orines de los perros, gatos y cobayos confinados en el vivero de Fisiología; esto se unía a los chillidos de los cuyes y a los lamentosos aullidos de los canes. Los perros y gatos, vagos o regalones, llegaban ensacados por los proveedores expertos en el arte del lazo. Los únicos huéspedes forrados de este vivero que no protestaban eran los conejos, cazados por sus orejas con gran maestría por "Eosinófilo", un auxiliar de servicio llamado así porque en sus venas circulaba tal cantidad de esos leucocitos que era sangrado periódicamente para las demostraciones docentes de los elementos figurados de la sangre⁵⁰.

Pero hay que volver a los recuerdos que Müller aporta sobre el local que ocupaba la Escuela:

El vetusto edificio que miraba hacia la calle de la Maestranza* era la Escuela de

⁴⁸ Luco, Joaquín V., op. cit., 1979.

⁴⁹ Luco, Joaquín V., op. cit., 1979.

⁵⁰ Müller Vega, Max, op. cit., 1979.

* Este nombre pudiera tener su origen en los talleres del Hospital de Pobres, instalado en 1804 bajo la dirección del suizo Santiago Heitz, fábrica de brin, lonas y cáñamo para velamen, bajo el patrocinio de don Manuel de Salas en la chacra de la Ollería. Información del historiador P. Gabriel Guarda, O.S.B., 1980.

Agronomía.** A través de una ventana vi unos estantes con pocos libros y muchos esqueletos de animales que reposaban en los anaqueles sobre los libreros; las osamentas eran de distintos tipos pero idénticas en su color, tal vez por el polvo que lentamente las había ido cubriendo. Al fin llegué al Laboratorio de Fisiología; era tan extenso que una buena parte parecía un gimnasio y terminaba en un auditorio sencillo aunque digno, casi elegante.

El resto del edificio era un laberinto; esta extraña disposición tenía explicación: la Escuela se construyó aprovechando una entrada monumental y un bloque de tres altos pisos, donde hoy cabrían seis, que quedó inconcluso por varios años.

Al volver hacia la entrada de la Alameda divisé una torre, semejante a un silo, que era, sin embargo, el pozo de la ciencia en la Universidad: era parte del "Laboratorio de Hidráulica".

El auditorio de Biología, donde nos habían tomado el examen de admisión, lo encontré imponente: muchas butacas, una gran mesa blanca recubierta de azulejos y tras ella una especie de proscenio enmarcado por un gran telón de proyección y dos pizarrones, a derecha e izquierda; tanto el telón como las pizarras podían alzarse o bajarse, lo que contribuía a darle a esta sala cierta majestuosidad.

Terminado el examen recorrí el segundo y tercer piso; todo estaba cerrado. Yo trataba de comprender el significado de las placas esmaltadas en blanco con los nombres de "Laboratorio de Parasitología", de "Embriología", de "Histopatología" o de "Biología; este último habría de ser para mí el más terrorífico pues supe, poco después, que ahí habitaba una especie de Moloc: el "dios Barahona" y su cohorte devoradora de niños: el temido Fernán Díaz, Murillo, Atria y otros más... nombres que nunca pude separar del exótico olor del aceite de cedro o del xilol... hasta que los conocí mejor.

Olvidaba decir que cada "Laboratorio" tenía una planchita con el nombre del "donante", nombres rancios que recordaban a fundos, haciendas y viñas, pero que a nosotros, abstemios urbanos, nos decían poco⁵¹.

Sólo como anécdotas relacionadas con el ambiente físico de la Universidad y su recién fundada Escuela de Medicina merecen citarse los recuerdos de dos alumnos de esos años: sobre 1930, Raúl Dell'Oro refiere que:

En ese primer año todo había que crearlo y aun improvisarlo; recuerdo que las disecciones anatómicas, molestas y macabras para nosotros, noveles aspirantes a médicos, se efectuaban en el modesto refugio de un cuarto de baño del segundo piso;⁵²

Müller, de cuyas notas se ha espigado tanto, refiere que:

Don Carlos Casanueva no sólo irradiaba pobreza y humildad, sino que lo demostraba: él sólo viajaba en tranvía y la Universidad contaba solamente con un modesto Ford de 1929, con capota de lona; la "flota" de la Universidad se incrementó en 1937 con un microbús Studebaker para el traslado de los alumnos de Agronomía. Aparte de Cinesio, el chofer del Ford, había sólo un portero, con chaqueta azul y botones de bronce, en la única entrada, la de Alameda⁵³.

Con los trozos extractados de tantos testimonios puede vislumbrarse cómo cambiaba de perfil la Escuela de Medicina desde su niñez a su pubertad; lo que han recordado quienes fueron alumnos, ayudantes u osados profesores, ha sido usado y aun pisoteado, como en un lagar, pero al exprimirlo se ha obtenido un mosto rico por su

⁵¹ Müller Vega, Max, op. cit., 1979. .

⁵² Dell'Oro, Raúl, op. cit., 1979.

⁵³ Müller Vega, Max, op. cit., 1979.

** Este local estaba en plena demolición cuando se compusieron estas líneas (N. del recopilador).

prístino sabor, agridulce a veces, otras picante, no siempre cristalino ni exento de impurezas, pero, por lo mismo, auténtico; dejarlo decantar será tarea del tiempo. Los que han llegado después a este bodegón de medio siglo sabrán paladearlo porque su goteo provino de cepas de excelente prosapia.

Es que esta nidada de imberbes docentes e investigadores estaba “en alas de águila”⁵⁴ que, según la interpretación de Buber⁵⁵, *no* es la velocidad ni la fuerza del ave lo que se usa en la metáfora, sino el cariño con que la lleva sobre su plumaje para presentarla al Altísimo; fue el Espíritu, así con mayúscula, el consejero adecuado y abogado del indefenso, el que ayudaba a todos: a don Carlos y a sus “beatas” benefactoras, a los alumnos y a sus padres que osaban matricularlos, a los improvisados docentes que ni en sueños habían programado serlo y a los jefes de laboratorios que poseían muchas veces como único “material”, sólo una plaqueta en la puerta de entrada del local.

⁵⁴ Deut., XXXII, 11.

⁵⁵ Buber, Martín: “Moisés”. Ediciones Imán, pp. 170-172, Buenos Aires, 1949.

DESPERTADOS RECUERDOS DE LOS PRIMEROS AÑOS DE LA ESCUELA DE MEDICINA

Julio Santa María S.C.

LOS CINCUENTA AÑOS de nuestra Escuela nos piden que hagamos memoria sobre aquella época; el primer efecto de este llamado es confrontarnos con una realidad que inconscientemente nos cuesta algo aceptar: giramos por "los setenta" quienes tuvimos el honor y la suerte de colaborar con ella en sus primeros pasos. Dicen que con la edad vuelven los recuerdos juveniles; pero hay algunos en quienes una senilidad más precoz, borra los detalles y deja sólo impresiones y sensaciones que, por personales, poco pueden interesar a los que viven hoy en una Escuela tan propensa a producir Premios Nacionales de Ciencias. No se espere, pues, encontrar en estas líneas sino que desordenadas vivencias subjetivas.

Aún no comprendo por qué don Carlos me invitó, junto con otros imberbes compañeros del tercer y cuarto años de la Universidad de Chile para que sirviéramos de ayudantes en la naciente Escuela. ¿Influiría el que mi familia viviera frente a la vieja casona de los Casanueva? ¿Investigarían nuestros antecedentes escolares en colegios de religiosos? ¿O nuestras notas en esos exámenes-guillotina en que bastaba equivocarse por milímetros en el tamaño de *Amphioxus* para que hubiera que repetir todas las materias del año? ¿No hay duda que no había en esa época un reglamento de concursos de admisión! Pero hay que reconocer que la Comisión Técnica y el Espíritu Santo que asesoraban al Rector en muchísimos casos tuvieron muy buen ojo clínico: todavía siguen sobresaliendo algunos de esos imberbes iniciales, por sí mismos y a través de sus alumnos que tantas veces los han sobrepasado.

Veníamos bastante amorfos y fueron factores muy peculiares los que nos distribuyeron entre las cátedras del primer y segundo pisos. Personalmente aún estaba choqueado por el cuarto ventrículo, de cuyas mallas apenas saqué los doce puntos salvadores. Preferí, por eso, subir las escalas hasta Fisiología, empujado también por los atrayentes horizontes que nos había abierto Cruz-Coke con su entonces novedosa Bioquímica. ¿Hasta en el agua destilada había pH, ese contaminante que con académica sonrisa nos hacían ver que no se veía en los pasos de Química!

A otros los atrajo la Anatomía al comprobar que era algo más que memorizar el Testut y hacer zurcidos invisibles al ciático-poplíteo externo. Los estructuralistas que no apetecían de los cadáveres enteros y que se habían teñido los dedos donde Noé, optaron por la Biología e Histología y los hubo que se entusiasmaron con los vericuetos de la Embriología y de la Anatomía comparada. Por suerte en aquella época no se consultaban las matemáticas en el primer año; ni con milagritos hubiera encontrado don Carlos un ayudante entre quienes, por huir de ellas, habríamos preferido estudiar en el Cementerio y no en el Parque Cousiño.

Esa distribución entre las distintas cátedras ¿era señal de auténtica vocación o esta nos nació en el mesón en que por primera vez enfrentamos a esos chiquillos, casi de

nuestra misma edad, y que fueron nuestras primeras víctimas? Personalmente, ni aun ahora sé cuánto hubo de genético o de ambiental; pero, sí, todavía siento la influencia de los maestros bajo los cuales dimos nuestros primeros pasos. Y en Marcoleta con Portugal, don Carlos había reunido un grupo por demás atrayente, cada uno con su propia personalidad pero todos llenos de un estimulante espíritu innovador.

Teníamos desde la anatómica seriedad de un Espíldora o un Rencoret, hasta las cándidas y biológicas ausencias físicas y mentales de un Padre Rahm o un Porter. Frente a los tropismos giratorios de un Johow, estaba la hiperquinesia fisiológica de un Pi-Suñer. Para los que veníamos de la flema germánica de Muhm, en cuyas lecciones lo más estimulante era la bella Marlinda excitando una pata de rana, la motilidad espontánea y refleja del profesor catalán llegaba a agotarnos. Aquí me gustaría que se intercalaran los recuerdos de quienes sufrían con nuestra mentalidad aún muy liceana, no superada en la Avenida Independencia donde estudiábamos diluidos al 1 x 400 compañeros y asistíamos a los trabajos prácticos no en platea sino en galería. Para quienes venían a crear una Escuela pioneramente renovadora, formar a sus ayudantes debe haber sido ardua empresa.

Y debe haber sido también difícil adaptar ese extremo oriente del ala sur del patio trasero, con sus altísimas salas de estrechas ventanas, que miraban las paredes del Hospicio al otro lado de la calle. La asepsia del proceso no debe haber sido mucha, pues desde un comienzo quedaban "quistes de sucuchos" que han seguido proliferando hasta en el Hospital. ¡El virus debe haber infestado sus cimientos! Pi-Suñer trataba de defenderse de esta tan chilena afección, participando activamente en el cerrar y abrir de puertas y ventanas y dentro de ese bello desorden estructural consiguió configurar un ambiente cada día más fisiológicamente funcional.

Medicina tenía que compartir con la tranquila Agronomía, ese árido patio en que ella enseñaba a cultivar trigo y vacas. Sobre él daba una vetusta construcción que pronto subió a la categoría de vivero, cuyas condiciones eran una prueba de la gran capacidad de adaptación de los perros, conejos y ranas que, si sobrevivían a la preparación de los ayudantes, terminaban su papel enseñante bajo las ágiles manos de don Jaime.

Pero antes habían soportado una prueba mayor: los cuidados de Ramón, que de sacristán de las "Agustinas" había ganado el concurso para Jefe de Viveros. Reinaba en él, con la libertad de prelado doméstico del Rector, con el que compartía su desdén por la higiene personal y ambiental. Los continuos gritos de "pero, Ramón", no alteraban los pasos de Ramón que, al entrar al laboratorio con una preparación, parecía hacer una genuflexión. Si Pi-Suñer tenía sus pecadillos de arrebatos, Dios se los debe haber perdonado con creces por la testarudez del sacristán.

Deben haber contribuido a esa absolución los esfuerzos con que don Jaime nos fue sacando del Gley, para hacernos vivir con el espíritu bernardiano que le había inculcado su padre, don Augusto. Con una confianza que nos comprometía nos fue entregando capítulos para que los expusiéramos. Aún recuerdo mi primera clase, nada menos que sobre el riñón, ante un grupo de futuros colegas que en vez de tomar apuntes, deberían haber robado mis "torpedos". Parece que no lo hice tan mal pues me encargaron el corto abecedario de las vitaminas de esa época, y la regulación de la glicemia según los conceptos de Zuintz Labarre, que interesaban particularmente a Pi-Suñer.

Como que me propuso investigar en este campo para mi Memoria lo que acepté con osadía. No era fácil pancreatectomizar a los perros y los que sobrevivían no eran especialmente los que sufrieron mis manos. Había, además, que vencer los conceptos dietéticos de Ramón que estaba acostumbrado a que sus 'n' hijos comieran de todo sin hacerles daño. La dieta hipoglucídica y las inyecciones permanentes de insulina, significaban una vigilancia continua que me mereció tener llave del portón. Pero ni Pi-Suñer ni yo contábamos con que un día los tranquilos alumnos de la Católica se contagiarían con los malos pasos en que andaban los de la Chile. Don Carlos seguramente descubrió un santo en cuyo honor dio un indefinido asueto, el que no cerró la Universidad, pero puso candado a mi portón. Ramón debe haberse compadecido de esos flacuchos animales y al abrirse nuevamente las puertas hube de convencerme que ahí —para bien de la ciencia— terminaba mi carrera como fisiólogo experimental.

Ignacio Matte, nuestro senior, mantuvo esa inclinación que, centrándose en el sistema nervioso, ya lo iba llevando al cómo funcionaba la mente. En nuestras reuniones leía a Freud y nos pedía que le contáramos nuestros sueños para interpretarlos. Un día se le quedó su “biblia” y al próximo interrogatorio le relatamos un salpicón de los capítulos que aun no había leído. Su vocación era evidente porque resistió a esa prueba y al escepticismo con que recibimos su confesión: acababa de ser flechado a primera vista, a los pies de la estatua de Barros Arana.

No ha de extrañar que se debatieran temas tan personales: Jaime, maestro, hizo de nosotros una familia que acariciaba Merceditas, recogiendo nuestras confidencias y suavizando los merecidos retos que nos propinaba “el patrón”. Y esos lazos familiares se extendían también hasta los tíos y primos de las otras cátedras. Don Pancho y Manuelito cuidaban de nuestra salud espiritual y, desde la altura, los animaban don Carlos: el partero y el práctico Rector que se preocupaban de nuestro sustento.

No había en esos tiempos las dificultades del Estatuto Médico, ni de la Escala Unica. Reinaba la ley de la oferta, presentada como un cariñoso regalo: “¿te gustarían unos \$ 50? ¡Y, a esa edad, a quien no le iban a gustar! ¡Soy incapaz de convertirlos a moneda constante, pero, alcanzaban! Y ello a pesar que los honorarios no corrían en las vacaciones y que el Día del Sagrado Corazón y el 4 de noviembre se recibían de antemano los agradecimientos del Rector por la “voluntaria colaboración” en favor de la Santa Cena.

Es que ya estaba fructificando el espíritu que animaba a quienes impulsaban la apertura de nuestra Escuela: perfeccionar esa actitud de servicio en que vivía la Medicina chilena desde sus más lejanos albores. Buscaban también crear un centro de alta calidad técnica y docente, un sano clima de emulación para los que enseñaban y estudiaban al otro lado del Mapocho. Y esta influencia de los de Marcoleta la notamos en Alameda 1340, la acogedora casa de la ANEC, donde San Lucas reunía a los estudiantes católicos. Pronto contamos con más mano de obra para complementar lo que hacíamos “los de la Chile” en ese otro aspecto de tanta prioridad para los fundadores de nuestra Escuela: el apostolado médico-social.

Los vaivenes de la vida me alejaron, a los pocos años, de este estimulante ambiente, con evidente pérdida en lo personal, pero compensada por las ventajas para el alumnado beneficiado con el cambio de ayudante. Al volver más tarde y recibir en el vigésimo quinto aniversario el Profesorado de Nutrición y Dietética, pude comprobar lo real de esa pérdida y esas ventajas. Nuestra Escuela había sido capaz de resistir y de compensar ese cimiento tan débil que fuimos algunos de esos imberbes ayudantes de medio siglo atrás. Y ahora, al irse despertando estos recuerdos vivenciales aprecio todo lo que el llamado de don Carlos ha significado en mi carrera profesional. No me queda sino agradecer la oportunidad que se me ha dado para hacer memoria.

RECUERDOS Y REFLEXIONES (1931-1932)

Jaime Pi-Sunyer

EN LA LECCION INAUGURAL del curso de Fisiología, en 1931, prometía “una labor llena de entusiasmo juvenil, si no de otras condiciones”. Ahora celebramos el cincuentenario de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica, y el Decano de la Facultad de Ciencias Biológicas, mi buen amigo Dr. Luis Vargas Fernández, me pide unas páginas que reflejen mi instalación en Santiago y la experiencia del primer curso, que él atendió como estudiante. Esta propuesta obliga inevitablemente a exponer recuerdos autobiográficos; siguiendo a Szent-Györgyi, diría “It goes against the grain to write about myself and —moreover— I like to look forward, not back”. Procuraré, sin embargo, cumplir con el encargo.

La noticia de la Cátedra fue una sorpresa. Después de años de estudio en Barcelona, Madrid y varias universidades extranjeras, gozaba de una vida fácil y confortable, recién casado, y alternaba tareas clínicas, principalmente en el campo de la nutrición y metabolismo, con la enseñanza e intentos de investigación en Fisiología y Farmacología. Un buen día, mi maestro, Dr. Jesús María Bellido, llegó de un Congreso donde había conocido a Eduardo Cruz-Coke; éste le preguntó si alguno de los colaboradores del grupo dirigido por mi padre se interesaría por la nueva cátedra. El candidato natural era José Puche Alvarez, con mejor experiencia que la mía, el más activo, en aquel tiempo, entre los agregados al Instituto de Fisiología de Barcelona, y más tarde, catedrático en Valencia y Rector de la Universidad. Fallecido hace pocos meses en México, me complace recordar al buen amigo, maestro en muchos métodos de laboratorio y guía en el pensamiento científico. Puche no mostró inclinación por la oferta. En cambio, Mercedes y yo nos sentimos instigados inmediatamente, a pesar de la oposición de las familias. Chile estaba muy lejos en la época del trasatlántico y el trasandino, nuestro porvenir parecía abierto y claro y la partida por varios años era una aventura innecesaria. Aunque la oferta de la Universidad era generosa, el aspecto económico pesó poco en la decisión: no se sentía todavía en nuestro medio el infortunio de la depresión mundial. Fue en Santiago, con los desempleados esperando frente a las puertas en busca de comida, cuando percibimos la calamidad, en una imagen extraña para nosotros. Quizás un elemento importante fue la prueba de plena responsabilidad en un mundo nuevo, apartado de un ambiente protector, con amigos, familia y maestros, siguiendo a un padre que era las tres cosas a la vez.

Viajé a París para hablar con Cruz-Coke acerca del camino abierto. Conocía su libro “La Acidez Iónica en Clínica”, consultado a menudo en la biblioteca del Instituto. La casa acogedora de Marta y Eduardo, el inicio de una amistad fraternal, el plano cultural elevado en que vivían, fueron factores favorables.

El viaje en el “Conte Rosso”, de Barcelona a Montevideo es una evocación maravillosa. En el Uruguay encontramos a unas primas, cuyo padre intervino en la fundación de la Escuela de Medicina: así, nuestro propósito tenía un precedente en la

familia. Unos días en Buenos Aires y horas fascinantes en el laboratorio del profesor Houssay, a quien había conocido en 1919, siendo yo un alumno de escuela secundaria, cuando mi padre dictó un curso como profesor visitante, recogido en el año siguiente en el libro "Los Mecanismos de Correlación Fisiológica, Adaptación Interna y Unificación de Funciones". El último recuerdo, desde la ventana del tren pronto a traspasar la Pampa hasta Mendoza, es la visión de don Bernardo y su señora con un gran ramo de flores para Mercedes. Siguió la travesía grandiosa de los Andes y el encuentro con don Pancho Vives y Cristóbal Espíldora en el tren chileno, primer contacto con el país. Entonces se llegaba a Santiago por la Estación Mapocho, como ha contado Joaco Luco. En Mapocho recibimos las primicias de la cordialidad, mostrada por el gran grupo que acudió a nuestra llegada.

En el día siguiente, la visita a la Universidad y el laboratorio, local hueco en un edificio recién terminado. El instrumental encargado tardaría en llegar y debía darse vida a la cáscara vacía. Conocí a don Carlos Casanueva con sus cortos brazos abiertos y la mirada afectuosa e inquisitiva; a Ignacio Matte, ayudante siempre curioso y diligente en el trabajo; con él, Jaime Santamaría, Fernando Huidobro, Arturo Larraín, Luco, el más joven, estudiante todavía. Al recordar estos nombres, entre otros, y sus historias, parece que algo logramos —todos juntos— en los breves años de trabajo en Santiago. En los días que siguieron conocí a la Facultad: el P. Gilberto Rahm, personalidad compleja y estimulante; el profesor Roberto Aguirre Luco, gran caballero; Arturo Albertz, preciso y correcto; Espíldora, tan hábil en la cirugía de los ojos como en la sala de disección; Mr. Gremaud, poco ligado a la vida chilena. El Decano Carlos Monckeberg, auxilio constante, casi paternal; el profesor Eugenio Díaz Lira, Director de la Escuela, apoyo eficaz en la instalación y conversador educativo en sus visitas frecuentes. Y con toda su energía, juventud, generosidad e inteligencia, don Manuel Larraín, a cargo de la orientación moral en la Escuela de Medicina, el mejor de los amigos y el más efectivo de los consejeros. Muchos años más tarde, siendo ya Obispo de Talca, supo de mi paso rápido por Santiago y vino a la capital para una conversación más, la última, diferente de las mantenidas en el laboratorio: las circunstancias habían cambiado para ambos, pero no el afecto. Sería largo nombrar a tantos amigos nuevos, con riesgo de omisiones inexcusables, pero es obligatorio, mencionar a algunos, como don Juan Noé, don Teodoro Muhm, Hernán Alessandri, Alejandro Garretón Silva, don Luis Vargas Salcedo, cirujano eminente, Carlos Charlin, y don Alejandro Lipschütz, de quien aprendí mucho. El "Curso Práctico de Fisiología", libro con buen éxito inicial, enterrado en la tormenta de la guerra de España, prueba nuestra visión semejante de los métodos de enseñanza y el inicio de una amistad mantenida por medio siglo. Cada vez que miro este libro surge el recuerdo agradable de mis años en Santiago y de las visitas a Concepción, con horas de trabajo dedicadas a probar y simplificar los experimentos.

El curso avanzó de manera regular, con material improvisado en los primeros meses, mientras llegaba el equipo para el laboratorio. Vargas ha contado algunas anécdotas, parte de una presentación benévola que precedió a mi conferencia en 1966. Recuerdo con gusto y afecto a los dos grupos de estudiantes de 1931 y 1932, y sé bien que muchos de ellos alcanzaron puestos notables en las actividades médicas y académicas. Las clases se completaron con buen número de demostraciones y ejercicios prácticos, labor facilitada por la matrícula restringida, que favorecía la relación personal. Buena parte de los experimentos elementales, realizados por los estudiantes, examinaban las funciones de los órganos; en otros, así como en la mayoría de pruebas en sujeto humano, se insistía en el estudio de las correlaciones orgánicas, de acuerdo con la orientación general de la enseñanza y con el concepto de la unidad funcional. "*Multiplex quia vivus, vivus quia unus*", decía Boerhave a principios del siglo XVIII. Idea recogida por José de Letamendi, entre otros, en el aforismo "El cuerpo es un solo órgano y su vida una sola función", y avanzada, con designio diferente, por San Pablo en la primera epístola a los corintios: "El cuerpo es uno solo, con muchos miembros, pero todos los miembros son un solo cuerpo". Se inició una colección de libros y revistas, preparando resúmenes de los artículos

relacionados con la docencia o el trabajo embrionario de investigación. En las tardes largas, entre las varias ocupaciones, salíamos un rato al jardín, se montaban despacio nuevos aparatos, las paredes se adornaban con fotografías y grabados, se preparaban las clases y los ejercicios con la colaboración estrecha de los ayudantes; un aliento vital calentaba el ambiente y las grandes ventanas miraban a los árboles, encendidos por el sol poniente. Eramos una pequeña familia que trabajaba a gusto y conseguía algo cada día.

Para evocar —como me pidieron— mi experiencia en mi primer curso dictado en la Universidad Católica, he leído otra vez la conferencia inaugural, casi olvidada, y he sentido una desilusión. En las revisiones de viejos papeles se aprecian los cambios de las ideas y de su percepción al correr los años, los hechos nuevos y la evolución del pensamiento. La mayor parte de la lección se dedica a justificar la posición de la fisiología como apoyo y vínculo que une las ciencias médicas, y al examen de la oposición latente entre los conocimientos básicos y la práctica clínica. También a la comparación de los atributos de las escuelas de tipo práctico y universitario, según la descripción de Flexner. Ha llovido mucho desde 1931, y más todavía desde 1924, fecha del libro clásico "Medical Education". El método empírico cedió el paso al razonamiento científico. El aforismo de Richet, "Quien enfrenta la fisiología y la medicina clínica, poco sabe de una ni de la otra", es una reliquia para las antologías, como lo es la idea de que las universidades sólo deben enseñar conocimientos bien establecidos, tesis inhibidora de la creación intelectual. En una paráfrasis del profesor Lipschütz, afirmaba entonces que, para ser médico, más provechoso que saber muchas cosas y detalles efímeros, es saber a fondo algunas, fundamentales. Conceptos parecidos expone Jorge Mardones en su "Farmacología", y noto con satisfacción la coincidencia con este buen amigo y distinguido profesor. Refiriéndose a "Principles of General Physiology", escribía Otto Leowi: "Muchos datos de este libro único han caducado, pero la lectura es siempre estimulante, con la explicación clara de los principios esenciales y la valiosa perspectiva histórica".

Aquí conocí desde dentro el valor y la función cultural de las universidades privadas y autónomas, que había percibido antes en los Estados Unidos, en contraste con la organización monolítica, uniforme y centralizada de las universidades españolas y francesas.

El mejor testimonio del beneficio de los años en Santiago es el cambio en el rumbo de mi vida, desviado poco después por la conmoción trágica de la guerra en España y las decisiones ineludibles del exilio. Hasta 1931 navegaba en la alternativa de una carrera universitaria o la práctica clínica. En mi primera estada en los Estados Unidos trabajé a medias —pues quien mucho abarca poco aprieta— en el laboratorio de W.B. Cannon, en la clínica de E. Joslin, el notable especialista en diabetes y en el "Nutrition Laboratory", en situación intermedia, bajo la sabia dirección de F.G. Benedict. Una monografía terminada pocas semanas antes de embarcar para Chile versaba sobre principios generales de dietética. La experiencia ganada en Santiago resolvió la incertidumbre: dos años de labor universitaria a tiempo completo fueron la mira para el futuro. Houssay cuenta en "Trends in Physiology as seen from South America" que él fue el primer profesor en la Argentina, dedicado exclusivamente a la Cátedra, en 1919. Años más tarde sus discípulos Lewis, Orías, Hug, Braun-Menéndez, Foglia y otros, trabajaron todos en iguales condiciones. La Universidad Católica estableció esta norma, seguida después en otros países hispanoamericanos. Mi segunda visita a Estados Unidos la dediqué exclusivamente a la tarea fisiológica, con J. F. Fulton, amigo de años. El "Curso Práctico de Fisiología" se publicó en 1934. A mi regreso a España me apliqué a preparar los ejercicios para una Cátedra de Fisiología, obtenida en 1936, meses antes del levantamiento militar. Esta es la gran influencia de Chile, esta es mi deuda y mi recuerdo.

¿Reflejan estos comentarios mi experiencia del primer curso en Santiago? ¡No sé! Prefiero el reflejo en los muchachos de aquella clase, en su vida y acción profesional. Contemplo el pasado y el presente, y miro con ellos, adelante. En la lección inaugural me refería a quienes me recibieron y me ayudaron en todo momento "haciendo lo posible para que no añorara lo que dejé en mi tierra". En esta reunión, grata, llena de alegría,

nostalgia y emoción, como en todo acontecer humano —son palabras del Dr. Vargas—, la reminiscencia es de lo recibido de la Universidad Católica. Trabajé después en otros caminos y procuré seguir las normas y métodos de la vida universitaria. En visitas repetidas, rápidas, encontré a los viejos amigos chilenos, acudí siempre a la Universidad, me acerqué a los laboratorios, gocé en las conversaciones con Joaquín Luco, Héctor Croxatto, Fernando Huidobro, Vargas, y sus nuevos colaboradores. Era volver a esta casa, tan querida. Estar con vosotros en este cincuentenario es un verdadero júbilo. ¡Muchas gracias una vez más!

CAPITULO II

El Hospital Clínico
de la Escuela de Medicina
de la Pontificia Universidad
Católica de Chile

**BREVE HISTORIA DEL
"HOSPITAL DEL CORAZON MISERICORDIOSISIMO DE JESUS",
HOSPITAL CLINICO DE LA ESCUELA DE MEDICINA
DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE**

Waldemar Badía C.

FUNDACION DEL HOSPITAL

En Santiago de Chile, a 18 de octubre del año del Señor de 1937, rigiendo la Iglesia S.S. el Papa Pío XI y siendo su digno representante en Chile el Excelentísimo señor don Héctor Felici, durante el Gobierno arzobispal del Excelentísimo y Reverendísimo señor don José Horacio Campillo, bajo la Presidencia del Excelentísimo señor don Arturo Alessandri Palma, siendo Rector Magnífico de la Universidad don Carlos Casanueva Opazo, se procedió a bendecir la primera piedra del Hospital Clínico de la Escuela de Medicina, que llevará el nombre de "Hospital del Corazón Misericordiosísimo de Jesús", donde los ex alumnos puedan continuar sus investigaciones médicas y servir a Cristo en sus pobres '.

Con este acto simbólico, el día de San Lucas Evangelista, Patrono de la Facultad de Medicina, se daba el primer paso hacia la realización de una idea anhelada desde que se creara esta Facultad en 1930. Este ambicioso proyecto tenía como objetivo final contar con una sede donde poder completar la carrera de Medicina que hasta ese momento estaba constituida sólo por los dos primeros años.

La construcción del Hospital Clínico se inició en 1938, terminándose al año siguiente. El 27 de noviembre de 1939 el Excelentísimo señor Arzobispo de Santiago, José María Caro, bendijo solemnemente el edificio. En esta ceremonia, el Decano de la Facultad, don Cristóbal Espíldora, hizo entrega a los alumnos del "magnífico edificio construido para el desempeño práctico de sus estudios profesionales", rindió un sentido homenaje a los poderes públicos que hicieron posible la obra, y recalcó "la responsabilidad científica, moral y social que la Universidad Católica asumía".

Como cosa curiosa, cabe mencionar que el hospital se construyó y empezó a funcionar sin permiso, ya que no existe ningún documento oficial, de la entonces Dirección General de Sanidad, en que conste la autorización para su funcionamiento, de lo que se deduce que esta fue tácita.

Casi todo un año se empleó en habilitar y equipar algunas dependencias del Hospital Clínico. El 18 de octubre de 1940, nuevamente en la festividad de San Lucas, Monseñor Caro inauguró y bendijo solemnemente la Policlínica, la cual comenzó a funcionar el 28 de octubre de ese mismo año. Fue designado Director don Rodolfo Rencoret y Administrador don José Miguel Yrarrázaval. La atención y manejo del hospital se le encargó a religiosas de la Congregación de la Caridad de la Inmaculada Concepción.

En documentos de la época consta que "la estructura es de concreto armado, con buenas terminaciones, pero sin derroche de lujo"; su costo fue de cinco millones trescientos mil pesos, que equivalía a doscientos cincuenta mil dólares, aproximadamente.

¹ Memoria de la Universidad Católica de Chile, correspondiente a los años 1938, 1939, 1940 y 1941. Imprenta Galaz. Sanitaria Poniente 1651, Santiago, 1941.

La nómina de médicos que inició la atención en la Policlínica del hospital fue la siguiente:

Medicina Interna	Dr. José Manuel Balmaceda Dr. Gabriel Letelier Dr. Ignacio Ovalle
Gastroenterología	Dr. Alberto Donoso Dr. Enrique Montero
Nutrición	Dr. Ismael Canessa
Cardiología	Dr. Luis Hervé Dr. Oscar Fuenzalida
Broncopulmonar	Dr. Rafael Hevia Dr. Norman Bennett Dr. Camilo Vigil
Cirugía	Dr. Rodolfo Rencoret Dr. Ricardo Benavente Dr. José Estévez
Oftalmología	Dr. Cristóbal Espíldora Dr. Evaristo Santos
Otorrinolaringología	Dr. Alfredo Alcaíno Dr. Santiago Riesco
Radiología	Dr. Roberto Celis Dr. Fernán Díaz Dr. Mario Meyerholz
Laboratorio Clínico	Dr. Enrique Dávila Dr. Manuel Dávila

En 1943 la remuneración de los profesores, incluyendo función docente, asistencial y administrativa, era de mil quinientos pesos, alrededor de cincuenta dólares; la de los ayudantes de seiscientos pesos, y algunos ayudantes "ad honores", ex alumnos o alumnos privilegiados que ayudábamos —o estorbábamos— en el hospital, recibíamos subvenciones de cátedra como ayudante de ramos básicos de treinta pesos al mes, que siempre sospechamos provenían del bolsillo de don Héctor Croxatto, de don Rodolfo Rencoret o de don Cristóbal Espíldora.

En el período entre 1940 y 1950 el hospital tenía poco menos de ocho mil metros cuadrados de edificación, distribuidos en cinco pisos y un subterráneo, con dos alas laterales unidas por una central. En ese tiempo no existían la prolongación poniente del ala sur (actual Pensionado), la prolongación oriente del ala norte (actual Maternidad, Neurocirugía, Recuperación), el edificio contiguo hacia el oriente que ocupó la ex Comunidad de Religiosas, el edificio contiguo al poniente (actual Auditorio Paracelso y Dirección de la Escuela), las prolongaciones del subterráneo hacia oriente ni el Consultorio Externo de Lira 50.

La distribución inicial del hospital hasta 1950 era simple, casi podríamos decir ingenua: en el ala norte, desde el primero hasta el cuarto piso, estaba el área de hospitalización. Cada piso estaba dividido en cinco salas con 4-8-8-8-4 camas cada una, más una o dos piezas de media pensión. En el quinto piso había una espaciosa terraza y una capilla.

En el ala sur, en el primer piso, estaba la Policlínica, incluyendo una espaciosa sala para cirugía menor y yeso, donde se atendía a los traumatizados de "La Chilena Consolidada", uno de los pocos ingresos con que contaba entonces el hospital. En el segundo piso había un auditorio, oficinas de Medicina Interna, dos piezas para Rayos X y otra para Fisioterapia. En el tercer piso había otro auditorio, oficinas de Cirugía, dos pabellones quirúrgicos y la Central de Esterilización. En el cuarto estaban la Biblioteca, el Pensionado y dos anfiteatros sobre los pabellones. En el quinto piso se encontraba el Laboratorio Clínico y la sede de la Comunidad de Religiosas que se prolongaba por el ala central hasta la terraza del ala norte.

En el subterráneo, en el ala sur, funcionaba la sala de autopsias; dos piezas ocupaba Anatomía Patológica; también se ubicaban aquí las calderas y bodegas; en su ala norte se encontraban la lavandería, la cocina, los refrigeradores y la ropería.

EVOLUCION DEL HOSPITAL

En los cuarenta años de vida, el desarrollo del hospital se hizo por etapas que, a grandes rasgos, corresponden a las cuatro décadas (1940-1980). Cada década tuvo características propias.

La primera década, la de los años 40, se inicia con un edificio prácticamente desnudo, con un grupo de veintitrés médicos que abren la Policlínica, con cinco religiosas y no más de quince auxiliares, con una estrechez económica extrema, pero con una fuerza, decisión y espíritu de superación también extremos.

La habilitación de la Policlínica no pudo ser más simple: había ocho o diez boxes y bastaron "ocho escritorios, ocho sillas y ocho camillas" y un mínimo de instrumental que permitió atender enfermos.

Del conjunto de médicos que atendía la Policlínica se destaca un grupo realmente entregado a la creación del hospital, que debe ser considerado como el grupo de pioneros y visionarios forjadores de lo que en diez años sería "el milagro de la Católica". Este grupo estaba constituido por Rodolfo Rencoret, Ricardo Benavente, José Estévez, Hugo Salvestrini, José Manuel Balmaceda, Ramón Ortúzar, Gabriel Letelier, Enrique Montero, Roberto Barahona, Ignacio Ovalle, Roberto Celis, Fernán Díaz, Mario Meyerholz, Raúl Croxatto y Enrique Dávila. Todos ellos abandonaron gran parte de sus funciones en los hospitales donde trabajaban para dedicarse por entero a crear el nuevo Hospital Clínico.

Desde 1942, lenta y penosamente fueron habilitándose salas para hospitalizar enfermos; ya en 1943 había algunos hospitalizados y se hacían esporádicas intervenciones quirúrgicas. Simultáneamente fueron ingresando nuevos médicos, algunos de ellos ex alumnos recién egresados que se quedaron en contacto con la Universidad. La mayoría de éstos habían sido ayudantes de ramos básicos de la Escuela de Medicina que aportaron el espíritu creativo, de investigación y docente que ha caracterizado al hospital.

En este período ingresaron al Hospital Clínico: Hugo Salvestrini que, después de una beca en Boston, iniciaría en 1948 la Cirugía de Tórax; Gastón Fuenzalida (1943) y Juan Fortune (1948), pioneros de la Traumatología; Raúl Dell'Oro (1945), iniciador de la Urología; Alfonso Ovalle (1942), de la Ginecología; Mario Cruzat y Pablo Thomsen (1942), de la Cardiología; Pablo Atria (1949), de la Endocrinología; Santiago Raddatz (1945), de la Tisiología y Enfermedades Respiratorias; Alberto Lucchini, que con sus trabajos de la acción hormonal sobre el cáncer de mama sería el germen iniciador de la Oncología; Eduardo Larraín (1944) que con Enrique Montero forman el primer equipo médico-quirúrgico (Gastroenterología); Max Müller (1943) inicia la Cirugía Vascular; Arturo Ebensperger (1947) forma el Banco de Sangre; Arnaldo Marsano (1947), que después de una beca en Boston, inicia junto con el que escribe la Anestesiología; Víctor Maturana, Bernardo Valenzuela, Manuel de la Lastra, Fernando Goñi, Raúl Silva y Pedro Schüller integran un excelente equipo de Medicina Interna; Roberto Barahona (1942) inicia el Departamento de Anatomía Patológica.

Muchos de los nuevos médicos eran ayudantes en algún ramo básico y, como ya dije, traían el espíritu creativo infundido por los profesores Héctor y Raúl Croxatto, Joaquín Luco, Roberto Barahona, Fernando Huidobro, Luis Vargas, Cristóbal Espíldora y Rodolfo Rencoret.

En 1942 la Facultad crea el tercer año y en 1943 el cuarto; el recién creado Hospital del Corazón Misericordiosísimo de Jesús era el centro de la práctica clínica de los alumnos.

Ya en 1946 el hospital funcionaba con toda su capacidad de hospitalización, la tabla quirúrgica mostraba ocho a diez intervenciones por día, incluyendo algunas de cirugía mayor. Entre los cirujanos la separación por equipos de especialistas no era muy

marcada; todos participaban en diversos tipos de operaciones. En los primeros seis años la mayoría de las intervenciones se realizaban con anestesia local. Fue Arnaldo Marsano en 1948, después de un año en Boston, quien introdujo la anestesia general en el Hospital Clínico.

Al final de esta primera década de funcionamiento del hospital, la nómina de sus médicos había ascendido a treinta y cinco; catorce en Medicina, catorce en Cirugía, tres en Radiología, tres en el Laboratorio Clínico y un Anatómo-Patólogo.

La segunda década, la de los años cincuenta, se inicia con la conciencia de que el hospital se hacía estrecho para ubicar una Policlínica con gran atracción de pacientes, hospitalización para 128 pacientes en sala común y 26 pacientes de pensionado, pabellones quirúrgicos, laboratorios, servicios de Radiología y Anatomía Patológica, una Congregación religiosa interna y un importante grupo de auxiliares internas. Existía conciencia también de la necesidad de completar y ampliar la Escuela de Medicina y crear la Escuela de Enfermería, lo que necesariamente obligaría a la ampliación del Hospital Clínico. Esta expansión, además de la creciente actividad científica de los médicos, es lo que caracteriza su segunda década de vida.

Durante este período se hacen siete nuevas construcciones que, con el arriendo del edificio de Lira N° 50, en 1962, se aumentan a más del doble los 8.000 m² de construcción del hospital inicial.

Las construcciones de este período fueron las siguientes:

El edificio de la Comunidad de religiosas (iniciado en 1948 y terminado en 1950) al oriente del hospital, con 1.200 m² edificados. A este edificio se trasladaron la Comunidad de religiosas y el internado de auxiliares, que llegó a albergar a setenta y cinco internas. Este traslado dejó disponibles el primero y quinto piso del hospital, que fueron ocupados por Medicina y Cirugía de Tórax, respectivamente.

En 1950 se inició la construcción de la prolongación poniente del ala sur, actual Pensionado, con 3.000 m² edificados, que se inauguró el 4 de octubre de 1954. Varios médicos que trabajaban en el Hospital Clínico instalaron sus consultas en el subsuelo de esta nueva construcción (1955-1961).

En 1955 se inicia la construcción de la prolongación oriente del ala norte, actuales Maternidad, Neurocirugía y Recuperación, con 2.400 m² edificados que se habilitaron entre 1957 y 1960. En el subterráneo de este edificio se instalaron la Biblioteca de la Escuela de Medicina y las oficinas del Decanato. En el primer piso inició sus actividades en 1960 la Maternidad del Hospital Clínico, futuro Departamento de Obstetricia, Ginecología y Perinatología, bajo la dirección de Alfredo Pérez Sánchez. En el segundo piso se instaló en 1957 el Servicio de Neurocirugía, bajo la dirección de Juan Ricardo Olivares. En el tercer piso se habilitó, en 1957, el Servicio de Recuperación y Tratamiento Intensivo, bajo mi dirección. En el cuarto piso se instaló, en 1957, Traumatología, a cargo de Juan Fortune. El quinto piso fue ocupado por Medicina Interna, en compensación de las camas cedidas en el primer piso a la Maternidad.

En 1958 se transformó la terraza del quinto piso en salas de hospitalización de Medicina con 400 m² edificados.

En ese mismo año se construyó entre el edificio primitivo del hospital y el de la Comunidad de religiosas, a nivel subterráneo, la capilla y baptisterio con 150 m² de construcción.

En 1960 se construyó un 6° piso en el ala nororiental, con 400 m² de construcción, habilitándose para Cirugía de Tórax y Unidad Coronaria.

En 1961 se construyó al poniente del hospital, el auditorio Paracelso y las consultas médicas con recursos económicos de los médicos y con un convenio de concesión por diez años. Al cambiarse los médicos a sus nuevas oficinas, Anatomía Patológica se amplió ocupando todo el subsuelo del edificio del pensionado.

En 1971 los médicos hicieron donación del edificio de sus consultas a la Universidad y en él se instalaron las oficinas de la Dirección de la Facultad y Escuela.

Anticipándonos, en la tercera década comprobamos que en 1962 se arrienda el edificio de Lira 50, trasladando allí el Consultorio Externo y los Archivos Generales del hospital. Este edificio consta de tres pisos y un subterráneo con 800 m² de construcción. El traslado de la policlínica a este edificio disminuyó la aglomeración del primer piso del hospital, lugar en que hasta esa fecha funcionaba el Consultorio Externo y permitió instalar la oficina de la Dirección del Hospital y algunas oficinas de diagnóstico especializado.

A lo largo de esta segunda década se produce el ingreso de cerca de cuarenta médicos, en general recién egresados, atraídos por algunas de las especialidades existentes. Recordamos que en esta década ingresaron, entre otros, Edgardo Cruz, Juan Dubernet, Arturo Jarpa, Fernando Andrade, Julio Passi, Lorenzo Cubillos, Manuel Rodríguez, Jorge Mery, Alfredo Pérez, Cristián Vera, Ismael Mena, Antonio Arteaga, Juan Ignacio Monge, Mario Corrales, Mario Allende, Julio Acevedo, Mario Poblete, Javier Valdivieso, Vicente Valdivieso, Rodolfo Danitz, Arnaldo Ledesma, Víctor Mouat, Juan Arraztoa, Alejandro McCawley, Francisco Quesney, Alejandro Vásquez, Pablo Casanegra y Patricio Vela.

Sería imposible detallar los innumerables trabajos científicos realizados y publicados, tanto en Chile como en el extranjero, y las distinciones de sociedades científicas que recibieron varios de los equipos de trabajo que integraban el Hospital Clínico durante la década.

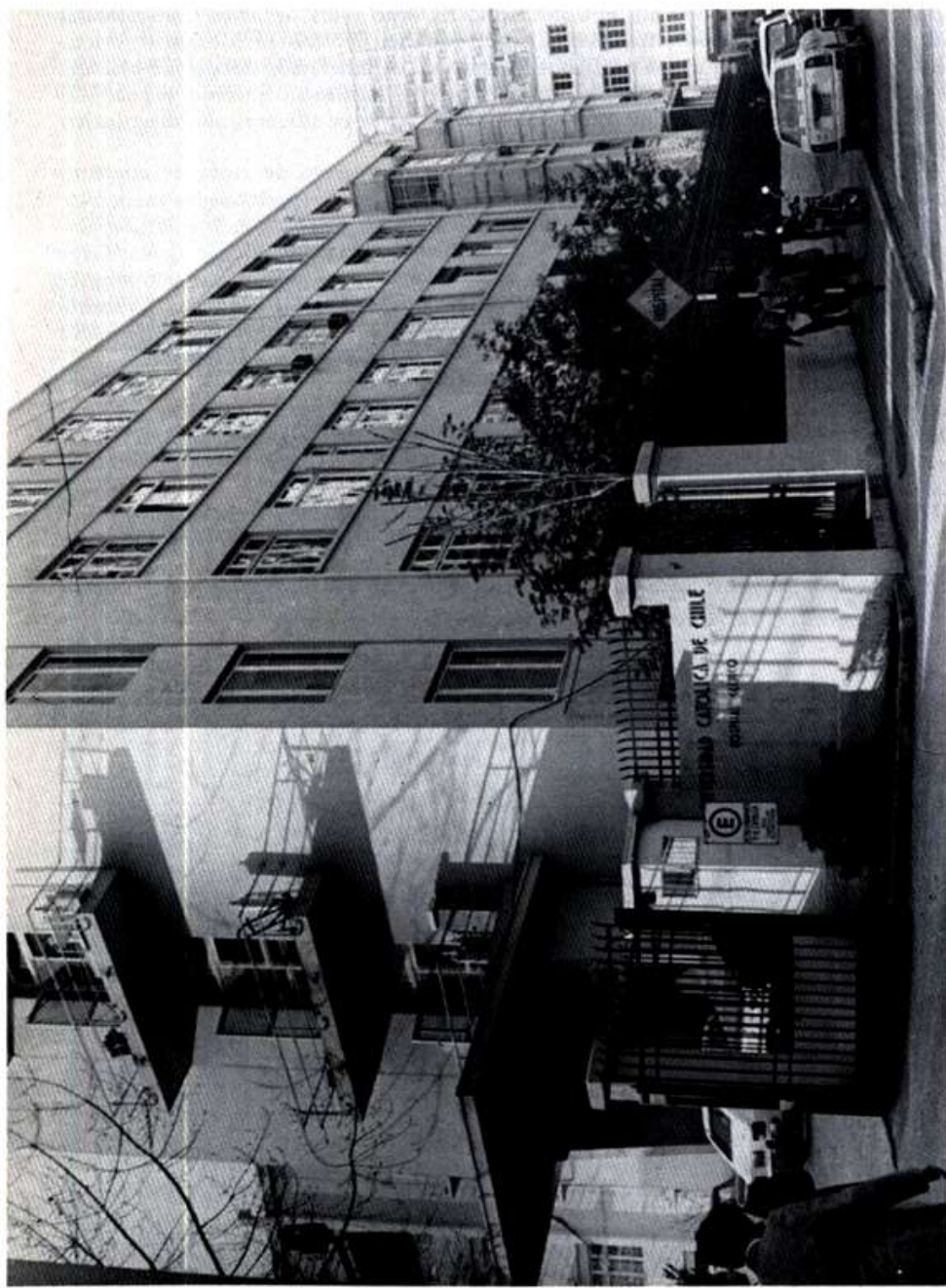
Entre las realizaciones más destacadas de esta segunda década mencionaremos:

La creación de la Escuela de Enfermería "Isidora Lyon Cousiño" en 1950. Su primera Directora fue la Dra. Alicia Padilla.

La Escuela fue entregada a la Congregación religiosa del "Amor Misericordioso", siendo su Superiora en ese período Sor Margarita María Benson.



Vista parcial de la Casa Central y del Hospital Clínico de la Universidad Católica de Chile. (Fotografía desde el Cerro Santa Lucía en julio de 1980.)



Vista parcial de la fachada del Hospital Clínico de la Universidad Católica de Chile (1980).

La creación de la residencia estable en el Hospital Clínico, en 1952, siendo los primeros residentes Lorenzo Cubillos, Jorge Mery, Alfredo Pérez y Juan Ignacio Monge. Con anterioridad la atención de Residencia estaba encomendada a los Drs. Max Müller y Juan Fortune.

La creación del Servicio de Recuperación y Tratamiento Intensivo en 1952 que tuvo la oportunidad de dirigir.

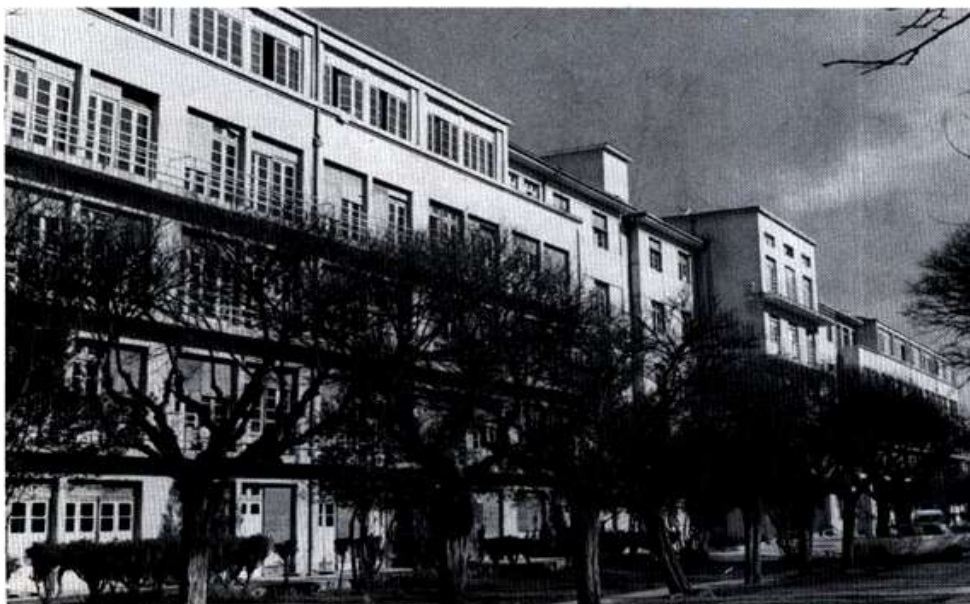
La estructuración de la Farmacia del Hospital Clínico que dirigió en 1955 don José Catalán. En ese mismo año se inició la actividad del Centro de Electroencefalografía a cargo de Cristián Vera.

Al año siguiente ingresan las primeras enfermeras tituladas en la Escuela de Enfermería de nuestra Universidad, señoritas Juana Cartagena y Susana Mery. Dos años después (1958) inicia su actividad el Laboratorio de Hematología a cargo de Alejandro Vásquez.

El 4 de octubre de 1960 se crea la Maternidad bajo la dirección de Alfredo Pérez Sánchez.

Estas realizaciones conformaron un hospital casi totalmente integrado que permitía la práctica de intervenciones quirúrgicas de gran envergadura y la consolidación de centros médico-quirúrgicos, de decisiva importancia nacional, tales como: el Servicio de Cirugía de Tórax que permitía intervenciones en "corazón cerrado" y, muy poco después, a "corazón abierto" con circulación extracorpórea (1961); el Servicio de Neurocirugía y el ingreso al Servicio de Recuperación de pacientes cuya gravedad requería de procedimientos de cuidado intensivo aún difícil de obtener en otros centros hospitalarios de Santiago, como eran, aquellos con insuficiencia renal aguda que necesitaban de diálisis peritoneal o gástrica, con insuficiencia respiratoria grave, angiolitis aguda u otros cuadros de extrema gravedad que se acompañaban de sepsis o trastornos hidroelectrolíticos gravísimos.

El 4 de octubre de 1960 se inició el consultorio externo prenatal bajo la dirección de Alfredo Pérez Sánchez, y el 1º de febrero de 1961 se atendió el primer parto; con la



Vista parcial de la fachada norte del Hospital "Sótero del Río" (1980).

Maternidad en funciones el hospital establece una atención de urgencia permanente derivada de la "vorágine obstétrica". Como anécdota recuerdo que fue necesario un "portero nochera", y que Luis Gutiérrez, "el Lucho", ha llegado a ser, desde entonces, una verdadera institución en la vida nocturna del hospital.

El 30 de mayo de 1957 el Hospital Clínico y la Universidad entera lamentan el sensible fallecimiento de nuestro amado Rector don Carlos Casanueva. Tras una larga enfermedad fallece en una pieza contigua a la antigua capilla del quinto piso de su querido Hospital del Corazón Misericordiosísimo de Jesús.

La tercera década, la de los años sesenta, auguraba un período de tranquilidad y disminución de la estrechez física y económica. Se habían ampliado tanto la superficie del hospital, como los aportes económicos: "La Chilena Consolidada" continuaba ayudando a Traumatología; don Carlos A. Vial E. hizo una importante donación para iniciar la Maternidad, la Fundación Gildemeister continuó su ayuda a los Servicios de Cirugía de Tórax, Respiratorio y Neurocirugía.

Un conjunto de más de setenta médicos permitió formar excelentes equipos de trabajo que con los residentes-becados que en este período iniciaban un programa organizado de docencia clínica de postgrado confirieron al hospital una categoría de excelencia.

En esta década se organizan los servicios de Colaboración Médica. La presencia de pacientes cada vez más graves y de intervenciones quirúrgicas cada vez mayores, determinaron la necesidad de crear laboratorios especializados y el Servicio de Kinesioterapia (1967), que fue organizado por el kinesiólogo Raúl Valdés.

En 1967 se retira la Congregación de religiosas, siendo reemplazados sus servicios por enfermeras universitarias. Se crea así el Servicio de Enfermería del Hospital Clínico, cuya primera directora fue Sonia Garrido.

Ese mismo año se crea el Servicio de Tecnología Médica por la creciente demanda de estos profesionales. Los tecnólogos médicos se integraron a los siguientes laboratorios: Medicina Nuclear (1962), Respiratorio (1963), Urgencia (1964), Endocrinología, Obstetricia y Ginecología, Citología (1967), como también a los departamentos de Radiología y Anatomía Patológica, al Laboratorio Central y al Banco de Sangre.

Ese mismo año 1967, se creó también el Servicio de Nutrición, a cargo de Inés Núñez.

En 1968 se creó el Servicio de Mantención General a cargo de Mario Aguirre, y en 1969 la Sección Ropería, a cargo de la señora María Villarreal; en ese mismo año se reestructuró el Servicio de Estadística, ahora bajo la dirección de Juana Pino, y el Servicio de Asistencia Social, como siempre a cargo de Isabel Fernández.

Mil novecientos sesenta y siete fue un año de estructuración y reorganización interna muy fructífero.

Como en 1963 se duplicó la matrícula de alumnos, en 1967 el hospital volvía a hacerse estrecho. Como solución parcial a este problema, la Facultad estableció un convenio docente asistencial con el Servicio Nacional de Salud para ampliar su campo clínico al Hospital Trudeau, convenio que sólo duró un año. En 1967 se estableció un convenio similar, ahora con el ex Sanatorio El Peral, que pasó a llamarse "Hospital Sótero del Río", y que persiste hasta hoy. Aunque éste no sea el lugar adecuado por tratarse de una reseña histórica del Hospital Clínico, queremos enfatizar la importancia que para nuestra enseñanza de pre y postgrado ha constituido el campo clínico del Hospital Sótero del Río.

En 1967 se hace presente en nuestra Universidad el movimiento que propicia la "Reforma Universitaria", lo que produjo mucho deterioro en la actividad de otros establecimientos hospitalarios del país conectados con las respectivas Universidades; sin

embargo, el quehacer del Hospital Clínico de la Universidad Católica, aunque algo se resintió, no se alteró; los médicos, los estudiantes y el personal en general dieron muestra de su compromiso en preservar el espíritu que don Carlos Casanueva trató de inculcar a esta Escuela de Medicina y, por lo tanto, no hubo violencia sino esfuerzo doblegado y sacrificio, en cuanto a que la atención no sufriera merma, de todos los horarios de reposo del personal médico y paramédico.

El 26 de julio de 1968 una pena grande invade al hospital. Fallece su creador, el hombre que fue su motor principal durante dos décadas y media, don Rodolfo Rencoret Donoso. Todos sienten y lloran al Decano, Director del Hospital, académico, profesor, maestro, eximio cirujano, médico ejemplar y gran amigo.

En 1968 el Hospital Clínico estaba estructurado de la siguiente manera:

Anatomía Patológica	subsuelo, ala sur
Obstetricia-Maternidad	primer piso, ala norte
Dirección Hospital-Farmacia	primer piso, ala sur
Radiología	segundo piso, ala sur
Neurocirugía	segundo piso, ala nueva (norte)
Cirugía	segundo y tercer piso, ala norte
Pabellones Quirúrgicos	tercer piso, ala sur
Recuperación y Tratamiento	
Intensivo	tercer piso, ala nueva (norte)
Traumatología	cuarto piso, ala nueva (norte)
Medicina	cuarto y quinto piso, ala norte
Cirugía de Tórax	sexto piso

En 1969 el Servicio de Traumatología es trasladado al Hospital Sótero del Río (véase reseña de la Traumatología).

Durante esta década (1961-1970) ingresaron al Hospital Clínico los siguientes médicos: José Espinoza, Viterbo González, Jacques Thénot, Gustavo Gormaz, Arnaldo



Vista aérea panorámica de los Hospitales "Sótero del Río" y "Josefina Martínez de Ferrari" y su contorno (circa 1978).

Foradori, Ricardo Ferretti, Gustavo Maturana, Manuel Carrasco, Benedicto Chuaqui, Jorge Méndez, Germán Massa, Jorge Urzúa, Ignacio Duarte, Pedro Martínez, Luis Martínez, Carmen Lisboa, Atilio Vaccarezza, Santiago Soto, Ramón Corvalán, Eugenio Marchant, Jorge Tocornal, Mario Álvarez, Sergio Morán, Gloria Valdés, Hermann Rosenberg, Héctor Croxatto y Sergio Rosati.

Entre los hechos más destacados de esta década mencionaremos:

- 1961, se inicia el funcionamiento de la Maternidad. Dr. Alfredo Pérez.
- 1961, se crea el Laboratorio de Medicina Nuclear. Dr. Ismael Mena.
- 1963, inicia su actividad el Laboratorio Respiratorio. Dr. Ricardo Ferretti.
- 1964, se crea el Laboratorio de Recuperación y Urgencia. Dr. Waldemar Badía.
- 1966, inicia su actividad el Laboratorio de Citología. Dr. Alfredo Pérez.
- 1969, inicia su actividad la Sala de Diálisis Externa (Riñón Artificial). Dr. Atilio Vaccarezza.
- 1969, se instala la Sala de Tratamiento Intensivo Respiratorio (TIR). Dr. Ricardo Ferretti.

La cuarta década, la de los años 70, empieza con los agitados tres años de la Unidad Popular. El trabajo hospitalario se vio afectado, como todo el país, aunque no interrumpido, salvo en tres oportunidades: al final del régimen, cuando hubo una toma de la Universidad por las brigadas “Ramona Parra” y por dos huelgas de protesta, que incluyeron a los médicos, durante las cuales se redujo el trabajo a lo estrictamente necesario.

Sin embargo, durante toda esta década el crecimiento de los múltiples grupos de trabajo, Laboratorios, Servicios y Departamentos continuó a todo vapor, con una



Vista parcial de la fachada poniente del "Centro de Diagnóstico" dependiente del Hospital Clínico de la Escuela de Medicina, en el Campus San Joaquín (julio de 1980, antes de su inauguración).

verdadera obsesión de eficiencia, de producción científica y de espíritu creativo. Este crecimiento llegó a ser enorme y, en momentos, casi incoordinado. Las autoridades pensaron que había llegado el momento de encauzar y conducir el espíritu creativo hacia un crecimiento armónico acorde con las necesidades y posibilidades de la Universidad. Nace así la departamentalización de la Escuela de Medicina, sobre la cual se habla "in extenso" en otro lugar, y que influyeron directamente en el trabajo del Hospital Clínico.

Esta departamentalización no consideró un Departamento de Cirugía, lo cual produjo malestar entre muchos docentes, especialmente los cirujanos. Desgraciadamente las diferencias sobre este punto entre un grupo de cirujanos y la Dirección de la Escuela se fueron acentuando, concluyendo con la renuncia de un grupo de eminentes cirujanos, entre los cuales se contaban tres de los fundadores del Hospital. Esto ocurrió en febrero de 1975. Al año siguiente hubo nuevamente roces entre la Facultad y un grupo de radiólogos. No se llegó a un entendimiento y la mayoría de los miembros académicos del departamento renunció; otros que estaban en el extranjero han vuelto, pero como visitantes.

Sin juzgar la causa ni el desenlace de estos episodios, creo poder afirmar, como hecho histórico, que la salida de ambos grupos de médicos fue sentida con profunda pesadumbre por toda la Facultad, ya que todos, en especial Hugo Salvestrini, habían sido pioneros en el desarrollo de nuestro hospital.

Especialmente después de la departamentalización se vio que era necesario hacer algunas nuevas ampliaciones, remodelaciones y traslados con el objeto de dar a cada departamento una sede estable.

En 1971 se instala la Central de Esterilización en el subterráneo norponiente, desocupándose el área respectiva en el tercer piso, donde se creó, en 1978, un sexto pabellón quirúrgico.

En ese mismo año se trasladaron el Decanato y Dirección de la Escuela al edificio construido diez años antes por los médicos para sus consultas. Los médicos trasladaron sus consultas a Marcoleta 377.

En 1972 se habilitan los laboratorios de Nefrología, Nutrición y Gastroenterología en el lugar que desocupara el decanato en el subsuelo de una parte del ala norte del hospital. En 1973 se hace la ampliación del subterráneo del ala norte, instalándose el casino con autoservicio y vestuarios para el personal, además de la central telefónica. En 1977 se hacen numerosas remodelaciones en el edificio que antes ocupara la Comunidad religiosa previo traslado de las oficinas administrativas a locales en una torre de la remodelación San Borja, donde se acomodaron. Además, se habilitan dos bodegas en el subterráneo de la misma torre.

En 1978 se entregan oficialmente las siguientes remodelaciones del hospital y del edificio anexo:

En el edificio C (ex Comunidad de religiosas):

- subsuelo, Laboratorio Hematología;
- primer piso, Laboratorio Clínico;
- segundo piso, Banco de Sangre;
- tercer piso, Auditorio John O'Shea, Sala Autoinstrucción, Departamento de Obstetricia, Ginecología y Perinatología, Laboratorio de Citología, Laboratorio de Endocrinología obstétrica y oficinas Departamento Obstetricia, Ginecología y Perinatología.

En el edificio del Hospital Clínico:

- subsuelo, Laboratorios Gastroenterología, Nefrología y Nutrición; Departamento Cardiología; Farmacia y ampliación del Departamento de Anatomía Patológica hacia el oriente.
- primer piso, en el ala sur, en la ubicación de la antigua farmacia, se instalan las oficinas de recaudación. Remodelación del área de pabellones de la Maternidad y ampliación y remodelación de la Unidad de Neonatología. Departamento de Medicina en

el ala norte del hospital. Laboratorios de Endocrinología, Reumatología, Respiratorio y Parasitología en construcciones remodeladas al lado poniente del hospital.

- tercer piso, ampliación pabellón quirúrgico y construcción pabellón N° 6.
- sexto piso, remodelación 6° piso Cirugía de Tórax.

Al finalizar esta década el número de médicos del hospital es de alrededor de 100, distribuidos en Medicina: 39; Cirugía: 37, Obstetricia y Ginecología: 11, Radiología: 6, Anatomía Patológica: 5 y Laboratorio Clínico: 2.

Durante estos diez años ingresan al hospital 37 médicos y se retiran 32. Los médicos que ingresan son los siguientes: Emilio Leontic, Héctor Lacassie, Pablo Lira, Sergio Jacobelli, Osvaldo Llanos, José Manuel López, José de la Fuente, Odette Farrú, Sergio Guzmán, Alberto Maiz, Samuel Torregrosa, Luigi Accatino, Carmen Covarrubias, Flavio Nervi, Ramón Baeza, Diego Mezzano, Francisco Montiel, Gabriel Prat, Sergio del Villar, Patricio Tagle, José Luis Tapia, Gonzalo Torrealba, Enrique Donoso, Jorge Dagnino, Gustavo Chamorro, Albert Krämer, Manuel José Yrarrázaval, Marco A. Soza, Patricio Barriga, Patricio Ventura, Enrique Schnaidt, Hernán González, Gabriela Juez, Verónica Lepe, Isidro Huete, Alfredo Lepe, Jaime Vidal, Conrad Simpfendorfer, Ricardo Gazitúa, Julio Pertuzé y Francisco Cruz. Además, habría que agregar catorce o quince médicos que, parcial o totalmente, se integraron al Hospital Sótero del Río.

Los médicos que se retiraron fueron los siguientes: Germán Massa, Sergio Mandiola, Gustavo Frindt, Juan González, Pablo Atria, Hugo Salvestrini, Alberto Lucchini, Arnaldo Marsano, Fernando Andrade, Gloria Zenteno, Eduardo Larraín, Mario Bravo, Javier Valdivieso, Arturo Ebensperger, Lionel Gómez, Jorge Gumucio, Mario Meyerholz, Mario Corrales, Alexander McCawley, Alfonso Montes, Federico Reiter, Guillermo Geisse, Héctor Lacassie, Juan Carlos Kase, Ismael Mena, Roberto Tapia, Raúl Domínguez, Pedro Schüller y José Espinoza.

Al igual que la década anterior, los cientos de trabajos científicos, cursos, congresos, etc., hacen imposible detallar las realizaciones de esta década. Sólo diremos que el tremendo aporte científico originado en el Hospital Clínico de la Universidad Católica lo han colocado en un lugar de vanguardia en la Medicina chilena.

No quiero terminar esta crónica sin recordar a quienes han ocupado el cargo de Director del Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile:

1940 – 1955	Rodolfo Rencoret
1955 – 1960	Alberto Lucchini
1960 – 1962	Francisco Quesney
1962 – 1964	Manuel Bobenrieth
1964 – 1966	Marcos Donoso
1966 – 1968	Manuel Bobenrieth
1968 – 1970	Javier Valdivieso
1970 – 1979	Pedro Schüller
1979 – 1980	Octavio Schneider
1980 –	Osvaldo Llanos

Todos y cada uno de ellos dieron lo mejor de sí para hacer de este hospital un centro docente asistencial de primer orden. En cada uno de los períodos señalados se avanzó y se progresó. No obstante, quisiéramos destacar dos nombres (el de don Rodolfo Rencoret ya ha sido destacado en varias otras partes de este libro): Manuel Bobenrieth y Pedro Schüller. El primero inició la transformación del hospital pequeño, tranquilo, silencioso en un centro docente asistencial moderno y pujante. El segundo, en sus nueve años en el cargo, ayudó a la consolidación definitiva de su organización.

Han colaborado con los directores médicos del hospital tres subdirectores administrativos: Waldo Farías (1968-1970), Mario Marín (1970-1972) y Raúl Romero desde 1972 hasta hoy.

Quiero destacar en estas líneas a Ventura Varela, quien desde el cargo de administrador del hospital colaboró en forma muy eficiente en la marcha del hospital desde fines de la década del cincuenta hasta 1968.

En este año de 1980 la Facultad de Medicina cumple cincuenta años. Como coincidencia, el Hospital Clínico cuarenta, la Escuela de Enfermería cumple treinta y el Departamento de Obstetricia, Ginecología y Perinatología (Maternidad) veinte años.

En estos cuarenta años el Hospital Clínico del Corazón Misericordiosísimo de Jesús ha llegado a su completa madurez, completando un ciclo. Este año se inicia uno nuevo con la inauguración del "Centro de Diagnóstico" en el Campus San Joaquín, que, al igual que nuestro hospital de Marcoleta, se iniciara como Policlínica, pero a diferencia de éste, no sólo tendrá "ocho escritorios, ocho sillas y ocho camillas", sino completos y modernos laboratorios que esperamos constituyan otro aporte a nuestra comunidad, como lo ha sido el hospital de Marcoleta.

**LAS RELIGIOSAS DE MALLINCKRODT
EN EL HOSPITAL CLINICO
DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA DE CHILE**

Lorenzo Cubillos O.

C UANDO celebramos las Bodas de Oro de nuestra Facultad de Medicina y rememoramos el pasado, surge el cálido y luminoso recuerdo de las Religiosas Enfermeras de la Congregación alemana de la Caridad Cristiana, que por cinco lustros contribuyeron generosamente a la creación y desarrollo del Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile confiriéndole un sello de distinción espiritual y de alto prestigio por la eficiencia y calidad de su atención.

Dicha Congregación, más conocida en Chile como de la Inmaculada Concepción, fue fundada en Paderborn, Alemania, por la Reverenda Madre Paulina von Mallinckrodt, en 1849. La Madre Paulina, hoy reconocida por la Iglesia como Sierva de Dios, orientó su vocación de Servicio al Señor en la persona de los enfermos, ciegos y desvalidos. Respondiendo con visión profética a los problemas planteados por la enseñanza laica de la época, promovió la apertura de Colegios Cristianos en Alemania, línea pedagógica que ha desarrollado y caracterizado a la Congregación en Europa y América. Sin embargo, la línea hospitalaria no quedó rezagada, de lo cual son exponentes de Religiosas Enfermeras, que trabajan en los modernos hospitales de la Divina Providencia y del Espíritu Santo del estado de Pennsylvania, en Estados Unidos de Norteamérica. En Chile han trabajado por muchos años y continúan prestando servicio en los Hospitales de Linares, desde 1885; de Cauquenes, desde 1886; de Angol, desde 1884; de Ancud, desde 1875 y de Puerto Varas, desde 1909. El nexo con nuestro hospital se remonta a una fecha próxima al 18 de octubre de 1937, en que el Excelentísimo señor Nuncio Apostólico de Su Santidad, Monseñor Ettore Felice, bendijo la primera piedra del "Hospital del Corazón Misericordiosísimo de Jesús" que el Rector de entonces, Monseñor Carlos Casanueva, concibió con dos objetivos muy claros: ofrecer atención gratuita a los sacerdotes ancianos, religiosos y enfermos pobres, y dar la oportunidad de práctica clínica a los alumnos de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de Chile. Desde entonces, don Carlos entró en conversaciones con la Superiora Provincial de la Congregación, Reverenda Madre Clarísima Ackermann, para que dichas religiosas se hiciesen cargo del hospital. "La escasez de personal de la Congregación en esta provincia impidió inicialmente que se satisficiera el deseo del dignísimo señor Rector". Sin embargo, don Carlos, con la porfía que le era característica, insistió en la solicitud. A fines de 1938, cuando volvió de Alemania la Reverenda Madre Clarísima, la acompañaron algunas Hermanas especializadas en la atención de enfermos, a quienes les faltaba algo de práctica y experiencia para lo cual fueron enviadas a diferentes hospitales nacionales. "Finalmente Monseñor Casanueva había conseguido su objetivo". A comienzos de diciembre de 1939 llegaron las tres primeras religiosas al hospital para los trabajos preparatorios de la instalación de la Comunidad Religiosa. La clausura funcionó inicialmente en el quinto piso del hospital. El 7 de enero de 1940, el Santísimo Sacramento ocupó el tabernáculo de la capilla de las

Kurzer Bericht der Gründung
bzw. Übernahme der Klinik der Katholischen
Universität in Santiago im Jahre 1939.

Der hochwürdigste Herr Carlos Casanueva, Rektor der Katholischen Universität zu Santiago, hatte im Laufe des letzten Jahres wiederholt bei der H. Provinzialoberin, Mutter Clarissima, die Bitte ausgedrückt, sein Vikariat in der Congregation für das mit der Universität verbundene Hospital-Clinico zu überlassen. Der Zweck dieses Antrags ist ein gewisses: zunächst sollen alte kranke Priester, Ordensleute und andere Kranke innotgaltlich dort versorgt werden; ferner den Wachtinspektoren der Katholischen Universität Gelegenheit gegeben werden, im Hospital zu praktizieren. - Leider mußte das Personal mangel in der jetzigen Provinz als bisher unmöglich, dem Wunsch des hochwürdigsten Herrn zu willfahren. Als nun Ende des Jahres 1938 Mutter Clarissima von Deutschland zurückkehrte, begleiteten sie einige Vikarinnen, die sich für die Krankenpflege wohl eigneten, in der Übung und der Eiferung sehr bewährten. Dieselben würden nun in das erwähnte Hospital gesandt, um sich nach ihrer Eignung auszuzeichnen.

Endlich nun hatte Monsignor Casanueva sein Ziel erreicht. Anfangs Dezember 1939 kamen die 3 ersten Vikarinnen zur Klinik, für die nun eine arbeitsreiche Zeit begann; galt es doch, die Defizienz für die Vikarinnen einzurufen. Der Bischof von Santiago wußte sofort, dass Herr Casanueva ließ den Vikarinnen wohl Freiräume in der Einrichtung des Hospitals und ließ sich dazu bei, so für die notwendigen Vorfälle zu sorgen. Am 1. Januar 1940 brachte es in dem Bischof das H. Oberhaupt der Kirche, das sein Leben zu widmen.

Breve informe sobre la fundación y puesta en marcha del Hospital Clínico de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1939. (Redactado por las Religiosas alemanas de la Inmaculada Concepción.) Fragmento.

religiosas, en un lugar que hoy es dependencia del Servicio de Medicina, Sección Mujeres. "En estas circunstancias vivieron bajo el mismo techo con El y tomaron generosamente las difíciles tareas relacionadas con su profesión". En 1940 la primera Comunidad estuvo integrada por seis religiosas: Reverenda Madre Facundina Schmidts, Superiora; Sor Cosma Schultenbrauks, Asistente y Enfermera, Sor Antonilda Willeke, Farmacia; Sor Sara Lira, Estadística; Sor Reinholdis Schulte, Enfermera y Sor Adrianis Götte, Dietista. "El 18 de octubre de 1940 tuvo lugar la fiesta de apertura del Policlínico. Inicialmente entró en actividad sólo el Servicio de Cirugía".

Por las contingencias de la Segunda Guerra Mundial no fue posible adquirir los equipos necesarios para poner en marcha la hospitalización de enfermos.

La Comunidad Religiosa residente en el hospital dio un maravilloso ejemplo de abnegado servicio. No sólo velaba por el bienestar físico de los enfermos, sino también ejercía su apostolado fomentando la vida espiritual, sacramental y prácticas piadosas de los pacientes y del personal interno de auxiliares de enfermería y servicio. La Santa Misa matinal, el reparto de la Sagrada Comunión a los enfermos, la adoración del Santísimo Sacramento, el rezo del Santo Rosario y del Mes de María en la sala, la procesión de Corpus Christi con participación de todo el equipo de salud del hospital, fueron entre otras, costante expresión de fe, viva y ardiente que impactaron nuestra alma y grabaron un recuerdo indeleble de esa bella época: todos nos sentíamos miembros de una familia muy unida en el amor de Cristo. Max Müller, primer médico residente del hospital, relata esta vivencia "la vida era agradable y reinaba un ambiente de sana moralidad y corrección; ellas, actuaban por presencia ante médicos, auxiliares y enfermos". Externamente, el hospital brillaba por su pulcritud y limpieza. Max Müller continúa "convendría destacar el orden, el aseo y el cuidado esmerado, que había en todas partes, pues la Madre Superiora andaba con ojos de lince advirtiendo cualquier irregularidad, con un trapo en la mano y en ocasiones, ella misma trapeando o limpiando paredes". Además, las religiosas, como buenas alemanas, tenían gran sentido del orden y de la economía; Müller nos recuerda: "las Madres tenían todo bajo llave; no se entregaba una sábana sin recibir la otra. Los armarios de ropa eran de un orden estricto. Las jeringas se guardaban en sus diversas partes para reemplazar las partes quebradas. Las sábanas gastadas se transformaban en vendas". Las Religiosas Enfermeras se entregaban a sus tareas sin límite horario y percibían una remuneración increíblemente baja, que en 1952 era de dos mil pesos mensuales para cada una de ellas y tres mil para la Madre Superiora, este sueldo apenas alcanzaba para un par de zapatos. Realmente ¡trabajaban por amor a Dios! Sin embargo, debo aclarar que muchos médicos laboraban en condiciones similares de sueldo con igual entusiasmo, ¡era el espíritu de esa época rebozante de idealismo!

La Comunidad, en sus mejores tiempos, alcanzó a contar con veintiséis religiosas, la mayoría alemanas y una minoría de chilenas, todas con gran vocación de servicio. Las primeras eran oriundas principalmente de Westfalia y tenían las características de la gente de esa región germana: trabajadoras, perseverantes y piadosas. Ante la imposibilidad material de evocar en este documento a cada una de ellas, me limitaré sólo a los miembros de la primera Comunidad Religiosa, a Sor Yolanda Guzmán y, a modo de reconocimiento, entregar la nómina de "monjitas" que integraba la Comunidad de este hospital en 1954.

Reverenda Madre Facundina Schmidts: pionera en la formación del Hospital Clínico, fue la primera Superiora de la Comunidad Religiosa que se hizo cargo de este nosocomio, función que desempeñó con gran acierto y entusiasmo. En agosto de 1945, cuando las autoridades superiores de la Congregación quisieron relevar del cargo a la Madre Facundina, veinticinco médicos le escribieron a la Provinciala, Reverenda Madre Theodota Scherpel en los siguientes términos: "la feliz marcha ascendente del hospital en el camino de progreso y el entusiasmo y abnegación para el trabajo, tienen su explicación en el ejemplo de las bondadosas religiosas y en especial el de su digna Superiora, que con su trabajo tesonero, sentido humanitario e inteligencia ha sabido captar el respeto y admiración nuestros". La solicitud tuvo acogida y la Madre Facundina permaneció hasta 1948 y fue reemplazada por la Reverenda Madre Alberta Wilhelmer (1949-1951).



A



B



C



D

A. Grupo de religiosas de la Comunidad del Hospital Clínico de la Universidad Católica (1961). De izquierda a derecha: Sor Meliana Schulte, Sor Eliana Schledde, Sor Camila Matheoschat, Sor Gisela Schumann, Sor Hilmar Schimmelpfennig, Sor Reinholdis Schulte y Sor Ricarda Engelbrechter.

B. Sor Cosma Schultebracks, "alma" del Laboratorio Clínico del Hospital de la Universidad Católica de Chile.

C. Sor Gisela Schumann, recordada Enfermera del Quirófano del Hospital Clínico de la Universidad Católica. Actualmente trabaja en el Hospital de Ancud.

D. Sor Ricarda Engelbrechter, prototipo de "Ángel de Bondad"; dedicó muchos años de su vida al Pensionado del Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Falleció el 8 de agosto de 1980 en Paderborn, Alemania.



Sor Antonilda en su labor en la farmacia del Hospital Clínico.

Nuevamente la Madre Facundina fue Superiora de la Comunidad hospitalaria entre 1952 y 1954 y más tarde reemplazada definitivamente por la Reverenda Madre Genovefa Rampel, que desempeñó el cargo de Superiora desde 1955 hasta 1965. La Madre Facundina continuó trabajando en el Hospital de Puerto Varas. Fue en esta ciudad de Llanquihue, el 17 de julio de 1960, donde el Supremo Gobierno de Chile, en reconocimiento a los servicios distinguidos prestados por ella a nuestro país, en el área de la salud, la condecoró con la Medalla de Honor de don Bernardo O'Higgins. En su ancianidad pasó a la Casa de San José de su Congregación, en Santiago, donde en 1970 celebró sus sesenta años de vida religiosa. Falleció el 25 de abril de 1973.

Sor Cosma Schultebrauks: auténtica dama, de inteligencia clara, espíritu optimista, de gran inquietud científica y renovadora y permanente actitud de servicio. Colaboró con Raúl Croxatto y contribuyó a la organización, desarrollo, perfeccionamiento y a crear el sólido prestigio del Laboratorio Clínico del Hospital. Raúl Croxatto aquilató realmente su valor y la consideró siempre "su brazo derecho". Después de servir veinticinco años en nuestra institución, en 1966 fue trasladada al Hospital de Angol, donde rápidamente organizó el Laboratorio Clínico. Actualmente colabora en actividad pastoral en el Hospital de Attendorn de Alemania. Sor Antonilda Willeke: religiosa de espíritu introvertido, tranquilo y de mucha vida interior; sirvió con nivel de excelencia y abnegación durante veinticinco años la farmacia de nuestro hospital. Trabaja actualmente en el mismo cargo, en el Hospital de Puerto Varas.

Sor Reinholdis Schulte: fue la más joven de las fundadoras. Trabajó con mucho entusiasmo y prestancia en Cirugía Menor del hospital desde 1940 a 1950. Cuando se creó el Departamento de Cirugía Torácica colaboró con eficiencia, abnegación y lealtad con Hugo Salvestrini desde 1951 hasta 1962. Actualmente es Superiora de la Casa de Religiosos Ancianos de San José.

Sor Yolanda González: joven religiosa chilena, enfermera del Pabellón de Operaciones desde 1946 a 1952. Se caracterizó por su gran bondad y dedicación al trabajo, hechos que me impresionaron cuando, como alumno, entré por primera vez al

UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Santiago, 27 de Marzo de 1941.

Rvda. Madre

Facundina, Superiora de la Comunidad de María
Inmaculada del Hospital Clínico.

Presente.-

Muy Rvda. Madre:

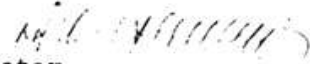
Tengo el agrado de comunicar a su Rva. el acuerdo tomando por el Consejo Superior de nuestra Universidad en su última sesión, después de la cuenta dada por el suscrito sobre la organización y atención del Policlínico en los cuatro meses que ha funcionado a cargo de S.Rva. y de su Comunidad.

Por unanimidad me pidió el Consejo transmitirle su especial agradecimiento y gratitud por la abnegación con que todas las religiosas se han consagrado a la atención del Policlínico y de los enfermos que acuden a él, todos los cuales reconocen y agradecen sin reservas la eficiencia de los servicios y alaban el ejemplar espíritu de caridad con que se les atiende por todos, y particularmente por las hermanas.

En la misma sesión el Consejo acordó autorizar la apertura del Hospital, con 80 camas, por ahora, autorizando todos los gastos que sean necesarios para servir debidamente este número de hospitalizados.

Al poner en conocimiento de S.Rva. estos acuerdos de nuestro Consejo que revelan su absoluta confianza y su gratitud sin límites por la labor de la Comunidad, no puedo menos de pedir a Dios Nuestro Señor conceda a nuestro Hospital la gracia especial de conservarle siempre a tan santas y ejemplares religiosas como las que ahora están al digno encargo de su Reverencia.

Reiterándole mis sentimientos de la mas alta consideración y aprecio, quedo de S.Rva. Affmo. y S.S. y Cap.


Rector
de la Universidad Católica
de Chile.

quirófano, en 1947. Sor Yolanda no era de salud fuerte y adquirió una enfermedad consuntiva, que la obligó a interrumpir sus actividades por cinco años. En 1958 volvió al hospital, pero, por su salud precaria, no pudo reintegrarse al quirófano, que era su sueño. Trabajó en la vigilancia de la costura hasta 1961, pero nuevamente se agravó, falleciendo a temprana edad. En su persona, rindiendo un sincero homenaje a todas las religiosas chilenas que en el rigor de la escuela alemana de la responsabilidad y el sacrificio ofrendaron sus vidas al servicio de los pacientes de nuestro hospital.

La labor de las religiosas en el Hospital Clínico fue siempre reconocida, tanto por las autoridades universitarias como médicas. De ello dan testimonio algunos documentos:

— carta dirigida a la Reverenda Madre Facundina, Superiora de la Comunidad, del Rector de la Universidad Católica, Monseñor Carlos Casanueva, con motivo de la evaluación de la actividad de las religiosas en el policlínico, durante los cuatro meses iniciales (27 de marzo de 1941): “por unanimidad me pidió el Consejo Superior de la Universidad transmitirle su especial agradecimiento y gratitud por la abnegación con que todas las religiosas se han consagrado a la atención del policlínico y de los enfermos que acuden a él; todos los cuales reconocen y agradecen sin reserva la eficiencia de los servicios y alaban el ejemplar espíritu de caridad con que se les atiende por todos y particularmente por las Hermanas”.

En el mismo documento, al comunicarle la apertura del hospital (80 camas), le decía: “al poner en conocimiento de Su Reverencia estos acuerdos de nuestro Consejo que revelan su absoluta confianza y su gratitud sin límite por la labor de la Comunidad, no puedo menos de pedir a Dios, Nuestro Señor, conceda a nuestro hospital la gracia especial de conservarle siempre a tan santas y ejemplares religiosas, como las que ahora están al digno encargo de Su Reverencia”.

— Memoria del Director del hospital, Alberto Lucchini, presentada el 2 de enero de 1960 al excelentísimo señor Rector, sobre la marcha del hospital en el período 1955-1959. Al referirse a las relaciones con la Comunidad Religiosa, manifestaba: “no hay duda que gran parte del prestigio, orden, disciplina y apoyo espiritual de los enfermos y del personal inferior, es debido a la labor de nuestra Comunidad. Les ha tocado la etapa más dura de la organización del hospital, en los primeros años de su desarrollo. Sólo cabe para ellas una sincera y profunda gratitud de parte de la dirección, ya que las dificultades fueron siempre solucionadas por su espíritu de humildad cristiana”.

— Carta del Rector de la Universidad Católica, Monseñor Alfredo Silva Santiago, dirigida a la Reverenda Madre Theodora Klenner, Superiora Provincial de la Congregación con motivo del anuncio del retiro de las Hermanas del Hospital (21 de junio de 1965): “Ante todo quiero, y muy sinceramente, expresarle que comparto plenamente los dolorosos sentimientos que S.R. me expresa ante un posible o probable retiro de las Hermanas del hospital, después de haber trabajado con suma eficiencia durante más de veinticinco años en él. La Universidad no tiene sino motivos de máximo reconocimiento y gratitud por tal trabajo o, mejor dicho, por la valiosa misión no sólo profesional, sino espiritual y sobrenatural que han cumplido durante tan largo tiempo. Es por esta razón que como Rector de la Universidad no acierto aún a hacerme el ánimo de que se retiren del hospital, ya que pienso que ello será en detrimento del verdadero bien de muchas almas”.

En verdad el anuncio del retiro de las Religiosas de Mallinckrodt de nuestro Hospital Clínico se remonta a 1963 y tenía su fundamento en la senectud y problemas de salud de muchas de ellas, para las cuales no había posibilidad de reemplazo, como consecuencia de la crisis de vocaciones religiosas en esa época y de la tendencia educacionista de la Congregación en Chile. Este problema lo expresaba la Reverenda Madre Theodora al señor Rector de la Universidad, en febrero de 1965, en los siguientes términos:

Es imposible que las Hermanas sigan en sus puestos, ya que todas son de edad y la salud de la mayor parte de ellas es precaria. No hay Hermanas jóvenes que puedan reemplazarlas. La resolución se ha tomado después de largas y serias reflexiones, porque su Excelencia comprenderá que un paso de tanta trascendencia no se da precipitadamente.

te. Hace más de dos años que se dio el primer aviso y se ha vuelto sobre el asunto en varias ocasiones. Las Hermanas han llegado al límite de sus fuerzas y es necesario desligarlas pronto de sus responsabilidades.

Otros hechos hicieron más patente esta situación, como el desarrollo creciente del Hospital y de su compleja tecnología, el avance progresivo de la Escuela de Enfermería de la Universidad Católica, que cada vez introducía más personal laico en cargos directivos, antes ocupados por religiosas enfermeras y, finalmente, la mentalidad del Director del Hospital de esa época, Dr. Manuel Bobenrieth, que aplicó esquemas de administración hospitalaria y tomó decisiones que no facilitaron un diálogo adecuado con la Superiora de la Comunidad de religiosas del hospital, Reverenda Madre Genovefa Rampsel.

Hubo numerosas gestiones de parte de los médicos para evitar el retiro de las Madres, como un documento dirigido a la Superiora Provincial de la Congregación, Reverenda Madre Pilar Sánchez, en agosto de 1963, y que fue suscrito por ochenta y dos profesionales. Este fue precedido por una carta del Decano de la Facultad de Medicina, profesor Rodolfo Rencoret Donoso, a las autoridades de la Congregación (mayo de 1963) que para subsanar el problema ofrecía mantener en sus cargos a todas aquellas religiosas que en ese momento cumplían funciones en la Clínica y dejaba muy claro su pensamiento sobre la materia:

Nuestro ideal sería que la Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana pudiese tomar a su cargo toda la Enfermería del Hospital Clínico de la Universidad Católica, como también la Dirección de la Escuela de Enfermería anexa a nuestra Facultad de Medicina.

Más aún, Monseñor Alfredo Silva hizo una gestión ante la Santa Sede, obteniendo que el Cardenal Confalonieri, Presidente de la Comisión Pontificia Pro-América Latina, escribiera a la Reverenda Madre Superiora de la Congregación, en Roma, para que reconsiderara el retiro de las Religiosas Enfermeras de nuestro Hospital. Lamentablemente, tampoco prosperaron estas diligencias y el 15 de enero de 1966 se materializó el retiro de las Madres de nuestra Clínica, con gran pesar de ellas y consternación del personal hospitalario. La Reverenda Madre María del Carmen Patillo Aguilera continuó colaborando en la organización de un Archivo de Diagnóstico hasta noviembre de ese año, a solicitud del Dr. Marcos Donoso, Director del Hospital de entonces.

La Dirección hizo gestiones ante Comunidades de Religiosas Enfermeras de Holanda y Canadá para conseguir que alguna de ellas pudiese reemplazar a la Congregación saliente, pero, por desgracia, ninguna de ellas tuvo éxito.

La salida de las Monjitas del Hospital Clínico puso término a una hermosa época, que fue el distintivo que nos enorgulleció por muchos años. Junto con dejar un enorme vacío y una profunda nostalgia, este hecho fue un remezón espiritual, para nosotros los laicos, que debimos afrontar sin la ayuda y eficiencia de ellas el desafío de mantener y proyectar hacia el futuro esa atmósfera de humanismo cristiano al servicio de los enfermos, en sus aspectos físicos y espirituales, de acuerdo con la mística impresa por los fundadores de la Institución.

He solicitado a los editores del "Libro de los Cincuenta Años de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica", que me concediesen la honra de contribuir con este capítulo, para ser portavoz de la honda gratitud de nuestro cuerpo médico a la Comunidad de Religiosas de la Inmaculada Concepción por la fecunda labor evangelizadora realizada en este Hospital. Además, a título personal, expreso mi profundo reconocimiento hacia ellas por su indeleble influencia tanto en mi vida religiosa, espiritual, como en la adquisición del idioma alemán, que me permitió establecer sólidos lazos con la cultura germana.

Al término de este relato sobre las Religiosas de Mallickrodt en nuestra Clínica, deseo también estampar el amplio reconocimiento de nuestra Comunidad Universitaria y hospitalaria a todos los Capellanes, que desde el inicio del Hospital hasta la fecha han velado celosa y abnegadamente por la atención espiritual de nuestros enfermos y la salvación de las almas. Cronológicamente debemos recordar a los presbíteros señores Juan Bautista Pfeiffer, Oscar van Buren, Juan Skowronek, Antonio Garín, Elías de la Cruz

(reemplazante) y Reverendo Padre Juan Luis Montón — Carmelita (reemplazante), que sirvieron sucesivamente este cargo desde 1941 a 1960; todos ellos han fallecido y seguramente gozan de la Paz del Señor; lo mismo podemos decir del primer Sacristán, don Máximo Pérez. A este período corresponde también el Presbítero señor Ernesto Rojas Alvarez, actual Capellán del segundo Monasterio de las Religiosas de la Visitación en Santiago. Desde 1960 hasta el presente la capellanía ha sido ejercitada por los Padres de la Congregación Holandesa Misioneros de la Sagrada Familia: Reverendo Padre Mateo Voermans (1960) que falleció hace dos años; Reverendo Padre Bartolomé Bartels (1961-1970) y Reverendo Padre Antonio Cremers (1970 hasta la fecha) a quienes dedico especialmente expresiones de sincera gratitud.

Al finalizar, creo que no es superfluo que recordemos todos los miembros de la comunidad académica y del equipo asistencial de este Hospital que, según nuestras posibilidades, estamos moralmente obligados a cooperar con los Capellanes en su misión evangelizadora y en la lucha para recuperar la salud del espíritu de nuestros pacientes. ¡Sólo así nuestra labor médica será realmente completa, trascendente y meritoria ante El Señor!

Dios hace todo bien. A El hay que alabarlo y glorificarlo en todo tiempo y Su camino, a través de la vida, debe recorrerse con alegría. Aleluya.

Paulina von Mallinckrodt.

**COMUNIDAD RELIGIOSA DE LA INMACULADA CONCEPCION
EN EL HOSPITAL CLINICO DE LA UNIVERSIDAD
CATOLICA DE CHILE
(1954)**

	NOMBRE	AÑO INGRESO	CARGO
1.	Sor Facundina Schmidts	1940	Superiora
2.	Sor Gonzaga Gockel	1953	Asistente de la Superiora. Encargada del personal femenino
3.	Sor Heremita Krauthausen	1941	Asistente. Estadística del Policlínico
4.	Sor Virginia Nieto	1951	Nochera y sacristana
5.	Sor Meinolpbia Speith	1947	Laboratorio Anatomía Patológica
6.	Sor Hilbalda Hasse	1953	Dietista, Jefe de cocina
7.	Sor Cosma Schultebrucks	1940	Laboratorio
8.	Sor Eliana Schledde	1950	Comedor de Religiosas; compostura ropa
9.	Sor Antonilda Willeke	1940	Boticaria
10.	Sor Crescenz Buch	1951	Cuidado del lavado
11.	Sor Therese Stengel	1951	Ayudante sección Rayos X
12.	Sor Reinolfa Borchert	1943	Cirugía, sección mujeres
13.	Sor Laurentia Meyer	1952	Cirugía, sección hombres
14.	Sor Anselm Müller	1950	Ayudante Pabellón de Cirugía
15.	Sor M. del Carmen Patillo	1948	Estadística Hospital, cuentas
16.	Sor Reinoldis Schulte	1953	Cirugía de tórax
17.	Sor Melanie Schulte	1953	Ayudante en el Policlínico
18.	Sor Hildegard Holtevert	1944	Medicina interna, sección mujeres
19.	Sor Richarde Engelbrechter	1951	Cirugía, sección mujeres
20.	Sor Genovefa Rampel	1943	Ayudante Pabellón de Cirugía
21.	Sor Luise Rust	1941	Fisioterapia
22.	Sor Camila Matheoschat	1953	Ayudante Pabellón de Cirugía
23.	Sor Gertrudis Oberreuter	1953	Neurocirugía
24.	Sor Leonore Thöne	1948	Pensionado
25.	Sor Leonila Medel	1953	Medicina interna, sección hombres
26.	Sor Herminia Alvarado	1950	Ayudante cocina
27.	Sor Sara Lira	1943	Ayudante Servicio Rayos X

RECUERDOS DEL PASADO

Waldemar Badía C.

HACIA EL año 1943 o 1944, estudiando mi tercer o cuarto año de Medicina y siendo ayudante de Fisiología, ya era asiduo visitante del Hospital Clínico, ya sea ayudando, acompañando o molestando, pero siempre aprendiendo en los boxes de Ignacio Ovalle, Gastón Fuenzalida o Hugo Salvestrini, o bien consiguiendo, en la “botica”, sería presuntuoso llamarla Farmacia, con Sor Heremita y luego Sor Antonilda, un poco de Nembutal para dormir a los perros o alguna droga con qué inyectarlos.

Hoy día, cuando entro al hospital y recorro sus pasillos, entro en sus salas y escudriño en mi memoria, voy viendo en cada rincón o en cada pieza, en forma nítida, cientos de escenas, de caras, de episodios dramáticos, cómicos o trágicos, que para mí, que he vivido casi sus cuarenta años de vida, constituyen una verdadera historia.

Ese pasillo del primer piso estaba lleno de consultas, además de la sala de Cirugía menor en que don Pepe Estévez y su ayudante, Carmen Trepiano, o viceversa, atendían a los accidentados de “La Chilena Consolidada” y de la oficina de “estadística” con Sor María del Carmen, en la que se apilaban las fichas clínicas según una clave tan críptica que era un misterio cómo ella las encontraba. Como no había sala de espera, había bancas a lo largo, resultando que algunas tardes era tal la aglomeración de enfermos y parentela, con guaguas, bolsas de frutas, canastas con huevos e incluso alguna gallinita “p’al doctor”, que hizo que alguien lo llamara “el Zoco de Marcoleta”. Para hacer más real la imagen de mercado, alguien recordaba que frente a lo que hoy es la “oficina 13” había un salón de peluquería, con el clásico sillón de barbero. Si se entraba por la puerta que daba a la Universidad, la metáfora era aún más evidente, ya que estaba enmarcada por un par de palmeras que completaban la estampa arábiga. El colmo fue el día que llegó a atenderse el señor California, rey de la tribu gitana; entraron veinte o treinta gitanos, con calderos y braseros de cobre, acompañando al paciente y pretendieron encender fuego para calentar al enfermo. Una vez hospitalizado el señor California, fue muy difícil hacer entender a la tribu que no podían levantar sus carpas en los patios de la Universidad.

El hospital mantenía sus puertas abiertas y cualquiera que transitara por Marcoleta podía entrar a él y llegar sin obstáculos, con abrigo, sombrero y paraguas hasta el mismo pabellón de Cirugía, lo que sucedió en más de una ocasión. Una tarde entró un “caco” disfrazado de gasfiter al baño del final del pasillo del primer piso y salió a los pocos minutos con todo el equipo sanitario a cuestas, sin siquiera dar las gracias al portero porque... simplemente no había portero.

Sin embargo, con los años se ha visto que el problema “cacos” no era cuestión de puertas ni porteros. Todos recuerdan otros numerosos casos de robos. El más pintoresco, que tengo noticia, acaeció en 1979, habiendo puertas cerradas, porteros y guardias. Un amigo de lo ajeno entró un día al hospital y con estetoscopio en mano —quién sabe a qué estudiante descuidado se lo había robado— fue a pedir un delantal con el pretexto de

asistir a un curso anunciado en el fichero... ¡y se lo dieron! Disfrazado de médico subió en el ascensor ¡acompañado del Director del hospital! y llegó al Pensionado. Visitó varios enfermos diciéndoles que los iba a someter a un delicado examen y que debían sacarse todo lo metálico. Después salió muy ufano cargado con relojes, pulseras y anillos. Afortunadamente al último paciente le pareció muy extraño el "delicado examen" y avisó, y al ingenioso pillo lo llevaron, con delantal y todo, a chirona. Pero... sigamos nuestro paseo...

Siguiendo por el pasillo hacia el ala norte llegamos a los mentados baños que fueron famosos en toda la Universidad por ser los únicos limpios y cuidados, por lo cual eran usados por los alumnos de todas las facultades, para quienes la frase "voy al hospital" tenía un significado muy preciso (como para los médicos, decir hoy día "voy al Centro Médico"). Más allá de los baños nos encontramos con las escaleras y los ascensores. Mientras espero pacientemente que este llegue, recuerdo: Allí subió un día al ascensor, toda la colonia polaca, doce personas, que iba a visitar a su director espiritual, al padre Jan Skowronek, que era a la sazón, capellán del hospital y alojaba en el cuarto piso, en la actual sala de electroencefalografía. El indiviso grupo dijo: "¡o todos o ninguno! y subieron todos al ascensor. En ese tiempo el Servicio de Mantenición dejaba mucho que desear. Subió sin grandes dificultades pero, al llegar a su destino, se soltó el freno del agotado artefacto, el cual descendió como un bólido con su polaca carga hasta el subterráneo. Allí salieron los asustados pasajeros, afortunadamente, ilesos pero vociferando palabras que nadie entendía pero que por el tono, debían ser bastante poco académicas. Se cuenta que cambiaron inmediatamente de director espiritual.

En el segundo piso, en el ala norte las cuatro salas de hospitalización conservan actualmente su antigua estructura. En cambio la que enfrenta al pasillo fue "tomada" hacia 1967 por Radiología para instalar su equipo de Angiografía. En el ala sur reinaba Ramón Ortúzar con su auditorio y oficina anexa. En el mismo piso había dos piezas para psiquiatría, dos piezas para la entonces llamada "estafoterapia" léase diatermia, solux, ultratermia y otras hierbas. En lo que quedaba, que no era mucho, se desplegaba el Servicio de Radiología con Fernán Díaz, Mario Meyerholz, Hernán Cuevas y la espectral y autoritaria Sor Sara Lira, con un parche negro sobre su ojo izquierdo. Era este un reducto en que se hablaba mucho en alemán, especialmente cuando subía Max Müller o Gastón Fuenzalida.

Poco a poco, debido al estímulo provocado por la radiactividad, o bien por la influencia que sobre el Jefe de Radiología habían tenido sus estudios en el Liceo Alemán de la calle Moneda y la de su maestro Heegewaldt, el piso entero fue invadido por los Rayos X, en forma lenta y en otras como una operación "blitzkrieg". Nada ni nadie fue respetado, ni siquiera la mentada sala de hospitalización del ala norte, donde se instaló, como dijimos, una sala de angiografía, ni el auditorio, ni las sagradas oficinas de Ramón, donde se acabó por instalar un nuevo equipo de cineangiografía cardiológica.

Dicen las malas lenguas que la invasión continuará, probablemente hacia las torres de la remodelación San Borja, donde el Servicio de Radiología ya tendría una "cabeza de puente".

A propósito de esta "invasión", si bajamos por las escaleras del ala sur hasta el subterráneo, recordaremos que allí estaban, en un comienzo, una sala de autopsia y dos oficinas para Anatomía Patológica. El resto eran sórdidos pasillos donde ardían las calderas y servían de bodegas. Al igual que en el segundo piso, con tesonero espíritu, herencia germánica de la calle Moneda y/o del maestro Max Westenhöffer, el jefe ha ido invadiendo todo el subterráneo y en 1979 llegó a contactar con la capilla.

Esta doble y tesonera "invasión" centrífuga ha producido los dos departamentos o servicios que han crecido en forma racional y orgánica, permaneciendo como unidad, sin solución de continuidad, cada uno en su piso, al contrario de otros servicios que tienen oficinas y laboratorios repartidos a lo largo, a lo ancho y a lo alto de todo el hospital y sus anexos.

Si continuamos subiendo, llegamos al piso quirúrgico, el tercero. Las cuatro salas de hospitalización tampoco han cambiado mucho. En cambio, la que enfrenta al pasillo,

actual pieza de vestir de los cirujanos y las piezas de medio pensionado adjuntas (actual pieza de enfermería) fueron tomadas por el que habla hacia el año 1953 para establecer unas salas de Recuperación y realizar Tratamientos Intensivos. Allí pasábamos noches enteras con Eduardo Keymer, Mario Allende y Julio Acevedo, alumnos de ese entonces, ayudados por Sor Reinolfi, tratando shocks, insuficiencias hepáticas, renales, etc. Allí ideamos la gastrodialisis, lavado gástrico con 30 ó 40 litros de agua, sal y bicarbonato, que salvó decenas de pacientes con anurias de diez o más días, durante los años en que el riñón artificial aún no se había inventado. Allí nació la inquietud de Ferretti, Acevedo, Allende, Casanegra, Vaccarezza, etc., por los tratamientos intensivos en sus respectivos campos.

En las primeras intervenciones el instrumental usado era en gran parte de propiedad de don Rodolfo; la anestesia era dada con un Ombredanne "conseguido" en el Hospital San Borja y que con toda probabilidad no volvió a su lugar de origen.

Eran tiempos de gran estrechez económica. No había fondos. Don Carlos y don Rodolfo, además de rezar permanentemente para conseguir financiamiento, habían ideado, en forma independiente, un "magnífico" procedimiento para habilitar las desnudas piezas de hospitalización y los pabellones. Se conseguían donantes de camas y junto a la cabecera se colocaba una plaquita de bronce con el respectivo nombre; gracias a la inteligente e incansable actividad de ambos, esas plaquitas permanecían sólo pocos meses en su sitio y eran sustituidas por otras, por supuesto que con otros nombres...

Cuando se empezó con intervenciones mayores, en que se necesitaba una máquina de anestesia con circuito cerrado, se pedía prestada una al Hospital San Borja, que en la tarde devolvíamos. Poco a poco la máquina se fue quedando cada vez más tiempo en nuestro hospital hasta que llegó el día en que no retornó a su origen. ¡Dios nos perdone! , ya que, con espíritu "ignaciano", creíamos que esta trasgresión al VII mandamiento era "Ad Majorem Dei Gloriam".

Durante los años cincuenta, en que fue consolidándose la planta médica y el material de trabajo, continuó la estrechez económica y muchos de los instrumentos especializados, así como los libros y revistas médicas debían ser comprados con fondos propios de los profesionales o conseguidos con sus amistades. En numerosas ocasiones, estando en la oficina de don Rodolfo haciendo la tabla de operación, llegaba un cirujano solicitando algún instrumento, a lo que don Rodolfo contestaba: — ¡Consígalo! Y el cirujano, en medio de rezongos contra la injusticia de este mundo, se conseguía de alguna forma lo que había pedido, ya sea con familiares, amistades o alguna conexión con instituciones.

Con estos procedimientos surgieron benefactores, desde pequeños, que donaban lo suficiente para habilitar una "camita" —que fueron cientos—, pasando por los medianos que donaban la habilitación de una sala o algún pabellón —que fueron decenas— hasta llegar a los grandes, como la familia Yrarrázaval que habilitó los pabellones del tercer piso, don Conrad Brand, que hizo posible la instalación de Recuperación, "La Chilena Consolidada" y la familia Edwards, que hicieron posible la ampliación oriente del ala norte, don Carlos Vial, que hizo posible la construcción de la Maternidad, las fundaciones Rockefeller, Kellogg y Humboldt, que dieron además numerosas becas de perfeccionamiento en el extranjero a médicos de la Universidad y que actualmente son profesores. Culmina la lista con don Freddy y Gabriela Gildemeister y la Fundación Gildemeister dirigida por don Walter Piza, que hicieron posible la iniciación y desarrollo de la cirugía de tórax, cardiocirugía, radiología, neurocirugía y el desarrollo del Departamento y Laboratorio de Enfermedades Respiratorias. Por ese motivo el hospital y la Universidad entera enmudecieron de congoja el día que, debido a complicaciones posoperatorias de una pequeña intervención quirúrgica en un pie, realizada por sus médicos regales, en la "pieza 10" de su querido Hospital, falleció, el 12 de septiembre de 1953, la señora Gabriela.

Entramos al auditorio del tercer piso y se nos viene de inmediato a la memoria:

Ven oh Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu Amor,

*envía Señor tu Espíritu y todas las cosas serán creadas
Y renovarás la faz de la tierra.*

Oh, Dios, que habéis iluminado los corazones de tus fieles con las luces del Espíritu Santo, dadnos el saber rectamente y según el mismo Espíritu gozar siempre de tus consuelos por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

San Lucas.

Ruega por nosotros.

Las palabras de esta oración fueron probablemente las primeras que se oyeron en cualquiera de los dos auditorios que había en el hospital (hoy queda sólo este del tercer piso que lleva el nombre de don Rodolfo Rencoret), desde los primeros días de marzo de 1942, en que se iniciaron allí las clases del primer tercer año de Medicina de nuestra Escuela. En la Facultad todas las clases comenzaban con esa Oración. Un día, algún profesor creyó que los dos minutos que ocupaba al iniciar la clase se podían aprovechar mejor en pasar materia y no la rezó, lo que fue rápidamente imitado por los demás. ¿Desde cuándo no se reza? No sé, porque las actuales generaciones de alumnos ni siquiera la conocen.

Al fondo del auditorio, entre cables eléctricos, veo que se conserva uno de los cientos de Cristos de yeso que había en el hospital. Este nos hace recordar el cambio de estilo que se ha producido con los años. Durante los primeros años de vida del hospital se mantuvo un espíritu religioso, probablemente instaurado por don Carlos y don Rodolfo y sustentado por la presencia de las religiosas. Cada vez que se habilitaba una pieza, oficina o laboratorio, lo primero que hacía la monjita respectiva era colocar un Cristo similar al mencionado en algún punto destacado y además colgar un cuadrito con la oración de Santa Teresa o la plegaria simple de San Francisco de Asís.

Había además otras manifestaciones religiosas que daban a la Escuela y al hospital características propias. Existían clases de moral médica (dictadas por don Oscar Larson, don Jan Skowronek, don Bernardino Piñera, etc.) que desaparecieron después de un exabrupto dicho por un alumno: ¡hasta cuándo nos van a catequizar! Además, todos los primeros viernes se empezaban las clases, las operaciones y las reuniones, después de la misa y la comunión. El día del Sagrado Corazón y de la Asunción de la Virgen y otros había procesiones por los pisos del hospital, con el Santísimo bajo palio, a las que asistíamos todos, médicos, monjas, enfermeras, auxiliares y alumnos. Parecía una Universidad Católica. Con emoción recuerdo la procesión del 15 de agosto de 1952; el palio era llevado por don Rodolfo, don Ricardo, Lorenzo Cubillos y yo; pasamos frente a la pieza en que agonizaba el padre Alberto Hurtado (actualmente pieza de Residencia). El “patroncito” bajó sus manos y su tronco para besar el suelo por donde pasaba el Santísimo. Tres días después moría (18-VIII-1952).

Poco a poco, alrededor de 1966, hubo un cambio de este estilo y estos actos litúrgicos y simbólicos fueron cambiados por la tecnología, por la asepsia y por la eficiencia. Las monjas fueron reemplazadas por enfermeras, los Cristos fueron retirados por antiestéticos, las oraciones de Santa Teresa y del Santo Seráfico fueron reemplazados por nómina de médicos y la misa y la comunión de los primeros viernes se transformaron en estupendas reuniones clínicas.

Continuamos subiendo por la escalera del ala sur y llegamos al cuarto piso. Allá, al fondo, hacia el oriente, estaba la mencionada “pieza 10”, que pasó sucesivamente a ser la residencia del padre Skowronek, la Dirección del Hospital y por último la actual sala de electroencefalografía. Frente a la escalera, en la actual residencia, murió el padre Hurtado; al fondo, al poniente, estaba la Biblioteca. Este piso fue desde un principio deseado por los neurocirujanos y por Ismael Mena para su Medicina Nuclear. Era un piso con vocación electrónica. Los dos anfiteatros que había sobre los pabellones fueron siempre bastante inútiles y sólo en contadas ocasiones utilizados por los estudiantes de Medicina. En cambio, eran muy frecuentemente usados por los estudiantes de Agronomía e Ingeniería que venían a “desmayarse” viendo intervenciones quirúrgicas.

Allá arriba, en el quinto piso, adivinamos a don Raúl Croxatto dictando a toda

velocidad la fórmula leucocitaria: segmentadosegmentadomonocitosegmentadosegmentadosegmentadobaciliformesegmentadolinfocitosegmentado... y a la rauda y robusta Sor Cosma haciendo un nomograma de Van Slyke.

La terraza era uno de los sitios agradables para descansar, filosofar o conversar. Se podía ver y casi tocar el Cerro Santa Lucía y hacia el oriente se divisaba la cordillera en gloria y majestad. Me parece ver a Gastón Fuenzalida y Ramón Ortúzar, contemplando, a la distancia, las canchas de esquí de Farellones con el cono nevado del "Colorado" y preguntando —¿vas a subir este fin de semana?

A medida que he ido pasando por los pasillos y entrando a las salas, he ido encontrando a antiguas auxiliares que llevan más de veinticinco o treinta años en el hospital, desde que eran internas con las religiosas. Y recuerda... éramos alrededor de setenta y cinco las que seguíamos un régimen de internado, con salida sólo una vez a la semana. Pero el amor no tiene barreras y cuenta Eugenia, que continúa en transfusión desde hace treinta años: "Cuando conocí a mi actual marido y le dije a las monjitas que nos queríamos casar, me llevaron al convento y me hicieron un retiro de convicción de quince días encerrada para que lo pensara". Este sistema estricto produjo auxiliares muy eficientes, sacrificadas, de alta moralidad, condiciones que continúan caracterizando a las auxiliares de nuestro hospital. Hoy quedan más de treinta de esas auxiliares que estuvieron internas y ustedes conocen a Clarisa, en el teléfono, que reconoce por el aló la voz de todos los médicos, a Corina, Aurora, Fresia y Nelly en el Pensionado, a Raquel y Giselda en Recuperación, a Eugenia y María Manríquez en Transfusión, a Juana, Marta y Vita en Pabellón, a Irma en Diálisis Renal, a Elena González en Endoscopia, a Carmen Silva en Maternidad y a tantas otras que nos han ayudado a hacer estos recuerdos del pasado.

Bajo por el ascensor, con bastante menos velocidad que la que llevaban muchos años atrás los polacos y llego al subterráneo. Este sector ha cambiado tanto que ya no tiene nada que ver con mis recuerdos.

MINIMO, VETUSTO, PERO AUTENTICO ANECDOTARIO HOSPITALARIO

Enrique Montero O.
y Eduardo Larraín M.

A MEDIADOS de noviembre de 1979 nuestro amigo Fernando ("el Bachas") Huidobro me pidió que colaborara en la "obra" que le habían encomendado. No pude negarme; él me había ayudado en 1940, para citar una fecha aproximada, en hacer realidad algunos proyectos de mi incipiente actividad como investigador. En un par de piezas vacías que tenían en la puerta una plancha que decía "Laboratorio de Medicina Experimental" —ahí donde por mucho tiempo se instaló, algunos años después, el Laboratorio de Parasitología—, destilábamos chuicos de orina de embarazadas que obtenía y procesaba Alejandro Kuzmanic, para obtener "urogastrona"; Huidobro y Luco se encargaban de averiguar si la mezcla que obteníamos tenía algo que tuviera un efecto farmacológico. Creo que fue la única y la última vez que se utilizó el tal "laboratorio".

Después compartí con "Bachas", con Luis ("Lucho") Hervé y con Alberto ("Tito") Donoso la casona que unas tías de Fernando poseían en Cartagena —esa que estaba montada sobre el Hotel Francia—, y que ahora, demolida, ocupaba el peligroso ángulo donde los buses que bajan vertiginosamente desde la plaza deben virar para abordar la Playa Grande. A veces invitaba a algunos internos; por eso estuve ahí junto con Fernán Díaz y Hernán Cuevas. En esa enorme casa se conversaba y se pernoctaba; las comidas, generalmente opíparas, las hacíamos en la vecina "pensión" de las señoritas Bernal, si mal no recuerdo.

Por ese fatídico pedido de Huidobro conversé con Eduardo ("Guayo") Larraín y fuimos anotando recuerdos personales de los primeros años del Hospital Clínico; algunas de esas rememoraciones han sido "expropiadas" por otros autores de este opúsculo; de ello no nos quejamos sino, al contrario, celebramos que no hayan quedado en el olvido. Lo poco que ha quedado creemos que puede servir para recrear o, quizás, para re-crear la prístina imagen del Hospital, sin atribuirle ningún valor histórico, sino simplemente anecdótico.

DEL EDIFICIO

En otros capítulos se ha reseñado algo de lo que recordábamos sobre la planificación del hospital, sobre el carácter "mercantil" que, a veces, adquiría el pasillo central del primer piso y sobre la "ocupación" por los radiólogos, del segundo. Pero han quedado inéditos otros recuerdos y aquí van:

Los dos pisos primitivamente habilitados del hospital estaban ornados con retratos al óleo de muchos señores, calvos o patilludos, y de algunas matronas, pálidas u obesas; todos eran, en general, de pésima factura y los personajes sólo identificables por don Carlos; sin embargo, nos consta que había un retrato de doña Carolina Larraín Zañartu vda. de Valdés, obra de Reynaldo Monvoisin. Años después, un dinámico director del

Hospital, aburrido de tantas antiguallas, las hizo descolgar y enviar a una bodega; de muchas de esas beneméritas efigies sólo quedan sus marcos dorados, carcomidos por ratones e impregnados del urinoso tufillo de los gatos; hay que reconocer que, por lo menos uno, el retrato de don Fernando Irrarázaval Mackenna, ha sido rescatado por Luis Bustos y aunque presenta una especie de estocada, puede y merece ser restaurado.

* “En el comienzo. . .” el hospital terminaba en el quinto piso; esa terraza era uno de los espacios más placenteros del edificio: el cerro Santa Lucía casi se tocaba y cualquiera podía entrar a la capilla sin hacer “el quite” a los catafalcos; nadie moría aún en el hospital por la simple razón de que nadie se hospitalizaba.

* A los pocos años todo esto cambió; tal vez por el buen aire que ahí se respiraba, los cirujanos de tórax instalaron su exclusivo Servicio, y las monjas, que habían crecido tanto en número como en edad, fueron trasladadas a un espacio más amplio: a ese edificio de cinco pisos que, como un horrible paquete de galletas de soda, aún persiste.

* Con el correr del tiempo, el hospital fue coronado con un sexto piso destinado a un selecto e intensivo grupo de médicos, cirujanos y otros entes; este recinto, casi un “sancta sanctorum”, era casi inaccesible para el resto de los mortales: el ascensor llegaba sólo hasta el quinto piso; era algo así como el edificio Diego Portales, sin pretender comparaciones. . . , por supuesto.

* Ya en “la edad moderna”, cuando la expansión radiológica copó todo el espacio del segundo piso, se hizo extensiva al “espacio vital” de los pasillos y hubo una eclosión de letreros que desde los muros tendían sus tentáculos para advertir a los intrusos, osados y temerarios Teseos, con terribles admoniciones: “silencio”, “peligro”, “no entrar”, “no traspasar”, “no golpear”, “no se mueva ni respire”, etc. Algo de eso persiste.

DE LAS MONJAS

* Al comienzo, en 1940, eran pocas; arribaban directamente de Alemania o vía Puerto Varas, donde eran dueñas y señoras de un pequeño pero eficiente hospital; con algún resabio de esa calidad de propietarias llegaron a Marcoleta, lo que don Carlos y don Rodolfo les hicieron olvidar, poco a poco, y en forma no siempre fácil.

* Entre las primeras religiosas estaba la pequeña Sor Antonilda, encargada de la botica, que estaba bien surtida pero sólo a disposición de aquellos médicos que la boticaria consideraba aptos. Sor Antonilda usaba:

*“su prestigio
en los frascos,
rodeada
por nombres misteriosos:
la nuez vómica,
el álcali,
el sulfato,
la goma
de las islas,
el almizcle,
el ruibarbo,
la infernal belladona
y el arcangelical bicarbonato”.*

* También estaba la firme bávara Sor Reinolfis que, en el piso destinado a cirugía de mujeres, se mostraba tan firme y suave que podría decirse que hacía

*“más azul el azul de metileno
y más dulce la paz de la quinina”;*

aunque “motu proprio” corrigiera, a veces, los diagnósticos y los tratamientos que los cirujanos indicaban.

* En el segundo piso reinaba Sor Sara Lira, de quien se cuentan tantas cosas: como era la única chilena, además de esquelética y con un negro parche piratesco sobre su ojo izquierdo, era considerada “poca cosa”, aunque valía mucho; como hablaba mal el alemán

y sólo regularmente el español, la pusieron junto a Fernán Díaz, ya que en esto algo coincidían. Tenía arrestos terapéuticos, como aconsejar a los pacientes cancerosos que se frotaran la zona tumoral con "jabón bruto" —santo remedio según ella—; otra vez se le pidió que tuviera a mano una solución de dimecaína al 20/o para la anestesia faríngea de un profesor que requería de un sondeo duodenal, pero encargó a Sor Antonilda la misma solución pero al 200/o; esta caritativa iniciativa significó que el profesor-paciente soportara por más de una semana una faringitis química.

* "At last, but not at least" estaba Sor Facundina, que hacía honor a su nombre, no sólo por su talla, su talante y su discreto bozo, sino por sus compras: cuando se aproximaba el invierno llegaba con cinco o seis "piezas" de grueso paño negro, con veinte o treinta succulentos salchichones y con varios sacos de repollo morado para el indispensable chukrut; cerca de la primavera, las "piezas" negras eran reemplazadas por otras tantas de blanco lienzo y los salchichones por metros y metros de chorizos.

* Como se dijo, al comienzo las monjas eran pocas, pero con los años llegaron otras, de una en una o de dos en dos, hasta que en algún momento había en el hospital más religiosas inválidas o enfermas que enfermeras o auxiliares.

* Cuando las monjas se fueron, un sentimiento de nostálgica ausencia quedó flotando por muchos meses en los pasillos, las salas y los laboratorios del hospital.

DE ALGUNOS PACIENTES

* Una tarde, en el abdomen de un joven arquitecto (L.R.), explotó una apendicitis aguda que urgía operar. Como no había ninguna cama disponible fue ingresado clandestinamente al Pensionado de Religiosos que había en el cuarto piso. A la mañana siguiente, Sor María del Carmen, "la estadística", colocó en la lista de ingresos de la noche anterior: "un fraile capuchino en la pieza 4". Su error era explicable, porque el arquitecto ostentaba entonces, como ahora, una frondosa barba colorina.

* Un distinguido refugiado español (M. A.), "rojo", como se decía entonces, tuvo una colecistitis aguda y hubo que operarlo. Dentro de su resignación sólo pidió "que no le metieran frailes en su pieza"; esto se cumplió hasta el Día del Sagrado Corazón, cuando el Rector-Arzbispo revestido con capa pluvial y mitra y apoyado en su báculo, irrumpió en su pieza, porque la procesión por los claustros de la Universidad terminaba con la bendición de los enfermos del hospital; muy sorprendido el "rojillo" respondió (nunca se sabrá en qué términos) a la archiepiscopal bendición. Sólo días más tarde comentó que, como en una pesadilla, había sido visitado "por todo un obispón en technicolor".

* Un sábado en la tarde se atendió a un muy singular paciente y se le practicó una biopsia; como insistió en conservar la incógnita, la papeleta se hizo a nombre de Karl Neuhauss, y así figura aún en el archivo del Departamento de Anatomía Patológica.

* Cuando el vicepárroco de Andacollo (L. B.) ingresó por una triquinosis y, siendo joven y bien parecido, tuvo una especial atención del personal femenino, hubo que colgar en su cama un cartel que decía: "Peligro. Se prohíbe comerlo".

* Uno de los médicos de entonces se daba el lujo de fabricar cálculos urinarios, siempre en el lado izquierdo, pero una mañana, mientras estaba en el hospital, tuvo un intenso dolor al lado derecho y le pidió a un profesor de medicina (R. O.) que lo examinara; éste diagnosticó "apendicitis aguda", se preparó para un tacto rectal, mandó llamar a un cirujano y aprestar el pabellón de cirugía; frente a esta ordalía, el médico-paciente pidió cinco minutos de espera para orinar en un tubo de centrífuga; cuando ya estaba lista la camilla alcanzó a llegar un auxiliar con dicho tubo en cuyo fondo, como un rubí, yacía un coágulo; este médico aún conserva su apéndice y su virginidad anal.

* Otra vez, un radiólogo (M. M.) fue capaz de autodiagnosticarse un absceso apendicular, y por ello estaba tan ufano que invitó a muchos colegas a palparlo; esto le costó más de un mes de permanencia en el hospital, hasta que todas las fístulas, sondas y drenajes pudieron cerrar o retirarse.

* Otro radiólogo (F. D.) tal vez más avisado, un sábado en la tarde, pensó que tenía una apendicitis; llamó a un colega amigo, quien, a pesar de tener dos "martinis" en el cuerpo, confirmó el diagnóstico, lo llevó al hospital, asistió a la operación y, como el radiólogo estaba en esos días sin su cónyuge, lo acompañó en su pieza; esa noche ambos durmieron "como obispos", uno en su cama (por el Demerol) y el otro en el sofá (por el etanol); al despertar, ambos alabaron a Dios que hizo la noche para el descanso, tanto para los justos como para los pecadores.

* Siguiendo con la apendicitis y los médicos, hubo un eminente profesor de ciencias básicas (H. C.) que, examinado por lo mejor que había en el hospital, fue sometido a una apendicectomía de urgencia; el apéndice estaba sano y el profesor-paciente, al volver de la anestesia y por tres días más, siguió bramando de dolor; sólo entonces, al ser retirados los apósitos, se vieron las frescas bulas perladas de un herpes zoster en la zona operatoria.

* Entre los radiólogos había uno tan "loco" que a raíz de su tercer o cuarto accidente automovilístico —ya que los radiólogos siempre han podido contar con más de un auto—, era conducido en camilla para tomarle un electroencefalograma; otro colega, al verlo pasar tan compungido, lo consoló diciéndole: "No te preocupes, que de ésta vas a salir con los sesos mejor que antes".

* Había un cirujano (R. B.) que coleccionaba cálculos biliares; tal vez por eso cuando operó a un muchacho con una colecistitis aguda, extrajo el cálculo y dejó "in situ" la vesícula. A los pocos días, dos médicos algo más jóvenes entonces, sorprendidos del procedimiento, invitaron subrepticamente al recién operado a comerse una paila de huevos revueltos con tocino y, a los dos días, este mismo enfermo era reoperado por una "colecistitis aguda no litiasica".

* Por esos tiempos se operó a un enfermo con una estenosis pilórica; como estaba tan flaco, sólo se practicó una gastroenteroanastomosis. Al tercer día, cuando empezó a comer, estaba feliz y comentaba que: "antes no me pasaba nada para abajo y hoy he visto que me salen los fideos enteros"; se salvó de morir porque al reoperarlo, esa misma tarde, se corrigió la gastroleostomía "inadvertida". . . , al fin y al cabo, sólo fue un asunto de técnica quirúrgica y no tanto de los metros de intestino excluidos.

* Después de muchos trámites con el obispo respectivo, pudo operarse a una joven religiosa carmelita con un cáncer gástrico; desgraciadamente, al tercer día "se soltaron" todas las suturas y murió; el cirujano operador consoló al resto de los médicos, explicándoles que: "como las carmelitas no comen carne, ella no tenía "cola" para que se pegaran las suturas"; cuando llegó el informe de la pieza operatoria y reveló que lo que había en el estómago no era un cáncer, sino una "gastritis hipertrófica pseudotumoral", todos quedaron en suspenso. . . es claro que faltaban muchos años para que se conociera lo que ahora se llama una "gastropatía perdedora de proteína". ¡Que Dios la tenga en su reino y nos ayude en nuestra ignorancia!

DE ALGUNOS DOCENTES Y ALUMNOS

* Hubo un docente tan presuntuoso del arte perceptivo de sus pulpejos, que alguien dijo haberlo oído afirmar que "había palpado el rodete inflamatorio de una úlcera gástrica". . . ¡Dios lo guarde. . . ! Este mismo docente, no por sadismo, sino como propedéutica, escondía bajo dos gruesas frazadas los más disímiles objetos y escarnecía a los alumnos que por la palpación del oculto conjunto eran incapaces de descifrar sus íntimas sustancias.

* Existió un interno tan meticuloso en preservar la asepsia de su maestro durante las operaciones que cuando una inocente mosca se posó en la venerable calva del operador, le asestó tal palmetazo que lo dejó parcialmente inconsciente por varios minutos.

* Un grupo de internos, contando con la tácita conspiración de algunos docentes, abusaron de la ingenuidad de los novatos de un primer año. Así fue que a varios, tras una intempestiva anoscopia, les rellenaron la ampolla con bolas de algodón, les colocaron un apretado apósito en el respectivo "ostium", lo anclaron con firmes telas adhesivas y los conminaron a no moverlo, sino después de veinticuatro horas. Otro grupo, confabulado

con los dueños de las “piezas oscuras”, simularon un examen digestivo usando como “medio de contraste” dos grandes vasos de leche de magnesia. Nunca se supo la reacción de estos novatos así “taponados” o “urgidos”.

* Un acucioso alumno informó a su instructor que a una enferma intubada dos días antes con una sonda de Miller-Abbott, le habían aparecido “unas carnosidades” en el ano, que desaparecieron con gran facilidad cuando se pinchó el balón con un simple alfiler.

Y si no se siguen contando “cosas” y “casos” que sucedieron en esos lejanos pero cordiales tiempos no es por falta de material, sino porque se terminó el espacio permitido por “los editores”.

¡O tempora! ¡O mores!, lo que traducido del sánscrito significa ¡Oh tiempo de los moros!

CAPITULO III

El Instituto
de Ciencias Biológicas
de la Pontificia Universidad
Católica de Chile

LAS CIENCIAS BIOLÓGICAS EN LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Luis Vargas F.

EL CULTIVO intensivo de la Biología se inicia en 1930 en la Universidad Católica de Chile con la fundación de la Escuela de Medicina, la cual nace con los ramos básicos propios de los currícula de la época. El inicio se refuerza con la incorporación de tres profesores extranjeros, entre los cuales Jaime Pi-Suñer, en Fisiología, dejara fructífera huella.

La Universidad deseaba fortalecer la actividad científica y, en 1936, el Comité que organizó la Escuela de Medicina discutió detenidamente la alternativa de fundar una Facultad de Ciencias Biológicas*. Se pensó que los futuros estudiantes del tercer año de Medicina podrían tener la oportunidad de continuar sus estudios en Medicina o en una Facultad de Ciencias. El proyecto, aprobado en principio, tuvo que ser abandonado, porque en esa época el país no poseía el personal docente para dicha Facultad, siendo imposible la contratación de profesores extranjeros para todo lo que faltaba. Puede decirse que este primer intento se materializó parcialmente en 1951, a través de la Licenciatura y Doctorado en Ciencias Biológicas, creado a partir de los estudios básicos que se realizaban en los tres primeros años de Medicina, y que graduó sobre la base de una estricta selección, a siete doctores en el período 1951-1971.

El anhelo de tener una Facultad de Ciencias volvió a manifestarse en 1961, en un segundo intento, durante la rectoría de Monseñor Alfredo Silva Santiago, rediscutiéndose ampliamente si la Universidad estaba preparada para sustentar una obra tan importante.

En 1970 la Universidad consideró que disponía del número crítico de profesores necesarios para fundar un instituto que concentrara la labor en Ciencias Biológicas. El Decreto de Rectoría N° 30/70, del 2 de febrero de 1970, estableció su creación. Entre los fines asignados al Instituto de Ciencias Biológicas (ICB), además de la docencia, figuró:

promover y realizar la investigación científica en el campo de las Ciencias Biológicas, y participar en las investigaciones interdisciplinarias aportando la perspectiva de la Biología**.

Llegamos a 1979, que marca otro hito en el desarrollo de las Ciencias Biológicas, al graduarse los primeros doctores con mención en Biología Celular, dentro de un programa seguido con la organización y exigencia actuales. En alguna manera se ha mantenido el espíritu original y se ha logrado, parcialmente, lo que se vislumbraba en su totalidad en sus comienzos.

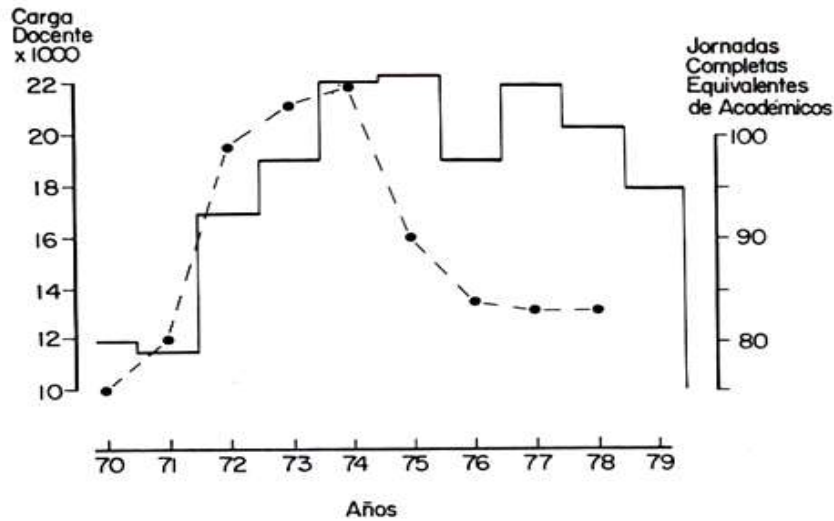
Nació así el ICB con los profesores de los ramos básicos de los tres primeros años del curriculum de Medicina y profesores de Pedagogía y Agronomía de la Universidad dedicados a la Biología. Después de un período en que contó con cuatro departamentos,

* Dato proporcionado por el profesor Joaquín Luco Valenzuela.

** Reglamento del ICB, Título I, artículo 2°.

GRAFICO 1.

RELACION ENTRE CARGA DOCENTE Y PLANTA DOCENTE

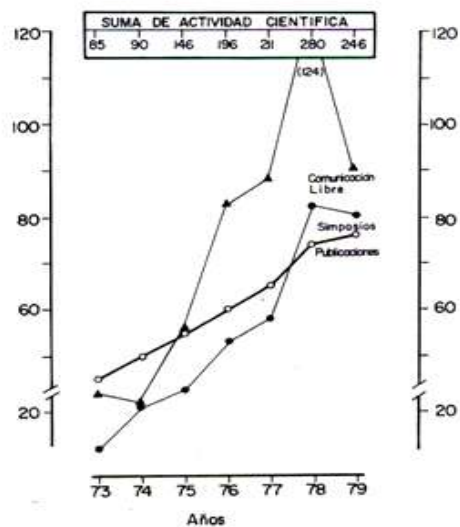


La Carga Docente se obtuvo de la siguiente manera: se multiplicó el número de alumnos de cada curso por el número de horas créditos correspondiente, y se sumaron estos productos (Comisión de Planificación 1979).

La Planta Docente está expresada en número de Jornadas Completas Equivalentes.

En 1975 se produjo la ruptura de la relación proporcional entre ambos parámetros, que venía observándose entre 1970 y 1973, y que ocurrió en el momento de la máxima Carga Docente. Obsérvese también que el año 1977 la razón Planta Docente/Carga Docente, llega a su punto más bajo. El año 1979 mejoró esta proporción, acercándose a los valores que existían en 1974.

GRAFICO 2.



Los tres indicadores muestran un ascenso a través de los años. La Actividad Científica Total (tabla superior), corresponde a la suma de los tres indicadores graficados. Ordenadas: cifras absolutas.

Se agradece especialmente a María Eugenia Kawada S., tecnólogo médico, por la revisión retrospectiva de todos los datos aquí presentados

adquirió su actual organización en tres departamentos relacionados con las temáticas principales: el Departamento de Biología Celular, interesado en Biología Celular, Genética y Molecular; el Departamento de Ciencias Fisiológicas, relacionado con los sistemas orgánicos, organísmicos y regulatorios, y el Departamento de Biología Ambiental y de Poblaciones, que incluye lo ecológico y poblacional.

El año 1974 tenía 102 profesores y jornada completa. En la actualidad se desempeña con 80 de estos profesores y ha logrado desarrollarse dentro de la organización departamental, con una carga docente que se ha mantenido alta (Gráfico 1).

La evolución de la actividad científica se resume en el Gráfico 2. Aquí se muestra la marcha de tres indicadores que en gran medida caracterizan a la labor científico-experimental:

- a) las publicaciones originales en revistas científicas con comité editorial;
- b) las comunicaciones libres presentadas a congresos científicos, y
- c) los simposios, mesas redondas, conferencias y seminarios.

(En publicaciones fueron excluidas las "en prensa", de modo que figuran sólo las aparecidas en cada año). Puede apreciarse un aumento regular y sostenido en las publicaciones, que estimamos como lo más representativo de la actividad científica (aumento de 43 a 76 publicaciones). Los otros dos indicadores también muestran un aumento progresivo, aunque con una variabilidad entre 1978 y 1979 para las comunicaciones libres.

La actividad científica guarda una relación proporcional con los medios financieros universitarios y extrauniversitarios como puede verse en el Gráfico 1. El aporte extrauniversitario o externo destinado específicamente a la investigación, conseguido por los académicos, ha sido tan importante como el interno, y en el año 1973 constituyó el soporte financiero principal.

Estos datos ilustran, en alguna manera, el estado actual del ICB, que ha logrado preservar un centro biológico que realiza investigación científica en variados campos de la biología, junto con una docencia que comprende a 1.600 alumnos-cursos por semestre, de cinco unidades académicas, y a 50 alumnos propios. Esta enseñanza de pregrado incluye 50 cursos anuales.

Entre 1970 y 1979, 204 estudiantes de la Universidad Católica y 128 de otras universidades han realizado sus tesis conducentes a títulos profesionales o grados, con los tres departamentos del Instituto (Gráfico 3).

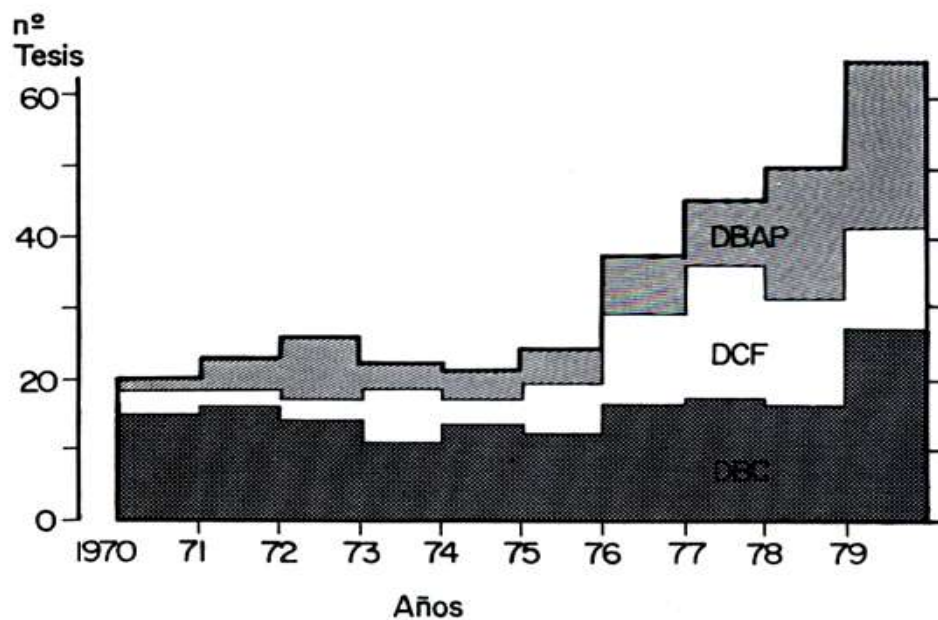
En 1979 se inició la Licenciatura en Bioquímica y se graduaron los primeros doctores en Ciencias Biológicas con mención en Biología Celular. En 1980 se dio comienzo al doctorado con mención en Ciencias Fisiológicas, y está sometido a aprobación el correspondiente a Ecología.

En los últimos años el Departamento de Biología Ambiental y de Poblaciones ha estado realizando interesantes investigaciones interdisciplinarias en programas con colaboración extranjera. Para dar una idea de esta investigación, mencionamos el estudio del matorral chileno y del equivalente californiano, que constituye un amplio proyecto de investigación que se ha ido realizando a través de varios años, a entera satisfacción. La influencia del hombre en los ecosistemas de la cordillera es otro de estos proyectos interdisciplinarios.

El personal ha debido trabajar con medios limitados, con recargo de funciones por la incipiente infraestructura y con inapropiados espacios físicos. Si a estos factores asociamos los mostrados en el Gráfico 1, tendremos una visión global del esfuerzo desplegado para procurar que el sueño de hace años lograra transformarse en realidad.

Este breve relato ilustra sucintamente el esfuerzo creativo de nuestra Universidad, orientado hacia el campo biomédico, y que permite celebrar cincuenta años de labor productiva biológica dentro de un ambiente de comprensión y estímulo.

GRAFICO 3.
TESIS DE PREGRADO



Se consideran sólo las Tesis que son requisitos para la obtención de Licenciatura o de Títulos Profesionales.

DBC = Departamento de Biología Celular.

DCF = Departamento de Ciencias Fisiológicas.

DBAP = Departamento de Biología Ambiental y de Poblaciones.

(Fuente: Comisión de Planificación).

CAPITULO IV

La Escuela de Enfermería
de la Pontificia Universidad
Católica de Chile

LA ESCUELA DE ENFERMERIA DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Lilian Viveros P.

LA ESCUELA de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica debe su inicio a las religiosas "Esclavas del Amor Misericordioso de Jesús y María", fundadoras del Instituto Cristo Rey de educación superior, anexo a nuestra Universidad. Siguiendo su tradición de educadoras, en 1950 crean una Escuela de Enfermería para religiosas. Esta iniciativa no tuvo eco en las Congregaciones nacionales y, frente a este hecho, Monseñor Carlos Casanueva, el entonces Rector de la Universidad Católica, con mente preclara y futurista alienta a las religiosas a continuar su iniciativa. En 1950 abrió sus puertas la Escuela de Enfermería "Isidora Lyon Cousiño" a las primeras alumnas: dos religiosas y diez seglares.

Es menestar reconocer las dotes de organizadora y administradora de la Reverenda Madre Margarita María Benson, Superiora de la Congregación y Directora del Instituto, quien posibilitó los inicios en las mejores condiciones físicas y materiales. No escatimó esfuerzos para dotar a la Escuela de aulas, biblioteca y un internado con excelentes instalaciones.

La doctora Alicia Padilla de Olivares fue nombrada primera Directora. Trabajó entusiastamente y en estrecha relación con la enfermera Lucrecia Rackela en la programación de un currículum. Eligió también a las enfermeras que serían las primeras profesoras.

La Facultad de Medicina participó en la tuición y responsabilidad docente y nombró como profesores a médicos de la Escuela de Medicina.

No podemos dejar de mencionar al primer grupo de profesores que impartió docencia: las enfermeras Nelly Rodó y Carmen San Martín, los médicos: Waldemar Badía, Lorenzo Cubillos, Juan Fortune, Armando Roa, Daniel Camus, Jorge Lewin e Ismael Canessa; el religioso Bruno Richlowsky; la nutricionista María Tamblay; el abogado Guillermo Lois. Todos ellos jóvenes y entusiastas hicieron suya la tarea de llevar a cabo la labor docente. Muchas veces la falta de experiencia fue superada ampliamente por la dedicación y el esfuerzo. Hoy podemos reconocer que su entusiasmo se ha visto coronado por el éxito. Más tarde, muchos otros se fueron sumando a esta labor.

Al igual que los seres humanos, las instituciones tienen sus penas y alegrías, y la Escuela no pudo escapar a este sino. En 1952 la obra rebasa las posibilidades de la Congregación. Las religiosas comprenden claramente el hecho y con hidalguía y desprendimiento institucional tocan las puertas de la Universidad para representarle la importancia de continuar con la obra iniciada. Monseñor Alfredo Silva Santiago y el doctor Cristóbal Espíldora, Decano de la Facultad de Medicina, acogen dicha solicitud. El Consejo Superior de la Universidad, en su sesión del 26 de octubre de 1952, decreta la incorporación de la Escuela de Enfermería a la Facultad de Medicina. Se busca un lugar para su instalación, comenzando en este momento un peregrinaje a través de los diferentes edificios de la Universidad, hasta que finalmente en 1959 la Escuela ocupa una de las

antiguas casas de la calle Lira, donde permanece hasta que el aumento de alumnas la hace trasladarse a su lugar actual, el cuarto piso de la Casa Central.

En 1954, al renunciar la doctora Padilla de Olivares a la Dirección de la Escuela, asume el cargo el doctor Jorge Lewin, quien permanece en él hasta 1957. En ese momento Monseñor Silva Santiago solicita a Lilian Viveros, profesora de la Escuela, que asuma la Dirección, en espera del regreso de la enfermera Dora Puelma, la que se encontraba realizando estudios en el extranjero.

A través de sus años de existencia, esta Escuela ha creado múltiples lazos de trabajo con otras Unidades Académicas de la Universidad. También se ha relacionado activamente con otras Escuelas de Enfermería del país. Entre los hechos que la colocan en el relevante plano que ocupa actualmente podemos mencionar la injerencia que tuvo en la formación de la "Sociedad Chilena de Enfermería". En 1962, Dora Puelma y otras directoras firman el "Acta de Constitución" como socias fundadoras. Esta Sociedad tiene un papel preponderante en la educación en Enfermería, permitiendo a las escuelas un intercambio enriquecedor en cuanto a experiencias docentes. Algunas directoras de nuestra Escuela, como Dora Puelma, Elba Mateluna y Lilian Viveros han ocupado la presidencia de esta Sociedad.

El aumento paulatino de alumnos fue dando cada vez más vida a la Escuela y se hace sentir la necesidad de mejorar cada vez más las actividades docentes. Ello ha llevado a becar a la mayoría de los profesores para lograr un perfeccionamiento profesional y pedagógico. En un período de cinco años se ha logrado que un porcentaje importante de profesores adquiera una preparación pedagógica y especialización.

Merece especial mención la iniciativa de nuestra Escuela para ofrecer perfeccionamiento profesional a las enfermeras tituladas. En 1973 es la primera Escuela del país que abre un Programa de Graduados que otorga el grado de Magister en Enfermería. Ingresan a él muchas profesionales enfermeras, especialmente profesoras de otras Escuelas de enfermería.

Otra iniciativa es la formación de un profesional en una nueva dimensión. En 1975 se inicia un programa que integra a la enseñanza de la obstetricia a la enfermería. A partir de 1980 la Universidad otorga el título de "Enfermera-Matrona". Este hecho ha significado, además del esfuerzo inherente a un nuevo programa, enfrentar posturas adversas de organismos ajenos a la Universidad.

Por último podemos señalar, sin falsa modestia, que la Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile en sus treinta años de vida ha llegado a ser pionera en la formación de enfermeras del país, tanto en el número de profesionales que egresa, como en su calidad en los aspectos científico-técnicos y muy especialmente en su formación ético-moral.

CAPITULO V

Desarrollo Estructural
de la Escuela de Medicina
de la Pontificia Universidad
Católica de Chile

**LOS DECANOS TITULARES
DE LA FACULTAD DE MEDICINA
DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA DE CHILE (1929-1980)**

LA DESIGNACION del Decano en la recién creada Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad Católica de Chile estaba reservada al Rector; por lo menos, esto se deduce del Decreto del 17 de junio de 1929 que, entre otras disposiciones expresa que:

“Vista la nota que precede del Rector de la Universidad Católica de Chile, Monseñor Carlos Casanueva... 2º Confirmamos en su cargo de decano de esta Facultad al Doctor don Carlos Monckeberg”.

Esto lo suscribía el Arzobispo de Santiago, algunos meses antes que la Universidad fuera denominada “Pontificia”. Es otra muestra que Monseñor Casanueva era sabio en consultar y decidir.

Es posible que algo semejante ocurriera en 1932 con la designación de don Luis Calvo Mackenna como decano y que, a raíz de su imprevista muerte, el Rector designara a don Cristóbal Espíldora Luque como su sucesor; el doctor Espíldora, aparte de sus personales méritos y de haber sido uno de los asesores del Rector para la creación de la Facultad, había sido Secretario de ella desde 1930.

El Decano Espíldora después de ejercer su cargo por varios períodos (1938-1953), bastante difíciles por lo demás, en su renuncia voluntaria “recomendó” a don Rodolfo Rencoret como su sucesor; no es posible saber si el Rector Casanueva consideró esta recomendación, desde luego muy sabia, pero el hecho fue que nombró Decano al doctor Rencoret.

Don Rodolfo Rencoret Donoso había formado parte del grupo de personalidades que asesoró a don Carlos Casanueva desde 1928 o antes, en su intento de crear la Facultad, había sido secretario de ella desde 1938 y desde 1940 era profesor de Cirugía y director del Hospital Clínico. Su sabio y fructífero decanato se mantuvo hasta junio de 1963 cuando el nuevo Rector, Monseñor Alfredo Silva Santiago, aceptó su renuncia indeclinable.

Entonces, el Rector consultó a los profesores titulares, y tal vez a otras personas, y nombró decano a don Fernando García-Huidobro Toro.

Cuando a mediados de 1965 el decano García-Huidobro renunció voluntariamente, el Rector volvió a consultar a los docentes titulares y a muchos de los entonces llamados “profesores asociados o auxiliares”; en esta encuesta, privada y por grupos, el Rector supo que más de los dos tercios de los profesores consultados deseaban como decano a don Roberto Barahona Silva y acogió esta opinión.

El decano Barahona resolvió muchos problemas inherentes al desarrollo de la Facultad, tanto en sus relaciones con la Universidad de Chile como en su seno, el encasillamiento del personal docente y administrativo pero por conflictos presupuestarios con algunas de las autoridades superiores de la Universidad puso su cargo a disposición de la Facultad a mediados de 1966, antes de terminar su período.

En agosto de 1966 los profesores titulares reunidos en una sesión extraordinaria de la Facultad propusieron como nuevo decano a don Juan de Dios Vial Correa; la obra realizada en su decanato, como el convenio con el Servicio Nacional de Salud para el uso del Hospital "Sótero del Río" como establecimiento hospitalario auxiliar para la docencia de alumnos e internos y la plena incorporación de la Facultad a varias de las comisiones de la Escuela de Graduados de la Universidad de Chile, fue deteriorada por la "Reforma Universitaria" y los acontecimientos derivados de ese movimiento. Su renuncia al cargo, el 11 de agosto de 1967, dejó a la Facultad sin decano y como su único vocero a su secretario, Enrique Montero; éste, tras difíciles gestiones entre el renunciante Rector y él, por lo mismo, inoperante Prorector don Fernando Castillo Velasco, pudo citar a la Facultad para la elección de decano sólo cuando la Santa Sede comunicó al Rector Silva Santiago la aceptación de su renuncia.

El 23 de agosto de 1967, por primera vez en la historia de la Facultad, los profesores titulares, asociados y auxiliares y los representantes de los estamentos de estudiantes y del personal administrativo eligieron por amplia mayoría, en votación directa y secreta, al profesor Juan Ignacio Monge Espiñeira como decano de la Facultad de Medicina. Su decanato, que completó a mediados de 1970, tuvo como realizaciones sobresalientes la reorganización docente y administrativa de la Facultad, el convenio con el Servicio Nacional de Salud para una asignación monetaria mensual a los internos y la incorporación para la docencia e internado del nuevo Hospital Pediátrico "Josefina Martínez de Ferrari", colindante con el Hospital "Sótero del Río".

En 1970, concluido el período reglamentario del doctor Monge, la Facultad eligió por votación al próximo decano, don Hugo Salvestrini Ricci, profesor de Cirugía y pionero en la creación y desarrollo del Servicio de Cirugía de Tórax; el doctor Salvestrini renunció al decanato, por motivos personales, en mayo de 1972.

Por este motivo la Facultad se reunió en pleno y nuevamente por elección directa eligió como su decano a don Ramón Ortúzar Escobar, profesor de Medicina y uno de los más prominentes médicos que iniciaron la docencia y la asistencia en el Hospital Clínico.

Cuando el 20 de octubre de 1973 la Honorable Junta de Gobierno nombró como Rector-Delegado al vicealmirante (R) don Jorge Swett Madge, el decano Ortúzar fue confirmado en el cargo y terminó su período a fines de julio de 1975.

El 30 de julio de 1975 el Rector-Delegado, previa consulta con los jefes de Departamentos y otros docentes, designó como decano a don Pablo Casanegra Prnjat, ex alumno de la Escuela de Medicina y uno de los principales artífices de los aspectos quirúrgicos de la enfermedad coronaria. El decano Casanegra completó reglamentariamente su período el 31 de julio de 1978.

Un proceso similar al antedicho se realizó entre agosto y septiembre de 1978 para que fuera nombrado decano don Carlos Quintana Villar, también ex alumno de esta Escuela, y desde varios años antes, jefe del Departamento de Gastroenterología.

Las óptimas cualidades académicas y humanas de estos dos últimos decanos son tan ampliamente conocidas y apreciadas por la comunidad universitaria que hacen obvia una mayor reseña.

También parece obvio recordar que en estos cincuenta años de la Facultad hubo decanos subrogantes, que tuvieron que asumir este difícil cargo cuando el decano titular debía alejarse temporalmente; como es casi imposible precisar las fechas y las personas que han ejercido el decanato como subrogantes, sólo se mencionan algunos de ellos: don Luis Vargas Fernández, don Joaquín Luco, don Héctor Croxatto, don Fernán Díaz, don Enrique Montero, don Ricardo Ferretti y don Salvador Vial.

Sólo resta desear que el actual decano, don Carlos Quintana Villar y sus asesores, don Vicente Valdivieso Dávila, director de la Escuela; don Sergio Jacobelli Gabrielli, secretario de la Escuela y don Osvaldo Llanos López, director del Hospital, puedan resistir el huracán de este quincuagésimo aniversario.

Para todos los que han contribuido al desarrollo de la Facultad, con su sacrificio y sus desvelos, sólo a veces coronados con una diadema, como los mártires, solamente cabe pronunciar la solemne congratulación "ad multos annos"

DON CARLOS MONCKEBERG BARROS
(1929 - 1932)



DON LUIS CALVO MACKENNA
(1932 - 1938)



DON CRISTOBAL ESPILDORA LUQUE
(1938 - 1953)



DON RODOLFO RENCORET DONOSO
(1953 - 1963)



DON FERNANDO GARCIA-HUIDOBRO TORO
(1963 - 1965)



DON ROBERTO BARAHONA SILVA
(1965 - 1966)

DON JUAN DE DIOS VIAL CORREA
(1966 - 1967)



DON JUAN IGNACIO MONGE ESPÍNEIRA
(1967 - 1970)



DON HUGO SALVESTRINI RICCI
(1970 - 1972)



DON RAMON ORTUZAR ESCOBAR
(1972 - 1975)



DON PABLO CASANEGRA PRNJAT
(1975 - 1978)



DON CARLOS QUINTANA VILLAR
(1978 -)

ANATOMIA HUMANA

Humberto Guiraldes

PARA el autor, actual Profesor Titular del Departamento de Anatomía de la Escuela de Medicina, escribir la historia de la Anatomía en los largos cincuenta años que han transcurrido desde su fundación, constituye casi una aventura por haber sido protagonista sólo en los últimos años; por esto lo más probable es que "mi historia" no sea más que un relato muy apretado del calendario de actividades de la asignatura desde el año 1930 hasta la fecha, insertando de vez en cuando una que otra anécdota obtenida de hechos vividos por algunos connotados ex docentes y ex alumnos que colaboraron de una u otra manera con el autor.

La asignatura de Anatomía Humana nace en la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile junto con ella, en el año 1930.

La entonces Cátedra de Anatomía Humana fue dictada por el Dr. Aguirre Luco, quien era hijo de don José Joaquín Aguirre y contó como sus profesores ayudantes a los doctores Cristóbal Espíldora y Rodolfo Rencoret y como jefe del Museo al Dr. Ricardo Benavente.

La primera planta de ayudantes incluyó a: José Estévez, Eduardo Keymer, Aníbal Rodríguez e Ignacio Pinto; en 1931 ya ampliado el programa al segundo año de la Escuela, el profesor Aguirre inició el curso quedando la enseñanza en el primer año en manos de Cristóbal Espíldora; aparte de algunos cambios en la distribución académica esta situación se mantuvo hasta 1933, aunque el profesor Aguirre permanece como director de la Cátedra, aparentemente delega las funciones propiamente docentes en los profesores Espíldora y Rencoret; en esos tres años actuaron como ayudantes: Ignacio Ovalle, Alfonso Ovalle, Luis Vargas, Humberto Arellano, Moisés Figueroa, Alberto Donoso, Raúl Mujica, Osvaldo Pérez, Jorge Alliende, Alberto Pardo, Fernando Cancino, Ramón Montero, Eduardo Díaz, Evaristo Santos y Luis Valenzuela.

Fallecido don Roberto Aguirre lo sucedió como director de la Cátedra don Cristóbal Espíldora, quien en el año 1939 era además Decano, siendo secretario de la Facultad el Dr. Rodolfo Rencoret, quien también era profesor de Anatomía.

Durante este período y hasta 1944 a los nombres de los fundadores profesores Espíldora, Rencoret y Benavente y de algunos ayudantes como Max Müller y Roberto Aguirre, se agregaron por períodos variables los nombres de Alfonso Tejada, Gastón Fuenzalida, Arturo Lavín, Gervasio Coronata, Camilo Cereceda, Marcos Donoso, Gustavo Zúñiga, Aurelio Matus, Víctor Maturana y Juan Fortune.

Mención especial merece el Dr. Max Müller, quien ingresara a la Cátedra en 1937 y durante el período de los profesores Espíldora y Rencoret, llegó a ser jefe de trabajos prácticos y director del Museo, quien recuerda:

Las clases del Dr. Aguirre y del Dr. Rencoret eran extraordinarias, interesantísimas, pues ambos seguían la utilización práctica de los hechos anatómicos aplicados a la

clínica. Creo que Espíldora era más ameno y salpicaba sus clases con anécdotas muy interesantes, que matizaban la aridez del estudio, haciéndolo más atractivo para el alumno.

Más tarde la asignatura es dirigida por el profesor Ricardo Benavente Garcés; jefe de trabajos prácticos es el Dr. Max Müller Vega, quien llegaría finalmente al grado de Profesor Titular de Anatomía.

Anotamos durante este período y hasta la formación del Departamento de Anatomía en 1954 entre los ayudantes de Anatomía a los doctores Aurelio Matus, Juan Fortune, Manuel Vidal, Juan Ignacio Monge, Ricardo Garibaldi, y los ayudantes alumnos señores: Fernando Goñi, Exequiel Fernández, Galvarino Pérez, Juan Reveco, Guido Díaz, Carlos Alonso; los doctores Juan Fortune e Igor Kalinowsky ocuparon el cargo de jefe de trabajos prácticos y prosectoría por los años 1950-1951; el Dr. Kalinowsky era, además, jefe de museo y desempeñaba otras tareas agregadas.

Cuenta el profesor Max Müller en una relación de la historia de la asignatura hecha por él, que en ese período fue incrementada la ya rica biblioteca del Departamento con obras de autores alemanes, ingleses y norteamericanos, agregándolas a las obras de los franceses preexistentes, se iniciaron suscripciones a revistas, etc.

Por esta época se montaron las técnicas de transparentación de tejidos, las de parafinación de tejidos, descritas por el Dr. Ara y las de corrosión. La radiología comenzó a ser usada en varios trabajos, tesis y demostraciones.

Cabe mencionar entre los nombres de los autores de trabajos y tesis efectuadas en la cátedra a Ivo Sapunar, Juan Pablo Velasco, Oscar Peralta, Aurelio Matus, Norman Mac-Cawley.

Una "Guía de Disección" de la que fue autor el profesor Max Müller, teniendo como coautores a los doctores Kalinowsky y Matus, también fue producto de esa época.

En ese tiempo el curso de anatomía duraba dos años.

En 1954 nuevos planes de estudio se ponen en marcha en la Escuela de Medicina, producto de la necesaria adecuación que los estudios médicos debían tener de acuerdo a la época, avance de la ciencia, etc.

Como consecuencia de ello, Anatomía vio reducido su curso de dos años a un año de duración. Además se forma el Departamento de Anatomía, adscribiéndose a él: Anatomía, cuyo profesor era el Dr. Ricardo Benavente, Histología, profesor Dr. Juan de Dios Vial y Embriología, profesor Dr. Arturo Atria.

Completaban el cuadro docente el profesor agregado de Embriología, Dr. Luis Izquierdo, y el jefe de trabajos prácticos, Dr. Patricio Sánchez; los ayudantes E. Jiménez, J. Valencia y los preparadores R. Fuentes, O. Gatica y G. Fernández.

Se aprecia un intento de integración de los ramos morfológicos y al decir del profesor Juan de Dios Vial ésta fue iniciativa del Decano, Dr. Rodolfo Rencoret, y del Director de la Escuela, Dr. Luis Vargas F.:

Ellos quisieron reunir en un solo conjunto las cátedras de Anatomía, Histología y Embriología. Buscaban renovar la enseñanza de esos ramos y permitir que se desarrollara en ellos la investigación.

Sin desconocer la obra que desarrollaban las cátedras, se buscaba aprovechar mejor el tiempo de los alumnos y adecuar los planes de estudio a los tiempos que corrían.

De la relación de la historia de la Histología en la Universidad Católica entre los años 1952 a 1980, hecha por Juan de Dios Vial y otros datos obtenidos de docentes de la época, se deduce que el cambio de estructura alejó de la docencia activa en anatomía a muchos de los que compartían las ideas y sistemas anteriores. El profesor Vial, según sus propias palabras, debió dictar clases de anatomía macroscópica en calidad de profesor encargado de curso, siendo su principal dedicación la histología:

Este cambio permitió reducir el tiempo dedicado a la enseñanza de los ramos morfológicos, lo cual era evidentemente una condición inexcusable para el ordenamiento curricular de los primeros y para darle a otras materias la extensión

que sus progresos exigían. Permitió renovar la pedagogía, desterrando al fin el uso del texto de Testut, adoptando textos más modernos y dinámicos. Atrajo a la docencia a numerosos profesionales jóvenes que habían de dar a la enseñanza anatómica un estilo nuevo. Gracias en buena parte a esta ayuda se pudieron superar las dificultades e improvisaciones iniciales.

Uno de los profesionales jóvenes que ingresó al Departamento fue el Dr. Jorge Méndez, quien en 1963 fue invitado a incorporarse a Neurocirugía y, además, parte de su contrato lo hacía tomar obligaciones en el curso de anatomía normal, aquellas paulatinamente fueron aumentando, hasta ser nombrado Profesor de Anatomía en 1967.

Correspondió al Dr. Jorge Méndez organizar las materias del curso en forma topográfica descriptiva, dividiéndolas en capítulos a cargo de cirujanos especialistas en cada una, lo que haría posible un contacto con la clínica que hace el ramo más motivante. El dividió el curso en cuatro capítulos: abdomen y pelvis; cuello y tórax; aparato locomotor y sistema nervioso. Relata que:

El texto de Anatomía de Hamilton que había desplazado al antiguo Testut durante el período del profesor Vial fue designado como texto oficial, por considerarse un texto de excelente calidad, de una extensión adecuada sin tener que caer en las largas lecciones clásicas de anatomía y, por otra parte, con la idea de familiarizar al estudiante de medicina con el lenguaje científico inglés, que es el utilizado por la gran mayoría de las publicaciones científicas médicas.

Explica además, respecto de algunos problemas perennes en la docencia en anatomía:

El eterno problema de olvidar fácilmente las materias aprendidas en anatomía, aun estando realizándose el curso, nos llevó a instaurar el sistema de las interrogaciones semanales de la materia recién pasada. Estas interrogaciones fueron perfeccionadas con el sistema de múltiple elección, lo que permitía una justa y uniforme valorización de los estudiantes. En algunos capítulos como por ejemplo, el de anatomía del sistema nervioso central, se introdujeron algunas técnicas de aprendizaje basadas en la rotulación de las estructuras en un atlas elemental que confeccionaba cada estudiante. Este método nos pareció que mejoró substancialmente el aprendizaje de la anatomía del sistema nervioso, de por sí, uno de los capítulos más difíciles.

Por los años 1970-1971 Jorge Méndez, debido a sus obligaciones con su labor clínica, en conversaciones sostenidas con Juan de Dios Vial, le expresó que:

La anatomía normal debía estar a cargo de un anatomista que no solamente dictara el curso, sino que además realizara labores de investigación en esta materia y estuviera dedicado completamente al desarrollo de ella.

Fue así como en octubre de 1971, por invitación del Dr. Jorge Méndez y de las autoridades académicas de la época, me hice cargo de la Cátedra de Anatomía.

Admito que en esta parte de la historia quisiera desdoblarme en historiador crítico de lo que hemos logrado hacer durante los años transcurridos desde 1971 a la fecha. Además, por ser un pasado tan próximo en ciertos momentos dejará de ser historia, proyectándose un poco a futuro. Imagino que este período será mejor y más objetivamente evaluado por quienes nos están sufriendo.

No puedo dejar de señalar que la idea de la creación en la Universidad Católica de un Programa de Odontoestomatología influyó en mi decisión de dejar la Universidad de Chile y trasladarme a la Universidad Católica, pues mis condiciones de odontólogo y dedicación a la investigación ligada al territorio máxilo-facial podrían desarrollarse mejor.

Dada la tradicional y enaltecida libertad cultivada en la Facultad de Medicina de la Universidad Católica en el terreno de la investigación, mi campo de acción en esos temas no ha variado; no obstante el destino de todos conocido que tuvo el programa mencionado.

A esta altura desearía relatar mi impresión de lo que era la Cátedra de Anatomía al hacerme cargo de ella.

El antiguo museo guardado en un mueble especial y algunos departamentos del recién creado Instituto de Ciencias Biológicas, que compartían el tercer piso del edificio, continuaban tratando de crecer a costa de lo que quedaba de la antigua planta física de la cátedra.

Comprendimos que la necesidad de espacio era grande para ellos, pero también para nosotros.

Los años 1972 y 1973 fueron de ordenamiento y observación de lo que se había logrado avanzar en docencia tanto en el curso de Anatomía General como en el de Neuroanatomía, reconocido como tal en 1972.

Esos años, caracterizados por desórdenes sociales e institucionales, también complicaban el desarrollo de la docencia y de la investigación.

A la ayuda del Director de la Escuela, Dr. Víctor Maturana, se sumó a fines de 1973 la del Dr. Juan Ignacio Monge, mediante lo cual conseguimos los equipos para nuestro laboratorio básico y con la creación del Programa de Odontostomatología pudimos reacondicionar nuestro pabellón. Estos acomodos nos habían permitido llegar a trabajar con una mínima eficiencia a fines de 1974 en 180 m² de planta física.

Al Dr. Maturana lo sucedió el Dr. Salvador Vial; conversaciones cort él y con el decano Dr. Ramón Ortúzar me llevaron a plantear dar forma a una nueva etapa y es así como propusimos desarrollar algunas ideas que son el resultado de un análisis crítico del papel que la anatomía como ciencia y como información fundamental tiene en la formación de un médico.

No concebimos un médico clínico sin la capacidad de manejar la información anatómica fundamental concerniente a su campo de acción.

El equipo de personas que concretaría esta nueva etapa necesariamente debía poseer características diferentes a los que llevaron adelante las otras.

Anatomistas, cuya actividad principal fuera la anatomía, serían los ejes del desarrollo del Departamento. Se elegirían entre personas capaces de llevar adelante líneas de investigación bien definidas y cuya preparación docente en anatomía macroscópica les permitiera cumplir con la exigencia que impone la calidad de ramo básico de servicio a la medicina, que tiene y seguirá teniendo la anatomía. Debían tener características personales que les permitieran formar con facilidad equipos de trabajo.

Junto a estos "anatomistas profesionales" deberán actuar, ojalá los mejores clínicos que se interesen en la docencia del ramo, dada la importancia que tiene la integración y motivación que puedan hacer, tanto de materias específicas de su propio campo en lo docente, como la guía e influencia que ejercen en la investigación. Es obvio decir que entre los anatomistas clínicos la mayoría son cirujanos de gran dedicación en la propia Escuela de Medicina, lo que permite exigirles su máxima entrega durante el período que dura el capítulo al que están adscritos. Esta situación refuerza el aprovechamiento práctico del aprendizaje de la anatomía, pues nadie se ve obligado a enseñar exclusivamente teoría o práctica sin base clínica, "nadie enseña lo que no pertenece al campo anatómico de su acción"; de esta mezcla de quehaceres entre lo anátomo-clínico práctico y lo anatómico general básico, producto del equipo formado por anatomistas especialistas y anatomistas profesionales, se ha obtenido un mejor rendimiento que el de uno u otro grupo por separado.

Alumnos de postgrado y ayudantes-alumnos de pregrado, técnicos especialistas y secretaría docente completan el listado de un equipo que ha producido en estos años lo siguiente:

La Cátedra de Anatomía que históricamente contaba al comienzo con un piso completo para pabellones y museo, un subterráneo para el depósito de cadáveres conectado con un ascensor, con el tiempo fue cediendo lugares, pues ante la necesidad de crecer de otras asignaturas sonaba exagerado tantos metros cuadrados para más o menos treinta alumnos.

En 1974 los alumnos por curso eran más o menos cien y el espacio había disminuido a menos de un tercio del original, lo que también había llegado a ser exagerado.

La cooperación del señor Rector, don Jorge Swett Madge, y del Dr. Salvador Vial, más el empeño nuestro permitió en los años 1977-1978 montar un nuevo pabellón de disección, laboratorios básicos, sala de recepción y mantención de cadáveres; todos adecuados para un buen manejo de la higiene. Ha sido diseñada una sala para el montaje de lupas estereoscópicas, ya obtenidas, las que apoyarán la docencia de neuroanatomía y permitirán la visión a pequeño aumento de varias estructuras de la anatomía macroscópica. El estudio de estructura de órganos y algunas regiones con pequeño aumento mejorará nuestra docencia y nos permitirá proyectar desde ya la base anatómica para el desarrollo de la microcirugía.

Para explicar lo que hemos hecho en docencia en estos años es indispensable relatar las observaciones y las ideas básicas en que se apoyan los cambios propuestos y considerar también algunos hechos históricos.

La anatomía, cuya docencia siempre ocupó un lugar preponderante en el plan de estudios de Medicina, debió ceder lugar en el plan de estudios a otras ciencias biológicas que eran y son indispensables en la formación del médico.

Posteriormente la Escuela de Medicina debió adecuarse por imposición del Reglamento General de la Universidad, al sistema de créditos y semestres.

Consideramos que es difícil comparar, en términos de duración en meses o años, un curso de los antiguos con un curso de los actuales con sistema de semestres y créditos, sin conocer en qué consisten estos últimos, pero señalaremos que partimos en 1972 con un curso de anatomía general, ubicado en el segundo semestre, y de un semestre de duración, cuya actividad estaba repartida en cuatro tardes por semana y un curso de neuroanatomía ubicado en el segundo semestre de la carrera con actividad una tarde por semana.

Luego de la readecuación en 1976, nuestros cursos duran: Anatomía General, un semestre y medio con actividad de tres tardes por semana, ubicado en el primer semestre de estudios; Neuroanatomía, con actividad una tarde por semana, ubicado en el cuarto semestre de estudios. A estos cursos debe agregarse el papel que deben tener en docencia la creación del Laboratorio Audiovisual de Anatomía Clínica.

Con la habilitación de laboratorios básicos se ha podido impulsar dos líneas de investigación, guiadas por anatomistas de jornada completa:

I. Variaciones y cambios de la arquitectura vascular en diversos territorios de la economía.

II. Neuroanatomía de la vía óptica.

La organización de estas líneas de investigación y el empleo de sus técnicas especiales ha permitido a muchos anatomistas, especialistas, profesores de otras asignaturas, investigadores de otras Facultades y a los ayudantes-alumnos publicar estos años veintiún trabajos y otros tantos en ejecución y, a medida que pasa el tiempo, en algunos se convertirán en nuevas líneas de investigación.

La planta actual [1980] del Departamento de Anatomía está formada por:

Dr. Humberto Guiraldes: Profesor Titular.

Dr. Hermes Bravo: Profesor Auxiliar.

Dr. Hernán Oddó, Dr. Juan Arraztoa, Dr. Alfredo Elgueta: Jefes de Capítulos.

Dra. Viola Kurth: Radióloga

Dr. Oscar Insunza: Ayudante de Anatomía. Jornada completa.

Dr. Ismael Pizarro, Dr. Luis Román, Dr. Augusto León, Dr. Carlos Liendo, Dr. Jaime Paulos, Dr. Gonzalo Torrealba, Dr. Sergio del Villar: Ayudantes.

Dr. Jorge Robert, Dr. Mauricio Besio, Dr. Leopoldo Suárez, Dr. Luis Valenzuela, Dr. Jaime Godoy: Ayudantes de Docencia en Anatomía.

María Estrella Palacio: Secretaria

Manuel Carrasco, Manuel Valenzuela, Heriberto Aguilar: Técnicos.

Ayudantes alumnos que debemos mencionar: señoritas Avelina Valenzuela, Isabel Ferone, Ana Ortiz, Virginia Araya; señores Alejandro Yenes, Carlos Saldías, Octavio Castillo, Germán Pacheco, Ricardo Espinoza, Rodolfo Espinoza, Cristián Ovalle, Isaías San Martín, Sergio Sanhueza, José Lam, Luis Marín, Marcos Bidegain, Sergio Valdés.

He dejado para el final de este recuento histórico la lista de estos jóvenes, aunque, sin duda, representan parte del futuro de este Departamento de Anatomía.

ANATOMIA PATOLOGICA

Roberto Barahona S.

EN MI CALIDAD de fundador de la Escuela de Medicina en 1930 y de Profesor Titular de Biología General desde 1934, fui a menudo consultado, tanto por el Rector Casanueva, como por el Dr. Cristóbal Espíldora Luque, reciente Decano de la Facultad y el Dr. Rodolfo Rencoret, secretario de la misma. No hubo dudas sobre quién debería ser el profesor de la cátedra. Todos pensamos en el Dr. Ismael Mena Rivera, jefe del Servicio de Anatomía Patológica del Hospital del Salvador, quien había realizado entre 1928 y 1930 un curso de especialización con el profesor Max Westenhoeffer, en el Augusta Hospital, de Berlín. En esa época el Dr. Ismael Mena era la figura de mayor prestigio en la Anatomía Patológica nacional, y compartía con el profesor contratado por la Universidad de Concepción, Dr. Ernesto Herzog, la más alta confianza del cuerpo médico del país. Aceptada por el Dr. Mena la misión que se le encomendaba, me confió la tarea de colaborar con él en la empresa.

Se nos presentaban dos problemas: por una parte, la creación de un servicio de Anatomía Patológica en el Hospital, cuya construcción se terminaba y, por otra parte, la concepción y organización correspondiente de la actividad académica y docente de ese servicio, en otras palabras, la creación de la Cátedra de Anatomía Patológica.

Por el hecho de tener que presentar anualmente mis alumnos de Biología General ante comisiones de la Universidad de Chile y por ser asesor anatómo-patólogo en el Servicio y Cátedra de Medicina de la Universidad de Chile, que dirigía el profesor Dr. Hernán Alessandri, yo estaba particularmente bien informado del currículum de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y, por lo mismo, de sus defectos. Sobre esta base, recomendé al Dr. Ismael Mena recuperar para los anatómo-patólogos la Cátedra de Patología General. Mi proposición concreta fue: crear un curso de patología general sobre la base de la morfología patológica y crear simultáneamente un curso de patología funcional o de fisiopatología, regentado por un profesor experto en patología experimental y en fisiología. La Dirección de la Universidad aceptó estos puntos de vista. Ello tuvo consecuencias sobre el currículum de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. En efecto, dictado el primer curso del tercer año, nuestros alumnos concurrieron a dar el examen de Patología General con dos profesores, el anatómo-patólogo y el fisiopatólogo. En el proyecto de reforma de los estudios médicos, que poco tiempo después presentaron algunos clínicos de la Universidad de Chile, se estableció un curso de Anatomía Patológica General en tercer año y un curso de Fisiopatología, también en tercer año, de acuerdo al esquema que había sido elaborado por la Universidad Católica previamente.

Meses antes de iniciarse las clases se me encargó la preparación del curso de histopatología, primero para Patología General y luego para Patología Especial. A este efecto adquirimos un viejo micrótopo Zimmermann, dado de baja en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y con él entrenamos a un mozo del museo del Instituto de Anatomía Patológica del Hospital del Salvador. Disponíamos del abundante material de inclusiones del Hospital del Salvador, tanto en autopsias como en biopsias quirúrgicas. De esta manera, en el plazo de algunos meses, pudimos tener una abundante colección de preparaciones para un curso de 25 alumnos. Como profesor de Biología General, cedí igual número de microscopios a la cátedra que regentaría el Dr. Mena.

A continuación nos ocupamos del Servicio de Anatomía Patológica del Hospital Clínico de la Universidad Católica. Ese asunto fue tomado directamente por el Dr. Mena. Debe señalarse que en los planos hechos por el señor Devilat, arquitecto jefe del Servicio Nacional de Salud, no se consultaba un espacio para Anatomía Patológica. El primer piso estaba dedicado a recepción, farmacia y consultorio externo; en el subterráneo existía un espacio destinado, en parte, a bodega de farmacia y, en parte, a panadería. Estos espacios del subterráneo fueron reclamados por el Dr. Mena para establecer ahí el Servicio de Anatomía Patológica, lo que después de largas y difíciles discusiones fue fallado favorablemente por el Rector Casanueva. El Servicio de Anatomía Patológica primitivo constaba, por lo tanto, de los cuartos que dan hacia el hall de entrada del actual subterráneo, a saber: a mano derecha, la sala de recepción de muestras y, hacia el fondo, una sala con una mesa de autopsia; hacia el frente, tres piezas; una para el patólogo, otra para secretaría y otra de laboratorio de histopatología. También había dos piezas grandes a mano izquierda, una destinada a recepción de cadáveres y otra muy extensa que se destinó a capilla ardiente, con un altar en el que podría celebrarse misa.

En los primeros tiempos el laboratorio y el Servicio no funcionaron. Cuando empezaron a hospitalizarse enfermos se practicaron algunas autopsias. Estas fueron realizadas por el Dr. Ismael Mena, quien trasladaba al Hospital del Salvador las muestras para estudio microscópico.

En 1942 se inauguró el tercer año de Medicina y con él el primer curso de Patología General. Las clases se realizaban en el Hospital con material del mismo, pues el Hospital de la Universidad Católica sólo tenía en funciones en ese momento el consultorio externo. El curso teórico sistemático estaba a cargo del Dr. Mena y el curso de histopatología estuvo bajo mi responsabilidad.

En su enseñanza, el Dr. Mena innovó radicalmente, siguiendo a su maestro el profesor Max Westenhoeffer y la tradición centenaria de los maestros alemanes. La enseñanza no estuvo concentrada en la lección teórica, por el contrario, el eje alrededor del cual giraba la parte más importante de su labor docente era la presentación y análisis de una pieza anatómica. Desde el primer día, el Dr. Mena acostumbraba a presentar una pieza quirúrgica o un órgano procedente de una autopsia, en el cual existían lesiones notorias, en los primeros tiempos del curso, y menos perceptibles, a medida que el curso progresaba. Dos alumnos, llamados al azar, debían observar cuidadosamente la pieza y realizar una descripción, lo más exacta y correcta posible. Este proceso tomaba algún tiempo y en él el Dr. Mena corregía errores de observación, defectos de expresión o planteaba interrogantes sobre el significado del carácter que la descripción estaba atribuyéndole a la alteración. Con frecuencia se dirigía también a los estudiantes que observaban este diálogo, los hacía participar y los estimulaba cuando su intervención era acertada. La mayor parte de la lección estaba ocupada por esta demostración objetiva macroscópica, la que a veces era interrumpida por explicaciones anexas e incluso por anécdotas de la experiencia personal. En la parte final de la clase el Dr. Mena hacía una exposición sobre el proceso patológico presentado; finalmente, sin relación con lo anterior, exponía teóricamente de manera resumida algún capítulo sistematizado de la patología general.

Paralelamente y siguiendo el orden de esta lección teórica, estaba el curso de histopatología que me tocaba presentar. Para ello, los alumnos observaban las preparaciones a través de microproyecciones realizadas en la sala de reuniones del

Instituto de Patología del Hospital del Salvador. Me preocupé de adiestrar a los alumnos en el reconocimiento del órgano normal, en la observación de aquello anormal que aparecía ya con los aumentos más pequeños y de la interpretación de los diversos procesos patológicos generales hasta llegar a un diagnóstico de este tipo. A continuación cada alumno recibía un ejemplar de las preparaciones proyectadas y las estudiaba personalmente en su microscopio, procediendo después a realizar dibujos los más fieles posibles.

Este curso de patología general morfológico sólo se realizaba antes en la Universidad de Concepción, a cargo del profesor Herzog. En la Universidad de Chile dicho curso no existía y por ello la diferencia entre los alumnos de ambas escuelas fue desde el primer momento notoria. A fines de año, nuestros alumnos conocían con bastante familiaridad la nomenclatura y los caracteres fundamentales de los procesos más importantes de la patología. En esa oportunidad el examen fue tomado por la comisión que presidía en la Universidad de Chile el profesor titular, Dr. Armando Larraguibel, y su jefe de trabajos, Dr. José Donoso, y por la Universidad Católica una pareja constituida por el Dr. Ismael Mena y el profesor de Fisiopatología, Dr. Luis Vargas Fernández. Nuestros alumnos cumplieron satisfactoriamente y nuestros docentes recibieron felicitaciones de parte de la comisión oficial.

En 1943 se dictó el primer curso de Anatomía Patológica Especial correspondiente al 4º año de Medicina. Como ayudante docente en el trabajo de histopatología fui designado por el doctor Ismael Mena, en tanto el Dr. Miguel Ossandón me reemplazó como ayudante de histopatología en el curso de Patología General. El curso se realizó siguiendo el mismo modelo del de Patología General: versó sobre la patología de los órganos y sistemas y se limitó a los fenómenos más importantes y más frecuentes. Para su exposición se siguió el método de presentación de vísceras y su examen, discusión e interpretación por parte de los alumnos. A continuación el Dr. Mena hacía un pequeño resumen del proceso patológico presentado y luego, como el año anterior, exponía sistemáticamente las lesiones de aparatos y sistemas. Paralelamente, yo dictaba un curso de histopatología según el esquema también antes esbozado: proyección de preparaciones y luego examen de las mismas individualmente por los estudiantes. Como el curso era poco numeroso, nuestro contacto con los alumnos fue muy estrecho y pudimos evaluar con gran exactitud el grado de conocimiento y de maduración que habían adquirido al terminar el mismo. No hubo necesidad para ello de interrogaciones ni de pruebas escritas.

El Dr. Ismael Mena dedicó sus mejores esfuerzos a la enseñanza objetiva de la especialidad; sus ayudantes colaboramos con el mismo entusiasmo y los estudiantes, como es habitual en los cursos iniciales, no escatimaron esfuerzos para corresponder a la labor docente que recibían. Aun cuando el Dr. Mena era indiscutiblemente el patólogo de mayor jerarquía en el país y aun cuando el material que se había presentado a los alumnos había sido abundante y adecuado y la labor de los docentes cuidadosamente planificada, notábamos al final del curso que el Dr. Mena, sin que lo expresara, estaba inquieto. Le preocupaba el examen que nuestros alumnos deberían rendir ante una comisión de otra universidad, la cual estaba formada por el profesor ordinario de Anatomía Patológica de esa Universidad, doctor Emilio Croizet, y por el profesor extraordinario de la misma Cátedra, doctor Héctor Rodríguez Hernández. El Dr. Mena pensaba que un examen de Anatomía Patológica no se podía llevar a cabo mediante palabras, sino a través de una experiencia objetiva; con este motivo, invitó al doctor Croizet al Instituto de Anatomía Patológica del Hospital del Salvador, le hizo conocer su organización, sus medios de trabajo y sus recursos humanos y le consultó cómo debería hacerse el examen práctico que, a su juicio, constituía lo fundamental del método evaluativo. El Dr. Croizet manifestó su complacencia por la invitación, alabó las disposiciones generales del Instituto de Patología del Salvador, tuvo frases encomiásticas para la labor que desarrollaba y muy particularmente para la persona del Dr. Mena. Expresó que tenía la más amplia confianza en él y que dicho examen práctico podría ser tomado personalmente por el Dr. Mena y sus propios ayudantes. Desde ese momento y con gran reserva, comenzamos a coleccionar y guardar en refrigeradores, piezas

anatómicas de diversos órganos, con diversas lesiones que pudieran ser un buen objeto de examen práctico. Este se llevó a cabo en el Instituto del Salvador en presencia del Dr. Mena, del Dr. Ossandón y de mí mismo. Cada alumno recibió una pieza anatómica, la examinó, describió y expuso su interpretación o su diagnóstico frente a nosotros, que siempre estuvimos presentes. Cada examen fue calificado por nosotros separadamente y luego adoptamos una calificación final, con la cual fue presentado el alumno al examen oficial. Paralelamente, se hizo también un examen de histopatología que estuvo a mi cargo: se exigía un diagnóstico de un órgano; si era posible, una descripción de las lesiones y un juicio acerca de las mismas; si se consideraba factible, se solicitaba también un diagnóstico más exacto, pero ello no fue siempre exigido según los casos.

En el examen final, realizado en el Auditorio de Anatomía Patológica de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y tomado por la comisión de los Dres. Croizet, Rodríguez y Mena, ocurrieron hechos que deben ser relatados para que de ellos quede constancia. Lo que ocurrió nos fue referido a los Dres. Miguel Ossandón, Sergio Donoso y a mí. Ellos pueden atestiguar la exactitud de la versión que a continuación se hace.

A primera hora de la mañana, la comisión se reunió en la oficina del Dr. Croizet. La fina intuición del Dr. Mena le hizo percibir que el cordial y abierto ambiente experimentado en la visita del Dr. Croizet al Salvador había desaparecido. El Dr. Mena relató la forma en que se había procedido, de acuerdo con las instrucciones y recomendaciones del Dr. Croizet, a realizar el examen práctico macro y microscópico. El Dr. Croizet escuchó este relato aparentemente distraído o fijando su atención en algunos papeles que tenía sobre su mesa y finalmente dijo: "Ahora iremos a la sala de clases para tomar el examen teórico, que es el más importante", frase esta última que subrayó con la voz. Refiere el Dr. Mena que desde ese momento vio claro que algo había ocurrido entre la visita del Dr. Croizet al Hospital del Salvador y este momento del examen oficial, aun cuando no podía adivinar de qué se trataba. Pronto lo habría de saber.

Como presidente de la comisión, el Dr. Croizet dirigía el examen. Cada alumno era interrogado por dos profesores, siguiendo un orden preestablecido, que perseguía dar igualdad de oportunidades a los estudiantes. Cada profesor tenía en su poder siete fichas numeradas y que se mantenían con la nota vuelta hacia abajo. El examen comenzó siguiendo el tradicional método de las enseñanzas teóricas, a saber, planteando al alumno un tema y esperando de él una disertación ordenada y completa. No era esta la enseñanza que el Dr. Mena había impartido durante dos años a sus alumnos. Por el contrario, él trató de presentar hechos, acostumar a reconocerlos y a interpretarlos, como también a ofrecer información sobre los fundamentos patogénicos de los hechos morfológicos presentados. No estaban nuestros alumnos preparados para hacer disertaciones, sino para mantener un diálogo sobre experiencias. Así, pues, las respuestas a las primeras preguntas fueron un tanto dispersas y desordenadas, a menudo incompletas; cuando el alumno se detenía en su relato se producían largos silencios; a veces el interrogador decía ¿qué más? ¿qué más? Se insistía con pertinacia en descripción de detalles anatómicos, como el color de un líquido o ciertas características muy precisas de la consistencia de algún tejido, todo lo cual debería haberse formulado o expresado en un orden que los examinadores tenían en mente, pero que no correspondía al saber de nuestros estudiantes. Para completar el cuadro, terminado el primer examen, el Dr. Croizet tomó una de sus fichas y la colocó boca abajo en la mesa, invitando a los Dres. Rodríguez y Mena a que hicieran otro tanto. No hubo consulta sobre los antecedentes de dos años de trabajo del estudiante ni tampoco sobre el examen macroscópico y microscópico realizado previamente. Luego las fichas se volvieron y se sumó el número de puntos. Desde el primer examen, se advirtió una grave discordancia entre las calificaciones de los dos integrantes de la Universidad de Chile y la del Dr. Mena. El examen continuó de esta manera durante toda la mañana; los alumnos hicieron un papel opaco y deslucido, si se juzga la preparación para la cual habían sido entrenados y el rendimiento que los instructores habían tratado de inculcar. El examen se reinició en la tarde en un clima altamente tenso; el Dr. Mena ya había interpretado lo ocurrido hasta ese momento como algo premeditado, destinado a desacreditar su enseñanza o la enseñanza de la Escuela de

Medicina de la Universidad Católica. Debo decir en este momento que, a través de una vía que me merece absolutamente fe y que no deseo revelar, logré después averiguar que efectivamente así fue y que el Dr. Croizet fue inducido a tomar esta actitud tan contradictoria. El asunto llegó a su máximo cuando debió dar examen el señor Víctor Maturana, uno de los alumnos más distinguidos del curso de Patología General y de Patología Especial, como también uno de los mejores alumnos del curso en las otras asignaturas. Su examen fue vacilante, deslucido, determinados temas fueron contestados de manera insuficiente, según la comisión oficial, y al terminar, mientras el Dr. Mena había colocado la ficha con el N° 7, los Dres. Croizet y Rodríguez habían colocado nota 2 cada uno; de esta manera el alumno alcanzaba 11 puntos y, por lo tanto, debía ser reprobado. En ese momento el Dr. Mena consideró su deber defender a un alumno que durante dos años se había distinguido; se levantó de manera airada e increpó al Dr. Croizet con frases duras e hirientes y se retiró de la sala. En el Instituto del Hospital del Salvador nos refirió de inmediato lo que había ocurrido y dio cuenta al Rector de la Universidad Católica, Monseñor Casanueva. Por su parte, el Dr. Croizet comunicó el incidente al Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, Dr. Armando Larraguibel, y éste al Rector de la Universidad de Chile, señor Juvenal Hernández.

Para continuar los exámenes, me designó como profesor suplente y en tal calidad, tuve que asistir al resto de los interrogatorios de ese curso. Pude comprobar, completamente impotente, que la manera de tomar examen era efectivamente la solicitud de un relato teórico; también observé que sólo se estimaban correctas las respuestas que coincidían con las opiniones de los examinadores de la Universidad de Chile, y las calificaciones de dos años de trabajo de nuestros alumnos carecían completamente de valor por parte de dichos profesores.

El curso de 1944 fue realizado por el Dr. Mena con sus colaboradores, de igual manera que el del año anterior. Pero, al terminar el curso, el Dr. Mena manifestó su decisión de no continuar a cargo de la cátedra; renunció indeclinablemente a ésta y recomendó al Rector y al Decano mi nombre como su sucesor más adecuado.

Al jubilar el Dr. Croizet en 1955, la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile nombró al Dr. Mena como Profesor Titular de la Cátedra de Anatomía Patológica de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

Tomé exámenes en 1944 con el mismo sistema del año anterior y, en 1945, inicié los cursos de Patología General y de Anatomía Patológica, en calidad de titular, abandonando la Cátedra de Biología General que había desempeñado hasta ese momento, la que quedó confiada al Dr. Sergio Donoso.

Se inició de esta manera la segunda fase en el desarrollo de la Anatomía Patológica en nuestra Facultad de Medicina. Esta fase habría de durar hasta 1955, y durante ella se iría conformando un centro modesto pero eficaz de la especialidad.

Designado Profesor Titular de Patología General y Anatomía Patológica, inicié los cursos en 1945; Patología General se desarrollaba con dos horas semanales en tercer año; la clase era teórica y se dictaba de ocho o nueve de la mañana; Anatomía Patológica de los Organos se desarrollaba de cuatro a cinco de la tarde, tres veces por semana en el Instituto de Anatomía Patológica del Hospital del Salvador, donde yo tenía un cargo full-time y podía, además, gracias a las ilimitadas facilidades que recibí de parte del Dr. Mena, la posibilidad de disponer del abundante material macroscópico. Para los cursos de histopatología recurrí al expediente de emplear estudiantes de Medicina que ya habían hecho los cursos. Así formaron parte del cuerpo de instructores de histopatología en aquellas épocas, sucesivamente, los señores José Barzelatto, Luis Silva, Salvador Vial, Alfonso Claps y otros.

Era indispensable establecer un Servicio en el Hospital. El laboratorio de Histopatología comprendía el viejo micrótopo Zimmermann y como estufa de inclusiones usábamos un cajón de madera con dos ampollitas en su interior y con un orificio que fuimos agrandando hasta alcanzar a mantener equilibrada la temperatura en 58°. Las preparaciones microscópicas eran realizadas por una religiosa, Sor Maygnolfa, cuya dedicación, interés y bondad no podrán ser suficientemente destacadas. Ella también era

la secretaria del Departamento y para ello empezó a disponer de una vieja máquina de escribir. Atendía al público y, muy de mañana, hacía el aseo. Meses más tarde pude disponer de un microscopio Spencer y con ello terminó mi deambular por el Hospital solicitando por algunos minutos algún microscopio.

Faltaba resolver el problema de las autopsias. Con algún instrumental improvisado se comenzaron a realizar las primeras autopsias regulares. Con este objeto se contrató a un estudiante de 5º año de medicina, el señor Italo Caorsi, a quien se le pagaba cien pesos por necropsia; él hacía la evisceración, la disección de los órganos y un borrador de protocolo que en las tardes yo revisaba y corregía. Algún tiempo más tarde, ya recibido de médico, el Dr. Caorsi obtuvo una beca del Servicio Nacional de Salud y fue reemplazado por otro estudiante de 5º año de medicina, el señor Luis Silva Risopatrón, a quien sucedió después el señor Martín Etchart, el que con el tiempo fue el primer anatómo-patólogo de planta. Un problema en las autopsias era la asistencia de un auxiliar, para ayuda de la evisceración, suturar el cadáver, vestirlo y entregarlo a los deudos. El sistema de hacer concurrir personal de otras unidades fracasó rotundamente. Aquí aparece un personaje que forma parte viva de la historia del Departamento; Nicolai Vasilievich Nicolaiev. Era un ruso, llegado a Chile después de la Guerra, mediante la IRO, al Estadio Nacional, de donde lo rescató el Dr. Max Müller y lo colocó como ayudante del prosector de la Cátedra de Anatomía Descriptiva. Este hombre fue después trasladado a nuestro Departamento y trabajó en él hasta su muerte. Era un personaje singular. Muy alto, delgado, huesudo, de gran nariz aguileña, tenía notable parecido con el perfil de don Quijote de la Mancha. A pesar de su delgadez poseía una musculatura muy fuerte; tendría aproximadamente 55 años cuando llegó a nosotros. No hablaba español y poco a poco fuimos descubriendo su historia: había sido oficial en el Ejército Imperial del Zar Nicolás II, con estudios en la Academia de Guerra de San Petersburgo. Después de la Primera Guerra se refugió en Polonia y más tarde, cuando ésta fue ocupada por los nazis, en Yugoslavia. La marejada de la Segunda Guerra lo hizo emigrar a Sudamérica y particularmente a Chile. Nunca habló de su pasado; sólo logramos conocerlo a través de informaciones indirectas pero fidedignas. Su formación militar se evidenciaba porque cada vez que yo pasaba frente a él se cuadraba rígidamente, a pesar de mis ruegos en contra. A las señoras que visitaban el Departamento las saludaba doblando la rodilla y besándoles la mano. La pobreza de este hombre llevó a la Dirección del Hospital a otorgarle desayuno, almuerzo y comida en el Hospital. Era extraordinariamente laborioso, poseía una buena voluntad y un deseo de servicio indescriptibles, motivo por el cual, a pesar de sus dificultades de idioma y de una evidente torpeza para todo el trabajo, fue adquiriendo de parte del personal médico, de secretaría y de servicio un aprecio y un cariño entrañables, que hicieron sus últimos años, aparentemente tan desgraciados, una época muy feliz, como él mismo, en un lenguaje difícil de comprender, me lo confesó poco antes de morir.

Dos líneas de trabajo se definieron desde el primer momento: la formación de nuevos especialistas, que se encontraba prácticamente detenida desde 1940, y el desarrollo de investigación en la especialidad. Aun cuando mi trabajo fundamental ocurría en el Hospital del Salvador, a partir de las cuatro de la tarde concurría al incipiente Departamento, donde apliqué mis esfuerzos en ambos sentidos. Así se formaron como anatómo-patólogos los Dres. Italo Caorsi, quien fue destinado como Jefe del Servicio respectivo al Hospital Regional de Valdivia y desempeñó luego la cátedra de la recién fundada Universidad Austral; el Dr. Luis Silva Risopatrón, que alcanzó la jefatura del Servicio en el Hospital Deformes de Valparaíso y regenta actualmente la Cátedra de Anatomía Patológica en la sede de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile en esa ciudad; el Dr. Martín Etchart, profesor asociado en esta Escuela de Medicina y anatómo-patólogo del Hospital de la Fuerza Aérea de Chile. También recibimos becarios extranjeros: el Dr. Mamerto Gorena, enviado por la Facultad de Medicina de la Universidad de Sucre, a la cual después regresó como profesor de la cátedra, y el Dr. Rodolfo Céspedes Fonseca, enviado por el Gobierno de Costa Rica, quien más tarde llegó a tener el cargo de Jefe del Hospital de San José y luego el de profesor de Patología General y Anatomía Patológica en la recientemente creada Escuela de Medicina de esa República.

Se desarrollaron también labores de investigación. Menciono en este momento los estudios que con el Dr. J. Barzelatto y el Dr. H. Ducci formulamos a propósito de la patología de la cirrosis hepática y de la evolución de las hepatitis por virus; el estudio sobre las formas inaparentes de la enfermedad reumática; el estudio con el Dr. José Saavedra sobre la morfogénesis de las alteraciones vasculares en la hipertensión maligna. A esto deben añadirse una investigación sobre el pronóstico del cáncer gástrico atendiendo a caracteres morfológicos macro y microscópico, incluyendo la clasificación gradual de Broders y la más reciente de Dukes; también se realizó un estudio sobre las formas anatómicas en el cáncer del recto, como relato oficial en el VII Congreso Chileno de Cirugía (1946).

En 1955, después de dos años de una muy complicada y laboriosa gestión, fue aprobada por el Congreso Nacional la Ley que otorgó autonomía docente a las Escuelas de Medicina. En este momento nuestra Facultad decidió extender sus estudios a la totalidad de la carrera y, dentro de dicho programa, resolvió crear un Departamento de Anatomía Patológica en forma, con personal estable y de jornada completa. Acepté el cargo que me fue ofrecido y renuncié a mi trabajo en el Hospital del Salvador; el primer ayudante de planta del Servicio fue el Dr. Martín Etchart.

Nuestra primera decisión fue modificar la enseñanza y concentrar el currículum del curso de Patología en el tercer año, con un semestre de Patología General y un semestre de Anatomía Patológica de los sistemas; asimismo se constituyó un consejo de profesores del tercer año para la coordinación, especialmente con la enseñanza de Fisiopatología a cargo del Dr. Luis Vargas Fernández. Todas estas tareas, más el aumento en la formación de postgrado y la investigación sistemática, obligaron a extenderse al Departamento el que lentamente fue adquiriendo las áreas vecinas y aumentando paulatinamente su personal de anatómo-patólogos, de tecnólogos-médicos, de personal de Secretaría y de Servicio hasta el estado en que actualmente se encuentra.

A partir de 1955 se desarrolla la tercera etapa de la Anatomía Patológica en nuestra Escuela de Medicina. Junto a las líneas antes diseñadas, ha ido paulatinamente incorporando nuevas técnicas: microscopía electrónica, inmunopatología, especialización o subespecialización de los patólogos, desarrollo y mantención de una muy completa biblioteca especializada.

El equipo y la dotación de este Departamento lo colocan en el primer lugar dentro de los servicios de Patología del país. Esto no hubiera sido posible sin la colaboración generosísima de instituciones que deben ser mencionadas: la Fundación Rockefeller, la Fundación Kellogg, la Fundación Alexander von Humboldt, la Fundación Gildemeister y la Fundación Braun. Debe también señalarse que la Dirección de la Escuela de Medicina en los últimos seis años ha sido comprensiva y generosa con este Departamento y le ha otorgado recursos para inversión en equipo que superan todas las inversiones de la Universidad desde la fundación del Departamento.

Gracias al aumento en personal de médicos y a la especialización que estos han adquirido en diversos aspectos de la Anatomía Patológica, nuestro centro está reconocido como el más capacitado para la formación moderna de graduados en la especialidad. Este reconocimiento ha sido subrayado por un Convenio con el Ministerio de Salud que desde hace cuatro años ha entregado a este Departamento la docencia de postgrado en un Programa Nacional de dicho Ministerio para dotar de anatómo-patólogos con formación moderna a los más importantes hospitales del país.

BIBLIOTECA DE LA ESCUELA DE MEDICINA

Lya Guillón

LA CREACION de la Biblioteca de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de Chile surgió como una necesidad al fundarse la Escuela a principios de 1930.

Deambulaban en esta recién creada Escuela estudiantes de medicina de la Universidad de Chile, como Julio Santa María, Arturo Larraín, Arturo Rodríguez, Fernando Huidobro, Salvador Palma, Roberto Barahona y Joaquín Luco. Además, un médico psiquiatra recién recibido, Ignacio Matte.

Al iniciarse las clases del primer año se veía pasar por los claustros a un grupo de profesores y ayudantes de Anatomía: Roberto Aguirre, Rodolfo Rencoret, Ricardo Benavente, José Estévez, etc.

Roberto Barahona tuvo especial tino en ocupar un estante vacío con libros que él traía del Laboratorio de Biología. Luego, muchos siguieron el ejemplo, sobresaliendo la donación de Cristóbal Espíndora, quien donó toda su colección de libros a la Biblioteca.

En marzo de 1931 se incorporó el profesor Jaime Pi-Suñer, neurofisiólogo español procedente de Barcelona, y que al hacerse cargo de una cátedra, exigió tener algunas subscripciones de revistas. La primera subscripción que se hizo fue el "Comptes Rendus des Seances de la Société de Biologie de Paris". Luego, algunas tan importantes como: "Journal of the American Medical Association", "American Journal of Physiology", "Proceedings of the Society for Experimental Biology and Medicine", "Sciencia", etc., subscripciones que se mantienen hasta la fecha.

Existían tres Laboratorios; cada uno tenía algunos libros y revistas, pero puede considerarse que la Biblioteca del Laboratorio de Fisiología constituyó el inicio de la Biblioteca de la Escuela de Medicina, tanto por el número de revistas como por las muchas personas que venían a consultarlas. El primer encargado de controlar el préstamo y devolución de revistas fue Joaquín Luco, ayudante de cátedra en ese entonces.

En diciembre de 1932 Pi-Suñer partió de Chile y uno de los motivos fue que debido a la crisis económica no pudieron seguirse pagando las subscripciones.

En 1934 se incorporó a la Universidad Católica Héctor Croxatto, y a petición de él se renovaron las subscripciones y siguió funcionando la biblioteca como antes.

En 1936 Joaquín Luco fue a estudiar a Estados Unidos y entregó el control de la biblioteca a Ismael Canessa, quien la tuvo a su cargo durante tres años.

En 1939 regresó Luco con un gran aporte: la colección completa del "Biological Abstracts" donada por Walter B. Cannon, Profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de Harvard. Luco contaba que trajo todos esos libros junto con su maleta en barco, ya que como muchos tenía temor de viajar en avión en aquellos años.

En 1942 se creó el tercer año de medicina y se reunieron algunos médicos para pagar otras subscripciones; la biblioteca aún no tenía local.

En 1950 se habilitó como biblioteca la sala grande de trabajos prácticos de Farmacología y Bioquímica. Ahí se trasladaron todas las colecciones de revistas que poseía Fisiología. Se nombró Bibliotecaria a Elena Fontaine de Eyzaguirre, quien fue reemplazada después por Teresa Vial.

Cada uno de los médicos trajo algo de su casa para hacer de ella una salita agradable; uno aportó una mesa, otro una lámpara, otro una mecedora, etc. La biblioteca fue bautizada con el nombre de "Walter B. Cannon", en homenaje a la importante donación con que contribuyó a la creación de ésta. De ahí en adelante ya acudían los médicos a leer y todo el mundo la quería y se esmeraba por cuidarla y mantenerla en buen estado.

En 1954 se nombró Director General de las Bibliotecas de la Universidad Católica a María Teresa Sanz, Master en Bibliotecología, quien organizó las bibliotecas de la Universidad Católica en forma profesional. Se comenzó por dictar varios cursos de capacitación y divulgación de técnicas bibliotecarias destinados al personal que se encontraba a cargo de las bibliotecas.

Bajo la dirección general se adoptó una organización administrativa que se puede describir sumariamente como una centralización administrativa y de procesos técnicos (adquisiciones, clasificación y catalogación, y reprografía) y una descentralización de servicios (préstamos, servicios de consulta, búsqueda bibliográfica, instrucción formal e informal a los lectores sobre uso de la biblioteca e investigación bibliográfica).

Las bibliotecas que se integraron al sistema en 1954 fueron las siguientes: Medicina, Ingeniería, Derecho, Pedagogía y Economía.

La única biblioteca que mantenía suscripciones a publicaciones periódicas era la de la Escuela de Medicina (30 títulos) y poseía, además, 3.000 libros. La persona encargada de la biblioteca era a la sazón María Eugenia Sanhueza.

En 1956 se nombró la primera bibliotecaria profesional, Francisca Martínez, quien fue becada dos años más tarde a la Catholic University of America en Washington, donde obtuvo un Master en Bibliotecología.

En 1957 se trasladó la biblioteca a un nuevo local ubicado en el subsuelo del Hospital, que constaba de dos salas: una sala de lectura, donde se ubicaban además los libros y una sala para almacenar revistas, local que actualmente ocupan los laboratorios de Nefrología, Nutrición y Gastroenterología.

En 1962 la Embajada de Francia hizo una valiosísima donación de libros franceses que incluía los primeros Atlas de Medicina. Esta donación fue, primordialmente, de libros de neurología.

En 1963 la Fundación Kellogg hizo una donación que efectivamente puso al día la biblioteca en materia de textos.

A fines de 1965 se empezó a proyectar el traslado de la biblioteca al local que actualmente ocupa. El traslado se materializó en marzo de 1966 y se realizó en forma tal que la biblioteca no dejó de prestar servicios ni un solo día.

En este mismo año el profesor Allende Navarro donó los 2.000 volúmenes que formaban su biblioteca particular. Este aporte tiene un valor incalculable, ya que incluye todos los clásicos de la psiquiatría y la criminología, obras anteriores a éstos y una cantidad importante de libros antiguos.

Entre los años 1961 a 1965 se atendió de 9.00 a 21.00 horas, incluyendo los sábados. El número de usuarios era reducido, los cursos tenían cerca de 40 alumnos, de manera que existía un ambiente muy familiar en la Escuela de Medicina. El prolongado horario permitía que los alumnos se sintieran muy integrados a la biblioteca, y los días sábados, la bibliotecaria de turno les convidaba café y sandwiches a la hora de once, gastos que salían de su propio bolsillo. Cada bibliotecaria trataba de emular en su turno a la anterior; en los días de lluvia se servía sopaipillas. Todavía se recuerdan las once de aquellos fríos días de invierno, cuando Francisca Martínez hacía traer desde su casa las sopaipillas bien pasaditas, que preparaba "con mano de monja" la señora Berenice, su madre.

También los antiguos funcionarios recuerdan la inundación que se produjo en noviembre de 1963, cuando una violenta tempestad de primavera hizo que se rebasaran las alcantarillas y la biblioteca en pocos minutos quedó con 60 centímetros de agua. En esos difíciles momentos los lectores respondieron y sin zapatos, arremangados los pantalones, salvaron todo el material de las dos primeras tablas de las estanterías. No se perdió ni una sola revista, pero las patas de las mesas de la sala de lectura quedaron hasta hoy día como acordeones.

En esos años, como no había local para el Centro de Alumnos, también se preparaba en la biblioteca la fiesta de la Semana Universitaria. Hasta muy entrada la noche el personal colaboraba con los estudiantes, ayudándoles con los disfraces e incluso les proponían ideas para las bromas. Un año, en que la Escuela presentaba el tema "Las Cruzadas", el tiempo les jugó una mala pasada y tuvo que suspenderse el desfile debido a la lluvia. Ese día, elegantes caballeros feudales, con armaduras hechas con tarros de lata, estudiaban muy frustrados sus materias en la biblioteca.

Francisca Martínez se retiró a fines de 1967, y a principios de 1968 asumió su cargo Carmen Cadagan.

En 1968 se anexó a la biblioteca de Medicina la biblioteca de la Escuela de Enfermería "Elvira Matte de Cruchaga"; esta biblioteca aportó a la colección 727 libros y algunas suscripciones.

A fines de 1968 la biblioteca de Medicina y Enfermería contaba con el siguiente material bibliográfico: 8.000 libros, 307 suscripciones a revistas y 214 revistas en canje. El personal estaba constituido por una bibliotecaria, tres ayudantes y dos auxiliares.

En 1970 la biblioteca de Biología, la cual pertenecía a la Escuela de Educación, fue anexada a la biblioteca de Medicina. Este criterio fue adoptado para tener en un solo local las colecciones del área bio-médica. La biblioteca pasó a llamarse biblioteca de Medicina y Ciencias Biológicas.

La bibliotecaria encargada era Patricia Muñoz, hoy bibliotecaria referencista de la biblioteca de Medicina.

Carmen Cadagan se retiró a principios de 1974 y fui nombrada Jefe de Biblioteca; anteriormente me desempeñaba como subjefe en el Departamento de Catalogación de la Biblioteca Central. Al año siguiente obtuve una beca de la Organización Mundial de la Salud en la Biblioteca Regional de Medicina de Sao Paulo, para especializarme en bibliotecas médicas.

En 1975 el BID otorgó un préstamo de US\$ 30.000 para adquisición de material bibliográfico; con este aporte la Biblioteca vio aumentada notablemente su colección y en 1977 las suscripciones de revistas se incrementaron en treinta y nueve títulos y en 1979 en otros cincuenta.

La colección cuenta actualmente con: 13.538 libros, 594 títulos de revistas y 690 folletos.

Los servicios que actualmente se ofrecen son los siguientes:

- Préstamos de libros y revistas.
- Préstamos interbibliotecarios.
- Servicio de fotocopias.
- Cursos de "Investigación bibliográfica y uso de la biblioteca" para los alumnos de primer año de la Escuela de Medicina.
- Referencias bibliográficas.
- Obtención de artículos a través de la Biblioteca Regional de Medicina de Sao Paulo.
- Venta de textos pedagógicos a bajo costo del programa OPS/OMS.
- Servicio de colección rentada.

Entre las donaciones importantes que se recibieron durante el año 1979 podemos mencionar:

- La donación de la National Library of Medicine, que consistió en 3.500 números de revistas médicas que han permitido completar numerosas colecciones.
- La donación de 1.400 libros y apartados de la colección particular del profesor Alejandro Lipschütz.

La Biblioteca siempre ha trabajado en estrecha colaboración con las unidades que sirve; cada unidad nombra un coordinador para que colabore con la Biblioteca en materias pertinentes. Los actuales coordinadores son: Alberto Maiz de la Escuela de Medicina, Jorge Garrido del Instituto de Ciencias Biológicas y Erma Barrientos de la Escuela de Enfermería. En años anteriores han sido Coordinadores Jorge Lewin y Arnaldo Foradori.

A principios de 1979 y gracias a la gestión de la actual Directora de Bibliotecas, Soledad Ferreiro, se proporcionaron fondos para una importante remodelación de la Biblioteca, quedando tal como se encuentra en este momento, más funcional y más acogedora. Al igual que en 1966, en que se hizo el traslado al local actual, durante los trabajos de remodelación, en ningún momento la biblioteca dejó de atender; son testigos de ello muchos profesores que buscaron sus bibliografías en medio de los escombros.

P.S.: para redactar este relato obtuve información de los doctores Joaquín Luco, Jorge Lewin y señorita Sofía Vergara.

BIOQUIMICA

Raúl Croxatto R.

EN 1942 se creó el tercer año de nuestra Escuela de Medicina. Su dependencia al programa docente de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile impuso la creación consecuente del ramo "Química Fisiológica". El curso recién nacido fue bautizado con el nombre de "Química Fisiológica y Farmacología". Joaquín Luco fue nombrado Profesor Titular, Fernando García-Huidobro, Profesor Auxiliar, Pablo Thomsen, Jefe de Trabajos Prácticos y Alberto Pichard, Bernardino Piñera, Fernando Valenzuela Ravest, Mario Altamirano y Rodolfo Valdés, como ayudantes.

La estructuración docente descrita se mantuvo desde 1942 a 1949. Como ha ocurrido con el inicio de todas las cátedras en nuestra Escuela, la implementación física y material requerida debía ser obra y fruto del ingenio, dedicación, entusiasmo y fuerza creadora del profesor y sus ayudantes. En este sentido, Joaquín Luco y colaboradores demostraron poseer sobrada capacidad y pronto surgieron las modificaciones arquitectónicas requeridas. Es decir, en un edificio que fue construido sólo para los cursos de los dos primeros años, era necesario dar cabida al pujante impulso motorizado por una juventud ávida de ver encauzada la marcha de la Institución hacia el objetivo que hoy día todos palpamos, y que, probablemente, sus propios gestores concibieron sólo en calidad de una vana ilusión.

Empapados en dicho espíritu, pronto vimos revestirse a las vetustas columnas del antiguo hall de entrada de la Escuela de Medicina con los tabiques que proporcionarían cabida y más privacidad a un recinto destinado a los trabajos prácticos de las cátedras aludidas. Con febril actividad y con exiguos recursos ingeniosamente adaptados, comenzaron los "fermentos" a expresarse en su lenguaje catalizador para que la sacarosa, el almidón y el glucógeno liberaran a la glucosa de sus estructuras, revestida de los lucientes colores de los reactivos, accionados por sus cualidades reductoras. La pobreza de los elementos materiales utilizados no importaba; el objetivo fundamental era incentivar a los alumnos con la ciencia molecular que recientemente comenzaba a empinarse, y que, con su desarrollo ulterior, daría el mayor impulso a los procesos biológicos en el campo de los conocimientos afines a la medicina.

Abordando el presente relato desde otro ángulo, es necesario hacer presente que la múltiple actividad docente conferida a Luco, capacitado con su esfuerzo y su espíritu de lucha para absorber tales tareas, no fue impedimento para que cristalizara en él su verdadera vocación científica: la Neurofisiología.

Para el que escribe estas líneas no pasaba inadvertida la inquietud señalada que traslucía su irrefrenable actividad en dicha disciplina. Testimonio de sus intenciones a futuro fueron las frecuentes solicitudes de Joaco para que colaborara con él en el desarrollo de algunos capítulos del curso de Bioquímica. Esto acaecía por los años 47 y 48. En 1949, impulsado por su vocación, comenzaron sus peregrinaciones al extranjero. Ese año, cediendo a su propio requerimiento, sin más preparación que mi autoformación, me hice cargo del curso de Bioquímica durante su ausencia. Sólo débiles respaldos apoyaban mi responsable aventura. Compañero de Joaco en 1931, ambos habíamos sido alumnos del profesor Eduardo Cruz-Coke, y gracias a su paternal benevolencia fui autorizado para empaparme en el ámbito de su laboratorio y de sus ayudantes, donde pude realizar algunas tentativas experimentales, como las relacionadas con el desarrollo de los ratones del vivero en función del espacio físico.

En 1934 comencé a frecuentar el Laboratorio de Fisiología de la Universidad Católica, cuya cátedra a la sazón era regentada por mi hermano Héctor. En dicha cátedra colaboré en los trabajos prácticos y posteriormente también en algunas clases durante la ausencia del profesor. Desde 1935, con motivo de mi tesis de grado, comencé a vivir la apasionante inquietud que despierta la investigación experimental. A los tres o cuatro años sentí, en carne propia, el efecto de la agobiante responsabilidad que significa cargar sobre los hombros el peso de enseñar a nuestros semejantes en un aula universitaria. En

efecto, fui designado profesor de Físico-Química para los alumnos de Medicina; sin embargo, esta disciplina no ostentaba carácter oficial por no tener equivalente en la Universidad de Chile. Asumí la responsabilidad de enseñar sus capítulos fundamentales a los alumnos del primer año de Medicina, durante un período aproximado de diez años.

Al regreso de su segundo viaje a los Estados Unidos, Joaquín Luco decidió traspasar el cargo de profesor de Farmacología a Fernando G. Huidobro y a mí el de Bioquímica.

Asumí esta responsabilidad sólo con el testimonio de aquellos débiles antecedentes, incluyendo la intensa actividad experimental compartida con mi hermano Héctor. El nombramiento oficial en mi cargo como Profesor Titular tuvo lugar el 7 de abril de 1951.

En 1950 comienza la faceta pintoresca de la historia que conlleva la Cátedra de Bioquímica.

Para referirse con propiedad a los veinte años que siguieron bajo mi responsabilidad, es necesario remontarse a algunos antecedentes que están correlacionados: en 1939, el profesor Rodolfo Rencoret me solicitó la tarea de equipar el futuro Laboratorio Clínico del Hospital, que en ese año finiquitaba su construcción. Aun cuando no sentía vocación por el trabajo ligado a un laboratorio clínico, finalmente debido a circunstancias muy especiales, debí hacerme cargo de la Dirección de dicho Laboratorio..., y todavía "sujeto a tales circunstancias" han transcurrido exactamente cuarenta años.

Cumpliendo con esta tarea de fondo en forma permanente desde 1940, en 1950 inicié la aventura bioquímica, momento en el cual abandoné mi actividad de profesor en Físico-Química y, también, el campo de la experimentación en Fisiología.

Repitiendo lo ya dicho, la dejación del cargo por Joaquín Luco significó el desglosamiento de la Cátedra de Química Fisiológica y Farmacología, en dos cátedras diferentes, pero la disponibilidad de material de trabajo y de local fue muy distinta. Resulta jocoso recordar el legado material que recibí al hacerme cargo de la nueva responsabilidad docente. Aún perdura en mi memoria la media docena de frascos y matraces y el aparato volumétrico quebrado de Van Slyke para medir CO_2 total, además de un estrecho local con estanterías vacías, sombrío e inhóspito.

Desde ese momento, y con la conciencia bien clara que así comenzaba cualquier docente de nuestra Escuela de Medicina, no me quedó otro camino que dirigir mi mirada hacia el Laboratorio Clínico del Hospital, donde al menos existían algunos equipos para análisis que permitían hacer algunas evaluaciones bioquímicas.

En aquel período, mis primeros ayudantes fueron Rodolfo Valdés, quien también se había incorporado al Laboratorio Clínico, Freddy Jalil y Luis De Lerma. Todos ellos colaboraban en los trabajos prácticos.

No disponiendo de equipos ni material adecuado, había centrado mi preocupación científica sobre problemas teóricos de índole molecular. Además, mi autoformación físico-química me había empapado en el profundo significado que ostentaba la molécula orgánica en sí, su dinámica electrónica y los cambios de resonancia molecular que pueden operar ciertas reacciones químicas. Termodinámicamente hablando, ello implica cambio de su estabilidad, lo cual crea condiciones para que se produzca almacenamiento o liberación energética; fundamento de la energía almacenada en el ATP. Particularmente me atraía la influencia que tiene la resonancia en la configuración molecular. Esto me llevó a hacer modelos moleculares tridimensionales en cartulina, tarea en la cual recibí mucha ayuda de mi ayudante De Lerma. Estos modelos me fueron muy útiles para hacer más gráficas mis lecciones a los alumnos, destacando las orientaciones espaciales de los átomos que componen la molécula orgánica.

Pero esta inquietud iba a tener mayor repercusión posteriormente en un trabajo asociado con Fernando García-Huidobro sobre el mecanismo de especificidad de la acción farmacológica en el campo de las aminas presoras y depresoras y en la familia de los antihistamínicos. Inspirados en publicaciones de Linus Pauling sobre especificidad de la inmuno-reacción, por una parte, y en la búsqueda de la respuesta a una serie de interrogantes en el campo farmacológico, por otra, planteamos con Huidobro, un estudio sobre el papel desempeñado por la forma molecular y su complementariedad de superficie

con un supuesto receptor. Esta investigación fue agraciada con el Premio Ardit y Corry en la Sociedad de Biología (1951).

A lo largo de los años de mi formación bioquímica he ido comprobando con verdadero asombro la gran proyección que tuvo nuestra hipótesis en el campo de la especificidad de los procesos de inmuno-reacción, enzimología, duplicación genética, farmacología, morfogénesis, acción hormonal, técnicas de purificación molecular, etc., donde prevalece la configuración micro-molecular, la cual decide la especificidad del fenómeno por medio de la complementariedad de superficie intermolecular.

Con verdadero pesar miro hacia atrás, hacia aquella época en la cual la pobreza de nuestros medios materiales no nos permitía adentrarnos en medios experimentales más directos, como no fueran la presión arterial del gato o la reacción histamínica del cuy.

Remontándonos al período comprendido entre 1950 y 1956, ocurrieron algunas novedades en lo que concierne a la sede de la Cátedra de Bioquímica. El inhóspito local, circunscrito por estructuras livianas a media altura entre las macizas columnas del hall de entrada y carente de medios materiales y equipos, rápidamente fue invadido y transformado por los directores responsables en Biblioteca de la Escuela de Medicina.

Al cabo de uno o dos años surgió otro local más apropiado para la Biblioteca, y el de marras volvió a las manos de su legítimo dueño. Para aquel entonces la dadivosa Fundación Rockefeller, representada en Chile por el Dr. Janney, hizo una importante donación a la Escuela de Medicina, de la cual la Cátedra de Bioquímica logró US\$ 15.000.

Esa donación motivó a la Directiva de la Escuela para adecuar nuestro recinto con instalaciones que hicieran posible el desarrollo de los trabajos prácticos y la investigación. Por fin pudimos disponer de un aparato de Warburg, fotolorímetro, inscriptores, fotómetro de llama, incubadoras y cierta cantidad de material menudo.

El Laboratorio de Bioquímica permanece en este local adaptado hasta 1963, a la espera de mayor expansión. No obstante, fue sede de algunas atractivas investigaciones y de ciertas enseñanzas objetivas para los alumnos, que en una visita sorpresiva mientras se desarrollaba la clase práctica llamaron la atención del Director de la Universidad de Tulane, quien llegó acompañado del profesor O. Cori; aquél tomó nota minuciosa de los detalles en su libreta, porque las estimaba enteramente originales; en efecto lo eran.

El impulso que recibió desde el Hospital la fotometría de llama en el estudio de los equilibrios hidrosalinos y de la regulación ácido-básica —lo cual nos llevó a la elaboración de nuestro original—, electrolitograma, nos motivó una serie de investigaciones relacionadas con los equilibrios iónicos entre o intra y extracelular, utilizando al glóbulo rojo como célula. De aquí surgieron varias tesis conducentes a la obtención de títulos universitarios. También motivó varios trabajos en combinación con la clínica, en el hospital. En estas investigaciones contamos con la participación de Pablo Thomsen, Rodolfo Valdés, Juan González Vilos, Ramón Ortúzar, Fernando Gofí y otros.

Desde el punto de vista de la ciencia bioquímica, es el período crucial en el cual la biología molecular experimenta un notable impulso. Coincide con la revolucionaria publicación de Watson y Crick con todas sus consecuencias. También ello tuvo notable repercusión en el programa de la docencia. Curiosamente, el afán de enfoque molecular, que acicateaba mi inquietud científica sobre todas las cosas, fue casi coincidente con este gran descubrimiento y en el que se reflejaba una parte del fundamento físico-químico selectivo de la relación intermolecular que yo tanto atesoraba: el DNA haciendo de molde en la duplicación genética y en el RNA de transferencia.

En ese período (1956-1957), mientras se alejaban por razones propias de su profesión los Drs. Jalil y De Lerma, comenzaron a incorporarse como ayudantes Ronald Gebert y Jaime Eyzaguirre. Ambos, estudiantes de medicina, acuñaban “in mente” la intención futura de partir al extranjero a perfeccionar su preparación científica y doctorarse en química y bioquímica.

Ronald Gebert ingresa como ayudante en 1956 y, a pesar que en su vocación científica prevalecía la ciencia como tal por razones familiares, debió continuar los estudios hasta obtener el título de Médico Cirujano en 1960. En dicho año, apenas

lograda una beca, parte a la Universidad de Tulane y dos años después se incorpora al departamento del profesor Potter, en la Universidad de Wisconsin, con quien trabaja y publica hallazgos en materia de bioquímica oncológica. Allí obtiene su Doctorado en Bioquímica. Al cabo de seis años regresa a nuestro laboratorio.

Jaime Eyzaguirre solicita su incorporación como ayudante en 1957. Ese mismo año se retira como alumno de Medicina y se inscribe en la Escuela de Ciencias de la Universidad Católica. Una vez obtenida su licenciatura en Ciencias Biológicas, partió a los Estados Unidos en 1958, al laboratorio del profesor Clark, en Illinois, donde además de los cursos pertinentes para su doctorado, realiza trabajos de investigación y estudios en enzimología. Regresa cuatro años después, con el título de Ph. D. en Química, y acto seguido complementa los requisitos en la Escuela de Bioquímica de la Universidad de Chile para obtener el título de Bioquímico en 1963.

En 1958, mientras todavía era alumno de Medicina se incorpora como ayudante Arnaldo Foradori y tres pedagogas en Química y Biología, Mónica Dinamarca, Silvia Canessa y Elena Rho. Arnaldo Foradori en 1962, cuando se titula de médico-cirujano, adquiere el grado de ayudante de planta. Aquí permanece derrochando colaboración gracias a sus múltiples cualidades, siempre eficientes y oportunas; sus conocimientos en materia de equipos, le permitían resolver cualquier obstáculo que surgiera; su personalidad ha significado para mí un legado providencial que conservo muy hondamente y con mucha gratitud. Disfruté de su cooperación en Bioquímica durante quince años, hasta 1973, cuando se transfiere a Medicina.

Paralelamente, en los años señalados, por iniciativa de Luis Vargas Fernández, se constituyó un grupo de colegas interesados en problemas de índole oncológica a diversos niveles. A modo de cooperación experimental me interesé particularmente por hacer el ensayo de emplear la multiplicación microbiana (fenómeno relativamente fácil de controlar) para averiguar los efectos que producían los alquilantes antitumorales que estaban en uso terapéutico, sobre el crecimiento bacteriano. Esta investigación la hice con el bacteriólogo Sergio Pozo.

El enfoque descrito pronto dio sus frutos. El desarrollo de bacterias, especialmente del *Staphylococcus aureus*, se prestaba admirablemente para indagar algunas de las cualidades farmacológicas de los alquilantes de uso terapéutico en oncología. Igualmente, la *Pseudomona*, aerobio estricto, abrió una puerta de inquietudes con interesantes proyecciones ligadas al aspecto tumoral; señalaré escuetamente que la Thiotepa ®, muy en boga en aquel período, resultó ser ineficaz para inhibir el desarrollo del *Staphylococcus aureus*, pero el contacto de la droga con dicho germen, a 37° durante algunas horas, le confería cualidades inhibitorias poderosas. El resto de los alquilantes, especialmente el Dicloren ®, actuaba de inmediato en su efecto inhibitorio, el Nitromín ® presentaba acción paulatina, pero progresiva, y el Endoxan ® requería activación previa.

El fruto más importante de esta investigación fue una nueva vía de acción antimicrobiana, cuyo punto de aplicación es la acción inhibitoria a diversos niveles del metabolismo catabólico. En consecuencia, su efecto dependerá de las cualidades metabólicas específicas del germen. En cierto modo, esta acción contrasta con los antibióticos conocidos, cuyo mecanismo es prevalentemente antianabólico.

Este trabajo de largo aliento que no es posible describir en esta relación recordatoria del proceso evolutivo de la Cátedra de Bioquímica, despertó el interés no sólo de Silvia Canessa que hasta hoy continúa trabajando conmigo en este tema, sino de todo el "staff" del Laboratorio de Bioquímica.

Pero entonces ocurrieron novedades en materia de la sede de la Cátedra. En 1963 comenzaron a terminarse los edificios de la Escuela de Ingeniería en el Campus San Joaquín, motivo por el cual comenzó también la emigración de los ingenieros. Este éxodo abrió las posibilidades de mejorar los locales de varias cátedras, y entre ellas estábamos nosotros.

Mientras otras cátedras tuvieron la suerte de instalarse a lo largo y a lo ancho del edificio que dejaban los ingenieros, desde el primer momento del éxodo, la sede conferida a la Cátedra de Bioquímica en ese mismo edificio, nos costó mucho tiempo de paciente

espera, porque en el tercer piso asignado, residía el Laboratorio Asfaco y el Laboratorio de Físico-Química. Para éstos, el local correspondiente en el Campus estaba sólo en la obra gruesa. Por lo tanto, la cesión de espacio fue lenta y mortificante, agravada por situaciones equivalentes al suplicio de Tántalo. El espacio apetitoso y ansiosamente atractivo, lo teníamos casi al alcance de nuestras manos y de nuestras pupilas. Pero los físico-químicos *tardaron cuatro largos años* en partir desde el momento que pusimos pie en una fracción de esas tablas, las que anhelábamos con la misma ansiedad que experimenta el que se está ahogando, es decir, "tablas de salvación", pero que no podíamos asir por ser extremadamente resbaladizas.

Aunque parcial, la expansión lograda en esta primera etapa constituyó para nosotros un real beneficio, evaluando por contraste lo que poseíamos antes. La holgura ganada contribuyó a dar mayor impulso a las investigaciones señaladas, tanto en el campo de los alkilantes antitumorales, cuanto a los inhibidores metabólicos antimicrobianos, porque, aparte de otras actividades científicas promovidas por Eyzaguirre y Foradori, el incentivo del nuevo espacio atizó el fuego y el espíritu de todo el cuerpo de ayudantes, animados por un objetivo que permitía no sólo valores y avances para enriquecer modestamente a la ciencia, sino para aportar alivio al doliente infectado.

Un amplio resumen de este trabajo fue presentado por mí en la "Conferencia Gildemeister", con motivo de la celebración de las Cuartas Jornadas Científicas de la Escuela de Medicina y del Instituto de Ciencias en 1975.

Desgraciadamente, la mayor holgura del espacio no marchaba paralela con la disponibilidad del presupuesto. Nuestro único apoyo económico foráneo estaba representado por una modesta ayuda de la Fundación Gildemeister. Pero, de todas maneras, resultaba incongruente con nuestras necesidades para elevar las investigaciones hacia un plano de niveles más cercanos con el lenguaje bioquímico molecular.

Esta penosa realidad fue paliada parcialmente por el Laboratorio Clínico del Hospital, el cual careciendo de presupuesto y mediante un convenio con la Universidad, generaba ingresos para su autofinanciamiento. Gracias a una fracción de dichos ingresos de libre disposición, fue posible sostener al Laboratorio de Bioquímica.

Varios equipos y material de insumos fueron facilitados por el Laboratorio Clínico del Hospital. Pero no fue ésta la única fuente de abastecimiento de material. Un espectrofotómetro Beckman DU, que nos permitía hacer evaluaciones de quinética enzimática, fue transferido al Laboratorio de Bioquímica en 1960 por Foradori y Federico Leighton, quienes, aún siendo estudiantes de Medicina, se dedicaron a poner en funciones dicho aparato que pertenecía al Departamento de Física del Observatorio Astronómico dirigido por el profesor E. Heilmeyer. Esta colaboración "desinteresada", sutilmente se tradujo en un desplazamiento "suave e indoloro" que finalmente conmovió el alma del profesor Heilmeyer hasta reconocer que dicho instrumento era de más utilidad y provecho en Bioquímica que en su lugar de origen.

Continuando con el relato ajustado al desarrollo cronológico, en noviembre de 1965, Jaime Eyzaguirre consiguió una beca de la Fundación Humboldt y partió al departamento del profesor Holzer, en Friburgo.

Poco después del regreso de Jaime, a fines de 1966, retorna a nuestro laboratorio Ronald Gebert, galardonado con su Ph.D. en Bioquímica.

En agosto de 1965, Arnaldo Foradori se traslada a los Estados Unidos, al Departamento de Medicina, Fisiología y Bioquímica del Laboratorio Nacional de Brookhaven, Nueva York, bajo la tutela del Dr. George C. Cotzias y el Dr. A. Van Slyke. Su adiestramiento múltiple, característica de nuestro excelente colaborador, hizo posible entre otras, poner en ejecución el equipo analítico automatizado que recién adquiríamos en el Laboratorio Clínico del Hospital, cuyos beneficios todos hemos palpado. También logró, en calidad de obsequio del Departamento nombrado, algunos elementos valiosos de trabajo que incrementaron el patrimonio de material del Laboratorio de Bioquímica.

Desde el punto de vista del sistema docente, que también atañe a esta historia, su evolución fue la siguiente: en su comienzo, el curso duraba todo el año con tres clases semanales. La larga permanencia del profesor en contacto con los alumnos, relativamente

pocos en aquel período, creaba una relación de familiaridad que, a mi juicio, era ventajosa. Poco a poco se desarrollaba un verdadero diálogo de intercambio y, finalmente, los conocimientos del profesor terminaban por ser transferidos casi enteramente. Este largo contacto hacía dolorosa la separación obligada al término del curso y, generalmente, una charla apasionada del profesor salpicada con festejos en la sala de clases, dulcificaba la congoja de la despedida.

Cuando comenzó la aceptación de alumnas no fue infrecuente que la última sesión fuera amenizada con música y baile en la estrecha pista del auditorio.

Son numerosos los obsequios de los alumnos que conservo con nostalgia; de aquellos tiempos de larga convivencia, que terminaba por despertar recíprocos afectos de tipo paternal y filial. Al finalizar el curso, la fotografía en grupo con el profesor era solicitada prácticamente como rito ineludible. Aún conservo varias con la imagen casi imberbe de distinguidos médicos, muchos de ellos ahora profesores de nuestra Universidad o de la Universidad de Chile. Para mi calidad de profesor enteramente autoformado, las cariñosas y sinceras retribuciones del alumnado inflamaban mi espíritu y eran el mayor premio que coronaba mi esfuerzo autodidacta que, en conciencia, me hacía comprender que nunca alcanzaría los niveles de excelencia de un auténtico graduado en Bioquímica, pero creo que difícilmente sería superado el calor humano que transfería a mis alumnos.

Posteriormente, en 1963, el curso pasó a ocupar sólo el segundo semestre, y en 1972 el primer semestre.

En 1968 por primera vez me desligo del dictado de las clases, y Ronald Gebert desarrolla enteramente el curso; en 1967 toca el turno a Jaime Eyzaguirre y en 1970 a Arnaldo Foradori. En este año se hizo el experimento de condensar el curso en un solo mes y en forma exclusiva, con clases todo el día para que los alumnos tuvieran a la Bioquímica como único enfoque. Al término de dicho bloque docente, tocaba el turno a la Histología, y así sucesivamente. La tarea resultó demasiado agobiadora para el profesor y los alumnos; en consecuencia, la experiencia no fue satisfactoria y no prosiguió en los años siguientes.

Recordaré, también, que la Cátedra de Bioquímica colaboró con la Escuela de Enfermería hasta 1970, cuyo profesor era Alberto Galofré, secundado esporádicamente por algunos de nosotros. Igualmente, Mónica Dinamarca se desempeñó como profesora de dicho curso.

También, Ronald Gebert dictó cursos de Bioquímica en la Escuela de Agronomía hasta agosto de 1971. Además en 1970 se formalizó la colaboración con Pedagogía (BIO-240), gracias a la incorporación a la Cátedra del profesor Sergio Basáez, Doctor en Ciencias de la Universidad de Chile.

En abril de 1970, los ramos básicos entran a constituir el Instituto de Ciencias Biológicas, con decanato y organización directiva propias, diferentes a la Escuela de Medicina, la que pasó a llamarse Sector de Ciencias de la Salud. Y en 1971 surge "la departamentalización." De esta manera, Bioquímica pasa a ser parte del Departamento de Biología Celular, cuyo jefe fue el profesor Luis Vargas.

Podría decirse que, aproximadamente, aquí termina la fase pintoresca de la Cátedra de Bioquímica.

En ese período, tiene lugar una expansión importante del Laboratorio de Bioquímica, tanto en lo académico como en lo físico. La Directiva del Instituto de Ciencias, finalmente, decide darle un impulso real al Laboratorio de Bioquímica en su calidad de componente del Departamento de Biología Celular. Es decir, decide convertirlo en un centro de excelencia, constituido exclusivamente por bioquímicos titulados, con una plana mayor enteramente formada por Ph.D. en el ramo, con programas experimentales apoyados con sólidos aportes foráneos. En lo físico se practican remodelaciones importantes en el local.

Puesto que estaba plenamente consciente de la conveniencia del proyecto de expansión, como también del programa trazado por la Directiva del Instituto de Ciencias para elevar su nivel científico, comprendí que mi dualidad de trabajo en el Laboratorio

Clínico y en Bioquímica era incompatible con ese proyecto. A modo de colaboración, continué haciendo el curso los años 1971, 1972 y 1973, prácticamente como única función en Bioquímica.

En 1974 me mantuve alejado de la docencia, y el curso fue dictado por el profesor Valenzuela y colaboradores a quienes aludiré más adelante.

En 1975 Jaime Eyzaguirre se hizo cargo del curso con el rango de Profesor Titular. Ha continuado con esta actividad académica hasta hoy.

A continuación se describe la nómina de la nueva planta y el orden cronológico de incorporación de algunos de sus miembros.

En agosto de 1971 se incorpora al Departamento el Dr. Pablo Valenzuela Valdés, quien ejerce como jefe del Departamento de Bioquímica hasta enero de 1975. El Dr. Valenzuela es Ph.D. de la Universidad de North Western, e ingresó al Departamento con el rango de Profesor Titular. Desde 1975, debido a sus investigaciones vinculadas a la Universidad de California (San Francisco), debe viajar constantemente, motivo por el cual en enero de 1975, el Dr. Enrique Beytía, Ph.D. en Bioquímica de la Universidad de Wisconsin, es designado jefe del Laboratorio de Bioquímica. Permanece en la jefatura hasta julio de 1975, mes en que lamentablemente fallece, víctima de una neoplasia maligna. Nuevamente el Dr. Jaime Eyzaguirre recibe la jefatura desde julio de 1975 hasta abril de 1978, fecha en la cual es transferida al Dr. Arturo Yudelevich, hasta el día de hoy. El Dr. Yudelevich ingresó al Laboratorio de Bioquímica en 1973 con el rango de Profesor Adjunto y es Ph.D. en Bioquímica del Albert Einstein College of Medicine.

Continuando con el resto de los componentes académicos actuales del Laboratorio de Bioquímica debemos citar a los siguientes: Dr. Alejandro Venegas, Profesor Adjunto y Doctorado en la Universidad de Chile; Dra. Paulina Bull, Profesora Auxiliar, Bioquímica de la Universidad de Chile y Doctorada en Biología Celular en la Universidad Católica de Chile el presente año; Dr. Rafael Vicuña, Profesor Auxiliar, Doctorado en Bioquímica en el Albert Einstein College of Medicine; señora Gabriela Noé, Profesora Auxiliar, Licenciada en la Universidad Católica de Lovaina.

La agrupación de tan destacados bioquímicos que componen la planta docente sentó inmediatamente las bases para la creación de una nueva línea académica catedrática, conocida con el nombre de Programa de Licenciatura en Bioquímica, conducente al título de Bioquímico del Instituto de Ciencias de la Universidad Católica. El nacimiento de esta Cátedra no tiene ni presenta las increíbles vicisitudes ni escollos de todo tipo que debieron salvar los primeros pasos de sus hermanos mayores.

En efecto, a Dios gracias, la Universidad ostenta hoy día, la madurez necesaria, después de experimentar, inevitablemente, un período parvulario ya enteramente superado.

CARDIOLOGIA

Pablo Thomsen M.

EN UN AÑO que no quiero acordarme nació lo que más tarde se convertiría en el Departamento de Enfermedades Cardiovasculares.

Contaba con dos médicos y dos cuartos que daban al pasillo de entrada del Hospital Clínico, frente a los que hoy son los servicios de urgencia. En nuestro inventario figuraba un electrocardiógrafo, pesado, muy pesado, negro, grande, que junto con el paciente encerrábamos en una jaula de Faraday para aislarlo de los cincuenta ciclos que eran nuestros peores enemigos en la lucha por tener un trazado que correspondiera a nuestras inquietudes estéticas y científicas. ¡Ah, se me olvidaba!, había una secretaria-tecnóloga-estafeta tan encariñada a la especialidad que hasta hoy perdura: *la Elenita*.

El cateterismo cardíaco tenía un boom, perdón, auge, que ninguna técnica ha tenido después en nuestra disciplina. Se trataba de llegar por una vena a las cavidades derechas y a la arteria pulmonar por medio de un catéter, donde estuviera la punta tomaríamos muestras de sangre y grabaríamos presiones. Para hacer bien esto se necesitaría tiempo y dinero. Mientras estábamos en período de fermentación comenzamos a hacer cateterismo tipo "tercer" o "cuarto" mundo. Como un primer paso nos propusimos medir la presión de la arteria pulmonar y relacionarla con la capacidad vital y la presión pleural. El Departamento de Rayos X nos facilitó una sala a las seis de la tarde, no siempre en punto; ahí llegábamos con nuestros enfisematosos o bronquíticos crónicos a introducirles un catéter por la yugular externa y de aquí, hasta la arteria pulmonar. Para tener presiones medias, precisas, libres de artefactos, sin problemas de transducers o de caída de voltaje, usábamos un manómetro de agua. La medición de la capacidad vital sí que estaba al alcance de nuestra tecnología. La determinación de la presión pleural la confiábamos al Dr. Raddatz, el hombre de los diez mil neumotórax. Creo que de este trabajo conjunto el Departamento de Enfermedades Pulmonares tuvo a bien autodenominarse "cardio-respiratorio".

En 1951 fuimos a Estados Unidos para aprender la técnica de la oximetría. Trajimos un Val Slyke y otro "do it yourself". Lo montamos sobre una fina madera de nogal. También llegó un Tissot de trescientos litros que a veces se ve vagar lentamente por un pasillo del primer piso. Como la escasez imponía hermandad, se adquirió el primer electroencefalógrafo Grass: en la mañana grababa presiones y en la tarde se estremecía con las ondas de los males comiciales.

En lo radiológico pasamos a ser autónomos. Por ahí salió una bola Siemens, cromada, brillante, destinada a radiografías portátiles; dejó de viajar por el Hospital para anclarse en nuestro laboratorio; aquí se dedicó a irradiar al paciente y a sus inquisidores; treinta años después puedo declarar que parece que nos supimos defender, pesados eran los delantales, pero valía la pena. De esta época recuerdo a dos médicos que con más ingenio que sapiencia nos permitieron salir adelante: Bozzo y Cruz, siempre un neumólogo y a nuestro lado.

Los primeros diez años de la Cardiología fueron una verdadera ebullición a fuego lento; en adelante se avanzará a zancadas. Cada progreso es un hito que se puede señalar con una fecha precisa.

Dentro del campo de la terapéutica de las arritmias destaca el marcapaso intracavitario. El primero se colocó en 1963 y hasta hoy sobrepasan de quinientos los beneficiados; uno de ellos lo recibió en ese año y ahora lleva consigo su cuarto marcapaso.

Recuerdo que cuando alguien comenzaba con Stoke Adams iterativos, empezábamos a pasar suero con adrenalina, cada vez más concentrada, hasta que al cabo de dos o tres días, el paro dejaba de ser transitorio. Antes del marcapaso hubo un lapso durante el cual se estimulaba el corazón externamente de tal manera que los amperes y los volts no sólo llegaban al miocardio sino a los músculos circundantes; se lograba una extraña danza dantesca, espectáculo penoso y escalofriante.

La electrónica brindó su ayuda en otro tipo de arritmias. Ahora le tocó a las rápidas. Así, en 1964, se efectuó la cardioversión por primera vez, por cierto muy concurrida; hoy, con dificultad asisten anestesista y ayudante.

A fines del cuarenta comenzó la cirugía valvular en el mundo; la mortalidad era de 250/o. Entre nosotros, en 1953, se hizo la primera valvulotomía a ciegas o, mejor dicho, en corazón cerrado; la primera operada de llamaba Victoria, su nombre no fue premonitorio; la segunda paciente sigue asistiendo a sus controles.

El gran salto ocurre en julio de 1961, cuando después de varios meses de entrenamiento en perros, se efectúa la primera operación a corazón abierto bajo la circulación extracorpórea y con ella hay un vuelco sensacional en la cirugía de nuestra especialidad. En un principio se intervienen las cardiopatías congénitas y se hace la plastía de la estenosis mitral; más tarde llega la válvula artificial y por último, en 1970, otro brinco: la cirugía de coronarias. En julio de 1970 sumaron dos mil las intervenciones bajo circulación extracorpórea.

Diríase que en materia de imaginación y audacia la cirugía cardiovascular ha llegado a un plateau y que el presente es el momento de mirar hacia atrás, meditar y perfeccionar indicaciones y técnicas, pero no hay reposo. Hace poco llegó el Eco, ya viene el Holter, la cintigrafía. El departamento nunca llegará a puerto, sólo sus individuos.

CIRUGIA

Hugo Salvestrini R.

LA ORGANIZACION inicial de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica consultaba diferentes departamentos, uno de ellos fue el de Cirugía, al cual tuve la oportunidad de pertenecer desde su iniciación, en 1942. La mira retrospectiva no puede dejar de recordar a los que asumieron la responsabilidad de su creación, organización y dirección: los profesores Rodolfo Rencoret Donoso, José Estévez Vives y Ricardo Benavente Garcés. Ellos tuvieron la oportunidad de vivir una época de profundos cambios en el enfoque de la patología quirúrgica.

La captación de ese cambio histórico en la disciplina quirúrgica se revela en la primera participación que el nuevo Departamento tuvo en el ámbito científico. En la Novena Jornada de la Experiencia Quirúrgica Chilena, tiene el Relato Oficial con el tema "Ileo" (Talca, 1943). Exhibe un esfuerzo conjunto, multidisciplinario; muestra aspectos fisiopatológicos, experimentales, radiológicos, médicos y quirúrgicos. Es la cirugía-arte, que inicia su aproximación a la medicina científica para constituirse en arte-ciencia. Inicia también el diálogo con las distintas patologías en cada uno de sus aspectos. Marca un cambio fundamental en la forma de considerar el proceso patológico: ahora no se exige un diagnóstico-epónimo, sino la completa comprensión de las causas, mecanismos y consecuencias de la alteración.

Se exige el conocimiento cabal de los trastornos electrolíticos, humorales, hemodinámicos, etc., previos, durante y posteriores al acto quirúrgico. La manera de corregirlos se transforma en la meta de la cirugía. Se inicia así su Edad de Oro. Mejoran notoriamente los resultados terapéuticos, a la vez que le permite emprender procedimientos quirúrgicos cada vez más complejos, hasta entonces vedados.

En esa época, los cirujanos se formaban mayoritariamente en la disciplina morfológica. El profesor Rencoret era profesor de Anatomía y tuvo la clarividencia de apreciar en toda su magnitud el momento que se vivía. La mayoría de los ayudantes del Departamento de Cirugía, por él designados, provenían de las disciplinas fisiológicas y fisiopatológicas. La Cátedra de Fisiología del profesor Héctor Croxatto R., asistió a la transformación en cirujanos de un gran número de sus ayudantes.

En el transcurso de los años, el Departamento extendió su quehacer a otras disciplinas quirúrgicas, las que, perfeccionadas, dieron lugar a diversas especialidades que lo llevaron a completarse. En cada una se asistía a una creciente inquietud de progreso. Esto pudo tener base por un sinnúmero de factores, principalmente a los esfuerzos y sacrificios al servicio del logro de determinadas metas.

La sumación de estos esfuerzos en etapas sucesivas, ininterrumpidas, llenos de empecinada obstinación, favorecen el progreso. Objetivos comunes a grupos humanos, que se saben comprender y perdonarse recíprocamente, alentando una misma idea de superación, son los elementos con que se debe contar para hacer posible y fructífera una intención valedera factible.

El poner en marcha una determinada disciplina o técnica favorece a un conjunto de reacciones y estímulos que derivan de las necesidades que se van creando. Los horizontes se amplían insensiblemente, las interrogantes se multiplican y las respuestas logradas no

siempre son pertinentes al tema inicial, pero contribuyen a clarificar fenómenos generales que beneficiarán a otras disciplinas, y en este caso a la medicina en globo.

Cada disciplina fue desarrollándose al amparo de normas no escritas, pero sí incorporadas al espíritu de todos y de cada uno. El futuro progreso y avance de cada especialidad quirúrgica quedó entregado al trabajo y esfuerzo de cada grupo. Eran arquitectos de su éxito o fracaso. No se pretendió impulsar artificialmente a determinadas disciplinas. Las que crecieron y se desarrollaron lo hicieron gracias a su grupo humano, que con mística, enfrentaron problemas y sacrificios y lograron valiosas metas. Hubo que luchar por poder hacer y una conciencia alerta por dejar hacer.

La sumación de circunstancias, como las expresadas, explica la constitución de núcleos humanos ansiosos de perfeccionamiento, que fueron estimulados por la docencia y a la que a su vez entregaron toda su capacidad.

A la Cirugía puede reprochársele, muchas veces, la audacia con que enfrenta algunos problemas. Aparentemente se podría suponer falta de ponderación o del conocimiento exhaustivo de las premisas que autorizarían determinada acción o procedimiento quirúrgico. El éxito o el fracaso de determinado procedimiento plantea las interrogantes que lo originaron. Para investigar las causas del fracaso o del éxito intervienen innumerables disciplinas científicas, aparecen nuevas líneas de investigación o se reviven conocimientos olvidados que entonces adquieren una importancia insospechada.

Los aportes que, directa o indirectamente, ha hecho la Cirugía a la medicina fue vivida en el Hospital Clínico de la Universidad Católica. La introducción de la Cirugía a nuevos campos y nuevas técnicas motivó el desarrollo de procedimientos, especialmente diagnósticos. Se hacía cada día más indispensable un correcto diagnóstico morfológico y funcional, previos al acto quirúrgico. La Cirugía había logrado hacerse segura para el paciente, ahora era el momento de hacer al paciente seguro para la cirugía.

Sería largo enumerar todas y cada una de las disciplinas que ampliaron su horizonte estimuladas por la Cirugía. Hay numerosos y bellos ejemplos en Gastroenterología, Nefrourología, Neumología, Cardiovascular, etc.

En estos mismos términos de integración del saber médico en beneficio de los pacientes, el Departamento de Cirugía tomó la iniciativa para crear, esta vez oficialmente y organizar las Unidades Integradas de las distintas especialidades médicas. La comunicación interdisciplinaria, el nutrirse unas de otras y todas interesadas en la búsqueda permanente de la verdad científica, fue una de las iniciativas que han permanecido y robustecido en la Universidad Católica.

Responde, así, el Departamento de Cirugía al mandato de la Facultad que es la razón de su existencia: promover la investigación destinada a aliviar el dolor humano, y apoyó a la vez a formar, en un ejemplo digno, las futuras generaciones de cirujanos.

DERMATOLOGIA

Hernán Hevia P.

LA CATEDRA de Dermatología se fundó como consecuencia de la ampliación de los estudios médicos de esta Universidad, destinados a obtener la formación completa de los alumnos en este plantel de enseñanza superior, obviando la necesidad de su traslado a la Universidad de Chile para realizar el estudio de las especialidades.

Es así como en 1954 se inicia la enseñanza de la Dermatología en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de Chile, impartiendo instrucción teórico-práctica a pequeños grupos de alumnos, que en forma rotativa recibían las lecciones durante un período de tres meses, con ocho horas semanales.

No contando el plantel universitario con los recursos suficientes para establecer la cátedra en su propia escuela y Hospital Clínico, se suscribió un convenio entre esta Universidad y la Universidad de Chile, a fin de que las actividades docentes de la especialidad se realizaran en la Cátedra de Dermatología, a cargo en ese tiempo del profesor Luis Prunés en el Hospital José Joaquín Aguirre. El programa de clases se elaboró en concordancia con el que se desarrollaba en esa cátedra.

Papel importante en la substanciación del acuerdo correspondió al entonces Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica, Rodolfo Rencoret, al Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, Alejandro Garretón y al Secretario de la Facultad, Amador Neghme.

Merecido recuerdo hacemos de estas autoridades, cuya gestión contribuyó a hacer realidad el proyecto de creación de esta cátedra, así como también de los profesores Luis Prunés y Florencio Prats, titulares de Dermatología, que prestaron su valiosa y desinteresada colaboración en la dictación de los cursos, aportando su excelente y abundante material didáctico y permitiendo a los grupos de alumnos ingresar a las salas y policlínica de sus servicios, para adquirir el conocimiento práctico de las enfermedades de la piel.

Una perfecta convivencia ha logrado mantener el acuerdo de colaboración entre ambas universidades. Además, el grupo docente elegido por la Pontificia Universidad Católica incluía personal que se desempeñaba en la Cátedra de Dermatología de los profesores anteriormente nombrados: yo fui designado Profesor Titular, Roger Lamas, jefe de Clínica y Marco A. de la Parra, como ayudante. Durante años este grupo de instructores realizó su labor con carácter ad honores y sólo a partir del nombramiento del Dr. Fernán Díaz como Director de la Escuela de Medicina de esta Universidad, se nos fijó una pequeña asignación, así como también se concedió un pequeño aporte económico para subvenir los gastos de material didáctico.

Inquietud produjo en nuestro grupo docente la expansión de la matrícula de alumnos, que se hizo simultáneamente en ambas facultades. Se produjo un aumento considerable de alumnos, sin posibilidad de acrecentar la dotación de instructores, ni de ampliar las instalaciones de la Clínica de Dermatología del Hospital José Joaquín Aguirre, donde se impartía la enseñanza. A esto se agregó una disminución apreciable de la consulta de los enfermos del Servicio de Seguro Social, que fueron derivados hacia los hospitales del Servicio Nacional de Salud. La situación se tornaba crítica y por esto la Dirección de la escuela resolvió estudiar el traslado de la cátedra a la Unidad de Socorro de Puente Alto, solicitándome un proyecto para construir una Clínica Dermatológica en ese lugar, con capacidad y servicios adecuados para el ejercicio docente y asistencial. Con colaboración del arquitecto Cristóbal Fernández, el proyecto se llevó a cabo, pero dificultades surgidas durante la "Reforma Universitaria" y la falta de recursos, postergaron la materialización del proyecto.

Continuó, por tanto, impartándose la enseñanza en el Hospital José Joaquín Aguirre, exigiéndose a los instructores un máximo esfuerzo para superar las dificultades, lo que se consiguió íntegramente, siendo una buena demostración de ello el gran interés despertado en los alumnos por la especialidad y las numerosas solicitudes de becas de postgrado que se reciben, auspiciadas por diferentes organizaciones, para perfeccionamiento en Dermatología.

Fruto de estos esfuerzos son los numerosos especialistas que actualmente se desempeñan como prestigiosos profesionales y excelentes docentes en los diversos servicios de la especialidad en los distintos hospitales del país.

Al celebrar los cincuenta años de vida de esta Escuela de Medicina, como coronación de este homenaje y reconocimiento a la labor desarrollada por la Cátedra de Dermatología, creemos que sería justo considerar nuevamente el proyecto de establecerla junto a los demás ramos clínicos, liberándola de su situación de dependencia de servicios ajenos a nuestra Universidad.

Numerosos dermatólogos de alta jerarquía profesional y docente, formados íntegramente en la Pontificia Universidad Católica se harían cargo, gustosos de impartir

la enseñanza y cumplir a satisfacción de todos, las tres funciones esenciales de una Cátedra Universitaria, investigación, docencia y extensión de los servicios asistenciales a la comunidad que los requiere cada vez con mayor urgencia.

EMBRIOLOGIA

Claudio Barros R.

EL DESARROLLO de la Embriología en la Escuela de Medicina y en la Universidad está íntimamente asociado a la historia de la Biología General.

La formación del primer grupo ocurre en 1930 cuando nace la Escuela. En esa fecha se contrató como profesor de Biología General al padre Gilberto Rahm, monje benedictino alemán, quien pedía que se le llamara padre Gilberto, para sus funciones religiosas o Doctor Rahm para sus funciones científicas. Este profesor, fruto de universidades europeas, no podía comprender por qué, él como catedrático, debía orientar su propia cátedra de acuerdo a los dictados de otro profesor y en este caso de acuerdo al curso que por aquel tiempo impartía don Juan Noé en la Universidad de Chile. Por esta razón el curso que dictaba el Doctor Rahm con su propio programa era muy insuficiente y diferente del programa de la Universidad de Chile, lugar en el cual los alumnos de la Universidad Católica debían rendir sus exámenes. Los ayudantes del Doctor Rahm, Arturo Atria y Roberto Barahona, conscientes del problema, decidieron tomar la responsabilidad de preparar a los alumnos de acuerdo al programa del profesor Noé. Para esto hacían en un comienzo clases extraordinarias, y más tarde el Rector les autorizó para hacer un curso de Biología General, paralelo al de Rahm, con lo que se aseguró el éxito de los alumnos en los exámenes de final de año.

En una ocasión Atria consultó a Monseñor Casanueva, entonces Rector de nuestra Casa de Estudios, la razón que había tenido para contratar al padre Gilberto Rahm, a lo que Monseñor le contestó, que en una ocasión se había encontrado con el profesor Noé y le había preguntado por el padre Gilberto Rahm a lo que Noé contestó que era magnífico. Monseñor acotó

si un ateo y un masón como Noé me dice que un fraile y benedictino por añadidura es magnífico, pensé que así debía ser.

En justicia hay que reconocer que el fracaso de Rahm no fue como científico y quizá tampoco lo habría sido como profesor si la Universidad hubiese tenido autonomía académica. Eran otros tiempos.

En 1932 la Universidad contrata a otro eminente zoólogo, Carlos Porter, para servir la Cátedra de Biología General. En los exámenes de final de año se produce una crisis que lleva a la suspensión indefinida del examen de Biología General por parte del presidente de la comisión examinadora de la Universidad de Chile. La crisis se resuelve favorablemente teniendo que asumir Arturo Atria, a pedido del Rector, la responsabilidad de representar a la Universidad Católica en los exámenes.

Es sólo en 1935 que se produce la concepción de la creación de la Embriología y Anatomía Comparada como una cátedra independiente de Biología General. Esta concepción de asociar la Embriología con la Anatomía Comparada se basa en las ideas de Haeckel, en virtud de las cuales se creía ver en el proceso ontogénico un resumen de los procesos filogenéticos.

En 1936 el profesor Arturo Atria, nombrado para servir la cátedra de Embriología y Anatomía Comparada, se propone sacar el curso adelante y es así como, sin recursos

económicos, sin laboratorios, logra formar una colección de preparaciones macroscópicas y material microscópico que motiva en los alumnos un gran interés por la disciplina. También elabora un texto de estudio titulado "Curso de Embriología y Anatomía Comparada". Este texto, por su gran extensión que va más allá de las necesidades de alumnos de Medicina, es reeditado en 1940 con el título de "Lecciones de Embriología", texto que es por varios años usado también por alumnos de la Universidad de Chile.

En 1937 nace finalmente la Cátedra de Embriología que se dicta a los alumnos de segundo año; sin embargo, en esta cátedra se revisan sólo los problemas relacionados con la organogénesis, quedando los problemas de la embriogénesis en el curso de Biología General. Esta dicotomía se mantuvo hasta 1975.

En 1955 se confiere al profesor Atria el grado académico de "Doctor Honoris Causa" en reconocimiento a sus valiosos servicios prestados a la Universidad. Más tarde, en 1966, cuando presenta su renuncia después de treinta y siete años de trabajo, la Escuela lo nombra Profesor Visitante, alejándose definitivamente de la Universidad en 1975.

Es importante mencionar que durante el desempeño del Dr. Atria como profesor de Embriología colaboraron como ayudantes de cátedra, primero los doctores Hernán Hevia, Guillermo Labatut y Ramón Ortúzar, y más tarde los doctores Eduardo Silva y Patricio Vela.

Paralelamente se desarrollaba otra historia. Para comprender mejor la formación del segundo grupo debemos remontarnos a 1953, fecha en que Luis Izquierdo, haciendo uso de una beca de la Fundación Rockefeller viaja a Bélgica a trabajar con el Profesor Albert Dalcq y luego con el profesor Jean Brachet en la Universidad Libre de Bruselas. En 1955 regresa a Chile, y la Escuela lo contrata como profesor de Biología General, asumiendo la responsabilidad de organizar la docencia en esa asignatura, así como la investigación en Embriología.

En el curso que organiza, la mera descripción deja paso a la discusión de los grandes problemas de la Biología. Los diferentes niveles de organización de los seres vivos, desde los protistas a los vegetales y animales superiores, son estudiados desde un punto de vista evolutivo en donde la genética juega un papel fundamental. Usaba la biología celular, la genética y la bioquímica como instrumentos de análisis del desarrollo y diferenciación como problemas más amplios que la mera descripción de la embriología humana. La formulación de un curso en que se analizaban y discutían los seres vivos con prescindencia de orientaciones profesionalizantes fue posible gracias a la ya alcanzada autonomía académica de la Escuela.

Es opinión del autor de estas líneas que después de haber conocido varios programas de cursos de Biología General y haber tomado parte en varios de ellos, ya sea como alumno o profesor, este curso que se realizaba en Chile hace veinte años tenía un valor muy especial por la solidez y profundidad porque se combinaban los capítulos de evolución, genética, biología celular y embriogénesis y era el sostén para una formación biológica básica muy sólida no sólo para los alumnos sino también para el equipo docente.

Cómo no recordar aquellas arduas tardes y noches en las que preparábamos los pasos prácticos para llevar a cabo el trabajo como a nuestro guía y profesor Izquierdo le gustaba. Cómo no recordar, por ejemplo, esas noches completas que pasábamos en el laboratorio tratando de diseñar y fabricar equipos que tenían que funcionar durante los trabajos prácticos de la mañana siguiente. ¡Y funcionaban! Cómo no recordar también esos viajes a Talagante metiéndonos en el agua del río Mapocho para buscar las *planarias* tan necesarias para los trabajos prácticos de regeneración, o los viajes desde San Antonio con bolsas llenas de erizos o anguilas babosas, a veces de bastante mal olor, por lo que teníamos que luchar con el chofer para que nos aceptaran en el bus.

A pesar que esta tarea se hizo a expensas de las posibilidades de investigación de los miembros del equipo docente, nunca se consideró como una carga antipática o desagradable; por el contrario, era estimulante y gratificante.

Otra tarea que emprende Luis Izquierdo es echar las bases para iniciar en Chile la investigación de problemas embriológicos. Inicia sus trabajos con el estudio del desarrollo embrionario de varias especies de anfibios chilenos que incluyen a *Bufo spinulosus*, *Calyptocephalella* y *Pleurodema bibroni* a la vez que continúa las investigaciones en el desarrollo preimplantacional de mamíferos.

La tarea de investigar está íntimamente asociada a la formación de futuros investigadores; esta tarea fue asumida con entusiasmo por Izquierdo; así, bajo su dirección numerosos estudiantes hicieron sus Tesis de título. Varios de esos estudiantes pasarán más tarde a formar parte del personal de la Escuela.

A fines de 1960 se estudió un proyecto de creación de un Instituto de Biología que respondía a la conveniencia de centralizar la investigación biológica no aplicada y, además, unificar la enseñanza de esta y otras disciplinas biológicas básicas que se impartía a las escuelas de Agronomía, Medicina y Pedagogía. Como se verá más adelante, sólo diez años más tarde fructificaría esta idea y en un principio el proyecto sólo se materializó en parte asumiendo el Departamento de Biología de la Escuela la enseñanza de la Biología para las escuelas antes mencionadas. Fue un enorme esfuerzo que hizo necesaria la contratación de personal nuevo que pudiera colaborar en la titánica tarea que había iniciado Luis Izquierdo. Así, la Escuela contrató a Claudio Barros, Luis Roblero, quienes se suman a José Valencia, que ya ocupaba el cargo de ayudante. Este flujo de personal no médico a una Escuela de Medicina fue de la mayor trascendencia.

En 1964, habiendo prosperado en la Universidad de Chile la idea de transformar su Instituto de Ciencias en una Facultad de Ciencias y como un desarrollo de esta naturaleza no se producía en la Universidad Católica, Izquierdo se traslada a la Universidad de Chile. Su renuncia es acompañada por la de Luis Roblero y Pedro Valladares.

La tercera etapa comienza en 1968, pero para su comprensión, debemos remontarnos a junio de 1964, en que desempeñándome como ayudante de Biología viajé a los Estados Unidos haciendo uso de una beca de la Fundación Rockefeller, obteniendo en 1968 el grado de Doctor en Filosofía en la Universidad de Tulane.

A mi regreso a Chile me reincorporé al Departamento de Biología de la Escuela con la responsabilidad docente de Biología Celular y Embriogénesis. Esta situación continúa hasta 1975 cuando se reestudia el curriculum de la Escuela, creándose entonces el curso de Reproducción y Desarrollo, que incluye tanto la Embriogénesis como la Organogénesis.

Para reiniciar la investigación científica debí procurarme recursos humanos y materiales. Los primeros fueron proporcionados por la Escuela con la contratación de Anita Garavagno y la asignación de Joaquín Posada; los segundos fueron otorgados por la Fundación Rockefeller y más tarde por la Fundación Ford. Con esto se inicia un activo trabajo de investigación en problemas relacionados con la fecundación en mamíferos y el desarrollo temprano.

En 1970, diez años después de la proposición inicial, se funda el Instituto de Ciencias Biológicas, creándose el Laboratorio de Embriología, del cual se me nombra Director, incorporándose Gladys Muñoz, Luis Roblero y Jorge Arrau y luego Miguel Berrios, Jorge González, Alida Rihm, Juan Leal y Elena Herrera.

Desde la jefatura del Laboratorio de Embriología seguí la política de Luis Izquierdo de dar oportunidades de perfeccionamiento al personal; prácticamente todos los académicos del Laboratorio han realizado entrenamiento en centros científicos de importancia. Entre ellos destaca el grado de Doctor obtenido por Jorge Arrau y Luis Roblero.

Podemos decir con orgullo que el Laboratorio de Embriología de la Universidad Católica de Chile goza actualmente de un merecido prestigio internacional al que no habría podido llegar sin la acción pionera de aquellos que a contar de 1930 y en el transcurso de los años fueron poco a poco construyendo su futuro.

La historia del desarrollo de la Embriología debe servir para que las nuevas generaciones que actualmente laboran en una institución madura y de prestigio internacional, como la Escuela de Medicina y/o el Instituto de Ciencias Biológicas, puedan valorar el espíritu pionero de los que les precedieron.

ENDOCRINOLOGIA

José M. López M.

EN 1943 el Dr. Luis Vargas Fernández, secundado por el en aquel entonces alumno Jorge Lewin Campaña, inicia la atención de enfermos con patología endocrinológica, acumulando experiencia en amenorrea primaria, patología tiroidea e insuficiencia suprarrenal. La investigación clínica, convergente con las líneas de trabajo de la recientemente creada Cátedra de Fisiopatología, se relaciona con tumorigénesis y acción de esteroides. Da origen a una primera publicación endocrinológica que describe la regresión del fibromioma uterino con testosterona (Rev. Méd. de Chile 73: 443, 1945). A ella le siguen otras que revelan atenta observación, adecuado manejo de la especialidad y espíritu creativo como el de aplicar radioterapia mínima en la zona hipotálamico-hipofisaria para inducir ovulación.

Posteriormente, desde 1946 a 1951, los pacientes endocrinológicos fueron atendidos por médicos internistas. En 1951 se incorpora al Departamento de Medicina el Dr. Pablo Atria Ramírez, endocrinólogo que había tenido la oportunidad de trabajar con el profesor Gregorio Marañón, en España. El Dr. Atria, trabajando a tiempo parcial, desarrolla actividad docente como profesor responsable del curso de Endocrinología para los alumnos de 5º año de la Escuela de Medicina, labor asistencial como médico tratante de los pacientes de la especialidad e investigación clínica.

El Dr. Atria concurrió en 1958 como socio fundador de la Sociedad de Endocrinología, época desde la cual nuestra Escuela de Medicina ha tenido permanente representación en ella. El progresivo desarrollo de la especialidad atrajo la atención de egresados, lo que culmina en 1972 con la creación de la Unidad de Endocrinología formada por los doctores Pablo Atria Ramírez, José Manuel López y José Adolfo Rodríguez Portales.

Esta naciente Unidad, bajo la dirección del Dr. José Manuel López, con el apoyo de la Embajada de la Soberana Orden Militar de Malta, crea el laboratorio de la especialidad, el cual ha mantenido hasta hoy un sostenido ritmo de crecimiento. En 1973 se define como línea básica de investigación el estudio de los esteroides suprarrenales, con especial énfasis en mineralocorticoides, línea que se afianza al establecer proyectos de investigación en colaboración con el Departamento de Fisiología de la Universidad de Chile y más tarde con el Departamento de Fisiología del Instituto de Ciencias Biológicas. Este trabajo colaborativo genera publicaciones y expande el campo de investigación a la relación entre el sistema calicreína-renina y la corteza suprarrenal. Por otra parte, se individualizan patologías no descritas en nuestro medio nacional: síndrome de Bartter, tumor secretor de renina, síndrome de Cushing por secreción ectópica de ACTH, déficit de 11 β -hidroxilasa.

En 1974 se crea el Departamento de Enfermedades Metabólicas, Endocrinológicas y Reumatológicas, al cual se incorporan los integrantes de la Unidad de Endocrinología. La incorporación del Dr. Patricio Michaud, jefe de la Sección Endocrinológica del Hospital Sótero del Río a este departamento ha logrado establecer una estrecha y creciente interrelación entre ambas secciones y los grupos endocrinológicos de ambos hospitales.

LA OFICINA DE EDUCACION MEDICA

Omar Romo V. y
Juan I. Monge E.

EN EL mes de enero de 1971 se entregó a las autoridades de la Escuela de Medicina un "Plan de organización de un Departamento u Oficina de Educación Médica en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica". En él se expresaba, entre otras consideraciones, que "el objetivo inmediato de la Oficina de Educación Médica es planificar un esquema de acciones a ejecutar en el futuro, que obedezca a un solo propósito: mejorar la enseñanza de la Medicina".

Entre estas acciones, aquella que en forma permanente ha inquietado a los educadores y que ha tenido diverso eco en otras Escuelas del país y del continente, en los últimos 20 años, está la necesidad de revisar los planes de estudio y los programas de los cursos de medicina, aplicando principios y técnicas propias de las disciplinas pedagógicas y de las ciencias de la conducta.

Existe una variada gama de tópicos relacionados con estos campos que han sido englobados en el término "Educación Médica". Todos los docentes y autoridades administrativas de una escuela de medicina han estado involucrados en estas actividades, pero sin hacer uso de las ventajas de metodologías que han probado su eficacia en el campo educativo.

La utilización sistemática de estas metodologías permitiría contribuir a prevenir, mejorar o resolver situaciones que afectan al funcionamiento de una escuela y que dicen relación con la planificación y programación curricular, métodos didácticos, sistemas de evaluación, medios instruccionales, tensiones generadas en el alumnado, factores de fracaso, políticas de admisión, etc. La complejidad de estas funciones apunta a la necesidad de especialización de una persona, o idealmente varias conectadas a una escuela de medicina, que deben estar en condiciones de asesorar a las autoridades directivas en el proceso de toma de decisiones y a los docentes, para mejorar el proceso educativo.

Al reseñar las actividades de una Oficina de Educación Médica es necesario destacar algunas iniciativas que precedieron a su creación y que han constituido desde largos años una preocupación de las directivas de nuestra Escuela de Medicina; ellas representaron un factor importante en la generación de un pensamiento que condujo finalmente a la constitución de este organismo en 1971.

A mediados de la década del 40, el sistema de ingreso a la Escuela de Medicina constituía un procedimiento riguroso que pretendía seleccionar en forma objetiva a los mejores postulantes, a través de entrevistas personales y exámenes escritos que medían conocimientos y aspectos más globales de la personalidad, estimados deseables en los futuros médicos. Con el correr del tiempo y el incremento de las postulaciones, el proceso llegó a ser altamente tecnificado y fue administrado por una comisión "ad hoc" con miembros estables.

El modelo desarrollado por la Escuela de Medicina y el profesionalismo con que trabajaron sus miembros fueron determinantes en la organización del sistema de admisión establecido para toda la Universidad, a raíz del movimiento de Reforma en 1967; desde entonces, este proceso fue administrado por la recién creada Vicerrectoría Académica.

Entre las materias que preocupaban en esa época a la Comisión de Admisión estaban el desarrollo de pruebas psicológicas que permitieran la selección de las personalidades más equilibradas y con una clara vocación médica entre los postulantes. Fruto de esta inquietud fue el desarrollo de una investigación prospectiva que abarcó a varias cohortes estudiantiles. A proposición de esta Comisión se creó una asesoría psicológica para los alumnos con problemas conductuales o de bajo rendimiento escolar, que funcionó como dependencia de la Dirección de la Escuela entre 1968 y 1971. La conveniencia de contar con actividades de orientación fue reexplorada en 1973 por la OEM, no pudiéndose concretar por razones de presupuesto; aún permanece como una de las necesidades insatisfechas del alumnado.

La misma Comisión de Admisión se preocupó de revisar la calidad de los procedimientos de evaluación aplicados en la Escuela; esto constituyó uno de los tópicos analizados en el Primer Seminario de Educación de la Facultad de Medicina, organizada por el decanato en 1967. Dicho Seminario señaló que para ello deberían darse algunos pasos previos en la planificación educacional y muy particularmente en la definición de objetivos instruccionales.

En 1969, como eco del movimiento de "meditación" que paralizó a todas las Universidades del país, a proposición del Decano, se constituyeron comisiones mixtas de alumnos y docentes para explorar áreas que acarrearaban problemas en la Escuela; una de las más candentes era la que se refería al proceso educativo. Del trabajo de varias comisiones surgieron proposiciones para algunas áreas. Como consecuencia directa se constituyó, por resolución del decanato, en noviembre de 1970, la Secretaría de Docencia a cargo del Dr. Alberto Galofré T. En marzo de 1971 se constituyó oficialmente la Oficina de Educación Médica, en la que él desempeñó una activa y fructífera labor por espacio de varios años. En ese año se incorporaron a la OEM los profesores que suscriben esta crónica.

Los esfuerzos realizados en los primeros años de existencia de la OEM se orientaron a mejorar algunos aspectos cualitativos de la enseñanza, como ser: la edición de un manual básico de planificación educativa, la realización de un ciclo de talleres y seminarios de actualización didáctica, de diseño de objetivos educacionales, de métodos audiovisuales y de evaluación, desarrollados bajo el patrocinio de la Federación Panamericana de Facultades y Escuelas de Medicina (FEPAFEM) y coordinadas para todo el país por el Prof. Omar Romo, Director Asociado de la OEM. Dicho ciclo, ofrecido a los docentes de la Escuela y de las otras Escuelas de Medicina del país, colocó a la OEM en un sitio de pionera de la educación médica a nivel nacional. Esta línea continúa desarrollándose en nuestra Escuela y toma mayor auge en las restantes que han constituido sus Oficinas de Educación Médica.

La experiencia y motivación recogida en la Oficina de Educación Médica fue determinante en la creación del Programa de Pedagogía Universitaria (PPU) por la Vicerrectoría Académica, cuando uno de los autores (J.I.M.) asumió la Dirección de Asuntos Académicos en 1973. En dicho programa se designó a uno de los miembros de la OEM (O.R.V.), quien, compartiendo sus responsabilidades con la OEM, contribuyó a su organización y trabaja en él hasta la fecha. Dicho programa que ha adquirido una importancia creciente en la Universidad, se ha constituido en un modelo inspirador de estrategias similares en otras universidades del país y del extranjero.

A partir de la reestructuración de la Escuela de Medicina, por Resolución de Rectoría N° 200/74, en 1974, la OEM pasa a constituir un organismo técnico de la Dirección de la Escuela, y en su Director Asociado recae la responsabilidad de Secretario Ejecutivo del Consejo de Docencia.

Desde ese momento, y junto con la iniciación de las tareas de este Consejo, la OEM se aplica a la necesidad de definir los principios y objetivos de la Escuela de Medicina, aspecto curiosamente olvidado desde su creación. A este punto se asignó una importancia fundamental por parte del Consejo de Docencia y de la Dirección de la Escuela, ya que las orientaciones en materia de política educacional debieran ser la expresión de su espíritu. Fruto de esa inquietud fue el Seminario del Consejo de Docencia, realizado en 1974, cuyas conclusiones pasaron a constituir la "Declaración de Principios de la Escuela de Medicina".

Al mismo tiempo, el Consejo de Docencia se aboca a la necesidad de revisar el plan de estudios, tarea en la que la OEM tiene una activa participación. Fruto de este ordenamiento ha sido una mejor coordinación con los Institutos Básicos, la reformulación de algunas asignaturas y la creación de otras, una mejor integración en el nivel clínico, la introducción sistemática de los seminarios para estimular el aprendizaje activo, las prácticas supervisadas de verano, la modificación en la modalidad de enseñanza de las especialidades, la modificación de los internados y la introducción de períodos electivos.

En esta misma línea debe mencionarse la creación de cursos de "Orientación a los Estudios Médicos", de "Ética Médica" y de "Interacción Humana".

Paralelamente se desarrollan acciones sistemáticas a nivel de la planificación y programación de cursos; así pudo publicar todos los "Programas de Curso" de la Escuela con una estructura unificada y de acuerdo a recomendaciones entregadas por la OEM, en el documento "Apuntes" N° 3, una publicación dedicada a asuntos técnico-pedagógicos de la Oficina. Se continúa trabajando en la formulación de objetivos educativos específicos.

El grupo de estudios en Educación Médica (GEFEM), constituido por miembros de la OEM, y que se encuentra en funcionamiento desde 1974, está actualmente abocado al diseño de salas de autoinstrucción, con cubículos ad hoc, en Anatomía, Medicina-Cirugía del Hospital de la U.C.; Gineco-Obstetricia, Neonatología y Medicina-Cirugía del Hospital "Sótero del Río"; todo ello basado en la experiencia adquirida en el montaje y funcionamiento de cubículos de autoinstrucción en el Departamento de Obstetricia y Ginecología del Hospital Clínico.

Para su funcionamiento, aparte de la implementación con grabadoras, proyectoras y pantallas, se están elaborando módulos de aprendizajes con audiovisuales y realizando diaporamas para aquellos temas que lo necesiten.

Para permitir el desarrollo de la docencia con audiovisuales, se ha incorporado a la OEM un servicio de fotografía, en blanco y negro y diazo, y se está enviando a procesar al Laboratorio fotográfico del Instituto Fílmico las diapositivas a color.

Por otra parte, la OEM/UC, iniciadora de reuniones de todas las OEM de las Escuelas de Medicina del país, que se llevan a cabo cada dos meses, participa en ellas a través de sus dos directores; ellos forman parte, además, de la Comisión de Educación Médica de la Asociación Chilena de Facultades o Escuelas de Medicina, siendo el Director Asociado uno de los coordinadores de dicha Comisión.

La Oficina se encuentra realizando un estudio sobre las diversas formas de evaluación utilizadas en la Escuela para sugerir algunos criterios generales de Evaluación para la Escuela.

De este modo, contribuyendo a resolver problemas allí donde su acción sea requerida, la Oficina de Educación Médica espera cumplir con su objetivo específico: el mejoramiento de la enseñanza médica.

FARMACOLOGIA

Jorge Lewin C.

EL INICIO de la Farmacología en nuestra institución puede situarse en la primera década de vida de la Escuela de Medicina, pues al igual que lo sucedido en muchas universidades, esta disciplina nació entre nosotros como una rama de la Fisiología. Entre los investigadores que primero se interesaron en ella, podemos recordar a Héctor Croxatto, Joaquín Luco y Fernando Huidobro. Estos dos últimos fueron los principales responsables de su desarrollo ulterior.

Nació, pues, la Farmacología varios años antes que las exigencias curriculares obligaran a su enseñanza en la Escuela. Pero, obviamente, la iniciación del tercer año de la carrera médica en 1942, constituyó un especial estímulo para el avance de la disciplina. Desde luego, un año antes de esa fecha se crea en la Escuela el Departamento de Farmacología y Química Biológica, el cual, bajo la dirección de Luco, persiste hasta 1950. Con la activa colaboración de Pablo Thomsen, Mario Altamirano, Rodolfo Valdés y de numerosos licenciados en Medicina que realizaban sus tesis de título, pudo publicarse durante ese período más de cuarenta trabajos farmacológicos dirigidos por Huidobro y

Luco y que se referían especialmente al sistema nervioso autónomo y a la transmisión neuromuscular. A ellos deben agregarse alrededor de quince publicaciones sobre investigaciones de índole neurofisiológica realizadas por Luco con sus ayudante y tesis.

Impresiona hoy día el considerar que esas altas cifras de publicaciones se obtuvieran no obstante la pobreza material del Departamento y, sobre todo, con un personal académico entre el cual sólo dos personas, Luco primero y luego Huidobro, podían dedicarse en forma exclusiva a la investigación y docencia. Parece innecesario señalar la importancia que tuvo esta labor no sólo para el desarrollo de la investigación en la Escuela, sino que también para el avance de la actividad científica del país, a través de las contribuciones permanentes y abundantes que los miembros del Departamento hacían a la Sociedad de Biología de Santiago.

Hay un hecho en la vida del Departamento de Farmacología y Química Biológica que merece ser destacado por la enorme trascendencia que tuvo para la Escuela de Medicina. A comienzos de 1943 llega a este Departamento, enviada por Antonio del Solar, la señora Gabriela Gildemeister, solicitando que se le permitiera trabajar como ayudante. Había asistido, en su juventud en Europa, a cursos de Bioquímica, con la intención de seguir luego la carrera de medicina. Sin embargo, su temprano matrimonio y su frágil salud la habían hecho desistir de esa idea. Ahora, convencida de que no tendría hijos y disponiendo de tiempo libre, quería emplear éste en labores que fueran útiles a los demás y que satisficieran en alguna medida sus antiguas aspiraciones.

La petición era algo insólita. Luco decidió aceptarla porque a través de la conversación se dio cuenta que se trataba de una persona de aguda inteligencia y que había en ella algo que hacía suponer que se trataba de un ser bondadoso con genuino afán de servir. Fácil es comprender que, en un grupo dirigido por Luco, ella pasó muy rápidamente a llamarse *La Gaby*, olvidándose su apellido, si es que alguien hubiese reparado en éste. Para quienes frecuentábamos la Escuela como alumnos de los primeros años, ella era simplemente *la gringa que trabaja con Luco*.

El ambiente que sabe crear Luco, jovial, entusiasta por la labor que realiza, riguroso en lo intelectual y en el que las actitudes generosas pasan inadvertidas por ser habituales, impresionó de tal manera a la señora Gildemeister que, cuatro años más tarde, la hacía decir en la solemne inauguración de la Fundación Gildemeister:

Y aquí deseo estampar que los dos años que trabajé en el laboratorio fueron de los mejores de mi vida... Y que tengo un solo deseo: que una vez que la Fundación esté marchando, me permitan volver nuevamente al laboratorio y ayudar al Dr. Luco en forma más efectiva.

La estancia en el Departamento le permitió a la señora Gildemeister conocer otras dependencias de la Escuela e imponerse del espíritu de trabajo y cualidades humanas de sus docentes y médicos del hospital. Todo ello la llevó a crear una Fundación para el avance de la Medicina y, una vez concretada ésta, centrar sus primeras acciones en nuestra Universidad.

En 1950 el Departamento se dividió en tres: uno de Farmacología, otro de Bioquímica, y el tercero de Neurofisiología.

El nuevo Departamento de Farmacología quedó a cargo de Huidobro. Durante diez años su planta académica constó de sólo dos personas. Durante esta etapa, la actividad científica se agrupó en dos líneas; la primera versaba sobre la farmacología de la unión neuromuscular, y la segunda, sobre la relación estructura química-actividad farmacológica de las aminas adrenérgicas. Esta última resultó de la fructífera colaboración de dos personalidades bastante diferentes, pero animadas ambas de igual entusiasmo creador. El farmacólogo Huidobro, investigador infatigable, riguroso y metódico hasta la exageración y Raúl Croxatto, el biólogo molecular de brillante inteligencia y de imaginación desbordante. Después de realizar numerosos trabajos experimentales lograron plantear como mecanismos de la especialidad de la acción farmacológica de dichas aminas, la complementariedad de superficie entre un hipotético receptor y la forma de la molécula de la droga. Considerada la época en que fueron publicados estos trabajos, se puede

afirmar que ellos fueron pioneros, pues se realizaron cuando la Farmacología Molecular recién iniciaba su desarrollo. Ello explica la repercusión que tuvieron no sólo en nuestro medio científico, sino que también en el extranjero.

A comienzos de 1960 se inicia otra etapa en la que la investigación farmacológica se vuelca hacia el problema de la tolerancia para los *opioides* y la dependencia física que ellos originan. Estos estudios que dirigiera Huidobro hasta su sensible fallecimiento en 1980, aportaron valiosa información sobre los mecanismos de esos fenómenos farmacológicos y permitieron crear un modelo experimental que hoy día es utilizado en diversos centros del extranjero que investigan la dependencia a drogas.

La planta académica del Departamento había aumentado gradualmente hasta alcanzar a cinco personas dedicadas exclusivamente a la investigación y docencia. La afiliación del Departamento al Instituto de Ciencias Biológicas, creado en 1970, trajo como consecuencia un incremento del número de farmacólogos, que hoy alcanza a ocho. La incorporación de los nuevos investigadores aportó metodologías y técnicas avanzadas de Farmacología Molecular. Con ellas se estudian actualmente la síntesis, el almacenamiento, la liberación y la acción de los neurotransmisores centrales y periféricos, como también las modificaciones que sufren estos procesos por los efectos de las drogas. Esta nueva línea en desarrollo ha permitido mantener la investigación farmacológica de nuestra Universidad en un lugar honroso en el contexto latinoamericano.

El esfuerzo realizado por los farmacólogos no habría logrado el progreso de la disciplina sin el constante apoyo que ellos recibieron de las diversas autoridades de la Escuela de Medicina y de la primera directiva que tuvo el Instituto de Ciencias Biológicas. Deben agregarse como factores determinantes los generosos aportes financieros de las Fundaciones Gildemeister y Rockefeller. Es justo, también, reconocer que el avance de la Farmacología en nuestra Universidad se vio muy facilitado por el progreso de la disciplina en otros centros universitarios del país. Ello se ha traducido en la existencia de una comunidad nacional de farmacólogos donde nuestros especialistas han podido disfrutar de un estimulante intercambio científico. La gratitud para esta comunidad, cuya característica sobresaliente es la cordialidad y la sincera amistad que liga a sus miembros, la personificamos en sus primeros forjadores: Jorge Mardones, Carlos Muñoz, Sergio Lecannelier y Luis Bardisa, en la imposibilidad de nombrar a todos los especialistas que han contribuido a nuestro desarrollo y que trabajan en las Universidades de Chile, de Concepción y Austral de Chile.

NOTA:

Desde la creación del Laboratorio de Farmacología han formado parte de su planta académica las siguientes personas: Fernando García-Huidobro (1950-80); Carlos Eyzaguirre (1950-51); Jorge Lewin (1951); Hugo Miranda (1962); Catalina Maggiolo (1962-68); Gertrudis Larraín (1965-66); Patricia Weitzman (1969-75); Jorge Belmar (1970); Luis Arqueros (1971); Humberto Viveros (1971-76); Gonzalo Bustos (1972); Alejandro Daniels (1972); Daisy Náquira (1974-78); Katia Gysling (1978).

FISIOPATOLOGIA

Luis Vargas F.

ALLA por el año 1941, la Directiva de la Escuela de Medicina discute la iniciativa de crear una nueva cátedra en el campo de la patología. El desarrollo logrado por la fisiología hace pensar que el fenómeno patológico debería estar enriquecido por la respuesta funcional que ocurre en el ser vivo. La idea prende y nace la fisiología patológica (Fisiopatología) con el espíritu de introducir el componente dinámico de los cambios fisiológicos relacionados con trastornos morfológicos.

Como no existe nada semejante en el país y, como el componente anatomopatológico predomina en la enseñanza, la iniciativa reviste caracteres académicos audaces, exige la inclusión de la Patología Experimental, presagia nuevas inversiones, nuevo personal docente y nuevo laboratorio.

Pero es época de innovación, con espíritu de esfuerzo, riesgo y entusiasmo. La Universidad está conducida por un Rector excepcional, seguido de autoridades representativas que saben interpretar a don Carlos Casanueva.

Y así un día me llama el Director de la Escuela de Medicina, Joaquín Luco y me propone que estudie tomar aquella responsabilidad, porque la Escuela desea sea su profesor. La tentación es grande, porque el panorama es muy atrayente. Pero las dudas también son fuertes, porque se es aun inexperto y las capacidades para ese tipo de empresa no han sido aún probadas.

Acepto el ofrecimiento en la forma más confiada, sin preguntar detalles y sin poner condiciones. En el camino veremos cómo avanzaremos.

En esos días de 1941 recibo el anuncio de haber obtenido una beca de la Fundación Guggenheim. La Universidad considera una buena oportunidad para que me prepare durante la permanencia en el extranjero. Pero el curso tiene que empezar en 1942, y como yo estaré ausente hasta marzo de 1943, se nombra interinamente al Dr. Ramón Ortúzar, quien realiza las clases teóricas a los alumnos del tercer año.

A mi regreso enfrento tal multiplicidad de problemas que varias veces peligró la obra iniciada. Debo elaborar y ejecutar el programa de la docencia de Fisiopatología, equipar las salas recibidas dismanteladas y atraer ayudantes "ad honores", pues la Escuela de Medicina sólo me asigna un ayudante y un auxiliar. Junto con Jorge Lewin movemos poco a poco los obstáculos hasta conseguir aproximarnos a los objetivos principales, al tercer año del duro laborar.

La ausencia de secretaria nos exige muchas horas extraordinarias de trabajo. Sábados y domingos se van con el trabajo frente a la máquina portátil que los amigos me regalaron. Los hijos crecen, sin casi darme cuenta. En medio de esta difícil vorágine un día me llama el Director de la Escuela para decirme que estaba preocupado porque mi producción científica estaba atrasada. Maravillosa época que exigía aun en condiciones precarias; tan precarias que al recordar retrospectivamente aquella etapa, no tengo pleno conocimiento del cómo pude seguir adelante.

Ya más "desarrollados", después de dar la batalla para que exista el primer vivero de animales, tengo la oportunidad de ser invitado a Estados Unidos de Norteamérica por algunos meses. Le solicito al querido Fernando Huidobro que se haga cargo de la marcha del vivero. A mi regreso me rinde cuenta y me agrega:

nunca más un reemplazo semejante, porque cada mes tuve que poner plata de mi bolsillo.

Al partir olvidé advertirle que ese era el régimen de aquella época, donde el investigador ayudaba a los gastos.

Para juntar fondos recurro a variadas gestiones. En una oportunidad consigo que el pariente y amigo don Stuardo Rahausen me regale un equipo para hacer ejercicio de boga, perfectamente simulado, pero lejos del agua. El equipo está nuevo y es valioso. El señor Rahausen, generosamente interesado en nuestros devaneos científicos, nos guía en la

parte operacional: se hará una rifa; se confeccionará un talonario numerado. El número cuyas últimas cifras coincidan con el premio mayor de la Lotería de Concepción, será el que se adjudicará el equipo. Sucede que el número premiado queda entre los no vendidos. El señor Rahausen decide que le pertenece al Laboratorio y que ahora, en una segunda vuelta, se venda. Un aviso económico en el diario, con dirección Marcoleta 347, nos permite vender a los pocos días aquel regalo, con cuyo producto adquirimos los primeros equipos para el naciente Laboratorio.

En la docencia innovamos enseñando sobre la base de los trabajos originales relacionados con Fisiopatología. No lo hicimos por textos, que por lo demás aparecen años más tarde de 1942. Entre nosotros, por ejemplo, la "Patología Funcional" editada por Günther y Talesnik en 1963, representa ese esfuerzo docente, en el cual contribuimos con tres capítulos generales.

Introducimos la cinematografía científica, proyectando las películas del Dr. Lewis de Estados Unidos, como complemento ilustrativo valioso.

En 1944 me nace la inquietud de dar una oportunidad al estudiante de medicina, como corresponde a una Universidad, para que se incorpore a una investigación experimental donde pueda realizar experimentos y perfeccionar su formación científica. Copio lo que comunicara en 1977 al Curso BIO-266 S, sigla con la cual se mantiene esta actividad docente y científica:

Estos Seminarios los concebí en 1944, llevado por mi interés en la investigación y porque el ejercicio de la profesión médica me demostró y convenció que la preparación y la metodología científica, colocan al médico en una posición superior para resolver los verdaderos problemas de la compleja patología individual.

En ese momento, 1944, parecía imposible realizar esos Seminarios. No existía tradición; se discutía su objetivo; no había medios económicos; faltaban ayudantes preparados; no se confiaba en que los estudiantes del tercer año de Medicina pudieran ser capaces de llevarlos a cabo. Pese a todo, en 1946 lo proponíamos a unos pocos alumnos, arriesgándose dos. Uno de ellos, Lorenzo Cubillos, pionero de estos Seminarios. Su compañero quedó en el anonimato porque en el manuscrito omitió poner su nombre y hasta el momento no hemos logrado identificarlo. Los dirigí en el tema de la tumorigénesis por hormonas femeninas, el que mejor conocía por mis investigaciones experimentales en ese campo. La intención de introducirlos al quehacer del Laboratorio para conocer cómo se genera la Ciencia, empezaba a gestarse. Y ese comienzo balbuceante abrió la puerta, a través de la Fisiopatología, puerta que estuvo próxima a cerrarse al no poder continuar en los años 47 y 48. Afortunadamente, los alumnos del curso de Medicina de 1949 respondieron en forma excepcional, pasando a ser ellos los responsables del afianzamiento de ese comienzo incierto. Curso que recordamos con emoción, compuesto por algunos médicos conocidos por ustedes, por ejemplo: Antonio Arteaga, Martín Etchart, Felipe González, Raúl Hurtado, Federico Puga, Mario Salcedo. Los dieciocho de este curso cumplieron con entusiasmo, empeño y generosidad, sin saber que actuaban como reconquistadores de un nuevo terreno docente.

Ha sido un aporte a la formación del médico que ha pesado más en calidad que en cantidad. En los veintiocho años en que se han hecho los Seminarios, lo realizaron doscientos veintidós estudiantes, terminando con escritos que archivamos y empastamos. En los últimos años, algunos han sido publicados o han formado parte de una publicación.

Después de un perfeccionamiento en el extranjero, se reintegró en 1967 el Dr. Federico Leighton Puga. Yo había estado en Chicago durante el año comprendido entre 1966 y 1967. En estas ausencias el profesor Héctor Orrego Matte se encontró recargado de trabajo y le fue imposible atender simultáneamente al curso y los Seminarios. Se produjo una suspensión de los Seminarios en esos años, que se recuperó con vigor en 1969. Ahora Leighton tomó principal participación y enriqueció la iniciativa con dos nuevas ideas: la primera, la incorporación de profesores ajenos al Laboratorio, que actuarían como profesores guías robusteciendo el equipo docente y ampliando la variedad de los temas; la segunda, que lo ejecutado en los Seminarios se presentaría por los

alumnos en una reunión final al estilo empleado en los Congresos Científicos, con programa, con orden, con tiempo y discusión; y con dirección a cargo de los propios alumnos. Con esta innovación se observó un buen progreso, se incrementó el interés y desde entonces los alumnos nos han impresionado por el trabajo logrado y por la excelencia de las presentaciones y de los manuscritos.

Fisiopatología de la Universidad Católica, dio asistencia a las cátedras que después se fundaron en la Universidad de Chile y de Concepción. Por más de diez años se compartió mutua asistencia, terminándose con la Universidad de Chile con el advenimiento de la Reforma y con el éxodo del profesor Jaime Talesnik. La evolución continúa, y el liderazgo perdido pasó a la Universidad de Concepción; junto a Fisiología, florece Fisiopatología.

La investigación científica iniciada en Fisiopatología con la tumorigénesis por hormonas femeninas, luego después de proyectarla a la terapia de las metástasis del cáncer mamario humano, fue orientándose a la producción de diabetes mellitus experimental. Demostramos que aloxantina y ácido dialúrico compartían el mecanismo diabetogénico de la aloxana, provocando diabetes en el conejo. En este modelo de diabetes, la administración continua de insulina mediante implantes subcutáneos de protamina-zinc-insulina, de lenta absorción, normalizó por períodos de dos a tres meses. Los ensayos clínicos confirmaron estos resultados obteniéndose un mejor control glucémico que el logrado con las inyecciones diarias de insulina. En 1979, investigadores ingleses demostraron que la infusión subcutánea de insulina, mediante bomba portátil, conseguía resultados similares a los nuestros, ofreciendo una probable aplicación práctica.

Se inició la investigación del stress; se determinó en la sangre la hormona melanocito-estimulantes (MSH), encontrándose significativamente aumentada en todas las situaciones de stress; especialmente en la fase aguda de la úlcera duodenal, en el parto y después del choque eléctrico empleado en las depresiones graves.

La línea de diabetes ha proseguido, encontrándose una substancia con propiedades anti-insulínicas ubicada en las alfa₂-glicoproteínas plasmáticas (inhibidor-alfa₂). Al ser dependiente de la somatotrofina (STH) hipofisaria, investigamos la influencia del stress sistémico que produce aumento de STH. Esto condujo al estudio del mecanismo diabetogénico de STH, tema que con sus derivaciones nos ha permitido elaborar la noción de "respuesta diabetogénica del poststress". Ultimamente, con la colaboración de varios ayudantes, hemos investigado el papel de las catecolaminas centrales, periféricas y adrenales, concluyendo que sólo las catecolaminas adrenales son indispensables para la producción de la hiperglucemia del stress. Muchos nos ha interesado la producción de diabetes permanente en la rata parcialmente pancreatectomizada y sometida a stress repetidos de inmovilización, que nos ha permitido actualizar la participación epigenética del medio ambiente. Este resultado demuestra la transformación de la respuesta diabetogénica del poststress en diabetes permanente, y ha sido completado con la obtención de lo opuesto, es decir, con la prevención de la respuesta hiperglucémica del stress por la inhibición de la reacción catecolamínica de la médula adrenal.

Lo iniciado en 1944, en Fisiopatología, ha continuado desde 1970 en el Instituto de Ciencias Biológicas.

GASTROENTEROLOGIA

Carlos Quintana V.

LA GASTROENTEROLOGIA inició su desarrollo en nuestra Escuela de Medicina el 28 de octubre de 1940 con la inauguración del Hospital Clínico; esta tarea se encomendó a Enrique Montero, quien contó, en su período inicial, con la asesoría de Alberto Donoso.

Las actividades clínicas de la especialidad se limitaron a la atención de pacientes en el Consultorio Externo hasta que se abrieron las salas de hospitalización en 1942. La cuenta rendida por el Rector sobre la iniciación de actividades de aquella época señala que entre su inauguración y el 31 de diciembre de 1941, se habían realizado 1.871 atenciones de pacientes con afecciones digestivas de un total de 14.872 atenciones del consultorio externo. Se contaba en aquella época con un gastroscopio semirrígido, Wolff, adquirido de segunda mano y con un equipo rectoscópico tipo Bensaude, donado por don Rodolfo Rencoret, además se practicaban exámenes de secreción gástrica bajo estímulo de cafeína. Los cargos de consultor, gastroscopista, rectoscopista y laboratorista eran ejercidos por el único miembro de lo que años después sería la "Unidad de Gastroenterología": Enrique Montero.

Una vez abiertas las salas de hospitalización se incorporó a las labores de la especialidad Bernardo Valenzuela, cuyo trabajo se realizaba en el Servicio de Medicina.

Enrique Montero comprendió desde los comienzos de su labor en nuestra Escuela de Medicina lo imprescindible que era la organización de un equipo médico-quirúrgico para desarrollar la especialidad, para lograr satisfactoriamente los objetivos propuestos y, en definitiva, para el bien de los pacientes. Esta idea fue apoyada plenamente por don Rodolfo Rencoret, quien lo incorporó al Servicio y Cátedra de Cirugía de nuestra Escuela de Medicina. Pero la Unidad de Gastroenterología, antecesora del actual departamento, todavía no era un órgano oficial, sino que podríamos decir estaba en gestación. A este equipo todavía "clandestino" para usar la terminología del propio Montero, se incorporaron muy poco tiempo después los cirujanos José Estévez, Eduardo Larraín y Arnaldo Marsano.

Los fines de este grupo de trabajo fueron elaborar los diagnósticos de los enfermos de afecciones digestivas, su correcta preparación para las operaciones quirúrgicas, preocuparse del acto operatorio mismo y del cuidado del paciente después de la operación. Por otra parte, asentó criterios clínicos comunes después de su análisis y discusión. Los frutos positivos de esta labor pronto se mostraron.

Con la incorporación de Eduardo Larraín, los exámenes de la "Unidad" se ampliaron, pues él comenzó a realizar sondeos duodenales con la sonda de Camus.

En 1943 se iniciaron las actividades docentes de Gastroenterología en la Escuela de Medicina. Enrique Montero dictaba la totalidad de las clases, y en su primer curso tuvo como alumnos muy destacados a dos futuros profesores de la Escuela: Juan de Dios Vial y Héctor Orrego.

La amistad y la colaboración de Fernán Díaz contribuyeron a fundamentar muchos diagnósticos y a crear una fecunda colaboración clínico-radiológica en la especialidad que persiste en la actualidad.

En años posteriores colaboraron activamente en el trabajo clínico Alberto Lucchini, que se interesó especialmente en el estudio y en los procedimientos diagnósticos y terapéuticos de afecciones esofágicas y Fernando Andrade, cirujano, que tuvo especial interés en las afecciones del colon.

La Unidad de Gastroenterología recibió su reconocimiento legal en la Escuela de Medicina en 1964. Su primer jefe fue Montero, que la había iniciado y consolidado y contaba con varios médicos internistas y cirujanos y asociados a ellos, radiólogos y anatómo-patólogos.

Los discípulos de Montero fueron escalonadamente a perfeccionarse a los Estados Unidos y a Europa; los primeros en partir fueron Juan I. Monge, Carlos Quintana, Vicente Valdivieso y Jorge Gumucio; con ellos nació en la Unidad una fecunda línea de investigación sobre aspectos fisiológicos, fisiopatológicos, bioquímicos y clínicos de la secreción biliar, relacionados especialmente a la colelitiasis y colestasia. Sus iniciadores fueron Valdivieso y Gumucio, después de su regreso de Estados Unidos; Vicente Valdivieso estuvo becado en Los Angeles, Estados Unidos, lugar en que ya se destacó como investigador, obteniendo un premio especial y, posteriormente, ha obtenido importantes resultados en la investigación de la colelitiasis; Jorge Gumucio es actualmente profesor en el Departamento de Medicina de la Universidad de Michigan, y en ella también ha

continuado la línea de investigación. A ellos se unieron posteriormente Luigi Accatino que se ha dedicado a estudiar la colestasia experimental, Carmen Covarrubias, que estudia especialmente las enfermedades hepáticas, Juan Carlos Glasinovic e Iván Marinovic, que investigan la colestasia y Flavio Nervi, que estudia aspectos de la biosíntesis de colesterol hepático. Otros miembros de la Unidad llevan a cabo estudios clínicos sobre enfermedades intestinales que cursan con malabsorción y afecciones inflamatorias crónicas del intestino. En relación a ellas, me tocó introducir nuevos métodos de diagnóstico luego de mi vuelta de Estados Unidos. Al estudio y tratamiento, especialmente quirúrgico, de las enteropatías inflamatorias se unió Alvaro Zúñiga, quien se perfeccionó en Inglaterra.

Osvaldo Llanos y Sergio Guzmán, que estuvieron becados en Japón y Estados Unidos, han desarrollado con gran vigor estudios fisiopatológicos y clínicos de la patología gástrica y duodenal.

En cuanto a la cirugía digestiva, después de la llegada de Juan I. Monge, que se perfeccionó en Estados Unidos en cirugía biliar, se fue consolidando un grupo de especialistas, tanto en el Hospital Clínico como en el Hospital Sótero del Río, con variados intereses, pero con un espíritu común: Lorenzo Cubillos, quien se perfeccionó en Alemania; Julio Passi, que se ha dedicado especialmente a la medicina de urgencia en gastroenterología; Jorge Tocornal, que se perfeccionó en Estados Unidos y ha introducido y desarrollado la cirugía hepática y de la hipertensión portal; Osvaldo Llanos, Sergio Guzmán y Alvaro Zúñiga, de quienes hemos hablado; Mario Caracci, que se ha interesado especialmente en la cirugía del esófago y oncología; Alfonso Díaz, que se perfeccionó en Francia y se ha dedicado especialmente al tratamiento de las enfermedades pancreáticas; Alejandro Rahmer y Alejandro Raddatz, quienes también se perfeccionaron en Francia y se han dedicado especialmente al estudio y tratamiento de la patología del colon y enfermedades proctológicas. Alejandro Rahmer ha perfeccionado entre nosotros el método de alimentación enteral.

Las actividades de investigación las desarrollaron primero los gastroenterólogos en un rincón del entonces Laboratorio de Medicina, que era usado también por nefrólogos y diabetólogos. Casi coincidiendo con su reconocimiento formal de parte de la Escuela de Medicina, la Unidad recibió una pequeña sala en el segundo piso del Hospital Clínico, que recibió el ostentoso nombre de Laboratorio de Gastroenterología. Fue en realidad una gran alegría contar con un lugar propio, con algún material de vidrio, un mínimo de equipo y de reactivos para realizar estudios clínicos.

El tiempo ha pasado, la Unidad es actualmente un Departamento de la Escuela de Medicina en la que conviven cirujanos e internistas que realizan una tarea común, tanto en el Hospital Clínico como en el Hospital Sótero del Río y pronto lo harán también en el nuevo Centro de Diagnóstico. En el Hospital Sótero del Río ha colaborado incansablemente en nuestra labor, desde hace más de diez años, Eduardo Ríos, gastroenterólogo internista.

El Departamento cuenta en la actualidad con un selecto grupo de tecnólogos médicos y de personal que colabora con sus labores y con un nuevo laboratorio en el que se han desarrollado trabajos de investigación. Desde hace más de diez años mantiene una asociación con el Laboratorio de Citología Bioquímica del Instituto de Ciencias Biológicas de nuestra Universidad; también tiene vínculos con otros centros gastroenterológicos nacionales y extranjeros y ha colaborado activamente con las labores de la Sociedad Chilena de Gastroenterología: E. Montero y V. Valdivieso han sido, en diferentes períodos Presidentes de ella.

En sus cuarenta años de vida el grupo de médicos que ha desarrollado la especialidad en nuestra Escuela de Medicina ha tratado de mantener un espíritu altamente universitario y ha tenido como su mayor tarea la docencia de los alumnos de la Escuela y el perfeccionamiento de los residentes-becados. Han pasado muchas generaciones de estudiantes a los que ha agregado su esfuerzo para lograr en ellos una buena formación y cumplir de esta manera con los fines para los cuales fue fundada la Escuela.

HISTOLOGIA

Juan de Dios Vial C.

LA PRIMERA parte de la historia de la Histología en nuestra Escuela de Medicina (1931-1951) la encontrarán en el capítulo que corresponde al período de los profesores Albertz y Ossandón.

Me corresponde hacer un esbozo de la vida del Laboratorio de Histología desde 1952, año en que fui nombrado profesor del ramo.

Tuve la buena fortuna de iniciar mi trabajo cuando empezaba el largo y fecundo Rectorado de don Alfredo Silva Santiago, quien iba a darle un apoyo decidido al desarrollo científico de la Universidad, y de encontrarme en una Escuela de Medicina ya sólidamente formada por más de veinte años de esfuerzo inteligente y tesorero. Lo que pude realizar se debió en buena parte a lo que habían hecho mis antecesores. Recuerdo esta historia previa, porque ella explica el hecho que en los años 1952 y 1953 alentaran entre nosotros inquietudes muy vehementes de reforma y de progreso, que iban a condicionar nuestro desarrollo posterior, y que en el Laboratorio de Histología se encauzaran finalmente en tres procesos importantes: el desarrollo de la Microscopia Electrónica, la integración a la docencia de los ramos morfológicos que llevó a crear el Departamento de Anatomía de la Escuela de Medicina y la creación, en 1969, del Instituto de Ciencias Biológicas de la Universidad.

La introducción de la Microscopia Electrónica fue posible gracias a la comprensión de Siegfried Gildemeister, alma generosa de pionero, espíritu fuerte y sencillo que encontraba alegría en compartir. Hacia 1956, la Fundación que él había fundado y presidía donó un microscopio electrónico Siemens Elmiskop II a la Universidad. El instrumento no era el más avanzado que se habría podido adquirir, pero tenía una ventaja inapreciable en la simplicidad de su diseño y en la consiguiente facilidad para su servicio y mantención. Al comienzo las cosas fueron muy difíciles, tanto por la falta de asesoría técnica como por las precarias condiciones materiales. El microscopio fue instalado en un subterráneo, que había servido para el almacenamiento de los cadáveres y que estaba desprovisto de comodidades y aislado del resto de la Escuela. Las instalaciones del edificio eran muy insuficientes, de modo que las fallas del agua de refrigeración y de la fuerza eléctrica eran parte de la rutina del trabajo. Sin embargo, las condiciones esenciales para la seguridad del instrumento habían sido aseguradas, de tal modo que el trabajo, si bien muy incómodo, resultaba posible.

Desde el comienzo el servicio del microscopio estuvo asegurado por Raúl Fuentes, quien continúa haciéndolo hasta hoy y que ha entrenado a muchas personas, tanto en los procedimientos de preparación del material cuanto en el cuidado del instrumento. Una ayuda técnica eficaz permite mucho progreso, aun cuando los medios materiales sean escasos. Así se consiguió que ya, en 1959, aparecieran los primeros trabajos hechos en el Laboratorio y se hizo posible que se pudiera iniciar la formación y entrenamiento de alumnos e investigadores jóvenes que llegaban atraídos por la posibilidad de iniciarse en una disciplina que entonces era muy nueva y se hallaba en plena expansión. La demostración de que efectivamente se podía hacer Microscopia Electrónica en forma que no fuera puramente esporádica tuvo, como es natural, la consecuencia de que pudiera irse mejorando la dotación material. En 1966 se agregó un nuevo microscopio, esta vez un Siemens Elmiskop Ia, probablemente el mejor instrumento del que se podía disponer en ese tiempo. De nuevo fue decisiva la colaboración de la Fundación Gildemeister, así como la de Joaquín Luco a través de una donación que le había concedido la Fuerza Aérea norteamericana. Estos fondos se juntaron a los que aportó la Universidad y que provenían de la llamada "Ley del Cobre", uno de los primeros intentos de repartir en forma sistemática fondos del erario para fines de investigación. El tercer instrumento había de llegar en 1974. El gran esfuerzo económico que su adquisición significó para la Universidad fue complementado de nuevo por una generosa contribución de la Fundación Gildemeister.

Puede aparecer que es exagerado el espacio que se le concede, dentro de una reseña tan breve, a los aspectos técnicos y de instrumentación del Laboratorio. La verdad, empero, es que ellos han consumido buena parte del tiempo en estos años cuya historia evoco. Dada la complejidad del instrumento, nuestra inexperiencia inicial y la escasez de medios materiales, se necesitó de mucha dedicación para alcanzar a llenar la condición necesaria de un buen trabajo en este ramo, o sea, una calidad técnica aceptable.

La Universidad Católica ha enterado así más de veinte años de actividad constante en el campo de la Microscopia Electrónica. El nuestro no fue el primer laboratorio de su género que se instaló en el país; pero es seguramente el que ha trabajado más tiempo de modo ininterrumpido. Fuera de las investigaciones realizadas y que no voy a reseñar aquí, el laboratorio ha servido para la formación o entrenamiento de investigadores. Muchos de los que han pasado por él desempeñan tareas importantes en centros científicos del país o del extranjero. Baste recordar entre ellos a Juan Fernández, el primer becario que llegó al Laboratorio, Carlos Doggenweiler, Luis Izquierdo, Cecilia Koenig, José Ochoa, Federico Leighton, Helmar Rosenberg, Jorge Garrido y Benedicto Chuaqui.

La integración de la enseñanza de los ramos morfológicos fue el fruto de una iniciativa del Decano Rodolfo Rencoret y del Director de la Escuela Luis Vargas. Ellos quisieron reunir en un solo conjunto a las cátedras de Anatomía, Histología y Embriología. Buscaban renovar la enseñanza de esos ramos y permitir que se desarrollara en ellos el trabajo de investigación. No se pretendía desconocer la importante y sacrificada labor que se venía desarrollando en esas asignaturas; pero se comprendía bien que la modalidad de trabajo que estaba vigente en ellas ya no tenía futuro. Para entender esto hay que figurarse asignaturas servidas por personal contratado por horas y que sólo tenía tiempo para algún trabajo esporádico de investigación, y al que sus otras obligaciones los privaban de la flexibilidad necesaria para la innovación o puesta al día de los currículos. No tenía sentido seguir adelante con muchas "cátedras" en esas condiciones y era necesario prepararse para los nuevos tiempos que ya se veían venir en la enseñanza y práctica de las ciencias médicas. Con la creación del nuevo Departamento de Anatomía que agrupaba a las cátedras referidas se podía aprovechar mejor el tiempo de alumnos y docentes y se podían allegar nuevos recursos para la investigación. La nueva política despertó muchas críticas, algunas de ellas seguramente muy justificadas, pero trajo consigo grandes ventajas. Permitted reducir el tiempo dedicado a la enseñanza de los ramos morfológicos, lo cual era evidentemente una condición inexcusable para el reordenamiento curricular de los primeros y para darles a otras materias la extensión que sus progresos exigían. Permitted renovar la pedagogía, desterrando al fin el uso del texto de Testut, adoptando textos más modernos y dinámicos. Trajo a la docencia a numerosos profesionales jóvenes que le habían de dar a la enseñanza anatómica un estilo nuevo. Gracias en buena parte a esta ayuda se pudieron superar las dificultades e improvisaciones iniciales. Cuando por fin se operó el paso al actual Departamento de Anatomía de la Escuela de Medicina, la enseñanza de la Anatomía estaba ya perfectamente organizada y renovada, especialmente gracias a Jorge Méndez, mientras que las de Histología y Embriología podían incorporarse al Instituto de Ciencias Biológicas con una base científica sólida. Terminada la larga transición, los ramos morfológicos se hallaban maduros y en un pie que, sin ese esfuerzo, no habrían alcanzado nunca.

La integración de los ramos morfológicos tuvo otra consecuencia afortunada. Ella permitió traer a la Escuela a científicos jóvenes como Luis Izquierdo y Patricio Sánchez, quienes aportaron una inquietud nueva por ampliar la base biológica de los estudios médicos y por renovar nuestras formas de organización académica. El hecho mismo de que se hubiera podido alterar en forma tan radical algunas de las estructuras más arraigadas en la tradición de nuestra docencia médica, demostró que era posible romper los compartimentos estancos de nuestros laboratorios y buscar nuevas formas de integración de su trabajo. Como a tientas, se estaban trazando las líneas que habían de ser más tarde las de nuestro Instituto de Ciencias Biológicas. Se formularon varios proyectos, entre ellos el de la Facultad de Filosofía y Ciencia, ideada por el entonces Prosecretario General de la Universidad, Juan de Dios Vial Larraín, y que contó con el decidido apoyo

del Decano Roberto Barahona. Sin embargo, esas ideas que eran realmente muy buenas y cuya aplicación habría sido muy provechosa, no encontraron eco en las autoridades de la Universidad. Se generó así un clima de frustración, porque el futuro desarrollo de nuestros incipientes ramos científicos se veía demasiado incierto. Este clima ha de contarse entre las causas remotas del movimiento de la "Reforma" de 1967.

Por lo mismo que el Laboratorio de Histología funcionaba integrado con otros, su historia se entremezcla con la de ellos y les pertenece a ellos por igual. He querido recordar aquí esos aspectos porque ellos marcaron, para bien o para mal, muchos años de trabajo. En ese tiempo el Laboratorio adquirió un mayor grado de madurez técnica y científica y, al mismo tiempo, nuestros enfoques docentes se afinaron. Pero por otro lado estas ocupaciones exigieron mucho tiempo y provocaron distracciones de nuestro esfuerzo central. Hoy día, con la perspectiva que da el tiempo transcurrido, y al ver los progresos que se han debido, al menos en parte, a esos esfuerzos, no puedo sino pensar que ellos valieron la pena. Pero cuando nos hallábamos todavía a medio camino fueron muchas las veces en que lo puse en duda.

El año 1969, gracias a la iniciativa del Rector Fernando Castillo, pudo crearse el Instituto de Ciencias Biológicas. Este nació teniendo como núcleo a los laboratorios de "ramos básicos" de la Facultad de Medicina, complementados por docentes de otras facultades de la Universidad. Los organizadores del Instituto tomaron afortunadamente muy en serio la unidad básica de la vida universitaria. El Instituto nació con cuatro departamentos y el Laboratorio de Histología quedó ubicado en el de Biología Celular. Los lazos con la Escuela de Medicina se han mantenido, en buena parte gracias a una política muy clara y positiva mantenida por el Director Salvador Vial. La Escuela le ha brindado al Laboratorio su apoyo en numerosas iniciativas y ha mantenido en forma persistente la demanda por un servicio docente de buena calidad. Por otra parte, se han creado activas relaciones de trabajo con los patólogos y gastroenterólogos del Hospital Clínico y con otros grupos de investigadores de la Escuela de Medicina. En esta forma se ha mantenido intacto el único vínculo válido entre grupos de científicos y docentes. A pesar de todos los problemas, la creación del Instituto de Ciencias Biológicas ha llegado a significar un progreso real en la calidad de la enseñanza de la Histología en la Escuela de Medicina. Vale la pena recordarlo, porque hay otras escuelas que han sido más "chauvinistas" y que, frente a problemas análogos, han buscado soluciones más costosas y de más incierto futuro.

La creación del Instituto ha significado para el Laboratorio mucho más que una mera reorganización académica. Le ha abierto una nueva perspectiva a sus actividades y le ha significado una mejora casi cualitativa en su trabajo. Una de las mejores expresiones de esta nueva modalidad de vida está dada por la creación y funcionamiento del Programa de Doctorado en Ciencias Biológicas con mención en Biología Celular. No conozco ninguna iniciativa docente que haya vitalizado el trabajo de nuestro laboratorio en la medida en que lo ha conseguido este programa. Gracias a él se han establecido nuevos vínculos con otros laboratorios para programas de investigación y de enseñanza y el programa le ha aportado a nuestro trabajo el concurso inestimable de los estudiantes graduados, quienes cambian el ritmo y elevan el nivel del trabajo científico. Este impulso ha sido importante, porque en estos años hemos debido sufrir problemas presupuestarios graves que nos privaron de varios excelentes colaboradores. A pesar de ello, las condiciones favorables creadas por el Rectorado de Jorge Swett han permitido que estas nuevas iniciativas, que constituyen un gran paso hacia el futuro, hayan podido establecerse y prosperar.

Tal vez convendría hacer algunas reflexiones generales antes de poner término a estas notas. Una entidad tan pequeña como es un laboratorio no puede ser objeto de una verdadera "historia". Ella exigiría poner los sucesos en la perspectiva de la evolución social, cultural y educacional del país en estos años, tarea que sería bastante pretenciosa. Pero aún esta breve crónica corre el riesgo de deformar los hechos, precisamente a causa del carácter de actor en ellos que tuvo quien ahora los relata. Cuando recién se iniciaba el período que estoy reseñando, la "historia" de cada laboratorio se confundía en una gran medida con la historia personal de unos pocos individuos. El que mira hacia atrás a

su propia vida no puede evitar el conferirles a sus actos un grado de importancia, unidad, de liberación y coherencia, que tal vez nunca tuvieron. Eramos casi todos muy jóvenes y nuestra formación científica no estaba ni con mucho terminada. La verdadera escuela de formación era el propio trabajo, en el que debíamos adoptar muchas veces decisiones para las que no estábamos preparados. La Histología era entre nosotros casi inexistente y no podíamos encontrar consejo autorizado como no fuera en términos muy generales. Por eso, hicimos muchos tanteos, deshicimos camino muchas veces y cometimos incontables errores, cada uno de los cuales venía a complicar más todavía el progreso de nuestros ramos. En lo íntimo de mi conciencia, el recuerdo de esos años está lleno de oportunidades desperdiciadas y de atrevimientos ingenuos. La evocación no me produce ninguna sensación especial de orgullo o complacencia. Pero hay dos casos que estuvieron siempre claros y que constituyen, a mi entender, el mérito de esa generación: queríamos hacer ciencia, es decir, aumentar el acervo del conocimiento humano y queríamos instalar nuestra ciencia en la Universidad. Esa claridad fundamental de propósito hizo posible que hiciéramos algo, y me sirvió muchas veces para desechar la moneda falsa que corre a menudo por la vida académica y para ir buscando con pertinacia, en cada pequeña opción, el camino que fuera más adecuado al fin que perseguía.

Sucedió que eran muchos los que andaban en lo mismo y fue ocurriendo, de a poco, que el desarrollo de nuestra ciencia dejó de ser un asunto de historia personal. En esta nueva fase desemboca la vida de cada uno de los laboratorios para darle paso al surgimiento de un centro de trabajo científico que no depende de la irradiación personal de un individuo, sino de la concurrencia de muchos en problemas científicos comunes. Allí se da un nuevo sentido a la formación de los que inician, que es cada vez más independiente de su relación personal con alguien y más condicionada por su propia inventiva e inquietud. Creo que nos estamos acercando a ese ideal. Por supuesto que este resultado hay que cuidarlo. Puede destruirse con facilidad, a pesar de haber costado tanto para llegar a él. Pero creo no engañarme al pensar que era precisamente eso lo que presentíamos en la búsqueda vehemente y a veces angustiada de nuestra juventud: una empresa centrada en la ciencia, que trascendiera nuestros propios sentimientos y ambiciones, una obra colectiva, como lo son las obras verdaderas del espíritu humano.

MEDICINA

Santiago Soto O.

EN LA naciente Escuela de Medicina de la Universidad Católica de Chile, el Decano de entonces, profesor Cristóbal Espíldora, consciente de la necesidad de implementar los cursos clínicos médicos y quirúrgicos, encargó la tarea de formar la estructura clínica básica de Medicina Interna, al Dr. José Manuel Balmaceda Ossa, a la sazón Profesor Auxiliar de Clínica Médica del profesor González Cortés (1940), en el Hospital de San Vicente.

Fue así como el profesor Balmaceda se hizo cargo de la Sección Medicina del Consultorio Externo, hasta completar su organización y de las cátedras de Semiología y de Patología Médica.

El novel maestro, que había ido madurando algunos conceptos básicos durante su vida docente, sintió que éstos insensiblemente iban trocándose en principios y que, con la invitación que le hiciera el Decano Espíldora, surgía la ocasión para llevar a cabo su doctrina.

Seis años (1942 a 1948) fue el tiempo necesario para que Balmaceda estructurara la programación de su cátedra, adaptándola, por imperativo legal, a la programación que tenía vigencia en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

Durante este sexenio, el profesor Balmaceda invitó a médicos jóvenes a que le acompañaran en esta hermosa aventura: Gabriel Letelier, Ignacio Ovalle y Ramón Ortúzar. Los dos primeros eran médicos de una de las tantas salas del Hospital de San Vicente de Paul y trabajaban bajo la dirección del profesor Exequiel González Cortés; Ramón Ortúzar, en cambio, trabajaba también en el mismo Hospital de San Vicente, pero bajo la dirección del profesor Prado Tagle. Así, Balmaceda, Letelier, Ortúzar y Ovalle, fueron la base del Servicio y cátedra de entonces.

Balmaceda sirvió la Cátedra de Semiología y Patología Médica desde 1942 a 1944 y en este año se separó la Semiología de la Patología, correspondiéndola a Letelier ayudarlo en la primera y a Ortúzar en Patología. Mil novecientos cuarenta y cuatro tiene su sabor propio para Balmaceda: recién se crea la Cátedra de Medicina en la Universidad de Chile y, por cierto, también en la Universidad Católica y él es nombrado profesor de Medicina y llama a un número creciente de ayudantes para que le secunden en su labor y llega Enrique Montero desde el Hospital del Salvador, donde trabajaba con el profesor Rodolfo Armas; Santiago Raddatz desde el Hospital Salvador, donde era el brazo derecho del profesor Héctor Orrego Puelma; Oscar Fuenzalida desde el José Joaquín Aguirre, donde trabajaba junto al profesor Alejandro Garretón; Orlando González, Camilo Vigil y Raúl Silva, completaban el cuadro asistencial y docente, desde cuyo seno comenzaba a gestarse el futuro.

Allí, en la fragua del esfuerzo y del tiempo, se dio énfasis a la unidad y continuidad en la docencia de los ramos y disciplinas que integran la Medicina Interna y a la formación de un grupo docente donde se conjugaron el factor humano con la uniformidad del conocimiento; lo primero, haciendo énfasis en la amistad en el trabajo, condición de suyo importante entre individuos que compartían iguales esperanzas y desvelos, con comunión de sentimientos para entregar al paciente y al alumno el esfuerzo del grupo, promoviendo un vínculo poderoso entre esos hombres que luchaban por lograr un mismo esquema en la Escuela de Medicina y los diferentes aspectos de la vida universitaria.

Allí surgió la visión del maestro que, manteniendo su inquietud por saber más enseña la ciencia de tal modo de no imponer conductas sino permitiendo el libre desarrollo de las aptitudes del estudiante para perfeccionarlas; surgió una filosofía de la vida profesional con un especial celo en la integración permanente, manteniendo un alto espíritu crítico y un perfeccionamiento continuo en el yunque del drama de la enfermedad.

Bondad, Ciencia, Técnica y Arte, pilares de esta cátedra, no se han transado hasta nuestros días.

En aquellos años se editaron los apuntes de Semiología de Balmaceda y los de Patología de Ortúzar; se modificó la clase magistral dándole un sentido más práctico al diálogo con el paciente en la búsqueda del diagnóstico y se inició el balbuceante "paso" práctico a la cabecera del enfermo que en 1949 impusiera, en una forma no cambiada hasta ahora, Ramón Ortúzar.

Con estas acciones ya la función formativa del alumno se estructuraba con firmeza en pos de dos objetivos fundamentales: contribuir a recuperar el sentido humano de la medicina y realizar tentativas para crear un espíritu universitario mediante el diálogo directo con el estudiante, en un esfuerzo por ahondar el sentido de responsabilidad y el espíritu de solidaridad.

En 1949 vuelve a la Universidad de Chile el profesor Balmaceda y le sucede Ramón Ortúzar, quien había sido ayudante primero y luego profesor auxiliar de la cátedra. En ese mismo año es designado Ramón Ortúzar Profesor Titular de Medicina. Era el profesor más joven de aquel tiempo.

El joven maestro, que había tenido experiencia como alumno en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y como interno en un hospital norteamericano, reorganiza la enseñanza poniendo énfasis en la labor individual del alumno guiado convenientemente por docentes de experiencia. Ya en 1950 se destaca la enseñanza en pequeño grupo, junto a la cama del paciente, como el principal procedimiento docente en medicina y se dedica a ella a los profesores de mayor experiencia, donde destacan el

mismo Ortúzar, Gabriel Letelier, Pedro Schüller, Víctor Maturana, Bernardo Valenzuela e Ignacio Ovalle.

La Medicina había comenzado, por otra parte, a tecnificarse en la metodología diagnóstica y surgía el Laboratorio Clínico como un complemento sin par a la labor del médico; es así que en 1955 se inicia la enseñanza del Laboratorio Clínico en la cátedra, para que el alumno se familiarice con las técnicas más habituales y para que sepa interpretar y valorar las limitaciones de estas metodólicas.

Ramón, como cariñosamente llamaban al profesor Ortúzar, alumnos y ayudantes, se multiplica en su celo por entregar lo mejor a pacientes y estudiantes y da los pasos necesarios para integrar verticalmente la enseñanza de la Medicina con los ramos preclínicos, particularmente la Fisiopatología y la Bacteriología.

Entre 1963 y 1967 se establece alguna integración horizontal con la Cátedra de Cirugía y se forman después los grupos integrados de médicos y cirujanos en las unidades de Cardiología, Gastroenterología, Respiratorio y Nefrourología primero y, a posteriori, el resto.

Las semillas desde las cuales nacieron los diferentes grupos fueron: Santiago Raddatz, en Respiratorio y Tisiología; Enrique Montero, en Gastroenterología; Pablo Thomsen, en Cardiología, y Mauricio Moiss y Alejandro Vásquez, en Hematología.

Estos hombres, cautelando con celo mantener en su más perfecta expresión la docencia, la asistencia y la investigación en sus respectivas especialidades, formaron a los que actualmente son nuestros diferentes especialistas, que recibieron la misión humana de la enfermedad de Santiago Raddatz, la maestría en la enseñanza de la clínica gastroenterológica de Montero, la enseñanza con alegría de Thomsen y el desprendimiento y el valor moral de Vásquez.

Pero la Escuela de Medicina y su Cátedra de Medicina debían darse a conocer fuera del ámbito de los claustros y Ramón, consciente de ello, desarrolló una labor muy intensa en la Sociedad Médica de Santiago, de la cual fue Presidente entre 1953 y 1955, destacando no sólo su labor en pro de la construcción del actual edificio de la Sociedad, sino en las difíciles reuniones clínicas de los días viernes, donde ante numerosos médicos y estudiantes discutió "mano a mano" con los grandes maestros de aquel tiempo: Hernán Alessandri y Rodolfo Armas Cruz. La Escuela de Medicina de la Universidad Católica era conocida y respetada. La Cátedra de Medicina también.

Tanto querían sus discípulos a Ramón Ortúzar, que cuando su mujer le dio mellizos, encontró al día siguiente, sobre el escritorio que usaba durante sus clases, un par de botines chiquitos y un par de chupetes, muda expresión de ternura para quien les enseñaba.

Poco a poco, las clases que el profesor Ortúzar dictaba las fue entregando a sus ex alumnos que una vez graduados habían decidido practicar una especialidad.

Ramón puso afán en promover el desarrollo de las nacientes especialidades y buscó el financiamiento necesario para que estos ex alumnos suyos, previa residencia de tres años en Medicina Interna, fueran al extranjero a perfeccionarse.

De esos ex alumnos surgieron los actuales jefes de los diferentes departamentos que, como sucede con los seres humanos, comenzaron como un niño (Laboratorio de Investigación), se hicieron jóvenes (Unidades Médico-Quirúrgicas) y devinieron adultos (Departamentos) y en esta etapa dejaron la estructura que les dio origen, cuando sobrevino la reestructuración de la Escuela de Medicina en 1974; con ella la cátedra desapareció para dar paso al Departamento de Medicina que comenzó a vivir sin sus hijas, las subespecialidades, pero manteniendo la sabiduría para la acción docente y el equilibrio en el material de aprendizaje; manteniéndose como el origen del cambio curricular nacido de sus evaluaciones en el diario accionar práctico del estudiante; manteniendo, en fin, la Bondad, Ciencia, Técnica y Arte, como sus más preciados pilares en docencia y asistencia.

Ayudaron a Ramón, Gabriel Letelier, Pedro Schüller, Bernardo Valenzuela, Víctor Maturana, Arturo Jarpa, Edgardo Cruz, Santiago Raddatz, Ignacio Ovalle, Enrique Montero y Alejandro Vásquez, por muchos años, veinticinco a lo menos, dando a innumerables médicos el sello que tienen los que salen de estas aulas.

Uno quisiera, cuando la tarea es recordar, volver a quedarse con ellos, volver a ser estudiante, volver a tener miedo de la rigidez diagnóstica de Ramón, volver a sentir el apretón de manos de Gabriel Letelier y ver hasta dónde se puede responder a sus preguntas cada vez más profundas; volver a escuchar a Pedro Schüller y su concepción humanizada y realista de la medicina; volver a mirar a Víctor Maturana con su rostro plácido y su afable y querendona relación con el alumno; volver en fin para aprender el pragmático y ordenado pensamiento de Bernardo Valenzuela, para reír con el sabio humor de Edgardo Cruz, para oír hablar del hombre con la vehemencia y amor de Santiago Raddatz, para aprender con facilidad las dificultades de la clínica con las enseñanzas de Enrique Montero; volver a sentir el profundo cristianismo de Alejandro Vásquez y la caballerosa expresión de Arturo Jarpa y Pedro Schüller.

Cuando la tarea es recordar, uno quisiera volver a tener a su lado a Ramón para aclarar una duda; pero, si se medita lo hecho por él, por Balmaceda, Letelier y el resto del grupo, cada uno de los que salgan como ellos, frente al paciente, pensarán como ellos, examinarán como ellos. Todos tenemos algo de ellos; la tarea es no perderlo.

MEDICINA PREVENTIVA SALUD PUBLICA EPIDEMIOLOGIA Y BIOESTADISTICA

Hernán Urzúa

EN 1945 el Decano de la época, el ilustre Cristóbal Espíldora, me solicitó que enseñara Medicina Preventiva en el quinto año de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica.

La enseñanza por razones de horario era teórica y comprendía una sesión semanal incluyendo principalmente temas de epidemiología, de enfermedades infecciosas y elementos de Salud Pública. Dentro de la enseñanza de Medicina Preventiva se estimó conveniente el estudio de Bioestadística, como asignatura separada, lo que se inició en 1949 en el primer año.

En 1968 se inició la enseñanza de Epidemiología General en tercer año a cargo de Francisco Quesney, lo que subsiste hasta hoy a cargo de este médico y de Ximena Berríos.

En 1969 se agregó como asignatura separada el estudio de Higiene Ambiental a cargo de José Manuel Ugarte, que se ha mantenido hasta hoy.

La enseñanza de la Medicina Preventiva y Salud Pública bajo mi responsabilidad ha tenido diferentes contenidos de acuerdo con la evolución de la Medicina Pública en Chile. Recuerdo como una experiencia interesante la combinación de la enseñanza de epidemiología de las enfermedades infecciosas con la enseñanza de la bacteriología aplicada efectuada por Manuel Rodríguez que duró dos años. Posteriormente no fue factible la continuación de esta experiencia por razones académicas.

Durante 1950-54, con motivo de ocupar un cargo en el extranjero y posteriormente en el Servicio Nacional de Salud, fui reemplazado en la enseñanza por José Manuel Ugarte.

Durante muchos años se hizo una clase a las 6.30 de la tarde una vez a la semana, con todos los inconvenientes que esto significaba pues simultáneamente los alumnos tenían labores hospitalarias. Había gran ausentismo, no se despertaba interés por la materia dada en una sesión teórica. Esto determinó que en 1971 se reunieran, durante treinta y dos sesiones, los encargados de las diferentes ramas de la Medicina Preventiva conjuntamente con los Profesores de Medicina, Cirugía, Obstetricia, Pediatría, Parasitolo-

gía y otros, para estudiar la conveniencia de modificar y coordinar el currículum.

Si bien los acuerdos llegaron a la Dirección de la Escuela no fue posible llevarlos a la práctica por la necesidad de cambiar numerosos otros currícula paralelamente y por la falta de recursos para contratar ayudantes y otro tipo de personal.

Todo continuó igual, con una clase semanal en Administración y Medicina Social y la frustración consiguiente para docentes y alumnos.

En 1977 se inician bloques de enseñanza a tiempo completo en Dermatología, Oftalmología, Medicina Legal, Administración y Medicina Social. Paralelamente se crea la unidad docente asociada en Salud Pública, que en la actualidad actúa en los siguientes niveles docentes:

En tercer año de Medicina se enseña Bioestadística y Saneamiento Ambiental a cargo de José Manuel Ugarte con un ayudante y un ayudante—alumno. También se enseña en este mismo año Epidemiología general a cargo de Francisco Quesney y Ximena Berríos. Posteriormente en quinto, sexto y séptimo se enseñan algunas nociones de Epidemiología especial, combinando la enseñanza con el estudio de enfermos infecciosos agudos en el Hospital de Infecciosos y de crónicos en el Hospital Sótero del Río.

En sexto y séptimo año figuran unidades de enseñanza de Administración y Medicina Social de dos semanas de duración a tiempo completo con alrededor de quince alumnos cada una.

Esto significa setenta horas de docencia con gran ventaja para los docentes y los alumnos. En efecto, la experiencia nos muestra en los dos últimos años, con cuatro unidades por año, que los alumnos se interesan en la materia, la docencia es muy activa y permite realizar pequeñas investigaciones en terreno, algunas de gran calidad. Existe en los alumnos capacidad para investigar mucho mayor de lo que uno pudiera esperar. Estimo que ha sido un gran avance esta creación de unidades a tiempo completo. El contenido teórico de la enseñanza es en base a definiciones y aspectos de la Medicina Comunitaria y sus factores condicionantes, los tipos de atención médica y sus diferentes elementos y la organización de la medicina pública y privada en Chile. Se destaca el aspecto administrativo en cada uno de estos temas, sin profundizar en esta rama por considerar que debiera enseñarse en cursos de postgrado, después que el médico ha vivido las ventajas y defectos de las organizaciones en que ha trabajado y está motivado para profundizar en el tema, no así el estudiante de medicina que está inmerso en los ramos clínicos y ve la administración como una materia ajena a su competencia e interés.

No hay todavía en nuestra Escuela un Departamento de Medicina Social y Salud Pública, sino sólo unidades docentes separadas con diferentes contenidos. Para cumplir con lo primero se requeriría docentes a tiempo completo, locales propios, etc., lo que significa recursos físicos y monetarios difíciles de obtener.

Tal vez en el futuro esto sea factible y la enseñanza de la Medicina Social tenga además de su propio contenido una coordinación con la enseñanza clínica, lo que es un ideal que, por excepción, se ha conseguido en algunas Universidades nacionales y extranjeras. Esto último sea tal vez un buen camino para sensibilizar en este campo tanto a los docentes clínicos como a los alumnos.

MICROBIOLOGIA E INMUNOLOGIA

Manuel Rodríguez L.

EL LABORATORIO y la Cátedra de Microbiología e Inmunología nacieron en esta Escuela de Medicina junto con la creación del tercer año de estudios en 1942, y su primer profesor y jefe fue el Dr. Enrique Dávila.

Cuentan los relatos de la época que al crearse este Laboratorio y poner en marcha

sus actividades, no se encontraba un lugar donde instalarlo. Consultado el Rector, éste luego de pensar un rato, contestó:

“Podríamos ubicarlo en el primer piso del Hospital, bajo la escala”.

“Don Carlos, le contestaron, ahí no puede ubicarse un laboratorio, no cabe, además que es tan inadecuado”. A lo que él replicó:

“Pero si las bacterias son tan chiquititas”.

Lo cierto es que en definitiva, y durante muchos años, el Laboratorio de Microbiología e Inmunología se ubicó en el quinto piso del Hospital Clínico, compartiendo espacio con el Laboratorio Central.

Con las nuevas necesidades de crecimiento que surgieron a partir de 1955, se obtuvo de la Universidad la entrega de una sala de trabajos prácticos y un laboratorio en la parte que daba al patio central del viejo edificio de Lira, donde funcionaba una parte del Instituto de Química y la Escuela de Construcción Civil.

En estos dos espacios físicos y con todas las incomodidades de dos Unidades tan separadas, Microbiología e Inmunología desarrolló sus labores hasta 1966, en que se trasladó al cuarto piso del Edificio Claude Bernard, cedido a la Escuela de Medicina por la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, luego de su traslado al Campus San Joaquín.

Al trasladarse a este lugar, donde permanece en la actualidad, conservó la Unidad de Microbiología Clínica en el quinto piso del Hospital Clínico, encargada del estudio microbiológico.

Con la creación del Instituto de Ciencias Biológicas en 1972, Microbiología e Inmunología pasó a esta Unidad Académica en su Departamento de Biología Celular, manteniendo, sin embargo, su vinculación con la Unidad de Microbiología Clínica, a través de la dirección técnica que continuó en mis manos. En 1977 el Dr. Francisco Montiel se hace cargo de la dirección del Laboratorio de Microbiología e Inmunología del Instituto. En ese mismo año la Unidad de Microbiología del Hospital deja de pertenecer a nuestro Departamento. No obstante, la enseñanza de esta disciplina para los alumnos del tercer año continuó en el laboratorio del Instituto de Ciencias.

Pero volvamos a los orígenes de la Cátedra y del Laboratorio, para recordar a aquellos personajes que en una u otra forma han contribuido a su desarrollo.

El Dr. Enrique Dávila se había incorporado como bacteriólogo al laboratorio del Hospital Clínico en 1940 y al crearse el tercer año de Medicina asumió la Cátedra de Microbiología e Inmunología.

El Dr. Dávila se desempeñó como profesor hasta 1945. Fue sucedido por el profesor Felipe González, quien además era profesor de Microbiología en la Escuela Dental de la Universidad de Chile y se mantuvo en el cargo hasta su jubilación en 1954.

Formado en la escuela francesa, fue discípulo de Ellie Wolman, quien, del Instituto Pasteur, vino a Chile a organizar la Sección Microbiología del Instituto Sanitas, durante varios años. Don Felipe, como le llamaban sus alumnos que tanto le estimaron, era un hombre estudioso, profundamente humano y un gran caballero. Aún están vivas en sus estudiantes, y en quienes le conocimos de cerca, sus clases llenas de ese carisma que él supo imprimirle, y que con tanta gracia y acierto imita, llenándonos de recuerdos, uno de sus alumnos, el Dr. Enrique Laval.

Como buen discípulo de Wolman era un enamorado de los bacteriófagos, a los que dedicó buena parte de sus preocupaciones.

Su laboratorio contó con dos discípulos, el Dr. Pedro Soto Tello, quien asumió luego la enseñanza de la Microbiología para la Escuela de Enfermería, y el Dr. Sergio Pozo Aguirre, *Pozito*, como todos le conocíamos y quien continuó en el laboratorio, luego del retiro del Dr. González, hasta 1958, en que dejó esta Escuela y su Microbiología, falleciendo trágicamente algunos años más tarde. El Dr. Pozo era un hombre inteligente y de muchas condiciones que nunca supo aprovechar plenamente. Vivía atormentado por una jaqueca irreductible que le hacía eludir la luz del día y prefería trabajar al atardecer y en la noche. Siempre con sus anteojos negros y su paso lento, vivió sólo en la búsqueda del camino que nunca encontró, pero por encima de ello, brindó siempre su amistad, sencilla, sincera y leal a todos los que lo rodeaban.

Cómo poder olvidar en estos recuerdos a la señora Carlota Kneuer. Tecnóloga titulada en Alemania, buscó refugio en Chile para ella y su hijo, hoy médico, al término de la Segunda Guerra Mundial. Por años fue el alma y el motor del Laboratorio Clínico. Su presencia en él y en los trabajos prácticos, que ella preparaba con rigurosidad germana, fue durante el período del profesor González y los cinco primeros años de mi jefatura un factor determinante de su buen funcionamiento. Su personalidad tan inolvidable quedó para siempre reflejada en esa pieza tan valiosa que conservo y que bajo el título de "Evangelio de la Microbiología" escribió el Dr. Ricardo Vargas, en un homenaje de aprecio del curso de 1956.

En 1955 me correspondió suceder al Dr. González. Hacía ya tres años que su generosidad y su amplio espíritu universitario lo habían llevado a solicitarme que compartiera las labores docentes con algunos capítulos del programa.

Coincidió ese año con importantes cambios que se introdujeron en el tercer año de medicina, como fueron la integración de Microbiología e Inmunología, Patología General y Anatomía Patológica, Farmacología, Parasitología y Fisiopatología en un solo block denominado "Patología". Fue esta una experiencia muy fructífera en lo docente; infortunadamente, cambios posteriores de programación obligaron a discontinuarlo, dejándonos la sensación de que se había perdido un avance importante.

Al replantearse la enseñanza de la Microbiología e Inmunología se introdujo ese año una modificación substancial, que fue la de orientar el curso del tercer año sólo en los aspectos básicos e integrar toda la Microbiología aplicada a los ramos clínicos y a la epidemiología. No podemos desconocer que diversos problemas de ajuste han impedido que esta integración se efectúe como fue planeada.

El período que siguió al del Dr. González no es para el que escribe fácil de analizar, por ser justamente protagonista; vale la pena, sin embargo, señalar algunos de los hechos relevantes de este período.

Aparte del crecimiento del laboratorio en superficie, la obtención de varias ayudas económicas permitió colocarlo en un mejor nivel de equipamiento que posibilitó elevar el nivel docente y la investigación, como también permitió el entrenamiento avanzado de algunos de sus académicos. Las ayudas económicas más destacadas fueron hechas por las Fundaciones Rockefeller, Kellogg y Doherty; por la UNESCO, OEA y A.I.D.

Son muchos los especialistas que han formado parte o han recibido entrenamiento en este laboratorio; enumerarlos sería largo y peligroso de omitir alguno.

En el campo de la investigación, vale la pena señalar los estudios sobre *Staphylococcus* que le valieron a este laboratorio ser nombrado centro de referencia para fagotipificación; los estudios sobre endotoxina; los primeros estudios sobre aplicación de una vacuna antisarampión; los trabajos sobre herencia extracromosomal y en los últimos años, ya en el Instituto de Ciencias Biológicas, los trabajos sobre ribosomas e inmunoquímica de globulinas. En relación con este campo, debemos también dejar constancia que a partir desde 1972 se estimuló y desarrolló un Laboratorio de Inmunología, el cual en la actualidad, bajo la dirección del Dr. De Ioannes, ha logrado su total individualización de la Microbiología y una actividad muy promisoriosa.

En 1971 nuestro Laboratorio fue nombrado Centro del Plan Multinacional de Desarrollo de la Microbiología de la OEA y en él funciona desde ese año la coordinación del "Visiting Professorship Program" de la Academia Norteamericana de Microbiología, a través del cual han venido a Chile, no sólo a esta Universidad, numerosos profesores que han dictado cursos avanzados en diferentes áreas de la Microbiología e Inmunología, contribuyendo así a la mejor formación de nuestros microbiólogos a nivel nacional.

No podría terminar este recuento histórico de lo que ha sido la Microbiología e Inmunología en sus años de vida, sin recordar a aquellos técnicos que llegaron junto conmigo en la década del 50 y que aún laboran, como es el caso de Elba Alvarez, Honorindo Ladino y Raquel Henríquez; muchos otros han partido con diferentes destinos y numerosos se han incorporado posteriormente, ellos en el silencio de su labor, con lealtad y eficiencia, han puesto en este edificio, en permanente construcción, las piedras indispensables para que progrese y no se derrumbe.

Por otra parte, si bien el crecimiento de las Ciencias Biológicas y de la propia Universidad aconsejó en un instante que dejáramos el alma mater (Escuela de Medicina) para formar una nueva familia, nos une a ella ese indisoluble lazo de quienes sienten en lo más íntimo el reconocimiento por la acogida, estímulo y facilidades que fueron la fuerza que ha permitido recorrer el camino con satisfacción y entusiasmo y con un permanente y renovado brío puesto en el futuro.

NEUROCIRUGIA

Juan R. Olivares A.

EN 1946 la complementación de los estudios de medicina en nuestra Escuela, que incluían la Cátedra de Neurología a cargo del profesor Enrique Uiberall, se perfilaba propicia para la creación de un Subdepartamento de Neurocirugía.

Con el patrocinio de los profesores Espíldora, Rencoret y Uiberall se inició la preparación de un joven candidato a neurocirujano, Juan Ricardo Olivares, que debería adquirir práctica en Cirugía General, Neurología Médica y posteriormente transformarse en neurocirujano. Con este objeto fue becado por el Gobierno sueco y la Fundación Rockefeller en el Servicio del profesor Olivecrona en Estocolmo por espacio de cinco años y medio y posteriormente en Boston y Montreal por otros dos años.

A mi regreso a Santiago en 1954, gracias a los desvelos y aportes financieros de Gabriela Gildemeister primero y luego de la Fundación Gildemeister pudimos poner en marcha el Servicio de Neurocirugía del Hospital Clínico. En esos años del comienzo colaboraron en electroencefalografía Mario Altamirano y Cristián Vera. El servicio primitivo se componía de ocho camas cedidas por el Servicio de Cirugía. En 1955 nos trasladamos a la nueva ala sur oriente del hospital, donde se nos asignó un servicio de veinte camas en el segundo piso. Desde el comienzo integró nuestro equipo Gastón Fuenzalida, avezado traumatólogo con interés en columna vertebral y Mario Poblete eminente neurocirujano. La parte de anestesia del Servicio, de vital importancia, estuvo a cargo de Waldemar Badía. En el último lustro el concurso de José de la Fuente ha sido un aporte significativo al quehacer del servicio.

Fue de vital importancia para el despegue de la neurocirugía el aporte de la neuroradiología. Al inicio de las actividades fue muy importante la heroica colaboración de los médicos radiólogos Fernán Díaz, Mario Meyerholz y Hernán Cuevas. Posteriormente el aporte de Mario Corrales fue muy significativo, y en la actualidad la colaboración de Isidro Huete es fundamental.

La electroencefalografía y la electromiografía, otros puntales del diagnóstico neurológico y neuroquirúrgico, se han desarrollado gracias al esfuerzo y dedicación de Cristián Vera, Luis Aranda y Marco A. Soza.

Han constituido un destacado aporte al desarrollo de la neurocirugía en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica Oscar Marín y Jaime Court en el campo neurológico y Jorge Méndez en el neuroquirúrgico.

En 1974 la creación del Departamento de Enfermedades Neurológicas permitió una mejor coordinación del campo clínico-neurológico del Hospital Clínico. El Departamento continuó la labor docente de pregrado y postgrado iniciada en la década del sesenta. Son muchos los estudiantes de postgrado que estudiaron sus primeros pasos en nuestro Servicio o Departamento y que ahora son destacadas figuras de nuestra especialidad; entre otros recordamos a Gerwin Neumann, Sergio del Villar, Gonzalo Torrealba, Patricio Tagle, Marcial Lewin, Juan Carlos Kase, Marco A. Soza y Jorge Tapia.

OBSTETRICIA, GINECOLOGIA Y MEDICINA PERINATAL

Alfredo Pérez Sánchez

EN SU NACIMIENTO y durante sus dos primeros años de vida, la Facultad de Medicina estuvo al cuidado del más destacado de los obstetras de su tiempo, don Carlos Monckeberg Bravo, su primer Decano (1930-1931).

Durante las dos primeras décadas, el quehacer gineco-obstétrico no es objetivo de la Facultad. Esta rama de la Medicina se enseña en sexto y séptimo año, cuando ya los alumnos pertenecen a otra Universidad.

El vigésimoquinto aniversario de la Facultad se celebra con un gran evento: se completan los estudios médicos en nuestra Universidad ¡Tenemos los siete años! Nuestros alumnos no necesitan más dejar "el alma mater" para completar sus estudios. Esto implica la necesidad de crear varias cátedras, entre ellas la de Ginecología y la de Obstetricia.

El Decano de entonces (1955), don Rodolfo Rencoret, busca en su recuerdo y escoge para dirigir la enseñanza de la Obstetricia y Ginecología a su Interno de otrora, a quien había dirigido en su Tesis de Grado, para demostrar que la tuberculosis pulmonar no era causa necesaria de interrupción de la gestación (1933). El Dr. Aníbal Rodríguez Velasco, el caballero de siempre, convertido en destacado gineco-obstetra, es nominado primer Profesor Titular de Obstetricia y Ginecología de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Merece ser destacada en forma especial la iniciativa de los directivos de la Escuela de ese tiempo, de crear la Cátedra Conjunta de Obstetricia y Ginecología, iniciativa de vanguardia para la ginecotología chilena y latinoamericana, tan orientada en esos días a la tradicional tocología francesa. Con más de una década de retraso todas las otras universidades chilenas y los organismos de salud siguieron el ejemplo.

El profesor Rodríguez Velasco designó como su Jefe de Clínica al Dr. Eduardo Valenzuela y como Jefe de Trabajo a la Dra. Carmen Lonnberg. Este equipo, pequeño pero muy capaz y lleno de entusiasmo, se lanza a la tarea de entrenar a nuestros alumnos en el campo gineco-obstétrico, sin duda, el más difícil de abordar y el más conflictivo, desde el punto de vista del médico católico.

La intención de hacer un todo de estas dos ramas de la Medicina no fue fácil en la práctica. No estaban aún las estructuras del país adecuadas para ello. Aníbal Rodríguez desarrolla con excelencia la Ginecología. Eduardo Valenzuela explica con claridad la Obstetricia. No obstante, los alumnos necesitaban hacer práctica, realizar un Internado. Comienzan los problemas... El Hospital Clínico no tiene un campo obstétrico. Los alumnos deben realizar su práctica en los sitios más diversos: Hospital Barros Luco, Maternidad Carolina Freire, etc. El mayor problema que enfrentaban los muchachos era el no ver reflejadas en la práctica clínica las enseñanzas de sus maestros, especialmente en lo relativo a las implicancias filosóficomorales de la práctica obstétrico-ginecológica.

Sin duda, por influencia de la Divina Providencia, un miembro del Consejo Superior de la Universidad, don Carlos A. Vial E., conoce el problema y aporta a la Universidad los recursos necesarios para establecer una Maternidad en el Hospital Clínico.

El 4 de octubre de 1960, después de las vicisitudes propias del crear y del partir, se inaugura la Maternidad "San Ramón" del Hospital Clínico de la Universidad Católica de Chile, primera y única Maternidad católica del país.

Curiosamente se me ofrece la organización de ella sin tener más antecedentes que haber sido por cinco años ayudante de Cirugía con especial inclinación ginecológica y residente del Hospital Clínico en el mismo período. Tuve que empezar por hacer un entrenamiento obstétrico y reclutar mi primer equipo. Así, el 1º de febrero de 1961, atendimos el primer parto en la Maternidad del Hospital Clínico de la Universidad Católica de Chile. El equipo obstétrico de ese estival inicio estuvo formado por Alfredo

Pérez, Patricio Vela, Humberto Pastore e Italo Capurro, las matronas señoritas Lidia Celis, Alicia Llanos y María Eugenia Arancibia y los internos Amaldo Foradori y Pablo Lira. Vemos cómo desde el primer día el Servicio fue docente *.

Los "Pasturros", Italo Capurro y Humberto Pastore, integraron ese primer equipo en calidad de becados-residentes, estableciendo el inicio del primer programa de enseñanza de postgrado organizado en la Escuela de Medicina, que se ha mantenido en forma ininterrumpida hasta hoy, habiendo completado en estos veinte años la formación de cuarenta y tres especialistas, a quienes recordamos en estas líneas con todo nuestro amor**.

A mediados de 1961 asistimos al repentino y sensible fallecimiento de nuestro profesor de Obstetricia, Eduardo Valenzuela; en su reemplazo se me nombra como Profesor Auxiliar, confirmándoseme en 1967 como Profesor Titular de Obstetricia y Ginecología.

Así, desde 1961 la docencia obstétrica, incluido el Internado, se realiza en la Maternidad del Hospital Clínico y la ginecológica en el equipo de Aníbal Rodríguez Velasco, que ya ocupaba la Jefatura del Servicio de Ginecología del Hospital del Salvador.

Desde el comienzo de sus actividades en 1942, el Hospital Clínico tenía una sala de ginecología a cargo del Dr. Alfonso Ovalle, maestro de múltiples generaciones. Esta actividad ginecológica del Hospital Clínico, injerta en el Servicio de Cirugía, se mantiene hasta 1970, fecha en que se crea el Departamento de Obstetricia y Ginecología que reúne todo el quehacer gineco-obstétrico del hospital. Al recordar a Alfonso Ovalle, es preciso recordar también a Inés del Río, la auxiliar de la oficina Nº 4, que enseñó los primeros pasos ginecológicos a varios de los profesores de hoy.

Estuve diez años a cargo de la Maternidad del Hospital Clínico (4.X.1960-4.X.1970). Asistí a su transformación de embrión balbuceante a Servicio pujante, base fundamental del futuro Departamento de Obstetricia, Ginecología y Perinatología. Con Patricio Vela, José Espinoza, Eduardo Silva, Lidia Celis, las primeras matronas y el personal que se integró posteriormente, entregamos todo nuestro esfuerzo para hacer un adecuado centro obstétrico, en donde, asistencia, docencia e investigación clínica se desarrollaran paralelamente.

* A este equipo inicial posteriormente se fueron agregando José Espinoza (1961-1978), Eduardo Silva (1961-1965), Gustavo Gormaz (1966), Manuel Carrasco (1968), Hernán Oddó (1968), Sergio Rosati (1968-1980), Fernando Manubens (1965-1977), Guillermo Repetto (1967-1976), Carlos Casar (1971-1976), Emilio Leontic (1971), Enrique Schnaidt (1974), Enrique Donoso (1978) y Roberto Yazigi (1979). La reestructuración de la unidad de Neonatología incorporó a Patricio Ventura (1976), José Luis Tapia (1976), Augusto Winter (1977), Gabriela Juez (1977) y Hernán González (1978). El equipo de matronas se fue estructurando, además de las ya mencionadas, con Rosita Koch (1961), Yolanda Salazar (1961), Sonia Neira (1963), Eugenia Toledo (1971), Laura Correa (1973), Marta Pérez (1975), Patricia Camazón (1978) y Jeanette Galleguillos (1978). Recientemente se han integrado en el Centro de Diagnóstico San Joaquín, las primeras enfermeras-matronas tituladas en la Escuela de Enfermería Obstétrica de la Universidad Católica, señoritas Patricia Gil y M. Estela Zanetti (1980). Veinte años nos han acompañado las auxiliares: Angélica Olguín, Adela López, Inés Roca, Graciela Deocares, Olga Zabala, Prosperina Ojeda, Sonia Celis, Rosita Amaro, Elena Leiva, Marta Cortez, Albertina Moraga, Irma Vergara, Rosa Herminia Colín, Victoria Fuentes, Carmen Bueno, Norma Morales y Alicia García.

** Nómina de Becados-Residentes del Departamento de Obstetricia, Ginecología y Perinatología (1960-1980).

Humberto Pastore, Italo Capurro, Raúl San Martín, Eduardo Larraguibel, Carlos Molina, Emilio Leontic, Francisco Castro, Arturo Isla, Carlos Martínez, Soledad Díaz, Juan Pomés, Juan Rutland, Reinaldo Cordini, Pedro Escudero, Emilio Fernández, Susana Labelle, Enrique Schnaidt, Carlos Serrano, Guillermo Avilés, Humberto Pinto, Andrés Rosmanich, Edgar Belmonte, Roberto Yazigi, Alberto Costoya, Enrique Donoso, Luis Leighton, Héctor Cruzat, José Schmitt, Carlos Fernández, María Angélica Rivera, Alberto Suárez, Nicanor Barrera, Braulio Herrera, Mauricio Besio, Ana Gacán, Marcelo Polit, Rainer Schaale, Eugenio Katz, Jorge Robert, José Craig, Pedro González, Jaime Sánchez y Aurelio Cuéllar.

En un comienzo trabajamos muy unidos, almorzábamos diariamente todos juntos, era un ambiente muy agradable, muy propicio al desarrollo. Posteriormente fuimos creciendo y nos fuimos disgregando un poco. Creció el número de atenciones, aumentó el personal, se desarrolló un eficiente consultorio externo, se crearon laboratorios y unidades. En 1970 logramos la ansiada integración con ginecología, que hasta esa fecha funcionaba como parte del Servicio de Cirugía y formamos el Departamento de Obstetricia y Ginecología.

El 4 de octubre de 1970 Patricio Vela tomó la Jefatura de la Maternidad, ahora Servicio de Obstetricia y Ginecología, sólo treinta días antes que Salvador Allende asumiera la Presidencia de Chile. Fueron días difíciles. Patricio manejó el Servicio durante esos mil días como todo en su vida, con discreción, tino y sabiduría. Poco después del pronunciamiento militar (septiembre, 1973) Patricio se fue a ocupar la Jefatura del Servicio de Obstetricia del Hospital Sótero del Río. Para nosotros era de vital importancia tener en ese campo clínico al mejor de los nuestros, ya que la integración del Sótero del Río en la docencia de alumnos e internos era muy importante. La gestión iniciada por Patricio en 1973 ha dado excelentes frutos.

Sucedió a Patricio Vela en la Jefatura del Servicio de Obstetricia y Ginecología del Hospital Clínico, José Espinoza (1973-1975), quien desempeñó el cargo con el rigor propio de su personalidad y con acierto; fue sucedido por Gustavo Gormaz (1975-1978), quien condujo importantes transformaciones en el Servicio. Hernán Oddó asumió el cargo en 1978, manteniendo el Servicio en un nivel óptimo y preocupándose especialmente por el desarrollo del sector ginecológico.

La Maternidad durante sus veinte años ha tenido múltiples transformaciones, ha tratado de crecer a pesar de lo apretado del espacio que ocupa en el Hospital Clínico. De todos los cambios y remodelaciones el más significativo ha sido la remodelación y nuevo enfoque que Patricio Ventura imprimió a la Unidad de Neonatología desde 1976, transformando dicha Unidad en el centro neonatológico más moderno y eficiente del país.

En 1963 cuando la Escuela dobló su matrícula de alumnos en primer año, determinó que seis años después se doblara el número de alumnos que necesitaban realizar su Internado de Obstetricia y Ginecología. No hubo lugar para todos en el Hospital Clínico; se buscó la colaboración primero del Hospital Regional de Talca y luego del Servicio de Obstetricia del Hospital Sótero del Río, que como mencionamos, permanece hasta hoy.

A fines de la década del sesenta los avances de la Medicina y de la técnica Obstétrica determinaron que la mortalidad materna fuera prácticamente eliminada y la mortalidad perinatal bastante disminuida; había llegado el momento en que el quehacer obstétrico debía dirigirse al feto y al niño; tratar adecuadamente al paciente intrauterino para obtener del parto, no sólo un niño vivo y aparentemente sano, sino un niño que en su futuro pudiera desarrollar al máximo sus cualidades intelectuales; nace la Medicina Perinatal. En nuestro medio destaca el entusiasmo de José Espinoza por esta nueva rama de la Medicina, quien obtiene en 1972 la creación de la Unidad de Perinatología de la Escuela de Medicina.

¡1974 es un año de grandes cambios y consolidaciones en la Escuela de Medicina que permanecen hasta hoy!

— Se crea el Departamento de Obstetricia, Ginecología y Perinatología, nuevamente a mi cargo (1975-1978); este departamento reúne la docencia y la investigación del antiguo Departamento de Obstetricia y Ginecología y de la Unidad de Perinatología. Gustavo Gormaz asume la jefatura en 1978.

— Se establece el Servicio de Obstetricia y Ginecología en el Hospital Clínico, a cargo de José Espinoza, que tiene por objeto realizar los programas asistenciales en el campo de la Obstetricia, Ginecología y Perinatología que necesita el departamento. Sucede a Espinoza, Gustavo Gormaz y a éste, Hernán Oddó.

— Se crea la Unidad Docente Asociada Obstétrica en el Hospital Sótero del Río, a cargo de Patricio Vela.

— Se crea la Unidad Docente Asociada Ginecológica a cargo de Aníbal Rodríguez en el Hospital del Salvador.

— Se crea la carrera de Enfermería-Obstétrica como parte de la Escuela de Enfermería. Esta carrera asienta su docencia práctica en la Unidad Docente Asociada Obstétrica del Hospital Sótero del Río y en el Servicio de Obstetricia, Ginecología y Perinatología del Hospital Clínico.

El Departamento y las Unidades Docentes Asociadas comparten la docencia a nivel de pre y postgrado en la Facultad de Medicina.

"Vemos entonces cómo fueron necesarios diecinueve años para concretar en forma diáfana la iniciativa de creación de la Cátedra Conjunta de Obstetricia y Ginecología".

Hace pocos días, el 30 de junio de 1980, ha fallecido prematuramente el profesor Sergio Rosatti; nos deja un vacío imposible de llenar. Ha sido el primero de nosotros en traspasar el umbral de lo eterno. Hemos sentido su alejamiento como el de un hermano. Nos enriqueció con su presencia, su amistad y su profundo amor a la docencia. Fue uno de los pilares del desarrollo del Servicio de Ginecología.

Estamos en agosto de 1980. Ayer empezó a funcionar el Centro Diagnóstico San Joaquín, gran logro de la Facultad de Medicina, gran impacto comunitario de la Universidad. Curiosamente el primer día de su funcionamiento me correspondió estar a cargo de la atención obstétrica y ginecológica. Cual fue mi sorpresa en un momento de la tarde, al verme subido en una silla siendo sujetado por el profesor Arnaldo Foradori, para colocar un cartel provisorio que anunciaba "Consultorio de Obstetricia y Ginecología". Paradójico, dos de los mismos que integramos hace veinte años el equipo que atendió el primer parto en la Maternidad, otra vez iniciando una nueva gestión en este campo de la Medicina...

En 1980 no sólo se celebra el cincuentenario de la Escuela de Medicina, sino que también el vigésimo aniversario de la Maternidad "San Ramón" de la Universidad Católica, ahora parte del Departamento de Obstetricia, Ginecología y Perinatología. Veinte años de labor que han permitido no sólo organizar la docencia en este campo médico, sino mostrar que es posible la práctica y la enseñanza gineco-obstétrica en forma adecuada y moderna, ciñéndose estrictamente a las enseñanzas de la Iglesia Católica.

OFTALMOLOGIA

José Espíldora C.

EL 1º de mayo de 1954, por Decreto de la Rectoría de la Universidad Católica de Chile, cumpliendo con el programa de la Facultad, la Escuela de Medicina amplía la carrera al 7º año y crea la Cátedra de Oftalmología. Fue designado Profesor Titular el Dr. Cristóbal Espíldora Luque.

Los objetivos de la enseñanza de la Oftalmología a nivel de pregrado fueron, desde sus comienzos, instruir al alumno del 7º año de Medicina muy cerca ya de ser médico, sobre los capítulos fundamentales de esta especialidad. En esta forma contribuye esta docencia con aporte importante a la prevención y profilaxia de la ceguera en nuestro país. Nunca se ha pretendido que al desarrollar un programa de enseñanza de la Oftalmología egrese el alumno con conocimientos superespecializados. La orientación ha sido fundamentalmente clínica y práctica, entregando aquellos conceptos y conocimientos básicos que permitan al médico general adoptar con buen criterio el manejo del paciente con patología ocular.

Como rama o capítulo de la medicina, la Oftalmología no implica pisar un terreno diferente al ya conocido por el alumno, ya sea en la clínica médica o quirúrgica.

Debemos, por lo tanto, aconsejarle mantener la misma actitud, el mismo criterio, los mismos conceptos básicos de la patología general y de la fisiología que se aplican ante enfermos generales.

En los primeros años el curso duraba un semestre y se desarrollaba con clases dos veces a la semana, a las que seguían demostraciones prácticas en que los ayudantes examinaban y analizaban con los alumnos algunos enfermos con diferentes cuadros patológicos.

En 1962, por el fallecimiento del profesor Espíldora Luque, fui designado profesor encargado del curso de ese año y desde 1963 hasta la fecha Profesor Titular. Cambios de programas transformaron la enseñanza de la Oftalmología en mucho más práctica que teórica. Los internos de 6º y 7º año permanecen, en grupos de cuatro alumnos, dos semanas en el Servicio de Oftalmología respectivo. Hasta 1969 la cátedra permaneció en el Servicio de Oftalmología del Hospital del Salvador.

En mayo de 1969 se establece el convenio Universidad-Servicio Nacional de Salud a nivel del Hospital Sótero del Río. El profesor de Oftalmología que suscribe es designado jefe del Servicio de Oftalmología de ese hospital.

El curso de Oftalmología comprende la enseñanza de la semiología, patología, clínica y terapéutica. Cuenta con algunas sesiones teóricas en donde los docentes exponen cada capítulo de los diferentes cuadros patológicos que puede presentar el enfermo, tratando de exponer el mayor acopio iconográfico posible. Cada día, terminadas las sesiones teóricas, los internos se integran a la policlínica y presencian y practican en la atención de enfermos mediante la biomicroscopia, oftalmoscopia, tonometría y otras prácticas de examen. Siempre se ha tratado de mantener un equilibrio relativo entre el aspecto teórico y el práctico de este curso.

Nuestro propósito docente es motivar y convencer al interno de su responsabilidad en la lucha contra la invalidez por ceguera para no dejar este cuasi vital campo sólo en manos de los especialistas. Tratamos de entregar al alumno los medios adecuados para actuar en este sentido en todos los niveles de la comunidad. El debe conocer cuáles son sus posibilidades en la recuperación de la salud ocular, reconocer sus limitaciones y tener conciencia de no actuar más allá de lo que su capacidad le permite; sobre toda otra consideración prima el respeto por el enfermo.

El alumno debe compenetrarse de la alteración emocional que sufre el paciente afectado por una enfermedad ocular, así como de los factores sociales que influyen o involucran. No basta, por lo tanto, que tenga una preparación técnica y especializada; debe compenetrarse del concepto que el tratamiento integral del enfermo oftalmológico no sólo incide en él, sino en todo su núcleo familiar. En esta forma la enseñanza de la Oftalmología colabora en la formación y en el criterio médico-social del médico general.

Han pasado once años y actualmente la Unidad Docente-Asistencial de Oftalmología tiene su sede oficial en el Hospital Sótero del Río. El Servicio de Oftalmología prácticamente no existía en ese hospital y fue necesario habilitarlo, con el espacio físico necesario y el equipo instrumental, quirúrgico y de examen, que permitiera una atención integral del paciente oftalmológico.

La enseñanza de la Oftalmología no se ha limitado a nivel del pregrado. Desde 1970 se han formado en esta Unidad Docente trece oftalmólogos becados como residentes por becas otorgadas por la Escuela de Medicina de la Universidad Católica, por sistemas de becas ad honores, becas de retorno del Servicio Nacional de Salud y becarios del Hospital Militar. De estos trece becarios, dos son extranjeros de nacionalidad boliviana.

En los últimos dos años, esta Unidad Docente-Asistencial ha colaborado con el programa del internado optativo; con ello los internos optan por hacer una estadía de cuatro semanas en alguna especialidad que les interese. Durante estas semanas se les asignan varios enfermos hospitalizados para que tengan la oportunidad de seguir la evolución de ellos bajo tratamiento médico o quirúrgico, e investiguen la etiología de procesos patológicos oculares. Asisten a las reuniones clínicas y bibliográficas y

eventualmente participan activamente en la presentación de casos clínicos con problemas diagnósticos y/o terapéuticos. Al final del internado asisten también a la Sesiones Ordinarias de la Sociedad Chilena de Oftalmología.

El actual equipo docente titular es el siguiente:

Profesor Titular	:	Dr. José Espíldora Couso
Profesor Auxiliar	:	Dr. René Pedro Muga Muga
Profesor Auxiliar	:	Dr. Eugenio Maul de la Puente
Ayudante	:	Dr. Cristián Ulloa Vidal
Ayudante	:	Dra. Gabriela Iturra Hernández

Sería injusto no mencionar a los colegas que, sin tener cargos docentes en nuestra Escuela, colaboran desinteresadamente en la enseñanza de la Oftalmología desde sus cargos como médicos del Servicio Nacional de Salud: María Adela Borgoño, María Isabel Concha, Sergio García y Juan Carlos Stagno.

ORTOPEDIA Y TRAUMATOLOGIA

Juan Fortune H.

VAS A leer una historia que no es alegre ni festiva. Es la historia de la Cátedra de Ortopedia y Traumatología de tu Escuela. Guarda en las páginas de sus años toda la historia de muchas vidas dedicadas casi por entero al desarrollo de una fuerte vocación profesional y docente.

Creemos no haber tenido el éxito pleno en los propósitos que alguna vez nos hicimos; pero al escribir estas líneas se reviven nuestros anhelos, nuestros esfuerzos, nuestras alegrías y sus penas; nuestros éxitos y fracasos, pero también creemos haber hecho todo cuanto estuvo de nuestra parte para entregar a todos ustedes el producto de un esfuerzo tenaz, renovado cada día de todos los años, movido por el cariño entrañable por los alumnos, alimentado por una vocación que siempre fue irrenunciable, que esperamos sea eterna, revivida en cada uno de ustedes.

Si leen estas líneas con afecto y respeto, llegarán a comprender que en la historia de una vida dedicada con amor a la enseñanza hay penas y alegrías, esperanzas y desengaños, soledad y olvido. Pero también hay en el alma del docente un mundo maravilloso del cual quizás ustedes nada saben, de felicidad plena, que lleva a elevar todos los días una plegaria llena de gratitud por la dicha de poder, día a día, realizar su vocación de enseñar.

El nacimiento de nuestra especialidad de Ortopedia y Traumatología, como arte, se confunde necesariamente con los albores de la humanidad erecta y sapiens. La Sagrada Escritura ya lo señaló en forma que no deja lugar a dudas: Abel cae fulminado víctima de un mazazo artero; debió ser dado en la cabeza y necesariamente debió provocar un TEC grave con destrucción de la masa encefálica y, por lo tanto, sus consecuencias fueron irreversibles.

La paleontología, por su parte, también nos enseña algo al respecto. En el mundo de la sociedad Cro-Magnon, el perfil patológico debió de ser muy estrecho; probablemente las causales de morbi-mortalidad fueron, en un elevado porcentaje, de naturaleza traumática. Mas, muchísimas más probabilidades tenía nuestro antecesor Cro-Magnon de morir embestido por un búfalo enfurecido, o quizás alcanzado por el colmillo filudo de un mamut irascible, o tal vez destrozado por el derrumbe de las rocas de su cubículo, que ser víctima de un infarto del miocardio, de una leucemia aleucémica o de una ictericia anictérica... Tengo la sospecha que tales patologías han ido apareciendo con el correr de los milenios, con el despertar de la civilización o con la aparición de los médicos...

Nuestra artística especialidad se conservó así, sin notorias modificaciones durante muchísimos milenios, y causa asombro pensar que realmente no hubo destacados avances

hasta uno o dos siglos atrás, solamente. Recién se contamina de ciencia con el advenimiento de los Rayos Roentgen, y su contenido científico va siendo progresivamente prominente con la intromisión inatajable de otros saberes: opinan, estudian, investigan los fisiólogos, los fisiopatólogos, los bioquímicos, los patólogos, etc., y después de veinte siglos de vida civilizada estamos muy cerca del comienzo...; ignoramos cómo se consolida un hueso. Es cierto que los diagnósticos son más certeros, la tecnología más perfecta e ingeniosa..., pero seguimos ignorando hechos tan elementales como son las leyes que rigen el crecimiento de un hueso, cómo se destruye, cómo se repara, etc.

En Chile aparecen los primeros traumatólogos en el segundo o tercer decenio de este siglo y se organiza el primer Servicio de Traumatología en forma posterior al sismo que en 1939 destruyó las provincias centrales del país. El distinguido profesor argentino Carlos Ottolenghi llega, recién pasado el terremoto, trayendo consigo su servicio entero de traumatología, con sus ayudantes, enfermeras, practicantes, instrumental, férulas, yesos, etc., todo su material queda en Chile a su regreso, donado al Servicio Nacional de Salud y sirve de base para montar el primer Servicio de Traumatología (Hospital San Francisco de Borja).

No debe ser motivo de extrañeza, por lo tanto, que en las escuelas de Medicina la enseñanza de la Traumatología fuese esporádica y realizada por cirujanos que, por afición, simpatía o necesidad, solían oficiar de traumatólogos; no existían cátedras, ni especialistas, ni programas, ni cursos, ni clases, ni nada. Las promociones salían vírgenes de los conocimientos más elementales de la especialidad, lo cual permitía que se mantuviese una pléyade de incontables compositores, *meicas*, etc., que pululaban en medio de la sociedad traumatizada y ganaban jugosamente en este campo todavía inexplorado.

En nuestra Escuela de Medicina, en el decenio del año 40, la situación era algo mejor, pero no mucho...

Los alumnos de aquel entonces, tuvimos la suerte de contar con tres distinguidos maestros: Rodolfo Rencoret, José Estévez y Ricardo Benavente, que simpatizaban con la especialidad y la vivieron en el San Borja en la compañía y entusiasmo de Carlos Ottolenghi y comprendieron así la necesidad de crear una enseñanza racionalizada de la Traumatología. Coincidiendo con la creación del Servicio de Cirugía llega un grupo de brillantes cirujanos muy jóvenes en esa lejana época: Hugo Salvestrini (cirugía de tórax), Alfonso Ovalle (ginecología), Arnaldo Marsano (anestesia) y... Gastón Fuenzalida (traumatólogo).

Como el Dr. Fuenzalida fue la piedra angular sobre la cual se edificó la traumatología en nuestra escuela, quiero recordarlo con todo afecto y reconocimiento. De gran simpatía personal, sabroso narrador de anécdotas, aventuras y peripecias de toda índole; raudito esquiador en nuestras sábanas cordilleranas, aviador y descubridor de canchas ignoradas y encerrados cajones cordilleranos que, con ojo de águila, descubría desde las alturas; equitador consumado, caballero en los clubes selectos de la equitación chilena; rugbista arrollador, temerario buzo, explorador de las procelosas profundidades submarinas. Entusiasta incorregible de la mecánica motorizada, proyecta su inquietud hacia el aparato locomotor y descubre, en su armonía, los secretos de su estática y dinámica. Con la persona señalada se conjuga en forma inesperada la necesidad de la organización de la Ortopedia y Traumatología como arte-ciencia, como servicio asistencial y docente; así fue creada la cátedra de la especialidad. Quizá fue la primera Escuela de Medicina en que se supo comprender y aquilatar la necesidad de tener una cátedra autónoma, independiente, con sus programas, docentes y ayudantes. En las otras escuelas seguía la traumatología mezclada y confusa, inmersa entre cirujanos avasalladores que poco o nada querían saber de yesos, férulas, placas, tornillos y de los hombres que los manejaban; mientras la docencia de la especialidad seguía quedando relegada y jibarizada a fugaces oportunidades de algunas horas perdidas, nuestra Escuela mantenía una cátedra personalizada, independiente, con un servicio docente-asistencial, con programas, planes curriculares, etc... Así se va escurriendo la década del 40; nuestros servicios de Cirugía y Medicina se desarrollan con la energía vital del organismo que recién nace; sus camas se

expanden a todo el Hospital, el trabajo se acelera, la magnitud de su patología y sus terapias quirúrgicas se agigantan y todo el servicio entero adquiere el ritmo de una carrera enloquecida en busca de experiencia, progreso y perfección. En 1950 me incorporo como traumatólogo en formación, después de haber actuado como cirujano general. En realidad, formaba parte del Servicio de Cirugía como cirujano general y docente, ingresando al equipo en 1947 ante una muy honrosa invitación del Dr. Rencoret; se me ofreció la oportunidad de trabajar tanto cuanto mis fuerzas me lo permitieran, al mismo tiempo que iniciar una carrera docente cuya meta, recién hoy día, empiezo a divisar como lejana y todo ello sin la menor esperanza de remuneración, ni presente ni futura. Aunque las generaciones actuales de colegas jóvenes no logren comprender tamaño ofrecimiento y aun cuando ello les parezca ahora demencial, el hecho es que acepté de inmediato, gustoso y honradísimo y lleno de ímpetu inicié mi carrera como cirujano docente. A los dos años, ya con una relativamente muy buena experiencia quirúrgica general, tomé la decisión de integrarme de lleno con Fuenzalida a constituir definitivamente el naciente Servicio de Traumatología. Este queda conformado materialmente con buena dotación de camas, instrumental, mesas traumatológicas, pabellón quirúrgico, etc. Los enfermos, abundantes en demasía para nuestras posibilidades y los alumnos e internos, colman nuestras expectativas ansiosas de trabajo y generosas en vocación docente.

Se incorporan ya después dos jóvenes ayudantes selectos en sus promociones: el Dr. Roberto Danitz y el Dr. Arnaldo Ledesma y luego, un profesional brillante, el Dr. Daniel Franchini, traumatólogo formado en la alta escuela traumatológica de Boloña. Y así, con todos ellos, el Servicio se agiganta, su experiencia empieza a adentrarse con brillo y respeto en las Sociedades de la especialidad. La docencia se perfecciona, se organiza en sus planes curriculares, en la claridad de sus objetivos, en el temario de sus clases, etc. Fue durante estos veinte años en los cuales, desde nuestro servicio y cátedra, se iniciaron experiencias quirúrgicas aún desconocidas en nuestro medio; aquí fue decisiva la acción de Fuenzalida, su tecnología, su audaz iniciativa, hicieron posible realizar técnicas nunca realizadas en Chile: artrodesis de columna por vía anterior, enclavijado; intramedulares de fémur y tibia, artroplastías de cadera, sustituciones óseas en tumores esqueléticos, extirpación de cuerpos vertebrales sustituidos por injertos óseos, etc. Quizá fue la etapa más brillante y productiva de la cátedra; fueron veinte años de trabajo ininterrumpido, tenaz, plétórico de esfuerzo y expresión vocacional; de este trabajo queda el recuerdo de una amistad inquebrantable que perdura hasta el día de hoy, sellada por el afecto y el respeto de los que fueron nuestros discípulos de ayer.

Llega así el fin del decenio del año 60 y el proceso de expansión vital de nuestra Escuela hace que su ubicación dentro de los estrechos márgenes del Hospital de Marcoleta se haga finalmente insostenible. Se imponía perentoriamente la expansión a otros territorios hospitalarios y luego de algunas tentativas dolorosamente fallidas, se logra ubicar, como futuro campo de acción, las dilatadas extensiones de un sanatorio semidesmantelado como tal y aún no estructurado como hospital. Los intereses de ambas instituciones se complementan a maravillas y encuentran así una y otra la angustiosamente anhelada solución al problema de su futuro subsistir.

Nunca hubo razones claras ni menos convincentes para justificar lo que hubo de ocurrir... pero así y todo, ello ocurrió. El Servicio de Traumatología que han acabado de conocer fue desmantelado y se le señaló su futuro sobre la base física de una extensa terraza, antiguo solarium donde entibiaban sus cavernas antiguos tuberculosos en vías de una recuperación que quizá nunca llegó... Allí se levantó una construcción ligera, que después de un mucho esperar y un duro combatir, logra acoger el Servicio de Traumatología en la persona de cinco traumatólogos sin Servicio. Así se iniciaba para nosotros un nuevo renacer y un largo peregrinar que aún está lejos de terminar. Desde luego, como era obvio, el cuerpo docente, de brillante trayectoria académica y asistencial presentó de inmediato su renuncia, encontrando inaceptable el planteamiento de la Escuela que en forma compulsiva procedía a destinarlos a trabajar en un ambiente que estimaron del todo inadecuado para proseguir la labor docente que les era propia y buscan campos profesionales de mayor limpieza profesional; Fuenzalida busca en una merecida jubilación

un reposo que no anhelaba; Franchini prefiere emigrar a su patria hermosa y lejana y se radica en su suelo natal, la bella ciudad de Imola; Ledesma y Danitz en un tiempo muy inmediato, deciden preferir el ámbito brillante y luminoso del recién inaugurado Hospital del Trabajador, a los pabellones semiconstruidos en la desolada terraza del ex Sanatorio "El Peral". En esta forma quedo entonces solo, sin servicio organizado, sin ayudantes, sin salas; sin enfermos, cara al cielo en medio de una construcción en obra gruesa, sin piso, ni murallas, ni techo, y como si ello fuese aún poco, para derruir al más sólido espíritu vocacional, frente a una masa densa de jóvenes alumnos, internos, que esperan como polluelos que alguien los alimente con la deleitosa ciencia y arte de la Traumatología. Y allí, sobre esa terraza aún vacía, se levantó el Servicio que acogió muy luego después a una pléyade de nuevos y brillantes jóvenes especialistas, que ocuparon con éxito jamás desmentido los sitios que hasta entonces veía vacíos en torno a mí: Sergio Reyes, Alfredo Elgueta, Carlos Liendo, Hugo Behn, Angel Pavez. Y luego becados, más internos, más alumnos, todos juntos, logramos rehacer en un servicio nuevo y amplio nuestra labor docente y asistencial interrumpida por el sismo expansivo de Marcoleta. Nos constituimos en lo que siempre y todavía ha dado en denominarse *la Escuela de los extra-muros...* y allí trabajamos constituyendo un servicio de calidad óptima en esfuerzo calificado, en disciplina y en eficiencia docente. Pero un sino lóbrego y denso, impalpable, pero que se siente en sus efectos, pesaba y pasaba sobre la nueva ínsula de los extramuros universitarios. Alguna vez, cuando la historia de nuestra Facultad sea escrita, alguien, con valentía, tendrá necesariamente que decirlo... desorganización institucional, desorden e indisciplina laboral irrefrenable, politización repulsiva, marcaron nuestro diario quehacer profesional y docente; creemos que estuvo a punto de ser logrado un objetivo perseguido ex profeso por quienes vivieron activa y gozosamente una etapa que fue negra para nuestra vida institucional. El quehacer profesional se fue haciendo difícil, la vida académica llegó a ser imposible y los docentes, todos de elevada selección profesional especializada, fueron uno tras otro, abandonando el servicio que crearon para sus enfermos, para su escuela y para ellos mismos.

Triste destino el de una cátedra, triste sino el de sus profesores y docentes que reviven por segunda vez la desintegración de su servicio, creado con inmenso amor, denodado esfuerzo y animado por una fuerza vocacional irrenunciable.

La cátedra que dejó de ser, ahora nominada Unidad Docente Asociada, busca para sus alumnos un nuevo campo y lo encuentra en el Servicio de Ortopedia y Traumatología del Hospital Militar.

La Dirección General de Sanidad del Ejército le ofrece al profesor sin servicio, que integre el equipo de especialistas de su Hospital, accediendo con dificultad a aceptar internos, alumnos y becados y, milagro de supervivencia, se reúnen de nuevo, en un solo cuerpo docente, los mismos ayudantes que integraban el Servicio de Traumatología del Sótero del Río. Reunidos otra vez, asistimos a un nuevo renacer, con renovado esfuerzo por sobrevivir, estudiar y enseñar. Alumnos, internos y becados, repiten, junto a sus nuevos docentes, una nueva jornada, cuyo futuro no conocemos, pero que adivinamos, porque en la historia de las instituciones y de los hombres, el destino está señalado por una senda irrenunciable. Pero ello no es todo, porque la historia aún no ha terminado. En el Servicio de Traumatología del Sótero del Río se queda un hombre, solo, ya sin alumnos; en su soledad afronta todo: el agobio de una labor extenuante, la estrechez de un espacio físico vorazmente disputado; allí logra sobrevivir, imbatible, el Dr. Angel Pavez, joven ayudante del Servicio, que con una actitud vocacional casi heroica reúne una parte de los alumnos ya sin profesor y junto a ellos, se va rodeando poco a poco de nuevos ayudantes, y con Jaime Paulos, producto selecto de nuestra Escuela y con Carlos Liendo, rehacen, como un nuevo milagro, el núcleo docente que se creyó fenecido.

Estimadísimo lector, aquí y allá de nuevo estamos todos, con el mismo espíritu del primer día, pletóricos del mismo ímpetu vocacional, rodeado de los mismos alumnos de ayer, de hoy y de siempre.

Muchas cosas se realizaron, muchas más debieron haber sido hechas y no lo fueron; ellas quedarán para las generaciones que nos habrán de suceder en esta senda que se inició no hace más de treinta años y que esperamos sea eterna y feliz; para ellos deseamos, los que nos vamos alejando del que fuera nuestro destino, un futuro brillante y promisor.

OTORRINOLARINGOLOGIA

Luis Guerrero G.

LA CATEDRA de Otorrinolaringología de la Universidad Católica de Chile nació en 1954 en uno de los servicios más antiguos de la especialidad en Chile, el Servicio de Otorrinolaringología del Hospital del Salvador, siendo en ese entonces jefe de Servicio Alfredo Alcaíno Quinteros.

En este Servicio se han formado en la especialidad la gran mayoría de los actuales jefes de servicios de los distintos hospitales docentes y los más connotados especialistas de Chile. Entre ellos debemos recordar a César Fernández, quien ha dedicado su vida a la investigación de los problemas vestibulares en la Universidad de Harvard, a Santiago Riesco Mac Clure (1909-1970), pionero de la neuro-otología mundial y Raúl Velasco Letelier (1914-1973) eminente otólogo, seguidor de la Escuela Otoneurológica de Riesco, quien ocupó el cargo de profesor de la Unidad de Estudios Vestibulares de la Universidad de California en Estados Unidos.

El entonces Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica, Rodolfo Rencoret, al crear la cátedra de la especialidad, por la excelencia profesional y humana de los doctores Riesco y Velasco, decidió nombrar a ambos en el cargo de Profesor Titular, ejerciendo Riesco el cargo hasta 1967 y Velasco hasta 1973. Desgraciadamente, ambos nos dejaron cuando estaban en el máximo esplendor de su carrera, porque "fueron llamados al camino del atardecer, al camino de Dios, al sendero del reino de los cielos" (últimos pensamientos de Santiago Riesco).

Desde 1973 hasta la fecha, la docencia de pre y postgrado ha estado a mi cargo y de los docentes Angel Fernández y Julio Nazar, a los que nos cabe la responsabilidad de continuar la valiosa labor de investigación clínica y docente de nuestros predecesores.

PARASITOLOGIA

Arturo Jarpa G.

EN 1931 comienza la enseñanza de Parasitología en el segundo año de la Escuela; el primer profesor fue el Dr. Carlos Porter y su colaborador y ayudante, el entonces alumno, Guillermo Labatut. Al año siguiente se enriquece la docencia con otro alumno de cursos superiores, Daniel Camus.

En 1933 el profesor Porter deja el cargo para ocupar la Cátedra de Biología y lo reemplaza en sus funciones el Dr. Valentín Gallinato asesorado por Guillermo Labatut y Moisés Figueroa.

En 1937 se traslada esta disciplina al tercer año de la carrera, por lo que su enseñanza en la Universidad Católica sólo vuelve a realizarse en 1942, esta vez a cargo del profesor Dr. Alfredo Cárdenas y del Dr. Eduardo Díaz Carrasco como jefe de trabajos

prácticos y como ayudantes los Dres. Marc Rosselot y Egilberto Navarrete. Al año siguiente sólo lo acompañan como ayudantes los Dres. Egilberto Navarrete y Sergio Pozo, con los que imparte docencia hasta 1946.

En 1947, por renuncia del profesor Cárdenas, se solicitó al profesor Amador Neghme que nombrara un docente para impartir enseñanza y formar a un alumno de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica en esa disciplina, con el fin de contar en el futuro con un docente propio.

El profesor Neghme recomendó para el cargo de profesor al Dr. Tulio Pizzi y como jefe de trabajos prácticos al entonces alumno de los últimos cursos de Medicina, René Cristen y como ayudante alumno de la Universidad Católica a Arturo Jarpa.

La docencia la realizó hasta 1955 este grupo con medios materiales proporcionados por la Cátedra de Parasitología de la Universidad de Chile.

En 1955 se consideró que el Dr. Arturo Jarpa estaba en condiciones de desempeñar el cargo de Profesor Titular y el Dr. Tulio Pizzi y René Cristen presentaron generosamente sus renuncias.

Junto con asumir el cargo de Profesor Titular, el Dr. Jarpa nombró Jefe de Trabajos Prácticos al Dr. Enrique Fanta.

Desde 1955 la docencia se desarrolló en los locales de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica, siendo siempre asistida por el consejo y la ayuda material del grupo de docentes de la Universidad de Chile, presididos por el profesor Amador Neghme.

Por razones de inquietud vocacional el Dr. Enrique Fanta presentó la renuncia a su cargo en 1956, siendo reemplazado por el Dr. Jorge Artigas, quien colaboró muy eficientemente por espacio de ocho años, hasta que su carrera docente lo llevó a ocupar un cargo en la Escuela de Medicina de la Universidad Austral, siendo reemplazado primero por el Dr. Hernán Reyes y luego, en 1966, por el Dr. Miguel Alvarez, quien continúa hasta hoy.

Durante los últimos veinticinco años ha colaborado entusiasta y eficientemente en la docencia la tecnóloga señorita Marta Zuloaga y desde 1970 la señora Dora Manovic, química farmacéutica.

Los profesores Amador Neghme y Tulio Pizzi, lo mismo que todo el grupo docente en Parasitología de la Universidad de Chile, han colaborado permanentemente en las labores docentes y de investigación de nuestro grupo, demostrando que el espíritu universitario une a los hombres que persiguen los mismo objetivos.

PEDIATRIA

Augusto Winter E.

EN 1955 la Escuela de Medicina de la Universidad Católica completa sus siete años de estudios y crea la Cátedra de Pediatría. Es nombrado Profesor Titular el Dr. Julio Meneghello, profesor de Pediatría de la Universidad de Chile y jefe del Servicio de Pediatría del Hospital José M. Arriarán. Meneghello realiza el curso durante el séptimo año de estudios. Entre sus colaboradores recordamos entre otros a Alejandro Manterola, Osvaldo Danús y César Izzo.

La cátedra se traslada junto con Julio Meneghello y su equipo docente al Hospital Roberto del Río, donde permanece hasta 1969.

En 1970 la Cátedra de Pediatría de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica es trasladada al Servicio de Pediatría del Hospital Sótero del Río nombrándome a mí como su profesor titular. Se cumple así una aspiración de la Universidad Católica, tener un área docente exclusiva en Pediatría.

En ese momento, mayo de 1969, el Servicio de Pediatría contaba con cuarenta camas, dos pediatras y varios médicos que trabajaban en Pediatría como médicos generales de zona. Comenzó una ardua tarea para ir adecuando el nivel de estos médicos para poder hacer la docencia pediátrica. Junto a esto hubo que absorber y organizar la atención de la población del área de Puente Alto y La Granja, que pasó a llamarse Area Sur Oriente de Santiago. Como se puede comprender, todas estas tareas debían ser efectuadas por un grupo de personas, la mayoría de ellas jóvenes y con gran entusiasmo pero carentes de experiencia. Esto fue captado rápidamente por los alumnos, quienes veían que les tocaría hacer el curso en un Servicio y Cátedra que ni siquiera se podía considerar más que "un feto" en lugar de la Cátedra del Roberto del Río que era una Cátedra formada y una de las mejores de Chile. Este primer contratiempo fue salvado gracias a la firmeza del Decano Juan I. Monge y del Director de la Escuela, Salvador Vial, quienes no aceptaron argumentos e insistieron que la docencia debía hacerse en el Hospital Sótero del Río a partir de ese año.

Con el primer curso de Pediatría sucedió un fenómeno curioso: los alumnos llegaron con la idea que el curso iba a ser un desastre y que les tocaba a ellos ser los conejillos de indias y los docentes se encontraban aterrados ante la responsabilidad que se les venía encima. Esta posición psicológica hizo que ambos grupos dieran el máximo de sí: los alumnos indulgencia y un empeño extraordinario de aprender y los docentes un gran esfuerzo por enseñar. El resultado fue que aun cuando el curso fue malo, fue calificado por los alumnos sin gran dureza, dejando en claro el gran espíritu humano y cordialidad que habían encontrado.

Al cabo de dos años de trabajo con el sistema Curso-Internado, se produjo la fatiga de los docentes, algunos de los cuales emigraron de nuestra área por la presión que significaba la sobrecarga docente-asistencial. Luego se cambió el sistema al que tenemos en la actualidad y que en nuestro medio ha probado ser mejor. En cuanto a la formación de los docentes, de común acuerdo con el Decano de la Facultad, se crearon becas de Pediatría para formar a los futuros docentes. En la actualidad el Servicio y Departamento de Pediatría imparte docencia de pre y postgrado a un nivel satisfactorio, pudiendo considerarlo similar al de los otros departamentos de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica. Todo esto se ha logrado gracias a la comprensión y apoyo de los diversos decanos y directores de la Escuela de Medicina y la abnegación de los docentes del Departamento de Pediatría.

PSIQUIATRIA Y ANTROPOLOGIA MEDICA

Armando Roa R.

LAS DISCIPLINAS relacionadas con el estudio médico psíquico-corpóreo del hombre han preocupado desde su fundación a la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, pero sólo en 1950, con la creación del 5º año, pudo darse satisfacción al deseo de ir completando la carrera con estudios de esta especie. Correspondió al Decano Cristóbal Espíldora y al Director de la escuela, Luis Vargas, crear la Cátedra de Psiquiatría, nombrándose para desempeñarla al eminente psiquiatra Manuel Francisco Beca, que había formado parte ya de la Cátedra de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y tenía gran experiencia en investigación y docencia. El Dr. Beca a su simpatía natural y a su inteligencia aguda, unía una gran bondad y una vida religiosa elevada, lo cual lo hacía el hombre justo para fundar dicha empresa, en medio de un ambiente médico general poco abierto a las disciplinas científicas de nuestro tipo. El Dr. Beca era un buen conocedor de la anatomía patológica del sistema nervioso y sus trabajos

sobre cisticercosis cerebral, algunos en colaboración con el Dr. Guillermo Brinck, fueron ampliamente estimados en los círculos científicos.

Unía el Dr. Beca a la formación científico-natural una seria vocación por la clínica psiquiátrica, una perspicaz mirada para elegir de entre las teorías, las más propicias al conocimiento, prevención y mejoría de las alteraciones mentales, a lo cual se agregaba un excelente trato con el enfermo. Sin descuidar las ideas de los clásicos: Kraepelin, Bleuler, Janet, introdujo, libre de dogmatismos, lo que estimaba valioso del freudismo, y así logró darle universalidad a su enseñanza. La mayor parte de las clases y presentaciones clínicas se desarrollaron en el Hospital Psiquiátrico, de cuyo Servicio D, yo era el jefe, y otras en el Hospital Clínico de la Universidad Católica.

Le acompañaron en tal labor docente su fiel ayudante Dr. Carlos Núñez y los Dres. Fernando Mariné, Augusto Torrico, José Antonio Infante, José Angel Ortúzar y la psicóloga Teresa Cumsille.

La tarea desempeñada con rigor desgastó prematuramente al Dr. Beca, quien joven aún fallecía en medio de la consternación de todos, de un infarto cardíaco en pocas horas. Esa misma mañana había presidido una reunión en su Servicio del Hospital Psiquiátrico.

Le sucedió en 1959 su colaborador más distinguido, el Dr. Carlos Núñez, quien mantuvo la Cátedra como Profesor Titular Interino hasta 1963. El Dr. Núñez, un representante esclarecido del psicoanálisis freudiano, dio auge a esta orientación en sus lecciones y trabajos clínicos realzando la inabarcable contribución de Freud al conocimiento del hombre. Junto a la psiquiatría clínica los estudios en esa época abarcaron la psicología y psicopatología y se obtuvo que los estudiantes, ya desde el tercer año, fuesen adentrándose en esas disciplinas.

El 16 de mayo de 1964 es nombrado Profesor Titular de Psiquiatría, quien escribe estas líneas, cargo que desempeña hasta ahora. Era Decano el Dr. Roberto Barahona y Director de la Escuela el Dr. Fernán Díaz. El curso se desarrolló desde 1969 en forma de block de cuatro semanas de duración, uno en cuarto año y otro en quinto, procurándose a lo largo del tiempo darle a la enseñanza junto a su carácter riguroso, una orientación práctica poniendo al estudiante en contacto directo con la patología psiquiátrica más corriente y familiarizándolo con el diagnóstico, el pronóstico, la terapia y la prevención. Los aspectos estructurales y psicodinámicos se han analizado tanto en clases clínicas, en clases teóricas como en los pequeños grupos de paso. Se ha incorporado a la enseñanza al personal de colaboración médica, cuya tarea es sumamente valiosa en esta disciplina; así participan psicólogos, asistentes sociales, enfermeras universitarias, terapeutas ocupacionales. Se le da especial importancia a los cuadros morbosos de la adolescencia, a las farmacodependencias, al alcoholismo, a la patología familiar, a las psicopatías, a las depresiones, a las neurosis, a las esquizofrenias larvadas y a las ocultas.

Entre 1971 y 1976 se agrega un curso de Antropología y Psicología Médica de un semestre, en segundo año, que desde 1977 se traslada al primer año. En dicho curso se ha procurado dar una visión antropológica del hombre desde el punto de vista médico, diferenciando dicha antropología de la cultural y la filosófica. Problemas como el del significado para la existencia, del embarazo, de la esterilidad, de la buena comunicación entre padres e hijos, de desarrollo de la imaginación a través de juegos y cuentos, del nuevo mundo de la adolescencia, de los valores básicos de la cultura moderna y sus relaciones con la religión y una más verdadera existencia humana, son algunos de los múltiples asuntos tratados a lo largo de este curso. Las ideologías, el nihilismo, el cientificismo, las escatologías y utopías históricas, tan directamente relacionadas con las transformaciones de la patología a lo largo de la historia, son discutidas y analizadas, procurándose llegar a visiones dinámicas en relación con el destino trascendente del hombre. Es obvio, como lo reconocen los propios estudiantes y la voz unánime de los docentes, que este curso debería darse en los últimos años de la carrera.

No existiendo una asignatura de sexología, y siendo problemas como los de la impotencia, la frigidez, la eyaculación precoz, motivos de frecuentes consultas y orígenes de depresiones y reacciones neuróticas, se ha incluido en el curso regular de psiquiatría una serie de lecciones clínicas al respecto. Como se sabe, nosotros, a fin de evitar nombre

con alcance desdorado que dificultan los tratamientos, hablamos aquí, no de *Disfunciones sexuales*, término común norteamericano, sino de *Irregularidades sexuales*, que además de término neutro, alude más a lo que realmente ocurre. El haber incluido la sexología en el programa regular lo consideramos un positivo avance.

Desde 1974 la Cátedra se ha constituido en Unidad Docente Asociada de Psiquiatría. Han colaborado activamente en los últimos años en el desarrollo de los nuevos horizontes de la psiquiatría y la antropología, tal como ella parece perfilarse hacia el fin del milenio, todos los profesionales de la Clínica Psiquiátrica Universitaria de la Facultad de Medicina Santiago Norte de la Universidad de Chile, donde se lleva a cabo la docencia, y en particular desde la partida, con su consejo y su apoyo José Sabat, Julio Pallavicini y Roberto Lailhacar. Hacemos una mención especial del recientemente fallecido Manuel Quintana, que estuvo largos años a nuestro lado y a quien se deben contribuciones decisivas a la clínica y a la comprensión teórica de nuestros temas; para todos, la figura de Manuel Quintana forma parte por derecho natural de la historia de la disciplina en nuestro país.

RADIOLOGIA

Fernán Díaz B.

LA HISTORIA del Departamento de Radiología de la Universidad Católica comenzó dos años antes de la construcción del Hospital Clínico. En 1938 funcionaba ya, con brillo espectacular, el Instituto de Roentgenología del Hospital San Francisco de Borja, creado y dirigido por Erich Heegewaldt, a petición de Sótero del Río. Este médico, fisiólogo de renombre, se dio cuenta de la escasez de radiólogos en Chile y determinó, como Ministro de Salud primero y Director General de Beneficencia después, la creación de un centro de radiodiagnóstico que cumpliera no sólo funciones asistenciales, sino docentes de postgrado en radiología.

Erich Heegewaldt fue el encargado. Este hombre de excepción, era un médico alemán, nacido en Berlín (1888) que se había vecindado en Chile cuando el esfuerzo de un grupo de profesionales creó un núcleo médico de diagnóstico y tratamiento, el llamado Instituto Sanitas. Hubo un Laboratorio Clínico y un Servicio de Radiología, para el cual fue contratado en Europa Erich Heegewaldt, por otro hombre de talento: el Dr. Walter Knoche.

El primer fruto del centro radiológico del Hospital San Francisco de Borja fue el Servicio de Radiología del Hospital de la Universidad Católica. Uno de los ayudantes de Heegewaldt fue llamado por el Dr. Rodolfo Rencoret para diseñar la planta mínima del futuro Servicio de Radiología de la Universidad Católica. El Dr. Roberto Celis cumplió su cometido y cuando en 1940 el nuevo Hospital empezó a funcionar, empezó también a trabajar el flamante Departamento de Radiología compuesto por una sala de exámenes y una cámara oscura. Su localización fue la actual, en el segundo piso del ala sur del edificio. En la sala de exámenes se instaló un equipo radiológico Heliophos-Super capaz de hacer toda clase de exámenes, especialmente digestivos y radiografías de tórax. Este magnífico equipo Siemens fue, de hecho, el último que llegó al país desde Alemania, ya en guerra desde septiembre de 1939.

En aquel tiempo el Hospital funcionaba como Consultorio Externo en las tardes, no más de tres horas diarias. No había hospitalización. El Director del Hospital que era el Dr. Rencoret, se instalaba en una oficina del primer piso (exactamente la actual sala de exámenes respiratorios), con la puerta abierta, de manera que, de un vistazo, controlaba el ir y venir de pacientes y de algún médico cuyo reloj tendía al adelanto de la hora de salida. Las órdenes del diagnóstico radiológico eran cursadas por el propio paciente que subía al segundo piso en cuyo extremo oriente estaba la recepción comandada por Sor

Sara Lira. Digo "comandada", porque Sor Sara con una personalidad cordial, tenía pasta suficiente para comandar un regimiento de tropas escogidas de asalto. Roberto Celis, el organizador, se había dado maña para transformar una auxiliar en estado silvestre en una auxiliar de cámara obscura que cumplía su cometido más bien que mal. En un comienzo las exigencias consistían casi exclusivamente en exámenes torácicos los cuales eran realizados con fervor por Mario Meyerholz y por el que esto escribe. Al cabo de corto tiempo se impuso la necesidad de exámenes esqueléticos y pielografías, que fue solucionado adquiriendo y poniendo una nueva Bucky, en paralelo con el equipo Heliophos. Así se creó un horario de mañana, que fue servido por Mario Meyerholz y uno de tarde. El próximo progreso consistió en que se impuso la práctica de exámenes digestivos, para lo cual el horario matinal fue juiciosamente compartido entre el tórax y el abdomen.

Ningún historiador ha estudiado el paralelismo entre la Guerra Mundial y el desarrollo y funcionamiento del Servicio de Radiología entre 1940 y 1948. Porque a poco avanzar la gran guerra, fue adelgazándose el excelente servicio Siemens, debido al agotamiento de repuestos y a la imposibilidad de reabastecimientos de fábrica. Durante el período inicial de las victorias alemanas, el eje Roma-Berlín apenas lograba pasar por Marcoleta, y para qué hablar del período terminal de la guerra en que los radiólogos del benemérito Hospital de la Universidad Católica, nos comíamos las uñas ante cualquier falla del instrumental. Misteriosamente, sin embargo, siempre se trató de fallas menores y siempre apareció algún ingeniero de instalación que después de urgar en las bodegas vacías de la casa Siemens, reponía el servicio. Aquí la historia del departamento está ligada a la del señor Juan Walz, alemán de pésimo genio y gran eficiencia y que en su juventud conoció y trabajó con Roentgen como empleado en el Laboratorio de Física de Würzburg. Pues bien, este técnico fue el que, incansablemente, mantuvo los equipos en riguroso orden. Digo los equipos y no el equipo, porque hacia 1944 se logró instalar con material recogido en Chile y Argentina una excelente unidad independiente para exámenes esqueléticos y pielográficos.

Roberto Celis fue, pues, el organizador. Al cabo de poco tiempo y tal como el señor Yahwe (guardando las reverendas distancias) consideró que su obra era buena y se retiró del escenario primigenio. Pasaron a primer y único plano Mario Meyerholz y este cronista. La Escuela de Medicina debe mucho al Dr. Meyerholz, quien la sirvió hasta su retiro en 1977. En esa época ya era un hombre trabajador incansable, que miraba el acontecer con una filosofía escéptica hasta la sonrisa y de cáscara algo amarga y desconfiada. Pero sin necesidad de descortezarlo, aparecía el hombre leal y generoso, de juicio sencillo y de condición muy humana y jovial. Gran camarada.

El primer avance material de Radiología se produjo cuando en 1948 se encargó a Alemania un segundo equipo de diagnóstico universal con una mesa Bucky anexa. Fue un avance importante porque las exigencias de exámenes habían crecido fuertemente con la creación de áreas de hospitalización. La representación oficial de Siemens había desaparecido incluida en las listas negras de comercios alemanes, pero no faltó un ex funcionario de la casa que tuvo la audacia de revivir la importación de equipos radiológicos, por su cuenta y riesgo. A él —Nilo Rosenberg— se atuvo la Escuela de Medicina para importar e instalar el segundo gran estativo con el cual el Departamento de Radiología amplió substancialmente la cantidad y calidad de sus servicios.

En verdad, hasta ese momento, la situación era, un poco, la de dos obreros que disponen de un solo martillo para trabajar. Desde entonces hubo posibilidad de ampliar horarios y acercarse al ideal del tiempo completo de atención diaria. Un nuevo radiólogo —Dr. Hernán Cuevas— se incorporó al staff en 1949 y sirvió durante diez años, hasta que emigró para afrontar mayores responsabilidades en la Universidad de Chile, como profesor en el Hospital J.J. Aguirre. Hasta este momento no se había hecho sentir, todavía, la necesidad de formar nuevos radiólogos, pero en 1957 y 1958, algo antes del retiro de Hernán Cuevas, ingresaron los dos primeros becarios que tuvo el Departamento de Radiología, a saber, Alejandro Mc Cawley y Mario Corrales, ex alumnos de la Escuela de

Medicina, quienes, al término de su entrenamiento fueron incorporados como radiólogos de planta.

En la década de 1950 a 1960 hubo, pues, un fuerte desarrollo del Departamento, si se consideran sus dimensiones, obviamente modestas. En efecto, ya relaté que en 1949, fue posible adquirir e instalar un segundo equipo —aquel de Rosenberg y de su arte de birlebirloque. Lo que no conté es que no más allá de un mes de estar instalado y funcionando, dio señales de cansancio el primero, que podríamos llamar el equipo fundador. Silenciosamente se quemó el tubo de rayos, después de diez años de gloriosos servicios. Era un tubo de doble foco, refrigerado por aire, el cual circulaba entre la coraza y el tubo emisor. Sus funerales fueron solemnes y ahora descansa en su soporte, en el minúsculo Museo del Departamento. Repuesto el tubo, se accidentó, no tan silenciosamente, el transformador, que, coronado de cuatro grandes válvulas rectificadoras, al aire, permanecía encerrado en un gran armario protector de tres metros cúbicos. Fue entonces cuando se demostró la capacidad de Juan Walz, quien, con gran empuje, simplemente hizo llevar a su taller el transformador muerto, lo reanimó y lo reinstaló en dos meses. El funcionamiento ulterior fue óptimo, con excepción de un ruido estrepitoso, seco y breve que se producía cada vez que se disparaba una radiografía. Todo lo cual solía empavorecer a pacientes tímidos y angustiar al radiólogo en ejercicio. Tal prueba dio ánimos para solicitar al Decano Rencoret (en aquel tiempo los Directores de Escuela eran especies inofensivas) fondos para modernizar definitivamente tres salas de exámenes. Y así se hizo. Entre los equipos llegó el primero con intensificador de imágenes para exámenes digestivos y un tomógrafo lineal con un accesorio para hacer hasta seis planigrafías simultáneas.

En la década de 1960 a 1970 el progreso más significativo fue, en lo material, la adquisición de una sala para angiografías, especialmente arterias coronarias y de arteriografías en general. El Departamento de Radiología debió el impulso para este esfuerzo al vehemente deseo de los cirujanos de tórax, cuya alma era Hugo Salvestrini, en torno del cual presionaban los cardiólogos para hacer cirugía cardíaca. Había llegado ya el año 1965 y con él, advino al Decanato, Roberto Barahona. Y aquí debe ser destacada la benéfica acción que la Fundación Gildemeister ha ejercido en nuestra Escuela de Medicina. La sala de angiografía, proyectada según los consejos del Dr. Mc Cawley, de los ingenieros de Siemens, de Javier Valdivieso, alcanzó a un precio de US\$ 60.000, en el año de gracia del Señor de 1966. En ese tiempo yo era Director de la Escuela de Medicina bajo el Decano Barahona. Y ni corto ni perezoso, escribí una carta al Presidente de la Fundación Gildemeister exponiendo que el Departamento de Rayos podía hacer frente al 400/o de la adquisición y que, en consecuencia, solicitaba de la Fundación el 600/o restante. La Fundación, dirigida por el señor Walter Piza, accedió a la petición.

¿Qué ángeles, qué influjos, qué condiciones estelares determinaron esta respuesta? Sé poco de movimientos siderales y de gravitaciones planetarias. Pero en lo que a este asunto se refiere, sí sé de algunos espíritus que tienen nombre y apellido. Y hasta carnet de identidad. El primero es Walter Piza, Presidente, en esos tiempos, de la Fundación. Hombre de voz bronca, alta estatura y grandes hechos, hizo fe en la petición de Radiología. Más que ángel era un arcángel, de mente clara, diestro en caza menor, enamorado de su dama de dulce nombre y, como se vio después en otra ocasión, capaz de cantarle una fresca al lucero del alba. Pero hay más ángeles. ¿Qué decir de Jorge Lewin, el prudente y de Joaquín Luco, el jovial? Hay otro espíritu angélico y amable: Julia Cohen. ¿Qué decir de esta amiga probada de Radiología, mujer intuitiva, sensible, que a veces habla como en susurro y que, sin duda, capta habitualmente voces inaudibles y luces que se apagan?

Pues bien, toda esta tropa angelical, ellos vistiendo pantalones y la última llevando faldas; todos a una y todos sin las alas que habitualmente llevan, aprobaron la petición y la Sala de Angiografía se inauguró en junio de 1967, bajo el Decano Juan Vial. Hasta ahora sigue prestando servicios: ha servido a los nefrólogos, urólogos, cardiólogos, neumólogos y neurocirujanos. Y a todos los médicos que se inquietan frente a una masa abdominal de origen incierto.

Así, pues, el Departamento de Radiología ha progresado con modestia, pero ha progresado. Retrocediendo a 1965, fue el Decano Barahona el que aprobó la extensión horaria de dos de sus miembros y creó dos plazas de becarios para el Departamento, que ganaron los doctores Federico Reiter y Guillermo Geisse, actualmente avecindados en Saint Louis, Estados Unidos. Estos dos radiólogos, ex alumnos de nuestra Escuela, se formaron en Radiología básica con nosotros y fueron enviados a la famosa Washington School of Medicine en cuyo Instituto de Radiología Mallinckrodt se perfeccionaron. La carrera de estos colegas resultó de largo aliento y tanto brillo que fueron en definitiva contratados por la Universidad de Washington, St. Louis. En otros términos, nuestro Departamento ha exportado radiólogos y, aunque con cierto reconcomio, recuerda con agradecimiento la actuación de Reiter y Geisse mientras estuvieron aquí.

En 1970 se gestionó una importante compra de equipos destinados a renovar el viejo instrumental de exámenes generales. El deseo vehemente (que lindaba con el delirio psiquiátrico) de los radiólogos era adquirir dos grandes Pantoscopios con intensificación de imágenes y televisión, y un multiplanígrafo. En total tres equipos, cuyo acongojante valor era de 800.000 marcos alemanes. Recuerdo que todos los directivos de la época quedaron seducidos por el proyecto, un poco, tal vez, como los conejillos que se paralizan ante la mirada de la cobra. Acudió a socorrer a Radiología el Dr. Juan Dubernet, el cual ha pasado a la historia, y con razón, como un mago de finanzas, o más bien, de las situaciones desfinanciadas. En la contraparte comercial estaba el caballero Jurgen von Mahs, gerente de Siemens chilena. La situación general del país era la que prevalecía en 1971 y 1972, y a buen entendedor pocas palabras (como decía Sancho). En Alemania la exportación de mercadería debía quedar asegurada por la organización Hermes que, simplemente, se opuso a asegurar la venta a Chile. Fue Von Mahs el que convenció a los ejecutivos de su firma que exportaran, sin seguro Hermes, porque la Universidad Católica era un cliente honorable. Por esto he mencionado a Jurgen von Mahs, como el caballero Von Mahs. La Escuela de Medicina y nuestro Departamento ciertamente han comprometido su gratitud con este gesto.

En 1974 el Departamento de Radiología se incorporó al trabajo de la reforma de la Escuela y su jefe formó parte de la Comisión de Reestructuración. Hasta este momento el régimen de salarios de los radiólogos, fuera del sueldo funcionario, incluía honorarios privados cobrados a los clientes extrahospitalarios que concurrían al Departamento a examinarse. La Comisión de Reforma acordó, por unanimidad, transformar el status de Radiología y propuso a los radiólogos contratos como funcionarios de tiempo completo y régimen de dedicación exclusiva. El acuerdo tomado en 1974 vino a ponerse en ejecución a fines de 1976 y no fue aceptado por la mayoría de los radiólogos que expresaron su deseo de trabajar en otros sitios.

El Departamento se reconstituyó a partir de marzo de 1976 con la incorporación de los doctores Patricio Barriga, que volvía a Chile después de trabajar cinco años en la Escuela de Medicina de Wisconsin, con el Dr. Alfredo Lepe, ex jefe de Radiología del Instituto de Neurocirugía y con la Dra. Verónica Lepe, radióloga del Servicio de Salud. Dos becarios de la Escuela de Medicina llegaron en abril, los doctores Claudio Guidi y Francisco Cruz y después de un entrenamiento de tres años se han integrado al "staff" recientemente. También en 1976 volvió de Estados Unidos el Dr. Patricio Huete al cabo de cuatro años de un brillante aprendizaje del diagnóstico neuroradiológico en la Washington University. Y por último, desde 1979, después de una larga práctica en Alemania y España trabaja en el Departamento el Dr. Jaime Vidal, quien sirviera a la Escuela hasta 1973, como radiólogo del Hospital asociado Sótero del Río.

La Dirección de la Escuela de Medicina, especialmente con el Dr. Salvador Vial — ¡caveant vulpen, lectores! — y la Rectoría han apoyado fuertemente al Departamento de Radiología en el último tiempo. En 1978 se adquirió un moderno equipo de diagnóstico por ultrasonido que, bajo la directa tuición de Patricio Barriga, experto en este esotérico arte, ha constituido un notable avance en el reconocimiento morfológico de innumerables enfermedades. Una sala completa de coronariografía ha sido puesta en acción con la decisiva colaboración de Cardiología. Está en período de pruebas una nueva

instalación de diagnóstico esquelético y pielográfico con trabajo programable (Organomatic Siemens). El primer equipo de radiodiagnóstico con II y TV con mando a distancia se instalará en el próximo mes (Siregraph). Y al final se renovará substancialmente la vieja sala de Angiografía, aquella de 1967. Parece cerrarse su círculo. Pero sólo para seguir adelante.

En sus cuarenta años de existencia el Departamento ha tratado, concretamente, de mantener el legado de Erich Heegewaldt, verdadero creador de la radiología científica en Chile. Y este mandato consiste en que los radiólogos estén atentos a las exigencias médicas del medio, pero sin renunciar jamás al ejercicio de su propia técnica y criterio diagnósticos. Heegewaldt desde el comienzo nos hizo ver que la Radiología no era sino una especial manera de hacer morfología patológica, por lo cual los radiólogos deben mantener el contacto más estrecho posible con los patólogos y con la Anatomía Patológica. Estos son dos de los grandes controles del radio-diagnóstico. El tercero es el estudio permanente de la especialidad y la observación juiciosa y exacta de los documentos obtenidos, iluminada por la clínica y por una mentalidad morfológica tridimensional. Las radiografías no necesitan ser feás: el radiólogo debe cuidar la presentación de su trabajo. Las radiografías hechas sin conocimiento de causa rebajan la especialidad de la radiología a una fotografía rutinaria. Y así nos amonestaba Heegewaldt cuando una radiografía le era presentada con desconocimiento clínico. Exclamaba jovialmente: ¡Fotógrafo! y acompañaba la calificación con un recio papirotazo en las costillas.

Las enseñanzas de este gran maestro están en nuestro fundamento de especialistas. Todos los radiólogos que han trabajado en el Departamento las han incorporado, pienso yo, consciente o inconscientemente.

Pero no sólo a Erich Heegewaldt debemos gratitud. El Departamento de Radiología cree que tiene alguna consistencia, sólo en cuanto todos los grupos de trabajo que nos rodean en la Escuela de Medicina, nos han criticado, enseñado, estimulado y ayudado con sus propias inquietudes y anhelos. Por lo tanto, también va para todos, nuestro agradecimiento. Es inevitable que nombre, en primer lugar a los patólogos y a su formador y guía, Roberto Barahona, a quien no dudo en calificar como arquiatra, moderno maestro del estilo antiguo y gran consejero de la Escuela; a Ramón Ortúzar con sus médicos; a mi hermano Enrique Montero y su cohorte casi sobrenatural de gastroenterólogos; a mi hermano Juan Ignacio Monge con su brillante división de cirujanos. Todos se sirven de la Radiología y a todos Radiología quiere servir cumplidamente y por ellos progresa.

Vivat, crescat, floreat Radiologia Universitatis Catholica Chilensis!

REUMATOLOGIA

Sergio Jacobelli G.

LA REUMATOLOGIA es una de las subespecialidades de la Medicina Interna de más reciente desarrollo y su historia en la Escuela de Medicina comienza también hace pocos años.

En un comienzo, algunos temas de Reumatología estaban incluidos en el curso de Medicina que dictaba el profesor Ramón Ortúzar. En 1950 se encargó a Ignacio Ovalle que tomara a su cargo este capítulo. Ovalle había sido alumno del primer curso de la Escuela de Medicina; fue ayudante de Anatomía y su interés en Reumatología data de la época en que tuvo contacto con Ruiz Moreno, en Argentina.

Los temas abordados en esas clases eran "Calcificación", "Artritis Reumatoidea", "Reumatismo no Articular" y "Gota".

En 1961 Ovalle se trasladó al Hospital Trudeau y el curso pasó a ser dictado por Fernando Valenzuela, docente de la Universidad de Chile, quien con el título de Profesor Visitante de Medicina, tuvo a su cargo el capítulo de Reumatología. Durante este período, se incorporaron pasos prácticos con enfermos, que se realizaban en el Hospital San Juan de Dios con la participación de los doctores Lackington, Avis, Reginato, Bravo y Arinovich.

En 1968 me incorporé a este grupo docente de la Universidad Católica. Poco después viajé a Estados Unidos a perfeccionarme en este campo de la medicina. A mi regreso, en 1972, me hice cargo del curso de Reumatología con la ayuda de los doctores Valenzuela y Reginato.

La actividad práctica con alumnos se concentró en el Hospital Sótero del Río y la investigación se realizaba en el Laboratorio de Bioquímica sobre temas relacionados con la condrocalcinosis articular.

En 1973 se incorporó a este grupo docente Santiago Rivero. Con la departamentalización de la Escuela de Medicina, Reumatología quedó como una sección del Departamento de Enfermedades Metabólicas, Endocrinológicas y Reumatológicas.

En 1976 Rivero viajó con una beca de especialización a México, donde permaneció dos años, obteniendo el Premio Mexicano de Investigación con motivo del Año Internacional del Reumatismo. A su regreso, se pudo habilitar un Laboratorio de Reumatología que se inauguró en 1978. Rivero tuvo un entrenamiento especial en Inmunología Clínica y su incorporación a la Sección de Reumatología ha dado un impulso al desarrollo de la Inmunología.

Actualmente la sección trabaja activamente en docencia de pre y postgrado, prestando asistencia al Hospital Clínico de la Universidad Católica y al Hospital Sótero del Río.

Las líneas de investigación están orientadas a la inmunología de las enfermedades del tejido conectivo y a los mecanismos patogénicos de las artropatías metabólicas, desarrollándose también modelos de artritis experimentales.

TECNOLOGIA MEDICA

Luisa van den Bosch y Sergio León

CON MOTIVO del cincuentenario de la fundación de la Facultad de Medicina, el grupo de tecnólogos médicos de todas las especialidades que funcionan en la Pontificia Universidad Católica de Chile, se hace presente en esta celebración con el propósito de aumentar su colaboración y cooperación en esta Casa de Estudios, la cual nos ha brindado, no sólo una fuente de trabajo, sino de realización profesional en todas las áreas del quehacer médico: Laboratorios de Investigación, Departamentos de Enfermedades Metabólicas, Endocrinológicas y Reumatológicas; Enfermedades Nefrourológicas; Anatomía Patológica; Enfermedades Hematológicas, Oncológicas y Banco de Sangre; Medicina Nuclear; Radiología; Obstetricia, Ginecología y Perinatología; Enfermedades Cardiovasculares; Enfermedades Gastroenterológicas; Enfermedades Neurológicas y Neuroquirúrgicas, Laboratorio Central, Laboratorio de Microbiología y Laboratorio de Urgencia del Hospital Clínico.

Por formar parte de este gran equipo humano de salud y vida universitaria, nuestra sincera gratitud.

En los últimos años la humanidad ha sufrido grandes cambios y transformaciones indispensables. El hombre, con su especial genialidad e iniciativa, se ha esforzado para

obtener un mejor bienestar social y económico, lanzándose en la tremenda aventura que nunca se había atrevido ni a imaginar: prolongar la vida por todos los medios. Su pasión por lo desconocido y su sensibilidad frente al dolor, la angustia y la frustración, lo han impulsado tras una búsqueda, cuyo límite es todavía una gran incógnita.

El progreso de la medicina ha sido vertiginoso, como el de la ingeniería espacial; pero a veces el progreso se vuelve contra el propio hombre.

La Tecnología es una necesidad imperante en el mundo moderno y por eso su desarrollo alcanza a todo el quehacer humano y a veces se encuadra en un plano auténticamente humanista. Así ha surgido una medicina compleja, especializada y técnicamente eficiente.

Los avances científicos en la medicina han ido exigiendo nuevos profesionales y recursos técnicos. No sólo es un progreso de multiplicación de cosas, sino también implica un desarrollo de las personas. Así se ha ido formando un equipo de salud, idóneo, con roles bien definidos, para prestar un servicio a la comunidad, ya sea de fomento, de protección o de recuperación de la salud.

La técnica requiere ir acompañada de un desarrollo proporcional de la moral y de la ética de los profesionales o no profesionales, que realizan diferentes tareas en esta medicina integral.

"El médico ha empleado y distinguido a la clínica como herramienta fundamental en la búsqueda diagnóstica y como complemento lógico, los exámenes de laboratorio y radiológicos". En otras palabras, la Tecnología Médica es un apoyo al diagnóstico. El tecnólogo médico, como parte integrante del equipo de salud, participa "planificando completamente el montaje, el desarrollo, la ejecución, el análisis y la evaluación de los exámenes en las distintas especialidades".

A continuación presentamos una breve reseña de cómo se fueron incorporando los tecnólogos médicos en los distintos Departamentos de la Escuela de Medicina.

En mayo de 1964, el Departamento de Anatomía Patológica, incorpora a su laboratorio a la tecnóloga médica Coralie Wehrhahn como una necesidad para organizar y mejorar el nivel técnico del laboratorio y fijar normas de trabajo al personal auxiliar.

También en el año 1964, el Departamento de Rayos incorpora a la tecnóloga médica Cecilia Weldt, a raíz de la adquisición de un equipo móvil de rayos.

En el mismo año el Banco de Sangre incorpora a uno de los primeros tecnólogos médicos en esta especialidad, la señorita Erika Wietz para el montaje, desarrollo y ejecución de exámenes y asistencia docente.

El Hospital crece. Se necesita un Laboratorio de Urgencia para controlar algunos exámenes de pacientes en recuperación, TIR y TIM, y se incorpora María Teresa Schwerter, en 1965. Ella fue una de las organizadoras y quedó a cargo de montar, ejecutar y analizar los exámenes de urgencia. En 1966 se integra Margarita Guajardo.

En 1965 el Laboratorio de Cardiorespiratorio incorpora a María Isabel Rivera (Q.E.P.D.) para desempeñar funciones de laboratorio. En el mismo año, al Laboratorio de Nefrourología, se incorpora Elisa Pinto, para realizar exámenes de rutina y participar en las investigaciones de dicha especialidad.

El primer tecnólogo médico en el Laboratorio de Citología fue Mariana Araneda (1966). En ese mismo año ingresa al Laboratorio Central del Hospital Clínico la tecnóloga médica Adelina Italiani.

En 1967 ingresa al Laboratorio de Hematología la tecnóloga médica Lucía Riveros, y en 1970 Alicia Contreras se incorpora al Laboratorio de Gastroenterología.

En 1971 el Laboratorio de Nutrición incorpora a Ana María Acosta.

En 1973 el Laboratorio de Reumatología incorpora a Sonia Vera y el Laboratorio de Endocrinología a María Angélica Parot.

Se podría decir que los tecnólogos anteriormente nombrados y otros en el anonimato fueron los primeros que formaron parte de este gran grupo humano dedicado al bien común.

Cabe destacar la disposición que ha tenido el Hospital Clínico al permitir, en forma espontánea y generosa, hacer internado a las alumnas de Tecnología Médica.

Actualmente, más de cuarenta tecnólogos médicos se desempeñan en las distintas especialidades y forman parte de este equipo de salud que quiere trascender e ir más allá de lo puramente científico y siempre dispuesto a adaptarse a una realidad humana moderna.

TISIOLOGIA Y ENFERMEDADES RESPIRATORIAS

Santiago Raddatz E.

EN 1946 la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile creó el 5º año de Medicina. En esa época, los programas de enseñanza debían ser los mismos que en la Universidad de Chile y por lo tanto, debía existir la Cátedra de Tisiología, cuyo cargo titular asumí.

Siempre estimé que la Tisiología es solamente una parte de la clínica y por cierto pequeña, aunque en el panorama de la salud pública era, y aún lo es, un problema importante. Imbuido por esta idea, impartí una enseñanza fundamentalmente práctica, junto al enfermo, que es el eje de la clínica. Destiné muy pocas clases teóricas iniciales, simplemente de orientación. Mi afán principal era crear en el alumno la personalidad del clínico, que, por cierto, no la dan los libros; despertar su interés mostrando las fuentes del pensamiento clínico, dejarles muy en claro que el espíritu clínico está configurado, fundamentalmente, por la capacidad de observación, el razonamiento y la síntesis. Que en la personalidad del clínico, junto a su capacidad intelectual, está ese otro aspecto tan importante de los sentimientos, del interés, de la responsabilidad. Y que del justo equilibrio de ambas funciones, resultaría el fruto óptimo.

En otras palabras, era mi deseo tomar como pretexto la Tisiología para contribuir a formar al futuro clínico. Asimismo, la enseñanza se conectaba con toda la patología respiratoria.

La práctica con enfermos, la más larga por cierto, no resultaba fácil por carecer de ellos en el Hospital de la Universidad Católica. Por ello debí recurrir a otros hospitales, tanto de adultos como pediátricos.

Así, la cátedra se mantenía conectada con los Servicios del Hospital de la Universidad Católica y otros. Con el progreso de la cirugía, ese beneficio se hizo posible y extensivo a la tuberculosis pulmonar. Comprendiendo desde un comienzo su importancia inobjetable, en ese momento, en la historia de esta enfermedad, presté todo mi concurso a la creación y marcha en el Hospital de la Universidad Católica, de esta rama de la Cirugía. Sabe bien Hugo Salvestrini, uno de los pioneros de esta disciplina en Chile, cuanto luché hasta obtener su consolidación.

Así se impartía en esos momentos la enseñanza de la Tisiología, que por disposición reglamentaria de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, que ordenaba los programas, hacía aparecerla como desligada de la Medicina Interna. Esto no era el espíritu dominante, a nuestro juicio en la Universidad Católica. Lentamente se fueron dando las posibilidades para reestructurar los programas en forma más lógica.

Hacia 1952, regresa el Dr. Edgardo Cruz de una beca en Buenos Aires, en el Servicio del profesor Lanari, dedicado especialmente a la exploración funcional respiratoria. Ya en Chile, el Dr. Cruz organiza el primer laboratorio destinado a igual objeto.

Rápidamente nos integramos, trabajando en equipo en este campo. Este laboratorio contribuyó a proyectar sus enseñanzas, tanto a nivel de pre como de postgrado, e incluso a la formación de personal paramédico.

Nuevo e importante impulso recibe el estudio y la enseñanza de respiratorio, con la llegada en 1963 del Dr. Ricardo Ferretti, quien regresaba de una beca en Estados Unidos, junto a los profesores Cournand y Richards. De esta manera el laboratorio se amplía

considerablemente con nuevos equipos, metódicas y técnicas. Pasa a denominarse Cardiorespiratorio, por las conexiones de estas patologías. Fruto de ello, poco tiempo después, se crea y organiza la Unidad de Tratamiento Intensivo Respiratorio.

En enero de 1965 nacen las Unidades Médico-Quirúrgicas, como resultado de la inquietud de algunos clínicos para permitir un mayor desarrollo en determinados campos.

En 1975, una nueva reestructuración en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica, da lugar a la creación de los Departamentos.

Por otra parte, la Escuela de Medicina de la Universidad Católica obtuvo mayor autonomía en sus programas, con lo que la Tisiología pasó de lleno a constituir solamente una rama de Medicina. Con estas reagrupaciones se ha obtenido la unidad de enseñanza por disciplinas que abarcan varios años y entregadas al mismo grupo de docentes. Por ello la enseñanza de la Tisiología corresponde al Departamento de Enfermedades Respiratorias y le está entregada al profesor Ferreti, desde hace varios años.

En resumen, la Tisiología como cátedra autónoma, funcionó como tal, aproximadamente veintidós años.

Esta muy breve relación de lo que pretendí fuera la enseñanza de la Tisiología, ha traído a mi memoria recuerdos que no puedo evitar mencionar.

Ante todo, la inmensa satisfacción de haber vivido en una Casa Universitaria desde los lejanos años de 1932, aun no egresado, en que tuve la suerte de ser ayudante en la Cátedra de Biología Médica, del benedictino Padre Gilberto Rahm. Y luego en la Cátedra de Medicina del profesor José Manuel Balmaceda, siempre junto al alumno, en ese afán tan digno de la vida, de dar generosamente el máximo de conocimiento.

Cómo no recordar las amarguras, frente al dilema de la nota justa; cómo medir al alumno sin dañar ni a la persona ni a la Escuela ni a los principios. Cómo no recordar esas tardes de fin de año en que, en los comienzos, en una escuela con pocos alumnos, tenía el agrado de llevarlos a mi casa a compartir horas de verdadera convivencia.

Recordamos y celebramos en este momento el cincuentenario de nuestra Escuela de Medicina. Recorriendo a los principales historiadores de las Universidades, encontramos opinión unánime en que la fuerza matriz, que dio origen al nacimiento de estas corporaciones, estuvo en la necesidad de formar verdaderas comunidades entre alumnos y profesores. Dios quiera que, como ayer, hoy y siempre, la fuerza viva de nuestra Universidad Católica esté constituida por ese binomio alumnos-profesores. Eso es lo fundamental en toda la Universidad. Los equipos y todos los bienes materiales, por muy necesarios que sean, no son lo primordial. No tienen vida propia ni la tendrán jamás. Sólo la vida trae la vida.

A lo largo de estos años, el morral de mi experiencia se ha cargado, como nunca, de valores espirituales. Por ello y como resumen, deseo expresar aquí, lo que a mi juicio debieran ser las cualidades fundamentales del docente, de esa otra piedra angular del binomio alumnos-profesores.

Ha de ser generoso. La docencia es ante todo una entrega y la entrega supone, primariamente, un estado de ánimo sin egoísmos ni pequeñeces. Acercando el espíritu y el lenguaje hasta el alumno. No ha de importar el lucimiento del profesor, efímero y tonto, sino el aprovechamiento del alumno. Se mostrará la verdad actual, sin cerrar las puertas a la verdad de mañana, puesto que todo es discutible mirado desde el futuro. Y actuar de esta manera exige generosidad del docente, ya que por egoísmo o vanidad tendemos a apegarnos a nuestros conceptos y no dejamos volar libremente la imaginación y el razonamiento de los alumnos, que son la verdad del futuro. Se debe motivar y organizar los mecanismos psíquicos del alumno: observación metódica, razonamiento acabado, síntesis perfecta y conclusión lógica, ya sea definitiva o parcial, pero lógica. La generosidad del maestro ha de llegar a tal extremo, que su mayor éxito estaría constituido por la derrota que le infringiera su alumno, en un ejercicio de razonamiento. Llegar hasta el grado de negación de sí mismo querría decir que obtuvo el alumno perfecto. Donde termina uno, comienza el otro y esa es la ley de la vida y del progreso ininterrumpido. La verdad de mañana, diríamos metafóricamente, nadie la conocerá y en su busca va el mundo indefinidamente a través de los siglos.

Ha de ser humilde. El prepotente todo lo sabe y lo domina. Raramente hay otro semejante a él; en ningún caso superior. Nada ignora. Cada situación sabe superarla en forma perfecta. Me pregunto: ¿qué puede enseñar este personaje? La respuesta cae por su propio peso. El que todo lo sabe, no puede progresar: actúa con mentalidad catabólica. Ya todo terminó. Y por oposición, ¿qué espera el alumno del docente? La entrega de la verdad actual y el germen de inquietud para la verdad de mañana. Nunca está todo tan claro ni tan definido. El comienzo del conocimiento tiene su raíz asentada en la ignorancia reconocida, honrada y constructiva. Agreguemos, finalmente que la humildad es generosa. Del humilde todo lo bueno se puede esperar.

Ha de ser firme en los principios: los jóvenes, los alumnos, necesitan y buscan siempre un apoyo. Por lo tanto, el docente ha de dar esto en primer lugar. Nunca debe claudicar. Entregue en último caso poco, pero firme. Solamente aquello que no deja dudas, que es demasiado claro y evidente. Que no aparezca jamás renegando de lo que afirmó ayer. Ha de ser honrado por excelencia. Mostrarse como es y como llegó a ese sitio, sin vanidad pero muy firme.

El enfermo no es un aparato ni un juguete bioquímico o fisiopatológico para entretención de alumnos y profesores. Eso jamás. Sería atentar contra nuestros principios cristianos. En cada enfermo hay materia y espíritu, inmensamente entremezclados. En función de ese hecho grandioso hemos de actuar y enseñar a actuar.

Ha de amar a los alumnos. El docente ha de tener verdadero cariño por sus alumnos: acercarse a ellos; desenmarañar su personalidad. Establecer una corriente de entendimiento y de comprensión, que facilita enormemente la enseñanza y hace más fructífera la labor. El alumno ha de ver en el docente, ante todo, otro ser humano, cuyos mecanismos intelectuales y afectivos, le son comunes. Con quien pueda entenderse en un terreno simple, sin retorcimientos, ni intrincaduras. El docente debe amoldarse muchas veces, para bien del proceso formativo, a los diferentes tipos de alumnos. En cada alumno hay un capital invertido y ha de sacarse el máximo de provecho en beneficio de la comunidad. Pese a que hay ocasiones difíciles, el docente jamás debe entrar en beligerancia injustificada con los alumnos. En cada clase, o paso, o cualquier tipo de contacto pedagógico, ha de verse en el alumno a un hijo espiritual. Para el docente las salas de clases debe ser parte de su otro hogar. Así entendido, tendrá la máxima satisfacción espiritual de comprensión y gratitud.

Ha de ser universitario. La expresión universitario, esta hermandad con ese otro término de universal, es decir, amplio, múltiple. En donde todo debe darse y preocupar. Esa característica debe constituir buena parte del docente. Han de interesarle otras disciplinas y otros campos. No basta ser un buen técnico en una pequeña materia. Esa persona estaría ya muy limitada, desde el punto de vista docente y universitario. En el complejo mundo de la actividad humana, se requieren muchas aptitudes y formación a las cuales el médico no está ajeno ni puede sustraerse. El docente en primer lugar, él mismo y luego a los alumnos, ha de tratar de encauzar, por un lado, la formación técnica como médico, y por otro, la personalidad completa. Cuántas veces una valiosa gema mal engastada no luce ni aprovecha a nadie. O cuántas veces, poco conocimiento técnico bien empleado, por mayor cultura general, rinde mucho más que un exceso de conocimiento mal disparado y deformado por carencia de otros aspectos de formación.

Por variadas razones, nada diré ahora del otro factor de este binomio: los alumnos.

Finalmente, siento y comprendo que la Universidad tiene dos misiones fundamentales: investigación y docencia. Y realmente es difícil, si quisiéramos enjuiciarlas, establecer cuál es mayor. Creo más justo decir que ambas se complementan y hermanan. Las dos son generosas y entregan mucho a la sociedad; ambas abren el espíritu e invitan a la meditación.

UROLOGIA

Raúl Dell'Oro S.

EL QUE escribe estas líneas se interesó desde los primeros años de su carrera por los problemas nefrourológicos. En 1936 realizó una tesis sobre "Glomerulonefritis experimental", en el Servicio de Urología del Hospital Salvador; posteriormente se agregó como médico urólogo a ese servicio hospitalario. En 1940 ganó una beca en Urología en la Universidad de Buenos Aires.

Cuando se fundó el Hospital Clínico de la Universidad Católica éste sólo tenía servicios de Medicina y Cirugía. Desde su fundación concurrí a realizar interconsultas urológicas en ambos servicios del Hospital Clínico. En 1945 fui llamado a desempeñar dos horas como ayudante ad honores de cirugía, con dedicación preferente a los problemas urológicos.

Disponíamos de los medios más modestos que pudiera imaginarse; no había ni el ánimo ni el estado económico para crear una unidad urológica, especialidad por lo demás, que con el advenimiento de los antibióticos se creía condenada a desaparecer. Posteriormente los hechos demostraron lo contrario; en efecto, los antibióticos y quimioterápicos, lejos de terminar con ella, resultaron arma poderosa que ha permitido su incesante desarrollo.

Comprendida en el quehacer quirúrgico y utilizando sus mismas áreas, si bien con cierta autonomía, es como se ha desarrollado la especialidad en nuestra Escuela de Medicina.

Desde 1948 el naciente trabajo urológico empieza a efectuarse de manera más racional, nos asignaron cuatro camas permanentes en el Servicio de Cirugía de hombres y una sala para exámenes y procedimientos menores en el primer piso. La especialidad no estaba de "moda", era ya muy tradicional, por esto creo que no atraía donaciones que concurrían entusiastamente a otras áreas más novedosas de reciente creación en el campo quirúrgico.

No obstante, entre los años 1945 y 1948 se habían efectuado ya varias intervenciones sobre vejiga, genitales y riñón.

El 8 de abril de 1948 efectuamos la primera prostatectomía, a lo Freyer, en dos tiempos y con tapón; el paciente un anciano y resignado religioso francés, luego de algunas vicisitudes, llegó a buen término y vivió largos años.

En marzo de 1954, el que escribe fue nombrado profesor interino de urología y poco después profesor titular.

En esta época el Dr. Jorge Mery se interesó por la especialidad y empezó a colaborar en la atención de los enfermos, vertiéndose después de lleno y con éxito en la urología.

En ese mismo año, con más entusiasmo que implementos, se inició el curso regular de urología a los alumnos del quinto año de la Escuela de Medicina, el que, naturalmente con variaciones en su programación, en su equipo docente y en su ubicación en el currículum, ha continuado ininterrumpidamente hasta la fecha. Para las prácticas los jóvenes concurrían al Hospital Salvador donde obtuvimos las facilidades correspondientes.

Durante el período 1958-1959 tuvimos la apreciable colaboración de Jacques Thénot, que se integró definitivamente al servicio en 1967.

La Escuela de Enfermería estuvo también atendida en su enseñanza urológica por Jorge Mery y por mí.

En estos tiempos fue puesto el mayor interés en el mejoramiento de la prostatectomía, "el plato fuerte de la especialidad", intervención que se efectuaba con frecuencia creciente, tanto por la mayor edad alcanzada por los pacientes como por los adelantos de la técnica.

Esta operación empezaba a dejar de ser tan dramática y riesgosa y a bajar progresivamente su morbimortalidad.

El movimiento de ingresos quirúrgicos fue en progresivo aumento, es así como por los años 1958-1960 se realizaban prácticamente todas las intervenciones urológicas; contábamos ya con doce camas independientes para hombres y camas ocasionales de

mujeres; llegó también algún material quirúrgico y endoscópico.

En 1957 se llevó a efecto exitosamente la primera enterocistoplastia realizada en el país, intervención mayor y compleja destinada a curar las secuelas vesicales de la tuberculosis.

Sin duda, una prueba de madurez del servicio fue que el Servicio Nacional de Salud nos encargó la formación de becados.

En 1967 se creó la Unidad Nefrourológica, razonable agrupación de disciplinas conexas, cuyos frutos se hicieron rápidamente sentir.

En julio de 1968 nos trasladamos al cuarto piso en las dependencias que había ocupado entonces traumatología, con instalaciones más amplias y adecuadas que nos permitieron ubicar dieciséis camas de hombres en salas pequeñas y hospitalizar incluso algunos niños, conservando cuatro camas de mujeres en el tercer piso. Poco antes de nuestra nueva instalación había sido nombrado jefe de la Sección Urológica, dependiente del Servicio de Cirugía, Pedro Martínez, cargo que desempeña actualmente. Pedro Martínez, ex alumno distinguido había hecho una beca en cirugía y urología. En este mismo tiempo recibimos otro meritorio colaborador, Luis Martínez, ayudante de fisiología e iniciador del trasplante renal experimental, en el cual adquirió gran destreza.

La cirugía mayor fue tomando gran impulso y por esa misma época se llevó a cabo la primera cistectomía total y, más tarde, en el mismo año, se efectuó la primera cistectomía total con vejiga rectal.

Los modernos métodos de diagnósticos, como la arteriografía renal, la ecografía, la radiografía intraoperatoria y muchos otros, son de uso habitual en nuestro grupo, contribuyendo al progreso conseguido en estos últimos años.

La cirugía prostática perineal y vesical han ganado grandemente con la creciente práctica de la anestesia espinal en todas sus modalidades, lo que ha permitido ampliar increíblemente las indicaciones, especialmente en pacientes añosos y deteriorados.

Lo más impactante en estos últimos diez años ha sido el desarrollo del trasplante renal. El primero se realizó en julio de 1970 y desde entonces hasta ahora, se ha trabajado de tal manera que tenemos la mayor experiencia en el país y la única en niños.

En varias oportunidades se ha llevado a efecto la novedosa y acrobática cirugía renal extracorpórea.

En los últimos dos años se le está dando más desarrollo a la cirugía endoscópica, especialmente prostática.

El problema de la enseñanza con un servicio relativamente pequeño ha sido en parte solucionado integrando también a la docencia los enfermos de pensionado, que son atendidos con los mismos elementos utilizados en pacientes de policlínica y sala, y por el mismo equipo médico. De todos modos, es de imperiosa necesidad aumentar nuestra área que está evidentemente saturada en los aspectos asistencial y docente.

Dedicación preferente ha sido la enseñanza de postgrado; es ya larga la lista de becados instruidos, varios de ellos desempeñan cargos importantes a lo largo del país.

Desde 1974 se creó, bajo la égida del departamento, el Servicio Urológico del Hospital Sótero del Río, con urólogos pertenecientes al grupo, que constituyen una eficiente unidad docente asociada.

Nos es grato declarar que en gran parte los progresos alcanzados se deben a la eficiente cooperación de nuestra enfermería. Desde 1964 contamos con enfermeras especializadas, cuya ayuda entusiasta y abnegada ha elevado notablemente el nivel de atención de los enfermos.

Creemos, pues, que el Servicio de Urología, pese a sus limitaciones materiales, ha llegado a su mayoría de edad y es hoy bien considerado en el país y aun en el extranjero.

Como decíamos al comenzar, lejos de disminuir, ha aumentado el campo de la urología, llegando a ser una especialidad cada día más completa y compleja llevada por el vertiginoso avance de la medicina, tomando contacto además y aun absorbiendo varias disciplinas fronterizas, a la vez que ha obtenido singular partido de los modernos métodos diagnósticos sin dejar por esto de perfeccionar los que le son propios, característicos y tradicionales.

LA UNIDAD NEFROUROLOGICA Y EL DEPARTAMENTO DE NEFROUROLOGIA

Con el propósito de desarrollar el trabajo en conjunto de docentes, médicos y cirujanos y teniendo ya la experiencia favorable en otros campos se constituyó en enero de 1967 la Unidad Nefrourológica. Quedaron incorporados a ella Raúl Dell'Oro y Jorge Mery, cirujanos, y los médicos del Departamento de Medicina, Hugo Cisternas, Gustavo Frindt y Salvador Vial; además se incluyó a los patólogos Jaime Rodríguez y Helmar Rosenberg. En calidad de becados en urología estaban entonces Dante Corti y Luis Martínez. Salvador Vial fue designado jefe de este grupo de trabajo. Entre los fines más inmediatos se consideró la unidad del plan docente en los aspectos médicos y quirúrgicos de las enfermedades renales y vías de eliminación y la realización de proyectos de investigación o programas para impulsar el tratamiento de la insuficiencia renal crónica de diversas causas y la hipertensión arterial.

Pocos años más tarde se incorporaron otros miembros a este grupo, como Pedro y Luis Martínez, en 1968, y Jacques Thénot. Gloria Valdés, ex-becaria de la Fundación Gildemeister en Nefrología, se incorporó al terminar su beca en 1970.

Al crearse este grupo médico-urrológico, se contaba con las facilidades de laboratorio en el quinto piso en el Laboratorio de Medicina Interna, que se compartía con los docentes dedicados a nutrición; también existía la sala de endoscopia en el primer piso, estando entonces los pacientes urrológicos concentrados en una sala del Servicio de Cirugía.

A mediados de 1969 se puso en marcha el riñón artificial Travenol, que había adquirido el hospital, a lo que luego se agregó el riñón Kiil, donado por los familiares de un paciente. Ese año ya se realizaron ochenta y cuatro diálisis extracorpóreas, incorporando este medio al tratamiento de pacientes con insuficiencia renal. Estos locales fueron posteriormente remodelados en 1974 para alcanzar a contar con seis riñones artificiales.

Los docentes que se agruparon en la unidad junto al personal de enfermeras, tecnólogos y personal de colaboración han permitido alcanzar los objetivos que se consideraron para la creación de este grupo de trabajo. En los aspectos docentes ha sido posible concentrar en una parte del curso de clínicas médico-quirúrgicas la enseñanza a los alumnos de pregrado en lecciones en que se integran la fisiopatología y la clínica médico-quirúrgica de las enfermedades del riñón y vías de eliminación. También estas actividades de pregrado consideran la realización de seminarios en grupos más pequeños de alumnos a cargo de docentes nefrólogos y urólogos. La enseñanza de postgrado ha sido también importante, entrenándose un grupo selecto de médicos que ha acudido a nuestra Escuela de Medicina para especializarse como nefrólogos o urólogos. Asimismo, estas acciones de postgrado se han extendido con la realización de cursos y jornadas, organizados con la participación de profesores extranjeros de gran calidad. Estos cursos han sido ofrecidos a todos los médicos de nuestro país y han permitido establecer contactos profesionales y docentes con otros centros de gran experiencia en otros países de Europa y América.

Se ha querido también en el trabajo de la unidad mantener la mayor colaboración con grupos pediátricos, tanto de nuestra escuela como de la Universidad de Chile, para aunar los esfuerzos de los interesados en el campo de las enfermedades nefrourológicas. Fruto de esta colaboración son diversos trabajos realizados en niños y la especialización de diversos pediatras en urología o nefrología.

Mediante el trabajo de los miembros de este grupo de nefrólogos y urólogos se han podido realizar avances terapéuticos que requerían infraestructura y recursos humanos importantes; así los programas de tratamiento de la insuficiencia renal crónica con diálisis y trasplante han requerido dedicación y esfuerzo, alcanzándose una experiencia muy importante en nuestro país. También en el diagnóstico y tratamiento de la hipertensión arterial de diferentes causas ha sido posible incorporar modernas técnicas que han significado un real progreso y ayuda para los enfermos. En estos aspectos, así como en varios otros ha sido posible realizar una actividad académica de investigación.

A comienzos de 1973 se pudo ampliar el laboratorio de la unidad a los nuevos locales en el subterráneo que actualmente ocupa.

Con motivo de la reestructuración de la Escuela de Medicina para adaptarse a la organización académica vigente para todas las unidades académicas de la Universidad Católica en el año 1974, el Consejo de la Escuela creó el Departamento de Nefrourología, que agrupó a todos los docentes, personal profesional y de colaboración que pertenecían a la Unidad de Nefrourología.

**APUNTES SOBRE EL DESARROLLO DE LAS ESPECIALIDADES
MEDICAS EN EL HOSPITAL CLINICO DE LA PONTIFICIA
UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE**

Salvador Vial U.

AUNQUE en las tantas veces citada "Memoria de la Universidad Católica de Chile a 1930-1932"¹ se dijera que: "La Universidad Católica de Chile... ha creado la Facultad de Ciencias Médicas (sic) con el ánimo de propender a la cultura general y de ayudar, dentro de sus medios, a la labor que ha venido realizando la Universidad del Estado (sic) hasta ahora y que se ha hecho difícil en los últimos años dado el gran número de alumnos que en esa Facultad se matriculan... Nuestra labor será obra de colaboración y de convergencia hacia los altos fines que se proponen las escuelas de Medicina actualmente existentes", el hecho fue que ya entre, 1941-42 la escuela había introducido modificaciones en su currículo académico; por ejemplo, suprimir la Cátedra de Patología General y sustituirla por la de Anatomía Patológica, con dos años de duración, en que el primer año (tercero de la escuela), estaba dedicado a las bases de la patología general y crear, paralelamente, una cátedra de Fisiopatología.

También, en esos años, nuestra Escuela de Medicina fusionó las asignaturas de semiología médica y quirúrgica y las de patología médica y quirúrgica, que eran independientes en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, en sólo dos cátedras que se llamaron simplemente Medicina y Cirugía, pero que duraban tres años en el currículo escolar. Estas iniciativas, aparte de acarrear problemas para el cómputo de notas de exámenes de nuestros alumnos, parece que tuvieron repercusión en las otras escuelas de Medicina del país; así, en 1945 la Universidad de Chile triplicó las cátedras oficiales de Clínica Médica y de Clínica Quirúrgica, y creó seis cátedras de Medicina y de Cirugía; con ello varios profesores de esa Universidad que tenían el rango de "profesor extraordinario" de semiología o patología médica o quirúrgica pasaron, simple pero objetivamente, a ser profesores de Medicina o de Cirugía, sin otros apellidos. Entre ellos estaban don Hernán Alessandri Rodríguez, don Rodolfo Armas Cruz, don Alejandro Garretón Silva, don Oscar Avendaño Montt, don Domingo Urrutia, don Félix de Amesti Zurita y don Italo Alessandrini.

Entre 1942 y 1955 esta escuela tomó otras iniciativas para ampliar sus actividades académicas; entre muchas y en diversas épocas, que han sido difíciles de precisar por la premura de tiempo, recordamos: un curso de matemática en el primer año de estudios, un cursillo de anatomía radiológica anexo al de anatomía y la ampliación de la siquiatria con un curso de sicología en el tercer año, que se continuaba con la asignatura oficial.

Sólo entre 1955 y 1956 la Facultad de Medicina obtuvo su autonomía académica. En esta gestión a veces ardua, tuvo especial injerencia Gabriel Letelier, tal vez por su doble carácter de ser uno de los médicos que iniciaron la atención en el Hospital Clínico y ser pariente cercano de la esposa del Presidente Ibáñez. El proceso de dictación de la ley correspondiente fue engorroso por motivos políticos, especialmente por la oposición de

¹ MEM I, op. cit. p. 169.

algunos parlamentarios que se aferraban al concepto del “Estado docente”, ya que el entonces decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, don Alejandro Garretón, apoyaba esta solicitud.

Por último, aproximadamente en 1969, se sustituyó el temido “examen de grado” por exámenes en las asignaturas de Medicina, Cirugía, Obstetricia y Pediatría, a cargo de una comisión de docentes de la Universidad de Chile, pero realizados en los establecimientos hospitalarios donde los candidatos al título habían completado su período de internado de estas disciplinas básicas.

En 1955, cuando la Escuela de Medicina celebraba sus veinticinco años de vida académica, la modalidad de trabajo en el Hospital Clínico era bastante diferente a la actual. En esa época los servicios no tenían el desarrollo que ahora poseen, existía escaso personal académico, y el número de alumnos que se incorporaban al Hospital se había reducido a veinte de la treintena que había ingresado al primer año.

El Servicio de Medicina ocupaba el primer y segundo pisos del Hospital Clínico, con un total de 64 camas; el Servicio de Cirugía se situaba en el tercero y cuarto pisos. Hacía pocos meses que las religiosas se habían trasladado desde el quinto piso al edificio recién habilitado (donde ahora se ubican el Banco de Sangre, el recinto para la toma de muestras del Laboratorio Central, el Auditorio O’Shea y otras reparticiones). El recién creado Servicio de Cirugía de Tórax había ocupado el espacio físico que ellas usaban.

Aún no se había construido el sector actualmente ocupado por los servicios de Maternidad y sus pabellones de Neonatología, de Neurocirugía, de Recuperación y de Urología. Recién en 1954 se había inaugurado el pensionado, lo que significó un importante progreso para los pacientes privados que, hasta entonces, se internaban en una escuálida pieza anexa a los servicios de Medicina o Cirugía.

Además existía una área ahora inexistente: el Pensionado para Religiosos, uno de los anhelos de don Carlos Casanueva, que ocupaba parte del cuarto piso, ahí donde actualmente se ubica el pensionado de la Maternidad.

Eran los tiempos en que en el Laboratorio Central junto a Raúl Croxatto reinaba Sor Cosme, que tenía una casi increíble capacidad de trabajo y de mando. Los radiólogos y sus equipos no habían extendido sus tentáculos hacia todo el segundo piso, persistía aún la biblioteca oficina de Enrique Montero, la oficina de Ramón Ortúzar y un auditorio. El Servicio de Anatomía Patológica ocupaba un reducido sector del subterráneo del hospital.

Es difícil, por el atochamiento actual, imaginar lo sencillo y hasta cómodo que era el hospital; había “salas de espera” en los pasillos de los pisos, que fueron convertidas posteriormente en salas reservadas a la docencia o a las reuniones del personal, en oficinas, en clínicas y en otros menesteres. En el espacio que ahora ocupan las salas de hospitalización del Servicio de Medicina, en el quinto piso, había una amplia terraza que en su costado sur tenía una capilla para la comunidad de religiosas encargadas del hospital, y para los docentes, alumnos y auxiliares que requerían un sitio de oración.

Verdaderamente las religiosas consideraban como suyo el hospital y así lo manejaban y cuidaban; con los escasos recursos que entonces había, lo mantenían impecable y ordenado. Hasta unos pocos años antes, según nos han relatado, la religiosa encargada de la “estadística”, solía dar de alta a algunos pacientes, sin consultar a los médicos tratantes, cuando en su criterio se necesitaba la cama para otro enfermo que ella estimaba con mayor prioridad.

Los servicios de Farmacia, Estadística y Nutrición estaban bajo la dirección de una religiosa que trabajaba sin horario una larga jornada y que, en casos de urgencia, era solicitada para trabajos nocturnos si lo requería el médico de guardia.

El Servicio de Guardia nocturno del Hospital estaba formado por un médico, que por ser soltero alojaba en el hospital, y por los alumnos de los últimos cursos que hacían turnos obligatorios y reposaban, si podían, en las camillas que durante el día se usarían para el sondeo gástrico; con todo, tenían que pensar con mucho cuidado en las consecuencias que un tardío despertar sin una causa suficientemente grave los justificara ante el médico de guardia.

En el Servicio de Medicina los médicos eran pocos y no tenían mucha diferenciación en sus tareas como médicos generales, ya que aún no habían sido oficializadas las especialidades médico-quirúrgicas.

En el hospital se trabajaba solamente en las mañanas, sin que por ello dejara de verse en las tardes a algún cirujano que visitaba a los enfermos que había operado ese día.

Al incorporarme a la Escuela de Medicina como médico y al pretender realizar labores académicas en las tardes, pude comprobar que las actividades terminaban a mediodía y fue por eso que decidí solicitar mi incorporación al Laboratorio de Fisiología, dirigido por don Héctor Croxatto, donde se trabajaba activamente en problemas experimentales de hipertensión arterial, electrolitos, relaciones entre glándulas endocrinas y función renal, etc.

El Servicio de Medicina, dirigido por don Ramón Ortúzar, tenía aproximadamente quince médicos que cumplían labores similares: demostraciones clínicas o "pasos" con los alumnos en las primeras horas de la mañana, luego atención de salas con ocho enfermos cada una, y desde las 11 horas en adelante, asistencia de policlínicos en el primer piso, tres días a la semana, o concurrencia a reuniones clínicas o anatómo-clínicas.

Todos estos médicos hacían las mismas labores docentes y asistenciales y recién aparecían algunas especialidades. Enrique Montero se había encargado de los pacientes gastroenterológicos, tanto médicos como quirúrgicos, y realizaba las endoscopias de la especialidad; también hacía poco tiempo que Pablo Thomsen había llegado a la escuela después de una permanencia en el Instituto de Cardiología de México, donde además de su especialización, había adquirido un cierto acento mexicano y una admiración por los famosos toreros de esa época; junto a otros médicos comenzaba a desarrollar la cardiología y los que vivieron esos tiempos podrán recordar los trabajos que sobre el tratamiento de la hipertensión arterial se hacían con bloqueadores ganglionares, hipertermia o apresolina y los comentarios de los alumnos sobre supuestas utilidades en el expendio de "las píldoras" a cargo de la secretaria de Cardiología.

Sin embargo, ya con ese incipiente desarrollo, podía apreciarse un impulso valioso en la investigación clínica en el Servicio de Medicina, que se concretaba en publicaciones conjuntas con los radiólogos, los patólogos o con miembros del Laboratorio Central no sólo en revistas nacionales sino en algunas extranjeras de alta exigencia. De ese tiempo datan las experiencias clínicas con sobrecarga de sodio en diferentes condiciones de hipertensión arterial (P. Thomsen, R. Ortúzar, F. Goffi y R. Croxatto), los ensayos de tratamiento con drogas e hipertermia en la hipertensión arterial maligna, las publicaciones sobre enfermedades profesionales (P. Schüller y V. Maturana), los trabajos sobre enfermedades respiratorias (E. Cruz y S. Raddatz), las publicaciones de E. Montero con radiólogos y patólogos, etc.

Muy conectada con las especialidades médicas estaba Parasitología, porque Arturo Jarpa quiso darle a esta disciplina un alcance más próximo a la clínica, ya que no contaba con el personal, los laboratorios ni los equipos para desarrollarla en la forma autónoma que había adquirido en la Universidad de Chile.

Las dificultades para realizar estos trabajos eran entonces enormes si se las compara con la realidad actual del hospital; de partida estas actividades debían hacerse en horas extras, puesto que, como se explicó, el horario de la mañana en el hospital estaba totalmente ocupado. Recuerdo el esfuerzo desplegado para la realización de los primeros cateterismos cardíacos en los que tuve la oportunidad de colaborar recién ingresado al Servicio de Medicina; el Departamento de Radiología facilitaba el uso de uno de sus tres equipos sólo entre las 6.30 y las 8.15, ya que este procedimiento diagnóstico no estaba considerado aún como una labor básica del departamento; la mañana comenzaba por lo tanto alrededor de las seis horas, en que Thomsen y Goffi hacían una gira recogiendo en sus casas a los que participaban en el procedimiento: radiólogo, encargado del Laboratorio de Cardiorespiratorio, ayudantes, la secretaria de cardiología, etc. Los intentos comenzaban antes de las 7 de la mañana para entregar a las 8.15 el equipo radiológico al trabajo regular del hospital; las muestras de sangre se procesaban en el Laboratorio de Cardiorespiratorio

por Edgardo Cruz y esa era la razón de su asistencia a trabajos tan matinales. Terminado el cateterismo, todos se incorporaban a sus labores habituales como si nada hubiera pasado.

Las clases eran dictadas por pocos docentes en la primera o la última hora de la mañana, y eran de gran sencillez. El interés del docente, la presentación de los enfermos en los auditorios del hospital y el reducido número de alumnos permitían obtener una unidad en el proceso de instrucción que, junto al trabajo en las salas de hospitalización, garantizaban una buena formación de los futuros médicos.

Un papel fundamental en la formación del personal académico, en la creación de los laboratorios y en el perfeccionamiento y especialización de los servicios, tuvieron las fundaciones nacionales y extranjeras que por esos años comenzaron a prestar atención a los campos clínicos, aparte de la ayuda que prestaban desde mucho antes a los ramos básicos de la Escuela de Medicina. Debe destacarse que el primer laboratorio que surgió en el hospital, aparte del Laboratorio Central, fue el de Cardiopulmonar, a cargo de Edgardo Cruz, y creado con la ayuda de la Fundación Gildemeister, que continuaba así su previa y valiosa cooperación al desarrollo de la escuela en sus asignaturas básicas y clínicas. Este laboratorio permitió realizar las pruebas funcionales respiratorias y el análisis de gases en la sangre, elementos básicos para el estudio de enfermos que debían someterse a intervenciones quirúrgicas en la Sección de Cirugía de Tórax. Esta había sido creada algunos años antes por Hugo Salvestrini, después de su perfeccionamiento en los Estados Unidos, gracias a una beca de la Rockefeller Foundation; el perfeccionamiento de E. Cruz en Buenos Aires había sido posible gracias a la Fundación Gildemeister; desde entonces esta Fundación ha mantenido un continuo apoyo para el desarrollo de las especialidades médico-quirúrgicas relacionadas con el aparato respiratorio y cardiovascular.

Las oportunidades que existían para que un docente de ramos clínicos pudiera perfeccionarse en el extranjero eran entonces muy escasas y recién comenzaban a interesarse algunas fundaciones extranjeras en el desarrollo de nuestra Escuela de Medicina. Como ejemplo debe destacarse el papel de la Rockefeller Foundation que en Chile había prestado atención particular al desarrollo del campo de salud pública, enfermería universitaria y ramos básicos. Debemos mencionar aquí muy especialmente la inteligente labor que cumplía en el país el representante de esta Fundación, Dr. John Janney, que ya había otorgado la beca a Hugo Salvestrini, para su perfeccionamiento con el Dr. Overholt, en el Massachusetts General Hospital, de Boston; de esta misma Fundación obtuve la beca que me permitió una estada de perfeccionamiento en lugares muy selectos de los Estados Unidos en el campo de hipertensión arterial y nefrología.

Posteriormente la Kellogg Foundation, a través de su diligente representante en Chile, Mr. J. Fahs, apoyó el desarrollo de los campos clínicos, otorgando becas a Juan I. Monge, Carlos Quintana, Alejandro Vásquez y otros médicos del hospital.

Otras fundaciones nacionales habían apoyado el perfeccionamiento en centros muy bien calificados a Antonio Arteaga (Fundación Lassen), Ricardo Ferretti (Fundación Gildemeister) y a Javier Valdivieso y Enrique Montero (Fundación Oscar y Elsa Braun).

Todos estos docentes a su regreso a la Universidad desarrollaban los campos en que habían recibido entrenamiento e incorporaban nuevos métodos de trabajo e investigación clínicos.

En 1958, con la ayuda de la Kellogg Foundation, pudo crearse el Laboratorio de Medicina Interna, inicialmente dedicado a problemas de exploración de la función renal, pero que luego se amplió a las enfermedades metabólicas con la incorporación de A. Arteaga y a algunos problemas gastroenterológicos al regreso de los Estados Unidos de C. Quintana y V. Valdivieso, unos años más tarde. Por el desarrollo que fueron adquiriendo estos sectores se hizo conveniente después la creación de laboratorios separados que dieron origen a los actuales laboratorios de los departamentos o unidades especializadas.

Ismael Mena se había iniciado en un campo novedoso al incorporar la medicina nuclear a las técnicas de exploración médica en nuestro hospital; con la ayuda de diversas fundaciones nacionales y extranjeras, equipó el laboratorio en el cuarto piso del hospital y

puso en marcha un activo intercambio con la Universidad de California, de Los Angeles, donde había estado como becado.

El Laboratorio de Hemodinámica se desarrolló con el retorno de J. Valdivieso y con el impulso que posteriormente le dieron P. Casanegra, ex becado de la Rockefeller Foundation y con la incorporación posterior de nuevos miembros que lo han llevado a su actual desarrollo.

En cada uno de los sectores mencionados la incorporación continua de nuevas generaciones de docentes que, a su vez, habían recibido perfeccionamiento en centros de primera categoría en el extranjero ha contribuido a desarrollar las especialidades, tanto desde el punto de vista docente como de investigación y en beneficio de la atención hospitalaria.

Los últimos laboratorios creados en estos años han sido los de Endocrinología y de Reumatología, considerados indispensables por las múltiples conexiones que tienen estas especialidades con otros campos.

Debe destacarse que la escuela, al incorporar personal especializado, crear locales apropiados y contratar personal auxiliar y técnico capacitados, ha hecho posible analizar problemas de fisiopatología en el ámbito mismo del Hospital Clínico; era evidente que la previa ubicación de la Fisiopatología como asignatura básica extrahospitalaria no favorecía el desarrollo de los ramos clínicos, como se entiende en la medicina moderna. También conviene destacar que el nivel alcanzado en estos sectores especializados de la Medicina Interna, ha permitido crear y dar impulso a la enseñanza de postgrado en las asignaturas clínicas de la Escuela de Medicina.

Desde un comienzo se consideró en esta escuela, aún pequeña, la necesidad de aunar los esfuerzos de los médicos y cirujanos que trabajaban en un campo determinado de la clínica; es así que hace más de treinta años, Enrique Montero junto a un pequeño grupo de cirujanos tenían a su cargo los pacientes gastroenterológicos, fuesen éstos sometidos a tratamientos médicos o quirúrgicos; hace aproximadamente quince años que las llamadas "unidades médico-quirúrgicas" tuvieron vida oficial y fueron la base para los actuales departamentos.

Este progreso en las especialidades médicas no ocurrió en forma aislada en el seno del Hospital Clínico, sino que requirió del progreso de otras especialidades, como Cirugía, Laboratorios, Anatomía Patológica, Radiología, Nutrición, etc. En efecto, en el campo quirúrgico donde al comienzo se contaba sólo con esbozos en algunas especialidades, se desarrollaron en forma importante la cirugía del tórax, tanto pulmonar como cardiovascular, la traumatología, la neurocirugía, la urología, la ginecología, la cirugía digestiva especializada, etc. También en este progreso han participado todos los servicios básicos del hospital, como radiología, anatomía patológica y el laboratorio central al ser requeridos por los campos clínicos en la medida en que se especializaban y han necesitado, a su vez, ampliar y especializar a sus miembros.

Al revisar la historia del desarrollo de las especialidades no debe omitirse el riesgo inherente al desarrollo, crecimiento y la superespecialización; en efecto, este proceso puede llevar a los docentes a ocuparse preferentemente de los programas de investigación y de formación de graduados, desplazando su atención del quehacer primario de la Escuela de Medicina, cual es la enseñanza de los alumnos de pregrado.

Asimismo, el proceso reseñado puede llegar a fragmentar excesivamente la docencia entre múltiples personas y hacer difícil mantener la unidad indispensable para alcanzar los fines que pretende esta Escuela de Medicina. La sabiduría y el equilibrio con que las actividades especializadas de investigación, docencia de graduados o atención de problemas patológicos muy específicos puedan coexistir con la enseñanza de los alumnos de pregrado, permitirán mantener el progreso de esta escuela sin desmedro de sus tareas fundamentales. Aparte de la responsabilidad que en estos puntos tienen todos los docentes, es fundamental la acción de la dirección de la Escuela, del Consejo Interdepartamental y, especialmente, del Consejo de Docencia. Sólo así podrá apreciarse verdaderamente el progreso que ha significado este inmenso esfuerzo de formación profesional y

equipamiento en que ha estado comprometida por tantos años la Escuela de Medicina con la ayuda generosa de fundaciones y personas nacionales y extranjeras. Este proceso no se detiene; por el contrario, exige constantemente la formación de nuevos docentes y la renovación e incorporación de equipos y de técnicas de trabajo, pero debe situarse siempre considerando las funciones generales y primordiales que debe cumplir una Escuela de Medicina.

CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Salvador Vial U.

DESDE 1967 la Universidad Católica había iniciado un proceso de cambios en su estructura que perseguía, entre otros fines, algunos de índole académica.

Para el desarrollo de las ciencias básicas se había ideado la creación de varios institutos donde estas actividades científicas podían tener un ambiente más adecuado que el que ofrecían las escuelas o facultades profesionales. La formación de profesionales se alcanzaría en escuelas independientes entre sí, y para tratar problemas específicos de relevancia en la vida universitaria o de interés para el país se crearon los centros, estructuras que tenían carácter temporal. En estos centros se agrupaba personal académico de múltiples disciplinas.

La unidad básica en toda la organización académica fue definida como el departamento donde se reunían los académicos y el personal no académico dedicado a un sector del conocimiento. El departamento en la organización del trabajo y en la designación de las autoridades tenía un carácter más democrático que la antigua cátedra. Se pretendía además que hubiese canales fluidos de cooperación en el trabajo entre los departamentos de diferentes unidades académicas dentro de la Universidad, tratando de obtener una actividad cultural de más proyecciones que la que podía obtenerse en el ámbito de las antiguas facultades.

La Facultad de Medicina y Ciencias Biológicas entonces estaba formada por la Escuela de Medicina, la Escuela de Enfermería y la Escuela de Ciencias Biológicas. De estas escuelas, la de Medicina era la más desarrollada y con mayor número de personal y de alumnos.

En 1970 la mayoría de los docentes de la facultad que estaban encargados de los ramos básicos quedaron incluidos junto a académicos de otras facultades en el recién creado Instituto de Ciencias Biológicas. La Escuela de Enfermería se acogió a la estructura nueva de organización académica en departamentos, pero en la Escuela de Medicina esto no había podido realizarse por cuanto diversas iniciativas al respecto no habían recibido el apoyo necesario de los académicos. En consecuencia, hasta 1974 la escuela no se había adaptado a la organización vigente para todas las unidades académicas de la Universidad Católica.

Por otra parte, desde su creación en 1930 había experimentado un notable desarrollo y crecimiento, apareciendo problemas nuevos que si no se enfrentaban en conjunto para buscar las soluciones más apropiadas, podrían acentuar situaciones peligrosas para los móviles y el progreso de la Escuela de Medicina. Cuando la Escuela de Medicina era de tamaño reducido se alcanzaba con facilidad la unidad, por la comunidad de ideales y métodos que tenían los relativamente pocos docentes que la conformaban. La administración académica y de los recursos de la escuela eran simples y quedaban a cargo de los mismos docentes que operaban sin normas específicas y según los dictados de su

buen criterio. Con el crecimiento se debió incorporar a diversos organismos docentes que no eran propios de la Universidad Católica sino pertenecían al S.N.S. u otras instituciones, pero que adquirían con la Escuela de Medicina un compromiso docente. Esta dispersión de la enseñanza en diferentes establecimientos médicos y también el aumento importante del personal docente en el Hospital Clínico dificultaban las relaciones entre los académicos y atentaban contra la unidad del proceso formativo. Posteriormente al crecimiento se añade la diferenciación de funciones derivada del proceso normal en que el afán de progreso obliga a concentrarse en un campo más reducido al docente médico, cualquiera que sea su actividad.

El crecimiento y diferenciación que se alcanzó no se llevó a cabo como un proceso perfectamente organizado y acompañado de la infraestructura necesaria o de procedimientos administrativos y de recursos adecuadamente dispuestos. Las situaciones así alcanzadas revelaron que las estructuras tradicionales de las cátedras o servicios eran inadecuadas y fuente de futuros inconvenientes que podrían perjudicar a la Escuela de Medicina como un todo. En este crecimiento también algunos sectores se habían hecho excesivamente independientes al disponer de recursos propios, lo que no los excusaba de preocuparse del conjunto de la escuela.

La fragmentación en la administración de los recursos y la ausencia de reglas precisas de procedimientos contribuían también a la utilización menos efectiva de los medios con que contaba la Escuela de Medicina y a consumir parte del tiempo de los académicos en funciones que podrían realizarse, incluso en mejor forma, por personal administrativo idóneo. Los aspectos generales relativos a la docencia, investigación y curso futuro de la Escuela de Medicina, en un medio acostumbrado a un crecimiento individual y que estaba tan sectorizado por la división propia del trabajo, interesaba sólo a pocos académicos. Esto se traducía también en una falta de unidad en los criterios de docencia e investigación, ya que no bastaba la simple suma de los esfuerzos académicos aislados para construir un todo armónico. Esta situación debilitaba a la escuela y la hacía fácilmente vulnerable ante los organismos centrales de la Universidad, que adquirieron mayor poder desde 1968. La entrega gradual de las funciones no valoradas por los académicos a la decisión de los organismos de la burocracia no académica central de la Universidad no era la solución, por cuanto los múltiples quehaceres derivados de la atención a otras unidades académicas, que se encontraban en dificultades aún mayores que la Escuela de Medicina, impedían obtener lo que ésta reclamaba y la hacían aparecer en permanente competencia para obtener los recursos a través del Presupuesto General de la Universidad.

La planificación del progreso y la formulación del programa de desarrollo no eran fáciles en una organización fragmentada, en la que los intereses particulares de los grupos no daban cabida a una consideración seria de los problemas generales de la Escuela de Medicina.

También la aplicación de las normas generales de la Universidad para la organización académica, gestación de las autoridades, carrera académica, actividad de los alumnos, participación del personal no académico, etc., requerían una adaptación de las particulares condiciones de la Escuela de Medicina, que tenía incluido al Hospital Clínico y que debía mantener relaciones con las diversas instituciones foráneas donde se cumplía parte del plan docente.

Todas estas situaciones, que podían originar conflictos mayores para la marcha de la escuela, obligaban a un análisis detenido y profundo sobre las funciones y estructuras que convenían para asegurar su futuro. Con este objeto, el Rector don Jorge Swett nombró un consejo que debía resumir sus opiniones en un informe para una decisión ulterior de los organismos superiores de la Universidad. Este consejo quedó integrado por el Decano de la Facultad, Dr. Ramón Ortúzar; el Director de la Escuela de Medicina, Dr. Salvador Vial; el Dr. Roberto Barahona, ex Decano; el Dr. Juan Ignacio Monge, ex Decano y Director de Asuntos Académicos de la Vicerrectoría Académica; los Drs. Joaquín Luco, Fernán Díaz y Víctor Maturana, ex Directores de la Escuela de Medicina; el Dr. Pedro Schüller, Director del Hospital Clínico, y el Dr. Vicente Valdivieso, miembro del Fondo de Investigación de la Universidad Católica.

En un intenso trabajo que se extendió por cuatro meses se analizaron en forma cuidadosa las diversas funciones necesarias para el cumplimiento de los fines de la escuela y se plantearon las estructuras que aparecían como más convenientes para el cumplimiento de estas labores. Estas estructuras, así como las autoridades que debían dirigir la escuela y los cuerpos colegiados, debían además conformarse con las definiciones impartidas por el Consejo Superior para todas las Unidades Académicas de la Universidad Católica. Se estableció, por lo tanto, el departamento como la organización básica en el trabajo de la escuela. Los miembros académicos debían cumplir las actividades de docencia de pre y postgrado, realizar sus proyectos de investigación y realizar las actividades asistenciales necesarias en las dependencias hospitalarias. Los miembros de los departamentos constituían el núcleo central de la Escuela de Medicina con máxima responsabilidad en la marcha de ella y, en consecuencia, se les otorgaron los correspondientes derechos.

Junto a los departamentos se reconoció la existencia de los otros grupos académicos que prestaban servicios casi exclusivamente docentes en la escuela y que en su mayor parte pertenecían a otras instituciones, vinculándose a ella por un acuerdo del jefe del grupo con la Dirección de la Escuela de Medicina. Estos docentes constituyeron las denominadas Unidades Docentes Asociadas.

Se consideró que no todos los departamentos o grupos académicos tenían igual desarrollo y se esbozaron caminos para el perfeccionamiento de las estructuras de acuerdo al desarrollo alcanzado.

El Hospital Clínico quedaba incluido en la estructura de la Escuela de Medicina como un gran laboratorio para la enseñanza y adiestramiento de los alumnos, ya que la razón para su construcción fue la creación de los ramos clínicos en la escuela. Por razones de modalidad de trabajo que se habían impuesto con evidentes ventajas en muchos grupos, y buscando facilitar la unidad del proceso docente y el desarrollo de líneas de investigación, se decidió la agrupación de los docentes de las asignaturas clínicas en departamentos médico-quirúrgicos. Para el trabajo asistencial en el Hospital Clínico se mantuvo la división clásica en "servicios", que constituían la infraestructura del hospital y donde trabajaban los académicos de los departamentos o de algunas de las Unidades Docentes Asociadas. El personal no académico, el más numeroso, quedó incluido en los servicios del Hospital Clínico y mantendría esta infraestructura sin pretenderse que ellos participasen en las decisiones académicas que, obviamente, se reservaron a los docentes de la Escuela de Medicina.

Las actividades de la escuela debían quedar claramente preestablecidas en programas globales de trabajo para los aspectos docentes, de investigación y las actividades asistenciales del Hospital Clínico.

Con el fin de crear un ambiente adecuado para el análisis, discusión, aprobación y control de las actividades de docencia de pregrado se constituyó el Consejo de Docencia de la Escuela de Medicina, que agrupó un número importante de su personal académico: jefes de departamentos, jefes de Unidades Docentes Asociadas y profesores encargados de cada curso, además del grupo de alumnos. Se estimó así que un mayor número de docentes podría informarse y participar en las decisiones relativas a la docencia en la Escuela de Medicina, dándose mejores condiciones para una mayor unidad en el proceso de enseñanza de pregrado.

Para las actividades docentes de postgrado se mantenía la Comisión para la Enseñanza de Graduados, que se había creado en la escuela en el año 1964 como Secretaría de Graduados. Asimismo, la Comisión de Investigación Científica se mantenía para favorecer el desarrollo de esta actividad académica.

Junto a estas estructuras académicas se constituía el Consejo Interdepartamental, el organismo colegiado de mayor nivel de acuerdo a las disposiciones vigentes en la Universidad Católica para la estructura académica. Para la gestación de las autoridades unipersonales se propuso un sistema con amplia participación de los académicos

otorgando a dichas autoridades los medios para dirigir el proceso que se le había encomendado y estableciéndose también los mecanismos de control por los cuerpos colegiados de decisión superior en la Escuela de Medicina.

Atención especial se dio en la proposición de este Consejo a los problemas administrativos, señalándose la conveniencia de organizar una Subdirección Administrativa para encargarse de los aspectos de administración de la Escuela de Medicina y del Hospital Clínico. Esta subdirección estaría al servicio de todos los organismos de la escuela y dependería de la Dirección. Debía estar formada por personal técnico, con normas administrativas precisas para liberar a los académicos de estas funciones y permitirles el mejor aprovechamiento del tiempo en sus funciones propias. La información y comunicación entre los diferentes organismos de la escuela debían establecerse a través de los jefes de los grupos o representantes de ellos que participaban en las actividades de los diferentes grupos colegiados.

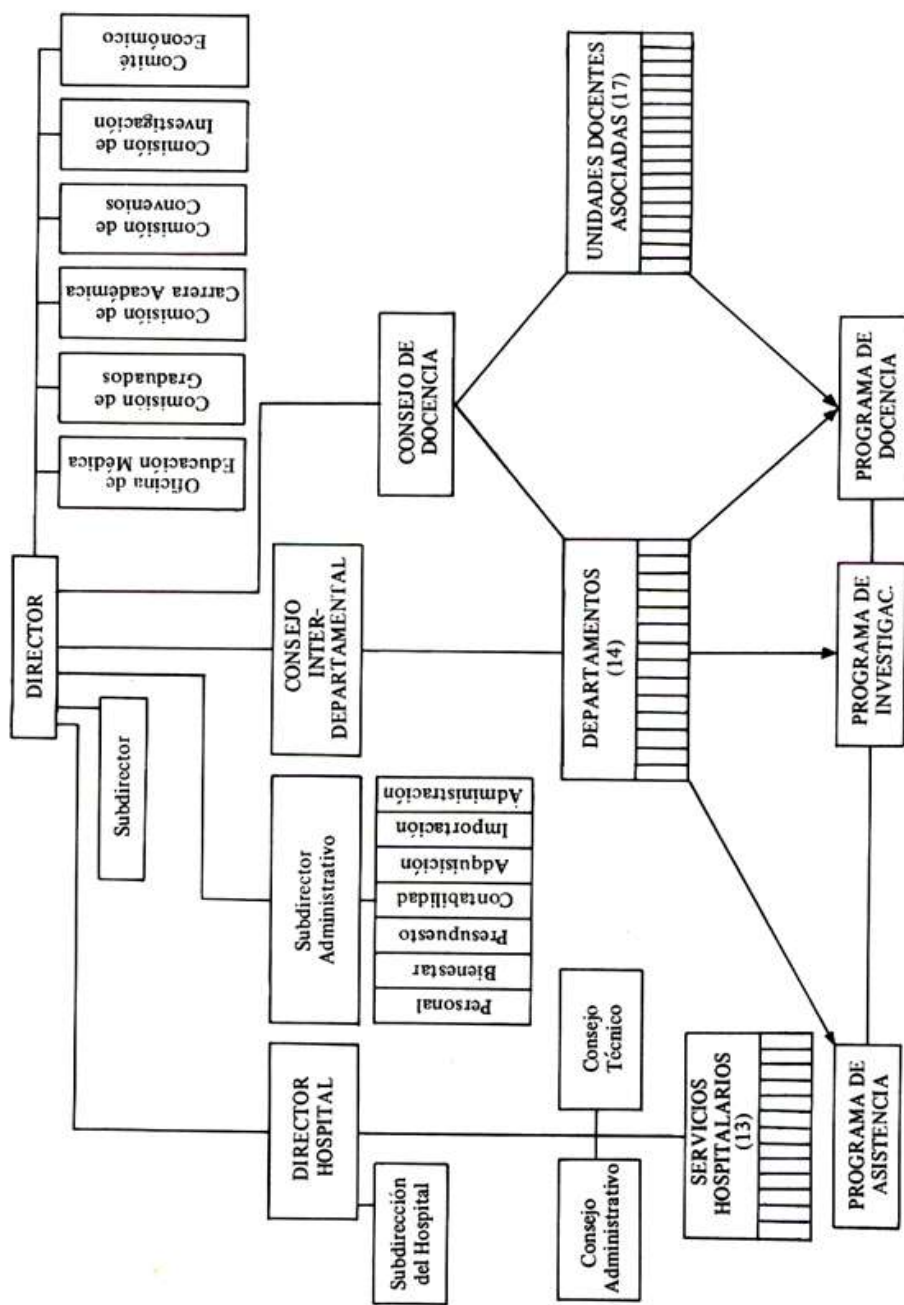
Estas recomendaciones del Consejo de la Escuela de Medicina quedaron contenidas en el informe que se hizo llegar a la Rectoría y que se tradujo posteriormente en el reglamento de la Escuela de Medicina promulgado en 1974. Estas normas se completaron posteriormente con la reglamentación de la práctica privada en la Escuela de Medicina que estableció las normas y limitaciones sobre el ejercicio profesional privado en el Hospital Clínico. En estos reglamentos se definieron algunos lugares donde el trabajo académico y asistencial debía organizarse con dedicación exclusiva, lo que sin duda redundaría en un beneficio para la Escuela de Medicina, al otorgar a los académicos una dedicación completa a las labores universitarias. Los diversos reglamentos propios o las adaptaciones que fue necesario establecer para la aplicación de reglamentos generales de la Universidad Católica en la Escuela de Medicina han completado las normas académicas y administrativas de la nueva organización.

En los aspectos docentes se ha querido poner especial énfasis en la unidad de criterios, métodos y sistemas para que la docencia en la Escuela de Medicina adquiriera las características de un todo orgánico. Se ha incrementado también la participación de los alumnos en los programas académicos de la Escuela de Medicina, haciéndolos vivir en la intimidad de los departamentos, estimulando la categoría de ayudantes-alumnos. Se ha pretendido también hacerles participar más activamente en el proceso de docencia, cambiando la modalidad de enseñanza a sistemas de seminarios y también creando opciones dentro de la rigidez que impone el currículum de estudios médicos.

La administración de los recursos en la escuela ha quedado entregada a los organismos y oficinas que forman parte de la Subdirección Administrativa. Parte fundamental de este esquema ha sido la obtención de la autonomía económica relativa de la Escuela de Medicina mediante la cual puede disponerse de los recursos generados en la escuela empleándolos en planes de desarrollo, pero sujetos a las normas generales emanadas de la Vicerrectoría Administrativa.

Esta situación ha sido de gran beneficio por cuanto ha comprometido a todo el personal de la escuela en el doble proceso de la obtención de mayores recursos económicos y de su utilización más adecuada. El Consejo Económico Asesor de la Dirección de la escuela ha colaborado en forma constante y eficiente a la obtención de los mejores resultados. Actualmente se está dotando a la Subdirección Administrativa del personal técnico y de las normas de procedimiento necesarias para el mejor cumplimiento de las funciones que son de su responsabilidad.

La dirección centralizada de todas las funciones académicas y administrativas se ubicó en la Dirección de la escuela y sus organismos técnicos. Quedaba así bajo la Dirección el control y responsabilidad de la marcha de la institución, funciones en las que los organismos colegiados, como el Consejo Interdepartamental, el Consejo de Docencia y el Consejo Económico Asesor tienen importante participación.



CAPITULO VI

Proyección científico~docente de la
Escuela de Medicina de la Pontificia
Universidad Católica de Chile

LA ENSEÑANZA DE GRADUADOS EN LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Juan I. Monge E.

LAS ACTIVIDADES de enseñanza de graduados de la Escuela de Medicina constituyen, en la actualidad, una parte importante de su quehacer docente. En términos cuantitativos, ésta representa un número anual de aproximadamente 100 alumnos en programas de formación, en relación a una matrícula de 500 alumnos en pregrado. Las actividades de enseñanza de graduados abarcan, además de los programas de formación de especialistas de tres años de duración, estas breves de perfeccionamiento y cursos de actualización en diferentes áreas de la medicina.

La enseñanza de graduados se inicia en la Escuela en forma sistemática a partir de 1962, con la creación de las primeras becas-residencia, experimentando una fuerte expansión hacia fines de la misma década y los primeros años de la siguiente.

Para una mejor apreciación de la evolución y desarrollo de la enseñanza de graduados en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica, se hace necesario revisar las circunstancias en que ésta se inició y los factores que han condicionado en términos generales, sus características actuales.

LA ENSEÑANZA DE GRADUADOS EN MEDICINA EN CHILE

Las actividades de enseñanza de graduados en medicina se institucionalizan en la Universidad de Chile con la creación de la Escuela de Graduados de la Facultad de Medicina en 1954, correspondiendo a dicha Escuela la organización de cursos de perfeccionamiento en diversas áreas de la medicina y la formación de académicos, a través de un programa de becas universitarias básico-clínicas. En la misma época, el Servicio Nacional de Salud puso en marcha una política de formación de especialistas, de acuerdo a las necesidades de los planes de salud, mediante becas de tres años de duración, al término de los cuales los beneficiarios se obligaban a aceptar una destinación a hospitales base de área de provincias, donde debían prestar servicios por un plazo de dos años. Los programas debían desarrollarse en servicios hospitalarios, habitualmente sede de cátedras universitarias, bajo la forma de residencia, con una dedicación horaria de ocho horas y una remuneración determinada por el Estatuto del Médico Funcionario. Con el objeto de incentivar la permanencia de los ex becarios en el Servicio Nacional de Salud, se estableció un sistema de puntaje preferencial que les permitiría, una vez terminado el período de beca, competir favorablemente en los concursos de ese Servicio para ocupar cargos de planta e iniciar así su carrera como funcionarios. Algunas de estas becas fueron colocadas bajo la tuición de la Escuela de Graduados de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. En el año 1961 se suscribió un convenio entre el Servicio Nacional de Salud y la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile para unificar esfuerzos y realizar en común la formación de especialistas.

A partir de ese momento, los concursos de selección de postulantes, la distribución de becarios en los centros formadores, las normas a que debió ceñirse su formación, el control de los programas y la certificación final de “especialista” al término del período de postbeca, fueron de responsabilidad de la Escuela de Graduados. El Servicio Nacional de Salud mantuvo el financiamiento de las becas y de los contratos al término de su formación. La Comisión de Docencia de la Escuela de Graduados constituyó un punto de encuentro entre las Facultades de Medicina que entraron a integrar el sistema, el Servicio Nacional de Salud y el Colegio Médico. En este organismo se procuraba armonizar los requerimientos del Servicio con las exigencias de las Universidades y los derechos de los profesionales.

Por otra parte, una política impulsada por el Servicio Nacional de Salud en la misma época, que tenía por objeto distribuir a los médicos recién egresados a lo largo del país y que se conoció como la “medicatura general de zona”, ofreció como incentivo el derecho a la especialización al término de una práctica de tres años. Esta especialización se obtenía mediante la mantención del contrato por el tiempo que duraba el programa de formación. Este sistema, llamado “beca de retorno”, en contraposición al anterior, llamado de beca primaria, fue también administrado desde el punto de vista académico por la Escuela de Graduados y se sometió a las mismas exigencias programáticas y de certificación.

Otro elemento de importancia en la configuración del sistema de enseñanza de postgrado en medicina en el país, lo constituyó la política de regionalización docente-asistencial acordada entre el Ministerio de Salud y las Universidades, en 1965. Tomando como base la regionalización de salud de la época se estableció una vinculación entre una determinada región y un hospital-base de las Escuelas de Medicina de la capital. Esta vinculación estableció un doble flujo entre ambos puntos, mediante el cual los pacientes que requiriesen tratamiento especializado eran referidos al respectivo hospital docente y, a su vez, esa Escuela de Medicina desarrollaba un programa de asistencia, mediante el envío de misiones técnicas y docentes a los hospitales de la zona regionalizada. A partir de este acuerdo, cada Escuela se comprometió a formar especialistas para la zona regionalizada, con exclusión de otras, quedando obligados los becarios a aceptar esta destinación desde el momento de la aceptación de la beca al inicio de su programa.

LA PARTICIPACION DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA EN EL SISTEMA DE ENSEÑANZA DE GRADUADOS

Las actividades de enseñanza de graduados se han realizado en la Escuela de Medicina en forma discontinua desde el año 1943, con la formación de anátomo-patólogos, a través de programas de dos años de duración, mediante becas de diversa procedencia, algunas otorgadas por la Universidad Católica. A través de esta actividad se han formado especialistas chilenos y extranjeros. Entre los años 1960 y 1962 se desarrolló un programa especial para la formación de anátomo-patólogos, propiciado por el Servicio Nacional de Salud mediante el sistema de contratos para especialidades en falencia. Las primeras becas para especialización en Radiología fueron creadas por la Universidad Católica y la Fundación Gildemeister entre los años 1957 y 1958. Dentro de las actividades de enseñanza de Graduados deben destacarse también las becas de investigación de un año de duración otorgadas por la Fundación Gildemeister desde 1954 hasta la fecha.

En 1962 la Escuela de Medicina de la Universidad Católica se integra al sistema de enseñanza de graduados descrito en el acápite anterior, creando las primeras becas de residencia en Medicina, Cirugía y Gineco-obstetricia.

En 1963, una comisión ad hoc designada por el Decano para definir una organización de la enseñanza de postgrado, concluyó que la Facultad no debía crear una Escuela de Graduados, sino asumir la enseñanza en esa área, en la medida que el desarrollo de sus estructuras le permitieran ofrecer un adecuado nivel de enseñanza. Se creó una Secretaría de Graduados, dependiente del decanato, que estableció los primeros registros

y actuó como mecanismo de enlace con la Escuela de Graduados de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

Al aportar el financiamiento de sus becas al concurso de selección, la Escuela de Medicina de la Universidad Católica recibía un número equivalente adicional de becados financiados por el Servicio Nacional de Salud. A partir de 1965, al suscribirse los acuerdos de regionalización docente-asistencial, los esfuerzos de esta Escuela se centraron en el Hospital Regional de Talca, hospital-base de la VII Zona de Salud. Durante varios años se desarrolló un activo programa, mediante el envío de misiones técnicas y docentes, el perfeccionamiento del personal de salud del Hospital de Talca en el Hospital Clínico de la Universidad y la formación de médicos especialistas que posteriormente se integraron a los hospitales de la VII Zona.

Las condiciones descritas en el acápite anterior permanecieron hasta el año 1967. A partir de entonces variaron algunos aspectos de la política del Servicio Nacional de Salud, desincentivándose la formación de especialistas a través de las becas primarias, ello se tradujo en el cese de envío de becarios primarios de dicha Institución a esta Escuela. En esta circunstancia, ella consideró extinguido su compromiso de formar especialistas para una zona determinada o para una sola institución.

En 1968 se crearon las primeras becas académicas de características similares, pero que no requerían de ningún compromiso ulterior por parte del becario, quedando éstos en libertad de acción al término de su programa. En esa misma época, se destinan importantes recursos económicos para ampliar el número de becas en las especialidades existentes y en otras áreas, ahora nuevas, como pediatría, traumatología, oftalmología, otorrinolaringología, radiología, cirugía infantil, anestesiología, etc. Al mismo tiempo, la Escuela estimó que la nueva situación no justificaba su participación en la Comisión de Docencia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, la que de hecho había dejado de operar con motivo del movimiento de reforma en dicha Casa de Estudios.

Por estas razones, la Secretaría de Graduados de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica, creada en 1963, se transformó en una Comisión de Graduados, encargada de organizar y administrar la enseñanza de postgrado. Desde entonces esta Comisión se rige por un Reglamento Oficial y está constituida por académicos nominados por elección directa y secreta y que se renuevan cada cuatro años. Los becarios seleccionados ahora por la propia Escuela, mediante concurso público, cumplen un programa aprobado por la Comisión de Graduados, se rigen por un contrato de dedicación exclusiva y reciben una certificación al término de su período de formación.

Los movimientos de la "reforma universitaria" ocurridos a partir de 1966 y la situación política imperante después de 1970, fueron determinantes para la conducción autónoma de la política de graduados de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica. El Convenio de Regionalización docente-asistencial con la VII Zona de Salud, en el hecho inoperante, fue finalmente caducado en 1975.

Las relaciones interinstitucionales en materia de enseñanza de graduados se establecen actualmente a nivel de la Comisión Nacional Docente-Asistencial (CONDAS), donde participan el Ministerio de Salud, las diferentes Escuelas de Medicina y el Colegio Médico. Cabe señalar, que el Servicio Nacional de Salud, ha mantenido en forma permanente el aporte de becas de retorno, que constituyen una importante proporción de las becas actuales.

En los últimos cinco años se han recibido también numerosos becarios patrocinados por las Fuerzas Armadas u otras instituciones fiscales.

LOS CAMBIOS ESTRUCTURALES EN LA ESCUELA DE MEDICINA Y LA ENSEÑANZA DE GRADUADOS

Tal como fue concebida en su creación en 1942, la estructura de los servicios clínicos del Hospital obedecía implícitamente a los requerimientos de una enseñanza de pregrado. Siguiendo el curso natural del progreso del conocimiento surgieron gradualmente las especialidades médicas y quirúrgicas. Ello se vio fuertemente estimulado por la formación

de especialistas en el extranjero, especialmente en los Estados Unidos de Norteamérica, por el apoyo de Fundaciones nacionales y norteamericanas: Gildemeister, Rockefeller, Kellogg, National Institute of Health, etc. En años recientes cobran importancia los aportes de los Departamentos o Servicios Culturales y de Asistencia Técnica de algunos países europeos, como España, Inglaterra, Francia, Alemania, Suecia, etc. La organización tradicional de los servicios clínicos se modificó por el surgimiento de grupos de especialistas y la creación de laboratorios de investigación clínica y bibliotecas especializadas que funcionan con una relativa autonomía. En consonancia con este desarrollo se organizan, a partir de 1963, las Unidades Integradas Médico—Quirúrgicas en torno a la clínica de sistemas, las que asumen un papel preponderante en la docencia de pregrado y darán lugar más adelante a la organización departamental puesta en vigencia en 1975.

Paralelamente a estos cambios estructurales ha tenido lugar un cambio en la política de contrataciones de la Escuela de Medicina, favoreciendo la extensión de jornadas a tiempo completo para propiciar una mayor dedicación de sus docentes a la investigación y docencia.

El desarrollo de las especialidades ha contribuido en forma muy importante a crear la infraestructura sobre la cual se ha organizado la enseñanza de postgrado.

La creación de las becas—residencia ha sido, en alguna medida, la resultante de una estrategia de redistribución de recursos de la Escuela de Medicina. Se ha procurado racionalizar la planta restringiendo el número de plazas de docentes en beneficio de la creación de cargos de beca—residencia. La planta de docentes de tiempo completo, junto a un cuerpo creciente de residentes, ha permitido la extensión de las actividades académicas y asistenciales, ha hecho posible la actividad continua durante todo el día de los laboratorios, la realización de reuniones clínicas, seminarios, etc. La organización de turnos de guardia, por otra parte, ha permitido el funcionamiento de los servicios hospitalarios durante las 24 horas del día. Todo ello ha contribuido a la creación de un ambiente educativo que provee a los residentes de plenas posibilidades de formación. La creación del nivel de postgrado ha constituido un poderoso estímulo de progreso para la planta académica y ha contribuido a mejorar la calidad del ámbito educacional de pregrado.

PRINCIPIOS QUE RIGEN LA ENSEÑANZA DE POSTGRADO EN LA ESCUELA DE MEDICINA

Los programas de postgrado contemplan ofrecer a los residentes el máximo de oportunidades de aprendizaje que les permita alcanzar una sólida formación al término de su adiestramiento. Se procura lograr el cumplimiento de este objetivo a través de la ejecución de un programa preestablecido, bajo una guía y una supervisión tutorial. Durante su aprendizaje, se asignan al residente responsabilidades progresivamente crecientes, que le permitan desenvolverse con autonomía al término de su experiencia formativa. La Escuela ha procurado proveer a sus becados de medios económicos suficientes, de manera que pueda exigirles una dedicación exclusiva al esfuerzo formativo, evitando la distracción de su tiempo y sus energías en el desempeño de actividades marginales remuneradas.

Podría afirmarse que las actividades de enseñanza de postgrado, si bien son una consecuencia del desarrollo institucional, constituyen al mismo tiempo un permanente estímulo de progreso para la Escuela de Medicina. El contingente de ex becarios es una rica y copiosa reserva para la selección de nuevos académicos en el proceso de renovación de los cuadros docentes.

LA INVESTIGACION BIOMEDICA EN LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Vicente Valdivieso D.

LA ESCUELA de Medicina de la Universidad Católica de Chile, que inició sus cursos en 1930, nació como un modesto plantel que pretendía con los años contar con los medios necesarios para formar al estudiante a lo largo de toda la carrera. A pesar de las grandes limitaciones materiales, sus fundadores lucharon por la implantación de un principio elemental: la formación científica del médico debía ser responsabilidad de docentes entrenados en la disciplina intelectual de generar nuevos conocimientos.

El Laboratorio de Fisiología, fundado en 1931, inició la investigación biomédica en la Escuela. En los años siguientes otras disciplinas básicas se fueron incorporando a esta labor: Neurofisiología, Farmacología, Histología, Bioquímica. La Escuela sólo llegó a impartir el total de los cursos de la carrera en 1956. Por esa época, la Facultad ya había alcanzado un reconocido prestigio en investigación básica, a pesar de sus reducidos grupos de trabajo y de lo limitado de sus recursos. Los docentes de ciencias básicas imprimían a sus pequeños cursos un fuerte espíritu crítico y una curiosidad científica capaz de resistir muchas veces con éxito la empírica enseñanza clínica de la época.

La gran influencia intelectual y moral de estos profesores, unida a la evolución mundial de las ciencias biomédicas, explican las características de la investigación en la Escuela de Medicina al comenzar la década del 60.

En ciencias básicas, profesores con dedicación exclusiva desarrollaban unas pocas pero estables líneas de investigación, con el apoyo económico de fundaciones extranjeras y la honrosa excepción nacional de la Fundación Gildemeister.

En el área clínica, las clásicas revisiones de casuística eran matizadas por algunos intentos fructíferos de verdadera investigación original, correctamente diseñada y controlada.

Esta situación se fue modificando lentamente por la incorporación a la docencia clínica de jóvenes académicos, que enviados a perfeccionarse en alguna disciplina a los Estados Unidos de Norteamérica volvían con una renovada formación básica y con el propósito, a menudo ingenuo, de continuar en la misma línea de trabajo en la que habían participado en el extranjero. Su considerable aislamiento y la falta de un apoyo nacional organizado y estable, frustraron a menudo sus esfuerzos.

La reforma universitaria de 1967-1968 modificó favorablemente la situación descrita. No es objeto de este trabajo hacer un balance de sus méritos y sus defectos. Baste señalar que, en nuestra Universidad, ella introdujo innovaciones de indudable y positiva repercusión para el tema que nos preocupa; entre ellas:

- 1) La nueva estructura de institutos básicos y escuelas profesionales llevó a la creación del Instituto de Ciencias Biológicas, separando administrativamente las disciplinas básicas y clínicas. Ello obligó a los docentes clínicos a crear sus propios mecanismos para el desarrollo y control de la investigación en su área de trabajo.

2) La departamentalización de las Unidades Académicas favoreció y consolidó la agrupación natural de los académicos de acuerdo a sus intereses científicos, impulsando la formación de equipos de trabajo.

3) En enero de 1970 se creó la Dirección de Investigación de la Universidad, que ha alcanzado con los años gran repercusión en el fomento de la ciencia, y en especial ha garantizado un respaldo económico autónomo.

El Rector Fernando Castillo mantuvo durante su gestión una abierta y responsable colaboración con los investigadores. En febrero de 1971 se consiguió la aprobación de un préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo, por US\$ 14.000.000, destinados a la expansión física y académica de la Universidad. US\$ 1.900.000 fueron destinados a la modernización de los equipos de laboratorio; el sector de Biología y Medicina recibió, entre 1972 y 1975, cerca de US\$ 600.000 con este objeto. La dotación de las diferentes áreas estuvo a cargo de la Dirección de Investigación que la cumplió con un acertado criterio técnico y económico. Simultáneamente se desarrolló un programa de perfeccionamiento académico que permitió financiar algunas becas en el extranjero. A diferencia de sus predecesores, los nuevos becados fueron enviados a mejorar su preparación básica y/o clínica en un área previamente definida de su disciplina, relacionada directamente con líneas de investigación nacional en las que a menudo ya habían participado y que volvieron a reforzar.

Es justo reconocer que durante la dura experiencia del pasado gobierno las mayores dificultades para hacer ciencia en la Universidad Católica de Chile se debieron a la caótica situación general del país y a los perturbadores intentos doctrinarios de someter a la actividad científica al rígido y poco atractivo marco de la llamada *investigación relevante al servicio de la realidad nacional*. En nuestra institución se conservó el respeto a las personas y el interés general de la Universidad se impuso por sobre las naturales divisiones políticas de la época.

La gestión del Rector Jorge Swett ha sido particularmente valiosa para la investigación científica. Atento a la opinión de los académicos ha propiciado el aumento de los recursos destinados a esta actividad, aun en períodos en que la crisis económica obligaba a dolorosas reducciones de personal, e, incluso, a la supresión de programas docentes completos. Así, el porcentaje del presupuesto anual asignado a la Dirección de Investigación ascendió del 1.640/o en 1973 al 3.600/o en 1978 y al 4.000/o en 1980.

La positiva actitud de la Rectoría y la inteligente administración de la Dirección de Investigación han permitido, en los últimos años, la continuidad y expansión de numerosas líneas de investigación, a pesar de la disminución de la ayuda extranjera y del eclipse de CONICYT.

En los últimos diez años la investigación biológica y médica en la Universidad Católica ha crecido a un ritmo sorprendente, si se considera la difícil situación nacional y los obstáculos que se han debido vencer. Un buen indicador es el número de trabajos presentados en las Jornadas Científicas del Área Biológica entre 1968 y 1975: 17 en 1968, 188 en 1975 y 168 en 1978. Este resultado es la consecuencia de una administración superior constructiva y cuerda, que ha sabido defender a la ciencia y a respetar a los académicos.

ORGANIZACION ADMINISTRATIVA Y POLITICA DE INVESTIGACION

Durante los últimos años gran parte de los fondos disponibles para el desarrollo científico de la Universidad han provenido de recursos propios distribuidos por la Dirección de Investigación y administrados por las Unidades Académicas. En 1979 se entregó a la Dirección de Investigación un presupuesto equivalente a US\$ 1.000.000. Aproximadamente un 500/o de esta cifra ha sido conseguida competitivamente por los científicos del área biomédica para el desarrollo de sus proyectos. La ayuda extrauniversitaria que actualmente recibe el sector es bastante restringida. Cabe mencionar, como excepción, la línea de estudio en Fisiología de la Reproducción, que cuenta con apoyo de la OMS, del Programa Latinoamericano de Investigación en Reproducción Humana

(PLAMIR) y de la Universidad de Texas. La Fundación Gildemeister mantiene su ayuda en las áreas de Cardiología y Neurofisiología, y recientemente ha colaborado en la compra de un nuevo microscopio electrónico. Anualmente, la Dirección de Investigación convoca a un concurso ordinario de proyectos. Se evalúa internamente la calidad académica y la productividad científica de los autores y sus ideas son sometidas a la crítica de expertos de otras Universidades del país o del extranjero. Además de financiar este concurso ordinario se reservan fondos para renovar los proyectos vigentes —cuya productividad se controla anualmente— y para apoyar a los académicos que, habiendo vuelto a Chile después de un período de entrenamiento, se reintegran a una línea de trabajo o pretenden iniciar una nueva. Sus proyectos son sometidos al mecanismo ya descrito y deben tener un adecuado nivel de calidad y de factibilidad para recibir ayuda.

En la Escuela de Medicina existe una Comisión de Investigación, organismo técnico que ha establecido las normas éticas y administrativas por las que se deben regir los proyectos de la Escuela. Es política general de ésta que las investigaciones se lleven a cabo con fondos ajenos a su presupuesto, conseguidos por sus miembros dentro o fuera de la Universidad. Anualmente, la Comisión informa a la Dirección de Investigación acerca de la factibilidad de los nuevos proyectos presentados por miembros de la escuela y revisa los avances obtenidos en aquellos que se encuentran en desarrollo.

La política de apoyo a la investigación establecida por la Dirección de Investigación en los últimos años ha tenido indudable repercusión sobre la organización del área biomédica. Respetando la libertad individual, consubstancial a estas actividades, la Dirección ha definido criterios de prioridad para otorgar sus recursos. Se trata de favorecer especialmente:

a) La investigación en las Ciencias Básicas, fundamentales para el desarrollo de las ciencias aplicadas y de la tecnología. Este es un campo indispensable para la docencia de postgrado y para la formación de nuevos investigadores, papel que en Chile puede ser asumido por las Universidades.

b) El apoyo de las líneas de investigación consolidadas y productivas. Si se considera que ellas ya cuentan con una infraestructura y un personal necesario y no superfluo, inversiones relativamente pequeñas tendrán un efecto considerable para su productividad. Este impulso a las líneas de investigación propias de cada Unidad Académica ha permitido ir delimitando sus campos de trabajo y agrupando proyectos relacionados por objetivos generales comunes. A medida que una línea crece se forma un equipo de científicos que alcanza, con el tiempo, un tamaño que garantiza la continuidad del trabajo y la discusión crítica de sus resultados.

c) La investigación de problemas de especial importancia para el desarrollo económico-social del país y para el bienestar de su población.

d) Las investigaciones en materias que están asumiendo un papel rector en el conjunto de las ciencias. Algunos ejemplos de éstas son: Biología Molecular, Teoría de la Información, Cibernética, etc.

En los cuatro últimos años se ha puesto en marcha la idea de los proyectos interdisciplinarios. Se pretende agrupar a científicos de diferentes escuelas profesionales o institutos básicos en torno al estudio integral de un problema de interés general o de especial trascendencia nacional que se preste para ser abordado por varias disciplinas. Estos proyectos son presentados a un concurso separado y se les concede una duración mayor. La idea ha sido bien acogida por los académicos. De siete de estos proyectos que han sido aprobados, tres se desarrollan en el área biomédica y estudian integralmente los problemas de arterioesclerosis coronaria, colestasis del embarazo e hipertensión arterial.

LINEAS DE INVESTIGACION DEL AREA BIOMEDICA

Las principales líneas de investigación del área y el número de proyectos desarrollados entre 1976 y 1978 se resumen en las Tablas 1 y 2. Se ha excluido de este análisis al Departamento de Biología Ambiental y Poblaciones, cuyas actividades no

TABLA I

UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE. INVESTIGACION BIOMEDICA 1976-1978
I. INSTITUTO DE CIENCIAS BIOLOGICAS

Departamento	Laboratorio	Línea de investigación	Proyectos de la línea	Otros	Relac. Escuela Medicina
Biología Celular	Bioquímica	- Enzimología	4	-	No
	Citología	1. Respuesta diabética al stress	2	-	Sí
	Bioquímica Histología	2. Estructura y función peroxisomas	2	3	Sí
Fisiología y Embriología	Microbiología e Inmunología	- Membranas en células que transportan electrolitos	3	-	Sí
		- Inmunología	2	-	No
		1. Plasticidad del S. Nervioso	2	-	Sí
	Neurofisiología	2. Mec. tróficos del Nervio	2	-	No
	Embriología	- Fecundación en Mamíferos	5	-	No
	Endocrinología	- Biología de la Reproducción	7	-	Sí
	Fisiología	- Regulación de la presión arterial	3*	-	Sí
	Cardiovascular	- Neurofarmacología	3	-	No
	Neurobiología				
			35	3	
TOTAL			35	3	

*Un proyecto interdisciplinario (ICB - Medicina - I. Química).

TABLA 2

UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE. INVESTIGACION BIOMEDICA 1976-1978
II. ESCUELA DE MEDICINA

Departamento	Línea de investigación	Proyectos de la línea	Otros	Relac. ICB
Cardiología	1. Enfermedad coronaria	1*	-	Sí
	2. Diag. y trat. arritmias	2	1	No
Enf. respiratorias	- Obstrucción bronquial difusa	2	-	Sí
Gastroenterología	1. Secreción biliar y sus alt.: Colelitiasis y Colestasis	6**		Sí
	2. Patología gástrica y duodenal.	3	1	No
Hematología	- Anemias de origen nutricional	3	1	Sí
Obstetricia y Ginecología	- Embarazo de alto riesgo	2	2	Sí
Nutrición	- Est. metabólicos y clínicos			
Enf. metabólicas	- Enfermedad coronaria	1*	4	Sí
Pediatría	---	-	1	No
A. Patológica	---	-	2	Sí
Nefrourología	---	-	2	Sí
TOTAL		20	14	

* Un proyecto interdisciplinario (ICB-Medicina-Psicología).

** Un proyecto interdisciplinario (ICB-Medicina).

guardan aparente relación con el sector Salud; sin embargo, este departamento ha establecido contactos con la Escuela de Medicina para desarrollar proyectos ecológicos de interés común.

La información presentada permite llegar a algunas conclusiones generales cuya validez parece razonablemente segura:

a) Existe colaboración estrecha y permanente entre la Escuela de Medicina y el Instituto de Ciencias Biológicas, lo que impide analizar por separado sus actividades de investigación. A pesar de la separación administrativa de ambas unidades, ellas han conservado una vecindad geográfica y una comunidad de intereses de grado tal que resulta afortunadamente imposible que trabajen por separado. La mayoría de los miembros del instituto conservan en la escuela sus grados académicos y están representados en sus organismos técnicos de docencia e investigación. Además, ambas unidades comparten la misma biblioteca y colaboran a mantenerla en un buen nivel.

Es corriente que académicos de disciplinas básicas desarrollen productivas líneas de trabajo relacionadas con la fisiología o la patología humanas y realicen experimentos en voluntarios sanos o en pacientes. Ejemplos de este tipo de proyectos se encuentran en las líneas de "Biología de la Reproducción" y de "Mecanismos Reguladores de la Presión Arterial". Recientemente el Laboratorio de Embriología, cuyas contribuciones al estudio de la fecundación son mundialmente reconocidas, ha establecido como línea central de investigación el desarrollo de un bioensayo para evaluar la capacidad fértil del espermio humano in vitro ("fecundación cruzada" con oocitos de hamster) con el propósito de aplicar esta técnica al estudio de la esterilidad.

La situación complementaria se observa en la mayoría de las líneas y proyectos de la Escuela de Medicina. Si se recuerda el desarrollo de la institución, se comprende por qué el estudio de los mecanismos patogénicos, con el apoyo de las ciencias básicas, es el objetivo más frecuente de nuestros proyectos. En cambio, los estudios epidemiológicos son esporádicos y la escuela no ha desarrollado aún una estructura docente y técnica suficiente en el área de Salud Pública.

b) La mayoría de los proyectos están agrupados en pocas líneas de investigación que en su mayoría cuentan con el número de científicos necesarios para un desarrollo adecuado. Los investigadores aislados, trabajando solos en un proyecto personal que era común de observar hasta hace pocos años, han pasado a ser muy raros en el área biomédica.

c) Todas las líneas de investigación de la Escuela de Medicina, y algunas de gran desarrollo en el Instituto de Ciencias Biológicas, están orientadas al estudio de problemas de salud cuya frecuencia e importancia en nuestra población es fácil de percibir. Algunos ejemplos ilustrativos son:

1) Un proyecto multidisciplinario para identificar los tipos más comunes en Chile de hiperlipoproteinemias, estudiar sus mecanismos y relacionarlos con los principales riesgos de arterioesclerosis coronaria. Los métodos utilizados abarcan desde la ultracentrifugación hasta la encuesta psicológica o la rehabilitación física.

2) Se estudian la estructura y función del canalículo biliar en la misma línea de investigación que ha precisado la secreción de lípidos biliares en mujeres con colestiasis, e indaga en la historia natural de la colestiasis del embarazo.

3) Se ha desarrollado un modelo experimental de anemias nutricionales que se utiliza para estudiar la función de las proteínas hepáticas transportadoras de metales. Otro proyecto de la misma línea evalúa la absorción de hierro agregado en diferentes formas a la dieta humana y un tercero mide las reservas de hierro en embarazadas de una población marginal del Área Sur-Oriente de Santiago. Conviene señalar que la orientación de la investigación biomédica hacia problemas de salud de importancia nacional ha sido iniciativa de los propios académicos, que han encauzado voluntariamente sus esfuerzos a su estudio y posibles soluciones. Excepcionalmente han recibido requerimientos efectivos y bien definidos de las reparticiones públicas que administran la salud en el país.

d) El nivel técnico de los proyectos es en general adecuado, y en algunas áreas ha llegado a ser competitivo a nivel mundial.

Conviene hacer aquí un breve recuento de las principales deficiencias de nuestra investigación biomédica. La peor de éstas es el aislamiento de los grandes centros científicos. Cuentan las viejas crónicas del Imperio Español que a principios del siglo XVII el galeón de las Filipinas demoraba cuatro meses en llevar a las islas los últimos libros aparecidos en Sevilla. Trescientos ochenta años más tarde una publicación científica puede demorar lo mismo o más en llegar a Chile. Igual suerte sufren las importaciones de equipos y materiales perdidos en una anacrónica y agotadora selva burocrática. También contribuye a nuestro aislamiento científico la limitación económica de la Universidad para financiar un adecuado y continuo intercambio de profesores extranjeros y breves aunque suficientes períodos de perfeccionamiento para sus investigadores y personal técnico auxiliar. Estas iniciativas, de enorme beneficio intelectual y práctico para nuestra Universidad, deberán recibir, en un futuro próximo, el máximo impulso de nuestras autoridades.

Para los médicos que tratamos de hacer investigación original el segundo gran problema es la falta de tiempo y de continuidad en el trabajo. Aunque en teoría no se discute la importancia de la investigación clínica llegado el momento de distribuir las cartas, la docencia, la asistencia y la administración reciben primera prioridad y el trabajo científico queda postergado y se hace "a salto de mata". Reconozco que en muchos aspectos, la situación de nuestra Escuela es comparativamente privilegiada; sin embargo, el problema subsiste y es agravado por la ineludible necesidad de mantenerse en la práctica privada.

El esfuerzo requerido en Chile para producir una publicación original es incomparablemente mayor que el invertido, con el mismo fin, en un país desarrollado.

EVALUACION DE LA INVESTIGACION BIOMEDICA EN LA UNIVERSIDAD CATOLICA

Antes de entrar en materia parece necesario definir con claridad qué entendemos por investigación: "es una actividad orientada directamente a aumentar el conocimiento y cuyos resultados se expresan normalmente en proposiciones de valor universal". Si usamos la definición para delimitar los alcances de esta actividad en el área de la salud quedan fuera de sus límites la mayoría de las revisiones casuísticas y la simple aplicación de nuevas técnicas de diagnóstico y tratamiento que, generadas en el exterior, se comienzan a utilizar en el país. Tales trabajos son muy necesarios y se siguen practicando en la Escuela de Medicina, pero habitualmente no alcanzan a cumplir los requisitos de la definición citada.

También se debería excluir la repetición de experiencias publicadas y confirmadas por autores extranjeros, que ponen en evidencia nuevos mecanismos fisiopatológicos. Se sostiene a menudo que esta es investigación original, puesto que conviene demostrar si lo descrito afuera tiene validez en nuestra población. El argumento sólo parece concluyente si la patología en estudio presenta en Chile caracteres epidemiológicos o clínicos propios que la aparten notoriamente de lo observado en países desarrollados, y permitan sospechar que su patogenia sea diferente.

En los últimos años las actividades recién citadas y que no corresponden propiamente a investigación original han ido desapareciendo de los proyectos del área biomédica.

Los resultados de la actividad científica se miden a mediano plazo por el número y calidad de las publicaciones y por su influencia sobre la docencia. Las Tablas 3 y 4 intentan una evaluación para nuestro sector entre 1974 y 1979. Sólo se han considerado las publicaciones aparecidas *in extenso* en revistas con comité editorial y los programas de postgrado de un año o más de duración.

La mayoría de las publicaciones nacionales han aparecido en la Revista Médica de Chile. Llama la atención, especialmente en el Instituto de Ciencias Biológicas, el número de publicaciones en revistas extranjeras que tienen un alto nivel de exigencia. Por otra parte, la cantidad de trabajos realizados por académicos durante sus períodos de

TABLA 3

**UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE. INVESTIGACION BIOMEDICA
PUBLICACIONES Y PROGRAMAS DE POSTGRADO 1974-1979
I. INSTITUTO DE CIENCIAS BIOLOGICAS***

Departamento	Laboratorio	Publicaciones			Total	Programa Postgrado
		En Chile	En el extranjero			
		A	B			
Biología Celular	Bioquímica	1	8	12	21	40
	Citología Bioquímica	13	16	3	32	
	Histología	5	13	9	27	
	Microbiología e					
	Inmunología	5	6	2	13	
	Neurocitología	—	3	1	4	
	Neurofisiología	6	24	12	42	
Fisiología y Embriología	Embriología	3	9	1	13	23
	Endocrinología	6	38	1	45	
	Farmacología	—	13	4	17	
	Fisiología Cardiovascular	1	29	29	59	
	Fisiología Perinatal	8	2	—	10	
	Neurobiología	—	12	7	19	
	TOTAL	48	173	81	302	

A. Resultados obtenidos en Chile.

B. Resultados obtenidos en el extranjero.

* No se computan las publicaciones del Departamento de Biología Ambiental y de Poblaciones.

TABLA 4

**UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE. INVESTIGACION BIOMEDICA
PUBLICACIONES Y PROGRAMAS DE POSTGRADO 1974-1979
II. ESCUELA DE MEDICINA**

Departamento	Publicaciones			Total	Programas Postgrado
	En Chile	En el extranjero			
	A	B			
Anatomía Patológica *	8	6	—	14	6
Cardiología	7	3	12	22	8
Enfermedades Respiratorias	20	2	2	24	8
Hematología	11	5	2	18	2
Gastroenterología	22	6	33	61	5
Nefrourología	14	6	—	20	5
Nutrición y Enfermedades Metabólicas	26	6	3	35	4
Obstetricia y Ginecología	17	10	3	30	19
TOTAL	125	44	55	224	57

A. Resultados obtenidos en Chile.

B. Resultados obtenidos en el extranjero.

* Sus miembros aparecen como coautores en numerosos trabajos de otros departamentos.

perfeccionamiento en el extranjero refleja no sólo la capacidad de adaptación del científico chileno, sino además, la excelente productividad que alcanza cuando es colocado en un medio favorable.

Es difícil hacer un correcto análisis cualitativo de las publicaciones. Es indudable que su nivel es dispar. Una selección rigurosa, siguiendo las pautas de la definición citada, dejaría fuera a un buen número de ellas; pero la mayoría son fruto de un real trabajo científico. Además, se cumple una regla general y lógica: mientras mayor es la antigüedad de una línea de investigación, mayor es su nivel científico y la resonancia de los trabajos que genera. Esta observación justifica a uno de los criterios de prioridad ya mencionados: el apoyo a los grupos de excelencia para garantizar la continuidad de su trabajo.

La repercusión de la investigación en la docencia de postgrado es indudable y tiene un efecto multiplicador. Muchos de nuestros programas forman docentes y científicos para otras Universidades del país o de Latinoamérica. También es importante señalar que la participación de alumnos de pregrado en los proyectos de investigación es estimulada por la Escuela de Medicina que destina trescientas diez horas semanales de ayudantías a ese fin.

Un criterio para evaluar la actividad científica a largo plazo podría ser el estudio de la repercusión de sus resultados sobre el medio ambiente y sobre la sociedad a quienes sirven. Parece razonable sostener que hemos contribuido a aumentar el conocimiento en algunos campos de la Biología y la Medicina, pero, aparentemente, casi nada para mejorar la realidad del Área de la Salud.

Aquí caben dos observaciones que aunque sabidas conviene repetir. En primer lugar: el uso pragmático de los resultados excede habitualmente el quehacer de los científicos, cuyo interés primordial y sanamente egoísta es seguir consiguiendo nuevos conocimientos. En segundo lugar: el progreso científico, aun en óptimas condiciones ambientales, es lento y abunda en resultados negativos que rara vez se publican. El paso del conocimiento teórico a la tecnología aplicada demora habitualmente varios años. Por eso, para un observador superficial la actividad científica le parece poco práctica, ineficiente y benévola; la tolera como un ejercicio del intelecto en aras de la cultura. Pero, si es capaz de ampliar su perspectiva, verá que su vida habitual depende de las ciencias básicas y de la tecnología aplicada.

Estas afirmaciones no tienen otro fin que recordar a los impacientes que el crecimiento científico de un país subdesarrollado es trabajoso y lento, pero que constituye la única vía para reducir su independencia y mejorar su nivel en la medicina.

Para la investigación no existen atajos: vano es buscarlos en asambleas o seminarios; por eso invertir recursos en la investigación requiere de una mente abierta, que conozca algo de la historia de la ciencia y esté dispuesta a llenar con una gran dosis de fe el abismo que parece mediar entre un abstruso proyecto lleno de tecnicismos y la solución definitiva de un problema concreto. Fe en la calidad de la formación científica de los académicos y en el valor de sus proyectos; pero sobre todo, fe en su calidad humana, en la firmeza de sus proyectos y en la continuidad de sus esfuerzos. Esto es lo que hemos aprendido de esta escuela y pretendemos transmitirlo.

CAPITULO VII

Los Alumnos de Medicina

LOS ALUMNOS DE MEDICINA

José Espinoza R. y
Edgardo Cruz M.

INTROITO

TODA institución imprime con mayor o menor fuerza una fisonomía característica a sus integrantes. Los alumnos de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica están entre los fuertemente marcados. Sobre todo, aquéllos de los primeros años, en que la Escuela estaba en germinación y desarrollo.

Hubo una docena de generaciones que cursaron sólo los dos primeros años de la carrera en esta escuela, y en los diez años siguientes llegaron sólo hasta el quinto, para después terminar sus estudios en la Universidad de Chile.

Aun en estos alumnos de paso transitorio se evidenció una coherencia de grupo y se definió un modo de enfrentar la vida universitaria y la profesión médica.

Variadas podrían ser las causas de este proceso. Tal vez el número reducido de alumnos por curso; tal vez el criterio de selección de los postulantes. O el empeño quijotesco de aquellos profesores que improvisaban recursos y construían sobre el entusiasmo. Tal vez el hacer un trozo del camino en común, para luego enfrentar el traslado colectivo a otra Universidad. O el sentir la poderosa influencia de la dedicación paternal con que don Carlos Casanueva manejaba y participaba en la vida diaria de la escuela, comprendiendo en su accionar tanto a docentes como a alumnos.

El ver crecer y, más aún, el tomar parte en el desarrollo progresivo de la escuela, el saber de sus limitaciones y confiar en el futuro. Es posible que la suma de estos factores haya producido este resultado.

Antes de cumplir veinticinco años, la idea visionaria y ambiciosa de crear, materialmente con tan poco, una Escuela de Medicina, había cristalizado. El embrión, de apariencia tan engañosamente débil como lo era la figura de su creador, se había convertido en una facultad con su carrera completa, reconocida como buen centro de formación y muy respetada de sus congéneres.

A lo largo de los años de crecimiento y maduración, se había forjado una matriz, un cuño, que, para bien o para mal, marca a los egresados de esta escuela.

Tal vez donde mejor puede apreciarse esta especial fisonomía sea en las relaciones mutuas entre los alumnos y en las de estos con sus profesores y autoridades.

Con muy poca formalidad externa —comenzando por el uso tan restringido, casi inexistente del vocablo profesor—, pero con un fondo bastante más respetuoso que el que a primera vista pareciera existir.

Cincuenta años es mucho para intentar hacer una reseña de lo que han sido otras tantas promociones.

Tampoco podemos intentar definir genéricamente “el alumno de la Católica” o “al médico de la Católica”.

En su lugar, hemos escogido tres expresiones que, a nuestro modesto entender, ilustran algunas de las particularidades que el alumnado de esta escuela presenta.

EL CENTRO DE ALUMNOS

No hemos encontrado evidencias escritas ni documentales de actividades estudiantiles en los primeros años de la escuela.

Puede que el espíritu escolástico de aquellos tiempos haya sido tan rígido que excluía ese tipo de acciones o, al menos, su registro.

Lo que sí se recuerda es la existencia de delegados de curso, una de cuyas principales funciones era la de gestionar la postergación sistemática de pruebas o interrogaciones.

Al trasplantarse a la Universidad de Chile, despertaba la inquietud estudiantil. Lo compacto del grupo que emigraba y que se concentraba en determinadas cátedras, les daba ventajas de variada índole y, siendo minoría, imponían sus puntos de vista. Por ejemplo, uno de los suyos, José Barzelatto fue presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, por dos períodos.

La actividad organizada del Centro de Alumnos, debidamente afiliado a la FEUC, aparece en nuestra escuela en la década del cuarenta. Alvaro Reyes en 1949, Enrique Laval en 1950 y Alejandro Goiç en 1951, figuran dentro de los primeros presidentes del Centro de Alumnos de Medicina.

Las motivaciones eran variadas: obtener representación estudiantil ante los organismos directivos de la escuela o, por lo menos, información sobre programas de estudios; participación en actividades universitarias como "el machitún" y las inevitables peleas con los vecinos de Agronomía, rayueleros sempiternos. Tampoco faltaba solidaridad para contingencias extraestudiantiles, a los que alguna vez se adhirió con una huelga o paro, el que se aprobaba en medio de una feroz algarabía en asambleas celebradas en el Auditorio de Fisiología.

En la década de los 50, el "leit motiv" de la acción estudiantil fue la lucha por la liberación de la tutela de la Universidad de Chile.

Los exámenes debían rendirse ante comisiones de profesores de aquella Universidad, a las cuales se agregaba el profesor local. Las notas de presentación tenían dudosa o nula validez para algunas de las comisiones. Tampoco había concordancia de los programas de estudios de ambas Universidades. Ello fue creando una situación incómoda que se acentuaba con el correr de los años y con el crecimiento de la escuela, que ya se sentía mayor para aceptar tal grado de dependencia.

Si los exámenes anuales eran sufridos, los finales —pregrado y grado— constituían para los alumnos de nuestra escuela, motivo de angustia y desvelo desde mucho antes de enfrentarlos. Ocasionalmente se producían algunas situaciones injustas y desagradables que justificaban ese temor.

La Universidad Católica y la Escuela de Medicina emprendieron una vigorosa lucha por la autonomía. Con el grito de combate de que "en ningún país del mundo una Universidad controla a otra Universidad" lanzado desde su trinchera subterránea por Roberto Barahona, los alumnos entraron rectamente a la pelea en apoyo de su Universidad.

Parte de esta lucha fue el Primer Congreso de Estudiantes de Medicina de Chile, realizado en Concepción, en julio de 1954. Así como en lo social, la cordialidad y la camaradería fueron efusivas y hasta eufóricas, el debate sobre autonomía fue áspero desde la partida. La dependencia absoluta del Estado en la formación y en el otorgamiento del título fueron sólidamente planteados por un bloque mayoritario de estudiantes de la Universidad de Chile y de Concepción. Nuestros representantes, que contaban sólo con un barniz de entrenamiento en estas lides, escribían líricas defensas del derecho de toda Universidad legítimamente reconocida, a ser autónoma. Entre los que aportaban argumentos: Carlos Quintana, Renato Rojas, Ramón Rosas, Patricio Vela y "el Colorado Muñoz". Orador oficial del lote: Francisco Quesney.

La asamblea terminó aprobando la potestad del Estado en el otorgamiento del título de médico, a través de la Universidad de Chile, pero reconociendo la autonomía de las Universidades para la formación y calificación de sus estudiantes. El autor de este voto

fue un alumno de la Universidad de Chile, Manuel Bobenrieth, quien sería más tarde Director del Hospital Clínico.

No sabemos si esta decisión tuvo o no alguna importancia. Lo cierto es que fue un episodio relevante en la acción de los alumnos por su escuela y es cierto también que poco después la autonomía se hizo realidad.

Los años posteriores marcaron un progresivo interés y participación estudiantil en asuntos de la escuela, principalmente programas de estudios; de la Universidad y creciente interés en problemas de la realidad nacional.

La organización de CEMUC se hizo más sólida y madura con el correr de los años, comenzando por tener una sede propia desde 1955, en una sala contigua a la entrada del Auditorio de Fisiología, bautizada como "el útero" y posteriormente en dependencias más adecuadas, como son las que hoy funcionan junto a la Biblioteca.

Variada es la nómina de quienes han representado a diversas generaciones de alumnos. Con algunos vacíos hemos podido reconstruir la siguiente lista de presidentes del Centro de Alumnos en estos primeros cincuenta años:

1949 – Alvaro Reyes	1966 – Fernando Vío
1950 – Enrique Laval	1967 – Mario Muñoz
1951 – Alejandro Goic	1969 – Antonio Infante
1952 – Carlos Alonso - Francisco Quesney	1970 – Guillermo Correía
1953 – Alfonso Claps	1971 – Rodrigo Maturana
1954 – Renato Rojas	1972 – Enrique Accorsi
1955 – José Espinoza	1973 – Luis Ibáñez
1956 – José Ausin	1974 – Claudio Canals - Carlos Tellez
1958 – Jorge Gumucio	1975 – Jorge González
1959 – Federico Leighton	1976 – Marcelo Córdova - César Carvajal
1960 – Patricio Zapata	1977 – Ricardo Lathrop - Humberto Chiang
1961 – Juan Carlos Glasinovic	1978 – Patricio Chacón
1963 – Claudio Zapata	1979 – David Castro
1964 – Patricio Montes	1980 – Orlando Alfaro
1965 – Pedro Escudero	

Después de un período tormentoso en que la preocupación por lo social y lo político convulsionó en grado progresivo a la escuela, lo mismo que al país, el quehacer fundamental en los últimos años ha vuelto a ser el estudiantil: evaluación de docentes y de planes de docencia; atención a asuntos deportivos y culturales y destacada participación en programas de ayuda a la comunidad.

Creemos que los estudiantes de esta escuela han llegado a desarrollar una labor equilibrada entre variados intereses, y su grado de participación corresponde al vivir actual.

QUINTO AÑO DE 1947

Primera fila de izquierda a derecha: Adalberto Caro, Sergio Daza, Carlos Gómez, Oscar Gatica, Dr. Enrique Uiberal, Profesor de Neurología; Doctor J. Ricardo Olivares, Ayudante de Neurología; José María Silva, J. Manuel Borgoño, Edgardo Cruz.

Segunda fila de izquierda a derecha: Raimundo Aristía, Antonio Feres, José Barzelatto, Jaime Saavedra, "tres ayudantes" y "oyentes", Alberto Cristoffanini, José Vukusic, Francisco Christie, Jorge Mery y Virgilio Cozzi.

Aparte de la insólita presencia de "oyentes" en Quinto Año, nótese que estaban de moda las faldas largas.



SEXTO AÑO, 1953

De pie, de izquierda a derecha: Javier Valdivieso, Alfredo Pérez, Fernando Baquedano, Pedro Berho, Hernán Corvalán, Eduardo Barja, Julio Píriz, Mario Figueroa, Hernán de la Fuente, Patricio Bambach, Fernando Rufin, José Angel Ortúzar y Hernán Orellana.

Abajo de izquierda a derecha: Ricardo Ferretti, Guillermo Brand, Ramón Ortúzar, Alexander Goic, Juan Reveco y Guido Díaz. Aún no se habían inventado los "jeans", ni los alumnos barbudos.

SEGUNDO AÑO, 1952

Sentados de izquierda a derecha: Juan Arraztoa, Dr. Ismael Mena, ayudante, Dr. Miguel Ossandón, Profesor de Histología, José Espinoza, Augusto Larraín y Raúl Alessandri.

Segunda fila, de izquierda a derecha: Bernardo Purto, Julio César Acevedo, Mario Allende, Jacques Emile Thénot, Erick Parker, Pablo Casanegra, Eduardo Calderón y Ernesto Figueroa.

Atrás: Eduardo Keymer, Alexander McCawley, Carlos Kuster, Iván Contreras, Patricio Vela y Germán Pumpin.

Cualquier semejanza con foto de curso de secundaria de cualquier colegio, es mera coincidencia.



La organización del III Congreso Científico de Estudiantes de Medicina de Chile, en celebración de los cincuenta años de su escuela, así lo demuestra.

LA FIESTA DE SAN LUCAS

Nació casi por generación espontánea y llegó a convertirse en uno de los símbolos de la vida universitaria dentro de nuestra escuela.

Todos los años se celebraba la festividad del Patrono de la Facultad de Medicina (18 de octubre), la que culminaba con un almuerzo campestre al que concurrían docentes y alumnos. El ambiente de estas reuniones era de mucha camaradería y por ello, a nadie llamó la atención que allá por los años 44 ó 45, un alumno agregó a los cuentos de la sobremesa del Dr. Dell'Oro y del Dr. Nacho Ovalle, una imitación de la clase de determinado profesor.

En los años siguientes, las intervenciones estudiantiles no fueron tan espontáneas, sino que más o menos preparadas y el número de "artistas" en aumento sostenido. En 1947, el 40 y 50 años de la época y desde allí en adelante el Centro de Alumnos, canalizaron toda esta iniciativa personal en un espectáculo organizado.

Apareció un escenario y un maestro de ceremonias. Se desarrolló una opereta en que se aludía desde el Decano hasta Sor Sara, la religiosa de Rayos que mantenía en orden al cuerpo médico. Tampoco escaparon los poetas, cuyos versos fueron distorsionados hasta calzar a algunos de los entonces alumnos. Así, pareció oírse a Neruda, cuando en una grabación se oyó una voz ronca y monocorde, tal vez la de Enrique Montero —ya entonces estudioso del vate— y un largo trozo titulado "Bajuras de Pichiruche", que dejaba "a la altura del unto" a los alumnos y que creemos recordar que, en parodia, comenzaba así: "De tumbo en tumbo, como una red vacía. De curso en curso, como una bola huacha...". También se recitaban versinas que decían: "gavilla de rieles, protesta airada del proletariado...", para referirse a un poema titulado "Mechas de Cubillos", y una de las "Rimas" de Gustavo Adolfo Bécquer se transformaba: "En un rincón, cubierto de polvo, de su dueño tal vez olvidado, dormíase Jarpa...".

Este primer San Lucas formal, tuvo lugar en un fundo de Pirque, de propiedad del profesor José Manuel Balmaceda y fue el punto de partida de una progresiva competencia en que cada curso trataba de superar a los otros tanto en ingenio como en escenografía y actuación, siempre dentro de un estilo respetuosamente irrespetuoso.

Hubo algunas figuras cuya actuación anual era celebrada y solicitada por la concurrencia, como las imitaciones de Enrique Laval a don Carlos Casanueva y, posteriormente, las de Hernán Cuevas al Rector Silva Santiago.

La calidad del espectáculo mejoraba año a año. Después de una etapa en que se componía de una sucesión de episodios cómicos o satíricos, se convirtió en una presentación planificada, como aquella del circo, con redondel, pista de aserrín, telón de boca y una auténtica, absolutamente auténtica, banda de circo, que desafinaba como correspondía. Con desfile de los artistas, el correspondiente maestro de ceremonias, apercido del indispensable silbato, asistentes de pista y, por supuesto, payasos.

Estos últimos se convirtieron por varios años en la atracción máxima de la fiesta. Alfredo Pérez, Ricardo Ferretti y Alfonso Claps, hicieron un verdadero curso de especialización en la materia. Asistieron a las funciones de los circos más auténticos y modestos, conversaron largas horas con los tonies, después de las funciones, conocieron de su personalidad y se metieron en su mundo. Aprendieron a pintarse, usando los mismos mejunjes que ellos, se hicieron de un vestuario apropiado y de sus implementos de trabajo, comenzando por los paraguas sin armazón y la palmeta de madera. Copiaron sus gestos, sus gritos y sus risas. Hasta el modo de caminar, que aun alguno no abandona. Sus actuaciones llegaron así a un nivel verdaderamente profesional.

Para la celebración de los veinticinco años de la escuela en 1955, el almuerzo de San Lucas figuró dentro del programa oficial de festejos. Todos los cursos quisieron poner lo



San Lucas 1947 – También en el espectáculo había fútbol.
El equipo de los profesores, de pie, de izquierda a derecha: don Pepe Estévez, Raúl Silva, Italo Caorsi, Héctor Croxatto (Premio Nacional de Ciencias y pésimo wing izquierdo), Profesor José M. Balmaceda (dueño de la cancha y de la pelota), Mario Meyerholz y el "Macho" Fernández.
Hincados: Sergio Rosatti, Hugo Salvestrini, el chico Villalobos, Raúl dell'Oro y el inefable Valenzuela.



Equipo de los alumnos, de pie: José M. Silva, A. Greppi, Jorge del Río, José M. Borgoño, Edgardo Cruz, Lorenzo Cubillos y el Loco Sarmiento.
Hincados u agachados: Pipeta Allende, Adalberto Caro, Carlos Gómez Rogers y Oscar Errázuriz.
Aparte de lo apropiado de vestimenta de los "players" obsérvese que ya en esa época el arquero de los alumnos padecía de cansancio crónico.

mejor de su ingenio para aquella ocasión especial. Y resultó. Hubo incluso un número de acrobacia aérea con un monomotor pilotado por Ernesto Figueroa, de 5º año, que efectuó un par de insolentes pasadas rasantes sobre el lugar. Después de un par de evoluciones, el avión tomó altura, mientras se anunciaba el lanzamiento en paracaídas de Julio César Acevedo. En medio del suspenso general, el "Negro" saltó al aire. Una larga cola blanca colgaba de su cintura. Pasaron los segundos. El paracaídas no se abrió y ante el espanto de la concurrencia, el bulto cayó detrás de unos árboles vecinos. Era un mono relleno de paja.

No fue aquella la única emoción que se llevaron los invitados a aquel almuerzo especial, encabezados por el Rector de la Universidad y por el profesor Bernardo Houssay (Premio Nobel de Medicina). Los payasos finalizaron su actuación con el clásico episodio de lanzarse baldes de agua. Uno de ellos buscó refugio delante de la mesa principal y vimos al Decano, al señor Rector y al Premio Nobel de Medicina, tratar precipitadamente de guarecerse con el mantel, de lo que resultó ser una lluvia de papel picado.

En el banquete de clausura de los festejos de los veinticinco años, aquella misma noche recibimos calurosas felicitaciones y elogiosos comentarios. El profesor Braun Menéndez, colaborador destacado de Houssay agradeció vivamente aquellas horas "que lo habían devuelto a sus tiempos ya lejanos de estudiante".

Otro San Lucas memorable fue aquel en que los profesores presentaron su propio show, vengándose de los alumnos, los cuales a su vez, descubrieron que sus mayores tenían bastante más ingenio del que ellos creían.

Quienes asistieron alguna vez como invitados a este día especial, más de una vez expresaron sus dudas que la Escuela pudiese seguir funcionando al haberse vulnerado tan abiertamente la jerarquización. Sin embargo, si hubiera ido a clases el día siguiente, o visitado el hospital, no hubiese encontrado en el correcto comportamiento de los alumnos asomos del carnaval del día anterior. Ya no se volvería a hablar de ello hasta octubre del próximo año.

Al igual que los clásicos universitarios, esta celebración tuvo su época de apogeo y de ocaso. Como lo señalan las crónicas del "Friday por Medio Medical Post", a mediados de la década del 60 se había convertido en un almuerzo campestre con algunos episodios de humor.

Los alumnos tenían sin duda otras inquietudes.

Pero el encuentro anual se ha mantenido y la tradición de San Lucas puede renacer. ¿Quizá este año?

LA PRENSA ESTUDIANTIL

Deberíamos hablar más bien de la expresión escrita estudiantil.

Las inquietudes, anhelos, aspiraciones y tensiones de nuestros estudiantes han tenido dos formas de expresión: la informal, vernácula, folklórica o autóctona y la formal, impresa y graficada.

La primera comprende varias vías:

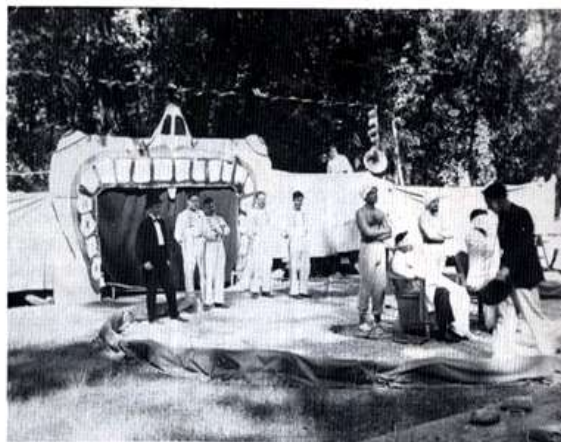
— el pizarrón del auditorio. Una frase punzante —anónima—, un esbozo de caricatura o un interrogante recibe al profesor. Este a su vez la acoge con simpatía o con abierto o disimulado desagrado. Algunos pizarrones se libraron de estas impertinencias. Que sepamos, nadie escribió sílaba alguna en el de Anatomía Patológica, donde lo único extraño que podía verse eran unos complicados cálculos matemáticos que hacía el impenetrable auxiliar ruso Nikolai y que borraba apresuradamente antes de la entrada puntual del temido don Roberto Barahona, que, cual árbitro de fútbol miraba la hora para cerrar —en el segundo exacto— el fatídico pestillo de la puerta en medio del más impresionante de los silencios.

— los tableros de avisos de los pasillos también servían como medios de comunicación. Entre los anuncios o comunicados formales de la dirección, departamento o servicio, un papel con una anotación generalmente graciosa y simpática para quienes la leían, exceptuando el aludido, naturalmente.



LOS PAYASOS

Alfonso Claps, Ricardo Ferretti y Alfredo Pérez. Tanto se les metió el circo en la sangre, que más de alguno sigue payaseando.



EL CIRCO

Maestro de ceremonias: Alejandro Goic; sus asistentes: Brandt, Baquedano, Bambach y Piriz. "Los faquires": Comparini y "El chuncho Naveillán". Dos hipnotizados anónimos y el profesor Claps. Nótese que ya se habían inventado los parlantes.



EL VENTRILOCUO Y SUS MUÑECOS

Patricio Vela brincaba y volaba como un verdadero mono inarticulado; Salvador Bozzo, hacia crisis epilépticas subintrantes. La única misión del ventrílocuo, José Espinosa, era mantener a estos personajes en su lugar y aguantar los insultos que le lanzaba el Vela.

— los carteles y afiches de congresos, simposios, mesas cuadradas o redondas y cursos en general, también se prestaban para expansionar las inquietudes de un decorador en potencia. El agregado de siglas a las de los títulos de alguno de los participantes; un signo de interrogación frente a uno de los nombres —¿qué hace éste aquí?— la anteposición de signos monetarios; dos ruedas de ferrocarril sobre un riel —carrilero— son y suponemos que seguirán siendo formas tradicionales de expresión de sentimientos nobles o de los otros.

— los libros de los internos. Constituyeron la manifestación más genuina y espontánea de anhelos e inquietudes estudiantiles. Quien instaló por primera vez un voluminoso libro de hojas en blanco, en la pieza de internos del 4º piso del hospital, realizó un acto médico terapéutico de catarsis individual y colectiva. Abrió una compuerta que muchas veces sirvió para desahogar presiones, tensiones, esperanzas y anhelos. Para desquitarse contra una actitud de un docente o para celebrar el ingenio de otro. Todos los personajes de nuestra escuela desfilaron por allí. En cierto modo, sus páginas eran un barómetro de simpatía o antipatía y del respeto o no que inspiraba el aludido.

El calibre de las anotaciones variaba desde la graciosa, liviana y jovial y fina hasta la boutade. Frases, caricaturas, versos, copuchas, chismes, sucesos, verdaderos o absolutamente falsos, fueron formando un verdadero diario de vida del internado durante años. El tono fue haciéndose más áspero, rústico y de menos humor, hasta que un residente requisó aquellos ejemplares en nombre de la Santa Inquisición y tras sumarásimas revisiones, los condenó a la hoguera.

El libro de internos reapareció varios años después, en la década de los 60, en la maternidad, donde se conserva hasta hoy como una institución de la vida estudiantil.

Algunas de sus páginas han sido rescatadas del olvido y pueden exhibirse como una muestra de ingenio.

THE FRIDAY POR MEDIO MEDICAL POST

La prensa estudiantil aparece en nuestra escuela en 1957 con un periódico notable bajo el lema de "sólo la plata nos calla".

Tres hojas mimeografiadas, el precio discriminatorio (alumnos \$ 25, profesores \$ 35), una invitación amplia para colaborar a él y una seca indicación: lea y recuerde: no se lo preste a nadie! ! !

La primera edición de 80 ejemplares se agotó rápidamente. La segunda vendió sus 150 ejemplares.

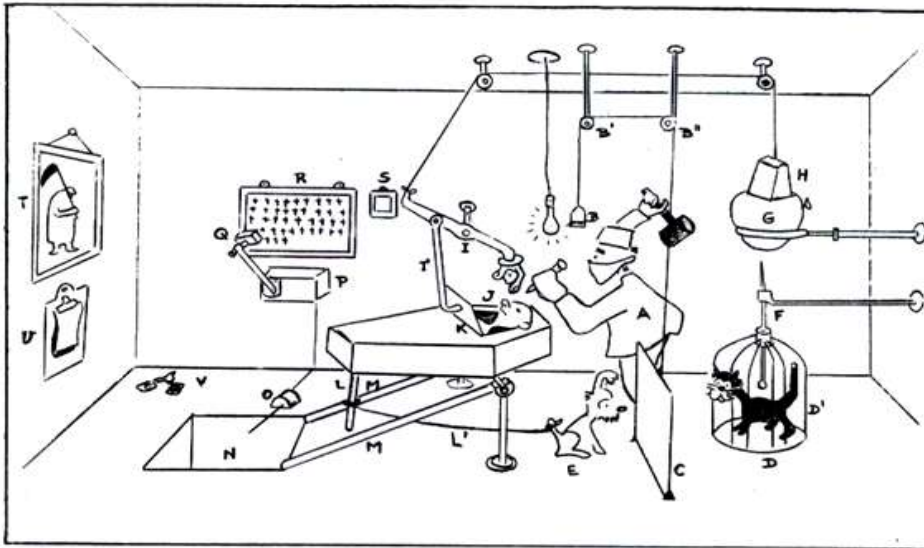
Escrito a dos columnas, un editorial liviano, noticias del Centro de Alumnos, de la escuela, un artículo de fondo (frente a la Universidad, policlínico para la población Gabriela Mistral), avisos clasificados y chismes bajo el título de "High Society", acaparó rápidamente el interés de la escuela desde su inicio.

Andanzas de profesores y alumnos desfilaron por sus páginas.

— Manuel Rodríguez, de vuelta de su exótico viaje a Rapa Nui en donde posó para totemo. . . Manuel de la Lastra arreglando una pana en el puente sobre el Aconcagua, en medio de los improperios de los 248 autos que no podían seguir. Su señora clamaba justicia. . . Edgardo Cruz causando desorden con su mala conducta en las reuniones clínicas. Si no se corrige se llamará a su apoderado. . . Pablo Casanegra entrando a paraíso en el "Central", muy elegante, con su niña, quien lo acompañó hasta que las pasiones hicieron presa del antes mencionado. . . Antonio Arteaga comprando banderitas chilenas a sus hijos. El se compró una más grande. . . Raúl Fuentes, de Histología, haciendo clases particulares en el tercer piso. . . Calificación de la alumna: buena.

Jorge Swaneck, Sergio Jacobelli, Federico Leighton, Arnaldo Foradori, Alvaro González y algunos otros, fueron los hombres del ingenio.

En 1958 la impresión mejora a sistema Multilith y comienzan a aparecer las ilustraciones de Dagnino y de un profesor, Edgardo Cruz, quien a partir del Nº 8 (Vol. II — Nº 8, Escuela de Medicina U.C.: "Sólo la plata nos calla", viernes 19 de diciembre de



Mesa Operatoria automática como para Neurocirujano u otro

Modus Operandi:

Una vez terminada la faena, el Cirujano o Hechor (A), tira la cadena (B) que, por un originalísimo mecanismo de poleas (B' y B'') levanta el telón (C). Esto permite que el gato (D) vea al perro (E), cuya presencia sospechaba pero no le constaba. El gato se engrifa y con el lomo empuja el tope inferior de la varilla corrediza (F) cuyo extremo superior es cuidadosamente afilado. Al pincharse el globo (G), queda sin apoyo el peso (H), lo que origina una fuerte tracción que levanta el extremo izquierdo de la palanca (I). La otra extremidad baja y empuja la cabeza del occiso u operado (J) dentro de la mesa operatoria mediante un guante de goma estéril. Al mismo tiempo la subpalanca (I') cierra la tapa (K), impidiendo que el cirujano se tiente a re-operar.

A estas alturas el perro (E), que es algo lento para sus reacciones, se lanza sobre el gato (D), protegido, al contrario del paciente, por la jaula (D'). El soporte (L) cae por acción del tensor de acero cromo-tungsténico o pitilla (L') unido a la celda del perro y la mesa cae sobre los rieles (M), deslizándose suavemente a la comunicación (N) que va directo a Anatomía Patológica. En su descenso la mesa acciona la varilla del interruptor (O) que pone en marcha el mecanismo electrónico (P), el cual estampa el timbre (Q), previamente untado por el anestesista, en la Lista de Exitus (R). La lista (S) es para anotar los sobrevivientes. Otros elementos de importancia son el retrato del Dr. Quintana (T) y la ficha clínica (U) con cuádruple calco, lo que permite anotar de una sola vez la Historia Clínica, Resumen de Anatomía Patológica, Certificado de Defunción y artículo para el diario. - El objeto (V) es un escapulario con la foto de la novia que se le cayó al Dr. Cubillos en la operación anterior.

NOTA: En ningún momento se ha pretendido que el Cirujano represente al Dr. Forlivares Azócar, y el que el gato sea negro y al paciente le toque la letra J son meras coincidencias. -

* * * * *

REMA TE

347 — MARCOS LETE — 347

(Tomar micro Macul, bajarse en la Est. Central y tome taxi hasta el sitio del remate)
HOY VIERNES 17 de MAYO A LAS 9 P. M. (aunque esté oscuro)

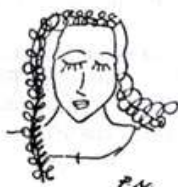
Por orden de Sanidad

HAY

MENAJE: 225 Marquesas Chippendale; 225 cubrecamas d; Brocato con cardenales; E*cupitines Val-St Lambert; 800 Marias Callas (ó Canteras) modelos Luis XVI y Tronador. Rica cuchillería para cortar carne sin uso.

- Un director flaco en mal estado.
- Un gorro de marinero con inscripciones de yeso.
- Manual Carreño de Urbanidad corregido por Salvestrini.
- Retoscopio Toledano.
- Cama del Dr. Muller (como para perro chico).
- Escritorio del director, con poco uso.
- Depertador sin campanilla del Dr. Cruz.
- Guía de los ferro-Carriles del Dr. Ortózar.
- Delantel del Dr. Schuller (apto para carpas).
- 14 veladores, 29 somnieres y 17 Ketosteroides.
- Estos últimos virulentos de toda cepa, incluso modelo 1961.
- Frascos con sangre grupo 2, con Rótulo de Grupo 4 (para bromas).
- 200 litros de orina de Diabéticos, especial para Sorbete.
- Pañuelo del Dr. Jarpa o cubrecama.
- Pielos rojos del Dr. Puenzaila para escobillones.
- 200 acciones del Banco de Chile.
- Carnet de Logia La Montaña, del Dr. Raddatz.
- 1.500 Electrocardiogramas normales obtenidos en enfermos con infarto.
- Amebas amaestradas por el Dr. Sánchez para demostraciones de Anatomía Humana.
- 8.000 frascos vacíos de Tónico Capilar, del Dr. Montero.
- 2 gorros de Decano (uno austral).
- 340 fichas de ruleta del Dr. Marsano.
- Camisa de fuerza del Dr. Lucco.
- Píndolos Radiactivos del Dr. Mena para estudio del mecreísmo.
- Manual para Sordomudos del Dr. Arteaga.
- 7 tomos del "Manual de Inglés Básico para Otentotes" por el Dr. Townsend.
- Instrumental de Eutanasia.
- 2 porteros, descendientes del Teniente Belio.
- 1 telefonista ocupada.
- 2 ascensoras marca "Turtle" con paradas en entrespiso.
- Internos no orientados en el tiempo ni en el espacio.
- 1 Negro.
- Loro tartamudo del Dr. Del L'Oro.
- 8 chuchos de Hipertensina.
- Un electrolito chiquitito.

Las especies estan a la vista desde hace como 10 años en la dirección indicada.



LE QUIEN SERA?

FOTO DIAZ

(los que saltean amparados por la oscuridad)

— Radiografía de Primera Comunión ..	\$ 7.000
— Id. con Aureola ..	8.000
— La aureola sola, adaptable a otra foto ..	1.500
— Radiografía para Bautizo (Ant. Post. y Lateral) ..	5.000
— Id. con padrinos incluidos ..	10.000

PRECIOS MODICOS

Especialidad en matrimonios. Conserve un grato recuerdo de sus seres queridos antes que se operen. Atendida por su propio dueño. Con el patrocinio de la Asociación de Ciegos "La Santa Lucía". Visítenos sin compromiso: 2º piso del Hospital.

"HIGH SOCIETY"

(Lema: "Sólo la plata nos calla").

VIMOS &

— MARIA ANGELICA PEÑA Y LILLO, más repuesta del Mal de Ojo que le hicieron el Viernes Santo en un balneario.

— GEBERT, de 8º, o el hombre que tiene alma de pasajero de micro, preparando su Examen de Grado en una Canal San Carlos, aunque para sus conquistas amorosas prefiriere los trolés Golf.

— ALFENIQUE DIAZ, de 5º, de 44 kilos, muy de madrugada en el techo de su casa siguiendo el curso de Charles Atlas, para componer el físico.

— MORAN, de 2º, muy apesadumbrado, en una fiesta que hizo su curso con las colegas de Enfermería, cuando llegó el momento de despedirse de una enfermerita alemana cuyo nombre no revelaremos, pero que le dicen Hilde.

— MICHAUX, de 5º, muy contento con las conferencias del Dr. Kretschmer sobre "Antropología y sus Consecuencias", por haber encontrado su ubicación, dentro de la escala evolutiva: corresponde al *Michopitecus Horripilus*.

— ZAPATA II, muy entusiasmado con una niña que se llama María, de 1º.

— HANS, de 5º, más entusiasmado aún con una niña que se llama María Angélica, de 1º.

— VALENCIA, recientemente elegante ayudante de Biología, re que te contra entusiasmado con una niña que se llama María Angélica Frias, de 1º.

— MARIA ANGELICA FRIAS, de 1º, muy bien de salud: gracias.

— DOMINGUEZ, de 2º, recibiendo toda clase de insultos de sus compañeros por no convidar a unas timbas que arma en su casa, que son la mar de buenas.

— J. GARRIDO de 1º, audaz volante de Jeep, chocando con un taxi en pleno centro. Saltó por una ventana, adjudicándose 12 puntos en el occipucio y 15 días de cama.

— VILLAR, de 4º, trabajándose al suegro intensamente. Incluso ha llegado a decirle que la calvicie tiene remedio.

— ARIZTIA, de 1º, tirando pinta con su parentela bien ubicada en los ramos básicos, entre sus atomorizados compañeros.

— LARA, de 5º, había decidido dedicarse a la Tisiología, después de la fiesta de recepción, en donde se le vió hacer toda clase de piruetas para caer simpático.

— LIRA, de 6º, pergoleando en horas de clase. Sería bueno que la familia se enterara de estas cosas y controlara a este teen-ager.

— **IRARRAZAVAL**, de 1º, anuncia públicamente que ha perdido su libertad conyugal desde la luna llena de abril. (N. del E.: es grato contemplar cómo la política del Buen Vecino se practica en esta Escuela desde los primeros años).

Trataremos de continuar apareciendo una vez al mes. Se acepta toda clase de colaboraciones. Una vez que haya leído este número, no lo preste. Good-Bye. (ZEPEDA, co-responsal).

1958— Precio: alumnos y profesores \$ 100, por parejo — Tiraje: 350 ejemplares), se incorpora además como colaborador y “censor” invitado: . . por los propios redactores.

Algunas de estas ilustraciones eran muy elaboradas y de rica simbología local como aquella “mesa operatoria automática como para neurocirujano u otro” perteneciente a una supuesta serie de “Grandes Progresos de la Medicina”.

La periodicidad de su aparición no fue precisamente “friday por medio”, pero entre 1957 y 1966 no hubo año en que no estuviera presente. “Una publicación quincenal que aparece cada tres meses”, explicaba orgullosamente el propio periódico.

El tono seguía siendo liviano:

“Dr. Dubernet pasando una temporada en Santo Domingo. Malestar entre los veraneantes, formándose comités para repudiar su actitud. . . Dr. Pérez, ocultando la percha para que no lo pesque la ola matrimonial que se ha desatado (en realidad con esa percha no debería preocuparse). . . Dr. Marsano haciendo dedo a la vuelta del casino dentro de un barril con suspensores. . .”

“Vendo partida de gomina alemana al detalle, por deudas. Doy demostraciones una vez finiquitado el negocio. Tratar Dr. Cubillos”.

A fines de 1959 “The friday por medio” aparece con una viñeta en su carátula y al año siguiente se imprime a dos colores, en la misma imprenta que editaba el diario “El Siglo”. Haciendo honor a su condición de tabloide, no tuvo empacho en lanzar títulos bombásticos en su primera página. En rojo, a todo lo ancho: “Renunció el Rector”, para aclarar en la página 5. . . “de la Escuela de Párvulos Nº 81 de Quinta Normal”. En otro de sus números el titular “JAR se casa con alumna de la escuela”. . . aclarando en la página 11 que se trataba de un alumno de la escuela con las mismas iniciales del presidente.

En la última página del Nº 10, se anunció el “Remate Judicial del Hospital, por orden de Sanidad”, junto a un pintoresco anuncio publicitario de Foto Díaz (“los que saltan amparados por la oscuridad”).

Para evitar problemas legales, nominaron Director a “Ramón Ortúzar Escobar, domicilio Marcoleta 347 y representante legal: su hermano Enrique”. . . y al número siguiente: “Expulsado Director del Friday”. “El Consejo de Redacción del Friday teniendo presente y considerando. . . el carácter revanchista tendencioso y procaz de la última publicación. . . las intolerables alusiones a respetables entes universitarios. . . destituyen de su cargo de director del Friday a don Ramón Ortúzar”.

Otros números posteriores imitaron a conocidas publicaciones como la revista “Finis Terrae”, enjundiosa y docta publicación de la Universidad y la “Revista Emética de Chile” a igual formato y color verde que la “Revista Médica de Chile” con su correspondiente temario en la primera página (Trabajos originales: Desodorantes mercuriales: Dr. J. Lewin. . . Rectoscopia: una visión diferente del hombre. Dr. C. Quintana. . . Litiasis en la Edad de Piedra. Dr. J. Mery. . . Trabajos de Ciencias Básicas y de Ciencias Ácidas: Lengua bífida en el hombre, un caso. Dr. R. Barahona. . . Lengua bífida en el hombre, otro caso. Dr. S. Vial.

El número del “Latis Terrae” fue llevado para su exhibición y venta a la Librería de la Universidad y colocado junto a su “homónima”. Tan poca gracia hizo a los editores de la revista verdadera y tal fue su indignación, que los del Friday reincidieron en el Nº 15 con otra versión de “Latis Terrae — Revista Hipnótica”.

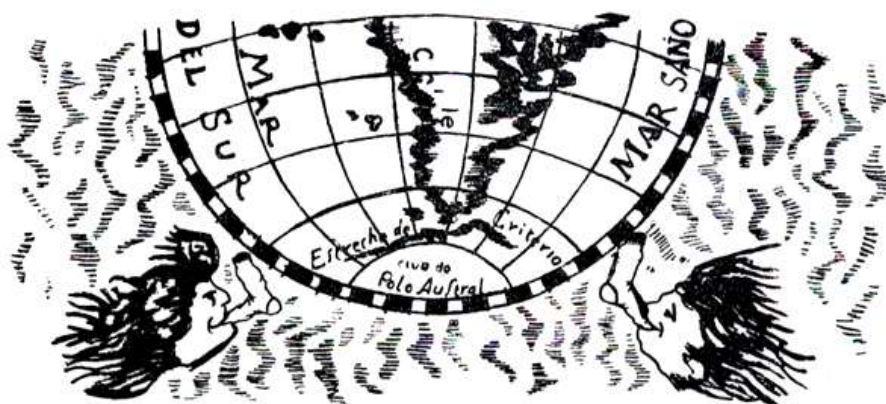
No todo era broma. “The Friday” publicó excelentes artículos en serio, como “La profesión médica”, una joya de ética y moral profesional escrita por don Rodolfo Rencoret, o como “Recuerdos de don Carlos, Rector magnífico”, emocionado y ponderado homenaje enviado desde Cambridge por el Dr. Luis Vargas. También acertados enfoques sobre asuntos universitarios, especialmente sobre docencia, escritos por alumnos y que hasta hoy conservan vigencia.

Pero el meollo era la ironía, la sátira, el toque de humor. Jorge Swaneck y su grupo se dieron incluso el lujo de escribir artículos que al comienzo parecían en serio, hasta que en el tercer párrafo nos reíamos de nuestra propia ingenuidad.

LATIS TERRÆ

PRECIO: \$ 300.

DONACION Eº 1



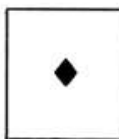
SUMARIO

LA EXISTENCIA DE PLOTINO
EN LA LITERATURA BARROCA DEL
SIGLO XVII / ARISTOFANES, SOCRATES
Y JORGE NEGRETE / EL BRAHMAN Y EL
SCHOPP / EL SENTIDO TRAGICO DE UN-AMUNO /
EL SENTIDO MAS TRAGICO DE DOS-TOIEVSKY /
EXISTENCIALISMO VERSUS SANTIAGO-MORNING / PRO-
GRAMA COMPLETO DE LAS CARRERAS DEL HIPODROMO / IBERO-
AMERICA UNIDA ANTE LA PALTA MAYO / MI VECINA DEL
FRENTE / FISONOMIA HISTORICA DE LA CLAUDIA
CARDINALE / IMPRESIONES DE UN VIAJE A LA
PINTANA / LA INTELIGENCIA DE MIS
AYUDANTES / VIDA Y GASTOS DE LA
UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE.

N.º 12

UNIVERSIDAD

CATOLICA



FACULTAD DE

MEDICINA

ESCUELA DE GRADUADOS

CURSOS DE PERFECCIONAMIENTO PARA 1965

CON LOS AUSPICIOS DE EMPRESA FORLIVESI
Y SINDICATO MARMOLISTAS CEMENTERIO GENERAL

CURSOS EN SANTIAGO

1. AVANCES EN MEDICINA
Dr. Ramón Ortúzar
2. RETROCESOS EN MEDICINA
Dr. Salvador Vial
3. AVANCES EN CIRUGIA
A corazón abierto: Dr. H. Salvestrini
A cajón abierto: Dr. J. Olivares
A ojos cerrados: Alumno Prieta
4. AVANCES EN PEDIATRIA
Dr. Julio Metienelino: "Duérmete mi niño que viene FANTA".
5. AVANCES EN OBSTETRICIA GINECOLOGIA
Parto sin dolor: Dr. Pérez
Parto sin guagua: Dr. Espinoza
Demos a luz: Dr. Vela
6. NOCIONES DE PSIQUIATRIA IMPORTANTES
PARA EL MEDICO GENERAL
El Yo, el Tú y el YO-YO Russell: Dr. Galilea
Psicoterapia profunda (llevar traje hombre rana)
Dr. A. Roa
7. PSICOLOGIA Y PSICOPATOLOGIA DE LA
PERSONALIDAD
Complejo de inferioridad en los marinos bolivianos, alcances clínico-geográficos
8. NEUROLOGIA Y NECROCIRUGIA
(Ver coronas de caridad)
Epilepsy-Shake y Jackson Shake.
Su tratamiento con fenobarbital: Dr. C. Vera
9. FISIOLOGIA DE LA REPRODUCCION Y
CONTROL DE LA NATALIDAD
Foro, participan: Dres. S. Raddatz y L. Cubillos
10. TUBERCULOSIS EN GENERAL
y también en Coronel

11. MEDICINA DEL DEPORTE

Al arco el chico Müller, en la zaga Andrade, Don Renca y el Tío Pepe. Como fuelles de la media Croxatín y Croxatón. Al ataque el Hugo, de ocho el Fernán, de centro Bobby (Ortúzar), y la avanzada ala izquierda con el Tata Van Diest y el Abreguatas Passi.

12. CANCEROLOGIA

Las masas y el cáncer: Panadero Arraztoa
Mi Tiotepa: Dr. Vargas

CURSOS EN VIÑA DEL MAR

MARTINGALECTOMIAS

Dr. A. Marsano

Pasos prácticos en la Clínica de la Fundación Lucas Escudero.

INFARTO POR MONOKINI

Dr. P. TOMSEN

TERATOLOGIA

a cargo del Hospital Deformes

OTROS CURSOS

MEDICINA NUCLEAR

Empleo de los radiolámparas en la reducción del radio-ídem: Dr. Mena

UROLOGIA

— Cómo matar un rulseñor.

Dr. Del Loro

— Cómo matar dos pájaros de un tiro

Dr. Mery

CURSOS PARA ENFERMERAS

1. Maquillaje por Dorothy Gray ED.
2. El médico al alcance de todas, por algunas

CURSOS PARA MATRONAS

1. Puje señora
2. Parto con sopapa

PRECIO E.º 0,30 - MEDICOS E.º 1

Lo más destacado de lo humorístico eran los avisos, como ese de los "Cursos de Perfeccionamiento para 1965: Avances en Medicina, Dr. Ramón Ortúzar. Retrocesos en Medicina, Dr. S. Vial. Avances en Cirugía: A corazón abierto, Dr. H. Salvestrini. A cajón abierto: Dr. J.R. Olivares. A ojos cerrados: alumno Prieto. Urología: Cómo matar un ruiseñor. Dr. R. Del'Loro.

Hubo mucho más, como horóscopos, consultorios sentimentales, puzzles y aquel inolvidable plano del Nuevo Hospital ("a un paso del Café Haití, Teatro Windsor y del Banco de Chile") del Director Bobenrieth "Destete", con una complicadísima leyenda que explicaba hasta el funcionamiento del cigüeñi-puerto, por donde caían los infantes hasta la guagateca.

Egresados sus creadores y realizadores "The Friday por Medio Medical Post" cumplió su ciclo en 1966.

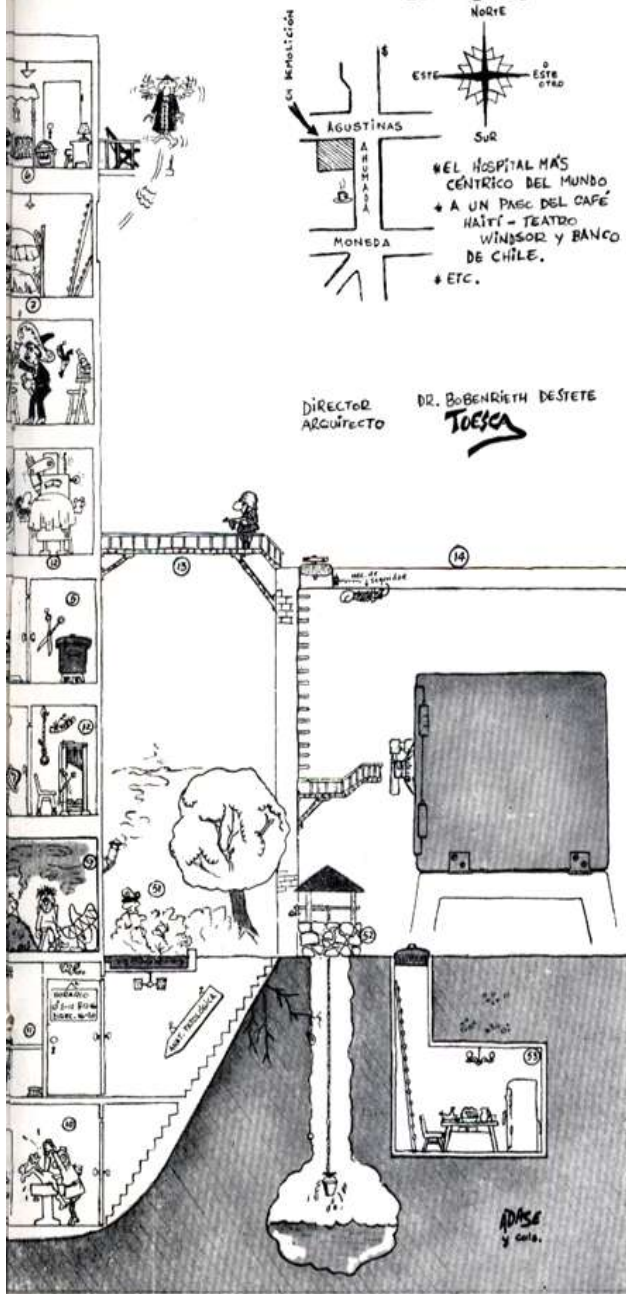
Dejó un agradable recuerdo de lo que fue una sana comunicación de los alumnos con sus docentes. Hasta hoy, el leerlo produce, por lo menos una sonrisa de simpatía y trae el recuerdo de una muy amada y disfrutada vida estudiantil.

Le sucedieron otras publicaciones. De ellas, la más importante, Speculus, ha sido el medio de expresión y el portavoz del ingenio de los alumnos de Medicina. Su lectura es reconfortante por cuanto permite ver que el sentido del humor y la ironía perduran en nuestra escuela. Que no son graves y que hay docentes que colaboran con entusiasmo. Que el espíritu del "Friday por medio", para bien, persiste.

PLANO DEL NUEVO



HOSPITAL CLINICO DE LA UC.



LEYENDA DEL PLANO DEL NUEVO HOSPITAL

(Leer de izquierda a derecha)

SUBTERRANEO

- 1.—Área Culinaria o Cocina.
- 2.—Jugo de huesillos.
- 3.—Área de almacenaje.
- 4.—Conexión a red de alcantarillado.
- 5.—Caldera o Sta. Bárbara.
- 6.—Anatomía Patológica.
- 7.—Bob el Destripador.
- 8.—Mazo tratando de pirulear cerebro (ver 2a p. no N.B.).
- 9.—Entrevistamiento Diana.
- 10.—Sala de cuartos.
- 11.—Secretaría de Escuela.
- 12.—Dirección Escuela.
- 13.—Consejo de Facultad.
- 14.—Biblioteca.
- 15.—Oficina Dr. Cyrano Jorja.
- 16.—Sala de espera.
- 17.—Laboratorio de Parasitología.
- 18.—Seleccionador de excretas: A. Trofantes, B. Quistes, C. Proglótidas, D. Cusacas.
- 19.—Cafetería a jugo de huesillos.
- 20.—Martita.

PRIMER PISO

- 1.—Estudiante tirando pinta.
- 2.—Policlínico.
- 3.—Pasillo de espera.
- 4.—Informaciones y Reclamos.
- 5.—Cala.
- 6.—Guapinteca.
- 7.—Mamitas.
- 8.—Mamotas.
- 9.—Maridos y amigos.

SEGUNDO PISO

- 1.—Sala de meditación.
- 2.—Oficina del Dr. Schuler.
- 3.—Puerta para el Dr. Schuler.
- 4.—Puerta para la gente decente.
- 5.—Sala de espera, primos del Dr. Schuler.
- 6.—Sala de Rayos.
- 7.—Neurología.
- 8.—Pirulea.
- 9.—Husco.
- 10.—Sala de espera Psiquiatría.
- 11.—Librointerapia.
- 12.—Sala para liberación del Yo.

TERCER PISO

- 13.—Alcancía de Rayos.
- 14.—Guapintado.
- 15.—Puerta para Dr. Muller y becaños.
- 16.—Banco de premas.
- 17.—Pabellón de Cirugía.
- 18.—Sala de Esterilización.

CUARTO PISO

- 1.—Departamento de Higiene.
- 2.—Osteopatología.
- 3.—Pabellón Word-Keeler.
- 4.—Taller.
- 5.—Oncología.
- 6.—Sala de exploraciones.
- 7.—Ritón artificial.
- 8.—Gordología.
- 9.—Corral de espera.
- 10.—Consulta.
- 11.—Sala de tratamiento Mal de Pott.
- 12.—Medicina Nuclear.
- 13.—El Puente.
- 14.—Alcancía de Gordología.

QUINTO PISO

- 1.—Pollas de Cirugía de Tórax.
- 2.—Exporio muerto.
- 3.—Pebellón.
- 4.—Laboratorio Central.
- 5.—Pasillo.
- 6.—Bacteriología.

SEXTO PISO

- 1.—Investigador.
- 2.—Sala común y corriente.
- 3.—Otro pasillo.
- 4.—Exploración respiratorio.
- 5.—Cámara de vacío.
- 6.—Vacio.
- 7.—Pensamiento Religioso.

SEPTIMO PISO

- 1.—Área Administrativa.
- 2.—Supervisor.
- 3.—Cupuchifono.
- 4.—Cardiología.
- 5.—Biblioteca.
- 6.—Oficina Dr. Quenez.
- 7.—Prueba de esfuerzo.
- 8.—Consultorio Sentimental.

ROOF GARDEN

- 1.—Desarrollo de interior.
- 2.—WC internas.
- 3.—Cupichupuerto.

MISCELANEO

- 50.—Ascensor.
- 51.—Área verde.
- 52.—Central de agua bidestilada.
- 53.—Laboratorio nutrición Experimental o Concedero del Capellán.

CAPITULO VIII

Algunos... entre muchos



**MONSEÑOR
CARLOS CASANUEVA OPAZO**

Jorge Medina Estévez, Pbro.

HAN PASADO más de veinte años de su fallecimiento y su memoria sigue viva en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus restos reposan en el patio principal de la Casa Central que ha sido llamado, espontánea y respetuosamente, por alumnos, funcionarios y docentes: el *patio de don Carlos*. Ahí, desde hace poco, su efígie en bronce sobre un simple pedestal de granito, perpetúa el rostro humilde y bondadoso del incomparable Rector.

¿Qué había detrás de esa figura esmirriada de un sacerdote, envuelto en un ajado manto, que cubría una sotana aún más vieja y tocado con una teja tan polvorienta que, se dice, un diplomático chileno la besó en Roma, exclamando: "¡Ah, tierra de mi patria!".

Había muchas cosas. Desde luego, y no conviene olvidarlo, un biznieto de Andrés Bello, heredero de tantas de las egregias cualidades de su antepasado, rector de la primera Universidad del Chile independiente. También había un polemista avezado y un periodista. Un abogado que jamás olvidó sus argumentos cuando podía usarlos en favor de sus proyectos. Un hombre de raro talento y de acerada voluntad. Un realizador formidable. Un árbitro nato, afanoso, y eficiente buscador de soluciones y compromisos para resolver problemas aparentemente insolubles. No poseía prestancia física, pero su estatura moral era gigantesca. Su poderosa fuerza no estaba en el dinero, ni en las grandezas de este mundo, ni en el prestigio académico, aunque ninguno de esos campos le hubiera resultado imposible.

Había algo más: un hombre de Dios y un sacerdote. Su espiritualidad era profunda, su oración prolongada hasta altas horas de la noche, su penitencia dura (una vez vi, indiscretamente, el látigo con que se azotaba), su reposo sobre unas torcidas tablas y entre humildes cobijas, su laboriosidad más allá de lo común. Era capaz de hablar de Dios con la autoridad espiritual de quien conoce a Aquel de quien habla. Era experto en el conocimiento de las conciencias. Fue director espiritual del Seminario de Santiago y, en dos ocasiones, la Santa Sede quiso elevarlo a la dignidad episcopal, cosa que él rehusó hasta conseguir del Cardenal Secretario de Estado una carta en que se le prometía que no sería forzado a aceptar el episcopado. No es extraño, entonces, que el Cardenal Caro, de santa memoria, se fijara en don Carlos para hacerlo su confesor y confidente: dos hombres tan distintos se encontraban en un plano común de no común profundidad: la absoluta devoción a la Iglesia y el desasimiento más completo de sí mismos.

Este hombre de influencia extraordinaria era, por sobre todo, humilde. Tenía la inamovible convicción de no haber realizado nada apreciable ante los ojos de Dios: se lo oí decir con aflicción y con lágrimas en sus ojos durante una visita que le hice el día antes de ser sometido a una grave y larga operación. Junto a esa humildad, estaba empapado de una fe y confianza sin límites en Dios: no podía imaginar que El le fuera a negar lo necesario para la realización de alguna empresa, grande o pequeña, concebida para Su

gloria. Y así emplazaba literalmente a Dios para que le enviara dinero para sus numerosas obras o para que interviniera en algún pequeño asunto cuya dilación le robaba tiempo para otras cosas urgentes. Lo hacía con confianza filial y, por la intercesión de la Virgen María, a quien profesaba un tierno amor. Se dice que hacía milagros; él no los llamaba así, sino que pensaba que eran la respuesta del Padre a sus súplicas fervientes y confiadas: no se le habría pasado por la mente autocalificarse de taumaturgo.

A este respecto, uno de los médicos que entonces atendían a don Carlos me ha contado que él, al conocer el diagnóstico y aceptar sin vacilar la operación proyectada sólo pidió postergarla por diez días —a pesar que sabía que eso significaba la persistencia de sus sufrimientos— y explicó que esta breve prórroga tenía un único propósito: implorar su curación milagrosa ya que, por su rango y por el diagnóstico seguro y ominoso, ella podría ser un antecedente para agilizar el proceso de beatificación de “los pastorcillos” de Fátima; desgraciadamente este milagro no se realizó y, cumplido el plazo que había solicitado, se sometió a la intervención quirúrgica con pleno conocimiento de la gravedad y de la semiinvalidez en que, a consecuencia de ella, quedaría.

Don Carlos llegó a ser Rector de la Universidad sin haberlo imaginado. El Arzobispo don Crescente Errázuriz lo había alejado del cargo de director espiritual del Seminario, porque creyó que don Carlos se había opuesto a su nombramiento; esta creencia estaba avalada por los rumores que corrían de que Monseñor Casanueva había sido nombrado obispo-coadjutor para suceder a don Crescente. Pero cuando una cuidadosa verificación convenció al Arzobispo de que don Carlos nada había hecho para evitar su nombramiento, Monseñor Errázuriz que era gran señor y justiciero, decidió reparar su error: llamó a don Carlos, lo hizo arrodillarse y, por obediencia, le impuso la rectoría. Iban a comenzar treinta y dos años gloriosos de rectorado.

La idea de la necesidad de una Facultad de Medicina en la Universidad era de larga data. Ya se han reseñado los pasos inmediatos a su fundación y la participación que tuvieron en ellos los doctores Carlos Monckeberg, Luis Calvo Mackenna, Eugenio Díaz Lira, Cristóbal Espíldora, Rodolfo Rencoret, José Estévez Vives y muchos otros. Entre los sacerdotes que participaron en la concreción del proyecto estuvieron, además de don Carlos, Monseñor Manuel Larraín Errázuriz y Monseñor Francisco Vives Estévez, ambos vicerrectores en esos años.

Para don Carlos la fundación de la Escuela de Medicina se visualizó como posible con el generoso legado de don Fernando Irrázaval y su esposa, acrecentado más tarde con el de la señorita Fontecilla. Esos aportes dieron la base material a las dos ideas que tenía don Carlos con respecto a la fundación de la Escuela: la formación de médicos católicos *de ciencia y conciencia* —como él decía— y el servicio de los pobres, especialmente de los enfermos. Quería que se aliviara el dolor con una dimensión verdaderamente humana, es decir, que el enfermo recibiera cuidado en su cuerpo y en su espíritu. Si el Cardenal Caro visitaba a los enfermos del Hospital Clínico de la Universidad Católica todos los sábados en la tarde, don Carlos lo hacía cualquier día y a cualquier hora. Fue él quien quiso que el Hospital estuviera dedicado al Corazón Misericordiosísimo de Jesús (él puso el superlativo) como una expresión visible del amor por los que sufren. Por lo mismo siempre mantuvo un criterio de máxima gratuidad en el Hospital. En cuanto a los médicos que se formaban en la Universidad, los quería de sólidas convicciones morales, sin vanidad ni resquemores y con una enorme pureza de intención.

El encargado directo de la nueva Facultad fue Monseñor Manuel Larraín, más tarde Obispo de Talca; tenía su oficina de vicerrector en la Escuela de Medicina, en la esquina de Portugal con Marcoleta. Pero don Carlos no dejó de mirar muy de cerca a la Escuela, que puede bien decirse que fue su obra predilecta. Velaba por la selección de los profesores y ayudantes, y también por la de los alumnos, sopesando cuidadosamente las condiciones y méritos de cada postulante. Animaba y estimulaba a los profesores con su confianza y su apoyo y, muchas veces, intervenía personalmente para suavizar roces o resolver dificultades.

Tanto amor y tantos esfuerzos por una Facultad que amó con predilección hicieron que el Hospital fuera el lugar en que don Carlos viviera los últimos meses de su vida en este mundo. Su mente, prematuramente gastada, perdió el vigor y la plenitud de su lucidez. Pero nunca perdió el norte de su vida: el amor a Dios. Celebró la Santa Misa, mientras pudo, en el oratorio contiguo a su pieza, en el quinto piso del Hospital. Un día que lo fui a ver, poco después de mi ordenación sacerdotal, me hizo un reproche cariñoso: “¿No has venido a decirme una misa! ”. Al día siguiente reparé mi descuido.

Asistí a su muerte. Su pequeña pieza estaba llena de gente: médicos, enfermeras, sacerdotes, todas personas que lo querían, lo admiraban y deseaban acompañarlo en su tránsito, no tanto para rogar por él como para conservar en su memoria el postrer recuerdo de la muerte de un santo. Vi a un sacerdote que, apenas fallecido don Carlos, cortó un trozo de su ropa, como quien adquiere una reliquia inapreciable.

Lo recordamos como una personalidad paradójica: un hombre de espíritu y dotado de un pragmatismo extraordinario. Realista y calculador, pero capaz de los más grandes riesgos. Hombre de gobierno agobiado por altas responsabilidades, pero capaz de “perder tiempo” con los humildes y pequeños. Penitente severo, pero accesible a participar en muchas alegrías simples. Administrador sagaz de cuantiosos recursos, pero cuidadoso de vivir en extrema pobreza voluntaria.

DON CARLOS, simplemente. Perdió su apellido y nunca usó sus títulos, por lo demás, bien merecidos. Hoy como ayer, los que tuvimos el privilegio de conocerlo personalmente y los que después han llegado y sólo han oído hablar de él, todos, cualquiera de nosotros, nos referimos a su persona con el nombre cariñoso de “don Carlos”, pronunciado con veneración por quienes reconocen en Monseñor Casanueva a un chileno de excepción, a un sacerdote de espíritu y a uno de los forjadores de nuestra Universidad.



DON MANUEL LARRAIN ERRAZURIZ

Monseñor Bernardino Piñera

UN CELEBRE PERIODISTA chileno acostumbraba decir que “el mejor artículo del diario de la mañana es aquel que, a mediodía, ha perdido toda actualidad”.

He pensado muchas veces en esta observación al recordar a don Manuel. El tenía muchas cualidades del buen periodista: sentido de la actualidad, facilidad de contactos, buena información, agilidad del estilo más “hablado” que “escrito”, calor humano. Su carisma era la actualidad, casi diría la adivinación. Tenía antenas para percibir lo que venía antes de que ocurriese. Esos hombres pasan muy luego. Si la vida los desmiente, pierden su prestigio. Si los confirma, el acontecimiento predicho hace olvidar fácilmente la predicción del acontecimiento.

Don Manuel, sin embargo, no ha pasado. Lo vimos en Talca, en 1976, cuando se conmemoró el décimo aniversario de su muerte. Lo constatamos diariamente. Los obispos chilenos lo mencionamos a él en nuestras conversaciones más que a muchos obispos vivos. Se le recuerda con cariño y con nostalgia. “¿Qué diría de esto don Manuel? , ¿qué habría hecho don Manuel? ”

¿Por qué? ¿Por qué esta extraña supervivencia de un hombre que parecía, a primera vista, no durar más que un artículo de diario? La razón es el amor. Detrás de esa vigilancia continua, de ese estar siempre despierto para captar cada una de las modulaciones de la vida, en la entraña del incansable centinela latía un corazón devorado de celo por las cosas de Dios y de su Iglesia.

Tenía la sensibilidad de las madres para con el niño enfermizo. Ellas perciben mucho antes que los médicos, en un cambio del semblante, en una menor gana de jugar, en la disminución del apetito, el primer síntoma de la enfermedad que viene. Don Manuel, como las madres, era en los asuntos de la Iglesia un especialista del diagnóstico precoz. Porque amaba a la Iglesia con una ternura lúcida, con pasión y sin ilusiones. El sabía que no se equivocaba nunca en sus diagnósticos ni en sus pronósticos. Y sufría por ello.

Era un intuitivo. No eran para él las demostraciones rigurosas y fatigosas. Mucho antes de entender, él sentía. El entendía, pero con el corazón. Y “el corazón tiene razones que la razón no conoce”.

Recordaba a veces a San Pablo. Infatigable como él, frágil como él, sufriente como él. Sufriente de impaciencia, de lucidez, de celo y, agregaría, de cultura.

Enseñó durante varios años la historia de la Iglesia. Sus protagonistas del pasado, los papas y los santos, los cardenales y los frailes eran para él personas vivientes. Los vivos y los muertos entrelazaban sus experiencias. Proyectaba el pasado sobre el presente, el presente sobre el futuro y vivía, vivía propiamente, el tiempo como un instante presente, como si la duración no existiera, como si no hubiera antes ni después, ni aquí ni allá. Cultura, experiencia, don de profecía, memoria prodigiosa y sensibilidad eran otras tantas facetas de su inteligencia privilegiada.

Su amor tenía otras dimensiones más humanas. La amistad fue uno de sus carismas. Conocía a todo el mundo y todo el mundo, por supuesto, le conocía a él. Se interesaba por todo y por todos. Como lo dije una vez, un seminarista de primer año de filosofía tenía para él tanto interés como el fundador de una familia religiosa. Sabía conversar y entretenerse con los niños. Los jóvenes lo buscaban y se sentían interpretados por él. Le interesaba lo universal y lo doméstico. Hablaba con el mismo entusiasmo de su último viaje a Roma o a París como de su reciente pastoral a Chanquique o a Coipué.

Su correspondencia era reflejo de su vida: sus amistades, sus viajes, sus cargos a nivel internacional se expresaban en la montaña de cartas y de revistas que constituían, con un vasito de jugo de naranjas, su desayuno matinal. En pocos minutos todo quedaba ingerido, asimilado. Todo sería aprovechado tarde o temprano, la cita oportuna, la anécdota graciosa, el pensamiento profundo.

El escribía mucho también, muchas veces a mano —con tinta verde— por discreción. Eran cartas de afecto, de dirección espiritual, de polémica también. Cuando estaba de por medio el bien de la Iglesia, nadie ni nada lo detenía. Entraba a la batalla sin más armas que su inteligencia y su celo. Lo hirieron muchas veces. El nunca hirió. No tenía armas cortantes. Era incapaz de odiar o de guardar rencor. Nunca quiso usar la fina ironía o las ocurrencias divertidas que guardaba para la intimidad y que hacían entretenido y ameno su trato diario.

Un día me leyó una larga carta en italiano. Venía escrita a mano. Le había llegado para Navidad. Era el desahogo de un amigo con un amigo. Me hizo prometer que no le dijera a nadie que él había recibido esa carta de Juan Bautista Montini.

La amistad de don Manuel era delicada y humilde. Gustaba de acortar distancias. Nunca fue prepotente, autoritario o dominante. Pecaba por exceso de modestia. No usaba todas sus armas. Cuidaba la unidad más que su propio triunfo. Prefería perder una batalla antes que perder un amigo. La unanimidad de afecto y dolor que rodeó su muerte fue el justo reconocimiento de Chile y de la Iglesia a quien se sacrificó muchas veces para que siguiéramos “siendo uno”.

Aristócrata como era, culto y fino, delicado y sensible, llegaba, sin embargo, al pobre. Por su sencillez y bondad, su simpatía y su interés por cada uno. Pero quizás más todavía por su sentido sacerdotal. El pastor que escribía pastorales como encíclicas era también el sacerdote sencillo que sabía atender a un moribundo, pasar largas horas en el confesionario o tomar como suya la causa de un campesino injustamente despedido o de un estudiante que no podía pagar su pensión. Pero de esto, de su vida de servicio y de abnegación silenciosa, él evitaba hablar. Había que estar muy cerca de él para sorprenderla, casi adivinarla.

Amó la Iglesia. Amó el culto divino. Amó la sagrada liturgia. Construyó para Dios un templo magnífico y le gustaba celebrar en él con la majestad del pontífice, con la sencillez del padre de su pueblo. La gente acudía para oír su homilía y la comentaban después. Conocía de memoria la Sagrada Escritura. Pese a su incansable actividad, sus largas jornadas apenas interrumpidas por un corto sueño, su celo infatigable al servicio de la Iglesia, el amor de su vida, había algo en él del benedictino.

Tengo sobre mi mesa de trabajo, como una reliquia que me donó su sucesor, un azulejo que estuvo mucho tiempo sobre su escritorio “O beata solitudo, O sola beatitudo”. “Oh, feliz soledad, oh, sola felicidad”.

Más de una vez nos sonreíamos, al ver esta exclamación de ermitaño sobre la mesa de un hombre tan eminentemente sociable. Don Manuel, ciertamente, no vivió solo. Otra era su vocación y su misión. Si hubiera querido aislarse, mil manos lo hubieran arrancado de su desierto. Como el Santo Cura de Ars hubo de cargar su cruz. El tampoco pudo huir a la soledad y al silencio. Tal vez sufrió por ello más de lo que nosotros imaginamos. Tengo la íntima convicción que un mes —tal vez una vida— en un monasterio, en Las Condes, en Solesmes o en Beuron, fue para él un inalcanzable anhelo, al que renunció también por amor.

El amor es más fuerte que la muerte. El amor no es el artículo del diario de la mañana. El amor no requiere la presencia física. El amor es la vida verdadera que nos une

a todos en la comunión de los santos. Rotas las ataduras de la carne, “disuelta la casa de nuestra morada terrenal”, resplandece más libre y más puro, como el rostro de la esperanza que anima al peregrino. Tal es la presencia de don Manuel en la Iglesia de Chile. El que señaló un camino, el que acompaña desde arriba y el que espera en la meta.

Esta Escuela de Medicina guarda su recuerdo. El la vio nacer. Ella fue testigo de su celo de joven sacerdote. Ella recuerda sus clases de cultura católica, que abrían a los alumnos insospechados horizontes. Más de algún médico, ya viejo, lo habría visto acercarse a él en aquellos años juveniles, discreto y afectuoso, para entablar una conversación que pudiera llevar quizás a la participación en un retiro espiritual, o a un retorno a la gracia o a la fe perdida.

Se diría que esta Escuela casi fue su propia casa; de hecho su oficina no estaba en los claustros de la Casa Central, sino en una salita en la esquina de Marcoleta con Portugal; así fue entre 1930 y 1932 cuando era secretario del Rector y así siguió en 1934 cuando volvió de Roma como Doctor en Teología y ejerció como Vicerrector de la Universidad y profesor de Historia Eclesiástica en la recientemente creada Facultad de Teología. Desde esa salita y en sus múltiples y ajenas, pero amables salidas consolaba, ayudaba y vigilaba a su grey médica formada por alumnos, ayudantes y profesores y a quien se le acercaba; así sucedió hasta que en 1937 fuera nombrado Obispo Coadjutor de Talca con derecho a sucesión.

Don Manuel no era todavía el profeta que llegó a ser más tarde. Ni el apóstol preocupado de la justicia social y del destino del mundo. Era el sacerdote sencillo, humilde, celoso, enamorado de la liturgia, director espiritual de muchos jóvenes, que compartía su apostolado en nuestra Escuela con su enseñanza en el Seminario. Aquí conocimos al verdadero don Manuel, sacerdote antes que nada, a ese corazón sacerdotal que mantuvo hasta el último día de su vida, inalterado por las responsabilidades, los afanes, los honores.

¡Siga vivo su espíritu en esta Escuela!



CRISTOBAL ESPILDORA LUQUE

José Espíldora-Couso

CON SORPRESA y temor recibí la petición de escribir algunas líneas sobre quien fuera Decano de nuestra Facultad y Escuela de Medicina durante dieciséis años, el Profesor Dr. Cristóbal Espíldora Luque; algo acerca de lo que entregó de su vida a la Universidad Católica. Sorpresa, porque nunca me imaginé que se recurriría a su hijo para rendir un homenaje público al que fuera muy amado y venerado padre, amigo y maestro de quien escribe estas líneas. Temor porque tal vez el amor de un hijo a quien considera el mejor y más justo de los padres, pudiera cegar un tanto la objetividad del análisis de su obra, la del hombre que fuera y sigue siendo modelo de existencia, generosidad sin límites, abnegación ejemplar, anhelo de enseñar y entregar a las nuevas generaciones los frutos de su sabiduría y experiencia.

Fue esta generosidad, esta abnegación y lealtad, este anhelo apasionado por enseñar siempre, sin limitaciones, dando con sus nobles ojos cerrados y a manos llenas todo cuanto sabía, lo que lo indujeron a entregar muchas horas de su vida a la gestación, organización, desarrollo y progreso de la Escuela y Facultad de Medicina de nuestra Universidad Católica. El Dr. Hernán Romero en unas palabras en su homenaje expresó hace ya algunos años que Cristóbal Espíldora "por nada y por nadie quebró más lanzas que por la Universidad Católica a la que dedicó tantos desvelos". Sin embargo, su cariño acendrado por esta Institución, nunca entró en conflicto con el que alentó por la Casa de Bello y por muchas otras causas desinteresadas y nobles. Solía mi padre decir, en relación a esto, que el cerebro no porque se sitúe más arriba, puede superar al corazón y, como lo hiciera Carlos V, aconsejaba también ponerlos en equilibrio.

Desde 1926 trabajó arduamente para crear una Escuela de Medicina que junto con ser crisol magnífico para forjar médicos impregnados en el arte y la ciencia de la Medicina, salieran de sus claustros dando testimonio de su fe en Cristo. El poseía alma de samaritano, noble y compasivo y su ilusión permanente fue que, bajo esta acendrada fe en Cristo que recibiera de su stirpe hispánica, fluyeran infinitas generaciones de médicos que dieran junto a la salud y al alivio del dolor, el consuelo y el apoyo para soportar, por amor a Dios, las angustias de la enfermedad, la agonía y la muerte.

El Decreto de Fundación de la Escuela y Facultad de Medicina lleva la fecha del 17 de junio de 1929. Fue el primer Secretario y luego recibió el nombramiento de Profesor de Anatomía Descriptiva y Topográfica, cargo que desempeñó hasta 1945. En 1938 sucede al Dr. Luis Calvo Mackenna en el cargo de Decano de la Facultad de Medicina, cargo que ejerció hasta 1953.

En estos largos dieciséis años de decanato fue actor y espectador a la vez del desarrollo y crecimiento paulatino de nuestra Escuela y llegaba a tanto su entusiasmo, cariño, pasión y dedicación, que yo recuerdo que, siendo niño, lo acompañamos varios días con mi madre a hacer los últimos arreglos en la habilitación de una casa en la que

viviría el Dr. Jaime Pi-Suñer, fisiólogo español que había sido contratado por la Facultad. El futuro profesor de Fisiología llegaba a Chile recién casado y mis padres se esmeraron porque esa casa fuera hogar acogedor y confortable para el matrimonio.

Recibió la Condecoración Papal de San Silvestre. En un discurso de agradecimiento afirmó nuestro Decano que esa medalla debiera colocarse no en su pecho, sino en algún lugar destacado de alguna sala del Hospital Clínico, como un testimonio que su merecimiento a tan alto honor era mínimo si se le comparaba al de las Religiosas de María Inmaculada, "esas monjitas que por su abnegada labor hicieron posible la marcha de ese Hospital".

En 1952 presentó su renuncia al cargo. Monseñor Carlos Casanueva, su dilecto amigo y Rector de esa Pontificia Universidad, le envió una carta que dice en algunos de sus párrafos: "toda la Dirección de la Universidad y del Hospital opinan que no se le acepte a usted su renuncia pues goza de la plena confianza, estimación y cariño de todos; que por su prestigio, méritos, carácter, no sólo es insustituible entre nosotros sino que lo es para el prestigio de nuestra Facultad dentro y fuera del país, por tanto, debe retirar su renuncia y continuar como Decano. Reiterándole a usted los sentimientos de mi mayor estimación, aprecio y afecto no sólo le ruego y suplico sino que le exijo que continúe en el desempeño de su cargo". . . (Firmado Monseñor Carlos Casanueva Opazo, Rector).

Con posterioridad a esta fecha, cuando se enteró que Monseñor Casanueva se retiraría de su cargo como Rector, le presentó de nuevo su renuncia al Decanato en una carta de la que cito algunos párrafos que reflejan su cariño y entrega por la Universidad. Dice "los últimos y profundos lazos de cariño, lealtad y respeto que desde tantos años atan mi voluntad a su persona, don Carlos, me hicieron postergar la ejecución de este propósito mientras usted permaneciera en su cargo de Rector. Quise unir mi destino al suyo y estar junto a usted ofreciéndole mi pobre y modesta colaboración hasta el fin de su mandato". En otro párrafo dice: "quiero retirarme del cargo de Decano porque así lo exige el interés mismo de la Facultad, de la Escuela y el Hospital. No es aconsejable la perpetuación de los hombres en sus cargos y más aún en los de naturaleza universitaria. Por fortuna, nuestra Facultad cuenta con nuevos hombres y nuevas iniciativas en abundancia y el único problema será elegir entre tantos tan capaces y tan preparados. Bastaría recordar los nombres de los doctores Rencoret, Vargas Fernández, Luco, Barahona, Héctor Croxatto, Ramón Ortúzar para anticipar con cuánta ventaja y con qué éxito se hará el nuevo nombramiento. Me voy satisfecho y orgulloso, no de mí mismo, sino por haberme tocado en suerte actuar en un ambiente y en una época propicios y junto a personas de tanto valer e inteligencia".

Con motivo del egreso de Medicina del primer curso que iniciara la Escuela de Medicina en 1930, aparece en la prensa una crónica que analiza la trayectoria de la Facultad y Escuela en sus ocho años de existencia: "la característica esencial de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica radica en la perfecta organización que se ha sabido dar en el poco tiempo de su existencia, además de la selección del personal directivo y docente. Todos los cargos superiores de la Facultad están desempeñados por médicos de reconocido prestigio profesional y social, empezando por los doctores don Cristóbal Espíldora Luque y don Eugenio Díaz Lira, que desempeñan, respectivamente, los cargos de Decano de la Facultad y de Director de la Escuela de Medicina.

Pocos deben recordar que durante el desempeño de su cargo de Decano construyó el Hospital que se inauguró en 1939. Sólo Dios sabe los desvelos y preocupaciones que costó a mi padre salir adelante y llegar a materializar el anhelo que "su" Escuela de Medicina contara con su propio Hospital Clínico y, sin embargo, nadie podrá dudar que el avance y prestigio de la Escuela de Medicina se revitalizaron desde el momento en que este Hospital abrió sus puertas.

La Facultad de Medicina y el Consejo Superior de la Universidad le rindieron homenaje al retirarse del Decanato y lo nombraron Decano Honorario. Don Pedro Lira Urquieta, Decano de la Facultad de Leyes, habló en nombre de la Universidad y dijo: "de la nada supo crear una Escuela y organizar una Facultad de las cuales hoy puede enorgullecerse la Universidad Católica".

En 1953 se crea la cátedra de Oftalmología y él ocupa su lugar como Profesor Titular. ¡Qué más podría desear! Continuar unido a la Escuela de Medicina de la Universidad Católica, enseñando oftalmología, su propia especialidad. “¡Qué clases hacía el Profesor! Con el enfermo en la sala, lo trataba con la misma bondad y gentileza que a nosotros sus alumnos; dictaba clases inolvidables cuyo interés no decaía jamás. Incursionaba no sólo en la ciencia, sino también en la literatura y en el arte y no faltaba la fina y liviana nota humorística. Espíldora enseñaba sin pose, sin exhibiciones y sin buscar el alarde de erudición, simplemente quería enseñar, pero al hacerlo, desbordaba afecto hacia los muchachos; para nosotros, con el pasar de las semanas, más que un profesor era casi un padre” (Palabras del Dr. Juan Verdaguer Tarradella, Presidente de la Sociedad Chilena de Oftalmología, en el 10º aniversario de su fallecimiento).

Así fue para muchos; un Maestro en el más estricto sentido de la palabra, un padre bondadoso lleno de generosidad, un varón justo como lo calificara el Dr. Gustavo Monckeberg, y para su Universidad Católica, un incansable y desinteresado trabajador, en su modestia, pero merecedor del respeto, aprecio y reconocimiento de toda una Facultad y de muchas generaciones pasadas, presentes y futuras.



RODOLFO RENCORET DONOSO

Lorenzo Cubillos O.

CASI AL cumplirse doce años del fallecimiento de nuestro querido maestro don Rodolfo Rencoret Donoso, traigo este modesto trabajo para revivir en sus contemporáneos y transmitir a las nuevas generaciones algunas facetas de su compleja, extraordinaria y ejemplar personalidad. No cabe duda que don Rodolfo es una de las relevantes figuras que han pasado y que dieron su vida por esta Universidad. Aunque sea el menos calificado, me he propuesto esta tarea, porque en mi espíritu bullen hondos sentimientos de afecto, gratitud y admiración hacia el maestro. Estos sentimientos se han acrecentado al profundizar el conocimiento de su vida y al redescubrir en sus escritos, muchos inéditos, su exuberante riqueza espiritual, su inteligencia clara y visionaria, el buen criterio para establecer escalas de valores, la ponderación para abordar los más variados problemas, la solidez de sus principios, la voluntad acerada para defenderlos, su modestia, su humanismo, su entrañable amor a los enfermos, su entereza en la adversidad, su culto a la verdad, hasta el holocausto, su genuino espíritu universitario y tantos otros atributos, que sólo tienen una explicación: Don Rodolfo, antes que nada y sobre todo, fue un auténtico cristiano. Como cualquier hombre marcado por el pecado original, como cualquiera de nosotros, también cometió errores, pero también tuvo la honradez y humildad para reconocerlos. Su vida, en todos sus aspectos, fue testimonio permanente de su profunda fe y, con este ejemplo, él quiso iluminar nuestras mentes y tocar nuestros corazones para acercarnos al Reino de Dios.

EL HOMBRE

Nació en Talca (Chile) el 26 de junio de 1902. Sus padres fueron el abogado don Rodolfo Rencoret Bravo y la señora Rosa Donoso Garcés; ambos pertenecían a egregias familias talquinas. Por el lado paterno, tuvo dos tíos médicos, los doctores Juan y Manuel Rencoret Bravo. Su madre era nieta de la señora Mariana Silva Vergara de Garcés, dama de gran abnegación y generosidad, que mantuvo contacto epistolar con Don Bosco y promovió la venida de los religiosos salesianos a Chile. Por el lado materno, el profesor Dr. Rodolfo Rencoret tuvo varios distinguidos parientes médicos, de los cuales pueden citarse algunos: su abuelo fue don Mateo Donoso Cruz, patriarca talquino, apóstol en su profesión y Miembro Académico de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile; el afamado profesor Marcos Donoso Donoso, "Maestro de la Cirugía Chilena", era primo suyo, en segundo grado; otro primo más cercano es el profesor Alberto Donoso Infante, destacado docente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

Fue el mayor de cinco hermanos, de los cuales se han distinguido don Raúl Rencoret D., abogado integrante de la Corte Suprema, y Monseñor Alberto Rencoret D., primer Arzobispo de Puerto Montt, fallecido en 1978.

Cursó sus estudios primarios y humanísticos en el Seminario Conciliar de Talca, caracterizándose desde muy temprana edad por su seriedad y dedicación al estudio, que lo convirtieron en uno de los alumnos más aventajados de ese colegio; fue bachiller a los dieciséis años. En 1919, por definida y fuerte vocación, ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, junto a otros jóvenes que, con el correr de los años, marcaron rumbos en la cirugía chilena, como don Julio Bahr Stapelfeld, don Rafael Urzúa Casas-Cordero y don Ruperto Vargas Molinare. Sus estudios médicos los cursó con brillo, de igual manera aprobó su tesis de licenciatura, que versó sobre "Estenosis piloro-duodenales de origen biliar" y que fue patrocinada por el profesor Marcos Donoso. El 13 de julio de 1925 obtuvo el título de Médico-Cirujano, junto a los doctores Ruperto Vargas Molinare y Mauricio Kusnetzoff. Fue el mejor alumno de la promoción médica egresada en 1925, por ello la Sociedad Médica de Santiago, por unanimidad, le confirió el "Premio Clin", que consistía en un diploma y un juego completo de instrumental quirúrgico.

Dos afecciones respiratorias quebrantaron su salud física. La primera fue en 1926, al comienzo de su vida médica de postgrado, que emprendió con gran entusiasmo y abnegación; enfermó de tuberculosis pulmonar y, siguiendo la costumbre de la época, se trasladó a Suiza para una cura sanatorial (septiembre de 1926). Por cierto que el Dr. Rencoret no sólo se preocupó de su salud, sino que tomó la Comisión "ad honores" de la Beneficencia para estudiar la organización de sanatorios para tuberculosos en algunos países europeos. En París visitó asiduamente la Clínica Quirúrgica del Profesor Duval y la Clínica Ginecológica del Profesor Faure. Restablecido de su enfermedad regresó a Chile en enero de 1928. Por la afección descrita, don Rodolfo nunca fumó y siempre se cuidó de las infecciones respiratorias agudas. La segunda afección no fue tan benigna como la primera y la detallo al final.

Su amor a la medicina fue siempre muy claro, pero en cuanto a estado civil, por su profundo espíritu cristiano, tuvo que definir una disyuntiva vocacional entre la vida religiosa y el matrimonio, optando por éste. El 12 de septiembre de 1936 contrajo nupcias con doña Paulina Holley Merino, dama de gran espiritualidad y acabada formación humanística en Europa, lo mismo que su hermana Marta, esposa del Dr. Ricardo Benavente Garcés; ambas eran nietas del general de la Guerra del Pacífico, don Adolfo Holley Urzúa. La señora Paulina supo cumplir abnegadamente su misión de esposa de médico y de madre. Dios los premió con siete hijos: Rodolfo, Paulina, Jorge, Héctor, Juan Manuel, María Isabel y María Gloria Rencoret Holley; el mayor, Rodolfo, también es médico y ejerce actualmente en Australia. La inclinación religiosa de don Rodolfo no quedó trunca, lo acompañó toda su vida y se formalizó, en las postrimerías de su vida, con la designación de diácono laico, de acuerdo con las iniciativas postconciliares. Como anécdota, relato que su esposa, con su traje de novia le confeccionó la estola diaconal, con la cual fue revestido el día de su muerte y lo acompañó hasta el sepulcro.

ACTIVIDADES PROFESIONALES

En su currículum vitae se lee:

Mi actividad profesional, además del ejercicio constante de la Cirugía, se ha orientado especialmente a la docencia, a promover la investigación quirúrgica y a la organización y dirección, tanto de los Servicios de Cirugía, como del Hospital Clínico y de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile. También he realizado viajes de estudio en el extranjero y he asistido a congresos internacionales.

Describiremos esquemáticamente estas diversas labores:

Actividades asistenciales:

1. En el Hospital San Francisco de Borja, Servicio Nacional de Salud (1921-1944). Veintitrés años de su vida están ligados con los Servicios de Cirugía y de Residencia de ese Hospital. Como interno se empapó con las enseñanzas de aquellos grandes clínicos,

“Maestros de la Cirugía chilena”, los profesores Luis Vargas Salcedo y Marcos Donoso. Con don Marcos, además de su parentesco, tenía muchos rasgos comunes y fue uno de sus discípulos más aventajados, junto a los doctores Pedro Valenzuela Larraín, J. Luis Aguilar Pavez, Félix de Amesti Zurita, Roberto Estévez Cordovez, Manuel Martínez Gutiérrez y muchos otros. Allí conoció y nació su amistad con el Dr. José Estévez Vives, quien fue su amigo más fiel, colaborador incondicional y confidente hasta su muerte. Con gran dedicación sirvió el cargo de Médico-Residente Jefe del Hospital San Francisco de Borja desde 1937 hasta 1944. Allí lo sorprendió el catastrófico sismo de 1939 y consagró sus mejores energías, junto a médicos nacionales y extranjeros, especialmente argentinos, a la atención de los numerosos heridos que fueron concentrados en dicho Hospital.

2. En la Asistencia Pública de Santiago. Cumplió su etapa formativa en esta tradicional escuela de los cirujanos chilenos: se inició como ayudante “ad honores” en 1924, siguió el escalafón hasta llegar a ser jefe de turno en 1926.

3. En el Hospital Ramón Barros Luco, Servicio Nacional de Salud. Invitado por el joven fundador del Servicio de Urgencia de ese nosocomio, Dr. Juan Allamand M., que había sido interno suyo, ingresó a dicho Hospital en 1936, donde pasó a ser jefe suplente del Servicio de Cirugía y director técnico del Servicio de Guardia Permanente y de Primeros Auxilios hasta 1937, aportando su valiosa experiencia y su sabio consejo.

4. Médico-cirujano de la Caja de Previsión y Estímulo de los Empleados del Banco del Estado de Chile (1930-1962).

5. Médico-cirujano de la Caja de Crédito Hipotecario (1941-1947).

6. Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1940-1964). El Dr. Joaquín Luco V., en su discurso de inauguración del año académico 1969, comentaba:

Cuando nuestro futuro era incierto, Rencoret dejó una situación estable en el Hospital San Borja, para entregar todo lo que su mente y su espíritu poseían, con el objeto de que la etapa hospitalaria de nuestra Facultad tuviera un desarrollo adecuado. Antes se venía a esta Universidad perdiendo seguridad, hoy se suele venir a ella en busca de seguridad.

El Dr. Rencoret fue uno de los fundadores de la Facultad de Medicina y el principal promotor de la creación y desarrollo del Hospital Clínico de nuestra Universidad. Fue su primer Director, cargo que desempeñó durante quince años (1940-1955) y el primer Jefe del Servicio de Cirugía, cargo que sirvió con unción por veinticinco años (1940-1964), que vieron nacer casi todas las especialidades quirúrgicas que existen actualmente, como Cirugía Torácica, Neurocirugía, Traumatología, etc. Es justo recordar que estos logros se alcanzaron, en gran parte, con la magnánima ayuda de la Fundación Gildemeister, con doña Gabriela y don Sigfried a la cabeza, que hicieron propio el desafío de la creación y desarrollo de servicios especializados de este Hospital Clínico. El recuerdo y la gratitud hacia estos benefactores deben ser perennes en esta comunidad universitaria y hospitalaria.

Además, es digno estampar en estas líneas la gratitud hacia las abnegadas religiosas de la Congregación de la Inmaculada Concepción y a esa gran familia quirúrgica que, con generosidad y entusiasmo, colaboró con el Dr. Rencoret en la formación y desarrollo del Servicio y de la Cátedra.

Actividades docentes:

1. Cátedra de Anatomía Descriptiva de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile (1921-1928). Colaboró con el profesor titular, Dr. Roberto Aguirre Luco, en la enseñanza de esta disciplina, desde el cargo de ayudante “ad honores” hasta el de Jefe de Trabajos Prácticos y de Profesor Auxiliar (1928). En esa época, debido a contingencias políticas, el profesor Aguirre Luco tuvo que abandonar la Universidad de Chile y, junto con él, renunció el Dr. Rencoret.

2. Cátedra de Anatomía de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de Chile (1930-1940). En 1930 el profesor Aguirre Luco y el Dr. Rencoret, invitados por Monseñor Casanueva, ingresaban a la naciente Escuela con los mismos cargos que tenían en la Universidad de Chile y con gran entusiasmo y espíritu de sacrificio pusieron en marcha la enseñanza de este ramo básico. En 1937, con motivo de la muerte de don Roberto Aguirre L., el Dr. Rencoret fue nombrado Profesor Titular de Anatomía, disciplina que enseñó hasta 1940.

3. Cátedra de Cirugía de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de Chile (1940-1965). Fue su primer Profesor Titular y con singular maestría, que todos sus discípulos recordamos, impartió enseñanza quirúrgica durante veinticinco años, dedicándose en forma especial a abordar los grandes problemas con un espíritu socrático y nos entregó una mística de trabajo clínico de gran estilo. Siempre se preocupó del progreso en la docencia y como ejemplo recuerdo que el 21 de noviembre de 1953, con propósitos de enseñanza, en nuestro Hospital Clínico, se televisó por primera vez en Chile una colecistectomía practicada por los doctores Rencoret y Estévez. Aún tengo presente nuestro regocijo, casi infantil, cuando en una reunión clínica se hizo la primera demostración de una grabación en cinta magnetofónica. Le inquietaba la enseñanza quirúrgica de postgrado; por eso, después de un viaje a Estados Unidos, en 1957, volvió muy entusiasmado con las becas de residencia observadas en ese país, y en 1958, dio el primer paso para cambiar el antiguo sistema de residencia hospitalaria existente en nuestro medio, por un sistema médico-quirúrgico rotatorio, que se inició con Juan Arraztoa, Pablo Casanegra, José Espinoza y Patricio Vela. Más tarde, el sistema se fue modificando progresivamente hasta llegar al estado actual. El 2 de enero de 1965, al cumplir treinta y cinco años dedicados a la docencia, en carta dirigida al Rector de la Universidad, presentaba su renuncia al cargo de Profesor de Cirugía y escribía:

Largos han sido los años, pero doy gracias a la Divina Providencia por haber podido dedicar los mejores años de mi vida a la enseñanza y a la formación de médicos católicos; en ello he puesto todo mi cariño, mis esfuerzos, mi saber y mi lealtad, sin reservarme nada.

Actividades académicas:

1. Secretario de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile (1939-1953). En ese período prestó leal apoyo a la gestión del Decano Dr. Cristóbal Espíldora Luque.

2. Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile, por tres períodos sucesivos (1953-1963). Al renunciar el decano anterior, en 1953, éste recomendó especialmente al Rector el nombre del Dr. Rencoret para que continuara su obra. Esta sugerencia fue acogida por Monseñor Alfredo Silva Santiago. Del fructífero decanato del Dr. Rencoret, destaco algunos hechos importantes:

a. Se crearon los dos últimos cursos de la carrera, completándose los estudios de Medicina en la Universidad Católica.

b. Se obtuvo la autonomía de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica.

c. Se implantó un nuevo currículum de estudios médicos.

d. La Facultad de Medicina de la Universidad Católica alcanzó un alto prestigio, que hizo posible obtener ayuda de fundaciones norteamericanas, como la Rockefeller, Ford, Kellogg, etc.

e. Se conmemoraron los veinticinco años de la fundación de la Facultad, con un nutrido programa de actividades académicas y científicas, en las que participó el Premio Nobel de Medicina, Profesor Bernardo Houssay, de Argentina. En la organización de dichas actividades tuvo un importante papel el entonces Director de la Escuela, Dr. Fernando García-Huidobro Toro (1955).

f. Se adquirieron terrenos para construir un nuevo Hospital, en el área comprendida entre las calles Marcoleta y lo que es hoy Diagonal Paraguay (antiguo Hospicio). Este terreno fue vendido más tarde y pasó al Plan de Remodelación San Francisco de Borja.

- g. Se construyeron el actual Pensionado y el Auditorio Paracelso.
- h. Se formaron y habilitaron los servicios de Maternidad, Recuperación, Medicina Nuclear, Traumatología y Neurocirugía.
- i. Se creó el Departamento de Cirugía Torácica y se expandió su servicio al actual sexto piso del Hospital.
- j. La Escuela de Medicina duplicó el número de matrículas para el primer año, contribuyendo a paliar el déficit de profesionales que en esa época tenía el país (enero de 1963).

Como Decano alcanzó gran prestigio y autoridad en el seno del Consejo Superior de la Pontificia Universidad Católica. Monseñor Alfredo Silva S., muchas veces me repitió: *sus juicios eran oídos y respetados*. En 1962 surgieron problemas en la Facultad de Medicina, de lo cual se le notificó cuando estaba en Europa. El 22 de septiembre de 1962 el Dr. Rencoret le escribía al Rector desde París:

Para evitarle nuevas molestias a Ud. y dejarlo en libertad de resolver lo que más convenga para los intereses superiores de la Universidad, vengo a presentarle la renuncia del cargo de Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile. Agradezco a Ud. toda la confianza que ha depositado en mí durante estos nueve años, a la cual he tratado de corresponder poniendo en el desempeño de mi cargo toda mi lealtad y mis fuerzas.

El Rector no le aceptó la renuncia en esa oportunidad. Como la situación conflictiva no se resolviese, el Dr. Rencoret presentó nuevamente su renuncia, esta vez con carácter indeclinable, el 11 de junio de 1963, la que el Rector aceptó en carta del 25 de junio de 1963. En este documento le expresó el más amplio reconocimiento y gratitud de la Universidad por la extraordinaria labor desarrollada durante su decanato. Lo sucedió en el cargo el Dr. Fernando García-Huidobro Toro.

3. Rector interino de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1º de octubre de 1958 - 13 de enero de 1959). En la historia de la Universidad fue el primer laico que llegó a desempeñar el cargo de Rector al reemplazar a Monseñor Alfredo Silva S., que se ausentó por razones eclesásticas. En ese período (octubre de 1958), falleció S.S. el Papa Pío XII y le correspondió rendirle el homenaje póstumo, en nombre de nuestra Universidad. De igual manera, le correspondió manifestarle las condolencias a la Iglesia Católica por la muerte de Su Eminencia el Cardenal José María Caro Rodríguez, Arzobispo de Santiago, Primado de Chile y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en diciembre de 1958. Con el beneplácito del Rector, que estaba en Roma, creó y financió el Departamento Científico de la Universidad. Además tuvo que inaugurar seminarios, congresos y afrontar variadas actividades académicas, en las cuales se desempeñó con gran eficiencia, mereciendo el elogio del Rector y del Honorable Consejo Superior de la Universidad.

Publicaciones

Antes de 1940, dirigió numerosas tesis de licenciatura y publicó alrededor de veintidós trabajos clínicos, con la participación de sus colaboradores y sobre variados tópicos de Anatomía Quirúrgica, Cirugía General (como equilibrio hidrosalino), Cirugía Gastroenterológica (especialmente sobre íleo y patología biliar), Cirugía Ginecológica, etc., que no corresponde detallar en este momento. Después de su ingreso al Hospital Clínico de la Universidad Católica, debió consagrarse de lleno a la organización de la nascente institución, a la docencia, actividades académicas y asistenciales, por lo que obviamente disminuyeron sus publicaciones. Sin embargo, siempre estaba proponiendo temas de trabajo y estimulando a sus ayudantes a la investigación clínica y a la comunicación de sus experiencias. Debo destacar que en 1943 un grupo de docentes del nuevo Hospital, encabezados por el Dr. Rencoret, publicó un completísimo trabajo multidisciplinario sobre "Íleo", que en esa época fue un enfoque novedoso y modelo para el trabajo científico en equipo que yo me atrevo a calificar de clásico, en cuanto a su contenido, porque hoy, a pesar de los años, en muchos aspectos conserva plena validez.

Participación en Congresos y Cursos

1. Representante de la Universidad Católica de Chile en los Congresos Internacionales de Educación Médica, realizados en Ciudad de México (1957), Montevideo (1961) y Montreal (1961).
2. Representante oficial de la Universidad Católica de Chile en el Congreso Internacional de Universidades, México (1960).
3. Representante oficial de la Universidad Católica de Chile en el X Congreso Internacional de Médicos Católicos, Londres (1962).
4. Participación como docente en el Curso de Perfeccionamiento Médico de Postgrado, realizado en el Hospital Abraham Lincoln y organizado por la Sociedad Médica de Valdivia (octubre de 1963).⁵

F. Viajes de Estudio e Invitaciones Oficiales de Gobiernos

1. Viajes de estudio en Francia, Bélgica y España (1926-1928).

Posteriormente visité nuevamente Francia y Suecia (1950). Más tarde hice un nuevo viaje de estudios a Inglaterra, Alemania, España e Italia (1955). En 1959 y 1961 visité Estados Unidos de Norteamérica.

2. Invitaciones oficiales de los gobiernos de Estados Unidos de Norteamérica (1957), Francia (1962) e Israel (1962), para visitar centros universitarios y médicos.

SOCIEDADES

Fue miembro de la Sociedad Chilena de Anatomía Normal y Patológica, de la Sociedad Médica de Santiago, de la Sociedad de Cirujanos de Chile, de la Sociedad Chilena de Gastroenterología, de la Sociedad Internacional de Gastroenterología, de la Academia San Lucas y del Consorcio de Médicos Católicos.

DISTINCIONES

1925. "Premio Clin", conferido por unanimidad del directorio de la Sociedad Médica de Santiago.

1950. (23.4) Su Santidad el Papa Pío XII, en reconocimiento a sus servicios prestados a la Iglesia, en la persona de sus religiosos enfermos, le otorga la Condecoración Pontificia de Caballero Comendador de la Orden del Papa San Silvestre.

1954. Miembro Académico de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. No se incorporó por ser decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile.

1955. Doctor Honoris Causa de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

1957. Socio Honorario Nacional de la Sociedad de Cirujanos de Chile.

1965. (8.4.) Miembro Académico de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

1968. (11.6) Ordenación de Diácono de la Iglesia Católica.

NUEVAMENTE EL HOMBRE

Al comienzo dije que no fue benigna la segunda enfermedad respiratoria importante que sufrió. En efecto, el 27 de mayo de 1967, a raíz de una hemoptisis se le pesquió por biopsia endoscópica un carcinoma bronquial. Por un hecho fortuito, conoció su diagnóstico antes que su médico tratante. La toracotomía exploradora, hecha por su brillante discípulo y sucesor, Dr. Hugo Salvestrini R., demostró la inoperabilidad de la lesión (5 de junio de 1967).

Afrontó su enfermedad con singular fortaleza y confianza ilimitada en Dios. Después de ser operado, impertérrito, y con gran devoción, continuó impartiendo docencia quirúrgica a sus alumnos en las salas del Hospital: ¡Era su despedida! La última

vez que empuñó su bisturí fue para realizar una operación de vías biliares, en la señora Gladys Campos García, el 9 de enero de 1968. Después, la agravación de su enfermedad le impidió volver al Hospital. Las veces que lo visité en su casa, siempre me desvió el tema de su mal; se mostraba más preocupado por el "terremoto" que en ese momento azotaba a las universidades chilenas u otros problemas de interés general. La evolución progresiva de su afección lo hizo sufrir la angustia de la asfixia. En la habitual forma con que sabía dar instrucciones, me solicitó paternalmente que me preocupase que no le faltara oxígeno. Su solicitud fue para mí una orden y me esforcé por cumplirla lo mejor posible; para ello conté con la generosa colaboración de nuestro Hospital Clínico, que hizo con su primer Director, lo que dignamente correspondía. Don Rodolfo se durmió en la paz del Señor, la tarde del lunes 22 de julio de 1968. ¡La Iglesia y la Medicina estaban de duelo!

El 24 de julio de 1968, en la Parroquia de los Santos Angeles Custodios, se celebró la asamblea litúrgica de exequias, presidida por el Cardenal Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la Universidad Católica de Chile, Monseñor Raúl Silva Henríquez, en concelebración con varios obispos. A ella concurrió un gran número de docentes, alumnos y personal auxiliar de la Facultad. Fue sepultado en el Cementerio General de Santiago, junto a los restos mortales del general Adolfo Holley U. En la sepultación estuvieron presentes el Arzobispo de Puerto Montt, Monseñor Alberto Rencoret Donoso, y el Arzobispo-Obispo de Valparaíso, Monseñor Emilio Tagle Covarrubias. El Profesor Ramón Ortúzar E., como el profesor titular de ramos clínicos de mayor antigüedad y varias veces Secretario de la Facultad durante el decanato del Dr. Rencoret, despidió los restos en nombre de la Facultad de Medicina.

El deceso del Profesor Dr. Rencoret despertó pública conmoción. Es así como la Ilustre Municipalidad de Santiago hizo llegar al Decano de Medicina la siguiente nota:

En la sesión celebrada por la Ilustre Municipalidad con fecha 22 de julio pasado, se rindió un homenaje al Profesor Dr. don Rodolfo Rencoret Donoso, recién fallecido, hombre de extraordinarias virtudes tanto profesionales como humanas, brillante profesional y cirujano, creador de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile y Decano de la misma durante muchos años, y por acuerdo unánime de los señores Regidores, se guardó un minuto de silencio de pie, por todos los asistentes, como manifestación de duelo.

En nombre de la Honorable Corporación que preside y en el suyo propio, el Alcalde envía a Ud. sus más sentidas expresiones de condolencia por tan irreparable pérdida. Saluda atentamente a Ud. (Firmado) Manuel Fernández Díaz, Alcalde de Santiago.

Numerosas notas de pesar aparecieron en la prensa. De ellas he seleccionado una muy hermosa y expresiva, publicada en "El Mercurio" por doña Teresa Donoso Loero, distinguida periodista y familiar muy apreciada por el Profesor Rencoret.

El Profesor Dr. Rencoret acaba de partir. En el consultorio permanece aún, doblado y limpio, un delantal albo. Ocupa el respaldo de un sillón vacío: en él tomó asiento, tarde a tarde, un médico eminente cuya fama nunca lo llevó por caminos de soberbia. Su rostro impasible, reflejo de la seguridad que le otorgaba el conocimiento, sabía iluminarse de ternura; cuya voz opaca solía escapársele por arrebatos de entusiasmo cuando, sudoroso y cansado, bajaba la mascarilla de cirujano y anunciaba que había triunfado nuevamente sobre la muerte.

Ahora, su propia muerte le vence. Pero él tiene otras armas para hacerle frente: Rodolfo Rencoret, minutos antes de morir, perdida ya la voz, pide que los suyos pronuncien el Magnificat. Y, envuelto en el regocijo de una acción de gracias, parte hacia Dios al cual pertenecía por encima de su profesión, por encima de su hogar, por encima de su vida.

Un mes antes, el Profesor Dr. Rencoret fue ordenado Diácono de la Iglesia Católica. Es el segundo laico en el mundo que ha recibido este honor. Muchos se sorprendieron, pues un moribundo parece contraindicado para una tarea que, en apariencia, es de apostolado material, de suplencia para el agotador trabajo del sacerdote. Quienes mostraron extrañeza ignoraban cómo se estilan las cosas en el Reino del Señor: Rodolfo Rencoret, Diácono, estaba destinado a dar una lección de rotunda espiritualidad. Urgido a ofrecerse a sí mismo por la Iglesia, ¿qué más podría entregarle a su Dios, fuera del lento dolor de arrancarle la propia vida?

HOMENAJES POSTUMOS

1968. Se crea el "Premio Dr. Rodolfo Rencoret Donoso" para el mejor alumno de Cirugía de la promoción médica que egresa anualmente de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Tradicionalmente se entrega el premio después de un homenaje que le tributa al Profesor Dr. Rencoret un docente de la Facultad.

1970. Se dedica el auditorio del tercer piso del Hospital Clínico de la Universidad Católica al Dr. Rodolfo Rencoret Donoso.

1970. La Sociedad de Cirujanos de Chile lo designa *Maestro de la Cirugía Chilena*.

1980. (26.6). La Facultad de Medicina, con motivo de la celebración del cincuentenario de su fundación, rinde un homenaje al Maestro, inaugurando un busto del Profesor Dr. Rodolfo Rencoret Donoso, obra del escultor don Héctor Román Latorre, en el patio del costado oriente del Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile.



HECTOR CROXATTO REZZIO

Raúl Croxatto R.

SE ME SOLICITO que escribiera una semblanza de Héctor Croxatto analizada desde los lazos consanguíneos, en la intimidad de sus comienzos.

Es probable que en mi calidad de hermano, cuatro años menor que él, pueda describir aspectos diferentes a los que ya se han escrito sobre Héctor, desde que fuera nominado Premio Nacional de Ciencia 1979.

De todas maneras aquella condición de hermano, ventajosa para dicho fin desde cierto ángulo, es natural que resulte limitante desde otros puntos de vista. En efecto, en mi afán de destacar sus indiscutibles cualidades, me veo obligado a hacer recuerdos y traer a colación imágenes de nuestro quehacer común. Inevitablemente, voy a caer en comparaciones personales.

Conviví con él desde que nací hasta el día en que me casé. La convivencia se mantuvo durante doce años después de su matrimonio. O sea, malogró la independencia de su primer período matrimonial; independencia que siempre es tan anhelada por cualquier pareja. Este ingrato episodio da base para destacar una faceta de su generosa personalidad; basta decir que durante ese período, alejado del nido paterno, mientras yo estudiaba medicina aquí en Santiago, Héctor fue siempre un padre para mí y jamás descubrí en él algún desagrado por mi presencia inoportuna, a pesar de que es imposible que no existieran razones justificadas de impaciencia.

Mi hermano obtuvo su título de médico en 1930, y yo llegué a Santiago a estudiar Medicina a comienzos de 1929; Héctor contrajo matrimonio en 1931.

Viola, su esposa, fue para él un apoyo y un estímulo constante.

Además de ser la madre afectuosa de sus tres hijos, estaba dotada de excelentes cualidades para actuar como secretaria. A estos méritos tan valiosos, se debe sumar su paciencia inagotable de soportarme tantos años en el seno de su hogar recién formado, el cual, en los primeros dos o tres años, albergó también a otro hermano y a un primo-hermano.

Somos cuatro hermanos, él es el segundo y yo el menor. Su elevación al nivel que actualmente lo destaca sobre nosotros, comenzó a perfilarse desde la niñez en el período escolar. Sin duda, su actuación en el colegio, comparativamente, fue superior.

Puesto que durante todos mis estudios universitarios permanecí a su lado, siempre encontré en Héctor el apoyo que precisa todo estudiante. Sus consejos fueron muy acertados. La igualdad de la carrera profesional elegida contribuyó a amalgamar comunes ideales. Sus textos de estudios eran mis textos. Al mirar hacia atrás, ahora comprendo mejor que fui muy afortunado, desde todo punto de vista.

Al trazar una semblanza de Héctor debe destacarse un período muy particular de su vida; puesto que he podido palparlo muy de cerca, me atrevo a mencionarlo con mucha seguridad. Se trata de la gran influencia que tuvo sobre él la excelsa personalidad del

Profesor Eduardo Cruz-Coke. Héctor fue alumno y testigo de su primer curso de Química Fisiológica en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

Yo también fui alumno del profesor Cruz-Coke, cuatro o cinco años después, y puedo testimoniar que para nuestra sensibilidad emocional, la dimensión intelectual de don Eduardo era impactante. Las propias palabras de Héctor son reveladoras de la huella que imprimió en su espíritu:

cómo me gustaría oír de nuevo su voz de científico visionario, su rico mensaje humanístico y universal, cuando transportado por su vena literaria, nos regalaba con el venero inagotable de la poesía.

Unido a un grupo de sus discípulos, se incorporó a la Cátedra de Química Fisiológica en calidad de ayudante, y todavía hoy Héctor alude a ello para destacar la importancia que atribuye a la irradiación personal que ejerce un maestro, que con su ejemplo actúa no sólo sobre el área intelectual de sus seguidores, sino en el plano emocional, despertando anhelos espirituales de belleza, perfeccionamiento y entrega. Refiriéndose al Dr. Cruz-Coke y al grupo aludido en esa época parvularia de la investigación en Chile, Héctor se siente impulsado a expresar:

animados por la fe contagiante, mis compañeros ayudantes aspiraban, como yo, a vivir de la ciencia, no sólo por el deleite que aportaba la información del profesor sobre los nuevos descubrimientos, sino que por llegar a ser, alguna vez, partícipes de la misma en su misión específica a través de la investigación.

El Profesor Cruz-Coke y el núcleo de sus seguidores, junto a otros escasos grupos de investigadores, constituyen uno de los factores históricos que iniciaron el florecimiento de la investigación científica en Chile, particularmente en los campos de la Biología y de la Química, en el período comprendido entre 1930 y 1960.

Por la condición de Héctor como ayudante en la Cátedra de Química Fisiológica del Profesor Cruz-Coke, y además personalmente atraído por el incentivo que dicho profesor inyectaba a sus alumnos, solicité, sin merecerlo, mi incorporación a dicho grupo selecto; y por qué no decirlo, puesto que aparte del Profesor Cruz-Coke, yo también me sentía discípulo de mi hermano y pretendía seguirlo en el sendero que él iba trazando. Como se suele decir: *pretendía pisarle los talones*.

En 1934 se hizo cargo de la Cátedra de Fisiología de la Universidad por circunstancias de todos conocidas. En aquel entonces, aparte de ser ayudante del Profesor Cruz-Coke, era Profesor Titular de la Cátedra de Fisiología del Instituto de Educación Física y un activo colaborador del Instituto Sanitas. Gracias a la visionaria inquietud del Profesor Cruz-Coke, esa empresa industrial, durante largos años, fue apoyo muy importante para dar impulso a trabajos de investigación en los círculos científicos universitarios que le estaban sentimentalmente vinculados.

Siempre atraído por seguir el sendero que él trazara, llegué a frecuentar la sede de la Cátedra de Fisiología en la Universidad Católica y, de esta manera, tuve la suerte de trabajar codo a codo con Héctor en temas de interés común en la Universidad, durante los catorce años que siguieron.

Era el período en el cual se aproximaba el término de mis estudios de Medicina. La tesis experimental era un requisito indispensable. Además de colaborar en calidad de ayudante en los trabajos prácticos del curso, Héctor me propuso un tema de investigación cuyo objetivo podría aplicarse a la tesis que me exigía la licenciatura en Medicina. Se trataba de indagar si el colesterol plasmático podría ser sustancia precursora en la elaboración de las hormonas sexuales.

Aquello que podría aparecer como lógico en el día de hoy, no lo era en aquella época (1934 y 1937), en la cual sólo en 1932 se descubrió la verdadera fórmula estructural del colesterol, y poco después se comenzaba a conocer la comunidad de esqueleto de tipo ciclopentano perhidrofenantreno entre el colesterol y las hormonas sexuales. El reconocimiento de la fórmula estructural de las hormonas de la corteza

suprarrenal fue muy posterior. Sin embargo, en dicho período, la así llamada química del colano ya incluía a la vitamina antirraquítica, a los ácidos biliares y a algunas agluconas cardíacas.

No obstante, resultaba atractivo imaginar, por ejemplo, que el tejido ovárico podría utilizar la abundante materia prima en forma de colesterol para elaborar las hormonas sexuales. Los sabios de la época descartaban esa posibilidad, puesto que *in vitro* se requerían mecanismos pirolíticos para eliminar la cadena lateral del colesterol, como primera etapa en su camino hacia la formación de hormonas. Se estimaba, además, que el colesterol era una sustancia exclusivamente de desecho. Pese a estas objeciones, la formación básica bioquímica de Héctor le intuía que las enzimas específicas no requerían caminos pirolíticos.

Por eso, insistió en que le ayudara a buscar la posible vía de conexión.

Me voy a tomar la libertad de describir detalles circunstanciales de ese trabajo porque guardan relación muy directa con el aspecto que, en mi concepto, es sobresaliente para evaluar la personalidad de mi hermano. Dichos detalles definen por sí solos los elementos que configuran la proyección humana que pretende esta semblanza.

Puesto que el trabajo se titulaba "Acción del ovario *in vitro* sobre el colesterol plasmático", para empezar, se planteó un sistema de perfusión *in vitro* del voluminoso ovario de vaca con sangre de vacuno.

Con ayuda del Instituto Sanitas ya mencionado, trabajamos un año entero en las pruebas de diversos sistemas de perfusión, pero la vasoconstricción que se producía en breve tiempo edematizaba el órgano, lo que no nos permitía registrar cambios en el colesterol circulante de la sangre a su paso por él. Recientemente se había publicado el sistema de perfusión de Lindberg-Carrel que lograba mantener vivos a determinados órganos *in vitro*. Con gran ansiedad anhelábamos ese sistema, pero la pobreza de nuestros medios sólo nos permitía soñar con ese dispositivo.

Sin embargo, Héctor no se dio por vencido. Me propuso una tarea pesada, factible sólo a base de gran sacrificio. Se trataba de substituir la perfusión por cortes finísimos de tejidos ováricos recién extraídos, los cuales serían sumergidos en la sangre fresca del propio animal. A continuación, se incubaría el sistema por varias horas y se analizaría el colesterol en forma seriada comparativamente con controles sin tejidos, o con otros tejidos de órganos que no fueran ovarios. Pero un cultivo de tal naturaleza requería una condición de asepsia absoluta. Así se planificó y así se hizo.

Para ese objeto, era necesario concurrir al Matadero Municipal al iniciarse la matanza, entre las cuatro y las cinco de la mañana. Era preciso entremezclarse con los "matarifes" (nombre que se le da a los obreros especializados que intervienen en la matanza), y peor aún, era indispensable entremezclarse con las pobres bestias destinadas al sacrificio en un espacio relativamente estrecho.

Sólo los que han visto este espectáculo dantesco pueden colegir el espíritu y tenacidad que debe animar al investigador cuando se propone una meta definida de este tipo. ¡Dios quiera que el sistema de matanza de vacunos en la actualidad sea técnicamente más adecuado!

El proyecto experimental que nos habíamos propuesto exigía el uso de gorro, delantal, guantes y sábanas operatorias estériles. También un termo con solución fisiológica estéril a 37° y un frasco estéril de boca ancha con perlas de vidrio. Además algunos instrumentos quirúrgicos.

Mientras el animal parado en sus cuatro patas hacía resistencia a la tracción de la cabeza con un cordel que sostenía un matarife, otro manejaba un punzón con el cual golpeaba una sola vez, certeramente, en el bulbo. Una inmediata respuesta contráctil de las cuatro patas, tumbaba a la bestia. Inmediatamente, otro matarife, incindía la piel del abdomen.

A Héctor le correspondía continuar, previa colocación de la sábana aséptica, llegar hasta el peritoneo y encontrar el ovario. Este era sumergido en el termo que yo le presentaba abierto en ese instante. Acto seguido, puesto que el corazón se mantenía latiendo, el matarife hacía un corte en el cuello, y con certera puñalada incindía la aorta,

dando lugar a un chorro potente de rutilante sangre que yo recogía al vuelo en el frasco señalado. De inmediato la sangre se defibrinaba por agitación.

La totalidad de esta operación debía durar sólo breves minutos, pues a continuación debíamos correr al Instituto Sanitas, ubicado a algunas cuadras de distancia para que, bajo sábana aséptica y con manos enguantadas, Héctor practicara los finos cortes de ovario que sumergíamos en frascos estériles con la sangre del animal. Todo el proceso químico ulterior dependía de mi estricta responsabilidad.

En la práctica, esta descripción no se desarrollaba en forma tan simple.

Tanto Héctor como yo, ateridos a esa hora de la madrugada, teníamos que hacerle frente a la macabra visión, llenos de espanto y temor de sufrir el impacto de una pisada, de una cornada o de una coz del animal que se iba a sacrificar en la vecindad inmediata. En una ocasión, el vacuno vecino no recibió el golpe certero en el sitio preciso; ya enfurecido por la visión de sus congéneres despedazados, en medio de un río de sangre, que nosotros pisábamos con zapatones de goma, reaccionó con toda su fuerza bruta y logró desligarse del lazo que sostenía el matarife, invadió como una tromba nuestro lugar de operaciones, pasando por encima de las sábanas estériles y del cuerpo tumbado de nuestra vaca próxima a expirar, malogrando la asepsia y con ello nuestro experimento, que abandonamos tras veloz escapada.

Este viaje al Matadero, de madrugada, debíamos repetirlo cuantas veces lo requirieran los experimentos. Su verídica y macabra descripción tiene un objetivo y un gran significado en la semblanza que describo.

Se comprende que esto reporta un verdadero sacrificio para alguien que no está acostumbrado. Su finalidad iba fundamentalmente en beneficio *mío*. Se trataba de una investigación para *mi* tesis. No obstante, mi hermano compartía el sacrificio en primera fila.

En mi concepto esta fue una demostración muy objetiva y que nunca olvidaré. En aquel entonces me hizo reflexionar lo siguiente: que la tenacidad con la cual Héctor afrontaba una idea en el campo de lo biológico, lo iba a llevar muy lejos. Tan lejos, que en mi porfiada tendencia a seguirle los pasos por el sendero que él iba trazando, inexorablemente me iba a quedar rezagado; tarde o temprano claudicaría en esta pretenciosa persecución.

Cuesta aceptarlo, pero el pronóstico a través del tiempo resultó verdadero. Sólo me consuela que muchos que se hubieran encontrado en mi lugar, con las mismas pretensiones, y que se hubieran propuesto el mismo desafío, habrían tenido que sufrir la misma derrota.

Los sacrificios descritos no fueron en vano. Bastante estimulado por el ejemplo logramos llevar adelante la investigación. En lo que a mí correspondía, puse todo el empeño, utilizando las técnicas más laboriosas y finas para la identificación de las dos principales fracciones del colesterol. Fehacientemente quedó demostrado que sólo la fracción esterificada era utilizada por el tejido noble, para transformarla en los precursores hormonales. Incluso, hasta donde nos lo permitían los medios disponibles, logré juntar suficiente digitonido esteroide de fracciones en las cuales fue posible comprobar la desaparición en el colesterol de la cadena lateral y un traspaso de la doble ligadura del segundo al primer anillo, en alfa beta posición.

Este hallazgo fue reproducido por nosotros en un trabajo conjunto, con motivo de la tesis del Dr. Cepeda, en el cual el animal de experimentación fue la coneja eviscerada con y sin ovarios. Desgraciadamente, tales investigaciones quedaron publicadas sólo en calidad de tesis y archivadas en las bibliotecas de nuestras Universidades.

Debieron pasar diez años, después del término de la Segunda Guerra Mundial, para que se confirmara en el extranjero nuestra hipótesis; para que Dorfman, gracias a la disponibilidad de átomos radioactivos, diera a comer colesterol marcado a una mujer embarazada y recogiera el 80% de la marca en la progesterona de la orina emitida por ella. El propio Dorfman se sorprendió cuando se impuso de nuestro hallazgo, muy anterior, en la era preatómica.

Poco tiempo después del término de este trabajo que me permitió cumplir con las exigencias para titularme de médico, continué como ayudante en la Cátedra de Fisiología y me vi en la misma necesidad que obligó a mi hermano a multiplicar sus quehaceres para sobrevivir; es decir, salir a buscar trabajo rentado. Ese fue para mí un consultorio del Servicio del Seguro Obrero. Para la práctica clínica, solicité ubicación "ad honores" en el Servicio del Profesor Alejandro Garretón en el Hospital San Francisco de Borja. Cito este episodio porque guarda relación con lo que se dirá más adelante.

Surge la época del 38 al 42, que coincide con el comienzo de la Segunda Guerra.

Ya eran conocidos los experimentos de Goldblatt (1934): la hipertensión arterial experimental por pinzamiento parcial de la arteria renal. Como es sabido, este trabajo llamó la atención de Héctor y me propuso que estudiáramos los posibles mecanismos bioquímicos involucrados. Para evaluar las sustancias ya conocidas y comprometidas en este fenómeno (renina e hipertensinógeno, este último representado en aquella época por pseudoglobulinas del plasma) me sugirió emplear el test de perfusión del tren posterior de la rana. Se trata de un test relativamente fácil de montar para registrar a modo de "screening" efectos vasoconstrictores y dilatadores.

Aprovechando mi participación en el Servicio Clínico del Profesor Garretón, se me ocurrió montarlo y ensayarlo en el propio Hospital, donde con frecuencia se internaban enfermos con hipertensión arterial.

Yo pretendía evaluar la renina existente en la sangre circulante de dichos pacientes, mezclando su plasma con hipertensinógeno que Héctor me preparaba en el Instituto Sanitas. Por rara casualidad, los resultados logrados, comparativamente con los controles, fueron todos claramente positivos, hasta que se agotó la partida de dicha pseudoglobulina. Desgraciadamente los resultados ulteriores con otras diversas partidas de hipertensinógeno fueron discordantes. Pero los primeros ensayos entusiasmaron a mi hermano, quien ya estaba con el pensamiento puesto en un camino promisorio.

En ese período había dos grupos importantes de investigadores sobre la materia: los argentinos con el profesor Houssay y Braun Menéndez y los americanos capitaneados por Page, adelantando teorías que no eran congruentes entre sí. Héctor partió para Buenos Aires a ponerse en contacto con el grupo de Houssay.

Se podría decir que tuve el mérito de aportar factores que, sumados a otros, contribuyeron en la elección de la línea de investigación más fecunda que inició Héctor y que prosigue hasta el día de hoy (moraleja: cuando se trabaja con una persona que está dotada del empuje que ostenta mi hermano Héctor, algo le queda pegado al hueso del limitado que hace de ayudante).

Discutiendo con mi hermano y sobre la base de los antecedentes que ya habíamos acumulado, coincidimos en que la renina tenía que ser un fermento proteolítico, el cual actuando sobre un sustrato proteico, ponía en libertad una sustancia de acción vasoconstrictora, que a la sazón se le llamaba hipertensina (por los argentinos) y angiotensina (por los norteamericanos).

Propuse un experimento que Héctor acogió con entusiasmo. Si existía tal efecto proteolítico y la reacción se cumplía dentro de un saco dialítico, el producto activo, de menor tamaño, posiblemente un fragmento de la proteína, debía pasar al exterior del saco, por vía de diálisis, y mezclarse con el ambiente acuoso exterior.

Recuerdo que un día sábado, trabajando en la soledad del laboratorio, sin almuerzo, me propuse verificar nuestra idea. Tenía todo dispuesto: el tren posterior de la rana en plena perfusión y varios vasos con agua destilada, en cada uno de los cuales sumergí un saquito de celofán conteniendo hipertensinógeno purificado. A cada uno de estos sistemas, apliqué dentro del saquito una pequeña cantidad de enzima proteolítica diferente y esperé media hora. Se produjo el resultado esperado. Solamente el dializado del sistema en el cual había colocado pepsina demostró fuerte capacidad vasoconstrictora. Un efecto similar del dializado se obtuvo en el sistema en el cual, a modo de control, se colocó renina en el saquito con hipertensinógeno. Dicho producto tuvo exactamente el mismo comportamiento, con semejantes características al dializado proveniente de

hipertensinógeno con pepsina. Las otras enzimas proteolíticas no generaron sustancias vasoactivas registrables en la rana.

En ese momento me sentí sorprendido, con una rara sensación, frente a un fenómeno nuevo, probablemente visto por primera vez en el mundo.

De mi hermano, ya había recibido esa irradiación sutil que inyecta verdadera reacción emocional frente a un hecho natural. Entonces comprendí mejor la proyección que tiene un verdadero Maestro; el que logra despertar en sus discípulos la capacidad de sentir emoción, de sentir asombro del resultado que nos entrega el fenómeno viviente cuando lo sometemos a prueba. En ese instante, lleno de gozo, agradecí sinceramente a Héctor, mi "Maestro".

Acto seguido, corrí a casa a darle la información de la primicia. Inmediatamente, Héctor bautizó el producto con el nombre de pepsitensina. En 1942 dicho hallazgo fue galardonado con el premio Ramón Corbalán Melgarejo por la Sociedad Médica de Santiago. Fue plenamente confirmado en el exterior.

La comprobación ulterior de que el producto resultante capaz de dializar era un pequeño péptido, equivalente a la hipertensina I, había abierto también el camino que conducía a la serie numerosa de nuevos péptidos que hoy constituyen el patrimonio experimental capitalizado por Héctor y sus colaboradores a lo largo y a lo ancho de un extenso número de años de intenso quehacer experimental. Con toda razón ha recibido el apodo del "peptide man" en algunos de los numerosos Congresos en los cuales le ha correspondido presentar la marcha de sus investigaciones.

Entre los péptidos descubiertos con posterioridad por Héctor y colaboradores podrían citarse los siguientes: la pepsanurina, la pepsitocina, la anefrotensina. Todos con marcada actividad hormonal y que pueden generarse de una manera parecida a la descrita con la pepsitensina.

Pero lo más impresionante en la labor tesonera de Héctor y su Escuela fue el hallazgo de la enzima calicreína generada por el riñón y que, al actuar sobre el sustrato plasmático calidina, genera otro péptido que es transformado en bradicinina. Se trata de un péptido con efecto hipotensor, ya que produce dilatación de los vasos sanguíneos. No termina aquí su capacidad de acción, puesto que también interviene sobre el túbulo renal al estimular la eliminación de sodio y de agua. En último término, regula el volumen del líquido corporal y, por lo tanto, el volumen sanguíneo y la presión arterial. Estos resultados plantean que la presión arterial sería el producto del juego de dos sistemas encontrados, uno hipertensor y otro hipotensor, los cuales actuarían fisiológicamente en un regulado equilibrio. La dilucidación de este interesante problema es el desafío que afrontan el Laboratorio de Fisiología y los clínicos del Hospital de la Universidad Católica.

En 1940 ya me desempeñaba como profesor de Físico-Química. Por otra parte me vi en la obligación moral de acceder a una insistente petición del Profesor Rodolfo Rencoret, Director del Hospital en aquella época, para que colaborara en el Laboratorio Clínico de ese establecimiento.

Consciente de que mi colaboración como Jefe del Laboratorio Clínico del Hospital recientemente inaugurado sería sólo transitoria, acepté dicha nominación.

Esta nueva actividad se sumaba a otras foráneas ya señaladas. Todas eran limitantes de mi acción en la línea de investigación que bajo la dirección de Héctor me apasionaba.

En el campo experimental en el Laboratorio de Fisiología con posterioridad al descubrimiento de la pepsitensina, me correspondió el estudio de la desactivación de la angiotensina mediante las enzimas que nosotros llamábamos hipertensinasa o angiotensinasa. Este fue coincidente con enzimas de tipo aminopeptidásico. Esta tarea en la cual me cupo una participación importante, nos llevó además al estudio del incremento de procesos proteolíticos plasmáticos en los estados de shock, experimental y clínico. El aumento de la aminopeptidasa en la sangre parece ser un proceso constante en esta clase de patología y con mucha influencia en la etiopatogenia de dichos cuadros.

Otras colaboraciones en trabajos sobre equilibrio hidrosalino que practicamos con Héctor en el esfuerzo muscular y con alumnos del Instituto de Educación Física, donde Héctor era profesor, puede decirse que fueron las últimas actividades comunes realizadas

con él en el campo experimental. Esta época coincide con aquella en que me correspondió asumir la responsabilidad del curso de Bioquímica, que como se comprenderá modificó de raíz mi plan de actividades. Muy a mi pesar, la dirección del Laboratorio Clínico, cuyo carácter transitorio se hacía interminable, sumado al nuevo compromiso bioquímico, me obligó a cambiar la ubicación de mi área de trabajo, y con ello perdí a mi "Maestro".

Un aspecto que yo estimo de alto significado para juzgar la capacidad absorbente de actividades que ha demostrado Héctor, es la multiplicidad de funciones simultáneas que siempre le ha correspondido cumplir. No sólo en la docencia y en la investigación, sino que también en planos industriales, y aún más, para desintoxicarse de la tarea tan abrumadora que ha echado sobre sus hombros, estruja su tiempo hasta la última gota, pintando al óleo. Ni "Croxattón, ni Croxattín", durante la etapa vigorosa de sus juventudes, han podido disfrutar de la tranquilidad y la reposada maduración del trabajo intelectual que habría proporcionado una dedicación exclusiva a la investigación. Pero también aquella multiplicidad de actividades y cargos asumidos por Héctor, proporcionando ideas y trabajo en muchas partes (Instituto de Educación Física, Facultad de Filosofía y Ciencias, Instituto Sanitas, Química Fisiológica en la Universidad de Chile, y finalmente, el Laboratorio de Fisiología de la Universidad Católica) ha contribuido a la formación de una verdadera pléyade de jóvenes investigadores. Otro tanto ocurre con los centenares de sus alumnos, muchos de los cuales deben haberse sentido atraídos por sus lecciones; atraídos porque han palpado la sinceridad emocional del que vibra con los hallazgos experimentales propios y ajenos. Porque al ingresar al progreso de los conocimientos biológicos importantes se transporta al plano específico la alegría que aporta la contemplación de lo bello. Esto ha sido un verdadero legado que derrama mi hermano y que hizo eco con mucha fuerza en mí, con mucha congruencia en los posibles genes comunes que pueden haber surgido de la combinación paterno-materna. En efecto, tal posibilidad suelo palparla en la comunidad de criterio para juzgar las cosas, en la comunidad de pensamiento, en la común tendencia a incentivar a los alumnos a experimentar entusiasmo con la grandeza del fenómeno viviente.

De esta semblanza sólo puedo hablar con propiedad hasta aquella época en la cual me correspondió describir la vida de Héctor que yo mismo he vivido, la que compartí con él en su vecindad. Su obra posterior no es otra cosa que la prosecución de un impulso que ha ido creciendo, motorizado por una tenacidad ejemplar que, muy a mi pesar, no fui capaz de dar alcance. Porque pretendía dar alcance a un espíritu superior, aureolado por la pasión irrefrenable de marchar hacia la verdad, de esa meta en que la ciencia pura representa el único fin, el verdadero galardón que proporciona energías sobrenaturales al investigador que enarbola su bandera. Para cubrir ese áspero trayecto se requieren las condiciones propias del que ostenta una abnegación que sólo poseen los hombres selectos.

Siempre lo escuché con interés y mucha atención cuando se refería al aspecto contrastante del progreso de la Ciencia, en el carácter genuino de su beneficio humanitario, con lo nefasto y negativo que aporta a la humanidad; la aplicación torcida que suele darle el hombre a la ciencia hasta convertirla en culpable de los peores males que hoy acechan a este mundo. En este sentido, ha hecho referencias a las amenazas nucleares, a las poluciones ambientales, al agotamiento de las reservas energéticas, a los armamentos mortíferos, a las intoxicaciones por pesticidas, a la deshumanización de la sociedad, etc. Esto motivó una conferencia suya que tituló "Enjuiciamiento de la Ciencia", dictada durante el homenaje que le brindó la Universidad Católica por su nominación de Miembro de Número de la Academia Pontificia de Ciencias.

Cuán distante, y en oposición al panorama señalado, está el sentido de su obra, de su quehacer científico, empujando con esfuerzo, sacrificio y dolor el carro del saber. Este carro que él impulsa, junto a muchos otros científicos, está cargado con los tesoros de la vida en su ámbito natural, en su ámbito molecular, en su proyección fisiológica con su hermosa e infinita complejidad. Esta complejidad tan prodigiosa es intrínsecamente indispensable para que el fenómeno biológico se manifieste vivo, y bien merece el calificativo de sublime perfección, dotada también de insuperable belleza, porque la vida, de acuerdo con sus propias palabras es *obra de Dios*.



JOAQUÍN LUCO

Patricio Sánchez R.

ES JUSTO Y NECESARIO destinar unas páginas de este volumen a Joaquín Luco. Un homenaje al profesor Luco es de justicia aquí, pues la Facultad de Medicina es, en mucho, obra suya. Con el paso del tiempo, cambian las obras, se reemplazan los actores. En su centenario, la Facultad será diferente que al término de estos cincuenta años. Para que su futuro sea consistente con su historia —como es deseable— su desarrollo debe ser leal a sus orígenes. Para ello es conveniente rescatar del tiempo —de los cambios del olvido— las circunstancias y los agentes del pasado. Eso persigue este volumen. Por ello, además de justo, es necesario perdurar aquí a Joaquín, el hombre, para referencia de quienes no convivieron con él.

Que sea justa y necesaria la presencia de Joaquín Luco en este volumen, no justifica que yo escriba estas páginas. Los lectores reconocerán que se requeriría de un historiador metódico para analizar objetivamente la contribución de Luco al desarrollo de la Facultad de Medicina de esta Universidad y de la Ciencia en Chile. Mis colegas y contemporáneos coincidirán conmigo en que Joaquín se merecía un ensayista agudo e ingenioso de verdad para retratarlo como es. Pero el hecho es que los compiladores de este volumen han recurrido a mí en razón de haber vivido en la Universidad próximo a Joaquín Luco, durante los últimos treinta años. Eso no justifica la autoría de estas páginas, pero ha sido un privilegio que me obliga a acoger el encargo de aportarlas como testimonio de ser uno de muchos cuya vida fue condicionada por la personalidad y por las obras del profesor Luco y en gratitud de la amistad de Joaquín.

Así, escribo, y Luco perdonando.

La labor del Dr. J. V. Luco como investigador es bien conocida: una vida dedicada con intensidad a la fisiología, explorando incógnitas claves del sistema nervioso y aportando soluciones metodológicas y conceptuales, rigurosas y originales. Los frutos de esta labor están contenidos en sus publicaciones científicas, numerosas y competentes. Los méritos del Dr. Luco, como investigador, son valorados internacionalmente y han sido reconocidos, entre otros, por varios doctorados honorarios. Nuestra sociedad le ha otorgado las máximas distinciones: la Academia de Ciencias y el Premio Nacional de Ciencias.

No es del caso extenderse aquí sobre la notable obra del Dr. J. V. Luco como investigador. Será tarea de sus biógrafos el analizarla; por ahora, basten como testimonio su currículum vitae y su bibliografía. Pero esta labor del Dr. Luco debe quedar consignada al comienzo, como fundamento de otras obras suyas que requieren ser realzadas aquí.

La labor del profesor Luco como docente ha sido también notable y —fragmentarios y superables, como suelen ser los hallazgos científicos— tal vez resulte ser más duradera y trascendente que su obra como investigador. La docencia, como actuación teatral es, por naturaleza, fugaz; los méritos de los docentes no quedan consignados en los

currículum vitae de los profesores y son difíciles de objetivar posteriormente, pero perduran en el recuerdo de los estudiantes. Es ahí donde estos méritos del profesor Luco están atesorados.

Durante decenios y generaciones los alumnos de esta Escuela de Medicina vivieron la experiencia hechizadora de Joaquín Luco oficiando de profesor y comunicando vivencias directas del proceso científico, del "diálogo entre el experimentador y la naturaleza" (escribe Luco), de los requisitos y los límites de la verdad en ciencia. Para hacerlo, Luco ha contado, por cierto, con su experiencia de investigador y su rigor crítico, es decir, con su competencia científica. Pero la transmisión del mensaje se potencia con la interferencia de otras de las múltiples dimensiones de la personalidad de Luco; cultura y sensibilidad, afectividad y alegría, y su espumante sentido del humor.

Sería necesario haber grabado y filmado algunas de las miles de horas de clases y de prácticas de laboratorio del profesor Luco, particularmente en su curso de Neurofisiología, para rescatar esas ceremonias docentes y para comprender la profunda influencia que han ejercido en la formación de cientos de médicos que estudiaron en esta Facultad y de muchos alumnos de otras universidades. El prestigio de Joaquín Luco como docente, difundió desde esta Escuela y ha sido profesor invitado en diversas universidades chilenas y extranjeras.

Un aspecto más objetivable y particularmente significativo de la labor docente de Luco ha sido su capacidad de interesar a jóvenes universitarios en las ciencias biológicas y de contribuir a su formación como investigadores. Un sinnúmero de estudiantes de esta Facultad orientaron sus destinos al oficio de la ciencia como resultado de sus vivencias junto a Luco, en sus cursos y en su laboratorio. Esta es la mejor prueba empírica de la obra docente de Luco, labor en que el maestro persevera.

Invoco el testimonio de generaciones de estudiantes y la nómina de científicos que se formaron junto a Joaquín Luco en el ámbito suyo, como constancia de su significativa labor docente, segundo fundamento de las siguientes obras suyas.

Profesores notables, como docentes y como investigadores, hay también otros en la breve historia de la Facultad. Todos ellos han sido determinantes en la transformación de esta "Casa de Estudios" (como suele decirse) en verdadera Universidad.

Joaquín Luco fue agente inspirador y actor principal en esta transformación de nuestra Universidad; merecen ser recordadas algunas de las circunstancias.

En el segundo año de funcionamiento de la Escuela de Medicina, Joaquín, estudiante de la Universidad de Chile, se incorpora a la Facultad como ayudante en la Cátedra de Fisiología. Así, este volumen, se publica en el cincuentenario de afiliación ininterrumpida de Luco a la Facultad; cincuenta años de filiación y lealtad y de paternidad también; este, pues, es año del jubileo de Luco en la Universidad.

Una particular simbiosis se generó, desde un comienzo, entre el joven Luco y la nueva Facultad. Juntos se desarrollaron, como universitario y Universidad, en una peculiar relación de íntima interdependencia, en que ambos fueron a la vez agente y circunstancia del otro, causa y efecto recíprocos.

Actor en busca de argumento encontró argumento que buscaba actor. De ahí que la historia de la Facultad, en sus primeros cincuenta años, es inseparable de la historia personal de Luco. En el primer edificio de la Escuela, calle Marcoleta hacia Avenida Portugal, Luco modeló sus laboratorios y ha realizado su vida profesional entera.

Completo los estudios de Medicina y una formación de postgrado en el extranjero, Luco se dedica por entero a la vida universitaria en esta Facultad.

El Rector Casanueva, responsable de la creación de la Facultad, fue determinante también en la vida universitaria del joven profesor Luco. Don Carlos hizo posible que fuera el primer docente de jornada completa de la Facultad y, seguramente, de toda la Universidad; la pasión por la investigación le permitieron a Joaquín los renunciamentos necesarios para hacer de la vida universitaria un asunto de dedicación exclusiva. La confianza del Rector en Luco fue decisiva también para el desarrollo de la nueva Escuela y, por ello, en la transformación de esta "Casa de Estudios" en Universidad. (La "Casa de don Carlos", ¿por qué no?)

En los primeros años de existencia de la Escuela se crearon las cátedras de las asignaturas de Ciencias Biológicas. Luco progresa rápidamente por los eslabones de la jerarquía de profesores, y se desplaza luego de una a otra Cátedra: Fisiología General, Bioquímica, Farmacología para detenerse finalmente en la Neurofisiología. Eran exigencias del período de inmadurez, pero en cada una de esas tareas Luco deja la marca suya, la semilla del profesionalismo en la ciencia respectiva. Médicos recién titulados van integrando la primera homada de jóvenes profesores de la Escuela. Con Luco y sus hermanos de época y vocación —Héctor y Raúl Croxatto, Fernando Huidobro, Luis Vargas— se establece un núcleo de brillantes investigadores en ciencias fisiológicas, cimiento del nuevo estilo y del futuro prestigio de la Facultad.

El ascendiente personal que ejercía Joaquín en este peculiar microcosmos se formalizó al asumir la Dirección de la joven Escuela de Medicina, la que ejerció durante el segundo decenio de su historia. Luco dirigió la Escuela con la efectividad ejecutiva y con la informalidad que le son propias e impulsó políticas para promover el desarrollo científico que las directivas posteriores de la Facultad continuaron: equipamiento de laboratorios de investigación; estímulo a estudiantes interesados en la investigación y su perfeccionamiento en centros extranjeros de excelencia; dedicación de jornada completa de los docentes de ciencias biológicas. Esto consolidó, en las cátedras biológicas de la Escuela, un núcleo incipiente, pero pujante de investigadores, que gradualmente se extendió más allá de las ciencias fisiológicas y que generó una tradición de investigación biológica y de formación de investigadores en la Facultad.

Como es comprensible, este basamento de la Facultad tuvo efectos notables en la formación científica de los estudiantes, tanto en la Escuela de Medicina como en la de Enfermería; tuvo también consecuencias decisivas en el desarrollo, con jerarquía universitaria, de las cátedras profesionales de la Facultad.

Es también comprensible que este desarrollo científico, iniciado en la Escuela de Medicina, buscara su expresión en instituciones propias. Primero fue la Escuela de Ciencias Biológicas de la Facultad, un recurso ingenioso, desprovisto de burocracia, adecuado en su época para la formación de investigadores, Escuela que Luco inspiró y dirigió en los primeros años. Siguiéron otros proyectos, Luco no podía estar ausente de ellos —hasta que se dieron en la Universidad las circunstancias que permitieron la creación del Instituto de Ciencias Biológicas, heredero del capital y de la tradición de investigación biológica de la Facultad.

Estas transformaciones en los últimos cincuenta años de la “Casa de don Carlos”, no han sido ciertamente obra de un solo hombre y menos de un hombre solo. Han resultado del esfuerzo creativo y la dedicación de muchos en varias generaciones; desentrañar el papel de cada uno sería difícil y estéril. Pero rescato aquí estas circunstancias por mi certidumbre que la Facultad y la Universidad, no serían como son si Joaquín Luco no fuera parte de su historia; particularmente, si en su oportunidad no hubiera ocurrido el maridaje del joven Luco y la nueva Escuela de Medicina.

LA FUNDACION GILDEMEISTER Y LA ESCUELA DE MEDICINA

EN VARIOS capítulos de este libro se hace mención de la exigüidad de los recursos con que la Escuela de Medicina afrontó, en 1942, la creación de las nuevas cátedras que se requerían para prolongar la enseñanza más allá del segundo año de la carrera. Sin embargo, la labor abnegada de los docentes a quienes se encargó dicha responsabilidad, su imaginación y, especialmente, el entusiasmo propio de la juventud de la mayor parte de ellos, permitieron vencer las dificultades durante los primeros años que siguieron a dicha fecha. El mérito de estos docentes se agranda si se toma en cuenta que con la sola excepción de uno de ellos, todos debían realizar, además de su trabajo en la Universidad, otras actividades con el objeto de obtener los medios económicos necesarios para la subsistencia. El único profesor que se dedicaba exclusivamente a sus tareas en la Universidad tenía que dictar dos cursos diferentes y ayudar en otro, al mismo tiempo que desempeñarse como Director de la Escuela. Si esta situación se hubiese prolongado, todo el esfuerzo descrito se habría perdido, pues la enseñanza no puede mantenerse en un nivel apropiado si quienes la imparten no participan activamente en el progreso de su disciplina. Para ello es indispensable una dedicación exclusiva, integral a la ciencia. No parece exagerado afirmar, por lo tanto, que al promediar la década de los años cuarenta, la Escuela de Medicina se encontraba en una fase crítica de su existencia.

En ese momento tan difícil, se incorporan a la vida de la Escuela los esposos Gildemeister. (Véase el capítulo de la Farmacología en la Escuela de Medicina). Su relación con la Facultad perdura hasta ahora a través de la Fundación que ellos decidieron crear en 1947. Pero aun antes de que concretaran esta iniciativa, los esposos Gildemeister comenzaron su obra benefactora, proporcionando a la Escuela los fondos necesarios para suplementar las remuneraciones de tres profesores de ramos básicos, de manera que ellos pudieran dedicarse integralmente a la investigación y docencia. Esa ayuda se mantuvo hasta que la Universidad pudo, con sus propios medios, conceder las remuneraciones adecuadas.

Junto con asegurar la dedicación exclusiva a la Universidad de estos profesores, la Fundación estimuló la labor científica de ellos y de varios otros docentes de ramos básicos y clínicos mediante subvenciones para gastos operacionales de proyectos de investigación, donaciones de equipos, becas de perfeccionamiento, etc.

Estas acciones de los esposos Gildemeister y de la Fundación ayudaron considerablemente a evitar el desencadenamiento de la crisis mencionada. No sólo debe considerarse su valor intrínseco, sino que también el hecho de que dichas acciones sirvieron a veces en forma determinante, para la obtención por la Escuela de donaciones de parte de otras instituciones, especialmente de la Fundación Rockefeller. También contribuyeron a que nuestros docentes pudieran postular con éxito el financiamiento de sus proyectos de investigación y a becas de estudios ante organizaciones extranjeras.



*SRA. GABRIELA GILDEMEISTER
Co-fundadora de la
Fundación Gildemeister*

La estabilización de la Escuela se logra en la década de los años cincuenta, época que coincide con la iniciación del Rectorado de Monseñor Alfredo Silva Santiago. Su decidido y estimulante apoyo a la directiva de la Escuela permitió concentrar los esfuerzos en la preparación de un selecto grupo de médicos jóvenes que deberían ocupar las nuevas plazas que era necesario crear en el futuro próximo para conseguir el adecuado progreso de las actividades académicas. Dicho plan no fue explícitamente formulado, pero no por ello resultó menos fructífero. Así, en la década de los años sesenta se alcanza un incremento acelerado de todas las actividades de la Escuela. Ello fue posible gracias a que se contaba con el elemento primordial, cual era, un personal debidamente preparado, y a la permanente preocupación del Rector Silva por el progreso de nuestra Unidad Académica.

El campo de actividades de la Fundación Gildemeister es muy amplio, pues sus estatutos establecen que su objeto es cooperar con diferentes instituciones "a la intensificación de las investigaciones y a la difusión de la técnica y de procedimientos relacionados con la ciencia médica y con sus auxiliares y, en especial, relacionados con la cirugía torácica y con la neurocirugía". Sin embargo, al comenzar sus actividades, decidió concentrar su acción en centros universitarios, pues así se garantizaban la continuidad en la investigación científica y la difusión de los avances logrados con su ayuda. Eligió la Universidad Católica como centro de su acción inicial, porque según palabras de su fundadora: "Hay algo muy excepcional que pude observar allí y que me impresionó óptimamente: la abnegación, el espíritu de sacrificio y de colaboración insuperables. El hecho de ser, además, una institución privada influenció grandemente nuestra decisión". Asimismo, la fundación resolvió limitar, en un comienzo, su campo de actividades a la Cirugía del Tórax y a la Neurología tanto básica como quirúrgica.

Al entrar en el análisis más detallado de la influencia de la Fundación Gildemeister en la vida de nuestra Escuela, es justo reconocer que la decisión de desarrollar la Cirugía del Tórax en el Hospital Clínico fue la consecuencia de una iniciativa de aquella institución. Tal vez la manera más propia de recordarlo sea citando las palabras expresadas por la Sra. Gabriela Gildemeister en la sesión inaugural de la Fundación: "la idea no fue

concebida ayer, como podría y debiera suponerse; fue forjada hace 25 años en la mente de una mujer que, recién llegada a Chile, se asombró y conmovió del aislamiento que la tuberculosis introducía en el pueblo. Delicada yo misma, sin hijos, y sabedora que no los tendría jamás, soñé con poder levantar un sanatorio para tuberculosos en Valparaíso, donde se practicara además la Cirugía Torácica, de la que, algunos años después, comenzó a hablarse y cuyo desarrollo seguí con creciente interés. Pero no bastaba la ilusión y el anhelo de una mente, casi niña, para realizar una aspiración de tal envergadura". Luego, la Sra. Gildemeister relata su viaje a Boston para someterse a una intervención quirúrgica al pulmón. "Aun como paciente, el interés que siempre tuve en ser útil se acrecentó impulsándome a investigar respecto a las posibilidades de crear en Chile este recurso quirúrgico maravilloso. La ansiedad de esta búsqueda para el bien de otros hizo más soportables y llevaderas aquellas primeras semanas en Boston. Recogí datos y experiencias sin imaginar, en el fondo, que pudieran despertar el interés de nadie"... "A raíz de nuestro traslado a Santiago, en 1941, tuve la suerte de ser introducida a la Universidad Católica y de conocer íntimamente a doctores como Joaquín Luco, Rodolfo Rencoret y Héctor Croxatto"... "En el Dr. Rencoret encontré vivo el mismo profundo interés por contribuir al progreso en el tratamiento de las afecciones pulmonares... "El Dr. Rencoret siempre deseó desarrollar en su clínica la Cirugía del Tórax y en él mi idea encontró al realizador serio y entusiasta. Llegamos a un acuerdo instantáneo"... "El eco, la acogida, el estímulo que esperé en vano en Valparaíso, lo encontré entonces en Santiago"...

Pero el acuerdo con el Dr. Rencoret no fue sólo sobre la idea de crear un Departamento de Cirugía del Tórax en el Hospital Clínico. También concordaron en que para ello era indispensable formar primero los especialistas en los mejores centros extranjeros. Por eso la substancial ayuda que proporcionó la Fundación para dicha obra no se redujo a la adquisición de equipos instrumentales e instalaciones hospitalarias, incluyendo las de un Banco de Sangre. También se extendió a la preparación del personal médico y paramédico que se requería para su funcionamiento. Durante los primeros años, la Fundación proporcionó, además, fondos para suplementar los sueldos del personal, con el objeto de lograr que éste dedicara mayor tiempo a la labor hospitalaria.

La actividad del Departamento de Cirugía del Tórax se centró en un comienzo en la cirugía pulmonar, bronquial y esofágica. En 1953, los miembros de este Departamento tienen la iniciativa de extender su actividad a la cirugía del corazón. La Fundación responde a esta inquietud colaborando en el proceso de la especialización de su personal, proporcionando el equipo instrumental especializado y montando un Laboratorio de Hemodinámica, indispensable para el adecuado estudio de los enfermos. Más tarde, la Fundación concede una ayuda substancial para la ampliación del Departamento y la habilitación de sus pabellones quirúrgicos en el 6º piso del hospital. El progreso que ha mostrado esta especialidad puede expresarse en el hecho de que se han efectuado 2.200 operaciones de "corazón abierto" desde 1961 hasta hoy. Esto se ha visto facilitado con las frecuentes donaciones de la Fundación para el mejoramiento de los equipos necesarios para las intervenciones quirúrgicas mismas y para la adquisición de instrumentos que permiten la aplicación de técnicas sofisticadas para el diagnóstico más preciso de las afecciones cardiovasculares, lo que disminuye considerablemente el riesgo operatorio. Entre estas últimas cabe mencionar la cineangiografía, técnica que se viene efectuando en el hospital desde 1967, gracias al equipo para cuya adquisición se contó con un aporte considerable de la Fundación. También ésta ha contribuido a la compra del nuevo equipo recientemente en funciones.

Pero el interés que mostró la Fundación por la cirugía cardíaca no la hizo perder su preocupación por el progreso del tratamiento de las afecciones respiratorias. Así, proporciona, más tarde, los medios para la formación en el extranjero de un especialista en fisiopatología respiratoria, y a su regreso adquiere los equipos para montar el Laboratorio de Pruebas Funcionales que la Universidad denominó, posteriormente, Siegfried T. Gildemeister. También la Fundación contribuyó a la habilitación de la Sala de Tratamiento Intensivo de enfermos respiratorios del Hospital Clínico.

Se ha mencionado más arriba el interés especial de la Fundación por el progreso de la Neurología. Este coincidía con el que tenía la Escuela de Medicina antes del inicio de esa Institución. En rigor, una parte importante del trabajo científico que se efectuaba en aquella época en la Escuela se refería a la Neurofisiología y a la Neurofarmacología. Además, existía la preocupación por desarrollar la Neurología clínica que recientemente era incorporada al hospital por las exigencias curriculares. Entre otras iniciativas, la Escuela había patrocinado estudios de uno de sus jóvenes cirujanos en el Instituto Karolinska de Estocolmo, conducentes a su especialización como neurocirujano.

Por lo anterior, la Fundación se preocupó en ayudar especialmente a la investigación científica en la Fisiología y Farmacología del Sistema Nervioso mediante subvenciones para los gastos de operación y donaciones para equipos. Luego extendió su ayuda a la Neuroanatomía. La creación del Laboratorio de Neurofisiología Gabriela G. Gildemeister y la dotación del Laboratorio de Microscopía Electrónica con su primer instrumento, que fue seguida por la contribución para la compra de otros dos de estos microscopios, son los ejemplos más llamativos de esta preocupación que se ha mantenido hasta hoy.

La coincidencia en los intereses de la Fundación y de la Escuela en esta disciplina explica también que muy pronto se formulara un plan común para la creación de la Sección de Neurocirugía en el Hospital Clínico. La Fundación proporcionó durante varios años ayuda financiera para los gastos que demandaba la permanencia en Estocolmo del neurocirujano en formación. Luego donó una parte importante del equipo instrumental y contribuyó a la instalación de esta sección del hospital. Posteriormente, la Fundación financió la compra de otros equipos destinados al estudio de los pacientes neurológicos y el perfeccionamiento de otros especialistas.

Se han descrito con algún detalle las actividades de la Fundación relacionadas con sus dos líneas prioritarias. Se han dejado sin mencionar muchas otras que pueden considerarse menores por su cuantía, pero no por ello menos importantes en cuanto se refieren al significado que han tenido en el progreso de la investigación científica de esta Universidad.

Paralelamente con las ayudas dirigidas específicamente a nuestra Escuela, la Fundación tuvo, hace más de 25 años, la iniciativa de crear las Becas Gildemeister destinadas a médicos recién titulados que desearan continuar sus estudios y formación en Chile, mediante su participación activa en proyectos de investigación básica o clínica. A través de este programa de becas, que sigue vigente hasta hoy, nuestra Escuela ha podido formar una gran cantidad de especialistas. Muchos de los becarios se incorporaron después a esta Facultad y los demás han tenido, en general, un destacado papel en el desarrollo de otras instituciones. Así, pues, la Fundación ha facilitado no sólo la formación del personal académico de nuestra Escuela, sino que también la enseñanza de postgrado, a través de la cual la Escuela ha contribuido significativamente al progreso de varias disciplinas en otros centros médicos del país.

Es de toda justicia recordar con gratitud que muchas de las acciones de la Fundación Gildemeister se vieron reforzadas por la generosa contribución de otras instituciones nacionales y extranjeras y por benefactores individuales. Asimismo, los aportes, a veces cuantiosos de otras personas y fundaciones, han permitido el avance de disciplinas diferentes de las que han interesado en forma especial a la Fundación Gildemeister.

La decisión de dedicar un capítulo a la Fundación Gildemeister se basó en el reconocimiento de los especiales lazos que la unen a nuestra Escuela. Su obra benefactora fue primordial para la creación o para el progreso de Laboratorios Básicos y de Servicios Clínicos cuyo ulterior desarrollo ha dado gran prestigio a nuestra Escuela.

La influencia ejercida en forma permanente por la Fundación sobre la Escuela, durante sus últimos treinta y cinco años de vida, no debe aquilatarse sólo por la cuantía y el oportuno otorgamiento de sus donaciones. Aún más valiosa ha sido la actitud comprensiva que siempre mostraron sus fundadores y quienes los han sucedido en la dirección de

su obra, frente a las inquietudes de progreso de nuestros profesores. Es un deber de gratitud reiterar nuestro homenaje a don Siegfried y doña Gabriela Gildemeister y a los directores ya fallecidos, don Walter Piza, don Benjamín Claro, don Alfredo Lewin y don Federico Phingsthom por los beneficios recibidos y, muy en especial, por el estímulo que ha significado para nosotros la confianza que ellos depositaron en nuestra Universidad y Escuela de Medicina.

CAPITULO IX

El año del Cincuentenario
1980

MIL NOVECIENTOS OCHENTA, EL AÑO DEL CINCUENTENARIO

Alfredo Pérez Sánchez

FUE EN ENERO de 1979, en uno de los patios que rodean al Hospital Clínico, donde Lorenzo Cubillos me detuvo para plantearme que el año próximo —1980— se cumplían cincuenta años de la fundación de la Facultad de Medicina y que era preciso recordar a quienes nos precedieron y festejar y dar gracias a Dios por el medio siglo de existencia. Lorenzo ya tenía muchas ideas en su mente.

Pasaron algunos meses; en mayo del mismo año recibí una citación de la Escuela de Medicina para integrarme a la “Comisión Organizadora del Cincuentenario de la Facultad de Medicina”.

La dirección de la Escuela, haciéndose eco de la inquietud de Lorenzo y otros, encargó a Ricardo Ferretti la formación de una Comisión que organizara el programa de actividades del Cincuentenario de la Facultad, que debía celebrarse en 1980; nominándolo Presidente de la Comisión. Ricardo invitó a formar parte de ella a Antonio Arteaga, Lorenzo Cubillos, Sergio Jacobelli, Luis Vargas y a mí. La primera reunión, lo que podríamos llamar la Reunión Constitutiva, se realizó a fines de mayo de 1979. Nos reunimos con bastante frecuencia, ya que entre mayo y diciembre se cuentan más de veinte sesiones. Fueron muy interesantes y simpáticas, sobre todo las primeras, en las que se dio rienda suelta a la imaginación para organizar un magno Cincuentenario. Aunque Lorenzo Cubillos ya tenía varias ideas “bajo la manga”, conversamos, conversamos, discutimos y empezamos a organizar. Los caracteres de los integrantes de la Comisión eran muy diferentes, desde el científico don Lucho, el impulsivo Ferretti, el porfiado Lorenzo y el sordo Arteaga que obligaba a elevar el tono del diálogo; no obstante, fuimos conversando, aportando ideas, proponiendo y analizando situaciones. Hubo ideas prácticas, otras sensatas, otras locas, otras ambiciosas; sin embargo, no hubo ninguna tan ambiciosa que se asemejara, siquiera en parte, al resultado del conjunto de actos que ha constituido el programa del Cincuentenario de la Facultad. Nadie pudo imaginar en esos días que cada acto se realizaría en la forma exacta como había sido planeado. Nadie imaginó en esos días la repercusión científica y la profundidad académica de los eventos, ni mucho menos la tremenda repercusión pública que algunos de ellos han alcanzado.

Se fueron aportando ideas: reuniones científicas, actos académicos, culturales, aglutinar a los ex alumnos, lograr la participación de ellos, una película, un libro, un Acto Inaugural, un Acto de Clausura, San Lucas, recuerdos, los alumnos, los empleados, medalla conmemorativa, sello de correo conmemorativo, invitación a Chile del legendario profesor Pi-Suñer, etc.

Después de dos meses se empezó a delinear con claridad, a objetivizar, a concretar: Sergio Jacobelli quedó a cargo del programa científico. La idea del libro tomó cuerpo encargándosele su edición a don Fernando García-Huidobro. Lorenzo Cubillos quedó a cargo de los “bustos” y la organización de los actos correspondientes. La Comisión toda



Comisión Organizadora "Plan 80" - Cincuentenario Facultad de Medicina. De izquierda a derecha: Sergio Jacobelli, Alfredo Pérez, Salvador Vial, Luis Vargas, Ricardo Ferretti, Lorenzo Cubillos y Antonio Arteaga.

se preocupó mucho de la película: su objetivo, posibilidades, a quién debía ser orientada, financiamiento, etc., y fueron muchas las horas dedicadas a este tema. Una cosa sí se sabía desde el comienzo, el director sería Rafael Sánchez y de haber película sería filmada en el Instituto Fílmico de la Universidad. La idea de la película fue inicialmente planteada por Lorenzo Cubillos.

En junio se integró la señora María Eugenia Avilés, designada por la Vicerrectoría Económica como secretaria. En agosto se integró José Luis Rojas, Programador designado por la Vicerrectoría de Comunicaciones. En diciembre, después de dejar la Dirección de la Escuela, se integró Salvador Vial.

Una de las primeras tareas de la Comisión fue involucrar a la Universidad en el Cincuentenario de la Facultad de Medicina. Esta labor la desarrolló principalmente, Ricardo Ferretti y Lorenzo Cubillos. El Rector don Jorge Swett, desde un comienzo nos brindó todo su apoyo, interesando en el programa a la Vicerrectoría Económica y a la Vicerrectoría de Comunicaciones, que hicieron suyas nuestras ideas.

Los problemas no eran pocos y a medida que pasaban las semanas, se agrandaban. Por supuesto, los recursos eran escasos; en una sesión en que hablábamos de la estructuración del programa pregunté sobre los recursos de que disponíamos para llevarlos a cabo. Observé varias miradas perdidas en el horizonte, otras fijas en la mesa. El Presidente de la Comisión me contestó que contábamos con el apoyo de la Escuela y de la Universidad, pero que recursos directos no teníamos. Poco después conseguimos un aporte de la Vicerrectoría Económica. Esto, más algunos recursos que nos facilitó la Escuela de Medicina nos permitió partir.

Debo dejar claramente establecido que la infraestructura de la Rectoría, las Vicerrectorías, especialmente la de Comunicaciones, la Facultad de Medicina y el Canal 13 de Televisión constituyeron un valioso recurso, quizá más importante para la realización del Cincuentenario, que grandes cantidades de dinero. Y aunque este no es el lugar más adecuado y el autor de este artículo no es el más indicado para hacerlo, quiero destacar, entre muchos, la colaboración que la Comisión Organizadora recibió de don

Eleodoro Rodríguez, Director Ejecutivo de la Corporación de Televisión de la Universidad Católica de Chile, de Hernán Olguín, periodista científico y de Pablo Eyzaguirre, Director de Relaciones Públicas de la Universidad Católica.

El primer logro fue el "poster" y luego el "logo". Ricardo impuso al "hombre" de Durero sobre el escudo de la Universidad; creo que fue acertado; por el color discutimos varias semanas. Vea el lector que nada quedaba librado al azar.

En la primera quincena de enero de 1980 debía quedar impreso el programa de actividades. Con el consejo de diferentes profesionales se discutió el diseño, el color, el tamaño, las letras, etc. El tremendo problema de editar el programa consistía en que lo que éste dijera debía cumplirse. La Comisión Organizadora no disponía de recursos suficientes para subvencionar cursos y actividades científicas; toda actividad debía tener su financiamiento propio. Los invitados extranjeros, ya en esa fecha, tenían que haber comprometido su asistencia, si no, no los podíamos incluir en el programa. Fueron días tensos y de gran actividad. A fines de enero el programa fue a la imprenta, fondo azul, letra blanca, encabezado por algunas frases de la declaración de principios de la Facultad: *... la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile considera que su mejor contribución a la salud en el país es formar médicos de excelencia con una sólida formación moral, científica y técnica.* * (Ver el programa mencionado en los Anexos).

Enero fue un mes de mucha actividad; ya habíamos decidido que la película iba. Sin embargo, no teníamos recursos para financiarla. El Instituto Fílmico exigía un compromiso formal. Ricardo Ferretti firmó el compromiso con la sola ilusión de que de alguna parte se obtendrían recursos para financiar algo que creíamos muy útil.

El último día del mes, después de haber tocado varias puertas, Ricardo en una gestión personal obtuvo que la Compañía de Cervecerías Unidas, S.A., financiara la totalidad de la película. Muchas otras entidades, empresas y personas nos proporcionaron recursos, casi todas nos pidieron no hacer mención de sus nombres; no obstante, quiero destacar en estas líneas la colaboración prestada por: COPEC (Compañía de Petróleos de Chile, S.A.), Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, prácticamente la totalidad de Laboratorios e Industrias Farmacéuticas de Chile, ASIMET (Asociación de Industrias Metalúrgicas), MIMET (Montanari Industrial Metalúrgica), algunos Bancos Comerciales, etc.

El sensible fallecimiento de don Fernando García-Huidobro, precedido de una corta enfermedad, llevó a Enrique Montero y a mí a aceptar la responsabilidad de editar un libro que recopilaría hechos y anécdotas de los cincuenta años de vida de la Facultad de Medicina.

Llegó marzo. La Sesión Académica Inaugural estaba programada para el 24. Febril trabajo de Secretaría: cartas, invitaciones, las autoridades, los embajadores, los profesores, los ex alumnos, reuniones de prensa, televisión, el lienzo sobre el frontis de la Casa Central, etc.

Así, el 24 de marzo, con el Acto Inaugural, se empezó a desarrollar el programa que se había venido plasmando con un año de anticipación; sin embargo, el comienzo del programa no significó calma para la Comisión Organizadora, ya que cada una de las Conferencias, Jornadas, Cursos o Sesiones Académicas necesitaba de promoción, invitaciones, adecuación de local, financiamiento, recepción, atención de autoridades y profesores invitados, etc. No ha sido sólo la Comisión Organizadora la que se ha desvelado durante este año inmortal, ha sido la Facultad entera, el Instituto de Ciencias Biológicas, la Escuela de Enfermería, un sinnúmero de docentes, alumnos y administrativos han entregado lo mejor de sí para lograr un cincuentenario como se lo merece nuestra querida Facultad de Medicina.

Demos una mirada a lo que ha sido 1980 en el desarrollo de este programa del cincuentenario que muchos denominaron "Plan 80", y que contó con el patrocinio para todas sus actividades de los Ministerios de Educación y Salud Pública.

El Acto Inaugural del Cincuentenario de la Facultad de Medicina:

El 24 de marzo se realizó el Acto Inaugural. Estuvo constituido de tres partes: la entrega que la Escuela de Medicina hizo a la Universidad del busto de don Carlos Casanueva, la celebración de la Santa Misa y una Sesión Académica.

A las 9.30 de la mañana nos reunimos en el patio de la Virgen un grupo de alumnos, ex alumnos, profesores y ex profesores presididos por Monseñor Jorge Medina, Pro-Gran Canciller de la Pontificia Universidad, don Jorge Swett, Rector de la Universidad, el Excelentísimo señor Nuncio de Su Santidad, Monseñor Angelo Sodano, el Excelentísimo Gran-Canciller de la Universidad Católica de Valparaíso, Monseñor Emilio Tagle, el Excelentísimo Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, Monseñor José Manuel Santos y por el Pro-Rector, el Secretario y todos los Vice-Rectores de nuestra Universidad.

Ofició de maestro de ceremonias Lorenzo Cubillos. Vicente Valdivieso, Director de la Escuela de Medicina, en breves y emocionadas palabras, entregó el busto de don Carlos; dijo en su discurso: *la personalidad de don Carlos fue tan santa y profunda que sería vana pretensión describirla en este sencillo homenaje*. En otra parte agregó: *al rendir este homenaje queremos también renovar los ideales que han comprometido a los miembros de nuestra Escuela durante medio siglo*; para terminar señalando: *al observar hoy este frondoso árbol, nacido de un pequeño grano de mostaza, damos gracias por los bienes que Dios nos ha otorgado y reanudaremos nuestro trabajo confiados en que si nos mantenemos fieles al espíritu de nuestro fundador, nos espera un futuro aún más promisorio*.

Acto seguido el señor Rector y el Decano de la Facultad de Medicina procedieron a descubrir el busto de don Carlos en medio de emocionados aplausos de la concurrencia. El busto fue vaciado por nuestro artífice colega don Eduardo Keymer F.

Luego subimos a la capilla de la Universidad donde asistimos a la Santa Misa, concelebrada por Monseñor Angelo Sodano y Monseñor Jorge Medina. La homilía estuvo a cargo del Nuncio de Su Santidad.

A continuación se realizó en el Salón de Honor la Sesión Académica Inaugural del programa del cincuentenario de la Facultad de Medicina.

La mesa de honor fue presidida por el Almirante don José Toribio Merino, Comandante en Jefe de la Armada, miembro de la Honorable Junta de Gobierno, en su calidad de Vicepresidente de la República. Lo acompañaron en la mesa el Excelentísimo señor Nuncio de Su Santidad, Monseñor Angelo Sodano, el señor Ministro de Educación, señor Alfonso Prieto, el señor Ministro de Salud, General de Ejército don Alejandro Medina, el Pro-Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Monseñor Jorge Medina, el Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, don Jorge Swett y el Decano de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud, doctor Carlos Quintana. Numerosas autoridades eclesiásticas, de educación y de la salud, se encontraban presentes, así como también varios embajadores de países amigos.

Abrió la sesión Carlos Quintana destacando en parte de su discurso: *la Universidad y la Facultad de Medicina han estado compenetradas desde su fundación con la fe católica, lo que ha dado una nueva dimensión a los estudios académicos en los que ha actuado como un fermento animador*. En otra parte expresó: *las primeras clases de la Escuela de Medicina se inauguraron en abril de 1930, con un grupo de cincuenta y tres alumnos*. Después recorrió en su alocución los hechos fundamentales del desarrollo de la Facultad de Medicina en sus cincuenta años de existencia.

A continuación hizo uso de la palabra el señor Rector, destacando la satisfacción con que la Universidad celebraba el cincuentenario de la fundación de la Facultad de Medicina. Hizo un interesante análisis del significado de la Escuela en la Universidad destacando algunos hitos de la trayectoria de la Escuela. Mencionó la pronta inauguración del Centro de Diagnóstico del Hospital Clínico en el Campus San Joaquín y terminó diciendo: *al finalizar estas palabras de saludo y felicitaciones, el Rector que les habla quiere hacer llegar a todos y a cada uno de los que forman parte de nuestra Escuela de*



Tumba de Monseñor Carlos Casanueva y busto donado por los académicos, alumnos y personal de la Facultad de Medicina en el Cincuentenario de su fundación (24 de marzo de 1980).

Medicina, el testimonio más sincero de su reconocimiento y el de la Universidad entera.

Cerró el acto el Coro con el Himno de la Universidad.

Este Acto Inaugural tuvo gran repercusión nacional. Todos los medios informativos dieron cuenta de él en lugar muy destacado. Fue el primer impacto en la comunidad de la celebración del cincuentenario. Compitió en importancia, por lo menos en la prensa escrita, con la llegada del señor Presidente de la República desde el extranjero. No obstante, esta coincidencia que nos privó de la primera página en algunos periódicos, permitió que la multitud que recibió al Presidente frente al edificio Diego Portales pudiera observar el inmenso lienzo desplegado en el frontis de la Universidad que decía en grandes letras:

50 AÑOS – FACULTAD DE MEDICINA

De la repercusión en la prensa del acto inaugural, debemos destacar el editorial del diario "El Mercurio" de Santiago, del 27 de marzo de 1980, que bajo el título de Facultad de Medicina U.C., se refirió a nuestro Cincuentenario, reseñando el desarrollo alcanzado por la Facultad de Medicina de la Universidad Católica y su repercusión en el ámbito nacional.

Jornadas Chilena-Argentina de Hipertensión Arterial:

Estas jornadas fueron como una "avant première" del programa del cincuentenario. Se realizaron del 6 al 8 de marzo, vale decir, con anterioridad al Acto Académico Inaugural.

La investigación en hipertensión arterial ha vinculado desde hace más de cuatro décadas a fisiólogos chilenos y argentinos; muestra de ello fue la presencia de más de quince investigadores trasandinos en las jornadas.

El organizador de este encuentro científico fue Ramón Rosas. Las Jornadas fueron inauguradas por don Héctor Croxatto, Profesor de Fisiología de nuestra Escuela de Medicina y Premio Nacional de Ciencias 1979. En su discurso inaugural don Héctor destacó la figura de Bernardo Houssay, Premio Nobel de Medicina e iniciador del grupo de

investigadores argentinos que concurrió a las jornadas, destacando especialmente la repercusión de su Escuela Científica en Latinoamérica.

A este encuentro se presentaron veinticinco contribuciones de alto nivel científico. Se entregaron los diplomas que acreditaban como Miembros Honorarios de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud de la Pontificia Universidad Católica de Chile, a los profesores Alberto Taquini y Juan Carlos Fasciolo.

Curso "Cirugía del Hígado, Vías Biliares y Páncreas":

Se llevó a efecto del 25 al 29 de marzo en la Casa Central de la Universidad. Coordinador del Curso fue Jorge Tocomal. Profesor invitado el doctor Ben Eiseman, Profesor de Cirugía de la Universidad de Colorado. El objetivo del Curso fue actualizar algunos procedimientos diagnósticos y terapéuticos de la patología quirúrgica de las vías biliares y del páncreas.

Debemos destacar que los organizadores de este curso han sido pioneros en Chile de la cirugía de resección hepática y de la cirugía portal en niños, lo que contribuyó a dar realce a este importante evento científico, al cual asistieron más de cien especialistas. Al final del curso se le entregó al profesor Ben Eiseman, el diploma que lo acredita como Miembro Honorario de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud.

Jornadas de Ortopedia y Traumatología:

Se llevaron a efecto del 26 al 28 de marzo en la Casa Central de la Universidad. Fueron organizadas por Juan Fortune. Concurrió como profesor invitado el doctor José Cañadel, profesor de Ortopedia y Traumatología de la Universidad de Navarra. Las jornadas abarcaron variados tópicos entre los que destacaron: Artrosis, Fracturas Patológicas y Microcirugía de los nervios periféricos.

En la sesión de clausura el profesor Cañadel recibió el diploma que lo acredita como Miembro Honorario de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Curso sobre Introducción al Análisis de Regresión:

Este curso fue dictado por el científico belga Ernest Feytmans; se realizó entre el 2 y el 18 de abril; fue dirigido a biólogos y médicos y abordó temas bioestadísticos y biomatemáticos. Fue organizado, como en años anteriores, por Arnaldo Foradori.

Terapia con Componentes de la Sangre:

Fue una interesantísima conferencia dictada el 3 de abril en el Auditorio N° 1 de la Casa Central de la Universidad, por el doctor Richard Aster, profesor de Medicina de la Universidad de Wisconsin. El conferencista se refirió a las posibilidades terapéuticas de los componentes de la sangre en la medicina moderna.

El 15 de abril el Profesor Athel Cornish-Bowden de Inglaterra presentó una documentada conferencia que tituló "Predicción sobre secuencias de aminoácidos de las proteínas en base a su composición". Otras conferencias también muy interesantes fueron la del Profesor Oscar Contreras sobre "Aspectos multidisciplinarios en Cirugía de Cuello y Cabeza" (22 de junio) y la del Profesor John Wilson sobre "Hexokinasa cerebral, distribución celular e intracelular y regulación de su actividad" (8 de julio).

Curso de Cardiocirugía:

Estas jornadas se llevaron a efecto desde el 14 al 17 de abril en el Hospital Clínico, organizadas por Juan Dubemet y Eugenio Marchant. Fueron orientadas a cardiólogos y cardiocirujanos. Especialmente invitado participó en ellas el doctor Philippe Blondeau, profesor de Cirugía de la Universidad de París, quien había estado en otras oportunidades en nuestro Hospital Clínico aportando su experiencia y participando junto al distinguido grupo de cirujanos cardiovasculares de nuestro Hospital. Es preciso destacar que el Profesor Blondeau quiso contribuir personalmente al éxito de estas jornadas como una participación personal y directa en el programa organizado con motivo del Cincuentenario de la Facultad de Medicina. Los lazos del Profesor Blondeau con el Departamento de Cardiología son estrechos.

Las jornadas, que fueron realmente un éxito, incluyeron conferencias, estudios de casos clínicos y operaciones con la participación del Profesor Blondeau.

Symposium sobre Histopatología Cutánea:

Se realizó del 24 al 26 de abril en la Casa Central de la Universidad. Su objetivo fue enriquecer y perfeccionar el conocimiento de dermatólogos y anatomopatólogos en temas específicos, tales como tumores cutáneos y enfermedades ampollares de difícil diagnóstico. El director médico del Symposium fue el doctor Juan Honeyman y como profesor invitado participó el doctor Walter F. Lever, profesor de Dermatología de la Escuela de Medicina de Harvard. Participaron también como docentes los doctores Hernán Hevia, Juan Honeyman, Oscar Klein, Raúl Alarcón, Immo Rohmann, Julia Oroz, David Rosenberg y Gonzalo Eguiguren, este último actuó como Coordinador Ejecutivo del Symposium.

Ciclo de Conferencias "Aspectos Éticos en las Acciones de la Salud":

Este ciclo de conferencias fue realmente extraordinario, sin profesores extranjeros ni invitados especiales; tres distinguidos profesores de nuestra Escuela de Medicina dieron sendas conferencias sobre aspectos éticos de las acciones y relaciones médicas. Lograron un verdadero impacto. Se realizaron en el Salón de Honor.

Abrió el ciclo Armando Roa con su conferencia sobre "Aspectos éticos en las acciones de salud" (7 de mayo). Luego Santiago Soto disertó sobre el tema "Relación del equipo docente asistencial con el paciente" (14 de mayo). Arturo Jarpa terminó el ciclo analizando la "Relación docente-alumno en la Escuela de Medicina".

Curso "Actualización en Urología"

Se llevó a efecto del 12 al 14 de junio, siendo su director Pedro Martínez. Profesores invitados fueron: Jean Marie Brisset, de París, y Gilberto Meneses de Gões, de Sao Paulo. El propósito del curso fue la revisión, actualización y discusión de procedimientos diagnósticos y resultados terapéuticos a largo plazo de diferentes patologías urológicas. El curso incluyó conferencias, mesas redondas y discusión de casos clínicos. Hubo noventa inscritos, entre los que se contaron docentes en Urología de todas las Universidades del país. Al término del curso se le entregó al Profesor Meneses De Gões el diploma que lo acredita como Miembro Honorario de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud de la Pontificia Universidad Católica de Chile. El profesor Brisset lo había recibido años antes.

Curso de Postgrado "Registro Nacional de Tumores Oseos"

Se llevó a efecto entre el 16 y 27 de junio en la Casa Central de la Universidad. El Director del curso fue Juan Fortune y los profesores, además del Director, Martín Etchart y Fernán Díaz. El curso tuvo como objetivo actualizar conocimientos básicos, clínicos, radiológicos, anatomopatológicos y terapéuticos de los tumores y lesiones pseudotumorales de los huesos. El encuentro fue un éxito académico y científico.

Homenaje al Profesor Rodolfo Rencoret Donoso:

El 26 de junio se realizó este homenaje a uno de los pioneros de la Facultad y verdadero creador del Hospital Clínico.

El homenaje fue sencillo como él era. Un emocionado discurso de Lorenzo Cubillos, el verdadero gestor del homenaje, en el que destacó los rasgos fundamentales de la personalidad de don Rodolfo, y terminó con la lectura de la inscripción del pedestal del busto que reza: "*Cristiano ejemplar. Eminente clínico y primer profesor de Cirugía de esta Escuela. Consagró generosamente su vida a la creación y desarrollo de esta Facultad de Medicina, de su Hospital Clínico y a la formación de sus alumnos. Sirvió sin reservas a sus enfermos.*"

Luego descubrieron el busto en nombre del señor Rector, don Jaime del Valle, Pro-Rector de la Universidad y el Decano, Carlos Quintana. A continuación el Pro-Gran Canciller dijo algunas palabras, rezó un responso e impartió la bendición.

Luego todos los asistentes concurrimos al Salón de Honor en donde se realizó un acto académico en honor del Profesor Fernando García-Huidobro Toro, ilustre profesor de Farmacología de esta Casa de Estudios y del Profesor Rodolfo Rencoret Donoso.



Busto del profesor Rodolfo Rencoret Donoso, inaugurado en el Hospital Clínico de la Universidad Católica el 26 de junio de 1980.

La mesa de honor estuvo presidida por el Excelentísimo señor Pro-Gran Canciller de la Universidad, Monseñor Jorge Medina, el señor Pro-Rector de la Universidad, don Jaime del Valle, el Decano de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud, doctor Carlos Quintana, el Director del Instituto de Ciencias, doctor Jorge Lewin, la señora María Isabel Toro de García-Huidobro y la señora Paulina Holley de Rencoret.

El discurso de homenaje al Profesor Fernando García-Huidobro estuvo a cargo del doctor Carlos Muñoz A., Profesor Titular de Farmacología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. El discurso de homenaje al Profesor Rodolfo Rencoret estuvo a cargo del Profesor Luis Vargas Fernández, Decano del Instituto de Ciencias Biológicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile (este discurso fue leído por el doctor Alvaro Zúñiga D., por encontrarse el doctor Vargas en el extranjero).

El acto terminó con la entrega del "Premio Profesor Doctor Rodolfo Rencoret Donoso 1979" a la doctora Gloria Soto G. Hizo entrega del premio la señora Paulina Holley de Rencoret.

Curso de Radiodiagnóstico:

Se llevó a efecto del 3 al 5 de julio en el Auditorio A de la Casa Central de la Universidad. La dirección académica del curso estuvo a cargo de Fernán Díaz y Patricio Barriga; como profesor invitado concurrió el doctor Manuel Viamonte Jr., profesor de Radiología de la Universidad de Miami.

El objetivo del curso fue difundir aspectos poco conocidos del radiodiagnóstico, destacando el sustrato anatómico de los cuadros radiológicos. La calidad del curso fue realmente excelente, habiéndose registrado más de setenta participantes.

La Visita de los Billings:

Sin duda este ha sido el evento de mayor trascendencia pública de todos los actos, hasta el momento, realizados en el programa del Cincuentenario de la Facultad de Medicina. El Profesor John J. Billings y su esposa Evelyn L. Billings, médicos australianos, él neurólogo, ella pediatra, describieron en 1964 el Método Natural de Planificación

Familiar que denominaron, Método de la Ovulación y que hoy es conocido en todo el mundo como "Método de Billings". Los esposos Billings llegaron al país especialmente invitados por la Facultad de Medicina y el Canal 13 de Televisión, como parte del programa del Cincuentenario de la Facultad y de la celebración del vigésimo aniversario de la Maternidad del Hospital Clínico.

Inmediatamente después de descendidos del avión los esposos Billings fueron entrevistados por reporteros de los cuatro canales de televisión. Ese mismo día, el diario "La Segunda" anunciaba su llegada en primera plana y presentaba un extenso artículo que ocupaba las dos páginas centrales respecto al "Método de Billings". Fueron recibidos por las autoridades de la Escuela y de la Universidad, como asimismo por las autoridades eclesiásticas y por el Ministro de Salud. Dieron conferencias y participaron en mesas redondas en el Departamento de Obstetricia, Ginecología y Perinatología, en la Escuela de Medicina, en la Sociedad Chilena de Obstetricia y Ginecología, etc.

Atendieron múltiples entrevistas de prensa y grabaron programas para la televisión que fueron ampliamente difundidos. Fueron noticia de prensa y televisión durante sus siete días de estada en Chile. La conferencia más destacada fue la que presentó John J. Billings en el Salón de Honor de la Universidad que se hizo chico para contener al público, quedando más de trescientas personas sin poder ingresar y que tituló "Nuevos conceptos sobre planificación natural de la familia". Al final de este acto, que fue presidido por el Pro-Gran Canciller de la Universidad, el Decano de la Facultad hizo entrega al Profesor Billings del diploma que lo acredita como Miembro Honorario de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud de nuestra Universidad y el Pro-Gran Canciller hizo entrega a los esposos Billings de la primera medalla conmemorativa del Cincuentenario de la Facultad de Medicina.

Los esposos Billings entregaron su mensaje a todo Chile junto con el de nuestra Escuela de Medicina y de nuestro cincuentenario. Fue un mensaje de amor entre los esposos, de amor en la familia, de amor y de respeto al prójimo y de amor a Dios. Pienso que don Carlos Casanueva los puso en la ruta a Chile en este año del cincuentenario.

Enfermería como Tecnología:

El 31 de julio, en la Casa Central de la Universidad, la Escuela de Enfermería realizó un acto académico para conmemorar su trigésimo aniversario y el cincuentenario de la Facultad de Medicina. En este acto académico el Profesor Opgaard Jaure ofreció una interesantísima conferencia sobre el tema "Enfermería como Tecnología".

III Congreso Científico de Estudiantes de Medicina:

Especial relieve alcanzó este Congreso que se realizó del 31 de julio al 2 de agosto en el Campus Oriente de la Universidad. Se inscribieron quinientos alumnos de todas las Facultades de Medicina del país. Concurrieron delegados de Argentina, Colombia, Perú y Uruguay. Se presentaron noventa y seis trabajos científicos cuyo tópico abarcó desde la investigación básica a la Salud Pública. Hubo también varias conferencias de destacados profesores de la Facultad de Medicina, y una Clase Magistral dictada por Juan de Dios Vial C., sobre "Aspectos éticos en investigación médica". Los trabajos científicos fueron presentados usando seis auditorios simultáneamente. El costo del Congreso se elevó por sobre los quince mil dólares, que fueron obtenidos gracias a la gestión e iniciativa de la Comisión Organizadora del Congreso. Los trabajos científicos fueron publicados en un tomo muy bien impreso por gentileza del Laboratorio Chile S.A.

Debemos destacar en estas líneas a los meritorios integrantes de la Comisión Organizadora que tanto contribuyó a realzar este programa de la celebración del Cincuentenario de esta Facultad de Medicina. Ellos fueron: Robert Holloway (7º año), Francisco Bidegain (5º año), Manuel Lastra (5º año), René Moreno (5º año), Francisco Asenjo (3º año) y Alejandro González (4º año).

Curso de Endocrinología Infantil:

Tuvo lugar del 6 al 9 de agosto en la Sala A de la Casa Central de la Universidad. Sus organizadores fueron Augusto Winter E. y Santiago Muzzo B. El objetivo del curso fue la

actualización de conocimientos básicos, clínicos y terapéuticos en enfermedades endocrinológicas, metabólicas y genéticas del niño y del adolescente. El curso tuvo diez profesores invitados, un norteamericano y nueve argentinos. Hubo conferencias, mesas redondas y comunicaciones. Constituyó un éxito científico y académico.

Tercer Encuentro Nacional de Anatomistas:

Se realizó entre el 7 al 10 de agosto, en la Casa Central de la Universidad. Fue organizado por Humberto Guiraldes. Como profesores invitados participaron Hubert Wartenberg, profesor de Anatomía de la Universidad de Bonn, y Liberato Di Dio, profesor de Anatomía de la Universidad de Toledo, Ohio, Estados Unidos.

El objetivo del encuentro fue establecer un amplio intercambio científico entre los diversos profesionales que cultivan esta ciencia en Chile y los invitados extranjeros.

Asistieron ciento veinte participantes que presentaron cuarenta y tres contribuciones. Hubo también conferencias a cargo de los profesores invitados. Debemos destacar que este es el primer encuentro de Anatomistas chilenos en que participan profesores extranjeros y, que sin duda, constituyó la reunión más importante de estos especialistas que se haya realizado en el país.

En el momento de entrar en prensa este artículo, se están realizando las Jornadas de Medicina Interna en la Casa Central de la Universidad. Estas jornadas organizadas por Sergio Jacobelli y Gabriel Prat han reunido a distinguidos especialistas norteamericanos, franceses y chilenos y están constituyendo un acontecimiento científico de importancia. En estas jornadas de cinco días de duración se ha destinado un día para cada uno de los siguientes campos de la Medicina: Enfermedades Reumatológicas, Enfermedades Respiratorias, Gastroenterología, Cardiología y Nefrología. Han sido invitados los siguientes profesores extranjeros: Dr. Peter Macklen, Dr. John Dietschy, Dr. Edmund Sonnenblick y Dr. Jean Bariety.

También se está realizando en estos días el Curso de Postgrado "Aspectos Críticos en el Cuidado Intensivo Perinatal", organizado por Patricio Ventura y José Luis Tapia. Este curso tuvo que hacerse en el Hotel Sheraton San Cristóbal por no haber en la Casa Central de la Universidad auditorios con capacidad para recibir a los asistentes. Están participando en este curso, entre otros, los siguientes profesores: Dra. M.E. Avery, Dra. J. Peabody, Dr. V. Chernick, Dr. E. Bancalari y Dr. R. Schwarcz.

Como se observa en el programa anteriormente señalado (ver Anexos) el "Plan 80" no termina con la entrada en prensa de este artículo. Aún hay varias jornadas y cursos por realizarse en lo que resta del año.

A mi parecer, de las actividades pendientes, las que más sobresalen son las siguientes: las Jornadas de Obstetricia y Ginecología que se realizarán en octubre para concelebrar el Cincuentenario de la Facultad y el vigésimo aniversario de la creación de la Maternidad del Hospital Clínico. Estas jornadas reunirán a un grupo de destacados gineco-obstetras de Estados Unidos de Norteamérica y Canadá, que en conjunto con docentes de nuestra Facultad realizarán un Curso de Postgrado que no sólo recibirá alumnos chilenos, sino también canadienses y norteamericanos. Estas jornadas otorgarán treinta y dos créditos para el "American College of Obstetricians and Gynecologists"(*). Ya han comprometido su asistencia más de cien gineco-obstetras extranjeros. Estas jornadas están siendo organizadas por Gustavo Gormaz, Emilio Leontic y Hernán Oddo.

El 5 de septiembre se inaugurará oficialmente el Centro de Diagnóstico del Campus San Joaquín, el cual inició su funcionamiento el 4 de agosto de 1980. A esta inauguración oficial ha comprometido su asistencia el señor Presidente de la República, General de

(*) Según nuestra información es la primera vez que el "American College of Obstetricians and Gynecologists" otorga créditos a un curso de postgrado realizado fuera de Estados Unidos o Canadá.

Ejército don Augusto Pinochet Ugarte, quien visitará el establecimiento. Una placa recordará el comienzo de las actividades de este Centro de Diagnóstico, en 1980, como parte del programa del cincuentenario.

Debo destacar también como evento futuro las Jornadas Científicas del Área Biológica organizadas con acierto por Flavio Nervi y Arturo Yudelevich.

El día del Hospital, el 3 de octubre, los funcionarios administrativos de la Facultad organizarán diversos actos conmemorativos.

La sesión Académica de Clausura se realizará el 18 de octubre, día de nuestro Patrono, San Lucas Evangelista, y revestirá gran solemnidad; será seguida de un almuerzo de camaradería en el que se espera revivir los viejos "San Lucas".

Sin embargo, estimado lector, mil novecientos ochenta —el año del cincuentenario— no ha sido sólo una larga lista de eventos en las que ha colaborado la gran mayoría de los miembros de la Facultad. Ha sido mucho más que eso. Ha sido un año de reflexión, de diálogo, de compañerismo, de análisis, de amor y de oración. Un año en que hemos analizado el esfuerzo de tantos por construir nuestra Facultad, esfuerzo que constituye un ejemplo inspirador para que las generaciones futuras continúen la tarea iniciada en 1930.

CAPITULO X

Anexos

**TEXTO DEL DECRETO DE FUNDACION
DE LA FACULTAD DE MEDICINA Y FARMACIA
DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE***

**** "Santiago, a 17 de junio de 1929.**

Vista la nota que precede del Rector de la Universidad Católica de Chile Monseñor don Carlos Casanueva, y por los considerandos en ella expresados:

1º Declaramos definitivamente constituida la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad Católica de Chile con los médicos nombrados por decreto de enero de 1929 y los que después se agreguen en conformidad a dicho decreto.

2º Confirmamos en su cargo de Decano de esta Facultad al Doctor don Carlos Monckeberg.

3º Autorizamos a la Facultad para proceder en conformidad al Reglamento general de nuestra Universidad, a la organización, desde luego de la Escuela de Medicina, y después a la de Farmacia, de manera que pueda abrirse aquella si es posible para el año escolar de 1930; para lo cual autorizamos la construcción inmediata en el local actual de la Universidad del Pabellón de Anatomía y demás trabajos necesarios en dicho local, previa nuestra aprobación de sus planos y presupuestos correspondientes dentro de los recursos disponibles, incluidos en estos el legado del señor don Miguel Campino, el producto de la venta de la propiedad de esta fundación situada en la calle de Fermín Vivaceta, y los demás fondos correspondientes; y mientras estos recursos se perciban en efectivo pueda contratarse con cargo a estos fondos un préstamo reembolsable con ellos hasta por la suma de ochocientos mil pesos.

4º Autorizamos al Rector para contratar los profesores que sean necesarios en el país o en el extranjero, dentro del presupuesto de entradas y gastos que nos presentará para nuestra aprobación; y para preparar los Reglamentos de esta Escuela en conformidad al Reglamento general de esta Universidad, y continuar los estudios del Hospital y Policlínico complementarios de esta Escuela, y de las Escuelas de Farmacia y de Enfermeras para que puedan ir realizándose estas obras tan pronto como los recursos vayan permitiéndolo.

5º Elegimos como Patrono de la Facultad de Medicina y Farmacia al Evangelista San Lucas.

De todo corazón bendecimos los trabajos realizados por esta Facultad y los que le encomendamos en este decreto, y a todos los miembros de esta Facultad y a su Decano, a los bienhechores de esta obra, y especialmente a los más insignes de estos don Fernando Irrarrázaval Mackenna y su digna esposa Sra. Mercedes Fernández de Irrarrázaval, de santa memoria y sus hijos, y cuantos cooperen a esta obra de tanta gloria de Dios y bien de la Iglesia y de la patria y de toda la sociedad, y que ha sido el objeto de nuestros más ardientes deseos. Tómese razón y comuníquese.

El Arz. de Santiago.— Morán C., secrev."

(PRIMEROS) MIEMBROS DE LA FACULTAD DE MEDICINA *

"PERTENECEN a ella:

Doctor don Carlos Monckeberg, que es su Decano, profesor de Clínica Obstétrica de la Universidad de Chile, presidente del Consejo Nacional de Protección Maternal, ex presidente de la Sociedad de Cirugía de Chile, Miembro de la Real Academia de Medicina de Madrid y Barcelona, Miembro de la Société d'Obstétrique et de Gynécologie de Paris y Buenos Aires y de la Asociación Médica Argentina, autor de numerosos trabajos sobre la especialidad... Agraciado por Su Majestad el Rey de España con la condecoración de Comendador de la Orden de Alfonso XII, por méritos intelectuales.

Don Eugenio Díaz Lira, profesor extraordinario de Ortopedia en la Universidad de Chile, es el Director de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica. Su larga práctica en la Administración del Hospital de San Vicente y de la Casa de Huérfanos le ha dado gran experiencia y el prestigio indiscutible de que goza.

Don Francisco Navarro, profesor de Patología Quirúrgica en la Universidad de Chile.

Don Alvaro Covarrubias, profesor de Clínica Quirúrgica en la Universidad de Chile y Director de la Administración del Hospital del Salvador.

Don Carlos Charlín, profesor de Oftalmología de la Universidad de Chile y jefe del Dispensario e Instituto de Oftalmología del Hospital del Salvador.

Don Eduardo Cruz-Coke, profesor de Química Biológica en la Universidad de Chile.

Don Cristóbal Espíldora Luque, Secretario de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile y profesor de la Escuela de Medicina del Estado.

Don Roberto Aguirre Luco, ex profesor de Anatomía Descriptiva de la Universidad de Chile. Asesoran al doctor Aguirre en su clase de Anatomía los doctores don Rodolfo Rencoret y don Ricardo Benavente Garcés.

El Dr. Rencoret Donoso ha sido ayudante, prosector y jefe de trabajos prácticos de la clase de Anatomía Descriptiva del profesor Aguirre Luco en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, 1921-1928; Premio Clin de 1925, médico ayudante de la Sección de Cirugía del Hospital San Francisco de Borja.

El doctor Benavente Garcés es médico-cirujano, médico veterinario, ingeniero agrónomo, profesor de Anatomía Descriptiva y Comparada y de Patología General de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Chile; Secretario de la Facultad de Agronomía y Veterinaria; ex ayudante y ex prosector de Anatomía del profesor Aguirre Luco en la Universidad de Chile; médico agregado al Servicio de Cirugía de Hombres en el Hospital del Salvador".

* Según el "Prospecto de la Universidad Católica de Chile, correspondiente a 1930", pp. 172-173. Imprenta Electra, Sofía Concha 23, Santiago, 1930. Se han corregido algunas erratas y omisiones que no alteran el texto fundamental. (N. del recopilador.)

**NOMINA DE LOS ALUMNOS INGRESADOS AL PRIMER AÑO
DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA DE CHILE (1930)**

AGUAYO SALVO, JORGE
 ALLIENDE DONOSO, JORGE
 ARAYA ESCUDERO, AUGUSTO
 ARAYA SENDER, OMAR
 BALLESTEROS RODRIGUEZ, EUSEBIO
 BARRIO LIRA, RAUL DEL
 BARRIOS SILVA, EMILIO
 BASCUR GONZALEZ, LIONEL
 BENNETT LEAY, HERNAN
 BENNETT MUÑOZ, NORMAN
 BLANC VIVANCO, PEDRO
 CANCINO TELLEZ, FERNANDO
 CONTARDO ASTABURUAGA, RENE
 DEFORMES RODRIGUEZ, RENATO
 DELL'ORO SERRA, RAUL
 DONOSO MONTALVA, RAFAEL
 ECHAVARRIA LORCA, EDMUNDO
 ESTEVEZ JARAQUEMADA, ALFREDO
 FELIP GELIP, CARLOS
 FERNANDEZ LECAROS, JAIME
 FERNANDEZ TAPIA, FERNANDO
 FERNANDEZ WALKER, SERGIO
 FERNANDEZ ULIBARRY, IGNACIO
 FIGUEROA ECHAIZ-VIDAL, FERNANDO
 FLORES ZORRILLA, ALEJANDRO
 FORSTER BERGUECIO, LUIS

GALMEZ COUSO, ANTONIO
 GARCIA LAZARTE, CARLOS E.
 GIACOMAN ASBUN, GERMAN
 HONORATO MAQUEIRA, GILBERTO
 LIRA PINTO, AUGUSTO
 MASSA SASSI, FRANCISCO
 MATUS BENAVENTE, ENRIQUE
 MEZA GONZALEZ, SAMUEL
 MONTERO RODRIGUEZ, OSVALDO
 OLAVE URRUTIA, FRANCISCO
 OSSANDON GUZMAN, MIGUEL
 OVALLE RODRIGUEZ, ALFONSO
 OVALLE UGARTE, IGNACIO
 PELISSIER FEHRMAN, GUIDO
 PEREZ ZAÑARTU, OSVALDO
 PULIDO ALFONSO, ARTURO
 RIBAS ROSELLO, JAIME
 RUIZ ALDUNATE, PEDRO
 SANHUEZA DONOSO, FERNANDO
 SOLAR LANTAÑO, SERGIO
 UNDURRAGA ALEMPARTE, OSCAR
 URRUTIA PAUT, FIDEL
 VALENZUELA FORT, MARINO
 VALLE GALARCE, HUMBERTO
 VARGAS FERNANDEZ, LUIS
 VELASCO URZUA, CESAR
 VERGARA ORTUZAR, FERNANDO



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LOS 25 AÑOS (1955)
DE LA FUNDACION DE LA FACULTAD DE MEDICINA
DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
DISEÑADA Y EMITIDA POR LA CASA DE MONEDA
DE CHILE EN 1965.



*Dilecto Filio
Alfredo Silva Santiago
Catholicae Studiorum Universitatis S. Jacobi in Chile
Praesidi*

Paterno animo praesentes festis coetibus quibus quin-
que funste expleta lustra a Medicinae Magisterio con-
dito in catholica studiorum Universitate Chilena sollem-
niter concelebrantur, moderatoribus professoribus alumnis o
effusa caritate benedicimus; atque grata repetentes memoria
quanta beneficiorum vis exinde profluxerit, id ab Omnipoten-
tenti Deo enixe precamur, ut magisterium eiusmodi, in me-
dicinae artis profectionem inque patriae ac religionis ornamentum
et decus, vigeat crescat floreat, eiusdemque actiuosa navitas,
evangelica urgente caritate, in dies magis hominum con-
sortium saluti ferax evadat uberibusque fructibus fecunda.

Datum Romae apud Sanctum Petrum, die XXXI mensis
Augusti, anno MDCCCCLV.

Fius p/p. XII

Fotocopia de la Carta autógrafa de S.S. Pío XII dirigida al Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Monseñor Alfredo Silva Santiago, con ocasión de la celebración del Vigésimo Quinto aniversario de la fundación de la Facultad de Medicina en la Universidad Católica (ver traducción al frente).

**AL AMADO HIJO
ALFREDO SILVA SANTIAGO
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE**

Presentes con paternal espíritu en las reuniones conmemorativas con que se celebran solemnemente los cinco lustros, felizmente cumplidos, desde que se estableció la docencia de Medicina en la Universidad Católica de Chile, bendecimos con efusiva caridad a sus superiores, profesores y alumnos.

Y recordando gratamente cuán abundantes han sido los beneficios desde entonces, suplicamos con insistencia a Dios Omnipotente que este magisterio, ejercido en provecho de las artes médicas y para ornamento y gloria de la Religión y de la Patria, se robustezca, crezca y florezca, y que la vehemente diligencia de dicho magisterio, urgida por la caridad del Evangelio, sea cada día más saludable para la sociedad y más fecunda en copiosos frutos.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 31 de agosto de 1955.

PIO P.P. XII

**PROGRAMA DE LAS ACTIVIDADES ACADEMICAS
REALIZADAS EN CONMEMORACION DEL CINCUENTENARIO
DE LA FUNDACION DE LA FACULTAD
DE MEDICINA DE LA PONTIFICIA
UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
(1980)**

I. ACTOS Y HOMENAJES

Sesión Académica Inaugural. 24 de marzo.
Premio Profesor Rodolfo Rencoret. 26 de junio.
Emisión de la medalla conmemorativa del cincuentenario. 6 de agosto.
Inauguración oficial del Centro de Diagnóstico del Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en el Campus "San Joaquín". 5 de septiembre.
Día del Hospital. 3 de octubre.
Día de San Lucas y Sesión de Clausura del Cincuentenario. 18 de octubre.

II. CHARLAS, CONFERENCIAS Y REUNIONES

Terapia con componentes de la sangre. Dr. Richard Aster, EE.UU. 3 de abril.
Predicción sobre secuencia de aminoácidos de las proteínas en base a su composición. Dr. Athel Cornish-Bowden, Inglaterra. 15 de abril.
Interacción Humana en el Area de Salud. Mayo.
Relaciones interpersonales entre los miembros del equipo de salud. Dr. Armando Roa, Chile. 7 de mayo.
Relación del equipo docente asistencial con el paciente. Dr. Santiago Soto, Chile. 14 de mayo.
Relación docente-alumno en la Escuela de Medicina. Dr. Arturo Jarpa, Chile. 28 de mayo.
Aspectos multidisciplinarios en Cirugía de Cuello y Cabeza. Dr. Oscar Contreras, Chile. 22 de mayo.
Hexokinasa cerebral, distribución celular e intracelular y regulación de su actividad. Dr. John Wilson, EE.UU. 8 de julio.
Nuevos conceptos sobre planificación natural de la familia. Dr. John J. Billings, Australia. 29 de julio.
Anatomía Patológica. Dr. Wilhelm Doerr. Alemania Federal. 6 al 21 de septiembre.

III. JORNADAS, CONGRESOS, SIMPOSIOS, ENCUENTROS

Jornadas chileno-argentinas de Hipertensión Arterial. 6 al 8 de marzo.
Histopatología cutánea. Dr. Walter Lever, EE.UU. 24 al 26 de abril.
III Congreso de Estudiantes de Medicina de Chile. Julio-agosto.
Tercer encuentro de anatomistas y Primera Jornada organizada por el Departamento de Anatomía de la Universidad Católica de Chile. Dr. Hubert A. H. Wartenberg, Alemania Federal. Dr. Liberato Di Dio, EE.UU. 4 al 9 de agosto.
Jornadas de Medicina Interna: Respiratorio: Dr. Peter Macklen, EE.UU., Gastroenterología: Dr. John Dietschy, EE.UU.; Reumatología: Dr. Daniel McCarty, EE.UU.; Cardiología: Dr. Edmund Sonnenblick, EE.UU. 25 al 29 de agosto.
Jornadas Científicas del Area Biológica. 15 al 17 de octubre.

Jornadas de Obstetricia y Ginecología. Dr. John E. Tyson y colaboradores, Canadá. 20 al 25 de octubre.

Symposium: Desnutrición infantil. Dr. J. Craviotto, México. Dr. J. Winnick, EE.UU. 12 de noviembre.

IV. CURSOS

Cirugía Hepática, Biliar y Pancreática. Dr. Ben Eiseman, EE.UU. 25 al 28 de marzo.

Introducción al análisis de regresión. Dr. Ernest Feytmans, Bélgica. 2 al 18 de abril.

Cardiología. Dr. Philippe Blondeau, Francia. 14 al 18 de marzo.

Avances en Urología. Dr. Jean Marie Brisset, Francia. Dr. Gilberto Meneses de Goes, Brasil. 12 al 14 de junio.

Registro Nacional de Tumores Oseos. Dr. Juan Fortune, Chile. Dr. Fernán Díaz, Chile. Dr. Martín Etchart, Chile. 16, 18, 20, 23, 25, 27 y 28 de junio.

Radiodiagnóstico, Dr. Manuel Viamont, EE.UU. 3 al 5 de julio.

Endocrinología Infantil. Dr. Lytt Gardner, EE.UU. Dr. César Bergadá y colaboradores, Argentina. 6 al 9 de agosto.

Perinatología, Dra. Mary Ellen Avery, EE.UU. Dra. Joyce Peabody, EE.UU. Dr. Víctor Chernick, Canadá. Dr. Eduardo Bancalari, EE.UU. Dr. Ricardo Schwarcz, Uruguay. 27 al 30 de agosto.

Enfermedades del estómago y duodeno. Dr. Jean Alain Chayvialle, Francia. 22 al 26 de septiembre.

Hematología. Dr. William Harrington, EE.UU. 20 y 21 de octubre.

Emergencias quirúrgicas del recién nacido. Dr. Guillermo Correía, Chile. 24 al 28 de noviembre.

Nutrición perinatal. Dr. Joseph Warshaw, EE.UU. Dr. Pedro Rosso, EE.UU. 1º al 5 de diciembre.

Tratamiento intensivo en el paciente crítico. Dr. Yukiniko Nose y colaboradores, EE.UU. 1º al 5 de diciembre.

AGRADECIMIENTOS

- al Excmo. Nuncio Apostólico, Monseñor Angelo Sodano, por su diligencia en hacer llegar oportunamente la paternal bendición de S.S. Juan Pablo II,
- a Monseñor Jorge Medina Estévez, Pro-Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile, por su valiosa gestión y su cordial estímulo,
- al Vicealmirante (R) don Jorge Swett Madge, Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, por su apoyo a esta publicación.
- a Monseñor Fidel Araneda Bravo, de la Academia Chilena de la Historia, y a don Fernando O’Ryan, Archivero del Arzobispado de Santiago, por su ayuda en ubicar el Decreto de Fundación de la Facultad, que se publica en las páginas previas.
- a las señoras Marta Monckeberg de Bennett, Paulina Holley de Rencoret, María I. Toro de García-Huidobro y María de la Luz Montero de Vela; a los señores José Barros Casanueva y Rodolfo Valdés Phillips y a los Drs. Manuel Rodríguez Leiva, Eugenio Díaz Bordeau y Lorenzo Cubillos Osorio, por sus aportes a la iconografía de este volumen,
- al Rev. P. Gabriel Guarda, O.S.B., de la Academia Chilena de la Historia, por sus notas históricas,
- a la señora Carmen Tapia de Lewin, por su eficiencia en la preparación de los manuscritos,
- a las señoras Mónica Gertner de Martínez y Fléride Valdivieso de Deramond, secretarias del Decano y del Director de la Escuela de Medicina, respectivamente, y a la Srta. María Teresa Sanz, directora de la Biblioteca Central, por su permanente ayuda,
- al Coronel de Ejército (R) don Juan Hernández Montaner, Director de la Casa de Moneda de Chile, por los datos numismáticos para esta publicación y las facilidades para fotografiar oportunamente la medalla conmemorativa del quincuagésimo aniversario de la Facultad,

- a los doctores Carlos Quintana Villar y Vicente Valdivieso Dávila, Decano de la Facultad y Director de la Escuela de Medicina, respectivamente, por las facilidades que otorgaron a uno de nosotros para reducir su actividad docente hasta llevar a cabo esta publicación.
- al Dr. José Estévez Vives, testigo de los primeros años de esta Facultad, por su aporte personal a varios de los colaboradores,
- a don Luis Bustos Cañas, auxiliar de la Escuela de Medicina, por su celo en la ubicación de documentos,
- a don Jaime Vicente Martínez, director-gerente, y a todo el personal de ALFABETA IMPRESORES, por su colaboración y su paciente interés, sin lo cual esta publicación no habría sido posible,
- a nuestras esposas e hijos, que han soportado nuestros abandonos y desvelos en pro de esta obra.

LOS EDITORES

INDICE

COLABORADORES	7
PROLOGO	11
PRESENCIA DE LAS AUTORIDADES DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE	13
CAPITULO I	
La fundación de la Facultad de Medicina y su época. <i>Jaime Blume</i>	21
Los primeros años (1930-1942). <i>Enrique Montero O.</i>	33
Despertados recuerdos de los primeros años de la Escuela de Medicina. <i>Julio Santa María S.C.</i>	59
Recuerdos y Reflexiones (1931-1932). <i>Jaime Pi-Sunyer</i>	63
CAPITULO II	
Breve historia del "Hospital del Corazón Misericordiosísimo de Jesús". Hospital Clínico de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de Chile. <i>Waldemar Badía C.</i>	69
Las Religiosas de Mallinckrodt en el Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile. <i>Lorenzo Cubillos O.</i>	83
Recuerdos del pasado. <i>Waldemar Badía C.</i>	93
Mínimo, vetusto, pero auténtico anecdotario hospitalario. <i>Enrique Montero O. y Eduardo Larraín M.</i>	99
CAPITULO III	
Las Ciencias Biológicas en la Pontificia Universidad Católica de Chile. <i>Luis Vargas F.</i>	107
CAPITULO IV	
La Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile. <i>Lilian Viveros P.</i>	113

CAPITULO V

Los Decanos titulares de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1929-1980)	117
El comienzo y desarrollo de las disciplinas académicas	123
Apuntes sobre el desarrollo de las especialidades médicas en el Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile. <i>Salvador Vial U.</i>	201
Cambios en la estructura de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. <i>Salvador Vial U.</i>	207

CAPITULO VI

La enseñanza de graduados en la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. <i>Juan I. Monge E.</i>	215
La investigación biomédica en la Pontificia Universidad Católica de Chile. <i>Vicente Valdivieso D.</i>	219

CAPITULO VII

Los alumnos de medicina. <i>José Espinoza R. y Edgardo Cruz M.</i>	231
--	-----

CAPITULO VIII

Algunos ... entre muchos	249
La Fundación Gildemeister y la Escuela de Medicina	283

CAPITULO IX

Mil novecientos ochenta, el año del Cincuentenario. <i>Alfredo Pérez Sánchez</i>	291
--	-----

CAPITULO X (ANEXOS)

Texto del Decreto de Fundación de la Facultad de Medicina y Farmacia	305
Primeros miembros de la Facultad de Medicina	307
Nómina de los alumnos ingresados al primer año de la Escuela de Medicina (1930) ..	308
Medalla conmemorativa de los 25 años (1955) de la fundación de la Facultad de Medicina	309
Carta autógrafa de S.S. Pío XII dirigida al Rector Monseñor Alfredo Silva Santiago ..	310
Programa de actividades académicas realizadas en conmemoración del Cincuentenario	313
AGRADECIMIENTOS	315